



David

BALDACCI

CAMEL CLUB

«Baldacci es el maestro del *thriller* político.»

Booklist

se

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

El Camel Club, en Washington D. C., es el lugar de encuentro de cuatro tipos excéntricos que analizan lo más destacado de la política y la economía de su país, discuten sobre el Gobierno y especulan sobre posibles conspiraciones.

Una noche, cae asesinado el agente Patrick Johnson. El incidente coincide con alguna de las tesis barajadas en las tertulias del club; se trata de una amenaza real, un suceso que podría cambiar el curso de la historia.

L≡**LIBROS**

David Baldacci

Camel Club
Camel Club - 1

Esta novela está dedicada a los hombres y mujeres del
Servicio Secreto de EE. UU.
Y a Larry Kirshbaum, redactor de primera,
gran editor y excelente amigo.

Prólogo

El monovolumen Chevy aceleró carretera abajo envuelto en la silenciosa oscuridad de la campiña de Virginia. Adnan al Rimi, de cuarenta y un años, iba encorvado al volante, concentrado en la carretera serpenteante. Los ciervos abundaban en esa zona y a Adnan no le apetecía nada que la cornamenta de uno de ellos atravesara el parabrisas. De hecho estaba harto de sufrir ataques. Apartó una mano enguantada del volante y palpó la pistola que llevaba enfundada bajo la chaqueta; ir armado no era una cuestión de tranquilidad sino de necesidad.

Oyó un sonido por encima de su cabeza y oteó por la ventanilla.

En la parte trasera iban dos pasajeros. El hombre que hablaba animadamente en persa era Mohamed al Zawahiri, un iraní llegado al país poco antes de los atentados del 11-S. A su lado viajaba un afgano llamado Gul Kan, que llevaba pocos meses en EE. UU. Alto, musculoso y de cabeza rapada, vestía una cazadora de camuflaje y estaba comprobando su metralleta con dedos hábiles. Volvió a introducir el cargador y colocó el selector de disparos en ráfagas dobles. Unas gotas de lluvia resbalaron por la ventanilla y Kan observó despreocupado el reguero que dejaban.

—Esta zona es bonita —dijo en pastum, dialecto que Mohamed hablaba pero que Adnan conocía muy poco—. Mi país está lleno de carcasas de tanques soviéticos. Los agricultores aran a su alrededor. —Hizo una pausa antes de añadir con satisfacción—: Y también tenemos unas cuantas carcasas americanas.

Adnan seguía oteando por la ventanilla, inquieto. No le gustaba que hubiera un hombre con una metralleta sentado detrás de él, independientemente de que fuera musulmán o no. Y tampoco confiaba demasiado en el iraní. Adnan, nacido en Arabia Saudí, había emigrado a Irak de pequeño. Luchó por Irak en la horrible guerra que enfrentó a los dos países y su animadversión hacia Irán seguía siendo muy profunda. Étnicamente, Mohamed al Zawahiri era persa, no árabe, como Rimi. Era otra diferencia entre los dos hombres que hacía que este recelara.

Mohamed terminó su conferencia telefónica, se limpió una mancha de una de sus botas de vaquero americano, consultó la hora en el muy caro reloj que llevaba y se reclinó en el asiento, sonriendo mientras encendía un cigarrillo. Dijo algo en persa y Kan rio. El aliento del afgano olía a cebolla.

Adnan sujetó el volante con firmeza. Nunca había sido un hombre indiscreto

y no le gustaba la ligereza del iraní sobre temas serios. Al cabo de unos segundos Adnan miró otra vez por la ventanilla.

Estaba claro que Mohamed también había oído el rumor, pues bajó su ventanilla y asomó la cabeza para otear el cielo nublado. Al ver el parpadeo de las luces rojas alertó a Adnan, que asintió y pisó a fondo el acelerador; los dos hombres de la parte trasera se cñeron el cinturón de seguridad.

El Chevy avanzó a toda velocidad por la sinuosa carretera, inclinándose tanto en algunas curvas que los hombres de atrás se aferraban a los asideros. De todos modos, ni el coche más veloz del mundo podía dejar atrás a un helicóptero en una carretera serpenteante.

Hablando de nuevo en persa, Mohamed ordenó a Adnan que parara debajo de unos árboles y esperara para ver si el helicóptero seguía adelante.

—¿Accidente de tráfico, Adnan? —continuó en persa—. ¿Puede ser un helicóptero de evacuación médico?

Adnan se encogió de hombros. No hablaba persa demasiado bien y a veces se le escapaban los matices del idioma. Sin embargo, no hacía falta ser lingüista para advertir apremio en la voz de su colega. Se detuvo bajo una arboleda y los tres hombres salieron y se agacharon junto al vehículo. Kan apuntó al cielo con la metralleta y Adnan sacó su pistola. Mohamed se limitó a sujetar el teléfono móvil y mirar nervioso hacia arriba. Durante unos instantes pareció que el helicóptero se había marchado, pero entonces el haz del reflector atravesó las copas de los árboles que tenían encima.

La siguiente palabra que Mohamed pronunció fue en inglés:

—¡Mierda! —Hizo un gesto hacia Adnan para que fuese a investigar.

El iraquí corrió agachado hasta el linde de la arboleda y se asomó con cautela. El helicóptero estaba suspendido en el aire a unos veinte metros de ellos. Adnan regresó junto a sus compañeros y los informó.

—Quizás estén buscando un lugar donde aterrizar —añadió.

—¿Llevamos alguna granada en el coche? —preguntó Mohamed con voz ligeramente temblorosa. Estaba acostumbrado a ser el cerebro de esa clase de operaciones en vez de uno de los soldados de a pie que se dedicaban a matar... y que solían morir en el intento.

Adnan negó con la cabeza.

—No pensamos que necesitaríamos granadas esta noche.

—Mierda —repitió Mohamed—. Escuchad —masculló—, creo que están aterrizando. —Las copas de los árboles empezaban a temblar por efecto del movimiento del rotor.

Adnan asintió hacia sus compañeros.

—En el helicóptero sólo van dos personas. Nosotros somos tres —añadió, y observó a su líder—. Saca la pistola, Mohamed, y prepárate para usarla. No seremos discretos. Nos cargaremos a esos americanos.

—Idiota —espetó Mohamed—. ¿Crees que no han pedido refuerzos? Se limitarán a vigilarnos hasta que lleguen los demás.

—Nuestra documentación falsa está en regla —replicó Adnan—. Es de lo mejorcito que se puede comprar.

El iraní lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—Somos unos árabes armados en medio de las granjas de cerdos de Virginia. Me tomarán las huellas y sabrán quién soy en un santiamén. Estamos jodidos —añadió entre dientes—. ¿Cómo es posible, maldita sea?

Adnan le señaló la mano.

—Tal vez por ese móvil que no paras de usar. Pueden rastrearlos. Ya te lo he advertido otras veces.

—Hágase la voluntad de Alá —declaró Gul Kan mientras colocaba el selector de disparos en automático, al parecer siguiendo los deseos de Dios.

Mohamed lo miró con asombro.

—Si nos detienen ahora, nuestros planes se irán al traste. ¿Crees que eso es lo que Dios quiere? ¿Lo crees? —Hizo una pausa y respiró hondo—. Esto es lo que quiero que hagáis. ¡Lo que debéis hacer! —Señaló con un dedo tembloroso las copas que se movían y dijo—: Quiero que me cubráis la huida. Hay otra carretera a menos de un kilómetro a través de los árboles en dirección oeste. Llamaré a Marwan para que venga a recogerme en el otro coche en ese punto. Pero vosotros tenéis que resistir. ¡Es necesario!

Adnan observó a su líder con resentimiento. A juzgar por su expresión, si existiese una traducción literal de «cobardica de mierda» en su idioma materno, sin duda Adnan la habría empleado.

—Venga, quitadlos de en medio, es vuestro sacrificio por la causa —ordenó Mohamed mientras empezaba a retroceder.

—Si vamos a morir mientras tú huyes, dame la pistola —exigió Adnan—. A ti no te hará falta.

El iraní se la lanzó.

El corpulento Kan se volvió hacia el helicóptero y sonrió.

—¿Qué te parece este plan, Adnan? —dijo por encima del hombro—. Disparar a la hélice de la cola antes de que aterricen funcionaba muy bien contra los americanos en mi país. La columna se les parte como una ramita cuando llegan al suelo.

La bala le alcanzó en la nuca. Irónicamente, le partió la columna como si fuera una ramita y el corpulento afgano murió en el acto.

Adnan desvió la pistola de su primera víctima y apuntó a Mohamed, quien, al ver su traición, había echado a correr. Sin embargo, no era demasiado veloz y las botas de vaquero que llevaba no estaban diseñadas para correr. Adnan lo alcanzó cuando Mohamed tropezó con un tronco caído.

Mohamed alzó la vista hacia su colega mientras Adnan le apuntaba con su

propia pistola. La retahíla de invectivas en persa precedió las súplicas en un árabe titubeante y por último en inglés.

—Adnan, por favor. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Traficas con drogas, dices que para ganar dinero y ayudar a la causa — respondió en árabe—, pero gastas más dinero comprándote botas de vaquero y alhajas caras que en la obra del islam, Mohamed. Has perdido el norte. Ahora eres americano. Pero no lo hago por eso.

—¡Pues entonces dime por qué! —suplicó el iraní.

—Es tu sacrificio por un objetivo más ambicioso.

Adnan no sonrió pero el triunfo se reflejaba en sus ojos. Le disparó directamente en la sien izquierda y el iraní ya no pudo proferir más súplicas en ningún idioma. Adnan hizo que la mano de Mohamed sujetara la pistola, la dejó en el suelo y volvió rápidamente al claro, donde había aterrizado el helicóptero, una de cuyas puertas se estaba abriendo. Adnan había mentido a sus colegas. En realidad era un helicóptero de cuatro plazas. Bajaron dos hombres con expresión adusta cargando algo pesado entre los dos. Adnan los acompañó hasta el cadáver de Mohamed después de pararse en el monovolumen para recoger la metralleta.

Lo que cargaban los hombres era una bolsa para cadáveres. Le abrieron la cremallera. En el interior había un hombre, un hombre que guardaba un parecido asombroso con Adnan y vestía de forma idéntica a él. Estaba inconsciente pero todavía respiraba. Lo apoyaron contra un árbol cerca de donde yacía el iraní muerto. Adnan le entregó su cartera a uno de los hombres y este la introdujo en la chaqueta del hombre inconsciente. El otro tomó la metralleta de Adnan, pasó las manos muertas de Mohamed por ella, apuntó al hombre inconsciente y le disparó en la cabeza, con lo que le destrozó parte de la cara. De la vida a la muerte en cuestión de segundos. Adnan era experto en tales cosas y no por decisión propia. ¿Quién elegiría tal vocación, aparte de un loco?

Al cabo de unos instantes Adnan y los dos hombres volvieron al helicóptero, que de inmediato se elevó en el aire. El aparato carecía de distintivos y nadie iba uniformado. Los dos hombres apenas miraron a Adnan cuando se instaló en la parte trasera y se ciñó el arnés de seguridad. Era como si intentaran olvidar que estaba ahí.

Adnan ya no pensaba en sus compañeros muertos, sino en el futuro, en la gloria que le aguardaba. Si lo conseguían, la humanidad hablaría del tema durante generaciones con sobrecogimiento. Adnan al Rimi estaba oficialmente muerto. Sin embargo, nunca sería más valioso.

El helicóptero se dirigió al norte, hacia el oeste de Pensilvania. A una población llamada Brennan. Al cabo de un minuto el cielo rural de Virginia recuperaba la quietud salvo por la llovizna, que se tomó su tiempo para llevarse toda la sangre.

Corría a toda velocidad, las balas se incrustaban en todo lo que le rodeaba. No alcanzaba a ver quién disparaba y no disponía de arma para repeler la agresión. La mujer que iba a su lado era su esposa, que tiraba de su hija. Una bala dio en la muñeca de su esposa y la oyó gritar. Una segunda bala hizo diana y los ojos de ella se ensancharon ligeramente: la fugaz dilatación de las pupilas que anuncia la muerte antes de que el cerebro siquiera lo advierta. Mientras su mujer se desplomaba, él intentó proteger a la niña. Tendió las manos y quiso agarrarla, pero no llegó. Nunca llegaba...

Se despertó con un sobresalto y se incorporó. El sudor le corría por las mejillas hasta la poblada barba. Cogió la botella de agua y se humedeció la cara, dejando que el frescor sofocara el dolor ardiente de aquella pesadilla recurrente.

Al levantarse de la cama rozó con la pierna la vieja caja que tenía allí. Vaciló pero la abrió. Contenía un álbum de fotos hecho jirones. Miró una por una las pocas fotos de la mujer que había sido su esposa. Luego pasó a las fotos de su hija, de cuando era un bebé y gateaba. No tenía más fotos de ella a partir de esa edad. Habría dado su vida por haberla visto, aunque sólo fuera un instante, de jovencita. No transcurría un solo día sin que se preguntara qué habría sido de ella.

Echó un vistazo en derredor. Unas estanterías polvorientas y repletas de libros de temas muy variados le devolvieron la mirada. Al lado de un ventanal que daba al terreno oscuro había un escritorio viejo con una pila de diarios escritos con su letra meticulosa. Una chimenea de piedra ennegrecida proporcionaba buena parte del calor, y había una pequeña cocina donde preparaba comidas sencillas. Un cuarto de baño minúsculo completaba su modesta vivienda.

Consultó el reloj, tomó unos prismáticos de la desvencijada mesilla de noche y cogió una mochila desgastada. Introdujo los prismáticos y unos cuantos diarios en la mochila y se dirigió al exterior.

Las lápidas antiguas se alzaban ante él mientras la luz de la luna rebotaba en la piedra erosionada y cubierta de musgo. Cuando pasó del porche delantero a la hierba, el aire fresco lo ayudó a disipar la sensación de ardor que la pesadilla le había dejado en la cabeza, pero no la del corazón. Por suerte esa noche tenía adonde ir, aunque todavía quedaba un buen rato; cuando tenía un rato libre siempre se dirigía al mismo sitio.

Atravesó la gran verja de hierro forjado cuya placa en forma de pergamino anunciaba que se trataba del cementerio Mount Zion, situado en el noroeste de Washington D. C. y propiedad de la cercana Iglesia Metodista Unida de Mount Zion. Aquella iglesia era la congregación negra más antigua de la ciudad puesto que fue fundada en 1816 por personas que no gustaban de practicar su fe en un local de culto segregado que no parecía respetar el concepto de igualdad preconizado en las Sagradas Escrituras. La parcela de doce mil metros cuadrados había sido una parada importante en la línea ferroviaria clandestina que conducía a esclavos del Sur hacia la libertad del Norte durante la guerra de Secesión.

Por un lado, el cementerio estaba delimitado por la imponente Dumbarton House, sede de la Asociación Nacional de Damas Coloniales de América y, por el otro, por un bloque de viviendas de obra vista y poca altura. El histórico cementerio había estado desatendido durante décadas, con las lápidas caídas y hierbajos altos. Luego la iglesia cercó el cementerio con la valla y construyó la casita del cuidador.

El cementerio de Oak Hill, mayor y más conocido, se encontraba cerca y era la última morada de muchas personalidades. Sin embargo, Stone prefería el Mount Zion y su lugar en la historia como símbolo de pasaporte a la libertad.

Lo habían contratado como cuidador del cementerio hacía varios años y se tomaba su trabajo muy en serio; se aseguraba de que el terreno y las sepulturas se mantuvieran en buen estado. La casita que venía incluida en el puesto era su primer hogar verdadero en mucho tiempo. La iglesia le pagaba en efectivo, sin papeleos molestos, aunque no ganaba lo suficiente como para estar obligado a pagar impuestos. De hecho, apenas ganaba para vivir. No obstante, era el mejor trabajo que había tenido en su vida.

Caminó en dirección sur por la calle Veintisiete, tomó un autobús y enseguida llegó a una manzana de su segunda casa, por así decirlo. Al pasar junto a la pequeña tienda de campaña que le pertenecía, por lo menos teóricamente, extrajo los prismáticos de la mochila y observó el edificio del otro lado de la calle desde la sombra de un árbol. Se había quedado con esos prismáticos proporcionados por el gobierno tras servir con orgullo al país, antes de perder la fe en sus líderes. Hacía décadas que no empleaba su verdadero nombre. Hacía tiempo que respondía al nombre de Oliver Stone, nombre adoptado en lo que podría considerarse un desafío impertinente.

Se identificaba con la legendaria obra del irreverente director de cine, que desafiaba la versión oficial de la historia, una historia que a menudo acababa siendo más ficticia que real. Adoptar el nombre del cineasta le había parecido adecuado dado que a «este» Oliver Stone también le interesaba mucho la verdad «verdadera».

Siguió observando con los prismáticos las idas y venidas de la mansión, lo cual nunca dejaba de fascinarle. Acto seguido, Stone entró en su pequeña tienda

y, con una vieja linterna, anotó cuidadosamente sus observaciones en uno de los diarios que había traído en la mochila. Guardaba algunos en la casa del cuidador y muchos más en escondrijos que tenía en otros lugares. No guardaba nada en la tienda de campaña porque sabía que la registraban con regularidad. Siempre llevaba en la cartera el permiso oficial que le autorizaba a tener esa tienda ahí plantada, así como el derecho a protestar delante del edificio de enfrente, derecho que se tomaba muy en serio.

Salió al exterior y observó a los guardias armados con pistolas semiautomáticas y metralletas y que de vez en cuando hablaban por *walkie-talkies*. Todos le conocían y se mostraban recelosamente educados, como suelen mostrarse las personas con aquellos que podrían atacarles en cualquier momento. Stone siempre se esforzaba al máximo por mostrarse respetuoso con ellos. Es mejor ser deferente con quien lleva una metralleta. Oliver Stone, aunque no fuera precisamente un hombre convencional, no estaba ni mucho menos loco.

Miró a uno de los guardias, que le llamó.

—Oye, Stone —le dijo—, me han dicho que Humpty Dumpty no se cayó solo, sino que lo empujaron. Pásalo.

Algunos de los otros hombres se rieron del comentario e incluso Stone apretó los labios en un atisbo de sonrisa.

—Tomo nota —respondió.

Había visto a ese mismo centinela abatir a tiros a un hombre a escasos metros de donde él estaba. Para ser justos, el otro tipo era quien había empezado a disparar.

Se subió los pantalones raídos hasta la estrecha cintura, se alisó hacia atrás el pelo largo y canoso y se paró un momento a atarse el cordón del zapato derecho. Era un hombre alto y escuálido al que la camisa le quedaba demasiado holgada y los pantalones demasiado cortos. Y los zapatos, bueno, los zapatos siempre resultaban problemáticos.

—Lo que necesitar es ropa nueva —afirmó una voz femenina en la oscuridad.

Alzó la vista y vio a su interlocutora apoyada contra una estatua del general de división conde de Rochambeau, héroe de la guerra de Independencia. El dedo rígido de Rochambeau señalaba algo pero Stone nunca había averiguado qué. Luego había un prusiano, el barón Steuben, al noroeste, y el polaco, el general Kosciuszko, que custodiaba el flanco noreste de aquel parque de casi tres hectáreas. Esas estatuas siempre le hacían esbozar una sonrisa. A Oliver Stone le encantaba estar rodeado de revolucionarios.

—Necesitar ropa nueva, en serio, Oliver —repitió la mujer mientras se rascaba el bronceado rostro—. Y corte de pelo también, sí. Oliver, necesitar un cambio total.

—No me cabe duda —repuso en voz baja—. En cualquier caso, supongo que

todo depende de las prioridades que uno tenga y, por suerte, la vanidad nunca ha sido una de las mías.

La mujer se hacía llamar Adelpia. Tenía un acento que él nunca había logrado ubicar, aunque sin duda era europeo, eslavo con toda probabilidad. Era especialmente mala en la conjugación de los verbos, y solía emplearlos en infinitivo y saltándose todas las reglas gramaticales. Alta y enjuta, tenía un pelo negro y largo vetado de canas. También tenía unos ojos hundidos e inquietantes y una boca que solía formar una mueca, aunque Stone había descubierto que a veces era bondadosa aunque se resistiera a ello. Era difícil calcular su edad, pero sin duda era más joven que él. La pancarta de casi dos metros plantada en el exterior de la tienda de campaña de ella rezaba: «Un feto es una vida. Quienes no lo crean así irán directos al infierno». Adelpia era poco amante de las sutilezas. En la vida sólo distinguía entre el blanco y el negro. Para ella, las tonalidades grises no existían, aunque aquella pareciera ser la ciudad que había inventado ese color.

El pequeño cartel del exterior de la tienda de Oliver Stone se limitaba a proclamar: «Quiero la verdad». Después de todos esos años todavía no la había descubierto. De hecho, ¿acaso existía una ciudad en la que la verdad fuera más difícil de descubrir que en aquella?

—Buscar voy el café, Oliver. ¿Querer uno? Tener dinero.

—No, gracias, Adelpia. Tengo que ir a otro sitio.

—¿A otra reunión ir? —preguntó con ceño—. ¿De qué servirte? Ya joven no eres y no deber caminar de noche. Este lugar peligroso.

Él lanzó una mirada a los guardias.

—De hecho este lugar es bastante seguro.

—¿Muchos hombres armados y decir que seguro? Loco estás.

—Tal vez tengas razón. Gracias por preocuparte —respondió él educadamente.

A ella le gustaba polemizar y aprovechaba cualquier oportunidad para atacar. Ya hacía tiempo que él había decidido no darle pie.

Adelpia lo observó enojada antes de marcharse. Stone leyó una pancarta que había cerca de él y rezaba: «Que pases un buen día del Juicio Final». Hacía tiempo que no veía al hombre que había clavado ese cartel.

—Sí, supongo que lo pasaremos bien, ¿no? —murmuró.

De pronto advirtió una actividad repentina al otro lado de la calle. Los policías y los coches patrulla se estaban agrupando. Varios agentes se apostaron en distintas intersecciones. Los imponentes portones de acero negro de la mansión, capaces de soportar el empuje de un tanque M-1, se abrieron y un monovolumen negro salió disparado con las luces rojas y azules de la parrilla encendidas.

Stone supo de inmediato qué sucedía y corrió calle abajo en dirección al

cruce más cercano. Mientras observaba por los prismáticos, el desfile de vehículos más intrincado del mundo salió por la calle Diecisiete. La limusina más espectacular jamás construida circulaba en medio de aquella impresionante columna.

Era un Cadillac DTS equipado con lo último en tecnología de navegación y comunicación y con capacidad para seis pasajeros en un cómodo habitáculo de cuero azul intenso y molduras de madera. La limusina disponía de asientos reclinables mediante sensor automático y un escritorio plegable; totalmente hermética, contaba con suministro de aire propio por si el oxígeno del exterior se enrarecía. El sello presidencial dominaba el centro del asiento trasero, así como el interior y exterior de las puertas posteriores. La bandera de EE. UU. ondeaba en el guardabarros delantero derecho, y el estandarte presidencial en el izquierdo indicaba que en ese momento el presidente iba en su interior.

El vehículo estaba fabricado con paneles de acero blindado y las ventanillas eran de un grueso cristal de policarbonato a prueba de balas. Sus cuatro neumáticos eran autorreparables y su matrícula tenía dos ceros. El consumo de gasolina era una barbaridad, pero por los diez millones de dólares que valía incluía un reproductor de diez CD con sonido envolvente. Desgraciadamente para quienes buscan gangas, el concesionario no hacía descuentos. Se le apodaba cariñosamente *la Bestia*. A la limusina sólo se le conocían dos hándicaps: ni volaba ni flotaba.

Una luz se encendió en el interior de *la Bestia* y Stone vio al hombre examinando unos papeles, sin duda documentos de extrema importancia. A su lado iba sentado otro hombre. Stone no pudo reprimir una sonrisa. Los agentes debían de estar furiosos por la luz. Pese al blindaje y los cristales antibalas, no había que convertirse en un objetivo tan fácil.

La limusina aminoró al pasar por el cruce y Stone se puso un poco tenso al ver que el hombre miraba en su dirección. Durante unos instantes, el presidente James H. Brennan y el ciudadano conspirador Oliver Stone se miraron a los ojos. El mandatario hizo una mueca y dijo algo. El hombre sentado a su lado apagó la luz de inmediato. Stone volvió a sonreír. « Sí, siempre estaré aquí. Duraré más que vosotros dos» .

Stone también conocía bien al hombre que iba sentado al lado del presidente Brennan. Se trataba de Carter Gray, el llamado «zar de los servicios de inteligencia», cargo recién creado en el gabinete que le otorgaba el control dictatorial de un presupuesto de cincuenta mil millones de dólares y de ciento veinte mil personas altamente cualificadas en las quince agencias de información de EE. UU. Su imperio incluía la plataforma del satélite espía, la experiencia criptológica de la Agencia de Seguridad Nacional, la Agencia de Inteligencia Militar (DIA), e incluso la venerable CIA, agencia que Gray había dirigido en el pasado. Al parecer, la gente de Langley pensó que Gray se mostraría deferente

y preferente con ellos. Ni lo uno ni lo otro. Como Gray también había sido secretario de Defensa, se suponía que sería leal al Pentágono, que gastaba ochenta centavos de cada dólar dedicado a los servicios de inteligencia. Esa suposición también se había demostrado errónea. Estaba claro que Gray sabía dónde temían enterrados a sus cadáveres y aprovechaba ese conocimiento para doblegar a ambas agencias a su voluntad.

A Stone no le parecía bien que un solo hombre, un único ser humano falible, tuviera tanto poder y, por supuesto, menos aún alguien como Carter Gray. Lo había conocido muy bien décadas atrás, aunque seguro que ahora Gray no reconocería a su antiguo compañero. «Hace años la historia habría sido completamente distinta, ¿verdad, señor Gray?».

De repente le arrebataron los prismáticos y Stone se encontró frente a un guardia uniformado y armado con una metralleta.

—Si vuelves a sacarlos para mirar al jefe, Stone, te quedas sin, ¿está claro? Y si no supiéramos quién eres, te los quitaría ahora mismo. —Y le lanzó los viejos gemelos a Stone antes de alejarse.

—Estoy ejerciendo mis derechos constitucionales, agente —masculló Stone, sabiendo que el guardia no le oiría.

Guardó los prismáticos y se colocó en una zona en penumbra. Volvió a pensar que no era recomendable discutir con hombres sin sentido del humor que llevan armas automáticas. Exhaló un largo suspiro. Su vida se encontraba en precario equilibrio todos los días.

Entró de nuevo en su tienda, abrió la mochila y, con ayuda de la linterna, leyó una serie de artículos que había recortado de periódicos y revistas y pegado en los diarios. Documentaban las actividades de Carter Gray y el presidente Brennan: «El zar de los servicios de inteligencia ataca de nuevo», rezaba un titular; «Brennan y Gray forman un dúo dinámico», informaba otro.

Todo se había producido de forma muy rápida. Tras varios tropiezos, el Congreso había reorganizado por completo los servicios de inteligencia y, básicamente, los había dejado en manos de Carter Gray. Como secretario de Inteligencia, Gray dirigía el Centro Nacional de Inteligencia, o NIC, cuyo objetivo, según marcaba la ley, era proteger al país de ataques tanto dentro como fuera de sus fronteras. «Protegerlo por el medio que sea» era quizá la parte no escrita más importante de dicho objetivo.

Sin embargo, el comienzo del mandato de Gray no había estado a la altura de su extraordinario currículum: una serie de atentados terroristas suicidas en zonas metropolitanas había causado numerosos muertos, dos asesinatos de dignatarios extranjeros de visita y luego un atentado directo pero fallido contra la Casa Blanca. A pesar de los muchos congresistas que pidieron su dimisión y la reducción de la autoridad del secretario, Gray había conservado el apoyo del presidente. Y si se comparaba a los cargos poderosos en Washington con

desastres naturales, el presidente era un huracán y un terremoto, todo en uno.

Luego, poco a poco, las tornas habían empezado a cambiar. Se desbarataron una docena de atentados terroristas planeados en suelo estadounidense. Y los terroristas morían o eran capturados sin cesar. Aunque durante mucho tiempo no habían podido desarticular los núcleos de estas organizaciones, por fin los servicios de inteligencia estaban atacando al enemigo desde el interior de sus redes y dañando su capacidad para atacar a EE. UU. y sus aliados. Como era de esperar, Gray se había llevado los laureles por esos resultados.

Stone consultó la hora. La reunión empezaría pronto. Sin embargo, era un recorrido largo y hoy tenía las piernas cansadas, su medio de transporte habitual. Salió de la tienda y comprobó su cartera. No llevaba dinero.

Entonces vio al peatón. Stone se dirigió inmediatamente al hombre mientras este levantaba la mano para llamar un taxi. Aceleró el paso y lo alcanzó justo cuando subía al taxi.

—¿Podría darme algo de dinero? Sólo unos dólares —dijo Stone con la mirada baja y un tono deferente estudiado, lo cual permitía al hombre adoptar una postura magnánima si así lo deseaba.

El hombre vaciló un instante pero al final picó. Sonrió y extrajo la cartera. Stone abrió unos ojos como platos cuando le puso un billete de veinte dólares nuevecito en la palma de la mano.

—Que Dios lo bendiga —dijo mientras agarraba el dinero.

Caminó lo más rápido posible hacia la parada de taxis de un hotel cercano. En circunstancias normales habría tomado el autobús, pero con veinte dólares se permitiría el lujo de ir en taxi, para variar. Tras alisarse el pelo largo y alborotado y mesarse la barba, se dirigió al primer taxi de la fila.

Al verlo, el taxista cerró la puerta.

—¡Largo de aquí! —le espetó.

Stone le enseñó el billete de veinte dólares y le habló a través de la ventanilla medio bajada.

—Las normas que rigen su trabajo no le permiten ningún tipo de discriminación.

A juzgar por la expresión del taxista, pensaba discriminar a su antojo, aunque el dinero lo tranquilizó.

—Hablas bastante bien para ser *sintecho* —dijo—. Pensaba que erais todos unos chalados —añadió con suspicacia.

—No estoy chalado y tampoco soy un *sintecho*. Pero sí que, bueno, he tenido un poco de mala suerte en la vida.

—Eso es lo normal. —Abrió las puertas.

Stone subió al vehículo e indicó la dirección.

—Esta noche he visto al presidente en el coche —dijo el taxista—. Fantástico, ¿no?

—Sí, fantástico —convino Stone sin entusiasmo. Miró por la ventanilla trasera en dirección a la Casa Blanca antes de reclinarsse en el asiento y cerrar los ojos. « Menudo barrio para llamarlo hogar» .

El sedán negro bajó lentamente por la carretera de un solo carril flanqueada por árboles hasta torcer por un sendero de grava. El coche se detuvo al cabo de unos treinta metros. Tyler Reinke, un hombre de casi treinta años, alto, rubio y de complexión atlética, bajó por el lado del conductor mientras Warren Peters, treinta y pocos años y apenas un metro setenta, fornido y de pelo oscuro y ralo, lo hizo por el del pasajero. Reinke abrió el maletero. En su interior yacía un hombre de unos treinta y cinco años en posición fetal, con los brazos y las piernas bien sujetos con correas. Vestía vaqueros y una cazadora de los Washington Redskins. Tenía la boca tapada con un trapo grueso y estaba encima de una lona de plástico. No obstante, a diferencia de la mayoría de las personas maniatadas en un maletero, seguía con vida, aunque parecía profundamente sedado. Con ayuda de la lona, los hombres lo sacaron y lo depositaron en el suelo.

—He vigilado este sitio con anterioridad, Tyler —dijo Peters—. Es el mejor punto, aunque haya que caminar un poco. Lo acarreamos con la lona. Así no dejaremos ningún rastro nuestro en él.

—De acuerdo —repuso Reinke mientras observaba con recelo el terreno empinado e irregular—. Pero mejor que vayamos despacio y tranquilos.

Bajaron con cuidado, apoyándose en los troncos por el camino. Últimamente no había llovido y el terreno estaba firme. De todos modos, se les hacía difícil acarrear al hombre entre los dos y tuvieron que hacer varias paradas mientras el robusto Peters resoplaba.

El camino se volvió más llano al final.

—Bueno —dijo Reinke—, ya casi hemos llegado. Dejémoslo aquí y hagamos un reconocimiento.

Extrajeron prismáticos de visión nocturna de una mochila que Reinke llevaba a la espalda y escudriñaron los alrededores. Luego reemprendieron la marcha. Al cabo de un cuarto de hora llegaron a la orilla de un calmo río. El agua no era profunda y en la superficie sobresalían varias rocas planas.

—Bueno —dijo Peters—. Es aquí.

Reinke sacó dos objetos de su mochila y los dejó en el suelo. Se agachó junto al más grande y palpó su contorno. Un minuto después el bote estaba totalmente inflado. El otro objeto era un diminuto motor de hélice que acopló a la popa.

—Iremos por la orilla de Virginia. Este motor es bastante silencioso, pero el sonido se transmite por el agua —explicó Peters al tiempo que tendía un pequeño dispositivo a su colega—. No es que vayamos a necesitarlo, pero aquí está el GPS.

—Tenemos que sumergirlo —señaló Reinke.

—Cierto. Suponía que lo haríamos aquí en la orilla.

Se quitaron calzado y calcetines y se arremangaron los pantalones. Cargados con el cautivo, recorrieron la orilla blanda y las rocas que bordeaban el agua y luego se adentraron en el río hasta que el agua les llegó a las rodillas. Bajaron al hombre hasta que el cuerpo, no la cara, quedó sumergido y entonces lo levantaron rápidamente. Repitieron la maniobra dos veces más.

—Debería bastar —dijo Peters mientras observaba al hombre empapado, que gemía aún medio atontado. Habían evitado sumergirle la cara porque pensaban que quizá despertaría y entonces sería más difícil transportarle.

Regresaron vadeando hasta la orilla y lo colocaron en el bote hinchable. Volvieron a escudriñar la zona con cuidado y luego arrastraron el bote al agua y subieron. Peters arrancó el motor y avanzaron por el río a una velocidad aceptable. Reinke, que era alto, iba agachado al lado del prisionero y observaba la pantalla del GPS mientras iban río abajo pegados a la orilla arbolada.

—Habría preferido hacer esto en un sitio más reservado, pero no era decisión mía —declaró Peters—. Por lo menos hay niebla. Consulté el parte meteorológico y por una vez acertaron. Pararemos en una calita desierta que hay doscientos metros más adelante, esperaremos a que se despeje y luego continuaremos.

—Buen plan —respondió Reinke.

Los dos hombres guardaron silencio mientras el bote se adentraba en un banco de niebla.

Alex Ford reprimió un bostezo y se frotó los ojos. Una voz nítida le habló por el auricular: « Mantente alerta ». Ford asintió levemente y se concentró. En la sala hacía calor pero por lo menos no llevaba el traje antibalas Kevlar, que era lo más parecido a ir dentro de un microondas. Como de costumbre, los cables que iban de su equipo de vigilancia al auricular y micrófono de muñeca le irritaban la piel. El auricular resultaba incluso peor y la oreja le dolía con sólo tocarla.

Palpó la pistolera que llevaba bajo la axila. Igual que todos los agentes del Servicio Secreto, los trajes se cortaban un poco amplios en el pecho para disimular el bulto del arma. Recientemente el servicio había adoptado la SIG 357 en sustitución de la de 9 mm. La SIG era una buena arma para el trabajo; sin embargo, algunos de sus colegas se habían quejado del percutor y preferían el mecanismo antiguo. A Alex, que no era un gran aficionado a las pistolas, le daba igual. En todos los años que llevaba en el servicio, había sacado la pistola en pocas ocasiones y la había disparado muchas menos.

Este pensamiento lo hizo reflexionar sobre su carrera. ¿Delante de cuántas puertas había hecho guardia? La respuesta estaba grabada en las arrugas de su rostro y en el cansancio de sus ojos. Incluso después de dejar las misiones de protección y ser destinado a la oficina de campo de Washington para dedicarse a labores de investigación en el tramo final de su carrera, ahí estaba de nuevo ocupando espacio entre las jambas de la puerta, observando gente, buscando la aguja en el pajar que intentase causar algún daño físico a su protegido.

Esa noche se trataba de proteger a un dignatario extranjero en el nivel más bajo de estimación de amenaza. Había tenido la mala suerte de que le asignaran la misión como horas extras, y se lo habían comunicado una hora antes de que acabara su jornada habitual. Así que en vez de tomarse una copa en su bar preferido, ahí estaba intentando asegurarse de que nadie disparara al primer ministro de Letonia. ¿O era Estonia?

El evento era una recepción en el distinguido hotel Four Seasons de Georgetown, pero los asistentes eran de segunda fila y muchos estaban ahí porque así se les había ordenado. Los pocos invitados mínimamente importantes eran un puñado de cargos júnior de la Casa Blanca, algunos políticos locales de Washington en espera de aparecer en los periódicos y un congresista corpulento

que pertenecía a algún comité de relaciones internacionales, y que parecía incluso más aburrido que Alex.

El veterano agente del Servicio Secreto ya había hecho tres de esas veladas extraordinarias la semana anterior. Los meses previos a las elecciones presidenciales eran una sucesión frenética de fiestas, funciones para recaudar fondos y reuniones informales con los partidarios. Los congresistas y sus ayudantes acudían a media docena de actos similares todas las noches, tanto por la comida y bebida gratuitas como para estrechar la mano de los electores, recoger cheques y a veces incluso charlar sobre temas candentes. Siempre que alguien que tuviera protección del Servicio Secreto asistía a uno de estos actos, los tipos como Alex tenían que estar presentes después de una ardua jornada laboral y velar por su seguridad.

Alex miró a su compañero de esa noche, un joven alto, fornido y con un corte de pelo estilo marine, procedente de la oficina de Washington, a quien también habían llamado en el último momento. A Ford sólo le quedaban unos años para jubilarse con una pensión federal, pero ese muchacho tenía por delante más de dos décadas en la montaña rusa que era trabajar para el Servicio Secreto.

—Simpson ha vuelto a librarse —murmuró el joven—. Dime, ¿qué culo besa en las altas esferas?

Alex se encogió de hombros. Lo bueno de esas misiones era que les dejaba tiempo para pensar, de hecho demasiado tiempo para reflexionar sobre lo que quisieran, para elaborar listas de enemigos mientras ocupaban su puesto en silencio. Pero a Alex ya no le interesaba ese aspecto de su profesión.

Observó el botón del micro que llevaba en la muñeca y fue incapaz de reprimir una sonrisa. Ese botón había resultado problemático durante años. Los agentes se cruzaban de brazos y lo encendían sin querer, o el micro se obstruía sin saber cómo. Y entonces por las ondas se oía la descripción gráfica de alguna tía buena que anduviese por allí. Si Alex hubiera recibido cien dólares por cada vez que había oído la frase « ¿Has visto qué tetas? », ya podría haberse jubilado. Y entonces todo el mundo gritaba a su micro: « Micro abierto ». Era gracioso ver a todos los agentes esforzándose por aparentar que no habían sido ellos quienes habían transmitido su lujuria sin darse cuenta.

Alex se recolocó el auricular y se frotó el cuello. Esa parte de su anatomía era una serie de cartilagos y discos amalgamados. Durante una misión de protección presidencial estaba siguiendo la caravana de vehículos cuando el coche en que viajaba había dado una vuelta de campana después de que el conductor virara bruscamente para evitar a un ciervo en una carretera secundaria. El cuello se le había fracturado al dar la voltereta. Tras varias operaciones y la inserción de piezas muy finas de acero inoxidable, su cuerpo de dos metros había perdido casi dos centímetros y medio, aunque su postura había mejorado dado que el acero no se comba. Ser un poco más bajo no le molestaba

tanto como el recurrente escozor en el cuello. Podría haberse acogido al programa de discapacidad, pero no quería marcharse de ese modo. Como era soltero y no tenía hijos, tampoco tenía a dónde ir. Por eso había sudado tinta para volver a estar en forma y obtenido el beneplácito de los médicos del Servicio Secreto para retomar el trabajo de campo después de varios meses asignado a tareas administrativas.

No obstante, en esos momentos, a sus cuarenta y tres años, tras pasar buena parte de su vida en estado de alerta constante en un entorno soporífero —la típica existencia diaria de un agente del Servicio Secreto—, se preguntaba si no estaba loco por haber continuado. Joder, podía haberse buscado un *hobby*. O por lo menos una esposa.

Alex se mordió el labio para aliviar el calor ardiente que sentía en el cuello y observó estoico a la esposa del primer ministro extranjero atiborrándose *de foiegras*.

« Vaya trabajito el mío» .

Stone bajó del taxi.

—En mi opinión sigues siendo un vagabundo por muy bien que hables —le espetó el taxista antes de marcharse.

Observó alejarse el vehículo. Hacía tiempo que había dejado de responder a tales comentarios. Que la gente pensara lo que quisiera. Además, tenía pinta de vagabundo.

Caminó hacia un pequeño parque cercano al Georgetown Waterfront Complex y observó las aguas amarronadas del río Potomac que lamían el malecón. Algunos grafiteros con mucha iniciativa, a quienes estaba claro que no les importaba trabajar con el agua hasta el culo, habían pintado el muro de hormigón.

Un rato antes había tráfico por la autovía elevada de Whitehurst que discurría a su espalda. Y la vida nocturna bañada en alcohol había resonado cerca de la intersección de la calle M con Wisconsin Avenue. Georgetown contaba con muchos locales elegantes que prometían diversión a quienes tuvieran los bolsillos llenos o, por lo menos, créditos aceptables, nada de lo cual podía aplicarse a Stone. Sin embargo, a esas horas de la madrugada, la mayoría de los jueguistas se había ido. Por encima de todo, Washington era una ciudad madrugadora que se acostaba temprano.

El Potomac también estaba tranquilo. El barco de la policía que solía patrullar sus aguas debía de haber ido hacia el sur, en dirección al puente Woodrow Wilson. A Stone le pareció perfecto. Por suerte tampoco se veía ningún policía por tierra. Aquel era un país libre pero un tanto menos libre para un hombre que vivía en un cementerio, llevaba ropa casi andrajosa y andaba por la calle a esas horas en una zona acomodada.

Stone bordeó el parque Francis Scott Key, caminó por debajo del puente homónimo y por último pasó al lado del monumento conmemorativo del famoso compositor. Un poco exagerado, pensó Stone, para un hombre que había escrito letras de canciones que nadie recordaba. El cielo estaba de un negro impenetrable salpicado de nubes y punteado de estrellas y, gracias al recién instaurado toque de queda en el aeropuerto nacional Reagan, no había estelas de los aviones que estropearan su belleza. Sin embargo, se estaba formando una

niebla densa. Pronto podría considerarse afortunado si veía por dónde pisaba. Se estaba acercando al edificio de un club de remo cuando una voz lo llamó desde la oscuridad.

—Oliver, ¿eres tú?

—Sí, Caleb. ¿Han llegado los demás?

Un tipo de estatura media con un poco de barriga entró en el campo visual de Stone. Caleb Shaw iba vestido con ropa del siglo XIX, con bombín incluido para cubrir el pelo canoso y corto, y con un reloj de cadena que le adornaba la pechera del chaleco. Llevaba las patillas largas y un bigote pequeño y bien cuidado.

—Reuben está aquí, pero ha ido a orinar. Todavía no he visto a Milton —añadió Caleb.

Stone exhaló un suspiro.

—No me extraña. Milton siempre ha sido un genio despistado.

Reuben se reunió con ellos, pero no ofrecía buen aspecto. Reuben Rhodes tenía unos sesenta años, medía más de metro noventa y era un hombre de complexión fuerte, de pelo oscuro rizado, largo y vetado de gris, y barba corta y poblada. Vestía unos vaqueros sucios, camisa de franela y mocasines gastados. Se sujetaba el costado con una mano. Reuben era propenso a tener piedras en el riñón.

—Deberías hacértelo ver, Reuben —dijo Stone.

El hombretón frunció el ceño.

—No me gusta que me toqueteen por dentro; ya tuve bastante con el ejército. Así que sufriré en silencio y en privado, si no os importa.

Milton Farb apareció mientras hablaban. Se paró, picoteó la tierra con el pie derecho tres veces y luego dos veces con el izquierdo y terminó emitiendo silbidos y gruñidos. Acto seguido, recitó una serie de números que obviamente significaban mucho para él.

Los otros tres esperaron pacientemente hasta que acabó. Todos sabían que si interrumpían a su compañero en medio de su ritual obsesivo-compulsivo tendría que empezar de nuevo, y ya se estaba haciendo tarde.

—Hola Milton —saludó Stone en cuanto cesaron los gruñidos y silbidos.

Milton Farb levantó la vista del suelo y sonrió. Llevaba una mochila de cuero colgada al hombro y vestía un suéter colorido y unos pantalones caqui recién planchados. Medía un metro ochenta, era delgado y llevaba gafas de montura metálica. Tenía el pelo rubio rojizo y canoso más bien largo, lo cual le hacía parecer un *hippie* entrado en años. Sin embargo, sus ojos vivaces tenían una expresión picara que le otorgaba un aspecto más joven.

Milton dio una palmadita a su mochila.

—Traigo buen material, Oliver.

—Bueno, pongámonos en marcha —dijo Reuben, que seguía sosteniéndose el

costado—. Mañana trabajo en el primer turno del muelle de carga.

Mientras los cuatro echaban a andar, Reuben se acercó a Oliver y le introdujo algo de dinero en el bolsillo de la camisa.

—No tienes por qué hacerlo, Reuben —protestó Stone—. Tengo el estipendio de la iglesia.

—Ya. Sé que no te pagan mucho por quitar hierbajos y limpiar lápidas, sobre todo teniendo en cuenta que te dan un techo.

—Sí, pero no puede decirse que a ti te sobre el dinero.

—Tú hiciste lo mismo por mí durante años cuando no lograba que nadie me contratara —arguyó, antes de añadir con brusquedad—: Miranos, menudo regimiento de seres patéticos formamos. ¿Cuándo nos hicimos tan viejos y ridículos?

Caleb rio y Milton se sorprendió hasta comprender que Reuben bromeaba.

—Envejecemos sin darnos cuenta, pero cuando resulta obvio, los efectos son de todo menos sutiles —comentó Stone.

Mientras caminaban, estudió a cada uno de sus compañeros, hombres a los que conocía desde hacía años y que habían estado con él en los buenos y en los malos momentos.

Reuben se había licenciado en West Point y lo habían destinado a Vietnam tres veces, con lo que obtuvo todas las medallas y distinciones que otorga el ejército. Después lo asignaron a la Agencia de Inteligencia Militar, la DIA, el equivalente de la CIA en el Pentágono. Sin embargo, acabó renunciando y pasó a manifestarse en contra de la guerra en general y la de Vietnam en particular. Cuando el país dejó de interesarse por esa «pequeña escaramuza» en el sureste asiático, Reuben descubrió que era un hombre sin causa por la que luchar. Vivió en Inglaterra durante una temporada antes de regresar a EE. UU. Después, dosis ingentes de drogas y la quema de sus naves lo dejaron con pocas opciones en la vida. Tuvo suerte de conocer a Oliver Stone, quien le ayudó a dar un vuelco a su existencia. En la actualidad Reuben formaba parte de la plantilla de una empresa de almacenaje, donde descargaba camiones y ejercitaba los músculos en vez de la mente.

Caleb Shaw se había doctorado en ciencias políticas y literatura del siglo XVIII, aunque su naturaleza bohemia se identificaba más con los usos del siglo XIX. Al igual que Reuben, había sido un activo manifestante durante la guerra de Vietnam, donde perdió a su hermano. Caleb también había hecho oír su voz estridente contra la administración durante el Watergate, cuando la nación perdió los últimos vestigios de inocencia política. A pesar de sus logros académicos, hacía tiempo que sus excentricidades lo habían desterrado del mundo académico. En la actualidad trabajaba en el departamento de libros singulares y colecciones especiales de la Biblioteca del Congreso. Su pertenencia a la organización con la que estaba reunido en esos momentos no figuraba en su currículum cuando se

presentó al puesto. A las autoridades federales les desagradaban las personas que pertenecían a grupos contestatarios que se reunían en plena noche.

Probablemente, Milton Farb tuviera el cerebro más brillante de todos ellos, aunque de vez en cuando se olvidara de comer, creyera que Paris Hilton era un hotel francés y pensara que mientras tuviera una tarjeta de crédito también tendría dinero. Había sido niño prodigio y poseía una capacidad innata para las matemáticas y una portentosa memoria fotográfica: era capaz de leer o ver algo una sola vez y no olvidarlo jamás. Sus padres habían trabajado en una feria ambulante, donde Milton había sido una atracción muy popular: sumaba las cifras mentalmente más rápido que una calculadora y recitaba sin titubear el texto exacto de muchísimos libros.

Al cabo de unos años, tras acabar el bachillerato en un tiempo récord, entró a trabajar como científico investigador en el Instituto Nacional de la Salud (NIH). Lo único que le había impedido tener éxito en la vida era su trastorno obsesivo-compulsivo, que iba empeorando, y un marcado complejo paranoico. Probablemente esos problemas se debían a su infancia poco convencional pasada en las ferias ambulantes. Por desgracia, ambos demonios tendían a aparecer en los momentos más inoportunos. Tras enviar una carta con amenazas al presidente de EE. UU., el Servicio Secreto le investigó y su carrera en el NIH terminó rápidamente.

Stone conoció a Milton en un centro para enfermos mentales en el que estaba internado y donde él trabajaba como camillero. Durante su hospitalización, los padres de Milton murieron y dejaron a su hijo sin un céntimo. Stone, que se había enterado de la extraordinaria capacidad intelectual de Milton, convenció a su amigo indigente para que probara suerte en un concurso televisivo llamado *El sabor del riesgo*. Milton fue seleccionado entre los aspirantes a participar y, manteniendo a raya sus trastornos y paranoias con la medicación, derrotó a todos los concursantes y ganó una pequeña fortuna. En la actualidad era propietario de un próspero negocio dedicado al diseño de páginas web para empresas.

Fueron bajando hasta situarse cerca del agua, donde había una chatarrería abandonada. En un lugar próximo había un macizo de arbustos irregulares, medio sumergidos en el agua. Desde ese escondrijo los cuatro consiguieron extraer un bote de remos largo y encostrado que a duras penas estaba en condiciones de navegar. Impertérritos, se quitaron zapatos y calcetines y los guardaron en las mochilas, arrastraron el bote hasta el agua y se subieron. Se turnaron a los remos, aunque el grandullón Reuben era el que más y mejor remaba.

En el río corría una brisa fresca y las luces de Georgetown y de Washington, más al sur, iban perdiendo intensidad por la niebla. El lugar tenía muchas cosas para agradar, pensó Stone sentado en la proa. Sí, mucho para agradar pero más para odiar.

—La patrullera de la policía está cerca del puente de la calle Catorce —

informó Caleb—. Siguen un horario nuevo. Y vuelven a tener a los helicópteros de Seguridad Nacional sobrevolando en círculos todos los monumentos del Mall cada dos horas. Hoy en la biblioteca hemos recibido la alerta por correo electrónico.

—El nivel de amenaza se ha elevado esta mañana —informó Reuben—. Unos amigos míos que entienden de esto dicen que no es más que una artimaña para la campaña. El presidente Brennan enarbola la bandera del patriotismo.

Stone observó a Milton, sentado impassible en la popa.

—Hoy estás muy callado, Milton. ¿Todo bien?

Milton lo miró con expresión tímida.

—He conocido a alguien. —Todos los miraron con curiosidad—. He hecho una amiga —añadió.

Reuben le dio una palmada en el hombro.

—Así me gusta.

—Qué bien, Milton —dijo Stone—. ¿Dónde la has conocido?

—En la clínica de ansiología. Ella también es paciente.

—Entiendo —dijo Stone girándose.

—Pues está muy bien —añadió Caleb con tacto.

Pasaron despacio por debajo de Key Bridge manteniéndose en el centro del canal y luego siguieron el recodo del río en dirección sur. Stone agradecía que la espesa niebla los hiciera prácticamente invisibles desde la orilla. A las autoridades federales no les gustaban los intrusos. Stone oteó la orilla.

—Un poco a la derecha, Reuben.

—La próxima vez mejor que nos reunamos en el Lincoln Memorial. Así tendré que sudar menos —se quejó el hombretón mientras resoplaba sin dejar de remar.

El bote rodeó la parte occidental de la isla y entró en una pequeña franja de agua que recibía el oportuno nombre de Pequeño Canal. La zona estaba tan aislada que parecía mentira que hacía sólo unos minutos hubieran atisbado la cúpula del Capitolio.

Desembarcaron y arrastraron el bote hasta los matorrales. Mientras los hombres caminaban por el bosque hacia el sendero principal, Oliver Stone se movía con más brío del normal. Aquella noche tenía que conseguir muchas cosas.

El séquito letón por fin se retiró y Alex fue en el coche de un compañero a un local frecuentado por agentes federales, cerca del cuartel general del Servicio Secreto en Washington. El lugar se llamaba Bar PDAL. El acrónimo probablemente no significara nada para los profanos, pero era muy conocido entre las fuerzas de seguridad federales. Significaba «Paga de Disponibilidad para los Agentes de la Ley». A cambio de estar disponible por lo menos diez horas al día para un trabajo que exigía tener placa, pistola y suficientes agallas, los agentes recibían de sus respectivas agencias un aumento del 25 por ciento de su salario base. Los dueños del local habían dado en el clavo al llamarlo así, porque desde el primer día estuvo abarrotado de agentes.

Alex se dirigió a la barra. La pared de detrás estaba decorada con docenas de insignias de las agencias de seguridad. En las otras paredes había artículos de periódico enmarcados que relataban hazañas heroicas de organismos como el FBI, la DEA, el ATF, la FAM y similares.

Cuando Alex vio a la camarera, sonrió a pesar de desear mantenerse tranquilo y natural ante su presencia.

—Martini Beefeater con hielo con ni dos ni cuatro sino tres aceitunas bien carnosas —dijo ella mirándolo con una sonrisa.

—Buena memoria.

—No es muy difícil teniendo en cuenta que nunca pides otra cosa.

—¿Qué tal te tratan en el Departamento de Justicia? —Kate Adams era la única camarera que él conocía que, además, era abogada del Departamento de Justicia.

Ella le sirvió la bebida.

—Todo sobre ruedas. ¿Qué tal te tratan en el Servicio Secreto?

—Cubro a final de mes y sigo respirando. No pido más.

—Pues deberías ser un poco más exigente.

Kate limpió la barra mientras Alex le lanzaba miradas discretas. Medía un metro setenta, tenía cuerpo esbelto y cuello largo, pelo rubio y rizado hasta los hombros, pómulos marcados entre una nariz fina y recta y un mentón bien proporcionado. De hecho, sus facciones parecían serenas y clásicas hasta que llegabas a los ojos. Los tenía verdes y grandes y, para Alex, evidenciaban el

alma fogosa y apasionada que latía en su interior. Era soltera, tenía un buen sueldo y unos treinta y cinco años —lo había consultado en la base de datos— pero no aparentaba más de treinta. Él sí aparentaba la edad que tenía, aunque el pelo negro todavía no le había empezado a encanecer ni le clareaba. Tampoco sabía por qué.

—Estás más delgado —observó ella, interrumpiendo sus pensamientos.

—Como ya no estoy en protección, no me paso el día engullendo comida de hotel y resulta que trabajo de verdad en vez de pasarme diez horas seguidas con el culo pegado al asiento de un avión.

Hacía un mes que acudía al local y charlaba con aquella mujer. Sin embargo, quería ir más allá e intentó llamar su atención. De repente le miró las manos.

—¿Cuánto tiempo hace que tocas el piano?

—¿Qué? —preguntó Kate sorprendida.

—Tienes callos en los dedos —observó él—. Indicio inequívoco de que tocas el piano.

Ella se miró las manos.

—O el teclado de un ordenador.

—No. Las teclas de ordenador sólo encallecen las yemas. Las teclas del piano están en contacto con la falange superior del dedo. Y te muerdes las uñas hasta la raíz. Tienes una marca en el índice de la derecha, y el meñique izquierdo está un poco torcido, probablemente te lo rompieras de pequeña.

Kate se observó los dedos.

—Vaya, ¿acaso eres una especie de experto en manos?

—Todos los agentes del servicio lo somos. Me he pasado buena parte de mi vida adulta mirando manos en los cincuenta estados y en un puñado de países extranjeros.

—¿Por qué?

—Porque las personas matan con las manos, Kate.

—Ah.

Estaba a punto de decir algo más cuando un grupo de agentes del FBI que acababa de terminar el último turno irrumpió en el local, se acercaron a la barra y empezaron a pedir a voz en grito. Alex, apartado por su superioridad numérica, tomó su bebida y se sentó solo en una pequeña mesa de la esquina. Sin embargo, no apartó la mirada de Kate. Los chicos del FBI estaban embelesados con la encantadora camarera, lo cual irritaba al veterano agente.

Al final desvió su atención hacia el televisor atornillado en la pared. Habían sintonizado la CNN y varios parroquianos escuchaban a la persona que hablaba en la pantalla. Alex se acercó con la bebida para oír mejor una rueda de prensa ofrecida por Carter Gray, el jefe de los servicios de inteligencia.

El aspecto físico de Gray transmitía seguridad al instante. Aunque era bajito, tenía la presencia pesada del granito, con hombros fornidos, cuello robusto y cara

ancha. Llevaba unas gafas que le otorgaban aspecto profesional, lo cual no era sólo una fachada dado que provenía de una de las mejores universidades del país. Y lo que no había aprendido en la universidad se lo habían enseñado las casi cuatro décadas pasadas al pie del cañón. No parecía fácil que alguien pudiera intimidarle o pillarle desprevenido.

« En una zona rural del suroeste de Virginia, un granjero que buscaba una vaca perdida ha encontrado los cadáveres de tres presuntos terroristas », anunció el secretario de los servicios de inteligencia con expresión seria.

La imagen que evocaba esa información hizo que a Alex le entraran ganas de reír, pero el porte grave de Carter Gray reprimía todo deseo de hacerlo.

« Según el forense, estos hombres llevaban muertos por lo menos una semana o incluso más. Gracias a la base de datos del Centro Nacional de Inteligencia, hemos confirmado que uno de ellos era Mohamed al Zawahiri, de quien pensamos que estaba relacionado con el atentado suicida de Grand Central y sospechoso también de dirigir la red de narcotráfico de la costa Este. También ha aparecido muerto Adnan al Rimi, uno de los acólitos de Zawahiri, y un tercer hombre cuya identidad se desconoce todavía. Gracias a la información proporcionada por el NIC, el FBI ha detenido a otros cinco hombres relacionados con Zawahiri y ha confiscado gran cantidad de drogas ilegales, dinero y armas » .

Gray sabía seguir el juego de Washington a la perfección, pensó Alex. Se había asegurado de que el público se enterase de que el NIC había hecho la parte más importante del trabajo, aunque había reconocido la participación del FBI. En Washington el éxito se medía en dólares de presupuesto y en atribuirse operativos. Todo burócrata que lo olvidara, lo hacía por su cuenta y riesgo. No obstante, todas las agencias necesitaban favores de las organizaciones hermanas. Estaba claro que Gray había cubierto todos los flancos.

« Uno de los aspectos más interesantes de este incidente —prosiguió— es que al parecer Zawahiri mató a sus dos compañeros y luego se suicidó, aunque podría ser que su muerte estuviera relacionada con el narcotráfico. En cualquier caso, este hecho mostrará a las organizaciones terroristas que nuestro país está haciendo avances en la lucha contra el terror. —Hizo una pausa y añadió con voz clara—: Y ahora me gustaría ceder la palabra al presidente de EE. UU.» .

Esta era la pauta habitual de las ruedas de prensa. Gray informaba de los detalles en un lenguaje sencillo. A continuación, aparecía el carismático James Brennan y echaba balones políticos fuera con un discurso hiperbólico que no dejaba duda sobre quién protegería mejor el país.

Cuando Brennan inició su discurso, Alex volvió a centrarse en la barra y en la camarera. Sabía que probablemente una mujer como Kate Adams tenía a veinte tipos coladitos por ella y era muy probable que la mayoría fuera mejor partido que él. También era muy posible que ella fuera consciente de los sentimientos de él; joder, seguramente se había dado cuenta de sus sentimientos hacia ella antes

que él mismo.

Se irguió y tomó una decisión: « Bueno, no hay motivo por el que no pueda ser el elegido entre los veinte » .

No obstante, antes de llegar a la barra se detuvo. Un hombre se había acercado directamente a ella. La sonrisa instantánea de Kate fue suficiente para que Alex infiriese que aquel tipo era especial. Volvió a sentarse y siguió observando mientras ellos se desplazaban a una esquina de la barra para tener mayor intimidad. El hombre era un poco más bajo que Alex pero más joven, fornido y apuesto. Con su ojo experto, Alex enseguida reparó en que llevaba ropa muy cara. Probablemente fuera uno de esos abogados corporativos o miembro de un grupo de presión muy bien cotizado que ejercía su profesión en una zona distinguida de la ciudad. Alex sentía que le clavaban un cuchillo en el cráneo cada vez que Kate se reía.

Se acabó la bebida y estaba a punto de marcharse cuando oyó su nombre. Se giró y vio que Kate le hacía señas. Se acercó de mala gana.

—Alex, te presento a Tom Hemingway —dijo—. Tom, Alex Ford.

Cuando se estrecharon la mano, Alex, que no era precisamente débil, comprobó que Hemingway tenía tanta o más fuerza que él. Observó la mano del hombre, sorprendido ante el grosor de los dedos y los nudillos que parecían cuñas de acero. Hemingway tenía las manos más potentes que el veterano agente había visto en su vida.

—Servicio Secreto —dijo Hemingway echando un vistazo al pin rojo que Alex llevaba en la solapa.

—¿Y tú? —preguntó Alex.

—Estoy en uno de esos sitios que si te revelo me obligaría a matarte — respondió Hemingway con una sonrisa de complicidad.

Alex apenas fue capaz de reprimir su desprecio.

—Tengo amigos en la CIA, la DIA, la NRO y la NSA. ¿Cuál es la tuya?

—No me refiero a nada tan obvio, Alex —respondió Hemingway con una risita.

Alex miró a Kate.

—¿Desde cuándo se relaciona el Departamento de Justicia con tipos graciosos como este?

—Estamos trabajando juntos en un asunto. Mi organización y el Departamento de Justicia, me refiero. Kate es la abogada principal y yo soy el enlace.

—Estoy seguro de que Kate es la mejor compañera posible. —Alex dejó el vaso vacío—. Bueno, tengo que marcharme.

—Y yo estoy segura de que volveré a verte pronto —se apresuró a decir Kate.

Alex no respondió. Se volvió hacia Hemingway.

—Sigue así, Tom. Y que no se te escape lo que haces para el Tío Sam. No me gustaría que te trincaran por haber tenido que matar a un pobre desgraciado que hacía demasiadas preguntas.

Se marchó dando largas zancadas. Con los ojos en la nuca que todos los del Servicio Secreto parecían tener, Alex notó la mirada del hombre clavada en él. Lo que no notó fue la mirada de preocupación de Kate.

Bueno, pensó Alex cuando el frío aire nocturno le alcanzó, aquello era un final verdaderamente asqueroso para lo que hasta el momento había sido una mierda de día, como todos los demás. Decidió dar un paseo y dejar que su martini de Beefeater con aceitunas le encurtiara el alma. En ese momento deseó haberse tomado otro.

La caravana de vehículos presidencial regresaba a la Casa Blanca después de la función para recaudar fondos, circulando rápidamente por calles vacías y cruces cerrados. Gracias a la labor meticulosa del grupo de avanzada del Servicio Secreto, los presidentes de EE. UU. nunca perdían un momento por culpa del tráfico. Esa ventaja sería motivo suficiente para que algunos de los que se desplazaban todos los días a Washington envidiasen el cargo. En el viaje de ida, Gray había hecho a su jefe un resumen exhaustivo de lo acontecido durante el día con respecto a los asuntos de inteligencia. En ese momento, en el asiento trasero de *la Bestia*, Brennan analizaba los resultados de una encuesta y Gray miraba al frente mientras hacía malabarismos con una docena de cosas en su mente, como era habitual en él.

Al final miró a su jefe.

—Con los debidos respetos, señor, repasar las encuestas cada cinco minutos no cambiará los resultados. Como candidato presidencial, el senador Dyson no está a su altura. Usted obtendrá una victoria arrolladora en estas elecciones — declaró Gray antes de añadir con diplomacia—: Por tanto, podría centrarse en otros asuntos quizá más impostergables.

Brennan sonrió y dejó las encuestas a un lado.

—Carter, eres un hombre brillante pero no un político.

Las elecciones no se ganan hasta que se cuenta el último voto. No obstante, soy consciente de que mi considerable ventaja en esta carrera se debe en parte a ti.

—Agradecí mucho su apoyo durante mis difíciles comienzos.

De hecho, Brennan se había planteado despedir a Gray en numerosas ocasiones durante ese período «difícil», hecho que Gray conocía. Sin embargo, aunque Gray nunca había sido un lameculos, si uno estaba predispuesto a besar unas nalgas de vez en cuando, el trasero del líder del mundo libre no era mal sitio donde apuntar.

—¿Estás al acecho de más Zawahiri por ahí?

—El incidente ha sido muy extraño, señor presidente.

Gray no estaba muy seguro de por qué Zawahiri había acabado de aquel modo. El jefe del NIC quería suponer que su estrategia de infiltrarse en

organizaciones terroristas y emplear otras tácticas para enfrentarlas entre sí empezaba a dar sus frutos. Sin embargo, Gray era un hombre demasiado suspicaz como para descartar otras alternativas.

—Bueno, la prensa lo ha acogido muy bien.

Al igual que en muchas otras ocasiones, Gray reprimió el deseo de decir lo que pensaba sobre tal comentario. El espía veterano había servido a varios presidentes y todos eran muy parecidos a Brennan. No eran intrínsecamente malas personas. Sin embargo, teniendo en cuenta su posición enaltecida, a Gray le parecían más propensos a los defectos humanos tradicionales que los ciudadanos de a pie. En el fondo, Gray los consideraba criaturas egoístas y egocéntricas que luego se endurecían en el fragor de la batalla política. Todos los presidentes podían argüir que su objetivo era lograr el bien común, favorecer el programa adecuado, liderar su partido, pero, según la experiencia de Gray, todo se reducía a reinar en el Despacho Oval. El poder era la droga más potente del mundo y la presidencia de EE. UU. representaba el máximo poder posible; su potencia hacía que la heroína pareciera un placebo.

Sin embargo, si Brennan muriera esa misma noche, había un vicepresidente aceptable que ocuparía su cargo, y el país seguiría funcionando. En opinión de Gray, si Brennan perdía las próximas elecciones su contrincante se mudaría a la Casa Blanca y EE. UU. no perdería nada. El director del NIC sabía que los presidentes no eran imprescindibles, aunque ellos creyeran que sí.

—Descuide, señor presidente, sabrá de otros casos como el de Zawahiri en cuanto me entere.

Brennan era un político demasiado astuto para creerse esa afirmación al pie de la letra. En Washington era una tradición que los directores de inteligencia ocultaran información al presidente. No obstante, Brennan contaba con todos los alicientes para dar al popular Gray carta blanca para hacer su trabajo. Y Carter Gray era espía, y los espías siempre ocultaban información; al parecer llevaban en los genes el no ser del todo claros. Era como si revelándolo todo la información pudiera esfumarse.

—Duerme un poco, Carter. Hasta mañana —dijo el presidente cuando se aparearon de *la Bestia*.

El séquito de Brennan salió en tropel del resto de los vehículos que formaban la caravana. Los principales asesores y ayudantes presidenciales detestaban que Brennan hubiera decidido ir en la limusina sólo con Gray tanto a la ida como a la vuelta de la función para recaudar fondos. Lo de Zawahiri había sido como lanzarle un hueso a Gray pero también beneficiaba al presidente. En el acto de recaudación, Gray había asustado a los ricachones con sus advertencias sobre el terrorismo. Los reyes del esmoquin habían vomitado un millón de dólares para el partido político de Brennan. Sin duda eso bien valía un viajecito privado en *la Bestia*.

Gray se retiró de la Casa Blanca al cabo de unos momentos. Desoyendo el consejo del presidente, no tenía ninguna intención de irse a la cama y al cabo de tres cuartos de hora entraba en la sede principal del Centro Nacional de Inteligencia, en Loudoun County, Virginia. Las instalaciones estaban tan bien protegidas como la NSA de Maryland. Dos compañías completas del ejército, cuatrocientos soldados, se ocupaban de la seguridad exterior. Sin embargo, ninguna de ellas tenía los privilegios de seguridad necesarios para entrar en los edificios a no ser que se produjera una catástrofe. El edificio principal parecía todo de cristal con vistas de la campiña virginiana, pero en realidad no tenía ni una sola ventana. Detrás de los paneles de cristal, unas paredes de hormigón tipo bunker, recubiertas de un material especial, evitaban la mirada de ojos humanos o electrónicos.

En el interior, más de tres mil hombres y mujeres provistos de la tecnología más sofisticada trabajaban sin descanso para mantener EE. UU. a salvo, mientras las otras agencias de inteligencia proporcionaban de continuo datos al NIC.

Después del fracaso de los servicios de inteligencia durante el 11-S y del *bluff* de las armas de destrucción masiva, muchos líderes estadounidenses se preguntaban si lo de «inteligencia americana» era un oxímoron. Los intentos gubernamentales de reforma subsiguientes habían tenido poco éxito y de hecho habían provocado más confusión en un momento en que la claridad y la atención en el sector de los servicios secretos eran objetivos nacionales. Un Centro Nacional para la Lucha Contra el Terrorismo cuyo director estaba bajo las órdenes directas del presidente y una nueva Dirección de los Servicios de Inteligencia en el FBI se habían añadido a la plétora de servicios de contraespionaje que se negaban a compartir información entre sí.

En opinión de Gray, al menos, la sensatez había prevalecido y había eliminado todos esos escalafones innecesarios a favor de un solo director nacional de Servicios de Inteligencia con personal propio, centro de operaciones y, aún más importante, presupuesto y control operativo sobre todas las agencias de inteligencia. Según un viejo dicho del mundo del espionaje, los analistas te metían en líos políticos pero los agentes encubiertos hacían que acabaras con los huesos en prisión. Si Gray caía en desgracia algún día, quería que fuese por su propia culpa.

Gray entró en el edificio principal, pasó por el proceso de identificación biométrico y subió al ascensor que lo llevaría a la última planta.

Era una sala pequeña y bien iluminada. Entró, tomó asiento y se puso unos auriculares. Había cuatro personas más. En una pared había una pantalla de vídeo y en la mesa de Gray, un dossier marcado con el nombre de Salem al Omari. Se sabía su contenido de memoria.

—Es tarde, así que vayamos al grano —instó Gray.

Atenuaron las luces, encendieron la pantalla y vieron a un hombre sentado en una silla en medio de una sala. Vestía una bata azul y no estaba esposado. Tenía rasgos propios de Oriente Medio, la mirada atormentada y desafiante a la vez. Gray había llegado a la conclusión de que todos eran desafiantes. Cuando miraba a alguien como Omari, no podía evitar pensar en un personaje de Dostoievski, el intruso desplazado, perturbador, conspirando y acariciando métodos anárquicos. Era el rostro de un fanático, de alguien poseído por un demonio malévolo. Se trataba de la misma clase de persona que se había llevado para siempre a las dos personas que Gray más amaba.

Aunque Omari estaba a miles de kilómetros de distancia en un lugar cuya existencia sólo conocían unas pocas personas, la imagen y el sonido eran perfectamente nítidos gracias a la conexión vía satélite. A través del auricular formuló a Omari una pregunta en inglés. El hombre respondió rápidamente en árabe y luego sonrió con aire triunfal.

—Señor Omari, hablo bien el árabe, de hecho mejor que usted —repuso Gray en un árabe impecable—. Sé que ha vivido varios años en Inglaterra y que habla inglés mejor que árabe. Le ruego que nos comuniquemos en ese idioma para evitar malentendidos.

La sonrisa de Omari se desvaneció y se sentó más erguido en la silla.

Gray explicó su propuesta: Omari se convertiría en espía de EE. UU., infiltrándose en una de las organizaciones terroristas más mortíferas de las que operaban en Oriente Medio. El hombre se negó de plano. Gray insistió y el otro volvió a negarse.

—No tengo idea de qué me está hablando —añadió.

—Actualmente, y según el Departamento de Estado, existen noventa y tres organizaciones terroristas en el mundo, la mayoría originaria de Oriente Medio —respondió Gray—. Usted ha confirmado su pertenencia a por lo menos tres de ellas. Además, le requisaron pasaportes falsos, planos estructurales del puente Woodrow Wilson y material para fabricar bombas. Ahora trabajará para nosotros o su vida se convertirá en algo muy desagradable.

Omari sonrió y se inclinó hacia la cámara.

—Hace años la CIA, los militares y el FBI me interrogaron en Jordania. Enviaron a mujeres vestidas sólo con ropa interior. Me mancharon con la sangre de su menstruación, o al menos lo que ellas llamaban menstruación, para ensuciarme e impedir que realizara mis rezos. Frotaron su cuerpo contra el mío, me ofrecieron sexo si hablaba. Me negué y me pegaron. —Se reclinó en el asiento—. Me han amenazado con violarme, y dicen que pillaré el sida y moriré. Me da igual. Los verdaderos seguidores de Mahoma no temen a la muerte como ustedes los cristianos. Es su mayor debilidad y eso les llevará a la destrucción total. El islam vencerá. Está escrito en el Corán. El islam gobernará el mundo.

—No, no está escrito en el Corán —rebató Gray—. En ninguna de las ciento

catorce suras. Y la dominación mundial tampoco se menciona en las palabras de Mahoma.

—¿Ha leído el *Hadit*? —preguntó Omari incrédulo, refiriéndose al registro de preceptos y de la vida del profeta Mahoma y los primeros musulmanes.

—Y he leído el Corán en árabe. Desafortunadamente, los eruditos occidentales nunca han llegado a hacer una buena traducción. Así pues, señor Omari, debería saber que en realidad el islam es una religión pacífica y tolerante, aunque se defiende a sí misma enérgicamente. Es comprensible, dado que algunas culturas «civilizadas» han intentado convertir a los musulmanes a su fe desde la época de las Cruzadas, primero con la espada y luego con las armas de fuego. Pero el *Hadit* dice que incluso en la *yihad*, las mujeres inocentes y los niños deben respetarse.

—Como si alguno de ustedes fuera inocente —espetó Omari—. El islam debe luchar contra quienes buscan oprimirnos.

—El islam representa una quinta parte de la humanidad, y la inmensa mayoría de sus adeptos cree en la libertad de expresión y de prensa, y también en la igualdad ante la ley. Y más de la mitad de los musulmanes del mundo viven bajo gobiernos elegidos democráticamente. Ya sé que estudió en una madraza de Afganistán, por lo que sus conocimientos del Corán se limitan a la memorización, así que me mostraré comprensivo respecto a su ignorancia sobre estos temas. — Gray no añadió que la formación de Omari en una madraza también incluía las armas automáticas y cómo luchar en la guerra santa, por lo que tal centro de formación recibía el apelativo de «West Point islámico».

«Aspiraba a ser *shahid* —continuó—, pero no tenía ni el valor ni el fanatismo suficientes para ser terrorista suicida, y tampoco la fibra y el instinto para ser *muyahid*».

—Ya verá si tengo valor suficiente para morir por el islam.

—Matarle no me reportará ningún beneficio. Quiero que trabaje para mí.

—¡Váyase al infierno!

—Podemos hacer esto por las buenas o por las malas —afirmó Gray mientras consultaba su reloj. Ya llevaba treinta horas despierto—. Y hay muchas formas de alcanzar el *Janna*.

Omari se inclinó hacia delante.

—Iré al cielo a mi manera —declaró con desdén.

—Tiene una esposa e hijos que viven en Inglaterra.

Omari cruzó los brazos y adoptó una expresión fría.

—Los cabrones como usted tendrán su merecido en la próxima vida.

—Un hijo y una hija —continuó Gray como si no lo hubiera oído—. Soy consciente de que el destino de las mujeres no le preocupa demasiado. Sin embargo, el chico...

—Mi hijo estaría encantado de morir...

Gray le interrumpió con voz firme.

—No voy a matar a su hijo. Tengo otros planes para él. Acaba de cumplir dieciocho meses, ¿no?

Un rastro de preocupación cruzó el semblante de Omari.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Lo educará de acuerdo con la fe islámica?

Omari se limitó a mirar a la cámara.

—Bueno, si no acepta trabajar para nosotros —continuó Gray—, le arrebataré su hijo a la madre y será adoptado por una pareja encantadora que lo criará como si fuera suyo. —Hizo una pausa para enfatizar sus siguientes palabras—: Recibirá una educación cristiana en EE. UU. de mano de norteamericanos. O no. Depende de usted.

Omari, atónito, se levantó de la silla y se acercó a la cámara hasta que unas manos lo obligaron a sentarse de nuevo. Acto seguido se puso a hablar en árabe, aunque lo que dijo quedó suficientemente claro. Al cabo de unos momentos, incapaz de controlar su rabia, tuvieron que refrenarlo físicamente mientras seguía profiriendo amenazas. Al final le cerraron la boca con una cinta.

Gray apartó el dossier del hombre.

—Durante los últimos años, unos ocho mil estadounidenses han muerto a manos de gente como usted. Todas estas muertes se han producido en suelo norteamericano. Si se cuentan los ataques en el extranjero, el número de víctimas asciende casi a diez mil. Algunas de estas víctimas eran niños a los que se negó la oportunidad de crecer y practicar la religión que fuera. Le doy veinticuatro horas para decidirse. Le sugiero que se lo piense bien. Si colabora con nosotros, usted y su familia vivirán cómodamente. Pero si decide no colaborar... —Asintió en dirección al hombre que tenía al lado y la pantalla ennegreció.

Gray consultó otros seis dossiers. Cuatro correspondían a otros ciudadanos de Oriente Medio, parecidos a Omari. El quinto era un neonazi que vivía en Arkansas y el sexto, Kim Fong, pertenecía a un grupo del sureste asiático vinculado con organizaciones terroristas de Oriente Medio. Estos hombres eran «detenidos fantasma» según la nomenclatura extraoficial. Nadie aparte de Gray y unos cuantos escogidos del NIC sabían siquiera que estaban detenidos. Al igual que la CIA, el NIC tenía brigadas paramilitares clandestinas en puntos estratégicos de todo el mundo. Una de sus misiones era apresar a supuestos enemigos de EE. UU. y no garantizarles ningún tipo de juicio.

Gray plantearía propuestas similares a todos los detenidos fantasma, aunque el incentivo variaría dependiendo de la información que Gray tenía sobre la vida de cada uno de ellos. El dinero funcionaba mejor de lo que cabría esperar. Los ricos raras veces se ataban una bomba al cuerpo para matar gente por motivos religiosos o de otra clase. Sin embargo, a menudo manipulaban a otros para que

lo hicieran por ellos. Gray se consideraría afortunado si la mitad aceptaba su oferta, pero valía la pena intentarlo.

Salió del NIC al cabo de una hora. Sólo el cabeza rapada había aceptado ayudar en el acto, sin duda movido por la amenaza de Gray de entregarlo a un grupo violento antinazi implantado en América del Sur si no cooperaba. Aparte de eso, la noche había resultado decepcionante.

Mientras se dirigía al coche, reflexionó sobre la situación en que se encontraba. La violencia iba en aumento en cada bando, y cuanto más fuerte golpeaba uno, mayor era la reacción del otro. Utilizando sólo una mínima parte de su arsenal nuclear, EE. UU. podría borrar del mapa todo Oriente Medio, aniquilando a todo bicho viviente en un santiamén, junto con todos los lugares sagrados de dos de las religiones más importantes del mundo. Excluyendo esa posibilidad impensable, Gray no veía ninguna solución clara. No se trataba de una guerra de batallones blindados profesionales contra una muchedumbre tocada con turbante y armada con rifles y granadas. Y no se limitaba a una diferencia entre religiones. Era una batalla contra un modo de pensar, contra una forma de vida, una batalla que presentaba facetas políticas, sociales y culturales entrelazadas en un mosaico sumamente complejo y bajo una tensión enorme. En ciertos momentos Gray se preguntaba si la batalla no debía librarse con psiquiatras y terapeutas en vez de con soldados y espías. Aun así, lo único que podía hacer era levantarse cada mañana y cumplir con su trabajo.

Se reclinó en el asiento de cuero del Suburban en que viajaba mientras los guardaespaldas se mantenían alerta. Cerró los ojos durante quince minutos hasta que el vehículo aminoró. Luego oyó el traqueteo habitual mientras la caravana de coches recorría el sendero de gravilla que conducía a su modesta casa. Estaba tan bien custodiada como las obras del vicepresidente en el Observatorio Naval. El presidente Brennan no permitiría que le ocurriera nada a su jefe de inteligencia.

Gray vivía solo pero no por decisión propia. Entró en la casa, bebió una cerveza para relajarse y luego subió a la planta de arriba para dormir unas horas. Antes de acostarse tenía por costumbre tomar las dos fotos de la repisa de la chimenea que había delante de su cama. La primera era de su esposa Barbara, la mujer con la que había compartido la mayor parte de su vida adulta. La segunda era de su única hija Margaret, o Maggie, como todo el mundo solía llamarla. ¿Solía? Nunca le había resultado fácil hablar de su familia en pasado. No obstante, ¿de qué otro modo se refería uno a los muertos y enterrados? Besó las dos fotos y las dejó en su sitio.

Una vez en la cama, el peso horrible de la depresión le duró media hora, menos de lo habitual, y luego Carter Gray cayó rendido de sueño. Al cabo de cinco horas se levantaría y se dedicaría a la única batalla por la que consideraba que merecía la pena luchar.

El paseo nocturno de Alex Ford lo llevó hacia el este y enseguida se encontró en terreno familiar: el 1600 de Pennsylvania Avenue. Ahora en la zona situada entre la Casa Blanca y Lafayette Park había olmos y balizas retráctiles, intercaladas con casetas de guarda camufladas para que no sobresalieran como las torres de las prisiones. La clave en la zona era y siempre sería la seguridad, independientemente del número de árboles nuevos y flores bonitas que plantaran.

—Hola, Alex —saludó un hombre trajeado al salir de la puerta de seguridad frontal.

—¿Empiezas o acabas tu turno, Bobby?

Este sonrió.

—¿Me ves algún auricular enchufado? Me voy a casa con mi mujercita y los niños, salvo que se hayan mudado y se les haya olvidado decírmelo, lo cual tampoco sería tan raro teniendo en cuenta que nunca estoy en casa. ¿Qué te trae por aquí?

Alex se encogió de hombros.

—Ya sabes que en cuanto te asignan la protección de un presidente durante una temporada, y a no puedes liberarte.

—Cierto. Cuento los días que faltan para ver a mi familia más de una vez al año.

—¿Estás en el equipo del viaje de campaña?

Bobby asintió.

—Nos vamos pasado mañana a estrechar unas cuantas manos y dar unos discursitos de Iowa a Mississippi. Debido al rollo de la campaña, nos falta personal y hemos tenido que recurrir a unos cuantos tipos de la oficina de Washington en rotaciones de veintiún días para protección de la familia del presidente y el vicepresidente.

—Lo sé. Las oficinas están bastante vacías.

—Brennan ha organizado una función para recaudar fondos esta noche. Un poco de adulación a cambio de dólares. Por suerte he tenido que quedarme aquí.

—Sí, has tenido suerte.

Bobby rio.

—No sé si te has enterado, pero la ciudad de Pensilvania donde nació el

presidente ha cambiado su nombre por el de Brennan. Va a pasar por allí durante la campaña para asistir a la dedicatoria. Eso sí que es egocentrismo. —Bobby se le acercó más y dijo en voz baja—: No es mala persona. Joder, yo le voté. Pero es muy hábil. Algunas de las cosas que ha hecho a escondidas...

—No es el primero.

—Si la gente supiera lo que hicimos...

Mientras se marchaba, Alex echó un vistazo al Lafayette Park donde estaban situados los « manifestantes de la Casa Blanca » o, por lo menos, así les llamaban educadamente él y otros agentes. Las pancartas y tiendas de campaña y los tipos raros siempre le habían fascinado. Antes abundaban más y plantaban pancartas por todas partes. No obstante, antes incluso del 11-S se había puesto en práctica una ofensiva y la remodelación de la zona situada delante de la Casa Blanca fue una buena excusa para expulsar a esa gente. Sin embargo, en EE. UU. incluso quienes carecían de autoridad tenían derechos y unos cuantos se afiliaron a la ACLU (Unión Americana de Libertades Civiles), acudieron a los tribunales para defender su derecho a regresar y al final el Tribunal Supremo les había dado la razón.

Durante su temporada en la Casa Blanca, Alex había llegado a conocer a algunos manifestantes. La mayoría eran locos de remate y por tanto el Servicio Secreto los vigilaba bien. Recordaba a un tipo que sólo vestía corbatas y se las colocaba estratégicamente en el cuerpo. De todos modos, no todos eran carne de psiquiátrico, como el hombre al que iba a visitar.

Alex se detuvo junto a una tienda.

—¿Oliver? —llamó—. Soy Alex Ford. ¿Estás ahí?

—No estar aquí —respondió una voz de mujer con mucho desdén.

Alex la miró mientras se acercaba a él con un vaso de café en la mano.

—¿Qué tal va la vida, Adelpia?

—Los médicos dedicarse a matar bebés inhumanamente por el país todo, así es como ir.

Había que reconocer que era una mujer vehemente, pensó Alex. Adelpia quizá llevase su pasión a algún extremo, pero Alex seguía respetándola por tener al menos una pasión.

—Sí, eso he oído decir. —Hizo una pausa respetuosa—. Esto... ¿dónde está Oliver?

—Ya decírtelo, no estar aquí. ¡Tener que ir a un sitio!

—¿Adónde?

Alex sabía dónde vivían tanto Stone como Adelpia, pero no quería desvelar a la mujer que tenía esa información. Adelpia ya era suficientemente paranoica.

—No ser su cuidadora. —Y se volvió.

Alex sonrió. Cuando se dedicaba a la protección presidencial había llegado a la conclusión de que la mujer sentía debilidad por el señor Stone. La mayoría de

los agentes que conocían a Oliver Stone lo consideraban un chiflado inofensivo que había adoptado el nombre del famoso cineasta por algún motivo ridículo. Sin embargo, Alex se había tomado su tiempo para conocerlo y había descubierto que era un erudito que estaba más al corriente de las complejidades políticas y económicas del mundo que algunos de los «especialistas» que trabajaban enfrente. En concreto, el hombre se sabía de memoria los detalles de todas las conspiraciones que habían salido a la luz. Además, Stone era un consumado jugador de ajedrez.

—Si ves a Oliver dile que el agente Ford le estaba buscando —le gritó Alex a Adelfia—. Te acuerdas de mí, ¿verdad?

Adelfia no dio muestras de haberle oído, muy propio de ella.

Volvió a donde había estacionado el coche. Por el camino vio algo que le llamó la atención. En una esquina, dos hombres, uno blanco y otro negro, manipulaban un cajero automático situado en un espacio entre dos edificios. Llevaban monos con la palabra «Mantenimiento» impresa en la espalda. Su furgoneta estaba estacionada junto al bordillo, con el logotipo de una empresa y un teléfono grabado en un lateral.

Alex se situó en una zona oscura, extrajo el móvil y llamó al número que aparecía en la camioneta. Le salió un contestador automático que especificaba el horario de la empresa y tal. Luego echó un vistazo rápido al vehículo, sacó su placa del Servicio Secreto y se acercó a los hombres.

—Hola, chicos, ¿revisando la máquina?

El hombre más bajo vio la placa y asintió.

—Sí, ya ves qué suerte.

Alex miró el cajero y su ojo experto advirtió lo que creía que vería.

—Espero que estéis afiliados.

—Miembros selectos de la sección 453. —El hombre sonrió—. Al menos nos dan paga doble por hacer esta mierda.

«Bueno, ya estamos otra vez».

Alex sacó la pistola y les apuntó.

—Abrid la máquina.

—¿Ahora los del Servicio Secreto se dedican a comprobar cajeros? —preguntó airadamente el negro.

—No es que tenga que daros motivos, pero el Servicio Secreto se formó en su origen para proteger la moneda oficial de EE. UU. —Alex apuntó al negro directamente a la cabeza—. ¡Ábrela!

En el interior del cajero había un montón de tarjetas atascadas.

Alex les soltó el típico rollo sobre sus derechos mientras los esposaba. Luego informó de la detención y mientras esperaban, el negro lo repasó de arriba abajo.

—Hemos hecho esto muchas veces y nunca habíamos tenido problemas.

¿Cómo coño te has dado cuenta?

—He visto ese lector rápido camuflado que descifra el código de las tarjetas. Y encima los bancos son agarrados. Así que no van a pagar doble las horas extra a unos tipos del sindicato para que vengan aquí de madrugada a arreglar el cacharro.

Cuando la policía se llevó a los hombres, Alex fue calle abajo hasta su coche. Incluso después de la inesperada y exitosa redada, sólo era capaz de pensar en Kate Adams, que luchaba por la justicia durante el día y servía copas por la noche y que tan unida parecía al fortachón de Tom Hemingway de la agencia supersecreta no revelada.

A Alex sólo le cabía esperar que el día siguiente empezara mejor.

Stone, Milton, Reuben y Caleb caminaron por el sendero principal de la isla Theodore Roosevelt, un recinto de treinta y cinco hectáreas construido en honor del ex presidente y soldado de caballería situado en medio del río Potomac. Enseguida llegaron a un claro donde se erigía una enorme estatua de Roosevelt con el brazo derecho alzado hacia los cielos como a punto de jurar su cargo casi noventa años después de su muerte. La zona estaba primorosamente diseñada con losas de ladrillo, dos puentes de piedra curvos sobre canales de agua artificiales y un par de fuentes que flanqueaban la estatua.

Oliver Stone se sentó con las piernas cruzadas delante de la estatua y los demás lo imitaron. Stone era un gran admirador del ex presidente, razón por la que estaban allí, aun siendo intrusos dado que la isla cerraba oficialmente al caer la tarde.

—Declaro abierta la reunión ordinaria del Camel Club, el Club del Camello —anunció con voz solemne—. A falta de orden del día, propongo que hablemos de las observaciones realizadas desde la última reunión y luego demos paso a nuevos asuntos. ¿Secundáis la moción?

—Secundo la moción —dijo Reuben.

—Quienes estén a favor que digan sí —añadió Stone.

Los síes aprobaron la moción y Stone abrió una libreta que extrajo de la mochila. Reuben sacó unos trozos de papel arrugado del bolsillo y Milton su ordenador portátil, y luego extrajo un frasco pequeño de loción antibacteriana del bolsillo y se lavó las manos concienzudamente. Stone utilizó una linterna de bolsillo para ver sus notas mientras Reuben leía a la luz de su titilante mechero.

—Brennan ha salido tarde esta noche —informó Stone—. Carter Gray iba con él.

—Esos dos son como siameses —comentó Reuben con vehemencia.

—Igual que J. Edgar Hoover y Clyde Tolson —bromeó Caleb mientras se quitaba el bombín.

—Yo diría que se parecen más a Lenin y Trotsky —masculló Reuben.

—¿O sea que no te fias de Gray? —preguntó Stone.

—¿Cómo vas a fiarte de un capullo a quien le gusta que le llamen zar? —repuso Reuben—. Y con respecto a Brennan, lo único que puedo decir es que

debería dar las gracias a los terroristas porque, si no fuera por ellos, ya haría tiempo que habría pasado a engrosar las listas del paro.

—Hemos vuelto a leer los periódicos, ¿verdad? —ironizó Stone.

—Uso los periódicos para reírme un rato, igual que todo el mundo.

Stone adoptó una expresión reflexiva.

—James Brennan es un político con talento y es inteligente. Pero más que eso, tiene la capacidad de lograr que la gente confíe en él. Pero alberga una bestia oscura en su interior. Tiene unos proyectos que no comparte con el público.

Reuben lo miró de hito en hito.

—Tengo la impresión de que estás describiendo a Carter Gray en vez de al presidente.

—He recopilado datos sobre varias conspiraciones de alcance mundial de las que no se ha informado en ningún medio —intervino Milton emocionado.

—Y yo —dijo Reuben mientras repasaba sus notas— he observado personalmente tres ocasiones en que el presidente de la Cámara de Representantes le ha sido infiel a su atractiva esposa.

—¿Lo has observado directamente? —inquirió Caleb con escepticismo.

—Dos conocidos míos me mantienen informado —espetó Reuben—. Está claro que a pesar de los problemas que han tenido algunos de sus predecesores más apasionados, parece que nuestro querido congresista continúa introduciendo su miembro caballeresco en orificios donde no debería. —Blandió sus notas—. Está todo aquí.

—¿Qué conocidos? —insistió Caleb.

—Fuentes de las altas esferas que desean permanecer en el anonimato, si es que tanto te interesa —replicó Reuben mientras se guardaba las revelaciones supuestamente libidinosas en el bolsillo.

—Sí, pero dejadme que os cuente mis teorías —interrumpió Milton con impaciencia.

Se pasó los veinte minutos siguientes hablando entusiasmado de las relaciones teóricas entre Corea del Norte y Gran Bretaña con la intención de practicar terrorismo a nivel mundial, y de un posible ataque al euro y el yen por un conciliábulo de Yemen patrocinado por un miembro destacado de la familia real saudí.

—Considero estos hechos sustanciales para el apocalipsis mundial que sin duda se avecina por el horizonte —concluyó Milton.

Los otros miembros del Camel Club se sintieron un poco abrumados; fue una reacción normal después de que Milton soltara una de sus diatribas enrevesadas.

—Sí, pero eso de Corea del Norte y Gran Bretaña es un poco exagerado, ¿no crees, Milton? —dijo Reuben al final—. Me refiero a que los dichosos coreanos carecen de sentido del humor e, independientemente de lo que pienses de los británicos, son un pueblo muy ingenioso.

Stone miró a Caleb.

—¿Algo interesante por tu parte?

Caleb reflexionó un momento.

—Bueno, nos llevamos un buen susto cuando de pronto no encontrábamos nuestra Biblia holandesa. Todos lo miraron expectante.

—¡Nuestra Biblia holandesa! —exclamó Caleb—. Tiene ilustraciones hechas a mano por Romeyn de Hooghe. Está considerado el ilustrador holandés más importante de finales del siglo XVII y comienzos del XVIII. Pero todo acabó bien. No se había perdido, no fue más que un error administrativo.

—Gracias a Dios —dijo Reuben con sarcasmo—. No nos gustaría que un De Hooghe estuviera perdido por ahí.

Decepcionado, Stone se giró hacia Reuben.

—Aparte del congresista lujurioso, ¿tienes algo realmente interesante?

Reuben se encogió de hombros.

—He estado fuera del circuito demasiado tiempo, Oliver. Ya no se acuerdan de mí.

—Entonces ¿por qué no pasamos a algo más concreto?

Los otros hombres lo miraron con curiosidad.

Stone exhaló un largo suspiro. Había pasado tantos cumpleaños sin celebrar que de hecho tenía que pensar cuántos años tenía. « Sesenta y uno —se dijo—. Tengo sesenta y un años ». Había fundado el Camel Club hacía tiempo con el objetivo de examinar a quienes estaban en el poder y para poner el grito en el cielo cuando consideraban que la situación iba mal, lo cual sucedía a menudo. Había vigilado el exterior de la Casa Blanca, anotando sus observaciones y luchando por causas que, al parecer, otras personas ya no consideraban importantes, como la verdad y la responsabilidad.

Empezaba a plantearse si valía la pena.

—¿Os habéis dado cuenta de lo que sucede en este país? —preguntó observando a sus amigos, que no respondieron—. Quieren hacernos creer que estamos mejor protegidos. Pero estar más seguros no implica necesariamente ser más libres.

—A veces hay que sacrificar la libertad por la seguridad, Oliver —manifestó Caleb mientras toqueteaba su pesado reloj—. No digo que me guste necesariamente, pero ¿qué otra alternativa hay?

—La alternativa es no vivir con miedo —le respondió Stone—. Sobre todo en un estado de temor por circunstancias exageradas. Los hombres como Carter Gray son expertos en eso.

—Bueno, durante el primer año de Gray en el cargo parecía que le iban a dar una patada en el culo, pero de algún modo consiguió darle la vuelta a la situación —reconoció Reuben de mala gana.

—Lo cual demuestra mi afirmación —replicó Stone—, porque no creo que

nadie sea tan experto o tenga tanta suerte. —Hizo una pausa y escogió sus palabras con cuidado—. Mi opinión es que Carter Gray es negativo para el futuro de este país. Propongo que debatamos posibilidades relevantes.

Sus tres compañeros se limitaron a mirarle con hastío. Por último, Caleb se decidió a hablar.

—Bien... ¿a qué te refieres exactamente, Oliver?

—Me refiero a qué puede hacer el Camel Club para asegurarse de que Carter Gray es relevado como secretario de Inteligencia.

—¿Quieres que acabemos con Gray? —exclamó Caleb.

—Así es.

—Ah, bueno —añadió Reuben fingiendo alivio—. Porque pensaba que querías algo difícil.

—Existen numerosos precedentes históricos en que los desposeídos han vencido a los poderosos —observó Stone.

—Sí, pero en la vida real Goliat le da una buena paliza a David nueve de cada diez veces —repuso Reuben.

—Entonces ¿cuál es el objetivo de nuestro club? —preguntó Stone—. Nos reunimos una vez a la semana y comparamos notas, observaciones y teorías. ¿Para qué?

—Bueno, hemos hecho algunas cosas —respondió Caleb—. Aunque nunca nos han reconocido el mérito. Nuestro trabajo ayudó a revelar la verdad tras el escándalo del Pentágono. Fue posible gracias a un fragmento de conversación que oyó uno de los ayudantes de la Casa Blanca y luego te contó. Y no olvides el topo de la NSA que cambiaba las transcripciones, Oliver. Y el subterfugio de la DIA que Reuben descubrió.

—Eso fue hace mucho tiempo —replicó Stone—. Así que insisto, ¿cuál es el objetivo actual del club?

—Bueno, a lo mejor es como muchos otros clubes, pero sin edificio, refrigerios ni el placer de la compañía femenina. Pero ¿qué puede esperarse cuando no pagas cuota? —repuso Reuben sonriendo.

Antes de que Stone contestase, los cuatro volvieron la cabeza hacia unos sonidos procedentes del bosque. Stone se llevó un dedo a los labios y aguzó el oído. Otra vez: el motor de una embarcación, y sonaba como si estuviera en la orilla de la isla. Todos cogieron sus bolsas y se adentraron silenciosamente en la maleza que los rodeaba.

Oliver Stone apartó unas ramas y oteó hacia la zona pavimentada delante del monumento a Roosevelt.

Sus compañeros también estaban absortos en lo que sucedía a su alrededor.

Dos hombres aparecieron por uno de los senderos de gravilla cargando algo en una lona de plástico. Uno era alto, delgado y rubio, y el otro bajo, fornido y de pelo oscuro. Cuando dejaron la lona en el suelo, Stone vio que llevaban a un hombre atado. Retiraron la lona y escudriñaron la zona con linternas, palmo a palmo. Por suerte, en cuanto Stone vio el destello de las linternas, hizo una seña a sus amigos para que se pusieran al abrigo de los arbustos para ocultarse de los haces de luz.

Creiendo que estaban solos, los hombres se ocuparon del cautivo. Uno de ellos le quitó la cinta de la boca y se la guardó en el bolsillo. El desdichado emitió unos sonidos incoherentes. Parecía borracho.

El más bajo de los captores extrajo una pistola mientras el otro desataba al cautivo. El bajo sacó una botella casi vacía de una mochila y presionó las manos del hombre semiinconsciente contra ella antes de salpicarle la ropa y alrededor de la boca.

Reuben estaba a punto de salir de los arbustos pero Stone lo retuvo por el brazo.

El otro hombre también iba armado; la pistola resultaba claramente visible en la funda del cinturón. El Camel Club no tenía ninguna posibilidad. Dejarse ver en ese momento sería firmar su sentencia de muerte.

Mientras tanto, el hombre de la pistola se enfundó un par de guantes y se arrodilló al lado del cautivo. Tomó su mano derecha y le hizo agarrar la pistola. Tal vez a causa del metal frío, el cautivo abrió los ojos. Miró al otro hombre.

—Lo siento. No, por favor. Lo siento —gritó de repente.

El hombre introdujo la pistola en la boca del hombre y se la hundió hasta el paladar. El cautivo intentó respirar pero el hombre apretó el gatillo. Al oír el disparo los cuatro miembros del Camel Club cerraron los ojos.

Cuando volvieron a abrirlos, siguieron observando traspuestos cómo aquellos hombres colocaban la pistola y la botella junto al cadáver. Extrajeron una bolsita de plástico de la mochila que llevaban y la colocaron al lado del arma homicida.

Por último, introdujeron un papel doblado en el bolsillo del cortavientos del cadáver.

Al terminar, los dos hombres miraron alrededor y los miembros del Camel Club se agacharon todavía más entre los arbustos. Al cabo de un momento los asesinos se marcharon. El Camel Club exhaló un suspiro de alivio colectivo en cuanto dejó de oír sus pasos. Sellándose los labios con el dedo, Oliver encabezó la marcha hacia el claro.

Reuben se arrodilló al lado del cadáver. Meneó la cabeza y dijo en voz queda:

—Por lo menos ha muerto al instante. —Echó un vistazo a la botella casi vacía—. Dewar's. Parece que emborracharon al pobre diablo para que no se resistiera.

—¿Lleva algún documento de identidad? —preguntó Stone.

—Es la escena de un crimen —apuntó Caleb con voz temblorosa—. No deberíamos tocar nada.

—Tiene razón —convino Reuben. Lanzó una mirada a Milton, que estaba haciendo gestos frenéticos con las manos mientras recitaba su ritual obsesivo-compulsivo en voz baja. Reuben exhaló un suspiro—: Deberíamos largarnos de aquí, Oliver, eso es lo que deberíamos hacer.

Stone se acuclilló a su lado y habló en voz baja pero apremiante.

—Se trata de una ejecución hecha para que parezca un suicidio, Reuben. Eran asesinos profesionales y me gustaría saber quién es este hombre y qué sabía para que le mataran.

Mientras hablaba, se envolvió la mano con su pañuelo, registró los bolsillos del muerto y extrajo una cartera. La abrió con destreza y todos contemplaron un permiso de conducir. Reuben extrajo el mechero y lo encendió para que Stone pudiera leer.

—Patrick Johnson —leyó Stone—. Vivía en Bethesda. —Dejó la cartera en su sitio, registró el otro bolsillo y extrajo el papel que le habían dejado allí. Bajo la llama oscilante del encendedor leyó su contenido con voz débil.

—«Lo siento. Es demasiado. No puedo seguir viviendo de este modo. Es la única salida. Lo siento. Lo siento mucho». Firmado por Patrick Johnson.

Caleb se quitó el bombín lentamente en señal de respeto y pronunció una oración.

—La letra es perfectamente legible —continuó Stone—. Supongo que la policía dará por supuesto que la escribió antes de emborracharse hasta las cejas.

—Dijo que lo sentía justo antes de que lo mataran —observó Reuben.

Stone negó con la cabeza.

—Creo que se refería a otra cosa. Lo que pone en la nota no es más que un subterfugio, la típica súplica final de los suicidas.

Dejó la nota donde la había encontrado y halló algo más en el bolsillo del difunto. Extrajo un pequeño pin de solapa rojo y lo observó en la oscuridad.

—¿Qué es eso? —preguntó Reuben acercando más el mechero.

—¿Y si vuelven? —susurró Caleb.

Stone dejó el pin en su sitio y palpó la ropa de Johnson.

—Está empapado.

—¿Qué me decís de esto? —preguntó Reuben señalando la bolsita de plástico.

Stone reflexionó unos instantes.

—Creo que sé el porqué de la bolsita y la ropa empapada. Pero Caleb tiene razón, deberíamos marcharnos.

Emprendieron la marcha y entonces se dieron cuenta de que Milton no estaba con ellos. Retrocedieron y lo encontraron agachado al lado del difunto contando con los dedos de la mano sobre el cadáver.

—Milton, tenemos que irnos, de verdad —lo apremió Caleb.

Sin embargo, Milton parecía incapaz de dejar de contar.

—Oh, por el amor de Dios —se quejó Reuben—. ¿Por qué no nos ponemos a contar juntos hasta que vuelvan y nos peguen cuatro tiros?

Stone contuvo a Reuben y dio un paso hacia Milton. Observó el rostro de Patrick Johnson. Era joven, aunque la muerte ya empezaba a hacer mella en él. Stone se arrodilló y colocó la mano en el hombro de Milton.

—Ya no podemos hacer nada por él, Milton. Y el alivio que te produce contar, la seguridad que buscas, puede estropearse si vuelven esos hombres —le dijo con voz queda—. Tienen armas, Milton, y nosotros no —añadió.

Milton interrumpió el ritual y reprimió un sollozo.

—No me gusta la violencia, Oliver —dijo con voz temblorosa. Apretó la mochila contra el pecho y luego señaló el cadáver—: Eso no me gusta.

—Lo sé, Milton. No nos gusta a ninguno.

Stone y Milton se levantaron juntos. Con un suspiro de alivio, Reuben los siguió hasta el sendero que conducía al bote.

Warren Peters, autor del disparo que había matado a Patrick Johnson, se detuvo en seco mientras caminaba por el sendero que llevaba a su embarcación.

—¡Mierda! —susurró.

—¿Qué? —preguntó nervioso Tyler Reinke y escrutó en derredor—. ¿La policía?

—No, casi un gran error. —Peters recogió un puñado de tierra y guijarros—. Cuando lo sumergimos, el agua le limpió las suelas de los zapatos. Si se supone que caminó por este bosque no puede tener las suelas limpias. Al FBI no se le escapará ese detalle.

Los dos hombres deshicieron el camino a toda prisa hasta el cadáver.

Peters se agachó y le frotó la tierra por las suelas de los zapatos.

—Buena observación —comentó Reinke.

—No quiero ni pensar qué habría pasado de no haberme dado cuenta. — Terminó su tarea y se dispuso a levantarse pero se fijó en algo—. ¡Coño! — exclamó Peters apretando los dientes. Señaló la nota que había introducido en el bolsillo de la víctima: sobresalía un trozo—. La metí bien adentro para que no pareciera demasiado obvio. Así que ¿por qué se ve? —Empujó la nota hacia el fondo del bolsillo y miró a su compañero con expresión inquisitiva.

—¿Crees que un animal ha husmeado el cadáver?

—¿En tan poco tiempo? ¿Y por qué iba a ir por un papel en vez de a la carne? —Se levantó, extrajo una linterna del bolsillo e iluminó el suelo de piedra.

—Debes de haberte equivocado con el papel. Probablemente no lo remetiste tanto como crees.

Peters siguió escudriñando la zona. Se puso tenso.

—¿Y ahora qué? —preguntó su compañero con impaciencia.

—Escucha. ¿Has oído eso?

Reinke se quedó inmóvil, escuchando, y entonces parpadeó incrédulo.

—¡Pasos! ¡Por ahí! —Señaló uno de los senderos que iban en la dirección opuesta a la que ellos habían tomado.

Los dos hombres empuñaron sus armas y corrieron en esa dirección.

Stone y los demás acababan de subir al bote y habían zarpado. La niebla era suficientemente densa para dificultar la navegación. Quizás estaban a tres metros de la isla en el pequeño canal cuando los dos hombres irrumpieron entre los árboles y los vieron.

—Rema con todas tus fuerzas y mantén la cabeza gacha —indicó Stone a Reuben, a quien no le hacían falta tales instrucciones. Sus anchos hombros y brazos gruesos realizaron un esfuerzo hercúleo y el pequeño bote se alejó rápidamente de la orilla.

Stone se volvió hacia los demás.

—Que no os vean las caras —susurró—. ¡Caleb, quítate el sombrero!

Se agacharon y Caleb se colocó el bombín entre las temblorosas rodillas. Milton había empezado a contar en cuanto subió al bote. Los dos hombres de la orilla apuntaron pero la niebla hacía que su objetivo fuera muy escurridizo. Ambos dispararon pero las balas fueron a parar al agua a una distancia considerable del bote.

—Rema, Reuben, rema —farfulló un aterrorizado Caleb mientras se agachaba todavía más.

—¿Qué coño crees que estoy haciendo? —espetó Reuben mientras el sudor le perlaba la cara.

Los perseguidores dispararon dos veces más. Una bala arrancó unas astillas del bote que alcanzaron a Stone en la mano derecha. La sangre le corría por los dedos, pero la contuvo con el mismo pañuelo que había utilizado para registrar el cadáver de Patrick Johnson.

—¡Oliver! —gritó Milton desesperado.

—Estoy bien —respondió Stone—. ¡Mantente agachado!

Los dos pistoleros, conscientes de la futilidad de su ataque, se alejaron corriendo.

—Van en busca de su embarcación —advirtió Stone.

—Pues entonces sí que tenemos un problema porque la suya tiene motor —replicó Reuben—. Voy lo más rápido posible pero ya no me quedan muchas fuerzas.

Stone tiró de la manga de Caleb.

—Caleb, coge un remo y yo cogeré el otro.

Reuben se apartó y los dos hombres remaron con todas sus fuerzas.

Normalmente, después de salir del brazo de agua habrían ido hacia el norte por el río y regresado al lugar donde guardaban el bote. Pero ahora lo único que querían era llegar a tierra lo antes posible, lo cual significaba navegar directamente hacia el este. Pasaron por el extremo occidental de la isla y giraron hacia Georgetown.

—¡Mierda! —Reuben miró hacia la isla al oír el motor de una embarcación—. ¡Remad como si os fuera la vida en ello! —gritó a Stone y Caleb—. Porque es cierto.

Al ver que Caleb y Stone estaban cansados, Reuben los apartó y se sentó de nuevo a los remos, accionándolos con todas sus fuerzas, lo cual no era nada despreciable.

—Creo que nos están alcanzando... —jadeó Caleb. Un disparo le pasó rozando y el pobre se encogió de miedo junto a Milton en el fondo del bote.

Stone agachó la cabeza cuando otro disparo silbó junto a su oído. En ese momento Reuben gritó.

—¿Reuben? —Se volvió hacia su amigo.

—No pasa nada, sólo ha sido un rebote, pero se me había olvidado lo mucho que escuecen —dijo Reuben—. Nos han pillado, Oliver. Esos cabrones tendrán cinco cadáveres esta noche.

Stone miró las tenues luces del adormecido Georgetown. Aunque el río era bastante estrecho, debido a la niebla estaban todavía demasiado lejos para que alguien viera desde la costa lo que estaba sucediendo. Volvió la vista hacia la embarcación que se acercaba y distinguió las siluetas de los dos hombres que iban a bordo. Recordó la sangre fría con que habían despachado al desventurado Patrick Johnson. Stone se imaginó la pistola en su propia boca y que apretaban el gatillo.

De repente, la lancha motora cambió de dirección y se apartó de ellos.

—Pero qué... —dijo Reuben.

—Debe de ser la patrullera de la policía. Escucha —susurró Stone señalando en dirección sur y llevándose la mano a la oreja para oír mejor.

—¿La policía? ¡Rápido, llamadles la atención! —exclamó Caleb con voz aliviada.

—Ni hablar —respondió Stone—. Quiero que todos permanezcáis lo más callados posible. Reuben, deja de remar.

Reuben lo miró sin entender pero obedeció.

—Podemos darnos por satisfechos si no nos embisten de lleno —se quejó en voz baja.

Todos oían con claridad el zumbido del potente motor. Vieron las luces de estribor de la patrullera pasar a menos de diez metros de distancia. Los policías

no habrían podido oír el motor del otro barco por encima del suyo, ni tampoco visto el bote de remos porque no tenía luces. Los miembros del Camel Club contuvieron la respiración y observaron cómo la patrullera navegaba lentamente.

—Bueno, Reuben, llévanos a la orilla —ordenó Stone cuando por fin la perdieron de vista.

Caleb se incorporó.

—¿Por qué no querías que avisáramos a la policía?

Stone esperó a ver la silueta de la orilla para contestar.

—Estamos en un bote que se supone no deberíamos tener, viniendo de un lugar al que no deberíamos ir. Un hombre ha sido asesinado y su cadáver está en la isla Roosevelt. Si le decimos a la policía que hemos sido testigos de un asesinato, reconoceremos que estábamos allí. Podemos decirles que vimos a dos hombres que luego intentaron matarnos, pero no tenemos ninguna prueba de ello.

Entonces Milton se incorporó.

—Pero tú y Reuben estáis heridos.

—Yo sólo tengo un arañazo y a Reuben sólo le ha rozado, por tanto no existe prueba concluyente de la presencia de una bala. Así pues, la policía constata que hay un cadáver que fue transportado a la isla en la que estábamos nosotros. Tenemos un bote que podría haber servido para ello sin mayores problemas y no hay ningún otro barco por aquí, dado que la lancha motora ya estará muy lejos para cuando expliquemos todo esto. Y somos personas a quienes la policía no otorgará demasiada credibilidad. Bien, ¿cuál creéis que sería el resultado más lógico de contarles nuestra historia? —Stone miró a cada uno de ellos.

—Nos detendrían y tirarían la llave —musitó Reuben mientras se rasgaba un trozo de camisa para atársela alrededor de la pequeña herida que tenía en el brazo—. Lo que me gustaría saber es cómo supieron esos cabrones que estábamos en la isla.

—Deben de habernos oído —conjeturó Stone—. O quizá volvieron por algún motivo y advirtieron algo raro. A lo mejor no dejé la nota o el pin tal como los dejaron ellos.

—No has dicho de qué era el pin —observó Caleb.

—Era el pin de solapa que suelen llevar los agentes del Servicio Secreto.

—¿Crees que era un agente? —preguntó Reuben mientras se dejaban llevar hasta la orilla.

—Supongo que alguna relación tendrá.

Cuando llegaron a la orilla, arrastraron el bote hasta tierra y lo escondieron en la vieja zanja de drenaje situada cerca del malecón.

—¿Y ahora qué? —preguntó Reuben mientras caminaban por las calles tranquilas de Georgetown.

Stone enumeró con los dedos.

—Descubrimos quién era la víctima. Descubrimos por qué alguien tenía

razones para matarle. Y descubrimos quién le mató. Así pues...

Reuben adoptó una expresión de incredulidad.

—Y yo que pensaba que tu idea de neutralizar a Carter Gray era harto difícil. Dios mío, ¿eres consciente de lo que estás diciendo?

—Sí —respondió Stone impasible.

—Pero ¿por qué tenemos que hacer algo? —preguntó Caleb.

Stone lo miró.

—Los asesinos que matan de ese modo tienden a no dejar ningún cabo suelto, lo cual significa que harán todo lo posible para encontrarnos y matarnos también. No podemos ir a la policía por lo que ya os he dicho. Así que mi sugerencia es...

—Que los pillemos antes de que nos pillen a nosotros.

Stone echó a andar y los demás le siguieron a paso rápido.

Cuando la furgoneta salió de una curva de la carretera apareció el cartel con grandes letras reflectantes:

BIENVENIDOS A BRENNAN, PENSILVANIA
LUGAR DE NACIMIENTO DEL PRESIDENTE
JAMES H. BRENNAN

Al lado había una talla de madera con la imagen de Brennan. El hombre del asiento del pasajero de la furgoneta miró a sus dos compañeros y sonrió. Acto seguido, levantó una pistola imaginaria, apuntó a la cabeza de Brennan y disparó tres balas a la cabeza del hombre más poderoso del mundo.

Enfilaron el centro de la ciudad. Con una población de cincuenta mil habitantes y a punto de convertirse en una importante ciudad dormitorio de Pittsburgh, Brennan albergaba grandes esperanzas de experimentar un gran renacimiento, y los nuevos puestos de trabajo, los negocios emergentes y las obras de construcción que se veían por toda la ciudad eran el testimonio de ese sueño hecho realidad. Buena parte de esa esperanza se basaba en el hecho de ser la ciudad natal del presidente actual.

Ni siquiera la torre de agua desaprovechada que se encontraba en el centro de la ciudad había escapado a esta ofensiva por alcanzar la grandeza. Al comienzo, los mandamases municipales quisieron poner la imagen de Brennan y el sello presidencial de EE. UU. en la torre. Cuando se les dijo que eso no era ni legal ni de buen gusto, decidieron pintarla con las barras y estrellas. Los tres hombres de la camioneta también estaban muy interesados en el presidente de la nación, pero por un motivo muy distinto.

Llegaron al bloque de pisos situado a una manzana de la calle principal. Los tres hombres eran altos y poseían la esbeltez de las personas no acostumbradas a una alimentación occidental basada en grasas saturadas y azúcares. Dos eran árabes y el otro persa, aunque habían disimulado su origen de Oriente Medio rapándose la cabeza y adoptando el estilo de los estudiantes universitarios, es decir, vaqueros holgados, suéteres, zapatillas de deporte y mucha pose. Estaban matriculados a tiempo parcial como estudiantes de ingeniería básica en la

escuela universitaria local. En realidad los tres eran expertos en ciertos ámbitos de la ciencia relacionados con la presión barométrica, la desviación del viento, la resistencia aerodinámica y la coeficiencia, aparte de temas más esotéricos como el efecto de Coriolis y la precesión giroscópica. Dos de ellos eran de Afganistán y tenían casi cuarenta años, si bien aparentaban muchos menos. El persa tenía treinta años y era de Irán. Sus profesores y compañeros de clase creían que eran de India y Pakistán. Los tres musulmanes habían descubierto que para la mayoría de los occidentales, el término « Oriente Medio » incluía a más de tres mil millones de personas, de los indios a los musulmanes, sin prestar demasiada atención a los matices de nacionalidad o etnia. Y no es que fueran bichos raros en Brennan. Durante la última década se había producido una gran afluencia de orientales a EE. UU., sobre todo en y cerca de las áreas metropolitanas más importantes. Muchos de los nuevos negocios de Brennan eran propiedad de saudíes, pakistaníes e indios muy trabajadores.

Cuando llegaron a su apartamento alguien les estaba esperando. El hombre no les miró cuando entraron sino que siguió mirando por la ventana.

Tenía casi sesenta años pero era igual de esbelto, enjuto y nervudo que los jóvenes. Era blanco y americano, aunque a juzgar por la deferencia con que le trataban estaba claro que era el líder. Los musulmanes le mostraban respeto llamándole capitán Jack. Él mismo se había puesto ese nombre inspirado en su marca de licor preferida. No sabían su verdadero nombre, ni nunca lo sabrían. El capitán Jack vivía fuera de Brennan, en una casa de alquiler en la carretera de Pittsburgh. Al parecer, había ido allí para buscar un emplazamiento para el « negocio » que estaba pensando abrir. Eso le había dado motivos más que suficientes para visitar muchas de las propiedades vacías de la zona.

El capitán Jack observaba con los prismáticos el Mercy Hospital, al otro lado de la calle. Era un edificio blanco y achaparrado de nulo interés arquitectónico construido justo después de la Segunda Guerra Mundial. Era el único hospital de las inmediaciones, motivo por el que había captado su interés.

Había una entrada en la parte trasera pero el espacio era muy estrecho y había que andar bastante para llegar al mostrador de ingresos. Así pues, incluso las ambulancias casi siempre dejaban a los pacientes delante y utilizaban la rampa para sillas de ruedas situada al lado de las escaleras. Para el capitán Jack aquel era un elemento muy importante, tanto que de hecho había grabado en vídeo veinticuatro horas seguidas de estas idas y venidas. También tenía planos de las plantas del hospital y conocía todas las salidas y entradas, desde la más obvia a la más recóndita.

Siguió observando mientras bajaban a un paciente de una ambulancia y lo llevaban al interior rápidamente en una camilla. La trayectoria era excelente, pensó el capitán Jack. Y para su trabajo, el terreno elevado siempre era un buen terreno.

Se sentó y observó a uno de los hombres, centrado en un ordenador portátil mientras los otros dos repasaban unos manuales.

—¿Situación actual? —preguntó.

—Hemos cambiado a otro sitio de chats —respondió el iraní del ordenador. Echó un vistazo a un *post-it* que tenía pegado en la pantalla—. Esta noche toca *Lo que el viento se llevó*.

—No es una de mis preferidas —dijo con sequedad el líder.

—¿Qué tiene de especial que sople el viento? —comentó uno de los afganos.

Habían escogido un sitio de chats sobre películas en el que se elegía a las cincuenta mejores películas norteamericanas de todos los tiempos. Era poco probable que la inteligencia controlara a la gente que chateaba sobre películas, por lo que su método de encriptación era bastante sencillo. Y al día siguiente pasarían a otra película.

—¿Todo el mundo avanza según lo programado? —preguntó el capitán Jack mientras se rascaba la barba recortada.

En Brennan había otros equipos operativos. Las autoridades los denominarían «células terroristas», pero para el capitán Jack eso no eran más que detalles nimios. Los equipos operativos estadounidenses destinados en el extranjero también podían ser considerados células terroristas por los tipos a quienes pretendían fastidiar. Lo sabía de buena fuente: había pertenecido a muchos de esos grupos. En cuanto superó las paparruchas patrióticas, se dio cuenta de la realidad: sólo valía la pena realizar el trabajo del capitán Jack para el mejor postor. Aquel sencillo cambio de filosofía le había facilitado mucho la vida.

El iraní leyó las conversaciones del chat. Las leía tan a menudo que descifraba los mensajes encriptados de forma automática.

—Todo controlado y todo según los planes —dijo—. Incluso la mujer progresa bien. Muy bien —añadió con cierta incredulidad.

El norteamericano sonrió ante ese comentario.

—Las mujeres son mucho más valiosas de lo que pensáis, Ahmed. Cuanto antes os deis cuenta, mejor os irán las cosas.

—Sólo falta que me digas que los hombres son el sexo débil —comentó Ahmed con desdén.

—Ahora empiezas a acercarte a algo llamado sabiduría.

El capitán Jack miró a los dos afganos. Los dos eran tayikos, miembros de la Alianza del Norte antes de que los reclutaran para esa misión. Él les hablaba en su lengua materna, el persa.

—¿En vuestro país todavía venden a las hijas para casarlas?

—Por supuesto —respondió uno—. ¿Qué otra cosa se puede hacer con ellas?

—Los tiempos están cambiando, amigo —afirmó el capitán Jack—. Resulta que ya no estamos en el siglo XIV.

—No tenemos nada en contra de las mujeres modernas —intervino el otro

afgano—, siempre y cuando obedezcan a sus hombres. Si obedecen, no hay problema. Son libres.

El capitán Jack sonrió. En Afganistán, si una mujer pedía el divorcio lo perdía todo, incluso los hijos. Una esposa adúltera, incluso en el caso de que su marido hubiera tomado otra esposa, era ejecutada, a veces incluso por su propia familia. Los hombres de su vida lo controlaban todo: si iban al colegio, si trabajaban fuera de casa, con quién debían casarse. No eran condiciones impuestas por los talibanes o el islam, sino por antiguas costumbres tribales afganas.

—No son sólo las mujeres —declaró el primer afgano—. Yo tengo que obedecer a mi padre aunque no esté de acuerdo con él. Él tiene la última palabra. Es una cuestión de respeto, de honor.

«Así son las cosas —pensó el capitán Jack—. Que tengan suerte quienes intentan cambiar esa mentalidad, teniendo en cuenta que pervive desde hace miles de años» .

—No tenemos mucho tiempo antes de que llegue el grupo de avanzada —afirmó poniéndose en pie.

—Si tenemos que trabajar veinticuatro horas al día, las trabajaremos —declaró Ahmed.

—Estáis en la escuela universitaria, ¿recuerdas? —dijo el capitán Jack

—Sólo a tiempo parcial.

—Brennan, Pensilvania. Pensaba que sólo los déspotas bautizaban las ciudades con su nombre —dijo un afgano.

—No fue Brennan, lo ha decidido la ciudad. Al fin y al cabo esto es una democracia —comentó sonriendo el capitán Jack

—¿Convierte eso a Brennan en menos dictador? —preguntó el otro afgano.

El capitán Jack dejó de sonreír.

—La verdad es que me da igual. Lo único que debéis recordar es que sólo tendremos una oportunidad.

Al otro lado de la calle, en el Mercy un médico de urgencias caminaba por el pasillo con uno de los administradores del hospital. El médico se había incorporado recientemente a la plantilla, lo cual era motivo de alegría porque el hospital solía estar falto de personal. Mientras caminaban, el médico miró con nerviosismo a un guarda de seguridad apostado en una puerta.

—¿Guardas armados? ¿Son realmente necesarios? —preguntó.

El administrador se encogió de hombros.

—Me temo que sí. En los últimos seis meses han robado dos veces en nuestra farmacia. No podemos permitirnos más robos.

—¿Por qué no me lo dijeron antes de que aceptara venir aquí?

—Bueno, no es algo que acostumbremos publicitar.

—Pero yo pensaba que Brennan era una ciudad apacible —repuso el médico.

—Oh, lo es, lo es, pero ya sabe que las drogas están por todas partes. Pero nadie intentará nada si hay guardias armados.

El médico miró por encima del hombro al guarda de seguridad, que se mantenía rígido junto a la pared. A juzgar por la expresión del médico, no parecía compartir los sentimientos positivos de su colega.

Mientras los hombres avanzaban por el pasillo, Adnan al Rimi, cuyo aspecto había cambiado sobremanera desde su muerte en una zona rural de Virginia, se dispuso a patrullar otra zona del hospital. En esos momentos había muchos hombres muertos como él por las calles de Brennan.

En las afueras de Brennan había una zona comercial venida a menos ocupada por una casa de empeños, varios pequeños negocios familiares, un establecimiento de canje de bonos y un restaurante de pollo frito. El resto de los locales en alquiler estaban vacíos salvo un despacho. Las ventanas de este seguían tapiadas, puesto que la construcción aún no había terminado. De hecho, el trabajo ni siquiera había empezado, ni iba a empezar.

En la trastienda situada detrás de un tabique improvisado había dos árabes y otro hombre. Uno de los árabes era ingeniero especializado en dispositivos médicos y el otro era químico, si bien ambos poseían otras habilidades. El tercer hombre, ex miembro de la Guardia Nacional, estaba sentado en una silla mirando nervioso las distintas piezas de equipamiento bien apiladas en una mesa larga situada contra la pared: había llaves inglesas, destornilladores, cables eléctricos y otras herramientas más complejas. El ex guardia nacional observaba nervioso el sitio que había ocupado su mano derecha. Le habían hecho un molde del muñón y le habían añadido una ranura de metal brillante con dedos metálicos.

—Relájate —le aconsejó el químico, y le apoyó una mano tranquilizadora en el hombro.

El ingeniero extrajo un objeto de una caja larga y lo mantuvo levantado. Parecía una mano humana.

—Es de silicona y hemos copiado el recorrido de tus venas, simulado tu color natural de piel e incluso combinado con el color de tu pelo. La ranura de metal y la mano artificial que te hemos acoplado a la muñeca están conectadas por dentro y permiten el movimiento y la flexibilidad de los cinco dedos. Los modelos antiguos sólo tenían movilidad en el pulgar, el índice y el anular. Y han podido reducir la escala del cableado de forma que el tamaño de la nueva generación se aproxima al de la mano humana. —Le levantó la mano y se la puso al lado de la prótesis—. Ya ves que apenas es dos centímetros más larga de lo normal.

El hombre asintió y sonrió. Realmente parecía una mano de verdad.

—La articulación de la muñeca la tienes bien, así como los músculos de la zona; eso será de gran ayuda. Los electrodos incrustados en la mano artificial

tendrán una buena conexión con el músculo.

—Sí, soy un cabrón con mucha suerte —dijo el hombre con amargura.

Colocaron la mano de silicona en la ranura y la acoplaron bien. A continuación le enseñaron unos ejercicios sencillos al hombre.

—Cuando empujas los músculos de la muñeca hacia arriba, la mano se abre. Cuando los relajas, la mano se cierra. Practica —indicó el ingeniero.

El hombre lo hizo una docena de veces mientras los otros le observaban de cerca. Cada vez se le veía más cómodo con el manejo.

El químico asintió.

—Muy bien. Lo estás aprendiendo, pero tienes que seguir practicando. Pronto podrás hacerlo sin pensar. Te resultará natural.

El hombre de la silla se frotó la mano ortopédica con el garfio de acero que constituía su otra mano.

—¿Parece real? —inquirió—. Yo no lo sé.

—Alguien que te estreche la mano advertirá que no es real, por la textura y la piel fría, pero por lo demás parecerá muy real.

Al hombre pareció decepcionarle la explicación y dejó de mirarse la mano nueva.

—Nunca volverás a ser el de antes —le recordó el químico—. Pero es mejor que lo que tenías. Si quieres también podemos hacerte la otra mano.

El hombre negó con la cabeza y levantó el garfio.

—Quiero conservar esto. No quiero olvidar lo que me pasó.

—¿Tienes el uniforme? —preguntó el ingeniero.

El hombre asintió mientras se levantaba de la silla sin dejar de abrir y cerrar su mano nueva.

—Ese es otro recuerdo que no necesito.

—¿Qué rango tenías?

—Sargento. —Volvió a flexionar la mano—. ¿Y cuando acabe?

—Nos ocuparemos de ti, tal como estipulamos —respondió el ingeniero.

—Me alegra que por fin alguien se ocupe de mí.

—Estaremos en contacto, como de costumbre.

Se estrecharon la mano.

—Me alegro de poder hacer esto por fin —dijo el ex guardia nacional.

En cuanto se marchó, los dos hombres reanudaron el trabajo. Había otra caja en la mesa marcada en árabe. Uno de ellos la abrió. Contenía una lata de acero inoxidable envuelta en plástico y dentro de esta había una botella llena de líquido. Alzó la botella y la sostuvo al contraluz.

Sabía perfectamente que, según el FBI, las tres sustancias más mortíferas del mundo eran, en orden descendente de letalidad, el plutonio, la toxina del botulismo y la ricina. El líquido del frasco de cristal no era tan letal como esos venenos. Sin embargo, a su manera la sustancia era muy eficaz.

La mano que acababa de implantar al ex guardia nacional tenía una bolsita interna. Cuando se apretaba un diminuto botón de liberación empotrado en la piel y el hueso de la muñeca se flexionaba de determinada forma, la bolsita se abría y el líquido se segregaba por los poros artificiales.

—Está amargado, ese guardia nacional —dijo el químico mientras trabajaban.

—¿No lo estarías tú también? —respondió el otro.

Tom Hemingway estaba en su modesto apartamento cerca del Capitolio. Se había quitado el traje y se había puesto unos pantalones cortos, una camiseta e iba descalzo. Aunque era muy tarde no estaba cansado.

De hecho, la adrenalina le corría por las venas. Acababa de enterarse de la noticia: Patrick Johnson estaba muerto. Hemingway no sentía ningún remordimiento. Johnson se había buscado ese final. Pero alguien había sido testigo del asesinato y había escapado. Y eso podía cambiarlo todo.

Fue a su dormitorio, abrió una caja fuerte oculta en el suelo, extrajo una carpeta y luego se sentó a la mesa de la cocina. La carpeta contenía fotografías de más de dos docenas de hombres y una mujer. Todos eran musulmanes.

Las autoridades los clasificarían como enemigos de EE. UU. Lograr reunir esas personas había insumido dos años de la vida de Tom Hemingway. Y para los miembros del grupo que habían cometido algún delito, Hemingway había conseguido un milagro: hacer que dieran por muertos a los vivos.

El padre de Hemingway, el honorable Franklin T. Hemingway, había sido un estadista, cuando esa palabra todavía tenía cierto significado.

Había ido subiendo de categoría hasta ser nombrado embajador en algunos de los países que suponían un mayor desafío diplomático. Antes de su muerte prematura se le había aclamado como uno de los mayores conciliadores de su generación, un funcionario dedicado y honrado.

Tom Hemingway acabó asumiendo la muerte violenta de su padre; sin embargo, sabía que era algo que no superaría, ni debía. Había querido y respetado a su padre, aprendiendo cortesía y compasión gracias a su ejemplo. A diferencia de muchos otros embajadores que «compraban» el cargo con grandes campañas de donativos y que nunca se preocupaban de aprender bien el idioma y la cultura del país al que los enviaban, Franklin Hemingway se sumergía de lleno, junto con su familia, en la lengua y la historia de la tierra a la que lo enviaban. Así pues, Tom Hemingway comprendía y apreciaba mucho mejor que prácticamente cualquier otro norteamericano el mundo islámico y asiático.

No obstante, Tom no había seguido los pasos de su padre porque consideraba que no tenía el temperamento adecuado para la carrera diplomática. Se había

decantado por el mundo del espionaje: empezó en la Agencia de Seguridad Nacional antes de pasar a la CIA e ir ascendiendo. Le parecía una profesión importante e incluso honorable y se había dedicado a ella con la ética profesional que su padre le había inculcado.

Se convirtió en un extraordinario agente sobre el terreno, destinado a algunos de los puntos más conflictivos del mundo. Había sobrevivido a varios intentos de asesinato, a veces por los pelos. Él, a su vez, había matado en nombre de su gobierno. Ayudaba a orquestar golpes de Estado que derrocaban a gobiernos elegidos democráticamente, y también supervisaba operaciones que creaban inestabilidad en frágiles países del Tercer Mundo, porque se consideraba la mejor manera de promover un ambiente beneficioso para EE. UU. Había hecho todo lo que le habían pedido y más.

Pero, en última instancia, había sido en vano. El valioso trabajo realizado era una farsa, alimentado más por intereses empresariales que nacionales, y lo único que conseguía era empeorar una situación ya de por sí mala.

El mundo estaba más próximo a la destrucción que nunca y Tom Hemingway lo sabía con conocimiento de causa.

Había muchas razones, empezando por la escasez crítica de agua, petróleo, gas, acero, carbón y otros recursos naturales. Los países ricos como EE. UU., Japón y China se llevaban la mejor parte de esas preciadas materias primas y no dejaban más que migajas a las naciones más pobres. Pero era algo más que el asunto históricamente complejo de los ricos y los pobres. Era una cuestión fundamental de ignorancia e intolerancia.

Hemingway siempre había considerado que la ignorancia y la intolerancia eran como las comas, porque suelen presentarse a pares, y casi nunca se encontraba una, la ignorancia, sin su gemela malvada, la intolerancia.

A los cuarenta años el padre de Hemingway había ayudado a alcanzar la paz en países que sólo habían conocido la guerra. A la misma edad, su hijo había ayudado a entorpecer la paz en países de todo el mundo, por lo que buena parte del mismo estaba sumido en el caos. Teniendo en cuenta quién era su progenitor, había sido una constatación devastadora.

Entonces se había parado a analizar sus opciones y poco a poco había urdido un plan.

Muchas personas habrían visto lo que intentaba y le habrían tachado de ingenuo incorregible. Habrían argüido que así no funcionaba el mundo. «Estás condenado al fracaso», habrían sentenciado. Y no obstante eran las mismas personas que habían cometido atrocidades en ciertos países con el pretexto de ayudar. Cometían esos crímenes por motivos tan burdos como el dinero y el poder y esperaban salirse con la suya sin que los perjudicados les exigiesen cuentas. ¿Quién era el ingenuo?, pensaba Hemingway.

Su profesión oficial le había permitido cruzar Oriente Medio a lo largo de los

últimos años. Durante esa época fue uniendo las piezas de su rompecabezas, reuniéndose con personas cuya ayuda necesitaba. Encontró escépticos en abundancia, pero entonces un hombre, alguien a quien respetaba y que había sido amigo de su padre, aceptó ayudarlo.

El hombre no sólo le proporcionó contactos sino también los fondos necesarios para planear una operación compleja. Hemingway no creyó ni por un momento que ese hombre carecía de motivos personales para actuar de ese modo. Sin embargo, Tom Hemingway, un norteamericano de pura cepa, por muchos contactos que tuviera y por mucho que conociera el idioma y la cultura de la región nunca habría conseguido algo tan monumental por sí solo. Y aunque quizá padeciera cierto idealismo rayano en la ingenuidad, era sumamente realista acerca de la mejor manera de poner en práctica su plan.

A menudo deseaba que su padre siguiera vivo para poder pedirle consejo. Sin embargo, sabía lo que Franklin Hemingway le habría dicho: «Está mal. No lo hagas». Pero él iba a hacerlo.

¿Y cuál era su verdadera motivación? Hemingway se había formulado esa pregunta a menudo a lo largo del proceso. Había encontrado distintas respuestas según el día. Al final había llegado a la conclusión de que no lo hacía por su país y tampoco por Oriente Medio. Lo hacía por un planeta al que se le estaban agotando las segundas oportunidades.

Y quizá también como homenaje a un padre que fue un hombre de paz pero murió de forma violenta, porque la gente se negaba a entenderse mutuamente.

Tal vez fuera sencillo y complejo a la vez.

Un grupo de alumnos de quinto curso y los profesores de una escuela primaria de Maryland que querían aprender más sobre Teddy Roosevelt descubrieron el cadáver de Patrick Johnson a la mañana siguiente. Lamentablemente, aprendieron cosas que no se esperaban.

Más tarde esa misma mañana, Alex Ford se dirigía al trabajo al volante de su chirriante Crown Vic oficial pensando en qué haría ese día. Por lo menos sus obligaciones en la oficina de Washington eran muy variadas. El director de la WFO, el agente especial que estaba al mando, consideraba que los agentes con una vasta experiencia en todos los ámbitos relevantes del servicio eran mejores agentes precisamente por eso. En general Alex estaba de acuerdo con este enfoque. Esa misma semana ya se había encargado de la vigilancia de un par de casos abiertos, había dedicado unas horas al transporte de prisioneros y desempeñado labores de protección para varios dignatarios extranjeros de visita, y le habían llamado una vez para formar parte de la brigada encargada de llamapuestas que permanecía de guardia las veinticuatro horas todos los días de la semana en la oficina de Washington.

La brigada encargada de llamapuestas, que pertenecía al Servicio Secreto, intervenía siempre que alguien se presentaba en la Casa Blanca, llamaba a la puerta y pedía ver al presidente sin más, lo cual sucede más a menudo de lo que la gente imagina. Había un hombre que aparecía cada seis meses e informaba a los guardias de que aquella era su casa y que todos ellos estaban allanando una propiedad privada. El servicio había descubierto que acciones como esta aumentaban cuando había luna llena. Esa clase de comportamientos extraños se ganaban una visita del Servicio Secreto, unas cuantas sesiones en el psiquiatra y una posible estancia en prisión o en un manicomio, dependiendo de lo trastornada que estuviera la persona.

Alex estacionó el coche, entró en la oficina, saludó con la cabeza a la guarda de anchas caderas del vestíbulo, pasó la tarjeta de seguridad por la ranura del ascensor y subió a la cuarta planta, donde se encontraba el equipo operativo del área metropolitana. Alex dedicaba una parte de su trabajo al equipo operativo, al igual que los agentes más veteranos de la oficina de Washington. Dicho equipo cooperaba con la policía estatal de Virginia y Maryland y otros cuerpos policiales

federales en numerosos casos de delitos financieros graves. Esa era la parte buena. La parte mala era que los criminales eran tan activos que el equipo operativo tenía más trabajo del que podía asumir.

El Servicio Secreto ocupaba tres plantas del edificio y Alex se dirigió a su cubículo en una amplia zona abierta de la cuarta planta. Tenía un mensaje de correo electrónico de Jerry Sykes, su superior inmediato, diciéndole que subiera a la sexta planta lo antes posible.

Bueno, aquello era un poco excepcional, pensó. ¿Acaso había infringido algún derecho civil que desconocía al arrestar a los dos memos del cajero automático la noche anterior?

Alex subió a la sexta planta y recorrió el pasillo saludando a los conocidos por el camino. Pasó junto al tablero de misiones situado en una pared del pasillo. Tenía imágenes magnéticas de todos los agentes de la oficina de Washington agrupados según sus misiones actuales. Estaba bien, aunque no era precisamente la forma más tecnológicamente avanzada de saber el paradero de la gente. También se guardaba una lista de los turnos en formato electrónico, porque algunos graciosillos cambiaban las fotos de los agentes y les asignaban otras misiones. Así pues, podía darse el caso de que un agente asignado al Departamento Criminal de repente se encontrara, de acuerdo con el tablero, en el soporífero Departamento de Reclutamiento, condenado a permanecer en un escritorio.

Había unas cuantas fotos colgadas del revés, lo cual significaba que un agente dejaba la oficina de Washington para hacerse cargo de una misión en otro sitio. Algunas fotos también tenían puntos rojos o azules. Estas marcas no indicaban si un agente era republicano o demócrata, aunque algunos intentaban hacérselo creer a sus amigos y parientes que visitaban las instalaciones cuando en realidad indicaba si un agente vivía en Virginia o en Maryland.

Sykes se levantó de su escritorio en cuanto vio aparecer a Alex.

—Siéntate, Alex —dijo, señalando una silla.

Alex se sentó y se desabotonó la chaqueta del traje.

—¿Me he metido en algún lío o se trata de mera sociabilidad? —Alex sonrió y, por suerte, Sykes le devolvió la sonrisa.

—Ya me he enterado de tu heroicidad de anoche. Nos encantan los agentes que trabajan horas extras sin cobrar como tú. Puedes hacerlo cuando quieras.

—Bueno, no rechazaría un buen aumento de sueldo como muestra de agradecimiento.

—Ya. Tengo un trabajito nuevo para ti, algo realmente importante. —Dio un golpecito a una carpeta que había sobre la mesa—. Nos ha llegado desde la central, ha pasado al agente especial y de ahí a mí.

Alex enarcó las cejas.

—Tengo mucho trabajo, Jerry. Mientras la gente use dinero, otras personas

intentarán robárselo o falsificarlo.

—Olvidate de eso. Me interesa que te encargues de un homicidio.

—No recuerdo que eso figurara en nuestro reglamento obligatorio —dijo Alex lentamente.

—Echa un vistazo a tu placa y a tu nómina. Dice Seguridad Nacional y no Departamento del Tesoro, así que tenemos un montón de golosinas que repartir. —Sykes echó una mirada a la carpeta—. Esta mañana han encontrado a un hombre llamado Patrick Johnson en la isla Roosevelt con un agujero de bala en la boca, una pistola y una botella de *whisky* escocés al lado y una nota de suicidio en el bolsillo.

—¿Y quién es el afortunado? —preguntó Alex.

—Trabajaba en el N-TAC —respondió Sykes, refiriéndose al Centro Nacional de Valoración de Amenazas—. O sea, era uno de los nuestros. De ahí tu participación.

—Pero el N-TAC ya no forma parte del Servicio Secreto, no después de la remodelación de los servicios de inteligencia. Ahora pertenece al NIC. Junto con prácticamente todo los demás, caramba.

—Cierto, pero seguimos teniendo derecho a una porción del pastel y, por lo menos técnicamente, Johnson era un hombre tanto del Servicio Secreto como del NIC.

—Se tragó una bala, ¿eh? Probablemente estuviera como una cuba. ¿Qué hay que investigar?

—Por ahora parece un suicidio y probablemente se trate de eso. Pero como ocurrió en terreno federal y él era funcionario federal, el FBI y la policía del parque están investigando. Pero queremos que haya alguien que vele por nuestros intereses. Si se trata de un suicidio no hay problema, pero si ha sido otra cosa entonces tenemos que investigar. Y ahí entras tú.

—¿Por qué en la isla Roosevelt? ¿Acaso Johnson era un fan del ex presidente?

—Eso tendrás que averiguarlo. Ve con cuidado y no permitas que el FBI te haga la puñeta.

—¿Y por qué de repente tengo tanta buena suerte, Jerry? ¿Acaso no es Asuntos Internos quién debería encargarse del asunto?

—Sí, pero tú me caes bien —respondió Sykes—. Y después de todo este tiempo en protección, necesitas desentumecer el esqueleto.

—Tiene gracia, eso es lo que me dijeron cuando me asignaron a las misiones de protección.

—¿Quién ha dicho que la vida sea justa?

—Desde luego nadie que llevara placa —replicó Alex.

Sykes adoptó una expresión seria.

—Ya has visto a los jovencitos que tenemos por aquí. Son buenos, son listos y trabajan a destajo, pero tienen una media de experiencia de seis años. Tú tienes

el triple. Y hablando de jovencitos, llévate a Simpson. La novata necesita un poco de contacto con el mundo real.

—Por curiosidad, ¿Simpson tiene algún enchufe en las altas esferas?

—¿Por qué? —inquirió Sykes, aunque a Alex le pareció que esbozaba una sonrisa.

—Porque parece que esa novata siempre se libra de las misiones mierdosas, por eso.

—Lo único que puedo decir es que Simpson es pariente de un pez gordo y la gente tiende a hacerla trabajar poco. No cometes ese error. Aquí tienes el expediente. La escena del crimen os espera. A por ellos.

Mientras Alex se levantaba, Sykes añadió:

—El período de noventa días para informar no sirve en este caso. Queremos mensajes diarios detallados por correo electrónico. Y para que lo sepas, irán directamente al agente especial y a la central.

—De acuerdo.

—Como te he dicho, Alex, este caso es importante, actúa en consecuencia.

—Recibido, Jerry.

Alex regresó a su mesa, colgó la chaqueta en la silla y abrió el expediente. Lo primero que encontró fue una foto grafía de Patrick Johnson en la que se le veía muy vivo. Una nota manuscrita ponía que Johnson se había prometido para casarse. El nombre y el número de teléfono de su prometida figuraban al pie de la nota. Alex supuso que la mujer ya había sido informada de la muerte del hombre. La carrera de Johnson parecía bastante rutinaria.

Había pertenecido al N-TAC del Centro Nacional de Inteligencia, o NIC como decían los burócratas de Washington. En lenguaje popular, el N-TAC recopilaba información y estrategias que la policía empleaba para evitar desde asesinatos presidenciales a atentados terroristas. Ningún agente del Servicio Secreto quería arrestar a un asesino, pues eso significaba que la persona protegida estaba muerta.

Alex recordó la tormenta desatada cuando el NIC dejó claro que quería incluir el N-TAC en su imperio de servicios de inteligencia. El Servicio Secreto contraatacó con fuerza pero al final el presidente se puso de parte de Gray y el NIC. Sin embargo, como el servicio tenía una relación muy especial con el presidente, había podido mantener cierta influencia en el N-TAC, motivo por el que Johnson seguía siendo un empleado del Servicio Secreto, aunque sólo fuera en teoría.

Alex hojeó el resto del expediente tomando notas mentalmente. Por último, se levantó y se puso la chaqueta. Llamó a Simpson al salir.

Jackie Simpson era menuda, de pelo oscuro y tez aceitunada con unos rasgos faciales bien definidos y dominados por un par de extraordinarios ojos azules. Aunque era novata dentro del Servicio Secreto, las labores de investigación no

eran nuevas para ella ya que había sido agente de policía durante casi nueve años antes de entrar en el servicio. Cuando hablaba era imposible no notar su origen sureño, Alabama en su caso. Vestía un traje pantalón negro y llevaba el arma enfundada en el costado izquierdo. Alex arqueó las cejas al ver los tacones gruesos de unos ocho centímetros que, no obstante, la dejaban quince centímetros por debajo de él. Entonces advirtió la esquina de un pañuelo rojo que sobresalía del bolsillo del pecho de la mujer. Se trataba de un complemento que podía facilitar que le acertaran en el corazón. Alex también sabía que su pistola era un arma personalizada cuya aprobación había conseguido. Al servicio le gustaba que los agentes utilizaran el mismo modelo de arma por si tenían que compartir munición durante un tiroteo.

Igual que muchas personas en un trabajo nuevo, rebosaba entusiasmo, así como una sorprendente falta de tacto. Cuando le habló de su nueva misión, respondió « guai » .

—No fue muy guai para Patrick Johnson —señaló Alex.

—No lo decía en ese sentido.

—Me alegro. Vamos. —Alex salió rápido y Simpson se vio obligada a darse prisa para no rezagarse.

Djamila, la niñera, le cambió el pañal al niño de un año y acto seguido dedicó su atención y paciencia a dar de comer a sus dos hermanos, de dos y tres años respectivamente. Cuando terminó, jugó con ellos y los acostó para que hicieran la siesta. Extrajo la esterilla de oraciones de la bolsa que había llevado al trabajo y se preparó para el *salat*, u oración, realizando la ablución, o *wudu*, de la cara, la cabeza, las manos, los brazos hasta los codos y los pies hasta los tobillos. Descalza, Djamila se colocó hacia la *qibla*, la dirección de la Meca, y pronunció sus oraciones. Se trataba de un ritual que realizaba cinco veces al día, empezando dos horas antes del amanecer y acabando el último rezo al caer la noche, cuando desaparece el crepúsculo. Aquella era la segunda oración del día para Djamila, al mediodía, cuando el sol inicia su descenso.

Unos minutos después de acabar, la madre de los niños, Lori Frankin, bajó a la planta baja, observó admirada lo bien ordenada que estaba su casa y fue a ver cómo dormían sus hijos en sus literas de la sala de juegos. Frankin apenas tenía treinta años y era muy atractiva, tenía un cuerpo esbelto pero curvilíneo y los músculos bien tonificados. Llevaba una pequeña bolsa.

—¿Va al club, señora? —preguntó Djamila.

—Sí, Djamila, un partido de tenis, y luego ya veremos. —Esbozó una sonrisa y exhaló un suspiro de satisfacción como suelen hacer los jóvenes de cierta posición. Asintió en dirección a sus hijos—. Veo que ya tienes al enemigo controlado.

—Sí, son buenos chicos. Juegan mucho y duermen mejor.

—Son buenos chicos contigo. Conmigo no se portan tan bien, ni con las tres niñeras que te precedieron. Ahora por fin puedo tener algo de vida aunque mi marido trabaje veinte horas al día. Los hombres, Djamila... no se puede vivir con ellos, son incapaces de vivir sin su certificado de ingresos y retenciones.

—En mi país el hombre es el cabeza de familia —comentó Djamila mientras guardaba unos juguetes en una caja—. La obligación de una mujer es ayudar a su marido, encargarse de la casa y cuidar de los niños. Pero hay que casarse con un hombre que respetes y cuyos deseos puedas cumplir con buena conciencia. El marido no es tu dueño, sólo Dios lo es.

La norteamericana puso los ojos en blanco.

—Oh, aquí los hombres también son los reyes, Djamila, por lo menos eso se creen. —Volvió a reír—. Y yo le he dado a George los hijos que quería. Y satisfago sus deseos cuando de verdad lo quiere. Tampoco está tan mal.

—O sea que no volverá por la tarde —dijo Djamila frunciendo el ceño y cambiando de tema. A veces su patrona le parecía demasiado confiada.

—Llegaré a tiempo de preparar la cena. George está otra vez de viaje. Ahora puedes comer durante el día, ¿verdad? ¿Has acabado con eso del ayuno?

—El Ramadán ha terminado, sí.

—Nunca me acuerdo de las fechas exactas.

—Es porque cambian. El Ramadán se celebra el noveno mes del año islámico. Fue entonces cuando Mahoma recibió la primera revelación del Corán del arcángel Gabriel. Pero los musulmanes utilizan el calendario lunar, por lo que el Ramadán empieza antes cada año. Mis padres han celebrado el Ramadán durante el invierno y también en verano.

—Pues a mí no me gustaría celebrar la Navidad en julio. Y no me imagino ayunando de ese modo. Djamila, eso no puede ser sano.

—De hecho, es muy sano. Y las mujeres embarazadas que estén amamantando no tienen que ayunar. El *sawm*, el ayuno, como usted dice, purga el cuerpo de malos pensamientos. Es un período de limpieza, de concentración. A mí me gusta mucho y no paso hambre. Tomo el *sahur* antes del amanecer y después del atardecer puedo comer normal. Tampoco es tanto sacrificio. —Djamila se guardó de decir que una comida americana era como tres de las suyas—. Luego, al final del Ramadán hacemos una celebración. Se llama *Id al Fitr*. Estrenamos ropa e intercambiamos comidas deliciosas. Visitamos a nuestra familia y amigos. Es muy divertido.

—Yo sigo pensando que no es sano. —Lori Franklin miró por la ventana—. Hace muy buen día, ¿por qué no llevas a los niños al parque y les dejas que consuman energía? Así la casa estará más tranquila cuando llegue.

—Les llevaré, señora. Me gusta conducir.

—En tu país las mujeres no pueden conducir, ¿verdad?

Djamila vaciló antes de responder.

—Es cierto que las mujeres no pueden conducir en Riad, pero se trata de una ley local que no tiene nada que ver con el islam.

Lori la miró con cara de lástima.

—No hace falta que me des excusas. Hay un montón de cosas que no podías hacer en tu país. Lo sé. Veo las noticias. Matrimonios forzados y poligamia. Y tenías que llevar todos esos velos y todo el cuerpo tapado. Y nada de estudiar. No tenéis ningún derecho.

Djamila bajó la mirada para que su patrona no advirtiera el resentimiento reflejado en su rostro. Cuando volvió a levantar los ojos, esbozó una sonrisa forzada.

—Lo que usted dice no es el islam que yo conozco ni el que conocen muchos musulmanes —puntualizó—. Las musulmanas no están obligadas a casarse. Es un contrato entre hombre y mujer y también entre sus familias. En caso de divorcio, Dios nos libre, la mujer tiene derecho a muchas propiedades del hombre. Es su derecho por ley, ¿sabe? Y a los hombres se les permite tener más de una mujer, pero sólo si pueden mantenerlas a todas por igual. Aparte de los hombres muy ricos, lo normal es tener una sola esposa. Y el islam dice que todos deben estudiar, hombres y mujeres. Yo recibí una buena educación.

» Y con respecto al vestir, el Corán no obliga a llevar esto o lo otro. Dice tanto a hombres como mujeres que deben ser modestos y virtuosos en el vestir. Dios es bondadoso. Algunas mujeres eligen el velo y la *abaya*, la túnica completa. Otras no.

—Aquí es muy distinto, Djamilia. En Estados Unidos puedes hacer lo que quieras. Lo que quieras. Eso es lo que da grandeza a este país.

—Sí, ya lo he oído. Pero ¿realmente es tan bueno hacer todo lo que uno quiere?

Lori sonrió.

—Y tanto, Djamilia, sobre todo si no te pillan.

—Si usted lo dice... —replicó Djamilia, nada convencida.

—En realidad, las mujeres son quienes gobiernan este país, pero dejamos que los hombres se crean que son ellos.

—Pero en Estados Unidos a las mujeres no se les permitió votar hasta el siglo XX, ¿no?

A Lori la desconcertó un poco ese comentario, pero le restó importancia con un movimiento de la mano.

—Eso es agua pasada. Digamos que ya hemos recuperado el tiempo perdido. Y cuanto antes se den cuenta las musulmanas, mejor.

Djamilia decidió no responder a eso. Había recibido órdenes de no tratar esos temas con su patrona, pero a veces no podía evitarlo.

—Ojalá te replantearas el quedarte a vivir con nosotros. Esta casa es enorme.

—Gracias. Pero por ahora prefiero dejar las cosas como están.

—De acuerdo —asintió Lori—. Como quieras. No puedo permitirme el lujo de perderte.

Lanzó unos besos a sus hijos dormidos y se marchó. Mientras bajaba por el sendero, echó un vistazo a la furgoneta blanca aparcada delante de la casa. Siempre le había resultado extraño que una mujer que antes de llegar a Estados Unidos nunca había conducido fuese a su trabajo con furgoneta propia y permiso de conducir en regla. Sin embargo, ya tenía demasiadas cosas en las que pensar como para preocuparse por esa incongruencia trivial.

De hecho no iba a jugar al tenis ni a las cartas al club de campo, como le había dicho a Djamilia.

En la pequeña bolsa llevaba un negligé de sugerente transparencia. Ya llevaba puesto el tanga haciendo juego y no se había molestado en ponerse sujetador para la actividad a la que iba a dedicar la tarde. Además, si se lo hubiese puesto, su joven amante se lo habría arrancado.

Djamila se acercó a la ventana y observó a su patrona mientras se marchaba en el Mercedes deportivo. Una tarde en la que George Franklin se tomó el día libre para estar con sus hijos, Djamila había seguido a Lori al club de campo y allí la había visto subir al coche de un hombre que no era su marido. Los siguió hasta un motel. Sospechaba que era ahí adonde se dirigía ahora. Al fin y al cabo, era un poco difícil jugar al tenis sin raqueta, y la de Franklin seguía colgada de un gancho del garaje.

Estaba claro que los hombres no eran reyes en EE. UU. Djamila había llegado a esa conclusión al cabo de pocas semanas en el país. Eran unos idiotas, y sus mujeres unas putas.

Cuando los niños acabaron la siesta, los llevó al parque, donde jugaron hasta la extenuación. Djamila sonreía al ver al mayor disfrutando mientras corría en círculos alrededor de sus hermanos. Djamila quería hijos, muchos hijos. Entonces su sonrisa se desvaneció. Dudaba que llegara a vivir lo suficiente para ser madre.

Dio a los niños unos tentempiés que llevaba en la cesta de *picnic*. Después tuvo que perseguir al mayor, Timmy, para recuperar su móvil y las llaves del coche que le había cogido. Lo hacía otras veces si dejaba el bolso a su alcance. No le importaba, todos los niños eran curiosos. Metió a los niños en la furgoneta y enseguida se quedaron dormidos. Entonces extrajo su esterilla y pronunció las oraciones de media tarde al lado de la furgoneta. Había traído una botella pequeña de agua y un cazo para realizar las abluciones.

Mientras los niños dormían, dio una vuelta por Brennan, Pensilvania. Como era habitual en esa región, aquella ciudad existía porque los dioses del ferrocarril habían decidido poner una parada allí. Los trenes transportaban pasajeros, pero sobre todo carbón y coque a las plantas de laminación de acero y los puertos del este. Ahora Brennan se estaba reconvirtiendo en un elegante barrio residencial de Pittsburgh. La ciudad contaba con tiendas y restaurantes pintorescos, casas aburguesadas y un flamante club de campo.

Djamila se detenía a menudo para hacer fotografías con una pequeña cámara digital del tamaño del dedo índice. Mientras las hacía, hablaba por una pequeña grabadora y describía cosas que deberían haber tenido poca importancia para una niñera extranjera a cargo de tres niños que dormían plácidamente; sin embargo, todo eso le interesaba. Luego se dirigió a zonas más alejadas, prestando especial atención a la red viaria.

Por último se detuvo delante de una hermosa casa de piedra rústica bastante apartada de la carretera y rodeada por un murete de piedra de la región. Era una

vivienda muy bonita, pensó, pero demasiado grande. En EE. UU. todo era grande: desde las raciones de comida a los coches y casas, pasando por las personas. Lo único que no era grande era la ropa. Djamila había visto más traseros, pechos y ombligos en los últimos meses que en toda su vida. Le repugnaba.

Ella prefería el *jilbab* y un *jimar* para cubrirse el cuerpo y, llegado el caso, se sentía en condiciones de competir con otras tres esposas por dicha « libertad» .

Fruició el ceño al mirar a los niños dormidos. Sí, sus patronos la asqueaban por su dinero y por su matrimonio sin amor. Incluso aquellos niños la asqueaban porque se harían mayores y se creerían los amos del mundo por la sencilla razón de ser norteamericanos. Puso el vehículo en marcha y se alejó.

Informaría esa noche por ordenador, a través del foro de películas. Según recordaba, el chat de esa noche trataría de una película llamada *Matar un ruiseñor*. Era un título raro para una película, pero ya sabía ella que los americanos eran raros. Sí, raros, violentos y, aún peor, totalmente imprevisibles.

Oliver Stone había vuelto a su casita e intentado dormir, pero lo acaecido aquella noche no le dejaba conciliar el sueño. Encendió un fuego pequeño para combatir la frialdad del ambiente y se sentó a leer hasta el amanecer, aunque no dejaba de pensar en la muerte de Patrick Johnson. O mejor dicho, asesinato. Luego se preparó un café y desayunó algo. Dedicó las horas siguientes a sus labores del cementerio. Mientras quitaba la maleza, recogía los restos y limpiaba lápidas vetustas, pensaba en lo cerca que habían estado él y sus amigos de perder la vida. Había tenido esa sensación muchas veces a lo largo de su vida y había aprendido a superarla, pero en esos momentos no le resultaba tan fácil.

Cuando terminó el trabajo, entró en la casita y se duchó. Al ver su aspecto en el espejo tomó una decisión; lo malo es que no disponía de las herramientas necesarias para ponerla en práctica. En esos momentos Caleb y Reuben debían de estar en el trabajo, y no se fiaba de que Milton fuera capaz de hacerlo.

En realidad sólo tenía una alternativa. Se dirigió a Chinatown.

—¿Adelphia? —llamó Stone. Habían transcurrido cuarenta y cinco minutos y estaba en el exterior de su apartamento, situado encima de una tintorería—. ¿Adelphia? —repetió. Se preguntó si ya habría salido. Entonces oyó pasos que se acercaban y Adelphia abrió la puerta vestida con un suéter largo y pantalones negros, el pelo recogido en un moño. Lo miró con enfado.

—¿Cómo saber dónde vivo? —inquirió.

—Tú me lo dijiste.

—Oh. —Puso cara de pocos amigos—. ¿Qué tal la reunión? —refunfuñó.

—Lo cierto es que hubo unas cuantas sorpresas.

—¿Qué tú quieres, Oliver?

Stone carraspeó y soltó su mentira.

—He pensado sobre lo que me dijiste acerca de mi aspecto. Así que me preguntaba si me cortarías el pelo. Supongo que podría hacerlo yo solo, pero me temo que el resultado sería peor que el actual.

—Tampoco estar tan mal. —El comentario pareció escapársele, así que se puso a toser de forma afectada y luego lo miró con cierta sorpresa—. ¿O sea que

caso tú hacer de mi consejo?

Él asintió.

—También voy a ponerme ropa nueva. Bueno, nueva para mí. Y zapatos.

Ella lo miró con suspicacia.

—¿Y la barba? Eso que te hace ser, como tú dices, como el personaje de un cuento.

—Sí, la barba también irá fuera. Pero puedo afeitarme y o solo.

Ella le hizo un gesto desdeñoso.

—No; ser y o. Yo soñar muchas veces con hacer desaparecer esa barba. —Le indicó que entrara en el apartamento—. Entra, entra, lo haremos ahora. Antes de tú cambiar de opinión.

Stone la siguió y miró alrededor. El apartamento estaba muy limpio y ordenado, lo cual le sorprendió. La personalidad de Adelpia parecía excesivamente compulsiva y fragmentada para crear tamaño orden.

Lo condujo al cuarto de baño y señaló el inodoro.

—Siéntate.

Él obedeció y ella buscó los utensilios necesarios. Desde donde estaba sentado, Stone veía una estantería en el pasillo con libros sobre muchos temas, algunos en idiomas que no conocía, aunque había pasado muchos años viajando por el mundo.

—¿Sabes todos esos idiomas, Adelpia? —preguntó señalando los libros.

Ella dejó de reunir utensilios y lo miró con recelo.

—¿Y por qué si no tener libros que no entiendo? ¿Tú pensar que tengo apartamento tan grande que guardo cosas sin usar?

—Ya.

Lo envolvió con una sábana y se la anudó en la nuca.

—¿Cuánto quieres que corte a tí?

—Por encima de las orejas y con la nuca despejada.

—¿Seguro estar?

—Totalmente seguro.

Ella empezó a cortar. Al acabar, lo peinó y le puso gomina en unos remolinos rebeldes. Acto seguido atacó la barba con unas tijeras de peluquería y la fue recortando rápidamente. Luego cogió otro adminículo.

—Es para afeitar piernas —dijo, enseñándole una maquinilla de afeitar para mujeres—. Pero funcionar también para cara.

Cuando se vio en un espejito que Adelpia le tendió cuando hubo terminado, Stone casi no se reconoció. Se frotó el cutis que hacía años no veía. Sin la mata de pelo largo y sin barba reparó en que tenía una frente ancha con muchas arrugas y un cuello suave y fino.

—Tu cara está bonita —dijo Adelpia—. Y piel del cuello ser como de bebé. Yo no tengo cuello bonito. Es de vieja. Como un pavo.

—Tienes unas facciones muy agradables, Adelpia —dijo Stone, que seguía mirándose al espejo y no advirtió que ella se sonrojaba y bajaba la vista rápidamente.

—Anoche tener tú visita.

Stone alzó la mirada hacia ella.

—¿Visita? ¿Quién?

—Un hombre trajeado. Se llama Fort o algo así. No recordar exactamente. Me dijo de decirte que él pasar por allí.

—¿Fort?

—Lo vi hablar con esos hombres en otro lado de la calle. Ya los conoces, Oliver. Los hombres secretos.

—Del Servicio Secreto. ¿Te refieres a Ford? ¿Al agente Alex Ford?

Adelpia asintió.

—Eso es. Muy alto. Más que tú.

—¿Dijo qué quería?

—Sólo saludar.

—¿A qué hora pasó?

—¿Yo parecer guardiana del tiempo? Decirte que sólo quería saludar. — Vaciló—. Creo que a medianoche. Nada sé más.

Absorto en esas noticias, Stone se levantó rápidamente y se quitó la sábana.

—Me gustaría pagarte —dijo, pero ella lo desestimó con un gesto—. Debe de haber algo que pueda hacer para devolverte el detalle.

Ella lo miró con severidad.

—Una cosa posible. —Se calló y él enarcó las cejas—. Ir juntos al café una vez. —Y añadió con el gesto fruncido—: Cuando no tener reunión a las altas horas de la noche.

Stone se quedó un poco desconcertado pero decidió que no tenía nada de malo tomar un café y charlar un poco.

—De acuerdo, Adelpia. Supongo que ya va siendo hora de que hagamos cosas así.

—Entonces muy bien. —Ella le tendió la mano, y al estrechársela él se sorprendió de la fuerza que tenía en los dedos.

Mientras caminaba por la calle al cabo de unos minutos, Stone pensó en la visita nocturna. Alex Ford se había relacionado con él bastante más que los demás agentes del Servicio Secreto. Por tanto, su visita debía de haber sido de mera cortesía.

Se dirigió a una tienda de ropa de segunda mano, donde compró dos vaqueros, unos zapatos resistentes, calcetines, camisas, un suéter y una chaqueta azul con el dinero que Reuben le había dado. El dependiente, que lo conocía bien, le regaló dos calzoncillos nuevos.

—Pareces unos cuantos años más joven, Oliver —comentó.

—Lo noto. La verdad es que sí —respondió.

Regresó a Lafayette Park con las compras para cambiarse rápidamente en su tienda de campaña. Sin embargo, cuando se disponía a entrar en su pequeño santuario, oyó una voz.

—¿Adónde te crees que vas, amigo?

Stone alzó la mirada y vio a un agente del Servicio Secreto.

—Esa tienda ya tiene dueño, así que largo.

—Agente, es mi tienda —respondió Stone.

El otro se acercó.

—¿Stone? ¿De verdad eres tú?

Stone sonrió.

—Aligerado de pelo y barba, pero sí, soy yo.

El agente meneó la cabeza.

—¿A quién has ido a ver, a Elizabeth Arden?

—¿Y quién ser esta tal Elizabeth? —intervino una voz femenina.

Los dos se giraron y vieron a Adelpia caminando hacia ellos y mirando a Stone con expresión acusadora. Llevaba la misma ropa que antes pero se había soltado el pelo.

—No te líes con tus teorías sobre conspiraciones, Adelpia —bromeó el agente—. Se trata de un centro de belleza. Mi esposa fue ahí una vez y, la verdad, por lo que le costó, me quedo con mi mujer tal como es. —Rio y se marchó a su puesto.

—¿Querer tomar un café y charlar? —propuso Adelpia.

—Me encantaría pero tengo una cita. De todos modos, cuando vuelva...

—Ya veremos —respondió Adelpia con tono decepcionado—. Yo también tener cosas que hacer. No pasarme todo el día esperándote. Tener trabajo.

—No, claro que no —reconoció Stone, pero ella ya se alejaba.

Entró en la tienda, se cambió y guardó el resto de la ropa nueva en la mochila. Recorrió el parque hasta encontrar lo que buscaba en una papelería: el periódico de la mañana. No había ninguna noticia sobre el descubrimiento de un cadáver en la isla Roosevelt; obviamente se había producido demasiado tarde como para aparecer en la edición matutina. Encontró una cabina y llamó a Caleb a su despacho del edificio Jefferson en la Biblioteca del Congreso.

—¿Has oído algo, Caleb? Todavía no hay nada en los periódicos.

—He estado escuchando las noticias toda la mañana. Lo único que dicen es que la isla Roosevelt está cerrada debido a una investigación reservada. ¿Puedes pasarte por aquí a eso de la una para que hablemos del asunto?

Stone aceptó.

—¿Has tomado precauciones? —preguntó.

—Sí, y los demás también. Reuben está en el trabajo pero me ha llamado durante una pausa. He hablado con Milton. Se va a quedar en su casa; está

aterrorizado.

—El temor es una reacción natural después de lo que vimos. —Entonces Stone se acordó—: Eh, Caleb, a lo mejor no me reconoces a la primera. He cambiado un poco de aspecto. Me ha parecido necesario dado que es probable que los asesinos me vieran.

—Entiendo, Oliver.

Stone vaciló antes de añadir:

—Dado que estoy bastante presentable, ¿podríamos vernos en la sala de lectura en vez de en el exterior del edificio? Siempre he querido visitar el lugar, pero no quería... umm... avergonzarte en el trabajo.

—Oliver, no tenía ni idea. Por supuesto que sí.

Mientras Stone se dirigía a la Biblioteca del Congreso pensó en los asesinos de Patrick Johnson. Pronto sabrían que los testigos oculares no habían acudido a la policía. Y quizá vieran una posibilidad que podría conducir a la desaparición del Camel Club.

Alex detuvo el coche en el paseo George Washington antes del pronunciado ascenso a lo largo del río Potomac, y estacionó en la zona de aparcamiento de la isla Roosevelt. El único acceso a la isla desde el aparcamiento era un largo puente peatonal.

El aparcamiento estaba lleno de coches de policía y vehículos federales camuflados. Había un grupo de forenses de Washington, así como el equipo propio del FBI. Alex sabía que tendría que aguantar el acoso de agentes trajeados o uniformados antes de concluir su visita.

—Cuánta gente —comentó Simpson.

—Sí, será divertido ver al FBI y a la policía del parque peleándose por ver quién tiene competencia en este caso. Los policías de Washington sólo pueden aspirar a la tercera posición.

Llegaron al puente y mostraron sus credenciales al agente allí apostado.

—¿Servicio Secreto? —preguntó el uniformado con expresión confundida.

—Nos envía el presidente. Asunto de alto secreto —respondió Alex sin dejar de caminar.

Enseguida llegaron a la escena del crimen siguiendo los senderos marcados. A medida que se acercaban Alex iba oyendo retazos de conversaciones y la cacofonía de melodías descargadas para móviles. Alex se enorgullecía de que su teléfono se limitara a hacer ring cuando alguien le llamaba.

Los dos agentes entraron en la zona enlosada situada delante de la estatua de Theodore Roosevelt, donde Alex miró alrededor para ubicar a los investigadores del homicidio.

La policía del parque y la de Washington destacaba por su uniforme y sus modales un tanto deferentes. Los técnicos forenses también eran fáciles de distinguir. Los que iban trajeados se comportaban como los dueños del lugar y sin duda eran los chicos del FBI. No obstante, había otro grupo de personas que Alex no identificaba.

Se acercó a quien consideró el oficial de mayor rango del parque. Poner a los uniformados del lado propio siempre era recomendable.

—Alex Ford, Servicio Secreto. Ella es la agente Simpson.

El oficial les estrechó la mano.

Alex inclinó la cabeza en dirección al cadáver.

—¿Qué tenemos de momento?

El oficial se encogió de hombros.

—Probable suicidio. Al parecer se disparó en la boca, pero no lo sabremos con seguridad hasta que el forense practique la autopsia. El cadáver ya está totalmente rígido. No podemos abrirle la boca sin estropearle la mandíbula para la autopsia.

—¿Esos son del FBI? —Alex señaló con la cabeza a los dos trajeados que permanecían de pie junto al cadáver.

—¿Cómo lo has adivinado? —respondió el oficial con expresión divertida.

—La capa de Superman les sobresale por debajo de la chaqueta —respondió Alex—. ¿Y esos de allí? —preguntó señalando a los hombres en que se había fijado antes y que hablaban entre sí discretamente.

—Los chicos de Carter Gray del NIC. Probablemente están analizando lo que Al Qaeda tiene en contra de Tedd Roosevelt.

Alex sonrió.

—¿Te importa informarnos de todo lo que encontréis? Mi jefe es de los que sufre estreñimiento.

—Claro, aunque este caso tampoco interesa demasiado. Lleva la cartera encima, y tiene una nota de suicidio y una pistola con un disparo realizado. Además parece que se había tragado casi un litro de *whisky*. Todavía huele. Hay huellas en la pistola y en la botella, y el arma está registrada a su nombre. Comprobaremos las huellas para verificar que se corresponden con las del difunto.

—¿Restos de pólvora en la mano? —preguntó Simpson.

—No hemos encontrado nada. Pero el arma parece muy nueva y bien cuidada. Y a veces las pistolas no dejan residuos.

—¿Alguna señal de forcejeo? —preguntó Alex. El oficial negó con la cabeza.

—Una cosa —intervino Simpson—. ¿Condujo hasta aquí para suicidarse?

—No hay coche en el aparcamiento —le respondió el oficial.

—Bueno, alguien podría haberle disparado y marcharse después —dijo Simpson—. Pero si fue un suicidio, ¿de qué otro modo consiguió llegar hasta aquí?

—Hay un puente peatonal en el extremo norte del aparcamiento. Cruza el paseo Washington y conecta con el Heritage Trail y el Chain Bridge. Y el carril-bicicruza el puente y termina en la zona de aparcamiento para venir a la isla. Pero no creemos que llegara así. Si hubiera ido por alguno de esos caminos le habría visto alguien. —Vaciló—. Tenemos otra teoría. Tiene la ropa empapada, demasiado para tratarse tan sólo del rocío.

Alex captó el mensaje.

—¿Quieres decir que llegó aquí nadando?

—Eso parece.

—¿Por qué? Si ya estaba en el agua y quería suicidarse, ¿por qué no desaparecer tragándose unos litros de Potomac?

—Bueno, si cruzó a nado el canal Little desde el lado de Virginia, no está muy lejos —observó el oficial.

—Sí —replicó Alex—. Pero si uno piensa venir desde esa dirección, ¿por qué no tomar el puente peatonal que cruza el Little en vez de chapotear por él? Y si estaba borracho como una cuba se habría ahogado.

—No si bebió el *whisky* al llegar aquí —objetó el oficial—. Y hay algo más. —Gritó unas instrucciones a un miembro del equipo forense que escudriñaba la zona. El hombre trajo algo y se lo entregó al oficial, quien lo sostuvo en alto—. Hemos encontrado esto.

Era una bolsa de pruebas con otra bolsita de plástico en su interior.

Alex y Simpson la observaron detenidamente. Alex fue el primero en encontrarle una explicación.

—La utilizó para llevar la pistola de forma que la munición no se mojara mientras nadaba.

—Bingo. Era una pistola del veintidós con cartuchos recubiertos.

—Tengo entendido que hay una nota de suicidio —dijo Alex.

El oficial extrajo su bloc de notas.

—La he copiado tal cual. —La leyó en voz alta y Simpson la copió en su libreta.

—¿Y quiénes sois vosotros? —preguntó una voz estridente.

Alex se volvió y se encontró con un hombre fornido y bajito que vestía un traje de Brooks Brothers, corbata discreta y zapatos relucientes con cordones.

Alex mostró su placa, se presentó e hizo otro tanto con su compañera.

El otro apenas se molestó en mirar las credenciales antes de anunciar:

—Soy el agente especial Lloyd del FBI. Aquí ya tenemos a agentes del NIC que representan los intereses del Servicio Secreto.

Alex adoptó la pose de agente de la ley federal atribulado.

—Cumplimos órdenes, agente Lloyd. Y la verdad, al servicio le gusta representar sus propios intereses. Estoy seguro de que el FBI entiende que perder a alguien del N-TAC es un asunto delicado, sobre todo teniendo en cuenta que formamos parte de Seguridad Nacional y no del Departamento del Tesoro. —Alex sabía que Seguridad Nacional imponía mucho más que el Tesoro en los círculos policiales. Y, por lo menos, el peso pesado que era el FBI tendía a respetar al peso super-pesado en que se había convertido Seguridad Nacional.

Dio la impresión de que Lloyd iba a soltar algún comentario cáustico, pero al parecer se lo pensó mejor y se encogió de hombros.

—Bueno, pues jugad a Sherlock Holmes. El cadáver está ahí mismo. Pero no contaminéis la escena del crimen.

—Muy amable, agente Lloyd. Estaba preguntando por la nota encontrada.

Lloyd hizo una seña a otro agente del FBI trajeado y le trajeron la nota.

—Van a fumigar la ropa y otros objetos para ver si hay huellas latentes, aunque no creo que encuentren gran cosa. Se trata de un suicidio.

—Los tejidos no suelen retener latentes —intervino Simpson—, pero esa chaqueta que lleva no es mala superficie, sobre todo porque estaba húmeda y el tiempo que hizo anoche es bueno para retener huellas. ¿Sus técnicos llevan una barra de su perfume en el vehículo? El ciano es inmejorable para revelar latentes en superficies como esa.

—No sé si lo llevan —reconoció Lloyd.

—De hecho sería mejor que llevaran la ropa al laboratorio. Se puede fumigar en una cámara de aceleración térmica o megafume. Sé que el FBI las tiene. — Señaló la nota de suicidio—. Póngala en una cámara con ninhidrina o DFOSPRAY y revelará cualquier cosa que haya.

—Gracias por la idea —dijo Lloyd lacónicamente, aunque impresionado por sus conocimientos sobre técnicas de revelación de huellas dactilares.

Alex miró a Simpson con renovado respeto y volvió a dirigir la vista hacia Lloyd.

—Tendrán que confirmar que la letra de la nota es de él —añadió Alex.

—Sí, lo sé —respondió Lloyd.

—Puedo llevarla al laboratorio del Servicio Secreto y ver qué huellas aparecen.

—Los laboratorios del FBI son insuperables —espetó Lloyd.

—Pero el nuestro tiene menos trabajo atrasado. Jugamos en el mismo equipo, agente Lloyd.

Este comentario pareció tocar algún nervio cooperador en el tozudo hombre, que cambió radicalmente de actitud.

—Se lo agradezco, agente Ford.

—Llámame Alex, y ella es Jackie —dijo Alex con una inclinación de la cabeza hacia Simpson.

—De acuerdo, yo soy Don. De hecho aceptamos tu oferta. El laboratorio del FBI está a tope de asuntos relacionados con terrorismo. Tendrás que firmar para responsabilizarte de su custodia. El forense es muy puñetero con eso.

Alex firmó y luego examinó el papel detenidamente a través del plástico antes de dárselo a Simpson para que lo sujetara.

—¿Tenemos alguna razón para el suicidio? Me han dicho que estaba a punto de casarse.

—Eso sin duda lleva a algunos hombres al suicidio —dijo el oficial.

Todos rieron, menos Simpson, quien por un instante pareció a punto de desenfundar su pistola y cargarse a unos cuantos hombres.

—Demasiado pronto para saberlo —declaró Lloyd—. Investigaremos, pero está claro que todo apunta a que Patrick Johnson se suicidó.

—¿No hay rastro de otras personas que hubieran estado aquí? —preguntó Simpson.

—Podría ser —respondió el oficial—, pero resulta que por la mañana han venido cincuenta colegiales. Todavía había niebla. Casi tropiezan con el cadáver. Se han llevado un susto de muerte. Las losas de piedra no serán de gran ayuda para encontrar huellas de pisadas u otros restos.

—¿Qué sendero tomó para llegar aquí? —preguntó Alex.

—Probablemente ese. —El oficial señaló a su izquierda—. Si cruzó Little Channel a nado, ese sendero sería el elegido después de caminar entre los árboles y tal.

—Estamos buscando su coche por la orilla —añadió Lloyd—. Vivía en Bethesda, Maryland. Tuvo que venir en coche y luego nadar hasta la isla. Si encontramos el coche, podremos establecer por dónde se lanzó al agua.

Alex miró hacia el lado de Virginia.

—Chicos, si cruzó el canal Little a nado, el único lugar para dejar el coche sería el aparcamiento.

El oficial se encogió de hombros.

—Pues no lo dejó ahí. A no ser que alguien lo trajera hasta aquí y luego se marchara. Pero eso no tiene mucho sentido.

—La patrullera de la policía suele pasar por aquí —observó Simpson.

Lloyd asintió.

—De hecho anoche vinieron. Pero la niebla era tan densa que no vieron nada.

—¿Cuánto tiempo lleva muerto? —preguntó Alex.

—El forense piensa que unas doce horas.

—¿Alguna idea de por qué eligió la isla Roosevelt?

—Es un sitio recogido y tranquilo, pero está cerca de todas partes. Tal vez fuera fan de Roosevelt —añadió Lloyd, y lanzó una mirada a los hombres del NIC, frunció el ceño y luego se dirigió a Alex—. Nos vamos al NIC para formular algunas preguntas, a ver si descubrimos por qué Johnson quiso quitarse la vida. Lo que descubramos hará que estos tipos —señaló a los del NIC— se pongan un poco más paranoicos de lo que ya están.

—¿Te refieres a que quizá Johnson estuviera haciendo algo en el NIC que no debería? —sugirió Alex.

—Para mí es difícil saberlo porque tampoco sé muy bien a qué se dedican los del NIC —comentó Lloyd antes de marcharse.

—Bienvenido al club —murmuró Alex. Le hizo una seña a Simpson para que le siguiera hasta el cadáver—. ¿No te entrarán ganas de vomitar? —le preguntó.

—Fui agente de homicidios en Alabama. He visto un montón de heridas de bala y de cadáveres.

—No sabía que en Alabama fueran tan aparatosos.

—¿Bromeas? En Alabama hay más armas que en todo el ejército.

Alex se agachó y observó el cuerpo de Johnson. Palpó uno de los brazos rígidos. La manga estaba empapada y el cuerpo aún conservaba el rigor mortis.

Tenia sangre seca en las orejas, la nariz y alrededor de la boca.

—Fractura basilar —dedujo Simpson—. La sangre se filtra por la base del cráneo fracturado. El forense probablemente encuentre la bala cerca de la parte superior o trasera de la cabeza. Dado que sólo es del calibre veintidós, tendría que haber empujado hacia arriba para conseguir una trayectoria limpia.

—Tiene manchas de sangre en la manga pero sólo una gota de sangre en la mano derecha —observó Alex—. Es un poco raro.

—Sí, pero a veces hay menos hemorragia cuando la bala se aloja en la cabeza.

—Ya. ¿Dónde encontraron la nota y el arma? —preguntó Alex por encima del hombro.

—La pistola estaba a la derecha del cuerpo —respondió el oficial—, a unos quince centímetros. La nota estaba en el bolsillo lateral derecho del cortavientos.

Cuando Alex se incorporó disimuló la punzada que sintió en el cuello. Casi siempre la notaba cuando se incorporaba demasiado rápido. Simpson lo miró.

—¿Te sientes bien?

—Una vieja lesión de yoga. ¿Qué te dice tu instinto de ex agente de homicidios en Alabama?

Ella se encogió de hombros.

—Aprendí que la primera forma de muerte que se sospecha suele ser la correcta.

—No he preguntado eso. ¿Qué te dice tu instinto?

—Que necesitamos saber bastante más antes de dar este caso por cerrado. No sería la primera vez que los hallazgos preliminares inducen a error. —Miró a los hombres del NIC—. Pero dudo que se muestren muy dispuestos a cooperar.

Alex también los observó. Si existía una agencia que estuviera más envuelta en un halo de secretismo que la CIA e incluso que la NSA, sin duda era el NIC. No le costaba imaginar las barreras que erigirían alegando que la seguridad nacional estaba por encima de todo lo demás. Si bien era cierto que el Servicio Secreto empleaba a veces esa misma táctica, Alex creía que su agencia invocaba esa autoridad cuando realmente debía. No se sentía igual de cómodo cuando el NIC guardaba en la recámara su bala de plata.

—¿Y tú qué opinas? —le preguntó Simpson.

Alex contempló, el suelo durante un largo momento y luego la miró.

—No quiero parecer egoísta pero tengo la impresión de que esto va a ser un hueso duro de roer. Y realmente no lo necesito a estas alturas de mi carrera.

Cuando Alex y Simpson se disponían a marcharse de la isla Roosevelt, los dos hombres a los que habían identificado como miembros del NIC se acercaron a ellos rápidamente.

—Sois del Servicio Secreto, ¿no?—dijo el alto y rubio.

—Así es —respondió Alex—. Somos los agentes Ford y Simpson de la oficina de Washington.

—Soy Tyler Reinke y él es Warren Peters, del NIC. Dado que Johnson trabajaba para ambas agencias, probablemente será mejor que colaboremos.

—Bueno, la partida acaba de empezar. Pero no me importa compartir, siempre y cuando reciba algo a cambio —respondió Alex.

Reinke sonrió.

—Esa es la única forma de jugar.

—De acuerdo. ¿Podéis conseguirnos una entrevista con los compañeros de trabajo de Johnson?

—Creo que sí —respondió Peters—. ¿Conocéis a alguien del NIC?

—Lo cierto es que sois las dos primeras personas que conozco que admiten pertenecer al NIC.

Tanto Reinke como Peters parecieron un tanto molestos por el comentario.

—Ten mi tarjeta —dijo Alex—. Ya me diréis cuándo podemos ir a veros. — Señaló la nota en la bolsa que tenía Simpson—. También haremos una comparación de la caligrafía, para asegurarnos de que es de Johnson.

—De hecho quería hablar con vosotros sobre la nota —dijo Peters—. Tenemos a muchos grafólogos expertos en plantilla. Lo pueden hacer muy rápido.

—En el servicio también podemos hacerlo muy rápido —replicó Alex.

—Pero el NIC tiene cientos de muestras de la letra de Johnson en el trabajo. Es sólo una sugerencia para ir más rápido. Hoy en día la cooperación es la clave, ¿no?

—Esta nota es una prueba de la investigación de un homicidio —intervino Simpson—. El forense quizá tenga reparos para dárosela. Es algo que debe estar en manos del FBI del Servicio Secreto. Os recuerdo que el cargo como agentes de la ley lo obtenemos bajo juramento.

—Nosotros también —repuso Reinke—. Y ya he hablado con el forense y le he dicho que los intereses de la seguridad nacional están en juego. No le importa que obre en nuestro poder siempre y cuando se respete la cadena de pruebas.

—Seguro que se ha asustado al oír eso —dijo Alex. Cabiló unos instantes y luego se encogió de hombros—. De acuerdo, informadnos lo antes posible. Y comprobad también las huellas dactilares.

Cuando Peters hubo rellenado los formularios necesarios para el forense, tomó la nota con cuidado.

—Carter Gray se va a poner en pie de guerra. Probablemente ya lo esté.

—No me extraña —repuso Alex.

—¿Qué piensas realmente? —preguntó Simpson en cuanto los del NIC se hubieron marchado.

—Creo que son unos capullos que van a tirar mi tarjeta en la primera papelería que encuentren.

—Entonces ¿por qué les diste la nota?

—Porque ahora que controlan las pruebas materiales en un caso de homicidio, nos dan una excusa perfecta para ir al NIC y ver la situación con nuestros propios ojos.

Carter Gray se había levantado a las seis y media y llegó al NIC tres cuartos de hora después. En el vestíbulo del NIC había una serie de fotos descarnadas en blanco y negro delante de las cuales los empleados tenían que pasar todos los días. Una mostraba las Torres Gemelas en llamas. Otra captaba de forma gráfica los escombros y el espacio vacío dejado por las torres. En la tercera se veía el Pentágono atacado, con el boquete practicado por el avión de American Airlines. La cuarta mostraba el cráter agreste del campo de Pensilvania, donde había caído el avión de United Airlines. La fotografía contigua reproducía la piel ennegrecida y ampollada de la Casa Blanca donde dos granadas propulsadas por un cohete habían alcanzado y penetrado en la Sala Este de la residencia presidencial, y en la de al lado se captaba la devastación producida por el atentado de Oklahoma City.

Estas imágenes escalofrantes seguían por un lateral del vestíbulo del NIC y luego pasaban a la pared contigua. Para muchos, la última foto era la más horripilante: prácticamente todas las víctimas eran menores de dieciséis años, les habían arrebatado la vida cuatro terroristas suicidas que hicieron detonar las bombas durante la celebración de una ceremonia especial en Francia en honor de los mejores escolares de EE. UU. Habían ganado ese viaje gracias a sus logros académicos y al servicio a la comunidad en su país. Regresaron a EE. UU. en el interior de un ataúd en vez de henchidos de elogios.

—Nunca lo olvidéis —sermoneaba Gray a su personal—. Y haced todo lo posible para que estas cosas no vuelvan a suceder jamás.

El NIC llevaba la cuenta de cuántas vidas e inmuebles se habían salvado gracias a su labor contra posibles atentados terroristas en EE. UU. y el extranjero. El número estimado de muertes evitadas ascendía a 93.000 estadounidenses y 31.000 extranjeros, y el valor de las propiedades salvadas a casi cien mil millones. Nadie que no perteneciera a los círculos más elevados de los servicios de inteligencia conocía estas estadísticas; sin duda, la opinión pública estadounidense nunca lo sabría, y por un buen motivo. Si llegara a descubrir cuántos «por los pelos» había habido, probablemente los norteamericanos no volverían a salir de casa.

Gray subió en el ascensor a la misma planta que el día anterior, pero entró en

otra sala. Había cinco hombres y dos mujeres sentados alrededor de una mesa rectangular. Gray se sentó y abrió un ordenador portátil.

—¿Los resultados de anoche? —preguntó.

—Omari se negó a cooperar —respondió uno de sus lugartenientes.

—Tampoco me extraña.

—Con respecto al hijo de Omari, señor secretario, ¿quiere que lo detengamos?

—No. El chico puede quedarse con su madre. Los niños necesitan por lo menos a uno de sus progenitores.

—Entendido, señor —dijo el hombre, reconociendo la pena de muerte que acababa de caerle al desafortunado padre.

—Dedicad una semana y utilizad todos los medios a vuestra disposición para extraerle el máximo de información al señor Omari.

—Hecho —respondió una de las mujeres.

—Ronald Tyrus, ¿nuestro residente neonazi? —preguntó Gray.

—Ya hemos empezado a interrogarle.

—¿Y los demás?

—Kim Fong nos ha dado una pista confirmada sobre el envío de un explosivo de nueva generación que supuestamente resulta invisible para los rayos X de los aeropuertos. Según él, va a entrar clandestinamente por Los Ángeles la semana que viene.

—Tirad del hilo hasta el comprador. Quiero a los científicos, el equipamiento y a quienes ponen el dinero, a todos. ¿Y los demás?

—Ninguno quiere cooperar. —El hombre hizo una pausa—. ¿La estrategia de salida habitual?

Todos los presentes habían trabajado antes con Gray y le profesaban un respeto reverencial. Habían tomado decisiones colectivas y emprendido acciones ilegales y a menudo también inmorales. A lo largo de los años, estos hombres y mujeres muy cultos y bien preparados habían recibido órdenes de encontrar y matar a personas consideradas enemigos de EE. UU., y las habían cumplido diligentemente, porque en eso consistía su trabajo. No obstante, otra posible muerte, aunque no fuera nada nuevo para ellos, nunca dejaba de impresionarlos.

—No —respondió Gray—. Dejados marchar, pero con vigilancia. Y que se sepa a través de canales discretos que han hablado con las autoridades.

—Lo cual hará que los maten otras personas —terció otra mujer de la sala.

Gray asintió.

—Grabad los asesinatos. Los utilizaremos como influencia. Y si no se ponen de nuestro lado, los asesinatos entre terroristas siempre llegan al noticiario de la noche. Bueno, dadme lo último.

El hombre encargado de hacerlo era el más joven de la sala. Sin embargo, en muchos sentidos tenía mayor experiencia de campo que varios agentes mayores

que él. Tom Hemingway estaba tan atractivo y vestía de forma tan impecable como la noche anterior en el bar PDAL. Era una estrella ascendente en el NIC y el experto más destacado en asuntos de Oriente Medio. También tenía conocimientos sólidos sobre Extremo Oriente, dado que había pasado los primeros veinte años de su vida en esas zonas con su padre, embajador de EE. UU., primero en China, luego en Jordania y, durante un breve período, en Arabia Saudí antes de regresar a China.

Gracias a los viajes de su padre, Tom era uno de los pocos agentes de inteligencia estadounidenses que hablaba chino mandarín, hebreo, árabe y persa. Había leído el Corán en el original árabe y conocía el mundo musulmán como ningún norteamericano, excepto su padre. Estos atributos, más la infatigabilidad física y mental y su talento para el espionaje, eran los que habían alimentado su meteórico ascenso hasta el círculo de colaboradores directos de Gray.

Hemingway pulsó una tecla de su ordenador y una pantalla que colgaba de la pared del otro extremo se encendió y mostró un mapa detallado vía satélite de Oriente Medio.

—Tal como se aprecia aquí —dijo—, los agentes de la CIA y el NIC sobre el terreno han realizado avances significativos en Irán, Libia, Siria, Bahrein, Irak, Emiratos Árabes Unidos y Yemen, así como en la nueva república kurda. Nos hemos infiltrado en más de dos docenas de organizaciones terroristas y células escindidas al nivel más profundo. Todos van camino de reportar grandes beneficios.

—Resulta que es conveniente que no todos los agentes de campo sean rubios con ojos azules y no hablen árabe —comentó con sequedad uno de los presentes.

—Durante décadas nos hemos apañado —espetó Gray—. Y todavía no tenemos suficientes agentes que hablen el idioma.

—Kabul y Tikrit no son que digamos los destinos más solicitados hoy en día —comentó otro.

—¿Cuál es el promedio de bajas actual? —preguntó Gray.

—Dos agentes muertos al mes —respondió Hemingway—. Son las cifras más altas que hemos tenido, pero a mayores recompensas, mayores riesgos, claro —añadió.

—No insistiré lo suficiente sobre lo importante que es que esa gente salga con vida —declaró Gray.

Se produjo un murmullo de acuerdo alrededor de la mesa. Los terroristas de Oriente Medio no se andaban con chiquitas con los sospechosos de espionaje. Grababan la decapitación de la persona y la daban a conocer para amilanar a sus eventuales sustitutos. Era una estrategia muy eficaz.

—Estamos perdiendo soldados en la zona a un ritmo de doce al día, siete días a la semana —señaló Hemingway—. Y con el nuevo frente abierto en la frontera siria, el número de bajas aumentará. Mientras tanto, los movimientos

independentistas musulmanes en Chechenia, Cachemira, Tailandia y Mindanao hacen que la propagación de la ideología islámica radical vaya haciendo mella. Y África supone otro gran problema. En buena parte del norte de Nigeria se ha adoptado la *sharia* estricta. Lapidan a mujeres por cometer adulterio y cortan las extremidades de los ladronzuelos. Las operaciones de reclutamiento y adiestramiento de terroristas se realizan principalmente a través de Internet, y usan el robo de identidades y otros chanchullos para ocultar sus movimientos y financiarse a través del sistema de *hawala* mediante transferencias de dinero informales. Nuestro ejército no puede atacar ningún mando centralizado. Las operaciones clandestinas y secretas son la única estrategia viable.

—En Irak hay un gobierno democrático en el poder, elegido por el pueblo —comentó otro hombre—. A pesar de los terroristas suicidas y de las balas que vuelan por todas partes, la gente acudió a las urnas. Y mira los avances producidos en el Líbano, Kuwait, Afganistán y Marruecos. De hecho, la democracia se extiende poco a poco por toda la región. Eso sí que es un milagro y algo de lo que tanto nosotros como la comunidad musulmana podemos enorgullecemos.

Hemingway miró a Gray.

—A nuestro país le ha costado medio billón de dólares, y suma y sigue, llegar a la etapa de elecciones en Irak. A este paso estaremos en bancarrota dentro de cinco años. Y cuando los kurdos declararon su independencia, los de Bagdad no se lo tomaron demasiado bien. Y a los suníes quizá no les falte mucho para rebelarse contra el control de la Shia. Mientras tanto, los exiliados baazistas y los insurgentes extranjeros siguen con su escalada de violencia. Para colmo, dicen que el gobierno iraquí pronto pedirá a Estados Unidos que se marche porque ha llegado a un acuerdo con los baazistas para dar un golpe incruento. Y luego estos librarán una última batalla contra los insurgentes partidarios de un gobierno estilo talibán. Irak acabará mucho más desestabilizada de lo que ha estado hasta ahora, con una legión de terroristas recién adiestrados dispuestos a atacarnos. Así pues, ¿de qué ha servido realmente nuestro dinero y la sangre de nuestros soldados?

—Soy consciente de ello —reconoció Gray—. Sabíamos que llegaría el día. Desgraciadamente, no podemos marcharnos. La situación es demasiado volátil.

Hemingway levantó las manos.

—Eso es lo que pasa cuando una potencia colonial crea un país de forma artificial, que mete a tres grupos distintos e incompatibles en los límites de una sola frontera. Un mismo modelo de democracia para todos no es una política extranjera eficaz cuando tratas con culturas tan dispares. La democracia occidental se basa en la separación entre la Iglesia y el Estado. Eso es difícil de vender a los musulmanes. Por eso Mali y Senegal son las únicas naciones musulmanas consideradas libres.

—Nosotros no somos los diseñadores de la política extranjera de este

gobierno, Tom —puntualizó Gray—. Sólo intentamos limpiar la porquería y limitar los daños. ¿India y Pakistán?

Hemingway respiró hondo.

—La situación sigue empeorando. Una guerra nuclear entre los dos países provocaría veinticinco millones de muertes el primer día, y otros veinte millones quedarían gravemente heridos. Sería un desastre ante el cual el mundo sería incapaz de responder. Y China e India están cada día más próximas, tanto a nivel económico como militar. Resulta muy preocupante.

—¿Egipto? —preguntó Gray.

—Listo para estallar, junto con Indonesia y Arabia Saudí. Desde la matanza del templo de Hatsheput cerca de Luxor, la industria turística egipcia se ha ido al garete. Y la mala situación económica favorece un derrocamiento.

Gray se reclinó en el asiento.

—Bueno, es comprensible que los turistas sean reacios a morir a tiros o machetazos.

—Y luego está Corea del Norte —continuó Hemingway.

Gray asintió.

—Un loco por jefe de Estado, el tercer ejército más numeroso del mundo, con armas nucleares capaces de llegar a Seattle y su principal artículo de exportación son los dólares falsos. Quiero la situación actual detallada en mi mesa dentro de veinticuatro horas. Bueno, ¿y el narcoterrorismo?

Hemingway pulsó otra tecla y la pantalla mural cambió.

—En las zonas resaltadas los terroristas de Oriente Medio se están relacionando con los cárteles de la droga de Extremo Oriente de modo mucho más formal. En algunos casos incluso han llegado a controlar las operaciones de narcotráfico. Las repúblicas de Asia central están implosionando. La producción de drogas es la partida económica que más crece. Y dado que eran los vertederos de los residuos tóxicos de la ex Unión Soviética, pronto habrá terroristas de Oriente Medio vendiendo heroína y *crack* radioactivos en nuestro país.

—Irónico, teniendo en cuenta que los musulmanes ni siquiera tocan el licor, y mucho menos el *crack* —comentó otro hombre.

Hemingway negó con la cabeza.

—He volado en compañía de algunos saudíes, y en cuanto el avión despega el *hijab* es sustituido por el alcohol.

—Gracias por el informe, Tom. ¿Esta lista de objetivos puede considerarse precisa? —preguntó Gray a otro hombre.

—Sí, señor. Se basa en evidencias muy creíbles.

—Por experiencia es un término que a menudo se confunde con evidencia «increíble» —dijo Gray—. Como de costumbre, los agentes sobre el terreno necesitan la mayor flexibilidad para cubrir distintas tácticas del enemigo. La

acción preventiva se fomenta siempre que sea posible. Nos ocuparemos de todo detalle persistente en el otro bando.

Todos los presentes comprendieron el significado de las palabras de Gray: matadles y no os preocupéis por sutilezas legales o políticas.

Acto seguido, Gray pidió un informe sobre el terrorismo interno, que incluía grupos armados y sectas religiosas.

—Dadme las noticias de última hora.

Durante las dos horas siguientes se diseccionó una posible crisis tras otra. En cualquier caso, todos esos análisis podían acabar en el cubo de la basura si caía otro edificio, un líder internacional era derrocado o un avión explotaba en el aire.

Gray estaba a punto de levantar la sesión cuando una de las mujeres, que había salido de la sala por una llamada urgente, regresó y le entregó un nuevo expediente.

Gray tardó dos minutos en echar un vistazo a las cuatro páginas. Alzó la mirada con cara de pocos amigos.

—Esto sucedió anoche. La policía y el FBI están investigando desde las 8.45 de esta mañana, y ¿yo me entero ahora?

—Creo que su posible importancia no se apreció tan rápido como debería.

—¿Patrick Johnson? —preguntó Gray.

—Es analista de...

—Ya lo sé —interrumpió Gray con impaciencia—. Está en el informe que me acabas de pasar. Independientemente de cómo muriera, ¿tiene algo que ver con su trabajo?

—El FBI lidera la investigación.

—Eso no me alegra demasiado —espetó Gray con rotundidad—. ¿Tenemos a alguien en la escena del crimen? Este informe no dice nada al respecto.

—Sí.

—Quiero toda la vida de Johnson en una hora. Ponte manos a la obra.

La mujer salió disparada de la sala. Cuando se hubo marchado, Gray se levantó y bajó por el pasillo hasta otra sala de reuniones donde le esperaban varios representantes de la CIA, la NSA y Seguridad Nacional. Durante la siguiente hora Gray recibió distintas informaciones y formuló una serie de preguntas que incomodaron a la mitad de los presentes e intimidaron a la otra mitad.

Después de eso, se fue a su despacho, una sala modesta situada entre dos mayores que se empleaban como centros de mando en caso de crisis y que la mayoría de los días bullían de actividad. Su despacho carecía de recuerdos personales o de las omnipresentes fotos de momentos estelares. Gray no tenía tiempo de pensar en sus triunfos pasados. Sentado a la mesa, observó durante unos instantes una pared en que lo normal habría sido que hubiera ventanas. Pero las había proscrito del diseño de las instalaciones del NIC; las ventanas eran una

debilidad, una vía para los espías y una fuente de distracción. De todos modos, no había sido una decisión fácil porque Gray era un amante del aire libre. Sin embargo, pasaba sus « años dorados» en un lugar sin ventanas ni luz natural intentando evitar la destrucción de su mundo. Irónico, pensó, la agencia de inteligencia más poderosa jamás creada ni siquiera veía el exterior de su propio edificio.

Su ordenador emitió un pitido. Pulsó una tecla y empezó a leer sobre Patrick Johnson con sumo interés.

El departamento de Libros Raros del edificio Jefferson de la Biblioteca del Congreso alberga más de ochocientos mil volúmenes de gran valor. Para muchos bibliófilos, la joya de la corona de este tesoro literario es la colección Lessing J. Rosenwald de libros y grabados antiguos. Muchos de ellos están clasificados como incunables, lo cual significa que se crearon antes de 1501 y sin la técnica de la imprenta de Gutenberg. La colección Rosenwald, junto con otras más de cien, se guarda en varias cámaras situadas al lado de la sala de lectura de Libros Raros. En este santuario se permite a los usuarios leer, y a veces tocar, volúmenes considerados obras de arte más que simples libros.

Aunque la sala de lectura está abierta al público, las medidas de seguridad son estrictas. Toda la zona está vigilada veinticuatro horas al día, siete días a la semana por un circuito de vídeo cerrado con marca horaria. Los bibliotecarios controlan el uso de todos los libros y ningún volumen puede sacarse de la sala salvo a modo de préstamo a otra institución o por orden expresa de la Biblioteca del Congreso. Las publicaciones más singulares ni siquiera se sacan de las cámaras excepto en circunstancias especiales. En muchos de estos casos excepcionales el personal sujeta el libro mientras el visitante se limita a leer las sublimes páginas desde una distancia segura de varios centímetros.

No se permite entrar con bolsos ni libretas que podrían utilizarse para ocultar los valiosos tomos; tampoco están permitidos los bolígrafos, ya que con ellos se podrían manchar las páginas antiguas. En este santuario sólo se puede entrar con lápices y folios sueltos. Incluso así, algunos empleados suspiran nerviosos cuando un lápiz de mina se acerca a treinta centímetros de alguno de sus queridos «pupilos».

Oliver Stone llegó hasta la sala de lectura de la segunda planta y cruzó las grandes puertas interiores de cuero y latón con Ventanillas de ojo de buey. Contra la pared interior había unas enormes puertas abiertas de metal color bronce que, según algunos, tienen tres paneles grabados que representan la historia de la imprenta. Cuando la sala de lectura no está abierta, estas puertas se cierran con llave sobre las interiores, con lo que crean una barrera infranqueable incluso en caso de que alguien burle las medidas de seguridad electrónicas y los guardias armados. La sala, una de las más hermosas de la Biblioteca del Congreso, se

construyó imitando la sencillez georgiana del Independence Hall de Filadelfia con la intención de crear un entorno relajante para la erudición y la reflexión. Así pues, en cuanto Stone entró en la sala le embargó una maravillosa sensación de calma.

Caleb Shaw estaba trabajando en su escritorio situado al final de la sala. Como especialista en referencias, era experto en diversas épocas antiguas y también ayudaba a los estudiosos en investigaciones importantes. Cuando Caleb vio a su amigo, se acercó a recibirle al tiempo que se abotonaba el cárdigan. En la sala hacía mucho frío.

—Oliver, tenías razón, no sé si te habría reconocido —dijo, observando el nuevo aspecto de su amigo.

—La verdad es que me gusta. —Stone advirtió una de las cámaras de seguridad—. Este sitio parece muy bien protegido.

—Es necesario. La colección no tiene precio, es única en el mundo. No te imaginas las medidas que toman para asegurarse de que no se pierda nada. Si un libro se pierde, no se va nadie hasta que lo encuentran. La persona que compra los libros para la colección no tiene acceso a la base de datos ni puede cambiar las descripciones del catálogo, y la persona que accede a las bases de datos no puede comprar libros.

—Ya, porque en caso contrario la misma persona podría comprar un libro para la colección, hacerlo «desaparecer» de la base de datos y luego llevárselo para venderlo.

—Exacto. ¡Dios mío, menuda mañanita he tenido! —exclamó Caleb—. Ha venido un hombre muy mayor, no un estudioso sino alguien normal y corriente, y pidió consultar una obra de William Blake. ¡De William Blake! «Cualquiera de William Blake me va bien», me dijo. Ya puestos, podría haber pedido nuestra Biblia mormona, y habrían saltado todas las alarmas. Nadie consulta una obra de Blake sin autorización de la dirección, y no lo conceden a menudo, créeme.

—¿Blake se considera raro? —preguntó Stone.

—La palabra «raro» ni siquiera se acerca a lo que supone Blake. Divino, quizá.

—¿Y qué has hecho?

—Hablamos un poco más con él y descubrimos que probablemente era descendiente de un hermano de Blake. Así que le mostramos una de sus obras iluminadas, sus grabados, y a sabes. Por supuesto no pudo tocarla; hay muy pocas personas que sepan tratar libros antiguos. Pero el episodio tuvo un buen final. Al señor le emocionó mucho la experiencia. De hecho, creí que iba a ponerse a llorar. ¿Sabes?, muchos de nuestros volúmenes son obras bellísimas. Creo que por eso me encanta trabajar aquí. —Lo dijo con la pasión de un hombre comprometido con su trabajo y ansioso por transmitir ese entusiasmo a los demás.

Caleb y Stone bajaron a otra planta en el ascensor del personal y recorrieron los túneles que conectaban los edificios Jefferson, Adams y Madison del complejo de la Biblioteca del Congreso, hasta la cafetería situada en la planta baja del Madison. Cogieron el almuerzo, salieron al exterior y comieron en una mesa de *picnic* delante de la fachada del edificio, con vistas a Independence Avenue. El imponente edificio Jefferson quedaba al otro lado de la calle y justo detrás se encontraba el Capitolio.

—No está mal la vista —comentó Stone.

—Me temo que muchos ni siquiera la aprecian.

Stone se acabó el sándwich y luego se inclinó hacia su amigo.

—¿Qué hay de Patrick Johnson?

—He consultado su nombre en la base de datos del gobierno, sin resultado. No tengo los códigos de seguridad para realizar una búsqueda a fondo. Pensaste que quizá pertenecía al Servicio Secreto por el pin que llevaba. Si es así, no puedo hacer nada. Me temo que los cuerpos policiales y los bibliotecarios no comparten las mismas bases de datos.

—Hay otro elemento en juego. ¿Sabes ese agente amigo mío, Alex Ford? Anoche fue a visitarme a la tienda.

—¡Anoche! ¿Crees que existe alguna relación?

—No veo cómo, dado que fue antes del homicidio. Pero me inquieta.

Se oyó un zumbido y Caleb extrajo su teléfono móvil y respondió. Su expresión se fue animando a medida que escuchaba.

—Era Milton —dijo tras colgar—. Ha pirateado la base de datos del Servicio Secreto.

Stone abrió unos ojos como platos.

—¿Que la ha pirateado? ¿Tan rápido?

—Milton es un hacha con los ordenadores, Oliver. Podría ganar una fortuna dedicándose a chanchullos ilegales por Internet. Hace tres años entró en la del Pentágono porque quería asegurarse de que no pensaban bombardear una de nuestras ciudades con armas nucleares y culpar a los terroristas como excusa para declarar la guerra total al islam.

—Eso suena a las típicas paranoias de Milton. ¿Qué ha descubierto?

—Johnson trabajaba de supervisor de la gestión de datos en el NIC.

—¿El NIC? Carter Gray.

—Exacto.

Stone se levantó.

—Quiero que llames a Reuben y Milton y les digas que se preparen para salir esta noche. Y necesitaremos tu coche. Puedes recogerme en el lugar habitual. Nos reuniremos con Reuben en casa de Milton. Está más cerca de donde vamos.

—¿Y adónde vamos?

—Bethesda. A casa del difunto Patrick Johnson.

—Pero, Oliver, la policía estará allí. Están investigando un asesinato.

—No. Ahora mismo la policía se inclina por la teoría del suicidio. Pero si están allí, quizá consigamos información valiosa. Oh, y ... Caleb, trae a *Goff*.

Caleb miró sorprendido a su amigo mientras se marchaba. ¡*Goff* el perro de Caleb! Sin embargo, este conocía bien las peticiones raras de su amigo. Tiró los restos de la comida a un cubo de basura y regresó a su mundo de libros raros.

Tyler Reinke y Warren Peters se dirigieron rápidamente al NIC nada más salir de la isla Roosevelt. Dejaron la nota de suicidio para que la cotejaran con muestras de la letra de Patrick Johnson y para que buscaran huellas dactilares. Informaron al personal del laboratorio que podría haber huellas latentes en el papel que podrían descartar el suicidio. Eso es lo que dijeron pero, por supuesto, no era lo que querían. Si alguno de los testigos de la noche anterior había tocado la nota y figuraba en alguna base de datos, Peters y Reinke tendrían una oportunidad de oro para atar cabos sueltos.

Acto seguido, se dirigieron en coche a Georgetown, aparcaron y echaron a andar hacia la orilla del río.

—No se han dado a conocer —dijo Peters—. Si se hubieran presentado lo sabríamos.

—Lo cual nos da margen de maniobra —respondió Reinke.

—¿Cuánto crees que vieron?

—Pensemos lo peor y supongamos que lo suficiente para reconocernos en una rueda de identificación.

Peters reflexionó un momento.

—Muy bien, supongamos que no han contado a la policía lo que vieron porque estaban en la isla haciendo algo ilegal, o porque están asustados por algún otro motivo.

—Tú ibas en la proa del bote, ¿llegaste a verlos bien?

—Había tanta niebla que no vi gran cosa. Si los hubiera visto sería coser y cantar.

—¿Qué tipo de embarcación llevaban?

—Un bote viejo y de madera, suficientemente largo para dar cabida a cuatro personas.

—¿Viste a cuatro?

—Sólo a dos, quizá tres. No estoy muy seguro. Me pareció oír algún grito. Uno era un viejo. Atisbé una barba blanquecina y ropa bastante harapienta.

—¿Vagabundos?

—Quizá. Sí, podría ser. —Ahora tenemos a la policía, el FBI y el Servicio Secreto preocupados por el asunto.

—Eso ya lo sabíamos —repuso Peters—. Los homicidios se investigan.

—Pero el plan original no incluía testigos. ¿Qué te parece ese tal Ford?

—Ya no es un niño, así que probablemente sepa lidiar con la situación. Ya averiguaremos más cosas sobre él y su compañera. Ahora me preocupa más el FBI.

—Sabemos que se dirigieron hacia aquí —dijo Reinke cuando llegaron a la orilla—. Esta mañana a primera hora hice un reconocimiento de la ribera y no lo encontré, pero el bote tiene que estar por aquí. Yo iré hacia el norte, tú ve hacia el sur. Llama si ves algo.

Tomaron direcciones opuestas.

La prometida de Patrick Johnson por fin dejó de sollozar y logró responder algunas preguntas rutinarias que le formularon Alex y Simpson, sentados delante de la desconsolada mujer en su salón. El FBI ya la había interrogado, y Alex dudaba que el agente Lloyd hubiera mostrado la menor consideración hacia la mujer. Decidió mostrarse lo más amable posible.

Anne Jeffries vivía en un pequeño apartamento de Springfield, Virginia, donde por un alquiler de mil ochocientos dólares se conseguía bastante menos de noventa metros cuadrados, un dormitorio pequeño y un baño. Era de estatura media y tirando a rellenita, con la cara hinchada y facciones discretas. Tenía el pelo largo y oscuro y los dientes blanqueados con un brillo inusitado.

—Íbamos a casarnos el primero de mayo del año próximo —explicó Jeffries. Despeinada y sin maquillar, llevaba un chándal arrugado y los kleenex usados se amontonaban a sus pies.

—¿Y no tenía ningún problema del que usted estuviera al corriente? —preguntó Alex.

—No. Éramos muy felices. El trabajo me iba muy bien. —Pronunciaba las afirmaciones como si fueran preguntas.

—¿A qué se dedica? —preguntó Simpson.

—Soy directora de desarrollo de un grupo sanitario sin ánimo de lucro con sede en Old Town Alexandria. Hace dos años que trabajo allí. Es un gran puesto. Y a Pat le encantaba su trabajo.

—¿O sea que le hablaba de él? —inquirió Alex.

Jeffries bajó el pañuelo de papel que sostenía.

—No, en realidad no. Quiero decir que sabía que trabajaba para el Servicio Secreto o algo así. Sabía que no era agente, como ustedes. Pero nunca me hablé de lo que hacía ni dónde lo hacía. ¿Saben? Solíamos bromear con eso de « si te lo digo tendré que matarte », Dios mío, menuda estupidez. —Volvió a alzar el pañuelo y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Sí, es una frase estúpida —convino Alex—. Como estoy seguro de que ya

sabe, su prometido fue encontrado en la isla Roosevelt.

Jeffries respiró hondo.

—Es donde tuvimos nuestra primera cita. Fuimos de *picnic*. Todavía recuerdo qué comimos y el vino que tomamos.

—¿O sea que quizá se suicidó en el lugar de su primera cita? —preguntó Simpson—. Eso podría tener un significado simbólico. —Intercambió una mirada con Alex.

—¡No teníamos problemas! —exclamó la mujer al notar su recelo.

—Quizá no desde su punto de vista —declaró Simpson—. A veces resulta que no conocemos realmente a las personas que mejor creemos conocer. Pero lo cierto es que encontramos una botella de *whisky* y una pistola con sus huellas.

Jeffries se levantó y se paseó por la pequeña estancia.

—Miren, no es que Pat tuviera una doble vida.

—Todo el mundo tiene secretos —insistió Simpson—. Y matarse en el lugar en que se citaron por primera vez, pues... Quizá no sea una coincidencia.

La mujer se volvió rápidamente hacia Simpson.

—Pat no. No tenía secretos que le hicieran querer suicidarse.

—Si usted los hubiera sabido, ya no serían secretos —insistió Simpson.

—En la nota que dejó puso que lo sentía —intervino Alex al tiempo que dedicaba una mirada de advertencia a Simpson—. ¿Se le ocurre por qué se disculpaba?

Jeffries se dejó caer de nuevo en la silla.

—El FBI no me ha dicho eso.

—No tenían obligación de decírselo, pero he pensado que querría saberlo. ¿Tiene idea de a qué se refería?

—No.

—¿Estaba deprimido por algo? ¿Algún cambio de emociones? —preguntó Alex.

—Nada de eso.

—La pistola que empleó fue una Smith & Wesson del calibre veintidós. Estaba registrada a su nombre. ¿La había visto alguna vez?

—No, pero sabía que se había comprado un arma. Habían entrado a robar en un par de casas del barrio. La compró para protección. Personalmente odio las pistolas. Pensaba decirle que se deshiciera de ella en cuanto nos casáramos.

—¿Cuándo habló con él por última vez? —preguntó Alex.

—Ayer por la tarde. Dijo que me llamaría más tarde si podía. Pero no llamó. Pareció a punto de volver a llorar, por lo que Alex habló rápido.

—¿No tiene ni idea de en qué estaba trabajando últimamente? ¿Por algo que mencionara de pasada?

—Ya le he dicho que conmigo no hablaba del trabajo.

—¿Ningún problema de dinero, alguna ex novia o algo así?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y qué hizo usted anoche entre las once y las dos? —preguntó Simpson. Jeffries la miró fríamente.

—¿Insinúa algo?

—Me parece que la pregunta es suficientemente directa.

—Ha dicho que Pat se suicidó, así pues ¿qué más da dónde estaba y o?

Alex intervino. La técnica de su compañera le resultaba irritante.

—Técnicamente se trata de un homicidio, lo cual incluye desde un suicidio hasta un asesinato. Sólo intentamos averiguar el paradero de todos los implicados. Formularemos la misma pregunta a muchas personas. No interprete ninguna segunda intención en ella.

Poco a poco, la expresión desafiante de Anne Jeffries se fue desvaneciendo.

—Bueno, salí del trabajo a eso de las seis y media. El tráfico, como siempre, estaba fatal. Tardé una hora y diez minutos en recorrer unos pocos kilómetros. Hice algunas llamadas, comí algo y regresé a Old Town para reunirme con la señora que me está haciendo el traje de novia. —Hizo una pausa y sollozó. Alex le tendió un kleenex y le acercó el vaso de agua que ella misma se había servido antes. Bebió un trago y continuó—: Acabé con ella a las nueve y media más o menos. Entonces recibí una llamada de una amiga que vive en Old Town y quedamos para tomar una copa en el *pub* de Union Street. Estuvimos allí más o menos una hora, charlando. Luego vine a casa. A las doce ya estaba en la cama.

—¿Cómo se llama su amiga? —preguntó Simpson. Anotó el nombre.

Los dos agentes se levantaron para marcharse pero Jeffries los detuvo.

—Su... su cadáver. No me han dicho dónde está.

—Imagino que está en el depósito de Washington D. C. —dijo Alex con voz queda.

—¿Podría... sería posible que lo viera?

—No tiene por qué. Ya ha sido identificado —observó Simpson.

—No lo decía por eso, es que... quiero verle. —Hizo una pausa antes de añadir—: ¿Está... está muy desfigurado?

—No. Veré si es posible —respondió Alex—. Por cierto, ¿la familia de él vive cerca?

—Viven en California. Ya he hablado con ellos, vendrán en avión con el hermano de Pat. —Alzó la mirada hacia él—. Éramos muy felices juntos.

—No me cabe la menor duda —convino Alex mientras salía por la puerta con Simpson.

Ya fuera, se encaró a su compañera.

—¿Esa es la idea que tienes de las técnicas de interrogatorio eficaces?

Ella se encogió de hombros.

—Yo he hecho de policía mala y tú de bueno. Ha funcionado. Probablemente haya dicho la verdad. No tiene ni idea.

Alex estaba a punto de replicar cuando sonó su teléfono y él contestó.

Tras colgar le dijo a Simpson.

—Vamos. Echó a caminar a paso ligero.

—¿Adónde?—preguntó ella persiguiéndole.

—Era Lloyd del FBI. Creen que acaban de descubrir qué es lo que tanto sentía Patrick Johnson.

Cuando Alex y Simpson llegaron a la residencia de Patrick Johnson en Bethesda se llevaron dos sorpresas. Una, que no se apreciaba la presencia policial, ni siquiera había un vehículo oficial o la típica cinta amarilla de la policía; los dos monovolúmenes aparcados en el camino de entrada eran la única prueba de que hubiera alguien. Otra, la casa en sí.

Alex se detuvo en la acera, puso las manos en jarras y observó la vivienda unifamiliar. No era enorme, pero tampoco era una casa adosada y el distinguido barrio se encontraba a pocos minutos andando del próspero centro de Bethesda.

—Teniendo en cuenta el rango de Johnson, pensaba que nos encontraríamos con un pequeño apartamento parecido al de su novia. Caray, esta casa tiene jardín, y con césped.

Simpson meneó la cabeza.

—Cuando me destinaron a la oficina de Washington y no tenía ni idea del mercado inmobiliario en la capital, estuve mirando algunas casas por aquí. Esta vale por lo menos un millón de dólares.

El agente Lloyd les aguardaba en el interior.

—¿De dónde sacaba el dinero para pagar esta casa? —preguntó Alex.

Lloyd asintió.

—Y no es sólo la casa. Hay un Infiniti QX56 en el garaje. Cuesta cincuenta de los grandes. Y encontramos su otro coche. Lo dejó en la orilla de Virginia antes de darse su último baño. Un sedán Lexus, otros cuarenta mil dólares.

—¿Vendía secretos? —inquirió Simpson.

—No. Creemos que se trata de una fuente de ingresos ilegales más fiable.

—¿Drogas? —dijo Alex.

—Subid y lo veréis con vuestros propios ojos.

—¿El FBI ha modificado la manera de proteger las escenas del crimen? —preguntó Alex mientras seguían al agente escaleras arriba.

—Tenemos órdenes especiales para este caso.

—A ver si lo adivino. Dado que está relacionado con el NIC, la discreción se valora por encima de todo.

Lloyd se limitó a sonreír.

En el armario del dormitorio principal había una escalera desplegable que

conducía a un desván. En el suelo del armario había fardos de algo envuelto en plástico transparente.

—¿Coca? —preguntó Simpson.

Lloyd negó con la cabeza.

—Heroína. Diez veces más rentable que la cocaína.

—¿Y su novia no sabía nada? ¿De dónde se creía que sacaba el dinero?

—Aún no se lo he preguntado, pero lo haré —añadió Lloyd.

—¿Cómo descubristeis lo de la droga tan rápido? —preguntó Alex.

—Cuando vimos dónde vivía, introducimos su nombre en las bases de datos de SEISINT y extrajimos los registros de propiedad de esta casa. La compró el año pasado por un millón cuatrocientos dólares y entregó un depósito de medio millón en efectivo de una fuente financiera que aún no hemos identificado. Financió la compra de los coches y los pagó poco después, también a través de una cuenta bancaria que no hemos localizado. Supuse que se trataba de una herencia, drogas o venta de secretos. El camino más fácil era la droga, así que traje a un perro de la DEA. Empezó a ladrar como un loco al entrar en el armario. No encontramos nada hasta que vimos la trampilla del desván. Llevamos al perro arriba y ¡bingo! La tenía apilada entre las vigas y con el aislamiento por encima.

—Bueno, supongo que es mejor que vendiera drogas antes que a su país —ironizó Simpson.

—Ni siquiera estoy seguro de que tuviera acceso a secretos que valiera la pena vender —replicó Lloyd—. Y ahora va no hace falta que investiguemos por ahí. Pero lo que tenemos ya supone un buen lío. Joder, yo mismo podría escribir el titular del periódico: « Carter Gray, ¿zar de la inteligencia o de la droga? ».

Alex tuvo la impresión de que su homólogo del FBI tenía muchas ganas de ensuciar el nombre de la única agencia federal que competía con la suya en cuanto a presupuesto y poder.

—Ahora la duda está en si se suicidó porque era traficante de drogas e iba a casarse con una mujer respetable y de repente la situación le pareció insostenible, o si sus compinches en el negocio de la droga lo mataron e intentaron que pareciera un suicidio.

—Me decanto por la primera opción —dijo Lloyd—. Murió en el lugar de la primera cita con su prometida. Los traficantes de drogas se habrían limitado a pegarle un tiro en la nuca mientras iba en el coche o dormía en la cama. Eso de matarlo y simular un suicidio me parece demasiado sofisticado para esos tipos.

Alex caviló sobre sus palabras.

—¿Habéis encontrado algo más relacionado con las drogas? Un registro de transacciones, lista de puntos de entrega y recogida, archivos informáticos, ¿algo así? —preguntó.

—Seguimos buscando. Pero dudo que fuera tan poco cuidadoso como para dejar cosas de esas. Ya os informaremos de lo que encontremos para que podáis

liquidar vuestro expediente.

Mientras Alex y Simpson regresaban al coche, ella lanzó una mirada a su compañero.

—Bueno, aquí está el hueso duro de roer que no necesitas a estas alturas de tu carrera. Felicidades.

—Gracias —respondió él con sequedad.

—Pero el hecho de que hubiera un traficante de drogas en el NIC no va a gustarles demasiado.

—Así son las cosas a veces.

—¿Volvemos a la oficina?

Él asintió.

—Escribiré el informe, seguido de otro más detallado en el que el amigo Lloyd tendrá que rellenar los huecos. Luego volveremos a trincar falsificadores y apostarnos en las puertas para ver si pillamos alguna bala.

—Suenan emocionante.

—Espero que lo digas en serio porque vas a pasarte muchas horas haciéndolo.

—No me quejo. Yo elegí este trabajo, nadie me obligó. —Pero no sonó muy convincente.

—Mira, Jackie, no suelo meterme en los asuntos de los demás pero aquí tienes un consejo de alguien que lo ha visto todo en el Servicio para que hagas carrera sin problemas.

—Soy toda oídos.

—Haz tu parte de trabajo basura independientemente de quién sea tu padrino en las alturas. Uno, eso te hará ser mejor agente, y dos, te marcharás del servicio por lo menos con un amigo.

—¿Ah sí? ¿Quién? —preguntó Simpson molesta.

—Yo.

En el helipuerto del NIC, Gray embarcó en un helicóptero Sikorsky VH-60N. Era el mismo modelo que utilizaba el presidente con el nombre de *Marine One*, aunque en un futuro próximo lo sustituiría por un Lockheed Martin. Gray solía utilizar el Sikorsky para asistir a las reuniones con Brennan en la Casa Blanca, por lo que algunas almas anónimas, como cabía esperar, lo llamaban maliciosamente «Marine Uno y Medio». Sin embargo, existía una gran diferencia entre cómo transportaban a Gray y a Brennan en los helicópteros. Cuando el presidente despegaba de la base aérea de Andrews, Camp David o cualquier otra, había tres VH-60N idénticos en el convoy. Dos servían de señuelo, por lo que cualquier aspirante a asesino con un misil tierra-aire sólo tendría una oportunidad de entre tres para dar en el blanco. Carter Gray, por el contrario, iba solo. Al fin y al cabo, había varios secretarios de gabinete pero sólo un presidente.

En un principio, sólo se permitía el aterrizaje en la Casa Blanca al *Marine One*. Fue Brennan quien autorizó a Gray a descender allí, a pesar de la oposición del Servicio Secreto. Así Gray se ahorra el tortuoso trayecto diario desde Loudoun County, y el tiempo del zar de la inteligencia era muy valioso. Sin embargo, los del Servicio Secreto seguían refunfuñando. Era comprensible que sólo quisieran ver un helicóptero con el presidente a bordo sobrevolando el 1600 de Pennsylvania Avenue.

Volando a ciento cincuenta nudos, el viaje fue rápido y tranquilo, aunque Gray estaba demasiado ocupado como para advertirlo. Recorrió el jardín de la Casa Blanca perfectamente consciente de que los tiradores de élite apostados en los tejados circundantes hacían prácticas de puntería con su cabeza. En el interior del ala Oeste, Gray saludó con la cabeza a la gente que conocía. Hasta 1902 ese terreno estaba ocupado por invernaderos. Fue entonces cuando Teddy Roosevelt por fin decidió que necesitaba una residencia privada, lejos de sus muchos hijos y sus innumerables mascotas, para desempeñar sus tareas como líder de la nación. Su sucesor, el voluminoso William Taft, amplió el ala Oeste y convirtió el Despacho Oval en referencia ineludible para los futuros presidentes.

La visita diaria de Gray ya estaba programada y autorizada. Nadie entraba en el Despacho Oval sin previo aviso, ni siquiera la primera dama. Brennan

siempre recibía a Gray allí y no en la sala Roosevelt adyacente, como solía hacer con las visitas y otros subordinados.

Brennan alzó la mirada de su escritorio de casi seiscientos kilos hecho con madera del barco británico *HMS Resolute*, descubierto por balleneros norteamericanos después de quedarse encallado en el hielo y ser abandonado por su tripulación. El gobierno estadounidense lo reparó y lo envió de nuevo a Inglaterra como gesto de buena voluntad. La reina Victoria le correspondió regalando el escritorio al presidente Rutherford B. Hayes. A partir de entonces la mesa *Resolute*, como se la conoce, fue utilizada por todos los presidentes, salvo durante un período en que permaneció en el Instituto Smithsonian.

Gray encendió todas sus antenas en cuanto entró en el ala Oeste. Había visto en Internet las noticias de la muerte de Patrick Johnson. Por la tarde había ido apareciendo más información. Gray también había recibido un informe del FBI que incluía el descubrimiento del alijo de drogas en casa de Johnson. Asimismo, estaba al corriente de la participación de los agentes Ford y Simpson en la investigación. Al oír el nombre de Simpson, esbozó una extraña sonrisa. Aquella podría ser su mejor baza si es que llegaba a necesitar alguna.

Tal como correspondía a todo maestro de espías respetable, Gray tenía ojos y oídos en la Casa Blanca y ya le habían advertido que Brennan estaba preocupado por el asunto Johnson y por las posibles consecuencias negativas en la campaña de reelección. Por consiguiente, no permitió que su jefe iniciara la conversación.

—Señor presidente, antes de hacer nuestro repaso diario, me gustaría hablarle de la desventurada muerte de Patrick Johnson en la isla Roosevelt —dijo en cuanto los dos tomaron asiento.

—Me sorprende que no me hayas llamado para informarme, Carter. —El hombre habló en un tono que Gray comprendía pero no le gustaba especialmente.

—Quería tener una idea clara de los hechos antes de informarle, señor. Lo último que deseo es hacerle perder el tiempo.

—Seguro que hoy no habrías sido el primero en hacérmelo perder —espetó Brennan.

«Él es el presidente y yo estoy a su servicio», se recordó Gray.

Gray explicó brevemente el asunto, información que sin duda el presidente ya sabía. Cuando Gray llegó al hallazgo del alijo de droga, Brennan levantó la mano.

—¿Hay más implicados? —preguntó con severidad.

—Buena pregunta, señor, pero desconozco la respuesta. Realizaré una investigación interna de este asunto, ayudado, cuando así lo solicite, por el FBI. —Gray detestaba implicar al FBI, pero mejor que lo sugiriera él antes de que lo hiciera otro.

—Carter, si el FBI mete las narices en esto, tendrás que darles vía libre. Nada

de correr velos sobre ciertos asuntos.

—Tampoco lo querría de otro modo. No obstante, en estos momentos no parece que el caso vaya más allá. Es decir, si Johnson vendía drogas, lo hacía al margen de su trabajo en el NIC.

El presidente negó con la cabeza.

—Eso todavía no podemos darlo por supuesto. ¿Qué hacía para ti exactamente?

—Supervisaba archivos de inteligencia que contienen información sobre los antecedentes de sospechosos de terrorismo y otros individuos y organizaciones que tenemos en el punto de mira, tanto los que están en activo como los que han sido detenidos o asesinados. De hecho Johnson ayudó a diseñar el sistema.

—¿Valía la pena venderlo?

—Es difícil saber cómo. Se trataba de información básica. Buena parte de la misma está disponible en nuestro sitio web público. Luego está la información confidencial, como huellas dactilares, datos sobre ADN y demás. Sin embargo, los archivos que Johnson manejaba no contenían ninguna información clasificada que hubiéramos sacado a la luz para ayudarnos a capturar los objetivos.

El presidente asintió, se reclinó en el asiento y se frotó la nuca. Llevaba en el despacho desde las siete de la mañana y ya había comprimido catorce horas de trabajo en ocho, y todavía tenía toda la tarde por delante y una cena de gala para rematar. Además, al día siguiente se marchaba al Medio Oeste para hacer campaña. Tenía las elecciones en el bote, pero era demasiado paranoico como para bajar la guardia.

—Hablaré claro, Gray. Este asunto no me hace ninguna gracia. Lo último que me hace falta es un escándalo.

—Haré todo lo posible para evitar que eso ocurra, señor.

—Investigar un poco más a tus hombres no habría estado de más —le reprendió el presidente.

—Estoy totalmente de acuerdo. —Gray hizo una pausa antes de añadir—: Señor, es obvio que no podemos permitir que este asunto obstaculice nuestra labor principal.

Brennan enarcó las cejas.

—¿Cómo dices?

—Como ya sabe, los medios de comunicación son muy hábiles para crear algo a partir de la nada. Es una forma fabulosa de vender periódicos, pero no necesariamente favorable para la seguridad nacional.

El mandatario se encogió de hombros.

—Estamos en el país de la Primera Enmienda, Carter. Eso es sagrado.

Gray se inclinó hacia delante.

—No digo que no. Pero podemos hacer algo con las filtraciones, y también con el contenido y el momento oportuno del flujo de información. Ahora mismo

los medios saben tanto como nosotros. Informarán al respecto y el NIC emitirá una declaración oficial sobre el asunto. Creo que de momento todo va bien, pero sin duda no nos conviene que la misión del NIC se vea desbaratada por algo como esto.

Hizo otra pausa y entonces pronunció la frase que había estado ensayando durante el trayecto en helicóptero:

—Sólo existen unos pocos flancos en que es políticamente vulnerable, señor. Y sus adversarios están tan desesperados que aprovecharán la mínima oportunidad para atacarle. Dada su desesperación, podrían verla en este asunto. A lo largo de la historia, esta estrategia ha tenido ciertos precedentes de éxito. Seamos claros: no podemos permitir que utilicen este caso para derrotarle en noviembre. Independientemente de cuál sea la verdad, no es tan importante como para frustrar su segundo mandato.

Brennan meditó esas palabras antes de responder.

—De acuerdo, mantendremos a raya a los medios. Al fin y al cabo, lo que está en juego es la seguridad nacional. Y si te encuentras con algún secretario de prensa del FBI o similar, me lo dices. —Hizo una pausa antes de emplear su mejor voz de barítono político—: Tienes razón, la seguridad de este país no quedará relegada a un segundo plano por culpa de un tipo que se sacaba un sobresueldo vendiendo droga.

Gray sonrió. « Menos mal que es año de elecciones » .

Brennan se acercó a su escritorio y pulsó el intercomunicador.

—Dile al secretario Decker que entre.

Gray pareció sorprenderse.

—¿Decker?

El presidente asintió.

—Tenemos que hablar sobre Irak

Decker apareció al cabo de un minuto. Tenía unos cincuenta años, el pelo canoso y muy corto, rasgos agradables y un cuerpo esbelto gracias a que corría ocho kilómetros diario, allá donde estuviera. Era viudo y se le consideraba uno de los hombres disponibles más deseados de la ciudad. Aunque nunca había pertenecido al ejército, empezó su carrera en la industria armamentística y fue escalando posiciones y amasando una fortuna considerable antes de pasar al terreno político. Su ascenso en ese mundo había sido igual de meteórico y había ocupado, entre otros, los cargos de secretario de la Marina y vicesecretario de Defensa. Lo tenía todo: era inteligente, buen orador, implacable, ambicioso y respetado, y Gray le odiaba. Como secretario de Defensa, Decker dirigía el Pentágono, el sector que recibía la mayor tajada del presupuesto de inteligencia, presupuesto que, en teoría, controlaba Gray. Así pues, aunque Decker se mostraba dispuesto a colaborar con Gray y decía lo que se esperaba de él en público, Gray sabía que entre bastidores Decker intentaba burlar su autoridad y

darle una puñalada siempre que podía. También competía con él por ser el hombre de confianza del presidente.

Decker inició la conversación con su característico tono enérgico.

—Los líderes iraquíes han dejado claro que quieren que nos marchemos pronto. Sin embargo, hay problemas graves en la zona, incluso peores que la intención de los kurdos de instaurar una república independiente. El ejército iraquí y las fuerzas de seguridad no están preparados. En ciertos aspectos clave quizá nunca lleguen a estarlo. Pero el país se está hartando de nuestra presencia. Y ahora los iraquíes han adoptado la postura pública de que Israel debe ser exterminado, siguiendo la línea dura de su nuevo aliado, Siria. Es una situación insostenible pero nos resulta difícil rechazarla porque quien lo dice es un gobierno elegido democráticamente.

—Ya sabemos todo esto, Joe —dijo Gray con impaciencia—. Y los baazistas están negociando con los líderes para retomar el poder a cambio de detener la violencia —añadió, mirando al presidente de soslayo.

Brennan asintió.

—¿Pero cómo vamos a dejar Irak así como así? Lo último que nos interesa es que Irak y Siria se alíen y los amigos de Sadam asuman el control otra vez. Con los partidarios de la Sharia y Hezbolá asentados en Siria, pronto podrían extender su presencia en Irak y más allá —añadió Brennan, refiriéndose a las dos organizaciones terroristas antiisraelíes—. Francia recortó la costa de Siria y formó el Líbano en la década de los años veinte. Siria siempre ha querido recuperarla y quizá se alíe con Irak para conseguirlo. Y luego podrían ir a por los Altos del Golán y desatar una guerra contra Israel. Eso desestabilizaría la región más de lo que está ahora.

—Bueno, si una potencia extranjera apareciera aquí y nos quitara Nueva Inglaterra para crear otro país de forma unilateral, también nos enfadaríamos, ¿no, señor presidente? —intervino Gray.

Decker siguió hablando.

—Además de los baazistas, hay facciones islamistas radicales en la Asamblea Legislativa iraquí que van ganando poder. Si lo consiguen, serán mucho más peligrosas para nosotros que Sadam en toda su vida. Pero también prometimos al pueblo iraquí que nos marcharíamos cuando contaran con unas fuerzas de seguridad adecuadas y pidieran oficialmente nuestra retirada. Ese momento está a punto de llegar.

—¡Ve al grano, Joe! —espetó Gray.

Decker lanzó una mirada al primer mandatario.

—Todavía no he entrado en detalle con el presidente. —Carraspeó—. Si eliminamos algunas de estas facciones radicales de la Asamblea Legislativa, podremos inclinar la balanza hacia el gobierno iraquí más favorable a nuestros intereses y evitar que los baazistas retomen el poder. Además, debemos tener en

cuenta todo el petróleo que hay en juego, señor. La gasolina ya está a casi ochenta centavos el litro. Necesitamos contar con las reservas iraquíes.

—¿Eliminar? ¿Cómo? ¿Asesinándolos? —preguntó Brennan con cara de pocos amigos—. Ya no nos dedicamos a eso. Es ilegal.

—Es ilegal asesinar a un jefe de Estado o de Gobierno, señor presidente — corrigió Gray.

—Exacto —convino Decker—. Esa gente no entra en esa categoría. Para mí es lo mismo que ponerle un precio a la cabeza de Bin Laden.

—Pero los objetivos de los que hablas son miembros de la Asamblea Legislativa iraquí debidamente designados —protestó Brennan.

—Ahora mismo los insurgentes matan a legisladores moderados con impunidad. Esto sería igualar el terreno de juego, señor —insistió Decker—. Si no actuamos, los moderados acabarán desapareciendo.

—Pero Joe —terció Gray—, si hacemos eso provocaremos una guerra civil.

—Haremos que parezca una venganza por parte de los iraquíes moderados para que no la tomen con nosotros. Ellos me han prometido toda su colaboración.

—Pero la guerra civil resultante... —se quejó Brennan.

—Nos dará una razón perfectamente legítima para mantener nuestra presencia militar en Irak en el futuro inmediato —se apresuró a responder Decker, satisfecho de sí mismo—. Sin embargo, si permitimos el regreso de los baazistas, aplastarán la oposición e Irak volverá a tener una dictadura tipo Sadam. No podemos permitir que eso ocurra. Todo el dinero gastado y las vidas perdidas no habrían servido de nada. Y si eso sucede en Irak, no hay motivos para pensar que los talibanes no van a resurgir en Afganistán.

Brennan miró a Gray.

—¿Qué opinas?

De hecho, a Gray le disgustaba que no se le hubiera ocurrido antes a él. Decker le había aventajado claramente en ese tema. « Menudo hijo de puta » .

—No sería usted el primer presidente en autorizar una operación como esta, señor —reconoció a regañadientes.

Brennan no parecía muy convencido.

—Tengo que pensármelo.

—Por supuesto, señor —respondió Decker—. Pero no tenemos mucho tiempo. Y, como bien sabe, si Irak y Afganistán caen bajo el control de gobiernos hostiles, el pueblo norteamericano pondrá el grito en el cielo. —Hizo una pausa antes de añadir—: Usted ni quiere ni se merece ese legado, señor.

A pesar del odio que sentía por ese hombre, y a juzgar por la expresión de preocupación de Brennan, a Gray no le quedó más remedio que reconocer que Decker había representado su papel a la perfección.

Cuando este se hubo marchado, Brennan se recostó en el asiento y se quitó las gafas de lectura.

—Antes de que me presentes el informe, quiero preguntarte una cosa, Carter. El once de septiembre voy a ir a Nueva York a pronunciar un discurso en recuerdo de las víctimas. —Gray sabía por dónde iban los tiros pero permaneció callado—. Me gustaría saber si quieres acompañarme. Al fin y al cabo, tú has hecho más que prácticamente cualquier otra persona para asegurar que una cosa así no vuelva a suceder.

Era inaudito rechazar la invitación de un presidente de EE. UU. para viajar a un acto. Sin embargo, a Gray le importaba muy poco el protocolo o la tradición en un asunto como aquel.

—Muy amable por su parte, señor, pero asistiré a una ceremonia privada aquí.

—Ya sé que es un tema doloroso para ti, Carter, pero quería preguntártelo. ¿Estás seguro?

—Totalmente, señor presidente. Gracias.

—De acuerdo. —Brennan hizo una pausa—. ¿Sabes que mi ciudad natal se cambia el nombre para adoptar el mío?

—Sí, señor. Felicidades.

Brennan sonrió.

—Es una de esas cosas que me resultan halagadoras y vergonzosas a la vez. No soy tan egocéntrico como para no saber que la localidad busca beneficiarse con el cambio, sin poner en duda que deseen rendir homenaje a un chico de provincias que ha llegado a lo más alto. Voy a pronunciar un discurso en la ceremonia y estrechar algunas manos. ¿Por qué no me acompañas?

Si la primera regla más importante era no declinar jamás una invitación del presidente, la segunda era no rechazarle dos veces.

—Gracias. Iré encantado.

El mandatario dio un golpecito con las gafas en la libreta de informes.

—Es bastante probable que me quede aquí cuatro años más. —Yo diría más que probable, señor.

—Quiero hablarte con sinceridad, Carter. Que quede entre nosotros. —Gray asintió—. A pesar de tus éxitos en la protección de este país, ¿crees que el mundo es más seguro ahora que cuando asumí el cargo?

Gray reflexionó con cautela, intentando determinar qué quería oír su jefe. Sin embargo, Brennan resultaba inescrutables, por lo que decidió decirle la verdad.

—No, no lo es. De hecho, es mucho más volátil.

—Mis asesores dicen que con el ritmo actual de consumo, el planeta podría quedarse sin combustibles fósiles en un plazo de cincuenta años. Se acabaron los viajes en avión, sólo habrá unos cuantos coches eléctricos y las ciudades tendrán que cerrar por falta de energía. Nuestra forma de comunicarnos, trabajar, viajar, conseguir alimentos cambiará de forma radical. Y este país será incapaz de mantener sus armas nucleares y otros recursos militares de la forma

adecuada.

—Sin duda es posible.

—Sí, pero sin nuestro ejército ¿cómo nos mantendremos seguros, Carter?

Gray vaciló un momento.

—Me temo que desconozco la respuesta, señor.

—Creo que la diferencia entre un presidente mediocre y uno bueno es la oportunidad —declaró Brennan en voz baja.

—Usted ha hecho un gran trabajo, señor. Debería sentirse orgulloso. —En opinión de Gray, no había hecho nada especial, pero no iba a decirselo precisamente a él.

Cuando Gray salió del ala Oeste una hora después, por una vez sus pensamientos no se centraban en cómo detener a los enemigos de América o cómo agradar a su comandante en jefe. Cuando subía al helicóptero, estaba pensando en el violeta, el color preferido de su hija hasta que cumplió seis años. Luego prefirió el naranja. Cuando le preguntó por qué había cambiado, ella, con los bracitos en jarra y el mentón en actitud desafiante, le explicó que el naranja era un color más adulto. Incluso hoy ese recuerdo le hacía sonreír.

Warren Peters por fin encontró el bote donde el Camel Club lo había escondido. Inmediatamente llamó a Tyler Reinke, que acudió enseguida.

—¿Estás seguro de que es este? —preguntó al ver la embarcación.

Peters asintió.

—Hay sangre en la borda. Estaba en lo cierto. Alcancé a uno de esos mamones.

—Si tomaron el bote y luego volvieron, quizá les viera alguien.

Peters asintió y luego fijó la mirada en el agua.

—Pero quizás haya una forma más fácil de localizarlos. Johnson llevaba la documentación en el bolsillo.

—Sí, ¿y qué?

—¿Y si nuestros testigos vieron dónde vivía y les picó la curiosidad?

—Nos ahorraría mucho trabajo de campo —convino Reinke—. Iremos allí esta noche.

Escogiendo las palabras con cuidado y dando rodeos sin provocar la ira de sus superiores, Alex redactó su informe y lo envió por correo electrónico a Jerry Sykes. Acabó con otro papeleo que tenía pendiente y decidió dar por finalizada su jornada laboral antes de que alguien le encomendara una misión de vigilancia. Alex no tenía ninguna gana de pasarse otra noche viendo a un rey o primer ministro atiborrarse de paté de cangrejo.

Pasó junto a un agente que estaba guardando su pistola en una taquilla antes de interrogar a un sospechoso.

—Eh, Alex, ¿has pillado a algún otro atracador de cajeros? —preguntó el agente. La noticia había corrido por la oficina de Washington a la velocidad del rayo.

—No. No he encontrado a nadie más tan estúpido.

—Me han dicho que tú y Simpson formáis buen equipo —comentó el hombre con una sonrisita.

—Tenemos nuestros buenos momentos.

—¿Sabes quién es J-Lo?

—¿Cómo voy a saberlo? —replicó Alex.

—Pues Simpson es J-Halo. ¿No sabías que tenías por pareja a una celebridad?

—¿J-Halo? ¿Qué se supone que significa eso?

—Venga ya, Alex, tiene un halo. La luz ilumina desde los cielos a esa mujercita sureña. Dicen que resulta cegadora incluso a casi quinientos metros de distancia. Me sorprende que no te hayas dado cuenta.

El agente se marchó riendo.

Por casualidad, Alex se topó con su compañera al salir del edificio.

—¿Vas a casa? —le preguntó.

—No; voy a ver si encuentro a algún amigo. Parece que por aquí no tengo ninguno.

Y se dispuso a marcharse, pero Alex la retuvo por el hombro.

—Mira, lo que te dije era crítica constructiva, nada más. Habría pagado por consejos como ese cuando empecé y no tenía ni idea.

Por un instante pareció que Simpson iba a propinarle una bofetada, pero se impuso su autodomínio.

—Aprecio tu interés, pero es distinto para una mujer. El servicio sigue siendo un mundo muy masculino.

—No lo niego, Jackie. Pero lo cierto es que no le estás haciendo ningún favor a tu carrera si permites que te traten de forma distinta a los demás.

Ella se sonrojó.

—No puedo evitar que la gente me trate con guantes de seda.

Alex negó con la cabeza.

—Respuesta equivocada. Sí que puedes. De hecho, más te vale que lo evites.

—Hizo una pausa antes de preguntar—: ¿Quién es tu ángel de la guarda? —Simpson se mostró reticente—. Venga, suéltalo. Tampoco es tan difícil de averiguar.

—¡Vale! Mi padre es el senador Roger Simpson.

Alex asintió, impresionado.

—Presidente del Comité de Inteligencia. Pues ese sí que es un ángel gordo.

Simpson se plantó delante de Alex y estuvo a punto de pisarle los mocasines.

—Mi padre nunca utilizaría su influencia para ayudarme. Y para que lo sepas, ser hija única no me ha puesto las cosas precisamente fáciles. He tenido que luchar como una cabrona para estar donde estoy. Las magulladuras y el aguante que tengo son buena prueba de ello.

Él retrocedió un paso y extendió la mano para mantenerla a raya.

—Esta ciudad no está construida sobre hechos sino sobre impresiones. Y la impresión es que te libras de los marrones más de lo que deberías. Y eso no es todo.

—¿Ah no?

Alex señaló la chaqueta de ella.

—Sueles llevar un pañuelo rojo brillante en el bolsillo del pecho.

—¿Y qué?

—Pues no es propio de un agente nuestro. No sólo llama la atención en una profesión que se jacta de mantener la máxima discreción, excepto en las misiones de protección, sino que también te convierte en un blanco perfecto para quien quiera dispararte. Así que te distingue como inconformista y además estúpida.

Ella apretó los dientes mientras se miraba el pañuelo rojo, como si fuera una letra escarlata.

—Y tu pistola —continuó Alex—. Es un arma personalizada. Otra señal de que te consideras distinta, es decir, mejor que los demás. Eso no sienta bien a los agentes de aquí, ya sean hombres o mujeres.

—Mi padre me la regaló cuando ingresé en la policía.

Alex advirtió que cuanto más se enfadaba Simpson, más pronunciado era su acento de Alabama.

—¡Pues ponla en una vitrina y lleva el modelo estándar del servicio!

—¿Y entonces desaparecerán todos mis problemas? —dijo ella con tal desprecio que Alex sintió el impulso de tumbarla.

—No, entonces tendrás los mismos problemas que los demás. ¿Por qué no archivás la mala leche en el apartado « la vida es un asco » ? —Y pensó: « Igual que tú » .

Se volvió y se marchó. Había tenido suficiente novata para un día. El bar PDAL era lo que necesitaba en esos momentos.

Kate Adams acababa de empezar su turno tras una jornada completa en el Departamento de Justicia cuando apareció Alex. Era relativamente temprano, por lo que el local estaba casi vacío. Él se dirigió a la barra: era un hombre con una misión. Ella le había visto venir y, para cuando Alex se sentó en el taburete, ya tenía preparado el martini con las tres aceitunas.

—¿Son imaginaciones mías o estás un poco disgustado por algo? —preguntó con un tono guasón que lo hizo sonreír.

Una mezcla de fragancia de coco y madreSelva le anegó el olfato. Se preguntó si se había lavado el pelo hacía un momento o si era su perfume, o ambos. Fuera lo que fuese, lo estaba dejando atontado.

—El trabajo. Ya se me pasará. —Dio un sorbo a la bebida, se llevó una aceituna a la boca y se la tragó junto con un puñado de cacahuets que cogió de un cuenco—. ¿Qué tal tú? ¿Te ha visitado tu amigo el superespía Tommy?

Ella arqueó las cejas.

—¿Hemingway? Yo no le llamaría amigo precisamente. —Él le dedicó una mirada de escepticismo.

Kate dejó el vaso que estaba secando y se inclinó hacia él.

—¿Desearía expresar alguna opinión, agente Ford?

Él se encogió de hombros.

—En realidad no es asunto mío.

—El que una chica coquette no quiere decir nada.

Alex bebió otro sorbo de martini.

—Pues va bien saberlo.

—Aunque he de reconocer que no está nada mal. Es un hombre de mundo, inteligente... Lo tiene todo, vamos.

Alex empezó a soltar un comentario virulento pero se dio cuenta de que ella le estaba provocando y se lo estaba pasando en grande.

—Sí, por supuesto. Estaba pensando en pedirle para salir.

Ella volvió a inclinarse por encima de la barra y le agarró la corbata con tanta fuerza que él derramó parte de su bebida.

—Bueno, como parece que tú no te atreves, me atreveré yo. ¿Quieres salir conmigo? —preguntó ella.

Alex se quedó boquiabierto pero tuvo la delicadeza de cerrar la boca enseguida.

—¿Me estás pidiendo para salir?

—No, se lo estoy pidiendo al tío que tienes detrás. Sí, es a ti.

Alex no fue capaz de evitar echar una mirada alrededor por si resultaba que había una cámara oculta y un público esperando desternillarse de risa.

—¿Lo dices en serio?

Ella tiró de la corbata todavía con más fuerza.

—Cuando coqueteo, coqueteo. Cuando pido, la situación es muy distinta.

—De acuerdo, quiero salir contigo.

—¿Lo ves? No era tan difícil, ¿verdad? Bueno, ahora que ya hemos acordado algo, ¿por qué no concertamos una cita? Como parece un poco duro de mollera en cuanto a la vida social, me adelantaré. Supongo que te gusta beber y comer ¿Qué te parece quedar para cenar?

—Pensaba que serías más comedida y sugerirías un almuerzo.

—Yo ya no estoy para comedimientos —declaró ella, y le soltó la corbata muy lentamente, deslizando su mano por el tejido hasta soltarla del todo.

Alex se relajó un poco y no pareció importarle tener la mitad del martini en la manga de la chaqueta.

—Una cena me va bien —acertó a decir sin tartamudear.

—De acuerdo, fijemos día y hora. A mí me gustan los placeres instantáneos.

¿Estás libre mañana por la noche?

Aunque hubiera estado destinado a custodiar al presidente en un supermercado atestado de gente, Alex habría encontrado la manera de estar libre.

—Me parece bien.

—Pues a eso de las seis y media. Reservaré mesa en un restaurante, salvo que quieras hacerlo tú.

—No; adelante.

—¿Quedamos directamente en el restaurante o me recoges en casa?

—Tu casa está bien.

—Vaya, qué fácil de contentar eres, agente Ford. No sabes lo reconfortante que me resulta después de estar todo el día rodeada de abogados. Los abogados nunca están de acuerdo con nada.

—Sí, me he enterado.

—Pásate por casa a eso de las seis.

Le escribió el número de teléfono y la dirección en un papel y se lo dio. Él le entregó una tarjeta en la que figuraba su domicilio y número de teléfono.

—¿Te gusta vivir en Manassas? —preguntó ella mirando la tarjeta.

—A mi cartera le gusta mucho. —Él miró la dirección de ella y puso cara de sorpresa.

—¿Calle R? ¡Georgetown!

—No te hagas ilusiones. No soy ninguna heredera disfrazada de filántropa del Departamento de Justicia. Vivo en la cochera situada detrás de la mansión. La propietaria es viuda y le gusta que haya alguien por ahí. Es muy agradable. Todo un personaje.

—No tienes por qué darme explicaciones.

—Pero eso no significa que tú no las quieras. —Le sirvió otra copa—. Invita la casa, dado que parece que la tuya se te ha caído. —Le tendió un trapo.

—Ahora que estás en plan colaborador, ¿dónde trabaja mister Perfecto y en qué proyecto estáis metidos?

Kate se llevó un dedo a los labios.

—Debo respetar la cláusula de confidencialidad, supongo que lo entiendes. Pero sin desvelar ningún secreto de Estado, te diré que trabajo con su agencia en una petición para reutilizar un viejo edificio. Pero no creo que alcancemos ningún acuerdo. Bueno, ¿y qué pasa en tu trabajo que te tiene fastidiado? —¿No te cuentan suficientes historias para llorar?

—Una más no me hará daño.

Alex sonrió.

—De acuerdo. Me han asignado a una novata por compañera en una investigación. Su padre es un pez gordo que toca todas las teclas para que ascienda. He intentado explicarle que esa no es la mejor manera de hacer amigos en el servicio.

—¿Y no pilla el concepto?

—Si no lo pilla rápido, se le caerá encima como una tonelada de ladrillos.

—¿Y en qué caso estáis trabajando?

—Ahora soy yo quien alega confidencialidad.

De repente, Alex clavó la mirada en la pantalla de televisión que había detrás de la barra.

En primer plano aparecía la isla Roosevelt mientras una presentadora con una dentadura prominente leía la noticia del misterioso suicidio. Alex reparó en que no mencionaba la participación del Servicio Secreto. Sin embargo, se daba mucha relevancia al alijo de heroína encontrado en casa de Patrick Johnson.

—¿Ese es tu caso? —preguntó Kate.

Él la miró.

—¿Cómo?

—Supongo que es el motivo por el que no me haces ni puñetero caso.

—Lo siento —se excusó él—. Sí, es ese. Pero no puedo darte más detalles.

Los dos se volvieron hacia el televisor al oír una voz conocida.

El hombre comunicaba la postura oficial del NIC respecto al caso. Y no era Carter Gray, quien probablemente no quisiera convertirlo en noticia nacional al dedicarle su presencia. Sin embargo, Tom Hemingway se veía refinado y

eficiente, mister Perfecto, mientras presentaba la versión del NIC a la nación.

Alex miró a Kate, que por primera vez se había quedado boquiabierta. Él sonrió con aire triunfal.

—Te pillé.

Caleb recogió a Oliver Stone cerca de la Casa Blanca en su viejo Chevy Malibu gris peltre con el tubo de escape medio suelto. Se dirigieron a casa de Milton Farb cerca de la frontera de Washington con Maryland, donde Reuben se reuniría con ellos. Stone se sentó en el asiento delantero con el perro de Caleb, *Goff*, un pequeño chuchito mestizo de origen desconocido y bautizado con el nombre del primer jefe del Departamento de Libros Raros, Frederick Goff. Cuando paraban delante de la modesta pero bien cuidada casa de Milton, Reuben bajó de un salto los escalones delanteros y subió al coche. Iba con sus vaqueros habituales, mocasines y una camisa de franela a cuadros rojos; del bolsillo trasero le sobresalían unos guantes de trabajo y llevaba el casco protector en la mano.

—He hecho horas extras en el muelle de carga —explicó—. No he tenido tiempo de pasar por casa. —Miró sorprendido el nuevo corte de pelo y aspecto pulcro de Stone—. No me digas que vas a volverte convencional.

—Sólo intento ir de incógnito para seguir con vida. ¿Milton está preparado?

—Nuestro amigo se retrasará un poco —informó Reuben guiñando el ojo.

—¿Qué pasa?

—Tiene visita, Oliver. ¿Te acuerdas? ¿Su nueva amiga?

—¿La has conocido? —preguntó Caleb emocionado—. A lo mejor tiene alguna amiga para mí. —Aunque era un soltero empedernido, Caleb siempre andaba a la caza de candidatas.

—Sólo la he visto un momento. Es mucho más joven que Milton y muy guapa. Espero que al pobre no le dé por comprometerse. Yo ya lo he hecho tres veces y no habrá cuarta a no ser que esté borracho perdido. Dichosas mujeres. No puedo vivir con ellas, pero está claro que ellas no saben vivir sin mí.

—Tu tercera mujer era muy agradable —comentó Stone.

—No digo que las esposas no sirvan para nada, Oliver. Lo único que digo es que las relaciones duraderas no son fruto de los compromisos legales. He echado a perder tantos buenos momentos por el compromiso del matrimonio que podría llenar varias vidas.

—¿O sea que lo más lógico sería prohibir el matrimonio y así la tasa de divorcio caería en picado?

—Eso también —asintió Reuben.

La puerta de la casa de Milton se abrió y todos miraron hacia allí.

—Pues sí que es guapa —reconoció Caleb, mirando por detrás de Stone.

Milton y la mujer se dieron un beso rápido en los labios y luego ella bajó los escalones hasta el coche, un Porsche amarillo estacionado delante del Malibu de Caleb.

—Me pregunto si el trastorno de Milton le supone un problema —comentó Caleb.

Todos ellos habían pasado cientos de horas de su vida esperando a que Milton acabara sus rituales. No obstante, los habían aceptado como un elemento más de la personalidad de su amigo. Todos tenían «elementos» de esos, y Milton no había dudado en someterse a tratamiento para su trastorno. Sin embargo, tras años de medicación, terapia y hospitalizaciones ocasionales, llevaba una existencia bastante normal y su trastorno sólo se notaba en ciertos momentos, como al cerrar las puertas con llave, sentarse, lavarse las manos o en situaciones de estrés agudo.

—No creo que a ella le suponga un problema —declaró Reuben, señalándola.

Todos observaron a la mujer mientras daba golpecitos en el pavimento con los tacones, luego tamborileaba la ventanilla del coche con el dedo, mientras contaba y murmuraba antes de abrir la puerta del vehículo. A continuación realizó un ejercicio similar al comprobar el asiento antes de sentarse. Cuando arrancó a toda pastilla al cabo de seis segundos dejó un buen trazado de caucho en la calzada, antes de dar un frenazo en el siguiente cruce. Luego volvió a salir disparada y el retumbar del turbo del Porsche estremeció a Caleb.

—¿Dónde demonios ha conocido a esa mujer? ¿En las carreras de coches? —preguntó Caleb mientras observaba el humo que todavía despedían las marcas en la calzada.

—No; nos contó que la había conocido en la clínica de la ansiedad —les recordó Reuben—. También recibía tratamiento para un trastorno obsesivo-compulsivo.

Milton cerró la puerta de su casa, realizó un breve ritual y se reunió con ellos mochila en mano. Se subió en el asiento trasero al lado de Reuben.

—Es muy guapa —dijo Reuben—. ¿Cómo se llama?

—Chastity —respondió Milton.

Reuben resopló.

—¿Chastity? Bueno, pues más te vale que no sea fiel a la castidad de su nombre.

Había bastante tráfico y cuando llegaron al barrio de Patrick Johnson y había oscurecido. Stone lo prefería así; siempre se sentía más cómodo de noche. Fue mirando los números de las casas mientras recorrían la calle.

—Bueno, Caleb, es en la siguiente manzana a la izquierda. Aparca aquí.

Caleb lo hizo junto a la acera y miró a su amigo.

—¿Y ahora qué? —preguntó nervioso.

—Esperaremos. Quiero ver qué terreno pisamos, quién viene y va. —Stone extrajo los prismáticos y observó la calle—. Suponiendo que esos monovolúmenes estacionados delante sean del FBI, yo diría que la tercera casa a la izquierda es la de Johnson.

—Bonita choza —comentó Reuben.

Milton había consultado su ordenador portátil.

—Han informado de que encontraron heroína en la casa. Y la isla Roosevelt es donde Johnson y su novia tuvieron su primera cita. Sostienen la teoría de que su suicidio allí es simbólico: dado que estaba a punto de casarse ya no podía seguir llevando esa doble vida.

—¿Cómo puedes estar conectado a Internet en un coche? —inquirió Caleb.

—Es todo inalámbrico. No necesito cables. ¿Sabes?, Caleb, deberías dejarme que te hiciera entrar en el siglo XXI.

—¡En el trabajo ya utilizo un ordenador!

—Sólo como procesador de textos. Ni siquiera tienes un correo electrónico personal, sólo el de la biblioteca.

—Prefiero boli, papel y sellos para manejar mi correspondencia —respondió Caleb.

—¿Estás seguro de que no te refieres a un pliego de pergamino y una pluma con tintero, hermano Caleb? —repuso Reuben con una sonrisa burlona.

—Y a diferencia de esos trogloditas de Internet, yo escribo frases completas y, Dios nos libre, con buena puntuación —replicó Caleb—. ¿Acaso es un crimen?

—No, no es ningún crimen, Caleb —dijo Stone con calma—. Pero a ver si intentamos que nuestra conversación tenga que ver con nuestra misión de hoy.

—Yo pensaba que para contratarte en el NIC te investigaban lo suficiente como para averiguar si eres narcotraficante —manifestó Reuben.

—Bueno, supongo que cuando empezó estaba limpio y luego se metió en el ajo —repuso Milton—. Mira lo que pasó con Aldrich Ames. Tenía una casa enorme y un Jaguar, y a la CIA nunca se le ocurrió preguntarse de dónde sacaba tanto dinero.

—Pero, al parecer, Johnson vendía droga, no secretos —declaró Caleb—. Debí de engañar a sus compinches y lo mataron. Eso parece bastante claro.

—¿A ti te dio la impresión de que esos dos caballeros eran narcotraficantes? —replicó Stone.

—Como no conozco a ningún narcotraficante, la verdad es que me veo incapaz de responder —reconoció Caleb.

—Pues yo conozco a unos cuantos —intervino Reuben—. Y a pesar de lo que algunos fanáticos piensen, no todos son jóvenes negros pertenecientes a bandas con pistolas de nueve milímetros en los pantalones holgados, Oliver.

—Yo no digo que sean así. Sin embargo, analicemos los hechos. Lo llevaron

al lugar donde había tenido su primera cita. Eso implica búsqueda de información, a no ser que tuviera la costumbre de contar su vida amorosa a sus supuestos socios. Y lo llevaron en una lancha motora tan silenciosa que ni siquiera la oímos hasta que llegaron a la isla. Quizá los narcotraficantes las utilicen, pongamos por caso, en América del Sur, donde hay muchísima más agua. Pero ¿en la capital de este país?

—¿Quién demonios sabe qué tipo de juguetes de alta tecnología utilizan por ahí hoy en día?—observó Reuben.

—Además —prosiguió Stone—, los dos asesinos reconocieron la zona al más puro estilo militar y emplearon una técnica para matarle que recuerda a asesinos profesionales. Y eran perfectamente conscientes de posibles restos comprometedores y tomaron las medidas adecuadas para no dejarlos. Incluso tuvieron la previsión de llevar una bolsita de plástico para dar la impresión de que la había utilizado para mantener el arma seca durante la travesía a nado hasta la isla.

—Es verdad —convino Caleb—. Pero incluso los narcotraficantes quieren librarse de la cárcel.

Stone tampoco hizo caso de ese comentario.

—Y cuando se dieron cuenta de que otras personas eran testigos de su crimen, no vacilaron en intentar eliminarnos. Esos hombres son asesinos expertos, pero dudo que sean narcotraficantes.

Los otros tres sopesaron la lógica de su amigo mientras Stone volvía a mirar por los prismáticos.

Caleb rompió el silencio al cabo de un minuto.

—¿A qué se dedica Chastity?—preguntó a Milton.

—Es contable. Trabajaba para una empresa grande pero la despidieron por culpa de su trastorno obsesivo-compulsivo. Ahora tiene empresa propia. Y me ayuda en mi negocio de diseño de páginas web. Yo soy un desastre con el dinero. Ella lleva la contabilidad y también se encarga del marketing. Es una verdadera joya.

—No lo dudo —convino Reuben—. Es una de esas profesionales modositas con las que hay que ir con cuidado. Crees que son agradables y de repente se te echan encima. Una vez salí con una mujer correcta y formal, con falda por debajo de la rodilla. Pero os juro que esa fémica era capaz de hacer unas cosas con la boca que desafiaban...

—Despedir a Chastity por su enfermedad no me parece bien —intervino rápidamente Stone—, a no ser que le impidiera hacer su trabajo.

—Oh, claro que podía hacer su trabajo. Dijeron que comprometía a la empresa delante de los clientes, lo cual era una estupidez. A dos de los socios no les caía bien, a uno porque Chastity se negó a acostarse con él. Los demandó y ganó un montón de dinero.

—Así es el país que todos conocemos y amamos —declaró Reuben—. Los Estados Unidos de los Abogados. Pero no dejes que los ricos y guapos se libren, Milton. No te estoy diciendo que te cases con ella, Dios no lo quiera, pero si un hombre puede mantener a una mujer en esta época tan ilustrada, no tiene nada de malo que una mujer mantenga a un hombre.

—Ella me compra cosas —reconoció Milton con voz queda.

—¿Ah sí? —preguntó Reuben con repentino interés—. ¿Qué tipo de cosas?

—Software para el ordenador, ropa, vino. Sabe mucho de vino.

—¿Qué tipo de ropa? —insistió Reuben.

—Ropa personal —respondió Milton con un leve rubor, y se centró de nuevo en el ordenador.

Reuben se dispuso a añadir algo pero Stone le hizo callar con una mirada severa.

—Bueno, esto es lo que quiero de cada uno de vosotros —anunció por fin Stone.

Después de explicar el plan, Stone se puso un sombrero viejo extraído de su mochila, sujetó a *Goff* con una correa y salió del coche. Llevaba un móvil que a Milton le sobraba en el bolsillo. Reuben y Caleb permanecerían en el coche vigilando, mientras Milton caminaba por el otro lado de la calle en dirección a la casa de Johnson. Su misión consistía en fijarse en cualquiera que observara demasiado a Stone. Milton fue elegido para esa misión porque había permanecido en el fondo del bote mientras les perseguían, por lo que era prácticamente imposible que los asesinos le hubieran visto. Si Milton veía a alguien, llamaría al móvil de Stone.

Este caminó a paso lento por la calle y se detuvo a recoger con una bolsa los excrementos que *Goff* depositó al lado de un árbol.

—Buen chuchó, *Goff* —le dijo acariciándolo—. Esto es muy útil para pasar inadvertido.

Cuando llegó delante de la residencia de Johnson, un hombre ataviado con un cortavientos del FBI salía cargado con una caja grande precintada con cinta policial.

—Qué terrible tragedia, agente —le dijo Stone.

El agente no respondió y pasó rápidamente junto a él para entregar la caja a una mujer que estaba sentada en uno de los monovolúmenes. Stone permitió que *Goff* olisqueara alrededor de un árbol situado justo delante de la casa de Johnson. Mientras tanto, iba captando detalles de la casa y las propiedades adyacentes. Cuando continuó calle abajo, pasó al lado de un sedán parado junto al bordillo. Consiguió no pestañear siquiera al ver quién ocupaba el asiento del conductor.

La mirada de Tyler Reinke se posó en Stone un momento antes de continuar vigilando la casa de Johnson. Obviamente no reconoció al hombre al que había intentado disparar la noche anterior. En su fuero interno, Stone agradeció su

presciencia al modificar su aspecto de forma radical. Ahora la pregunta era dónde estaba el otro hombre.

Continuó calle abajo, giró a la izquierda en la siguiente esquina y llamó a Caleb para informarle de lo que acababa de ver. Luego llamó a Milton, quien se reunió con él al cabo de un minuto.

—¿Estás seguro de que era él? —preguntó.

—Sin duda. Ahora quiero saber dónde está el otro. —El teléfono sonó. Caleb habló con voz tensa:

—Reuben acaba de ver al otro hombre.

—¿Dónde está?

—Hablando con un agente del FBI delante de la casa de Johnson.

—Ven a recogernos —dijo Stone tras explicarle dónde estaban—. No bajas por la calle en que estás. No quiero que pases por delante de la casa ni del coche. Gira a la izquierda en la siguiente esquina y luego a la derecha. Te esperamos en la manzana siguiente.

Mientras los dos hombres esperaban en el lugar acordado, Milton recogió una hoja de periódico que había volado por la calle. La dobló cuidadosamente y la depositó en un cubo de la basura situado delante de un sendero de entrada.

—Milton, ¿anoche tocaste la nota que Patrick Johnson llevaba en el bolsillo?

Milton no respondió de inmediato. Sin embargo, a Stone le bastó con ver su expresión avergonzada.

—¿Cómo lo sabes, Oliver?

—Esos hombres se dieron cuenta de que estuvimos allí. No creo que fuera por habernos visto. Creo que regresaron a donde estaba el cadáver por algún motivo y advirtieron que alguien había tocado la nota o que no estaba en su sitio.

—Yo... yo...

—Sólo querías verla, supongo. —Stone estaba preocupado por una sencilla razón: el papel húmedo conserva las huellas dactilares sumamente bien. ¿Estarían las de Milton en alguna base de datos? No quería formularle la pregunta en ese momento por temor a que a su amigo, que ya estaba alterado, le entrara un ataque de pánico.

Ambos subieron al Malibu en cuanto apareció. Caleb condujo un trecho, encontró una plaza de aparcamiento en la concurrida calle y se detuvo.

—¿Nos arriesgamos a seguirlos? —preguntó Reuben.

—Desgraciadamente, el coche de Caleb destaca demasiado —dijo Stone—. Si se dan cuenta de que les seguimos e investigan la matrícula, se plantarán en casa de Caleb antes incluso de que llegue él.

—Oh, Dios mío —dijo Caleb, aferrado al volante y con cara de náuseas.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Reuben.

—Has dicho que uno de ellos estaba hablando con el FBI —respondió Stone—. Pero el FBI no habla con cualquiera. Lo sé porque lo he intentado. Eso podría

significar que pertenece a algún cuerpo policial.

—Lo cual significa que podrían pertenecer al NIC —intervino Milton—. Ahí es donde trabajaba Johnson.

—Ya lo había pensado —replicó Stone—. Carter Gray —musitó.

—No es un hombre al que haya que tomarse a la ligera —comentó Reuben.

—¡Mierda! —susurró Caleb. Estaba mirando por el retrovisor—. Ese parece su coche.

—No miréis —ordenó Stone—. Caleb, respira hondo y tranquilízate. Reuben, agáchate un poco para disimular tu envergadura por si miran hacia aquí. —Mientras hablaba, se quitó el gorro y se deslizó por el respaldo del asiento—. Caleb, ¿desde la calle pueden ver la matrícula?

—No, los coches aparcados delante y detrás están muy juntos.

—Bien. En cuanto pasen, quiero que esperes diez segundos, arranques y gires en la dirección contraria. Milton, tú estás bastante bien escondido en el asiento trasero. Quiero que te fijas en si nos miran.

Caleb inspiró hondo y contuvo la respiración mientras el coche pasaba por su lado lentamente.

—No mires, Caleb —susurró Stone desde abajo.

Una vez que el coche giró a la izquierda en el cruce siguiente, Stone dijo:

—¿Milton?

—No han mirado.

—De acuerdo, Caleb, adelante.

Caleb arrancó poco a poco y giró a la derecha en el siguiente cruce.

—Estad atentos para asegurarnos de que no vuelven —dijo Stone. Miró a Milton—. ¿Qué has visto?

Milton describió a ambos hombres de forma bastante completa, así como el número de la matrícula de Virginia del vehículo.

Reuben miró a Stone.

—Opino que vayamos a la policía. Nos respaldaremos el uno al otro. Nos creerán.

—Ni hablar —lo cortó Stone—. Tenemos que pillarlos antes de que ellos nos pillen a nosotros.

—¿Cómo? —preguntó Reuben—. Sobre todo teniendo en cuenta que los asesinos pertenecen a las « autoridades » .

—Haciendo lo que al Camel Club se le daba tan bien: averiguar la verdad.

—Podemos empezar por investigar la matrícula —propuso Milton—. No era una matrícula del gobierno, así que a lo mejor tenemos suerte porque es un vehículo privado.

—¿Conoces a alguien en Tráfico que pueda introducir la matrícula en el registro? —preguntó Reuben.

Milton refunfuñó.

—Si soy capaz de piratear la base de datos del Pentágono, la de Tráfico será pan comido, ¿no crees?

En el sótano del cuartel general del NIC había un gimnasio de lo más moderno que casi nadie utilizaba por falta de tiempo. En una pequeña sala contigua a la de gimnasia principal había un solo hombre entrenándose.

Tom Hemingway iba descalzo y llevaba pantalones cortos anchos y camiseta blanca sin mangas. Estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Al cabo de un momento se puso en pie y adoptó una postura de artes marciales. Un observador imparcial habría llegado a la conclusión de que estaba a punto de empezar a practicar kung fu o kárate. Ese mismo observador probablemente se habría sorprendido al enterarse de que el significado literal de «kung fu» es «pericia conseguida gracias al trabajo metódico». Así pues, un jugador de béisbol podía ser considerado poseedor de un buen «kung fu».

Fuera de China se habían originado cuatrocientas modalidades de artes marciales, mientras que sólo había tres oriundas de ese país: Hsing-I Chuan, Pa-Kua Chang y Tai Chi Chuan. La principal diferencia entre las cuatrocientas y esas tres era la potencia, ya que en estas se empleaba todo el cuerpo para transmitir toda la energía cinética del atacante sobre su objetivo. Era más o menos equivalente al impacto de una bofetada con un resultado similar a ser atropellado por un coche. El golpe propinado por un practicante experto de cualquiera de las tres artes marciales denominadas internas era capaz de desgarrar órganos y matar.

Durante sus años en China, Hemingway se había sentido atraído por esas artes marciales internas, aunque sólo fuera para crear un sentido de identidad que se fusionara mejor con su entorno que su pelo rubio y los ojos azules. Aunque practicó todas las modalidades internas, al final se especializó en el estilo Shan-Xi del Hsing-I.

Antes de empezar el entrenamiento activo pasaba casi una hora meditando inmóvil. Esta postura permitía percibir el entorno de forma intuitiva, notar una presencia mucho antes de verla. Este talento le había resultado muy útil sobre el terreno. Había conseguido sobrevivir como agente de la CIA en más de una ocasión gracias a su habilidad para intuir la presencia del enemigo de un modo que desafiaba los cinco sentidos humanos.

Gracias a sus muchos años de práctica, Hemingway tenía las articulaciones,

tendones, ligamentos, músculos y fascias sumamente firmes. Las décadas de estiramientos de la columna al ejecutar las torsiones y giros de esa disciplina le habían equilibrado las vértebras entre sí a la perfección. Su sentido del equilibrio casi escapaba a la comprensión humana. En una ocasión había permanecido seis horas en la cornisa de dos centímetros y medio de una planta veintiuna y bajo una tormenta de lluvia y viento mientras un escuadrón de la muerte colombiano le buscaba. Tenía tal fuerza en los dedos que tenía que contenerse de forma consciente cuando estrechaba la mano de alguien y, aun así, la gente solía quejarse de su apretón.

Adoptó entonces la postura del bambú, la maniobra más importante del Hsing-I. Esta técnica era pura física y también la postura de la que brotaba el famoso poder del Hsing-I. Hemingway había matado a hombres muy expertos con sólo un golpe vectorial a partir de la postura del bambú.

A continuación tomó un par de espadas con forma de media luna, las armas tradicionales *neijia* del arte marcial interno Pa-Kua. Eran su arma preferida para entrenarse. Recorrió la sala realizando complejos movimientos bilaterales con las espadas curvadas, combinados con un juego de piernas sumamente preciso y una fuerza centrífuga tremenda, característica de la disciplina Pa-Kua.

Cuando hubo terminado, se duchó y se puso ropa normal. Mientras se vestía, se frotó inconscientemente el tatuaje que llevaba en la cara interior del antebrazo derecho. Se componía de cuatro palabras en chino que significaban: «La máxima lealtad para servir al país». La frase recordaba una historia que intrigaba a Hemingway.

Un famoso general de la dinastía Song del sur, llamado Yueh Fei, había estado a las órdenes de un mariscal de campo que se había pasado al enemigo. Esta traición asqueó a Fei, que se marchó a su casa. Al llegar, su madre le dijo que la primera obligación de un soldado era servir a su país. Lo mandó de nuevo al campo de batalla con esas cuatro palabras tatuadas en la espalda como recordatorio permanente. Hemingway oyó la historia de niño y nunca la olvidó. Se hizo el tatuaje cuando una misión especialmente perturbadora realizada para la CIA le había hecho plantearse dejarlo. No obstante, se tatuó la frase y siguió con su trabajo.

Hemingway fue en coche a su modesto apartamento del Capitolio y, una vez allí, entró en la cocina para prepararse un té wulong, su preferido. Calentó el agua, dejó reposar el té, colocó dos tazas en una bandeja y la llevó al pequeño salón.

Sirvió el té y habló.

—El wulong frío no es muy recomendable.

Se oyó movimiento en la sala contigua y el hombre se dejó ver.

—Dime, ¿qué me ha delatado? No llevo perfume. Me he quitado los zapatos. Hace treinta minutos que aguanto la respiración. ¿Qué?

—Tienes un aura potente que no se puede ocultar —respondió Hemingway, sonriente.

—A veces me asustas, Tom, de verdad. —El capitán Jack echó la cabeza atrás para reírse y luego aceptó la taza de té. Se sentó, bebió un sorbo y asintió en dirección a un paisaje chino que colgaba de una pared—. Bonito.

—De hecho he estado en la zona que representa el cuadro. Mi padre coleccionó la obra de ese artista y algunas esculturas de la dinastía Shang.

—Un hombre extraordinario, el embajador Hemingway. No llegué a conocerlo pero oí hablar mucho de él.

—Era un hombre de estado —dijo Hemingway y bebió un sorbo de té—. Por desgracia se trata de una raza casi extinguida en la actualidad.

El capitán Jack guardó silencio unos momentos, escudriñando a su amigo.

—He intentado leer la poesía que me recomendaste.

Hemingway alzó la vista de su té.

—¿La colección *Pimienta de Cayena*? ¿Qué te pareció?

—Que debería perfeccionar mi chino.

Hemingway sonrió.

—Es una forma hermosa de comunicarse, cuando empiezas a dominarlo.

El capitán dejó la taza en la mesa.

—¿Qué era tan importante que había que hacerlo en persona?

—Carter Gray va a asistir al homenaje de Brennan.

—Mierda, pues sí que vale un cara a cara. ¿Qué quieres hacer, entonces?

—La estrategia de salida siempre ha resultado problemática. Por mucho que intentáramos manipularla, había demasiada incertidumbre. Ahora que viene Gray tenemos certeza.

—¿Cómo te lo imaginas exactamente?

Hemingway explicó su plan y su colega se quedó impresionado, como era de esperar.

—Bueno, creo que funcionará. De hecho, me parece brillante. Brillante y corajudo.

—Eso depende de si tenemos éxito o no —repuso Hemingway.

—No seas modesto, Tom. Llamemos las cosas por su nombre. Un plan que estremecerá al mundo entero. —Hizo una pausa antes de añadir—: Pero no infravalores al viejo. Carter Gray ha olvidado más de lo que tú y yo llegaremos a saber jamás sobre el mundo del espionaje.

Hemingway abrió su maletín. Contenía un DVD que le lanzó a su compañero.

—El contenido te parecerá útil.

El capitán Jack toqueteó el DVD y observó a su amigo.

—Trabajé más de veinte años en la Agencia, y unos cuantos a las órdenes de Gray, ¿y tú?

—Doce, todos sobre el terreno, con dos en la NSA antes de eso —respondió

Hemingway—. Empecé en el NIC un año después de que Gray fuera nombrado secretario.

—He oído decir que te están preparando para un cargo importante. ¿Te interesa?

Hemingway negó con la cabeza.

—No le veo mucho futuro a esa organización.

—¿Entonces volverás a la CIA?

—Es un anacronismo inútil.

—Siempre habrá una CIA, incluso después de las armas de destrucción masiva iraquíes que nunca existieron.

—¿Tú crees?—repuso Hemingway.

—Oh, cuando yo ayudaba a apoyar unas cuantas « alternativas aceptables » al comunismo, sobre todo dictadores monstruosos, o a suministrar *crack* a los barrios negros para ayudar a financiar operaciones ilegales en el extranjero, o a acabar con las democracias de otros países porque no apoyaban los intereses económicos estadounidenses, pensaba que debía de haber una forma mejor de hacerlo. Pero hace tiempo que dejé de pensarlo.

—No podemos ganar esta batalla con soldados y espías —declaró Hemingway—. No es tan fácil.

—Entonces no puede ganarse —respondió el capitán Jack con rotundidad—. Porque es la única manera que tienen los países de zanjar sus diferencias.

—Dostoievski escribió que « si bien no hay nada más fácil que denunciar a un malhechor, no hay nada más difícil que entenderle ».

—Tú y yo hemos pasado mucho tiempo allí, pero ¿de veras crees que alguna vez conseguirás entender la mentalidad de « malhechor » del terrorista de Oriente Medio?

—¿Cómo sabes que ese es el malhechor al que me refiero? No puede decirse que tengamos las manos limpias con respecto a la política exterior. De hecho, hemos creado muchos de los problemas a que nos enfrentamos actualmente.

—Por eso sólo existe una motivación sensata en nuestra época: el dinero. Como te he dicho antes, todo lo demás me da igual. Regresaré a mi bonita islita y no volveré a moverme. Este es mi último trabajo.

—A eso se le llama ser descarnadamente sincero.

—¿Preferirías que te dijera que la ideología que me motiva es hacer del mundo un lugar mejor?

—No; prefiero la sinceridad descarnada.

—¿Y tú por qué lo haces?

—Por algo mejor de lo que tenemos.

—¿Otra vez el idealismo? Insisto, Tom, te arrepentirás. O morirás.

—No se trata de idealismo, ni siquiera de fatalismo, sino sencillamente de la puesta en práctica de una idea.

El capitán Jack negó con la cabeza lentamente.

—He luchado a favor y en contra de casi todas las causas que existen. Siempre habrá una guerra de algún tipo. Al comienzo eran por las tierras fértiles y el agua potable, luego por los metales preciosos y después por la versión más popular de desacuerdo humano: « Mi Dios es mejor que el tuyo » . Da igual si la fe proviene de Jeremías y Jesús, Alá y Mahoma o Brahma y Buda. Alguien dirá que estás equivocado y se enfrentará a ti por ello. Por mi parte, yo creo en los alienígenas y a la mierda los dioses terrenales. De todos modos, en el gran orden de los billones de planetas que hay en el universo no somos tan importantes. Y los humanos están corrompidos hasta la médula.

—Buda se elevó por encima del materialismo. Jesús era partidario de comprender al enemigo, al igual que Gandhi.

—A Jesús le traicionaron y murió en la cruz, y Gandhi fue asesinado por un hindú a quien fastidiaba que tolerase a los musulmanes —señaló el capitán Jack.

Hemingway se paseaba por la habitación.

—Recuerdo que mi padre me contaba que Inglaterra volvió a trazar las fronteras de la India cuando se independizó. Querían separar a los hindúes de los musulmanes pero utilizaron mapas anticuados. Doce millones de personas tuvieron que reasentarse por una gran metedura de pata de los británicos. Y medio millón murió durante el caos resultante. Y antes de eso, Irak se improvisó de forma unilateral, lo cual provocó muchos de los conflictos de hoy en día. Existen docenas de ejemplos similares. Los países fuertes aplastan a los débiles y luego evitan asumir la responsabilidad de los problemas que crearon.

—No haces más que darme la razón, Tom: que estamos corrompidos hasta la médula.

—¡Lo que intento decir es que nunca aprendemos!

—¿Crees que tienes una respuesta mejor? —Hemingway no respondió. Su amigo se levantó pero se detuvo en la puerta—. Dudo que vuelva a verte, a no ser que acabes en una isla del Pacífico Sur. Si apareces, serás bien recibido. A no ser que seas un fugitivo; en tal caso, estarás solo.

Tras salir del bar, Alex Ford comió algo en una cafetería cercana, haciéndose sitio en la barra entre dos fornidos policías de Washington. Habló sobre el trabajo con sus colegas y también intercambió cotilleos sobre posibles catástrofes. El preferido de Alex era: « Evita a toda costa ir en metro la noche de Halloween » . Lo que Alex quería hacer realmente era ponerse de pie en la barra y gritar para que todos le oyeran que una hermosa mujer acababa de pedirle que salieran juntos. Sin embargo, se acabó silenciosamente la hamburguesa con queso, las patatas fritas y una porción de tarta de arándanos regada con café solo. Acto seguido se dirigió a la oficina para consultar el correo electrónico.

Sykes todavía no había respondido, aunque un acuse de recibo electrónico indicaba a Alex que el hombre había abierto el informe enviado. Vagó por las salas de la oficina de Washington, esperando en cierto modo encontrarse con Sykes y ver cómo se desarrollaba la investigación. Alex había redactado miles de informes, pero aquel iba directo a la sede central, algo nada habitual para los agentes rasos como él, a quienes no preparaban para escalar puestos en la jerarquía de la agencia. Cuando uno sabía que los ojos del director iban a recorrer su débil intento de redactar con lógica, el vello de la nuca se erizaba y empezaba a temblar.

Pasó junto al tablero de servicios y advirtió que su foto y la de Simpson estaban bajo un letrero que rezaba: « Misión especial » . Mientras observaba a la mujer de tez aceitunada que le devolvía la mirada desde la foto, murmuró el nombre de « J-Halo » . Quizá debería volver a Alabama. Seguro que su padre estaría encantado.

Mató un poco más de tiempo en su escritorio y al final llegó a la conclusión de que si Sykes quería realmente hablar con él, ya le encontraría.

En la calle se llenó los pulmones del frío aire nocturno y sonrió al pensar en Kate Adams; luego caminó calle abajo con un brío del que había carecido durante mucho tiempo. Pensó en irse a casa pero en realidad necesitaba hablar con alguien. Sin embargo, todos sus buenos amigos eran agentes del Servicio Secreto casados, lo cual implicaba que si no estaban de servicio dedicaban su escaso tiempo libre a sus familias. Y Alex tenía muy poco en común con los jóvenes de la oficina de Washington.

Esto le hizo darse cuenta de que en tres cortos años iba a tener que tomar decisiones importantes. ¿Se retiraría? ¿O iría a otra agencia, viviendo en gran medida de su pensión del Servicio Secreto y almacenando las nóminas del nuevo trabajo? Se llamaba doble retribución. Era totalmente legal y muchos agentes federales lo hacían para completar sus planes de pensiones. Era una forma de compensar sus ingresos después de haber trabajado por un sueldo inferior al del mercado en el sector público.

Buena parte de la vida adulta de Alex era un recuerdo vago: aprender el funcionamiento del servicio, perseguir delincuentes en ocho oficinas de campo distintas, luego las misiones de protección, donde se había pasado todas sus horas alerta yendo de avión en avión, recalando de ciudad en ciudad y de país en país. Había estado tan ocupado preocupándose de los demás que nunca había dedicado demasiado tiempo a preocuparse de él mismo. Y ahora que había llegado el momento de pensar en su futuro, de repente se sentía incapaz de hacerlo. ¿Por dónde empezaba? ¿Qué hacía? Sintió que se avecinaba un ataque de pánico y no de los que se curan con un martini.

Estaba de pie en una esquina decidiendo qué hacer con el resto de su vida cuando sonó su móvil. Al comienzo no reconoció el nombre y el número que aparecían en la pantalla pero luego cayó en la cuenta: era Anne Jeffries, la prometida del difunto Patrick Johnson.

—¿Diga?

—¿No cree que yo sabría si el hombre con quién iba a casarme, el hombre con quién iba a pasar el resto de mi vida, era un puto traficante de drogas?—gritó tan alto que él tuvo que apartarse el teléfono del oído.

—Señorita Jeffries...

—Voy a demandarles. Voy a demandar al FBI y al Servicio Secreto. Y a usted. ¡Y a esa zorra que tiene por compañera!

—Un momento. Entiendo que esté disgustada...

—¿Disgustada? «Disgustada» no describe ni por asomo cómo me siento. No basta con que mataran a Pat, ahora también han destruido su reputación.

—Señorita Jeffries, sólo intento hacer mi trabajo...

—Guárdese las excusas patéticas para mi abogado —espetó antes de colgar.

Alex guardó el teléfono y respiró hondo. Se preguntó a quién llamaría ella a continuación. ¿Al *Washington Post*? ¿A *60 Minutes*? ¿A todos los jefes que había tenido? Llamó al móvil privado de Jerry Sykes. Le salió el buzón de voz y dejó un mensaje detallado sobre su breve pero explosiva conversación con la afligida prometida. Bueno, había hecho lo que había podido. De todos modos, seguro que la mierda acababa salpicándolo todo.

Ahora sí que no tenía ningunas ganas de ir a casa. Quería caminar. Y pensar.

El paseo le llevó, como casi siempre, a la Casa Blanca.

Saludó con un gesto de la cabeza a algunos agentes del Servicio Secreto que

conocía y se paró a charlar con uno que estaba sentado en el interior de un monovolumen tomándose un café. Ambos habían empezado juntos en la oficina de campo de Louisville, aunque sus caminos habían seguido rumbos distintos a partir de entonces.

El presidente daba una cena de gala esa noche, le contó a Alex. Y al día siguiente se marchaba a hacer campaña al Medio Oeste, y a continuación una ceremonia el 11-S en Nueva York.

—Me gusta que los presidentes estén activos —replicó Alex.

Algunos presidentes se mataban a trabajar y no paraban durante doce horas al día, luego se enfundaban un esmoquin y participaban en la vida social de Washington, tras lo cual hacían llamadas desde sus aposentos privados hasta altas horas de la madrugada. A otros presidentes les gustaba pasar el día tranquilos y retirarse temprano. Alex nunca había pensado que la presidencia fuera un cargo «tranquilo».

Entró en Lafayette Park y le sorprendió ver luz en la tienda de Stone. Quizá por fin había encontrado a alguien con quien hablar.

—¿Oliver? —llamó en voz baja.

La tienda se abrió y se encontró ante un hombre que no reconocía.

—Lo siento —se disculpó Alex—. Busco a...

—Agente Ford —dijo Oliver Stone saliendo de la tienda.

—¿Oliver? ¿Eres tú?

Stone sonrió y se frotó el rostro bien afeitado.

—De vez en cuando un hombre necesita empezar de cero —bromeó.

—Anoche pasé a verte.

—Adelphia me lo dijo. Echo de menos nuestras partidas de ajedrez.

—Me temo que yo no daba la talla.

—Has mejorado mucho con los años —repuso Stone con amabilidad.

Mientras había estado destinado a labores de protección, visitaba a Stone siempre que su apretada agenda se lo permitía. Al comienzo era para controlar posibles problemas cerca de la Casa Blanca. Por aquel entonces, Alex consideraba enemigo a cualquiera que estuviera a dos kilómetros a la redonda del lugar y no llevara la placa del Servicio Secreto, y Stone no había sido una excepción.

Lo que realmente intrigaba a Alex sobre Oliver Stone era que parecía no tener pasado. Había oído rumores de que Stone había trabajado para el Gobierno. Por eso consultó todas las bases de datos habidas y por haber para encontrar el historial del hombre, pero no encontró nada. No buscó «Oliver Stone», porque era obvio que se trataba de un nombre falso, sino que consiguió sus huellas dactilares de forma subrepticia y las introdujo en el AFIS, el sistema automatizado de identificación de huellas del FBI. No encontró nada. Luego las introdujo en las bases de datos del ejército, en los archivos informáticos del

Servicio Secreto y en otros bancos de datos. No obtuvo ningún resultado positivo. Por lo que concernía al gobierno de EE. UU., Oliver Stone no existía.

En una ocasión siguió a Stone hasta su casita de cuidador del cementerio. Habló con los representantes de la iglesia, sus propietarios, pero no le dijeron nada sobre el hombre y Alex no tenía motivos para forzar el tema. Había observado a Stone trabajando en el cementerio varias veces y Alex se había planteado registrar su vivienda. No obstante, Stone destilaba algo, una gran dignidad y también una profunda sinceridad que hicieron que al final desechara la idea.

—¿Para qué viniste a verme? —preguntó Stone.

—Pasaba por aquí. Adelpia me dijo que estabas en una reunión.

—A ella le gusta adornar las cosas. Quedé con unos amigos en el Mall. Nos gusta pasear por allí de noche. —Hizo una pausa antes de añadir—: ¿Qué tal van las cosas en la oficina de Washington?

—Está bien volver a trabajar en casos.

—Han matado a uno de vuestros hombres.

Alex asintió.

—Patrick Johnson. Trabajaba en el Centro Nacional de Valoración de Amenazas. Ahora se ha fusionado con el NIC, pero participo en la investigación porque Johnson era una especie de funcionario compartido entre los dos organismos.

—¿Participas en la investigación? ¿Te refieres a que estás investigando el caso?

Alex vaciló, pero carecía de motivos para no reconocer su participación. No era precisamente confidencial.

—Me han asignado para que investigue, aunque parece que ya está solucionado.

—No lo sabía.

—Han encontrado heroína en casa de Johnson. Creen que lo mató alguien del mundo del narcotráfico. —No mencionó la llamada de Anne Jeffries. Esa parte no era pública.

—¿Y tú qué crees? —inquirió Stone mirándolo de hito en hito.

Alex se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Además, no hacemos más que ir a cuestras del FBI.

—Y no obstante han asesinado a uno de los vuestros.

Alex lo miró con expresión inquisidora.

—Sí. Ya lo sé.

—Te he visto a lo largo de los años, agente Ford. Eres observador, diligente, y tienes buen instinto. Creo que deberías emplear tu talento en este caso. Si el trabajo de ese hombre era delicado para la seguridad nacional, un par de ojos extra no están de más.

—He cubierto las bases, Oliver. ¿Y si no fue por drogas?

—Exacto. Si no fue por drogas, ¿por qué fue? Creo que alguien debería responder a esa pregunta. Quizá la respuesta se halle en su trabajo. Ten en cuenta que colocar drogas en su casa sería una forma sencilla de encubrir otro motivo.

Alex se mostró dubitativo.

—Es bastante improbable. Además, el NIC es demasiado parecido a un nido de víboras para un hombre que piensa retirarse dentro de tres años.

—Tres años no es tanto tiempo, agente Ford; nada comparado con los años que has pasado sirviendo a tu país. Y desgraciadamente, sea justo o no, a las personas suelen recordarlas por lo que hicieron al final de su carrera.

—Y si meto la pata en esto, a lo mejor me quedo sin carrera.

—Pero otro elemento importante es que lo que tú recordarás con más claridad también será el final de tu carrera. Y tendrás décadas para arrepentirte, quizá. Y eso sí es mucho tiempo.

Tras despedirse de Stone, Alex regresó a su coche caminando lentamente. Lo que aquel hombre decía tenía sentido. Había aspectos de la muerte de Patrick Johnson que Alex no tenía nada claros. El descubrimiento de las drogas parecía demasiado conveniente, y había otros detalles que no encajaban. En realidad, había investigado el caso con poco entusiasmo, se había mostrado demasiado dispuesto a seguir la senda del FBI y sus conclusiones.

Además Stone estaba en lo cierto a otro nivel. Alex había permanecido en el servicio tras su accidente porque no quería que lo tomaran por un discapacitado. Bueno, tampoco quería dejar su trabajo caminando como un sonámbulo en un caso importante. El orgullo profesional también contaba. Y si no era propio de los presidentes de EE. UU. llevar una existencia tranquila, tampoco lo era para los agentes del Servicio Secreto.

Oliver Stone observó a Alex hasta que desapareció de su vista y luego fue caminando rápidamente hasta su casita del cementerio. Desde allí llamó a Caleb con el móvil que le había dado Milton y le contó ese último encuentro.

—Ha sido un golpe de suerte que no podía dejar escapar —explicó Stone.

—Pero no dijiste nada de que presenciamos el asesinato, ¿verdad?

—Ford es agente federal. Si se lo hubiera dicho, habría tenido clara su obligación. Lo que espero es que saque a la luz algo del NIC, para lo que nosotros carecemos de medios.

—¿Eso no le pondrá en peligro? Me refiero a que si el NIC se dedica a cargarse a sus empleados, tampoco iban a tener reparos en matar a un agente del Servicio Secreto.

—El agente Ford es muy competente. Pero también tendremos que ser sus ángeles de la guarda, ¿no?

Stone colgó y de repente recordó que no había cenado. Fue a la cocina a prepararse una sopa y se la tomó delante del pequeño fuego que había hecho. Los cementerios siempre parecían fríos, independientemente de la estación.

Acto seguido, se sentó en su viejo sillón al lado del fuego con un libro de la muy ecléctica colección que Caleb le había ayudado a reunir. Eso era todo lo que le quedaba: sus amigos, sus libros, algunas teorías y un puñado de recuerdos.

Volvió a mirar la caja con el álbum de fotos y, a pesar de que sabía que era una mala idea, dejó el libro y se pasó la hora siguiente vagando por su pasado. Se detuvo especialmente en las fotos de su hija. En una aparecía con un ramo de margaritas en la mano, su flor preferida. Sonrió al recordar cómo pronunciaba la palabra: «madaritas». En otra foto estaba soplando las velas de un pastel. No era su cumpleaños, pero le habían dado unos puntos en la mano después de caer encima de unos cristales rotos y el pastel era su recompensa por ser tan valiente. El corte le dejó una cicatriz en forma de media luna en la palma derecha. Él se la besaba cada vez que la cogía en brazos. Conservaba tan pocos recuerdos de ella que se aferraba desesperadamente a cada uno de ellos.

Al final su evocación llegó a la última noche. Su casa estaba situada en una zona muy aislada; su jefe había insistido en ello. Hasta después de la agresión Stone no comprendió el motivo de tal exigencia.

Recordó el chirrido de la puerta al abrirse. Aislados de su hija, él y su esposa apenas pudieron salir por la ventana cuando empezaron los disparos silenciados. Stone recordaba visualizar los silenciadores en la boca de las armas. Producían unos ruidos sordos que le quemaban como insectos letales. Y luego su mujer profirió un solo grito, y se acabó. Estaba muerta. Stone mató a dos de los sicarios enviados para ejecutarle aquella noche, utilizando sus propias pistolas en su contra. Y luego se había marchado a un lugar seguro.

Aquella fue la última vez que Stone vio a su mujer y su hija. Al día siguiente fue como si nunca hubieran existido. La casa se vació y borraron todas las señales de la mortífera agresión. Todo intento de encontrar a su hija a lo largo de los años había sido en vano. Beth. Su nombre completo era Elizabeth, pero la llamaban Beth. Era una niña preciosa y el orgullo de su padre. Y la había perdido para siempre en una noche infernal décadas atrás.

Cuando acabó descubriendo la verdad de lo ocurrido aquella noche, se obsesionó con la venganza. Y entonces sucedió algo que le quitó esas ideas de la cabeza: leyó en el periódico sobre el asesinato de un hombre importante en el extranjero. El crimen nunca se resolvió y el hombre dejaba esposa e hijos. Pero Stone reconoció las huellas de su ex jefe en esa matanza. Fue una escena demasiado familiar para él. Entonces se dio cuenta de que no era un hombre por quien mereciera la pena arruinarse la vida vengándose, ni siquiera por el asesinato de su esposa y la desaparición de su hija. Sus propios pecados también eran muchos, cubiertos con el dudoso manto del patriotismo.

Desapareció y viajó por el mundo con distintos nombres falsos. Le resultó relativamente fácil; su gobierno lo había preparado muy bien para hacer precisamente eso. Tras muchos años de vagabundeo, se aferró a la única opción que le quedaba y se convirtió en Oliver Stone, un hombre que protestaba en silencio, que observaba y prestaba atención a cosas importantes de su país que a otros parecían pasarle inadvertidas. Y aun así, no fue suficiente para compensar el dolor por la pérdida de sus seres queridos. Esa sería su cruz hasta el final de sus días.

Cuando se quedó dormido en la silla mientras el fuego iba consumiéndose, la humedad de sus lágrimas todavía brillaba en las páginas satinadas del álbum.

Djamila se levantó a las cinco de la mañana en su pequeño apartamento de las afueras de Brennan, Pensilvania. Poco después del amanecer acometió su primera oración del día. Tras lavarse, quitarse los zapatos y cubrirse la cabeza, llevó a cabo los rituales islámicos de ponerse en pie, sentarse, inclinarse y postrarse sobre la esterilla de oraciones. Empezó por la *shahada*, la declaración básica de la fe musulmana: *La ilaha illa'Llah* (« No hay otro dios excepto Alá »). A continuación recitó la sura inicial, el primer capítulo del Corán. Las invocaciones se realizaban en silencio, tan sólo moviendo los labios mientras pronunciaba las palabras. Cuando hubo terminado su *salat*, se cambió de ropa y se preparó para ir al trabajo. Luego se sentó a desayunar.

Mientras contemplaba su diminuta cocina, Djamila reflexionó sobre la conversación mantenida con Lori Franklin el día anterior. Djamila había mentido a su patrona, aunque la americana no habría tenido forma de darse cuenta del engaño. Según su documentación oficial, Djamila era saudí. Eso, y el hecho de ser mujer, había permitido su entrada sin problemas en EE. UU., incluso después del 11-S. De hecho Djamila era iraquí de nacimiento, musulmana suní en cuanto a práctica religiosa, al igual que más del ochenta por ciento de los musulmanes, aunque en Irak los suníes estuvieran en minoría. Al comienzo, los suníes chocaron con sus homólogos chiíes, sobre todo por el tema de la sucesión del profeta Mahoma. En la actualidad las diferencias eran más profundas y amargas.

Los chiíes creían que el cuarto califa justo, Alí ben Abi Tabib, yerno y primo de Mahoma, era el verdadero sucesor del Profeta. Los chiíes realizaban un peregrinaje a la mezquita azul de Mazar-i-Sharif donde estaba enterrado Alí. Los suníes creían que Mahoma no había nombrado a ningún sucesor y por tanto decidieron que los califatos asumieran el poder del Profeta después de su muerte. Suníes y chiíes acordaron que ninguno de los califas llegaba al nivel de Profeta; sin embargo, el hecho de que tres de los cuatro califas sufrieran una muerte violenta testimoniaba hasta qué punto la población musulmana estaba dividida sobre el tema.

Bajo el régimen secular de Sadam Husein, Djamila había podido conducir coches, mientras que en Arabia Saudí no habría podido. Los saudíes seguían una forma de *sharia* (ley islámica) muy estricta. Esta rigurosidad exigía que las

mujeres fueran totalmente cubiertas en todo momento, y les prohibía votar e incluso salir de casa sin el permiso de sus esposos. La autoritaria policía religiosa hacía cumplir estas normas a rajatabla.

También existía la conocida « plaza Chop-Chop », la plaza principal del centro de Riad. Todos los viernes quienes incumplían la *sharia* recibían un castigo público. Djamila había acudido en una ocasión y observado horrorizada cómo cinco personas perdían las manos y otras dos la cabeza. La *fallaga* era un castigo más sutil: se trataba de una paliza en la planta de los pies que no dejaba marcas, aunque la víctima no podía andar a causa del insoportable dolor.

El resto del mundo había mirado hacia el otro lado en gran medida desde que el rey Ben Saud, conquistador de Arabia y gobernante que dio nombre al país, contrató a geólogos para que buscaran agua, pero resulta que encontraron petróleo. Dado que por lo menos un cuarto de las reservas mundiales de oro negro, recurso ansiosamente codiciado por el mundo industrializado, se encontraba bajo las arenas del país, los saudíes podían hacer lo que les viniera en gana sin temor a represalias.

Sin embargo, Djamila no había mentido por completo a Franklin. Dado que vivía en Bagdad y era musulmana suní igual que Sadam Husein, había vestido a su antojo y tenía estudios. No obstante, no quería vivir bajo la égida del dictador iraquí. Había perdido a amigos y familiares, « desaparecidos » tras expresar su rechazo al déspota. Durante la invasión estadounidense de Irak, rezó para que Sadam fuera derrocado, y sus oraciones tuvieron respuesta. Al comienzo, ella y su familia recibieron a los norteamericanos y sus aliados como héroes por devolverles la libertad. Pero la situación cambió rápidamente.

Djamila volvió un día del mercado y se encontró la casa familiar reducida a escombros tras un ataque aéreo equivocado. Toda su familia, incluidos sus dos hermanos pequeños, murió. Después de esa tragedia Djamila fue a vivir a Mosul con unos familiares, pero también fueron víctimas de un bombardeo durante la sublevación por la presencia estadounidense en Irak.

Entonces Djamila viajó a Tikrit para vivir con una prima, pero la guerra también la obligó a huir de allí. Desde ese momento se quedó sin casa y se unió al creciente número de personas básicamente convertidas en nómadas, siempre atrapadas en la lucha entre un ejército de sublevados cada vez mayor y EE. UU. y sus aliados. En uno de esos grupos había conocido a un hombre que despotricaba contra los estadounidenses alegando que no eran más que imperialistas que codiciaban el preciado petróleo. Argüía que todos los musulmanes tenían la obligación de contraatacar al enemigo del islam.

Al igual que muchos musulmanes, la única *yihad* que Djamila había practicado era la « gran *yihad* », la lucha interna por ser una mejor seguidora del islam. Era obvio que aquel hombre hablaba de otra *yihad*, la « *yihad* menor », la guerra santa, concepto originado en el islam del siglo VII. Al comienzo Djamila

desestimó al hombre y sus declaraciones como simples desvaríos, pero a medida que su situación se tornaba más complicada, empezó a hacerle caso a él y otros como él. Lo que decía, sumado a los horrores presenciados de primera mano, empezaron a cobrar sentido para una joven que lo había perdido todo. Y pronto su consternación y desesperanza se convirtieron en otra cosa: ira.

Al cabo de poco tiempo se trasladó a Pakistán y luego a Afganistán, donde aprendió a hacer cosas que nunca habría imaginado. Durante su estancia en Afganistán llevó el *burka*, se mordió la lengua y obedeció a los hombres. Iba al mercado y la ropa enseguida se le hinchaba porque introducía todas sus compras debajo. El *burka* tenía una rejilla delantera para la cara, diseñada de forma que eliminaba la visión periférica de la mujer. Si quería mirar algo tenía que girar toda la cabeza. Así, según se decía, el marido siempre sabía qué llamaba la atención de su esposa. Muchos *burkas* permanecieron incluso después de la caída de los talibanes. Pero Djamila era consciente de que ni siquiera las mujeres que no lo usaban eran realmente libres, dado que sus esposos y hermanos, e incluso sus hijos, controlaban todos los aspectos de su vida.

Tras varios meses de instrucción, se marchó a Estados Unidos, junto con muchos otros como ella, todos con documentación falsa y la misión ardiente de contraatacar al enemigo que había destruido su vida. A Djamila le habían enseñado que todo lo estadounidense era malvado, que la vida y los valores occidentales eran contrarios a la fe musulmana y que su objetivo principal era la destrucción completa del islam. ¿Cómo no iba a luchar contra un monstruo como aquel?

Repartió sus primeros tiempos en EE. UU. entre la monotonía y las experiencias reveladoras. Durante semanas su única misión consistió en llevar mensajes aquí y allá. No obstante, veía América, el gran enemigo por primera vez. Visitó algunas tiendas con una mujer afgana, quien se escandalizó al ver imágenes de personas en los productos expuestos. Bajo los talibanes todas esas imágenes estaban prohibidas.

Los norteamericanos eran personas voluminosas con un hambre voraz y coches enormes. Djamila nunca había visto coches como aquellos. Las tiendas estaban llenas, la gente vestía todo tipo de prendas distintas. Los hombres y las mujeres se abrazaban por la calle, incluso se besaban delante de desconocidos como ella. Y las cosas se movían tan rápido que apenas le daba tiempo a seguirlos. Era como si la hubieran propulsado al futuro. Todo aquello la aterraba e intrigaba a la vez.

Luego la habían apartado del grupo con que llegó al país y trasladado a otra ciudad, donde recibió más instrucción. Le dieron una identidad nueva, con referencias incluidas. Y también le entregaron la furgoneta tan especial que conducía. A continuación la enviaron a Brennan y pasó a ser la niñera de los Franklin. Disfrutaba con su trabajo y le encantaba estar con los niños, pero a

medida que pasaba el tiempo tenía más ganas de volver a su país. América no estaba hecha para ella.

Siempre había anhelado que llegara el momento de realizar la *haji*, la peregrinación al lugar más sagrado del islam, la Meca, en la ciudad natal de Mahoma, Hejaz. De niña había oído historias de familiares que habían realizado el acto más importante en la vida de un musulmán. Se imaginaba de pie en un círculo alrededor de la Gran Mezquita o Al Masjid *al Haram*, orando en la Meca.

El peregrinaje seguía en Muzdalifa, donde se practicaba el Rezo Nocturno y se recogían veintinueve guijarros para la lapidación simbólica de Satanás en Mina. Pasaban dos o tres días en Mina para realizar distintas ceremonias antes del regreso a la Meca. Las familias que habían realizado la peregrinación podían añadir la palabra *haji* a su nombre.

De niña Djamilá se sentía especialmente atraída por las historias de la celebración de los cuatro días subsiguiente: el *Id al Adha*, la Fiesta del Sacrificio, también llamada Fiesta Mayor. Asimismo, anhelaba pintar el medio de transporte utilizado para la peregrinación en la puerta delantera de su casa, vieja costumbre egipcia que a veces imitaban otros musulmanes. Sin embargo, no había tenido la oportunidad de viajar a la Meca antes del estallido de la guerra en su país. Ahora dudaba de que lograra realizar el viaje alguna vez. De hecho, le parecía muy poco probable volver a su tierra natal en algo que no fuera un ataúd.

Recogió lo que necesitaba para el trabajo y se dirigió a la furgoneta. Echó un vistazo a la parte trasera del vehículo. El coche escondía una prestación añadida que el fabricante nunca habría soñado en ofrecer.

En el centro de Brennan, el capitán Jack cerró la compra de su nueva propiedad, un taller de reparación de automóviles. Vestido con un elegante traje, el distinguido «hombre de negocios» tomó las llaves y dio las gracias al vendedor y a su agente, antes de marcharse en su Audi descapotable. Le sonrieron, contaron el dinero y le desearon suerte. «Buena suerte también para vosotros —habría querido responderles—. Y buena suerte a la ciudad de Brennan, porque seguro que la necesitará».

Al cabo de unos minutos aparcaba junto a la acera, encendía su ordenador, se conectaba a Internet y entraba en la sala de chat. La película del día era *El mago de Oz*. Recordó haberla visto de niño. A diferencia de muchos espectadores, siempre había simpatizado con la difícil situación de los monos voladores esclavizados. Dejó un mensaje en el que convocaba una reunión en el parque.

El taller de coches sería uno de los elementos más críticos de la operación, y ahí era donde entraba la mujer. Si ella fallaba, su trabajo no habría servido de nada. Hay ciertas cosas que no se averiguan a través de *e-mails* sin rostro, por

ejemplo, saber si la persona poseía las agallas necesarias para realizar el trabajo.

A veces había que comprobarlo en persona.

Estaba nublado y hacía frío, por lo que el parque estaba prácticamente vacío. El capitán Jack se sentó en un banco, leyó el periódico y se tomó un café. Había pasado media hora haciendo un reconocimiento del terreno antes incluso de dejar el coche. Las probabilidades de que alguien le vigilara eran bastante remotas. No obstante, en su profesión era imposible sobrevivir si no se tenían en cuenta todos los detalles.

Las primeras páginas estaban repletas de noticias importantes: sorprendentemente, el mercado de valores había subido el día anterior tras bajar el día antes. La liga de fútbol americano estaba al rojo vivo, lo que se había dado en llamar « guerra en el terreno de juego » . Bueno, al menos los que no habían estado en una de verdad la llamaban así. También se enteró, consternado, de que una estrella de cine dejaba a su esposa por otra estrella de cine. Y luego leyó sobre un músico de rock que había hecho *play back* durante un concierto. Y que un coche bomba había matado a tres israelíes en esa lucha de nunca acabar. No tardaría en haber represalias, proclamaban los funcionarios israelíes. El capitán Jack lo sabía muy bien. Con los israelíes no se juega. Y pese a que era un hombre muy valiente, curtido en numerosas batallas, aun así incluso él evitaba hacer enfadar a los israelíes.

Escondida en las últimas páginas del periódico, leyó que en África el sida seguía matando a millones de personas. Luego ojeó un artículo sobre cómo las guerras civiles de ese continente habían segado la vida de otros tantos millones. La mitad del mundo vivía en la más absoluta miseria, afirmaba otro artículo. Miles de niños morían a diario porque no tenían nada que llevarse a la boca.

Dejó el periódico. No podía decirse que fuera un moralista pues había matado a muchas personas en su vida. Si el cielo y el infierno existían, no dudaba dónde estaría su eterna morada. « Pero, vamos a ver, ¿incluir la noticia de un *play back* en la portada? » .

Oyó primero a los niños pero no miró en esa dirección. A continuación oyó el sonido del columpio y luego los gritos de placer de los niños. Sonrió.

Al final el bullicio de los niños se fue acallando. Transcurrieron unos minutos y entonces oyó que las puertas del vehículo se abrían y se cerraban. Acto seguido, pasos que se acercaban a él; acompañados, tranquilos. Luego un ligero crujido procedente de la parte trasera del banco al sentarse la persona. Inmediatamente levantó el periódico.

—Creo que los Steelers podrían ganar la liga este año, ¿no cree? —dijo él.

—No, y o he apostado por los Patriots.

—¿Está segura?

—Estoy muy segura de lo que digo. Si tuviera dudas me quedaría callada.

Una vez cumplimentado el trámite de la identificación, el capitán Jack fue al grano.

—¿Va bien el trabajo en casa de los Franklin?

—Muy bien —respondió Djamilá.

—¿Las rutinas están claras? ¿No te pillarán desprevenida?

—Su vida es muy sencilla. Él se pasa el día trabajando y ella jugando.

Él advirtió la crítica que escondían esas palabras.

—¿Lo crees así?

—No sólo lo creo; lo sé. —Hizo una pausa antes de añadir—: Los americanos me dan asco.

—¿Ah sí?

—Son unos cerdos malvados. Todos ellos.

Él pronunció una palabra en árabe que acalló a Djamilá.

—Escúchame —dijo entonces con firmeza—. Hay americanos malos y musulmanes malos. Pero la mayoría quiere vivir en paz y ser felices, tener un hogar, formar una familia, rezarle a Dios y morir con dignidad.

—¡Destruyen mi país! Dicen que Irak está de acuerdo con Al Qaeda y los talibanes. Es una locura. Husein y Bin Laden eran enemigos mortales, es de todos sabido. Y quince de los diecinueve terroristas del 11-S eran saudíes. Pero no veo que los tanques americanos recorran las calles de Riad.

—Derrocan a un hombre al que ayudaron a mantenerse en el poder, lo sé —admitió él—. Pero Irak no posee una parte de EE. UU. como es el caso de los saudíes. Además, todas las grandes civilizaciones destruyen a otras que se interponen en su camino. Podrías hablar del tema con los indios norteamericanos. Y si quieres enterarte de la crueldad entre musulmanes, visita a los kurdos.

—Ahora me dices esto. ¡Precisamente ahora! ¿Por qué? ¿Por qué?

El capitán Jack respondió con voz serena pero firme.

—Porque la ira que tú confundes con pasión es lo único que podría destruir todo por lo que hemos trabajado. Necesito que te centres, no que odies. El odio provoca comportamientos irracionales. Y yo no tolero las ideas irracionales, ¿entendido?

Hubo un silencio.

—¿Entendido?

—Sí —dijo Djamilá al final.

—Bien. El plan ha cambiado. De hecho ahora está más claro. Quiero que me escuches con cuidado. Y luego practicarás la nueva rutina una y otra vez hasta que puedas repetirla dormida.

Cuando él acabó de explicarle los nuevos detalles, ella reconoció:

—Como dices, es más fácil. Así lo haré en casa de los Franklin.

—Bien. Pero tenemos que pensar en todo. Ese día, si la rutina de los Franklin

varía por algún motivo, y podría ser porque los presidentes no visitan tu ciudad todos los días, alguien te apoyará. ¿Recuerdas lo que tienes que decir?

—Se avecina una tormenta —respondió Djamila—. Pero no creo que sea necesario.

—Si es necesario, se hará —replicó él con severidad, en árabe.

Ella vaciló antes de preguntar:

—¿Y si llega la tormenta?

—Entonces harás lo que viniste a hacer aquí. Y si te pillan tendrás tu recompensa. Como *fedaya*.

Djamila sonrió al observar un punto en el cielo nublado por el que se filtraba un rayo de sol. Nunca la habían llamado *fedaya*.

Aún seguía mirando ese punto cuando el capitán Jack se marchó.

Él había averiguado lo suficiente.

—Pensaba que el caso estaba cerrado —dijo Jackie Simpson mientras abandonaban la oficina de Washington en el soche de Alex.

—Yo nunca he dicho tal cosa.

—El FBI encontró las drogas; tú presentaste el informe. Dijiste que ibas a volver a perseguir falsificadores y a estar apostado. Lo recuerdo con claridad porque entonces fue cuando me diste ese fabuloso consejo sobre mi carrera.

—Anoche recibí una llamada de Anne Jeffries —dijo Alex—. Dijo que lo de las drogas era una gilipollez. Amenazó con demandarnos.

—Menuda imbécil. No puede demandarnos por hacer nuestro trabajo. Joder, como si hubiéramos colocado nosotros las drogas en casa de Johnson.

Él la miró.

—Pero ¿y si las colocó otra persona?

Ella lo observó con expresión escéptica.

—¿Colocarle las drogas? ¿Por qué?

—Eso es lo que tenemos que descubrir. Este caso no es nada claro desde el comienzo.

—Está más claro que el agua si aceptas el hecho de que Johnson ganó un montón de dinero traficando con drogas; iba a casarse y no veía otra salida.

—Si no veía otra salida, ¿por qué aceptó casarse desde un buen comienzo?

—Quizás a pesar de su aspecto normalucho, la pequeña Annie sea una fiera en la cama y haya exigido un anillo en el dedo para seguir desnudándose. Así que él cede pero luego se lo piensa mejor. Se siente atrapado y decide que la única salida es pegarse un tiro.

—¿Bromeas?

—Tú no sabes mucho de mujeres, ¿no?

—¿A qué te refieres exactamente?

—A que ser la mera destinataria de sólo la lujuria de un hombre acaba cansando. Las mujeres desean relaciones duraderas de las que llevan un diamante incorporado. Los hombres sólo quieren aventuras sin compromiso.

—Gracias por reducir a un estereotipo toda la raza humana; ha sido muy instructivo.

—Bueno, tengo otra teoría: Johnson traficaba con drogas pero quería dejarlo

en cuanto se casara. Pero no es la clase de negocio que uno deja así como así. Y como regalo de boda sus compinches decidieron darle una bala en vez de una tostadora.

—¿En la isla en que tuvo su primera cita? ¿Cómo iban a saberlo?

—A lo mejor por Anne Jeffries, la señorita que ahora tanto asegura que su amorcito no tenía nada que ver con las drogas.

—¿Entonces crees que miente?

—O es tonta de remate o miente.

—Entonces si a ella le daba igual, ¿por qué suicidarse?

—Quizás él quería apartarse de ese mundillo pero ella no.

Alex negó con la cabeza.

—Y conchabada con los traficantes, mata a su prometido. Venga ya.

—Es tan posible como tu teoría.

—No creo que Anne Jeffries sepa diferenciar la heroína del azúcar ni siquiera tragándose las.

—Lo que tú digas. —Simpson se cruzó de brazos—. ¿Adónde vamos?

—¿Recuerdas los dos hombres que conocimos en la isla Roosevelt, Reinke y Peters? Les he llamado. Han acabado el análisis caligráfico y pensé que podíamos ir a enterarnos de los resultados, recuperar nuestra nota y de paso curiosear un poco.

—¿Curiosear un poco! ¿Sabes que cuando el presidente va al NIC, a los del Servicio Secreto ni siquiera les dejan estar en ciertas plantas porque nuestros privilegios de seguridad no son suficientes?

—Sí, lo sé. Y me fastidia —reconoció Alex.

—¿Y qué esperas encontrar allí?

—Como parte de nuestra investigación tenemos que saber qué función tenía Johnson en el NIC.

—¿Qué ha sido del hombre que no quería tirar por la borda sus tres últimos años?

Alex paró el coche en un semáforo rojo y la miró.

—Si resulta que me da miedo meter la pata, entonces mejor devuelvo la placa ahora mismo. Pero como no estoy dispuesto a hacerlo...

—Suena maravillosamente patriótico. ¿Se te acaba de ocurrir?

—Anoche un viejo amigo me lo hizo ver así.

El semáforo cambió a verde y continuaron. Él la miró un momento y entonces se dio cuenta, porque se había desabotonado la chaqueta.

—Llevas una SIG 357.

Ella evitó mirarle.

—Mi otra pistola pesaba demasiado.

Alex observó que tampoco llevaba su habitual pañuelo vistoso en el bolsillo del pecho.

Iban circulando por la zona occidental del condado de Fairfax, por la carretera 7, cuando Simpson por fin habló.

—Anoche cené con mi padre.

—¿Y qué tal está el bueno del senador?

—Iluminado —respondió ella lacónicamente.

Alex tuvo la prudencia de quedarse callado.

Cuando llegaron a la entrada principal del NIC, Alex recorrió con la mirada el enorme complejo que se extendía ante sus ojos.

—¿Se puede saber cuál es el presupuesto del NIC?

—Es secreto, como el nuestro —respondió Simpson.

Tardaron casi una hora en superar todos los controles de seguridad e incluso entonces, a pesar de sus protestas, tuvieron que entregar sus armas. Un par de guardias armados los escoltaron por los pasillos y un inquisidor doberman no dejaba de olisquear el pantalón de Alex.

—No olvides que jugamos en el mismo equipo, amiguito —le dijo al perro.

Los guardias ni siquiera esbozaron una sonrisa.

Dejaron a los dos agentes del Servicio Secreto en una pequeña sala y les dijeron que esperasen. Y esperaron y esperaron.

—¿Son imaginaciones mías o estamos en un país extranjero? —dijo Alex con acritud mientras hacía una pelota con un trozo de papel y fallaba el lanzamiento de tres puntos dirigido a la papelera.

—Tú eres quien quería venir —repuso su compañera—. Tengo un montón de casos en la oficina de Washington en los que podría estar trabajando para ir forjando mi carrera.

La puerta se abrió antes de que Alex respondiese y Tyler Reinke entró seguido por Warren Peters.

—Cuánto tiempo sin vernos —dijo Alex mientras consultaba aparatosamente el reloj—. Me alegro de que hayáis podido venir.

—Sentimos la espera —se disculpó Reinke con indiferencia. Extrajo un papel y todos se sentaron alrededor de una pequeña mesa en el centro de la sala—. La letra de la nota coincide con la de Johnson —afirmó—. No cabe duda. —Les pasó los resultados del análisis para que los examinaran.

—No es ninguna sorpresa —declaró Alex—. ¿Dónde está la nota?

—En el laboratorio.

—Bueno. —Alex esperó pero ninguno de los dos hombres dijo nada—. La necesito.

—De acuerdo, muy bien —dijo Peters.

—Quizá tardemos un poco —añadió Reinke.

—Esperaba que lo dijerais porque queríamos echar un vistazo al despacho de

Johnson y hablar con algunos de sus compañeros. Para tener una idea de cómo era su trabajo.

Los hombres lo miraron con expresión vacua.

—Me temo que no podrá ser —dijo Peters.

—Chicos, estamos investigando un homicidio. Necesito un poco de colaboración.

—Ya hemos colaborado haciendo el análisis caligráfico para vosotros. Además, parece bastante claro que se suicidó. Esa también es la conclusión del FBI.

—Las apariencias engañan —espetó Alex—. E investigar el lugar de trabajo de una persona es lo normal en este tipo de casos.

—La zona de trabajo de Patrick Johnson está restringida a los mayores niveles de privilegios de seguridad —dijo Reinke—. Sin excepciones. Y vuestros privilegios no son suficientes. Lo he comprobado.

Alex se inclinó y lo miró fijamente.

—He custodiado al presidente de EE. UU. durante cinco años. Yo trabajaba en el Equipo Operativo Antiterrorista mientras vosotros todavía os tirabais a las animadoras de la universidad. He velado por la seguridad de reuniones de jefes de Estado Mayor en las que hablaban de cosas que hace este país que os harían cagar en vuestros pantalones de Brooks Brothers.

—Vuestros privilegios de seguridad no son suficientes —insistió Reinke impertérrito.

—Entonces tenemos un problema. Podemos solucionarlo por la vía fácil o por la difícil.

—¿A qué te refieres? —preguntó Peters.

—A que puedo conseguir una orden de registro del lugar de trabajo de Johnson y hablar con sus compañeros, o podéis dejarme a pesar de no tener los jodidos privilegios de seguridad.

Reinke sonrió y negó con la cabeza.

—Ningún tribunal emitiría una orden de registro contra estas instalaciones.

—Vaya, ¿ahora sacáis el as de la seguridad nacional? —replicó Alex con desdén.

—El Servicio Secreto lo hace continuamente —replicó Peters.

—No para algo así. Y dejadme que os recuerde que ahora trabajo para el Departamento de Seguridad Nacional, no para los peles del Tesoro.

—Cierto. Y el director de Seguridad Nacional está bajo las órdenes de Carter Gray.

—Y una mierda, los dos son secretarios del gabinete.

—¿Habéis acabado de discutir para ver quién la tiene más grande? —intervino Simpson—. Porque me estoy aburriendo.

La puerta se abrió y tanto Reinke como Peters se pusieron en pie con

presteza.

Ahí estaba Carter Gray. Alex observó pasmado cómo Gray se acercaba a Simpson y le daba un abrazo y un beso en la mejilla.

—Estás tan guapa como siempre, Jackie. ¿Qué tal va todo?

—He tenido días mejores —respondió ella y miró a Alex con ceño antes de volverse hacia Gray—. Te presento a mi compañero Alex Ford.

Gray asintió.

—Encantado de conocerte, Alex.

—Gracias, señor.

—Anoche cené con papá —dijo Simpson.

—El senador tiene que venir conmigo a cazar ciervos otra vez. La última vez cacé uno enorme, pero no he vuelto a tener suerte desde entonces.

—Se lo diré.

—¿En qué puedo ayudaros?

Simpson le dijo que querían echar un vistazo al despacho de Patrick Johnson.

—Les he dicho que carecen de los privilegios de seguridad adecuados, señor —explicó Reinke.

—Por supuesto. —Gray miró a Simpson—. Vamos, Jackie, os llevaré yo mismo a la zona. —Volvió a mirar a sus subalternos—. Podéis retiraros —dijo lacónicamente, y los dos se marcharon sin rechistar.

—Joder, no me habías dicho que conocías al pez gordo —susurró Alex al oído de Simpson mientras Gray los conducía pasillo abajo.

—No me lo preguntaste.

—¿De dónde lo conoces?

—Es mi padrino.

Mientras Alex y Simpson intentaban hacer algún progreso en el NIC, Oliver Stone jugaba al ajedrez en un parque cercano a la Casa Blanca. Su contrincante, Thomas Jefferson Wyatt, conocido por todos como TJ, era un viejo amigo que llevaba trabajando en la cocina de la Casa Blanca casi cuarenta años.

TJ pertenecía a una congregación de la Iglesia Metodista Unida, propietaria del cementerio Mount Zion. Él era quien había ayudado a Stone a conseguir el trabajo de cuidador.

Si las inclemencias del tiempo no lo impedían, Stone y Wyatt jugaban a menudo al ajedrez cuando este último tenía libre. De hecho, se habían hecho amigos gracias al ajedrez.

Stone movió una pieza sin su parsimonia habitual y el resultado adverso no se hizo esperar, porque Wyatt le comió la dama.

—¿Estás bien, Oliver? —preguntó—. No sueles cometer errores de principiante.

—Es que tengo unos asuntos en la cabeza, TJ. —Se recostó en el banco del parque y miró a su amigo de hito en hito—. Al parecer tu jefe permanecerá en el cargo cuatro años más.

Wyatt se encogió de hombros.

—Vistos desde la cocina, los presidentes se parecen mucho entre sí, republicanos o demócratas: todos comen. Pero no me malinterpretes. No lo está haciendo mal. Nos trata bien, nos respeta. También respeta al Servicio Secreto, y eso no lo hacen todos. Uno supone que habría que tratar muy bien a las personas que están dispuestas a recibir un balazo en tu lugar. —Meneó la cabeza—. He visto algunas cosas en ese sentido que dan asco.

—Hablando del Servicio Secreto, anoche vi al agente Ford.

Wyatt se animó.

—Vaya, él sí es buena persona. Ya te conté que después de la muerte de Kitty, cuando tuve una pulmonía, iba a verme todos los días que podía.

—Ya me acuerdo.

Stone adelantó un alfil.

—Ayer vi aterrizar a Carter Gray en la Casa Blanca.

—A los del Servicio Secreto eso no les gusta nada. El único helicóptero que

tendría que aterrizar es el *Marine One* con el presidente y ya está.

—El cargo de Gray le permite establecer sus propias normas.

Wyatt sonrió, se encorvó y bajó la voz.

—He oído unos rumores sobre él que son para morir.

A veces sus partidas de ajedrez incluían el intercambio de cotilleos relativamente inofensivos. El personal doméstico de la Casa Blanca solía mantener su puesto durante años y era conocido tanto por la dedicación meticulosa a sus obligaciones como por su discreción, lo cual era de suma importancia para la familia del presidente. Stone había tardado varios años en conseguir que Wyatt se sintiera cómodo hablando de cosas que sucedían en la Casa Blanca, por banales que fueran.

—El presidente pidió a Gray que le acompañara a Nueva York el 11-S para el discurso que pronunciará en la zona cero. —Wyatt hizo una pausa y miró a un transeúnte.

—¿Y? —preguntó Stone.

—Y Gray rechazó la invitación.

—Eso es un poco descarado, incluso para Gray.

—Bueno, y a sabes lo que le pasó a su esposa y su hija, ¿no?

—Sí. —Había conocido a Barbara Gray hacía décadas. Era una mujer con un sentido de la compasión del que su marido siempre había carecido. Stone la había respetado de inmediato y consideró que su único defecto parecía el no saber elegir marido.

—Luego le pidió que lo acompañara a esa ciudad de Pensilvania, la que ha cambiado su nombre por el de Brennan.

—¿Y va a ir?

—No iba a rechazar dos invitaciones, ¿no?

—No, claro —convino Stone.

Wyatt estudió el tablero y acercó su torre al caballo de Stone.

—Creo que Gray tiene ciertos problemas personales que resolver —dijo este mientras se planteaba sus opciones—. Ese tal Patrick Johnson que encontraron muerto en la isla Roosevelt trabajaba para el NIC.

—Oh, sí, en la casa grande se habla mucho del tema.

—¿El presidente está preocupado?

—Él y Gray están muy unidos. Si Gray se llena de mierda, es probable que salpique al presidente. Brennan no es tonto; es leal pero no idiota. —TJ miró alrededor—. Esto no es un chisme, lo sabe todo el mundo.

—Estoy seguro de que el NIC y la Casa Blanca se han estado trabajando a los medios, porque esta mañana en las noticias no han dicho gran cosa sobre el tema.

—Sé que el presidente ha pedido muchos tentempiés y café a altas horas de la noche. El hombre está a punto de iniciar la campaña electoral y no quiere que nada desbarate sus planes. Y un cadáver puede desbaratar muchas cosas.

Cuando acabaron la partida y Wyatt ya se había marchado, Stone se quedó cavilando. O sea que Gray iba a ir a Brennan, Pensilvania. Qué interesante. A Stone le había parecido un poco descarado que la ciudad orquestara esa maniobra, pero al parecer salía a cuenta.

Estaba a punto de marcharse cuando Adelpia apareció con dos tazas de café. Se sentó y le tendió una.

—Ahora café y charlar —dijo ella con firmeza—. Si no tener que ir a una reunión —ironizó.

—No, no tengo ninguna reunión. Y gracias por el café. —Hizo una pausa antes de añadir—: ¿Cómo sabías que me encontrarías aquí?

—Ya ves, no ser gran secreto. ¿Adónde ir cuando juegas una partida de ajedrez? Siempre aquí. Con ese hombre negro que trabaja en Casa Blanca.

—No sabía que mis movimientos eran tan predecibles —repuso él.

—Los hombres siempre ser predecibles. ¿Te gusta café?

—Muy bueno. —Hizo otra pausa y comentó—: Oye, no son baratos, Adelpia.

—Tampoco yo tomar cien cafés todos los días.

—¿Pero tienes dinero?

Ella se fijó en su ropa nueva.

—¿Y tú sí que tienes dinero?

—Tengo trabajo. Y mis amigos me ayudan.

—A mí no ayudar nadie. Yo trabajar por dinero.

A Stone le extrañó no haberle preguntado nunca por el tema.

—¿A qué te dedicas?

—Costurera para una lavandería. Trabajar cuando quiero. Me pagan bien. Y me dar alojamiento por un buen precio —declaró—. Y así puedo tomar café cuando quiero.

—Saber coser debe de ser muy gratificante —comentó Stone con aire distraído.

Se quedaron callados, contemplando las personas que había en el pequeño parque.

Al final Adelpia rompió el silencio.

—¿Y qué tal partida de ajedrez? ¿Ganar tú?

—No. He sido derrotado por mi falta de concentración y el gran talento de mi contrincante.

—Mi padre ser muy bueno jugando al ajedrez. Era un... ¿cómo se dice...? —Vaciló—. Mi padre, era... ¿cómo se dice? *Wielki Mistrz*.

—¿Un gran campeón? No; es más correcto « un gran maestro » , ¿verdad?

Ella lo miró con expresión severa.

—¿Hablar polaco?

—Un poco.

—¿Visitar Polonia?

—Hace mucho tiempo —dijo él, y bebió un sorbo de café observando cómo la brisa mecía suavemente las hojas de los árboles bajo los que estaban sentados—. ¿Entonces eres de allí? —preguntó. Adelpia nunca le había hablado de su país de origen.

—Nacer en Cracovia pero luego mi familia trasladarse a Bialystok. Como yo era niña, también ir.

Stone había estado en esas dos ciudades pero no pensaba decírselo.

—Sólo conozco Varsovia y, como he dicho, estuve allí hace mucho tiempo. Probablemente antes de que nacieras.

—Ja, es un detalle que tú decir, ¡aunque ser mentira! —Dejó el vaso en el banco y lo miró—. Ahora Oliver parecés más joven.

—Gracias a tu habilidad con las tijeras y la maquinilla de afeitar.

—¿Y tus amigos no pensarlo también?

—¿Mis amigos? —dijo él, mirándola.

—Yo verlos.

Él volvió a mirarla.

—Bueno, todos han venido a visitarme a Lafayette Park.

—No; quiero decir que verlos en reuniones.

Él intentó disimular la preocupación que le causaron aquellas palabras.

—¿O sea que me has seguido a las reuniones? Espero que no te resultaran demasiado aburridas. —¿Qué habría visto u oído?

Ella adoptó una expresión tímida y, como si le leyese el pensamiento, dijo:

—Quizás oír cosas o quizá no.

—¿Cuándo fue eso? —inquirió él.

—O sea que por fin hacerme caso. —Se acercó más a él y le dio una palmadita en la mano—. No preocuparte, Oliver, no ser espía. Ver cosas pero no oír. Y lo que ver, pues... no decir a nadie. Nunca.

—Tampoco es que digamos o hagamos nada de gran interés.

—¿Buscar la verdad, Oliver? —dijo ella sonriendo—. En tu pancarta, querer saber la verdad. Lo sé. Es lo que buscar un hombre como tú.

—Me temo que a medida que pasan los años, tengo cada vez menos posibilidades de averiguarla.

De repente Adelpia miró a una persona que iba tambaleándose por el parque. Cualquiera que hubiera andado por las calles de Washington en los últimos diez años probablemente había visto esa imagen lamentable. Tenía muñones de hueso y piel en vez de brazos, y las piernas tan torcidas que era un milagro que se mantuviese en pie. Solía ir medio desnudo, incluso en invierno, y descalzo. Tenía los pies llenos de cicatrices y llagas, los dedos retorcidos y una mirada vacía, y le caía un hilo de baba por el mentón. Según se decía, ni siquiera podía hablar. Llevaba una bolsita colgada alrededor del cuello. En la camiseta

harapienta llevaba escrita una palabra con trazos infantiles: « Ayuda » .

Stone le había dado monedas en numerosas ocasiones y sabía que dormía encima de una rejilla de la calefacción junto al Departamento del Tesoro. Había intentado ayudar al hombre en varias ocasiones, pero estaba demasiado trastornado. Stone desconocía si algún organismo gubernamental lo ayudaba.

—Dios mío, ese pobre hombre. El corazón encoger de ver su sufrimiento — dijo Adelpia. Fue hasta él y le introdujo unas monedas en la bolsita. Él balbuceó algo y luego se dirigió tambaleándose a otro grupo de personas cercano, quienes también le dieron monedas.

Mientras Adelpia regresaba hacia Stone, un hombre fornido se le colocó delante y le bloqueó el paso.

—No parezco tan jodido como ese —dijo con brusquedad—, pero tengo hambre y necesito una copa urgentemente.

Iba desaliñado, pero no vestía con harapos. Sin embargo, rezumaba oleadas de hedor.

—Ya no tener más —respondió Adelpia asustada.

—¡Mientes! —La agarró por el brazo y la acercó de un tirón—. ¡Dame algo de dinero, joder!

Antes de que Adelpia tuviera tiempo de gritar, Stone se colocó a su lado.

—¡Suéltala! —exigió.

El hombre tenía por lo menos veinticinco años menos que Stone y era mucho más fornido.

—Lárgate, viejo. Esto no va contigo.

—Esta mujer es amiga mía.

—¡He dicho que te largues, coño! —Y le propinó un puñetazo en la mandíbula.

Stone cayó al suelo sujetándose la cara.

—¡Oliver! —gritó Adelpia.

Otras personas se pusieron a increpar al hombre y alguien corrió en busca de un policía.

Mientras Stone se levantaba trabajosamente, el hombre sacó una navaja del bolsillo y amenazó a Adelpia.

—Dame el dinero o te coso a navajazos, zorra.

Stone arremetió contra él de forma repentina. El hombre se tambaleó y la navaja se le cayó. Cayó de rodillas con temblores en todo el cuerpo y se desplomó de espaldas sobre la hierba.

Stone recogió la navaja de un modo raro y, acercándose al agresor, le rasgó la parte superior de la camisa, dejando expuestos el grueso cuello y las arterias palpitantes. Por unos instantes pareció que iba a rebanarle la garganta. Oliver Stone tenía una expresión que prácticamente nadie que le conociera había visto en los últimos treinta años. Pero de repente miró a Adelpia, quien estaba

observándole a su lado, con el pecho palpitante. En ese momento no estaba claro a cuál de los dos hombres temía más.

—¿Oliver? —dijo en voz queda—. ¿Oliver?

Stone dejó caer la navaja al suelo, se levantó y se limpió los pantalones.

—Dios mío, estar sangrando —exclamó Adelfia—. ¡Sangre!

—Estoy bien —mintió él con voz temblorosa mientras se daba unos toques con la manga en los labios ensangrentados. El golpe le había hecho mucho daño. Tenía la cabeza a punto de estallar y ganas de vomitar. Se notó algo en la boca y se arrancó un diente que se le había aflojado.

—¡No estar nada bien! —exclamó Adelfia.

Una mujer se acercó corriendo.

—Ya viene la policía. ¿Están ustedes bien?

Stone se giró y vio un coche patrulla detenerse junto al bordillo. Se volvió hacia Adelfia rápidamente.

—Estoy seguro de que sabrás explicárselo todo a la policía —farfulló porque el labio se le había hinchado.

Mientras se marchaba tambaleándose, ella lo llamó, pero Stone no se volvió.

Cuando llegó la policía y empezó a formular preguntas, Adelfia sólo fue capaz de pensar en lo que había visto: Oliver Stone había hincado el dedo índice en el costado del agresor, cerca del tórax. Y aquel sencillo movimiento había derribado a un hombre muy fornido y enfadado.

Y la forma como Stone había cogido la navaja la había sorprendido por un motivo muy personal. Adelfia sólo había visto a un hombre coger de ese modo un cuchillo, muchos años atrás en Polonia. El hombre pertenecía al KGB e intentaba llevarse a su tío a la fuerza por haber criticado a los comunistas soviéticos. Nunca había vuelto a ver con vida a su tío. Encontraron su cadáver destripado en el pozo en desuso de un pueblo situado a unos treinta kilómetros de distancia.

Adelfia miró alrededor y profirió un gemido ahogado.

Oliver Stone había desaparecido.

—Aquí es donde trabajaba Patrick Johnson —explicó Carter Gray, indicando la sala con un amplio movimiento de brazo.

Alex fue fijándose en todos los detalles. El espacio era más o menos la mitad de un campo de fútbol, con una gran zona abierta en el centro y cubículos a lo largo del perímetro. En todas las mesas había ordenadores de pantalla plana y los servidores bullían de actividad al fondo. Hombres y mujeres vestidos formalmente estaban sentados a escritorios y ensimismados en su trabajo, o caminando por los pasillos y hablando por auriculares telefónicos empleando una jerga críptica que ni siquiera Alex entendió, a pesar de su dilatada experiencia en las agencias federales. Una sensación de apremio se respiraba en el ambiente.

Mientras Gray los conducía hacia unos cubículos situados en una esquina, Alex vio imágenes de rostros que aparecían en algunas pantallas de ordenador, muchos con rasgos de Oriente Medio, con los datos de la persona desplazándose por el lateral de la pantalla. Lo que no vio fue ni una hoja de papel.

—No usamos papel —explicó Gray.

A Alex le sorprendió el comentario. «¿Acaso ha añadido la telepatía a su repertorio de talentos?», pensó.

—Por lo menos quienes trabajan aquí —añadió—. Yo todavía siento la necesidad de poder tocar el material. —Se detuvo en un cubículo más grande que los demás, cuyos tabiques, en vez de elevarse hasta la altura de la cintura, medían casi dos metros—. Es el despacho de Johnson.

—Supongo que era un supervisor o algo así —comentó Simpson.

—Sí. Su tarea consistía en supervisar nuestros archivos de datos de todos los sospechosos de terrorismo. Cuando asumimos la dirección del N-TAC, combinamos su personal y sus archivos con los nuestros. Era un arreglo ideal. Sin embargo, no queríamos anular la participación del Servicio Secreto. Por eso Johnson y otros eran empleados comunes a ambos servicios.

Gray lo dijo con tono magnánimo. Sin embargo, mientras Alex observaba el lugar, pensó: «Un buen hueso que lanzarnos al camino, pero inútil, dado que no ejercíamos ningún tipo de control sobre nuestro común empleado». Se fijó en el único efecto personal de todo el despacho: en la mesa, una pequeña foto enmarcada de Anne Jeffries. Alex advirtió que la mujer ganaba mucho

maquillada. Se preguntó si ella se buscaría un abogado. Al cabo de unos momentos otro hombre se reunió con ellos.

Tom Hemingway desplegó su mejor sonrisa cuando le tendió la mano a Alex.

—Bueno, supongo que me he quedado sin tapadera, agente Ford.

—Supongo que sí —repuso Alex mientras torcía el gesto por el fuerte apretón de manos.

Gray arqueó una ceja.

—¿Os conocéis?

—A través de Kate Adams, la abogada de Justicia con que trabajé, señor.

Simpson se presentó.

—Soy Jackie Simpson, del Servicio Secreto.

—Tom Hemingway.

—Encantada, Tom. —Miró apreciativamente al apuesto Hemingway, hasta que se percató de que Alex la observaba con ceño.

—Les estaba enseñando el despacho de Patrick y explicándoles qué hacía para nosotros —dijo Gray—. Están investigando su muerte.

—Si lo desea, señor, puedo ocuparme yo. Sé que tiene usted una reunión.

—Tom sabe mucho más sobre ordenadores que yo —reconoció Gray. No era del todo cierto, pero él no era de los que se jactan de sus virtudes porque ese orgullo desmedido suele convertirlas en debilidades.

—No te olvides de contarle a tu padre lo que te he dicho, Jackie —añadió Gray antes de marcharse.

—¿Y qué buscáis exactamente? —preguntó Hemingway.

—Básicamente comprender la labor de Johnson aquí —respondió Alex—. El secretario Gray ha dicho que supervisaba los archivos de datos sobre sospechosos de terrorismo.

—Así es, entre otras cosas. Supongo que la mejor manera de describirlo es diciendo que él y los otros supervisores de datos son como controladores aéreos que se aseguran de que todas las piezas encajen a la perfección. Las bases de datos se actualizan constantemente. Y también hemos ido racionalizando los procesos. El FBI, la DEA, Seguridad Nacional, la ATE, la CIA, la DIA y otros organismos tienen bases de datos propias. Había mucho solapamiento e información errónea y ninguna forma de que una agencia accediera a los archivos completos de la otra. Ese es uno de los problemas que posibilitaron el 11-S. Ahora se mantiene todo aquí, pero el resto de las agencias tiene acceso continuo.

—¿No es un poco arriesgado tener toda esa información en un solo sitio? —preguntó Alex.

—Tenemos un centro de copias de seguridad, por supuesto —respondió Hemingway.

—¿Dónde está? —inquirió Alex.

—Me temo que es secreto.

« Ya me lo imaginaba ».

—Y tened en cuenta que nuestro sistema no sustituye al AFIS del Bureau — dijo Hemingway, refiriéndose al sistema de identificación de huellas dactilares del FBI—. Perseguimos terroristas, no pederastas ni atracadores de bancos. También hemos comprado varias empresas privadas especializadas en la extracción de datos y otros campos tecnológicos.

—¿El NIC ha comprado empresas privadas? —preguntó Alex sorprendido. Hemingway asintió.

—El gobierno no tiene por qué reinventar la rueda si ya existe en el sector privado. El software literalmente investiga miles de millones de bytes de información procedentes de numerosas bases de datos y crea patrones, firmas y comportamientos sospechosos, así como modelos de actividad que pueden emplearse en las investigaciones. Nuestros agentes disponen de dispositivos como el Palm Pilot, que les permiten el acceso instantáneo a dichas bases de datos. Con una única búsqueda pueden acceder a toda la información relevante sobre un tema. Es algo increíble.

—¿Cómo se puede supervisar una operación de tal envergadura si la gente no para de enviarte información? —preguntó Alex.

—Cuando recibimos los archivos de las otras agencias tuvimos un atraso considerable. Y, en confianza, hubo algunos problemas técnicos y el sistema falló un par de veces. Pero ahora todo funciona bien. La tarea de Johnson y de otras personas consiste en supervisarlos y también garantizar la exactitud de los datos introducidos. Es un trabajo muy laborioso.

—Y no demasiado rápido —observó Alex.

—La velocidad no sirve de nada si la información es incorrecta —replicó Hemingway—. Aunque intentamos que todo esté lo más actualizado y sea lo más preciso posible, la perfección no existe.

—¿Podrías enseñarnos algunos archivos de muestra? —pidió Simpson.

—Claro. —Hemingway se sentó a la mesa de Johnson y colocó la mano en un lector biométrico. Acto seguido, pulsó varias teclas en el ordenador. En la pantalla apareció un rostro junto con una huella dactilar y otros datos identificativos.

De repente Alex se encontró mirándose a sí mismo, junto con todo lo que había hecho desde que saliera del vientre materno.

—Condena por consumo de bebidas alcohólicas siendo menor de edad —leyó Simpson uno de los apartados.

—Eso deberían haberlo eliminado de mi historial —espetó Alex.

—Estoy seguro de que lo eliminaron del historial oficial —asintió Hemingway—. ¿Qué tal el cuello, por cierto? Parece que tuviste una lesión grave.

—¿También tenéis mi historial médico? ¿Dónde demonios está la intimidad?

—No parece haberte leído la letra pequeña de la ley antiterrorista. — Hemingway pulsó otras teclas y apareció otro campo de búsqueda—. Vas mucho al bar PDAL —dijo señalando una lista de pagos realizados con tarjeta de crédito en ese *pub*—. Seguro que la presencia de la encantadora Kate Adams tiene algo que ver.

—¿O sea que cada vez que utilizo la tarjeta de crédito sabéis qué estoy haciendo?

—Por eso siempre pago en efectivo —reconoció Hemingway con un guiño.

Tecleó más órdenes y apareció la foto de Jackie Simpson, las huellas digitalizadas e información básica. Ella señaló una línea.

—Eso está mal. Nací en Birmingham, no en Atlanta.

Hemingway sonrió.

—¿Lo veis? Ni siquiera el NIC es infalible. Me aseguraré de que lo corrijan.

—¿Tenéis algún delincuente en la base de datos o sólo espías a los polis? — preguntó Alex.

Hemingway pulsó unas teclas más y apareció otro rostro.

—Se llamaba Adnan al Rimi y fue abatido por otro terrorista en Virginia. Mirad: su muerte está confirmada. Eso es lo que significa el símbolo de la calavera y las tibias cruzadas en la esquina superior derecha. Es un poco cutre y no sé a quién se le ocurrió esa idea, pero deja muy claro cuál es la situación actual de la persona en cuestión. —Abrió una ventana desplegable—. Aquí vemos sus huellas dactilares. Pudimos identificar a Rimi a partir de ellas porque las teníamos archivadas.

—¿Johnson manejaba información que pudiese resultar valiosa para alguien?

—En términos generales, todos los empleados del NIC tienen información potencialmente valiosa para un enemigo de este país, agente Ford. Por eso comprobamos los antecedentes y llevamos a cabo un proceso de investigación profundo.

—Es lo mínimo —dijo Simpson.

—¿Pero el enriquecimiento repentino de Patrick Johnson no despertó sospechas? —preguntó Alex.

Hemingway arrugó la frente.

—Debería haberlas despertado. Rodarán cabezas por ello.

—Pero no la tuya —observó Alex.

—No, no era mi responsabilidad.

—Afortunado de ti. O sea que si las drogas no eran la fuente de ingresos de Johnson, ¿dices que es improbable que hubiera estado vendiendo secretos de aquí?

—Improbable pero no imposible. No obstante, las drogas se encontraron en su casa.

—¿Te importa si hablamos con algunos compañeros de Johnson?

—De acuerdo, pero las conversaciones tendrán que grabarse.

—Uau, igual que en la prisión, sólo que nosotros somos los buenos —dijo Alex.

—Nosotros también somos los buenos —replicó Hemingway.

Una hora después, tras haber hablado con tres compañeros de Johnson, llegaron a la conclusión de que ninguno de ellos conocía a Johnson a nivel personal.

Tras recoger sus pistolas, Hemingway los acompañó al exterior.

—Buena suerte —dijo antes de que las puertas automáticas se cerraran tras ellos.

—Sí, y gracias por tu ayuda —respondió Alex.

Regresaron andando hasta el coche seguidos de dos gorilas armados con sendos M-16, lo que molestó a Alex.

—Bueno, ha sido una pérdida de tiempo absoluta —declaró Simpson.

—Ocurre con el noventa por ciento de las tareas de investigación. Deberías saberlo —refunfuñó Alex.

—¿Por qué estás cabreado?

—¿Me estás diciendo que lo que tienen ahí dentro no te ha puesto los pelos de punta? Joder, casi esperaba ver una foto de cuando perdí la virginidad.

—Yo no tengo nada que ocultar. ¿Y por qué has estado tan desagradable con Tom?

—Porque resulta que ese cabrón me cae mal.

—Oh, vaya, eso explica la relación que tienes conmigo. Alex no se molestó en responder, pero dejó las ruedas marcadas en el asfalto impoluto del NIC al salir de la ciudadela del Gran Hermano.

Unos minutos después de que Alex y Simpson se marcharan, Hemingway se cruzó con Reinke y Peters en un pasillo y les saludó con un breve gesto de la cabeza. Un cuarto de hora más tarde se marchó del NIC en coche. Diez minutos después Reinke y Peters hacían otro tanto.

Se reunieron en la Tyson's II Galleria, un gran centro comercial selecto, compraron unos cafés para llevar y caminaron por las explanadas. Ya habían utilizado un dispositivo antivigilancia para asegurarse de que a ninguno de ellos les habían colocado un micrófono oculto y todos sabían a ciencia cierta que no les habían seguido. Una regla importante de la profesión de espía era asegurarse de que la propia agencia no te espiaba.

—Intentamos evitar que fueran al despacho de Johnson —dijo Peters—. Pero entonces apareció Gray.

—Lo sé —respondió Hemingway—. Por eso me presenté. Lo último que quiero es que Gray preste atención a este tema.

—¿Y qué me dices de Ford y Simpson?

—Si se acercan demasiado, siempre habrá formas de tratar con ellos —dijo Hemingway—. Hemos encontrado una huella en la nota de suicidio.

—¿La habéis identificado? —preguntó Reinke.

—Sí.

—¿Quién es? —inquirió Peters.

—Lo tienes en el bolsillo de la chaqueta. —Hemingway se acabó el café y tiró el vaso. Peters extrajo el trozo de papel que Hemingway le había puesto encima en algún momento. Leyó el nombre: Milton Farb.

—Trabajó en el NIH hace años como experto en sistemas informáticos —explicó Hemingway—, pero tuvo problemas mentales y acabó en varios centros psiquiátricos. Sale en la guía telefónica, así que ha sido fácil encontrar su dirección. Os he mandado un *e-mail* con una versión encriptada de su historial. Vigíladle y probablemente os lleve hasta los demás. Pero no hagáis nada sin consultar antes conmigo. Si podemos evitar matarlos, lo evitaremos.

Se marchó en una dirección mientras Peters y Reinke se marchaban en la contraria con energía renovada.

Carter Gray regresó a su despacho, hizo unas llamadas, incluida una a la Casa Blanca y luego mantuvo una serie de reuniones breves. Acto seguido se acomodó para realizar otra tarea que le llevaría varias horas. Siempre que el presidente estaba de viaje y Gray no podía acompañarle ni reunirse con él, mantenían una videoconferencia segura para intercambiar la información del día. Gray solía dedicar buena parte de la jornada a prepararse para esa llamada, si bien sabía que los puntos más destacados se resumían rápidamente.

« Señor presidente, el mundo tal como lo conocemos va directo al infierno, en parte debido a nuestros actos, y poco podemos hacer para remediarlo. Sin embargo, mientras sigamos gastando miles de millones de dólares en la seguridad nacional, prácticamente puedo garantizarle que la mayoría de los estadounidenses estarán a salvo. No obstante, todos nuestros arduos esfuerzos pueden ser desbaratados por un pequeño grupo de personas con suficientes agallas, buena suerte y plutonio. En ese caso podríamos morir todos. ¿Alguna pregunta, señor? » .

Sin embargo, en vez de preparar el informe para Brennan, a Gray le apetecía conducir un poco. Lamentablemente, no le estaba permitido. Al igual que al presidente, al secretario de Inteligencia no se le permitía conducir; se le consideraba demasiado importante para la seguridad de la nación como para ir al volante de un coche. De todos modos, lo que Gray quería realmente era ir a pescar. Como en ese momento no podía hacerlo con caña y anzuelo, decidió probar otra versión de la pesca, que también se le daba muy bien.

Buscó un nombre en el portátil. Al cabo de cinco minutos tenía la información que quería. Había que reconocer que el personal del NIC era eficiente.

Una de sus medidas más brillantes, pensó Gray, había sido centralizar todas las bases de datos de terroristas en el NIC. Aparte de favorecer la precisión del sistema, también mantenía al NIC informado de las operaciones de las demás agencias de inteligencia. Si, por ejemplo, la CIA necesitaba información sobre algo, tenían que acceder a una base de datos del NIC y Gray sabía al instante qué buscaban. Había funcionado de maravilla y le permitía espiar a sus hermanos del mundo de la inteligencia bajo la apariencia de la eficacia burocrática.

Dispuso las imágenes y los datos en distintas ventanas para verlas a la vez. Muchos hombres le devolvían la mirada, casi todos de Oriente Medio; todos estaban fichados en la base de datos del NIC, junto con las huellas dactilares digitalizadas cuando estaban disponibles. Y todos estaban muertos, muchos a manos de otros terroristas. El símbolo de la calavera de la esquina superior derecha en la foto de cada hombre confirmaba su suerte. Había un ingeniero y un químico que también eran expertos fabricantes de bombas. Otro, Adnan al Rimi, era un valiente luchador con agallas que nunca había desfallecido en el fragor de la batalla. Otros seis habían perdido la vida cuando un explosivo estalló en la furgoneta en que viajaban. Se desconocía si había sido un accidente o algo

intencionado. En la espantosa escena del crimen habían tenido que recoger trozos de cuerpo en vez de cadáveres. Aparte de Zawahiri, ninguno de aquellos hombres figuraba en la lista de principales sospechosos de terrorismo, pero para EE. UU. era una suerte que estuvieran muertos.

Gray ignoraba que las fotos de Rimi y otros estaban ligeramente modificadas. En el caso de Rimi era una combinación digitalizada del verdadero Rimi y el muerto identificado como tal. Se había hecho de forma que ninguna foto anterior que circulara por allí pareciera tan distinta como para levantar sospechas. El proceso era lento y exigía una experiencia considerable. No obstante, el resultado valía la pena. A hora era prácticamente imposible identificar a cualquiera de esos árabes —que seguían con vida— a partir de las fotos de la base de datos del NIC.

La otra idea brillante había sido dejar sin rostro a los cadáveres. También se había sustituido en su totalidad las huellas dactilares de los hombres, así como la firma del forense que certificaba la identificación. Las huellas dactilares nunca mentían, pero en la era digital no había nada imposible de tergiversar.

No obstante todo ello, a Gray el instinto le decía que algo iba mal. Cerró el archivo y decidió dar un paseo por los terrenos del NIC.

Cuando salió, miró el cielo y, al ver un Lufthansa 747 que se aproximaba al aeropuerto Dulles, se sintió transportado al pasado.

Al comienzo de su carrera en la CIA, Gray había sido destinado a un centro de formación ultrasecreto, actualmente abandonado, situado en Virginia, a unas dos horas al oeste del distrito federal. El edificio, muy bien oculto por el bosque circundante, era conocido como Área 51A en la organización. Sin embargo, su nombre extraoficial siempre había sido Montaña Asesina, lo cual demostraba que la Agencia también tenía sentido del humor.

Como hacía tiempo que estaba cerrado, el NIC había empezado a realizar trámites para su reapertura como centro de interrogatorios de presuntos terroristas. Sin embargo, el Departamento de Justicia se enteró del plan y el proceso se ralentizó de forma considerable. Luego, después del efecto acumulativo de Guantánamo en Cuba, la vergüenza de la prisión de Abu Ghraib en Irak y el fiasco de la prisión del Pozo de Sal en Afganistán, los planes para reabrir las instalaciones estaban a punto de ser rechazados.

De todos modos, a Gray no le preocupaba. Había un montón de sitios fuera del país que podían desempeñar la misma función. Torturar prisioneros era ilegal según las leyes estadounidenses e internacionales. Gray había testificado ante muchos comités en relación con el cumplimiento de esta ley de la comunidad de inteligencia y casi cada palabra que había dicho en el Congreso era mentira. No obstante, ¿caso esos grandes y piadosos legisladores, que no sabían ni una palabra de árabe y que ni siquiera eran capaces de nombrar la capital de Omán o Turkmenistán sin ayuda de un asesor, pensaban que el mundo realmente

funcionaba así?

Los servicios de inteligencia eran un negocio sucio en el que la gente mentía y moría continuamente. El hecho de que el presidente de EE. UU. se planteara el asesinato de gobernantes de otros países era suficientemente revelador de lo complicada que era la política a nivel global.

Gray regresó a su despacho. Quería echar otro vistazo a todos esos «muertos» que quizás ocuparían un sitio prominente en el futuro. Que Dios tuviese a EE. UU. en su gloria si así era.

Alex envió un informe actualizado a Jerry Sykes en cuanto regresó a la oficina de Washington. Sin embargo, a diferencia de lo sucedido en su primera entrega, el tiempo de respuesta fue muy breve. La llamada de teléfono no le indicó que fuera al despacho de Jerry Sykes directamente o al del agente encargado del caso. Recibió la orden de dirigirse inmediatamente a la sede central del Servicio Secreto para reunirse nada más y nada menos que con su director.

Bueno, pensó Alex, probablemente no era buena señal. Estaba suficientemente cerca de la oficina de Washington como para ir andando y eso hizo. El paseo al aire libre le permitió reflexionar sobre su futuro después del servicio, que quizá llegara antes de lo que pensaba, de hecho tal vez tres años antes.

Había visto al director actual en persona sólo un par de veces, en eventos sociales, y los escasos minutos de conversación habían resultado bastante agradables. Ahora intuía que este encuentro no iba a ser tan placentero.

Al cabo de unos minutos entró en el espacioso despacho del director. Jerry Sykes estaba allí y daba la impresión de querer desaparecer en el sofá en que estaba sentado y, para sorpresa de Alex, Jackie Simpson estaba sentada a su lado.

—¿Quieres cerrar la puerta, Ford?—dijo Wayne Martin, el director.

«Cerrar la puerta». Aquello no era buena señal. Alex obedeció y se sentó a esperar que Martin empezara a disparar. Era un hombre fornido que solía llevar camisas a rayas con grandes gemelos. Había ido ascendiendo puestos desde abajo y era uno de los agentes que se enfrentó a John Hinckley cuando intentó matar a Reagan. Martin observaba un expediente que tenía delante. Alex le echó un vistazo rápido y le pareció que era su historial en el servicio. Desde luego, todo aquello tenía muy mala pinta.

Martin cerró el documento, se sentó en el borde de su escritorio y dijo:

—Agente Ford, iré al grano porque, aunque parezca mentira, hoy tengo muchas cosas que hacer.

—Sí, señor—respondió Alex como un autómata.

—Hace un rato he recibido una llamada del presidente. Estaba en el *Air Force One*, de camino a varios actos de la campaña electoral, y se ha tomado la molestia de llamarme para hablarme de ti. Por eso estás aquí ahora.

Alex palideció.

—¿El presidente ha llamado para hablarle de mí, señor?

—¿Adivinas por qué?

Alex lanzó una mirada a Sykes, que estaba contemplando el suelo. Simpson tenía la vista fija en él y no aparentaba una actitud amable.

—¿El caso de Patrick Johnson? —Apenas escuchó su propia voz.

—¡Bingo! —exclamó Martin al tiempo que golpeaba la mesa con el puño, sobresaltando a todos.

Dado que estás en racha, Ford, ¿te importaría adivinar qué has hecho para merecer una llamada del presidente de la nación?

A Alex se le había secado la boca, pero estaba claro que el jefe exigía una respuesta.

—Estoy investigando la muerte de Patrick Johnson. Es la orden que recibí.

Martin empezó a negar con la cabeza antes de que acabara de responder.

—El FBI es la principal agencia de investigación del caso. Tengo entendido que se te ordenó que observaras la investigación para proteger los intereses de nuestro organismo. Y que nuestra única relación con el fallecido es que teóricamente era un empleado conjunto de esta agencia y del NIC. Pero en realidad estaba bajo control y jurisdicción del NIC. ¿Correcto?

Alex ni siquiera se molestó en mirarlo.

—Sí, señor.

—Bien, me alegro de que eso quede claro. Resulta que el FBI encontró drogas en la casa del señor Johnson y está siguiendo la investigación por esos cauces, lo cual presupone que vendía dichas drogas y obtenía unos ingresos considerables. Por consiguiente, se considera que su trabajo en el NIC no guarda relación con su muerte. ¿Correcto?

—Sí, señor.

—Muy bien. —Martin se puso en pie y Alex se preparó para el tiro de gracia. No se desilusionó demasiado.

—Pues después de todo lo que te he dicho, ¿te importaría decirme en qué coño estabas pensando cuando fuiste al NIC a hacer preguntas sobre este caso nada menos que a Carter Gray? —Lo vociferó todo de un tirón y con el proverbial tono amenazador de un sargento de marines.

Cuando Alex pudo por fin articular palabra, respondió:

—Me pareció que para cubrir todos los ángulos debía visitar el NIC. Habían hecho el análisis de una nota para nosotros y...

—¿Interrogaste o no a Carter Gray?

—No, señor. Él apareció y se ofreció a llevarnos a la zona de trabajo de Johnson. Hasta entonces sólo había hablado con dos subordinados que no se mostraban demasiado colaboradores.

—¿Amenazaste con pedir una orden de registro de las instalaciones del NIC?

El corazón de Alex se saltó un par de latidos.

—No fue más que una fanfarronada porque...

Martin volvió a dar un puñetazo en la mesa.

—¿Sí o no?

Alex tenía el rostro perlado de sudor.

—Sí, señor.

—¿Te enteraste de algo útil mientras estuviste allí? ¿Encontraste una pistola humeante? ¿Encontraste pruebas que impliquen al secretario Gray en alguna trama criminal?

Aunque eran preguntas retóricas, Alex se sintió obligado a responder.

—No nos enteramos de nada especialmente útil para la investigación. Pero, insisto, fue el secretario Gray quien se ofreció a enseñarnos el lugar, señor. Y sólo durante un par de minutos.

—Bien, permite que te ponga al corriente de la situación, Alex. El secretario Gray no apareció por casualidad en el NIC. Fue avisado de vuestra presencia e intenciones y bajó a veros. Dijo al presidente que se había sentido obligado a hacerlo porque si los medios se enteraban de que el NIC no cooperaba en una investigación criminal, él y su agencia quedarían mal. Como bien sabes, Gray y el presidente están muy unidos. Así pues, al presidente no le hace ninguna gracia que el NIC y el secretario Gray queden mal. ¿Me sigues?

—Sí, señor.

—¿Sabes que por iniciativa del secretario Gray en el NIC se está llevando a cabo una investigación interna sobre el caso Johnson y que el FBI va a participar en ella?

—No, señor, no lo sabía.

Martin cogió una hoja de su mesa.

—En tu primer informe dices que el señor Johnson probablemente traficaba con drogas y que ibas a dejar que el FBI siguiera la investigación por ahí. Eso era todo. Presentaste el informe anoche. Y esta mañana te presentas en el NIC formulando un montón de preguntas en clara contradicción con tus conclusiones iniciales. Mi pregunta es: ¿qué pasó entre el momento en que presentaste el primer informe, anoche, y tu visita al NIC esta mañana? Algo te habrá hecho cambiar de opinión, ¿verdad?

A juzgar por la mirada de Martin, a Alex se le ocurrió que el director ya sabía la respuesta. Dirigió una mirada a Simpson, que ahora estudiaba con nerviosismo sus zapatos de tacón grueso. Por eso estaba ahí. « ¡Oh, mierda! ». Volvió a mirar al director.

—Estoy esperando una respuesta —dijo este.

Alex carraspeó para ganar tiempo.

—Señor, habían analizado la caligrafía de la nota y quería recoger los resultados.

Martin le dedicó una mirada tan feroz que el agente notó sudor en las axilas.

—No se te ocurra tomarme el pelo, hijo —dijo el director en voz peligrosamente baja, que sonó mucho más amenazadora que su invectiva anterior. El director miró a Simpson—. Según la agente Simpson, le dijiste que un viejo amigo te había convencido de que te pusieras las pilas y fueras a por todas. —Hizo una pausa antes de añadir—: ¿Se puede saber quién es ese viejo amigo?

« Para que luego digan que un lapsus no puede amargarte la vida ». La mente de Alex bullía pensando desde cómo iba a pagar la hipoteca tras su despido deshonoroso hasta cómo matar a Jackie Simpson sin que le condenaran por ello.

—No recuerdo esa conversación con la agente Simpson, señor.

—Fue esta mañana. No creo que el servicio tenga agentes con tan mala memoria, así que ¿quieres cargar y volver a apuntar? Ten en cuenta que aquí hay dos carreras en juego, y una de ellas acaba de empezar. —Volvió a dedicar una mirada a Simpson.

—La identidad de la persona no es importante, señor. Yo ya había decidido seguir investigando el caso porque había ciertos elementos que no encajaban, eso es todo. Es todo responsabilidad mía. La agente Simpson no tuvo nada que ver con mi decisión de ir al NIC. Ella se limitó a hacer lo que yo le dije, y a regañadientes. Estoy dispuesto a asumir la plena responsabilidad de mis actos.

—¿O sea que no vas a responder a mi pregunta?

—Con los debidos respetos, señor, si pensara que eso guarda relación con este caso, respondería.

—¿Y no vas a dejar que eso lo decida yo?

Por muchas razones, Alex no pensaba decirle al director que un hombre que se hacía llamar Oliver Stone, que a veces ocupaba una tienda de campaña frente a la Casa Blanca y que era conocido por haber abrigado varias teorías sobre conspiraciones, era el « viejo amigo ». No le parecía en absoluto una buena idea. Se humedeció los labios con nerviosismo.

—Insisto, con los debidos respetos, en que fue algo que se me dijo en confianza y, a diferencia de otras personas, yo no suelo quebrantar la confianza de los demás. —No miró a Simpson mientras lo decía, pero tampoco era necesario—. Así pues, puede considerar que la responsabilidad acaba en mí, señor.

El director se sentó y se reclinó en su asiento.

—Has tenido una carrera seria y eficiente en el servicio, Ford.

—Eso me gustaría creer. —Alex parpadeó, viendo que la guillotina estaba a punto de caer.

—Pero el final de la carrera es lo que suele recordarse.

Alex estuvo a punto de echarse a reír, porque eso era exactamente lo que le había dicho Stone, pero por un motivo totalmente distinto, claro.

—Ya lo he oído decir, señor. —Hizo una pausa y añadió—: Supongo que me

trasladan a otra oficina de campo.

Cuando el servicio estaba descontento con un agente, solían enviarle a la oficina de campo menos deseable. Aunque, en este caso, eso podría haber sido mucho esperar. Desobedecer una orden del director probablemente comportara tarjeta roja directa.

—Tómate el resto del día. A partir de mañana estás oficialmente fuera de la oficina de Washington y pasas a misiones de protección presidencial. A lo mejor estar apostado en algunas puertas te permite recobrar la sensatez. Sinceramente, no sé qué voy a hacer contigo. Por una parte me gustaría expulsarte ahora mismo, pero has sido buen agente durante muchos años; sería una lástima echar todo eso por la borda. —Levantó un dedo—. Y que quede claro: no te acercarás a menos de cien kilómetros del caso Patrick Johnson, aunque ese viejo amigo te diga lo contrario. ¿Está claro?

—Totalmente, señor.

—Bien. Ahora lárgate de aquí.

Djamila bañó al bebé mientras Lori Franklin jugaba con los otros dos niños en la intrincada zona de juegos del jardín. Mientras vestía luego al pequeño, Djamila observó a los otros desde la ventana del cuarto de los niños. Su patrona no pasaba suficiente tiempo con sus hijos, por lo menos a juicio de la iraquí. No obstante, incluso ella tenía que reconocer que el tiempo que la madre dedicaba a sus hijos era de calidad. Les leía, dibujaba y jugaba con ellos, y dedicaba el mismo tiempo a sus tres hijos, viéndolos crecer y cambiar día a día. Estaba claro que Lori Franklin adoraba a sus pequeños. En ese momento estaba meciendo al mediano en el columpio mientras llevaba al mayor a caballito. Todos acabaron persiguiéndose por el jardín antes de caer formando un manojo de brazos y piernas. Las carcajadas se oían desde donde estaba Djamila. Tras contenerse durante unos segundos, se puso también a reír de aquel espectáculo tan reconfortante. Hijos. Ella quería muchos hijos que crecieran altos y fuertes y que cuidaran de su madre cuando fuera mayor.

De repente dejó de reír y se apartó de la ventana. Las personas siempre debían valorar lo que tenían. ¡Siempre! Sobre todo los norteamericanos, que lo tenían todo.

Más tarde, mientras Djamila y la señora Franklin preparaban el almuerzo, esta última cerró la puerta del frigorífico con expresión asombrada.

—Djamila, hay comida *kosher* en la nevera.

La iraquí se secó las manos con un trapo de cocina.

—Sí, señora, la he comprado en la tienda. La he pagado yo. Es para mis comidas.

—Djamila, eso me da igual. La comida te la pagamos nosotros. Pero debes saber que *kosher* es... pues... comida judía.

—Sí, señora, lo sé.

Lori la miró con expresión confundida.

—¿Me estoy perdiendo algo? ¿Una musulmana que toma comida judía?

—Los judíos son gente del Libro, me refiero al Corán. Igual que los cristianos, señora. Y a Jesús se le reconoce como un profeta muy importante del islam, pero no es un dios. Sólo hay un Dios. Y sólo Mahoma transmitió la palabra verdadera de Dios a la gente. Pero David e Ibrahim, al que ustedes llaman

Abraham, también son profetas importantes para el islam. Los respetamos por lo que hicieron. Ibrahim y su hijo Ismael fueron quienes construyeron la Kaaba e instauraron la práctica de la *hajj*, la peregrinación a la Meca.

Lori estaba impaciente.

—Gracias por la clase de religión, pero ¿qué tiene que ver con la comida?

—Los musulmanes deben tomar comida que se considere lícita, o *halal*, y evitar lo que es *haram*, o ilegítimo. Estas normas proceden del Corán y las *fatuas* y otros preceptos islámicos. No podemos consumir alcohol ni comer carne de cerdo, perro, mono u otros animales que no hayan muerto mediante la mano humana. Sólo podemos comer la carne de animales que tienen las pezuñas partidas y son rumiantes y los peces que tienen aleta y escamas, igual que los judíos. Los judíos preparan la comida de forma aceptable para los musulmanes. Por ejemplo, desangran por completo al animal.

Los musulmanes no podemos beber sangre ni comer nada relacionado con la sangre. Y los judíos no matan a los animales hirviéndolos ni con la electricidad, aunque no digan tres veces *Allahu akbar*, que significa «Alá es grande», cuando sacrifican al animal. Pero los musulmanes reconocemos a Dios pronunciando su nombre antes de comer. Y Dios no permitirá que su gente se muera de hambre si no encuentra comida *halal*. Si pronuncias su nombre antes de comer, es *halal*. No todos los musulmanes comen la comida de los judíos, pero si no encuentro comida *halal*, como la *kosher*.

Lori Franklin observaba a la niñera con la nariz arrugada. Menudo enredo le estaba haciendo.

—Bueno, me temo que no lo entiendo —dijo—. Cada día en el periódico es prácticamente seguro encontrar una noticia de judíos y musulmanes que se matan entre sí en algún sitio. Sé que no es tan sencillo, pero si resulta que coméis su comida y están en vuestra Biblia, podríais encontrar la forma de llevaros bien.

Djamila se puso tensa.

—Nuestras diferencias no son sobre la comida. Podría contarle que...

—Sí, bueno, de momento mejor dejémoslo. He quedado con George después de comer. Se ha olvidado los billetes del vuelo de esta noche. La verdad es que es muy olvidadizo. Yo pensaba que un banquero de inversiones tendría mejor memoria.

Cuando acabaron de comer y Lori se marchó, Djamila introdujo a los niños en la furgoneta y fue al parque. Durante el trayecto, recordó su pasado más reciente.

En Pakistán había conocido a jóvenes que se habían adiestrado con ella y que escribían lo que llamaban «diarios de sacrificio», su propio sacrificio. En Occidente les llamaban «diarios de suicidas». Había leído extractos de estos diarios en los periódicos después de que los jóvenes murieran por el islam. Djamila había pensado en cómo sería el último día de su vida. En su interior

reparaba lo que pensaría cuando llegara el momento, su reacción. Tenía muchas preguntas y ciertas dudas que la inquietaban. ¿Sería valiente? Se imaginaba a sí misma noble y estoica, pero ¿acaso no sería así? ¿Sería transportada al paraíso de forma instantánea? ¿Alguien lamentaría su muerte? No obstante, eso también la hacía sentirse culpable porque su amor por Alá debía bastar, como en el caso de todos los musulmanes.

En circunstancias normales habría resultado insólito que las mujeres se desplegaran en células terroristas con hombres, puesto que existían normas estrictas y costumbres tribales que prohibían el contacto entre hombres y mujeres que no estuvieran emparentados. Sin embargo, rápidamente se había puesto de manifiesto que los hombres musulmanes casi siempre estaban vigilados en EE. UU., mientras que las musulmanas tenían mayor libertad de acción. Así pues, en esos momentos se desplegaba a muchas más mujeres.

Djamila había congeniado con el hombre que la había adiestrado. Ahmed era iraní, lo cual enseguida le resultó sospechoso porque Irán y su país nunca habían mantenido relaciones armoniosas. No obstante, él describía la situación en Teherán distinta de lo que le habían contado en Irak.

—La gente quiere ser feliz —le decía—. Pero no se puede ser feliz sin ser libre. Puedes amar y venerar a Dios sin que otras personas te digan cómo vivir cada aspecto de tu vida.

Luego le contó que a las mujeres iraníes se les permitía conducir, votar e incluso ocupar escaños en el Parlamento. No estaban obligadas a cubrirse el rostro, sólo el pelo y el cuerpo, y que incluso utilizaban cosméticos. También le contó que en Irán entraban numerosas antenas parabólicas de contrabando y que, más sorprendente todavía, hombres y mujeres se sentaban en los coches a oír música de la radio. Si uno sabía a dónde ir y qué decir, se podían eludir las normas.

Existía la posibilidad de vivir la vida, aunque fuera por poco tiempo, había añadido su amigo. Djamila le escuchaba muy interesada siempre que le contaba esas cosas.

También le había dicho que su nombre, que significa «hermosa» en árabe, resultaba muy adecuado para ella. Muy adecuado, le había dicho él con respeto y admiración, apartando la mirada. Aquel comentario la había hecho muy feliz. Le había dado románticas esperanzas para el futuro. Sin embargo, él también hablaba a menudo de su muerte inminente, e incluso había escrito en su diario el día y la hora en que pensaba morir por Alá. Pero nunca quiso enseñarle a ella la fecha elegida.

Djamila no sabía si había materializado ese deseo o no. No sabía a dónde le habían mandado. Leía los periódicos buscando su nombre o su fotografía relacionados con su muerte, pero nunca lo había visto. Djamila se preguntaba si él leía los periódicos buscando la fotografía de ella y el relato de su muerte.

Había sido poeta novel y albergaba sueños modestos de ver sus versos impresos para que otros árabes los leyeran. Sus poemas recreaban tragedias que Djamila sabía que procedían de años de violencia y sufrimiento en Irán. Una de las últimas cosas que él le dijo fue: « Perderlo todo menos la propia vida no hace que la vida sea más valiosa, sólo hace que el sacrificio de esa vida sea más poderoso. Morir por Alá: no puede haber objetivo más elevado». Nunca olvidaría esas palabras. Le infundían energía y dotaban su vida de significado.

El Corán decía que cualquier hombre o mujer que llevara una vida recta creyendo en Dios entraría en el paraíso. Pero Djamila había aprendido que la única forma de que un musulmán tuviese garantizado el paso al paraíso era morir como un mártir durante una guerra santa. Si así era, y Djamila rezaba todos los días para que así fuera, entonces estaba dispuesta a hacer tal sacrificio. La otra vida debía de ser mejor. Dios no permitiría que fuera peor; de eso estaba segura.

A veces se imaginaba que se reunía con su poeta en el paraíso, donde podrían vivir en la paz eterna. Este pensamiento era uno de los pocos capaces de sacarle una sonrisa. Sí, a Djamila le gustaría mucho volver a verlo. En vida o una vez muerta, le daba igual. Eso no importaba.

Stone regresó a su casita, se lavó, se aplicó hielo en la cara y se tumbó mientras le bajaba la hinchazón. Luego llamó con el móvil prestado a Reuben y Caleb. Concertaron una cita para esa noche, pero no consiguió ponerse en contacto con Milton.

A continuación se ocupó del cementerio y ayudó a un par de visitantes a encontrarla tumba que buscaban. Muchos años atrás la iglesia había documentado las personas enterradas en el lugar, pero la lista se había perdido. Durante los últimos dos años, Stone había comprobado cada lápida y los registros locales para volver a elaborar una lista precisa. También había estudiado la historia del cementerio de Mount Zion, por lo que hacía de guía turístico informal y narraba esa historia a los grupos que aparecían.

Cuando acabó con los visitantes y regresó al trabajo, notó que la cara le ardía. Y no era por los golpes recibidos sino más bien por vergüenza. Menuda estupidez comportarse de ese modo delante de Adelpia. Todavía sentía el peso de la navaja en la mano. Qué estúpido.

Más tarde decidió ir en metro hasta la casa de Milton. Stone quería saber si su amigo había podido localizar al dueño del coche. Además, también quería asegurarse de que Milton estaba bien. La gente con la que lidiaban no tendría problema en introducir las huellas dactilares de Milton en un sistema de búsqueda.

Iba caminando calle abajo hacia la parada de Foggy Bottom cuando oyó un claxon. Se volvió. Era el agente Ford. Detuvo su Crown Vic junto al bordillo y bajó la ventanilla.

—¿Quieres que te lleve? —Alex enseguida advirtió las magulladuras de su amigo—. ¿Qué demonios te ha pasado?

—Me he caído.

—¿Estás bien?

—Tengo el ego más herido que la cara. —Stone subió al coche y Alex aceleró.

Stone esperó un tiempo prudencial antes de hablar.

—Estaba pensando en la conversación que tuvimos anoche. ¿Qué tal la investigación?

—Va tan bien que me han degradado a misiones de protección.

—Agente Ford...

—Sabes, Oliver, después de todos estos años creo que puedes llamarme Alex.

—Espero que mi consejo no te causara problemas, Alex.

—Ya soy mayorcito. Además resulta que tenías razón. Lo que pasa es que no tenía clara toda la información y ahora tengo que pagar por ello.

—¿Qué información?

—Me temo que no puedo decírtelo. Por cierto, ¿adónde vas?

Stone se lo dijo.

—A visitar a unos amigos —añadió.

—Espero que sean peces gordos. Siempre va bien tenerlos por amigos.

—Me temo que carezco de esa clase de amigos.

—Yo también. Pero vaya, resulta que mi compañera novata, y uso la palabra «compañera» por no decir otra cosa, pues resulta que sí tiene esa clase de amigos. De hecho, hoy mismo me ha informado de que su padrino es ni más ni menos que Carter Gray.

Stone lo miró.

—¿Quién es tu compañera?

—Jackie Simpson.

Stone se puso tenso.

—¿La hija de Roger Simpson?

—¿Cómo lo sabes?

—Has hablado de peces gordos y hay pocos peces más gordos que Roger Simpson. Trabajó en la CIA, pero eso fue hace décadas.

—No lo sabía, pero supongo que eso explica su interés por los servicios secretos.

Stone se puso a mirar por la ventanilla.

—¿Cuántos años tiene la mujer?

—¿Quién, Jackie? Unos treinta y cinco.

—¿Y acaba de empezar en el Servicio Secreto?

—Antes fue policía en Alabama.

—¿Qué tal es?

—Pues dentro de mi lista de personas odiosas ahora mismo ocupa un lugar destacado. Básicamente la tía me ha traicionado esta mañana.

—Me refiero a su aspecto físico.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Por mera curiosidad —respondió Stone.

—Es menuda, pelo negro, ojos azules y un acento sureño exagerado cuando está enfadada. No se amilana y no se muerde la lengua en nada. No es precisamente tímida.

—Entiendo. ¿Es atractiva?

—¿Por qué? ¿Estás pensando en pedirle para salir? —Alex sonrió.

—Los hombres mayores siempre sienten curiosidad por las mujeres jóvenes —replicó Stone con una sonrisa.

Alex se encogió de hombros.

—Es guapa, si pasas por alto su personalidad.

«Unos treinta y cinco —pensó Stone—. Pelo negro, ojos azules y carácter» .

—¿Conoces personalmente a Carter Gray? —preguntó Stone.

—Lo he conocido hoy —respondió Alex.

—¿Y qué te ha parecido?

—La verdad es que el tío impresiona.

—¿Por eso has tenido problemas? ¿Porque te encontraste con Gray?

—Digamos que pensé hacer una jugada interesante y dejar que dos agentes del NIC que investigan el caso analizaran la nota de suicidio que encontramos. Así tendría una excusa para ir allí y husmear. Pero al final me han vapuleado. Tenía que habérmelo imaginado.

Stone no había prestado atención a la última parte. Le había llamado la atención saber que el NIC tenía la nota de suicidio. ¿Estaban las huellas de Milton en ella?

—Ah, ¿y los dos agentes del NIC han cooperado?

—No demasiado. Odio a los agentes de la secreta, ¿sabes? Me importa un bledo que sean del Centro Nacional de Inteligencia, de la CIA, o de Inteligencia Militar; no dicen la verdad aunque la vida de su madre esté en juego.

—No, no la dicen —convino Stone con un susurro.

Cuando estaban a medio camino de su destino, Stone le dijo a Alex que lo dejara un poco más adelante.

—Puedo llevarte a donde vas, Oliver —dijo—. El director me ha dado el resto del día libre para que reflexione sobre mis pecados.

—La verdad es que necesito caminar.

—Bueno, deberías ir a que te examinaran la mandíbula.

—Iré.

En cuanto Alex se alejó, Stone extrajo el teléfono móvil y llamó a Milton. Por un lado era descorazonador saber que aquel agente del Servicio Secreto ya no estaba en el caso, pero al menos él no correría peligro. Stone no podía decir lo mismo de los demás.

La voz de Milton interrumpió sus pensamientos.

—¿Sí?

—Milton, ¿dónde estás?

—En casa de Chastity.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Desde esta mañana. ¿Por qué?

—Al salir de casa ¿te has fijado si había alguien por ahí?

—No.

—No vuelvas a casa. Quiero que nos reunamos en otro sitio. —Stone pensó con rapidez—. Union Station. ¿Puedes estar allí en media hora más o menos?

—Creo que sí.

—Estaré al lado de la librería. ¿Has podido identificar la matrícula?

—Sin problema. Tengo su nombre y dirección. Es...

—Dímelo en persona. Y, Milton, tienes que asegurarte de que nadie te sigue.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Milton nervioso.

—Te lo diré cuando nos veamos. Ah, otra cosa, ¿puedes ver qué averiguas de una tal Jackie Simpson, la hija del senador Simpson? Es agente del Servicio Secreto.

Stone colgó y llamó a Reuben y Caleb para informarles de las últimas novedades. Acto seguido se dirigió a la estación de metro más cercana y al cabo de un rato llegó a la entrada de la librería B. Dalton, que ocupaba un espacio considerable dentro de la enorme Union Station. Mientras ojeaba algunos libros, iba mirando la boca de metro por donde creía que saldría Milton.

Cuando Milton llegó desde otra parte de la estación, Stone lo miró con ceño.

—Chastity me ha traído en coche —explicó—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Nada importante. ¿Chastity está aquí?

—No; le he dicho que volviera a casa.

—Milton, ¿estás absolutamente seguro de que no te han seguido?

—No; teniendo en cuenta cómo conduce Chastity.

Stone lo llevó a una tienda de *bagels* situada enfrente de la librería. Pidieron sendos cafés y se sentaron en la mesa más apartada.

Milton extrajo su teléfono móvil y pulsó un botón.

—¿A quién llamas? —preguntó Stone.

—A nadie. Mi móvil tiene una grabadora incorporada. Acabo de acordarme de que luego tengo que llamar a Chastity para decirle una cosa, y me grabo un recordatorio. El teléfono que te di tiene las mismas prestaciones. Y también tiene cámara. —Milton habló por el micro y se guardó el teléfono.

—¿Cómo se llama el hombre? —preguntó Stone.

—Tyler Reinke. Vive cerca de Purcellville. Tengo la dirección exacta.

—Conozco la zona. ¿Has averiguado dónde trabaja?

—He consultado todas las bases de datos posibles, y lo cierto es que soy capaz de entrar en muchas, pero no he encontrado nada sobre él.

—Eso quizás indique que trabaja en el NIC. No creo que ni siquiera tú seas capaz de piratear sus archivos.

—Podría ser.

—¿Has encontrado algo sobre Jackie Simpson?

—Bastante. Te lo he impreso. —Le tendió una carpeta.

La abrió y observó la foto de la mujer sacada de una impresora láser. Alex

tenía razón, pensó Stone; sus rasgos denotaban que era una mujer con personalidad. La dirección de su casa también figuraba en el expediente. Vivía cerca de la oficina de Washington. Stone se preguntó si iría andando al trabajo. Cerró la carpeta, se la guardó en la mochila y le contó a Milton que el NIC tenía la nota de suicidio y que existía la posibilidad de que sus huellas estuvieran en ella.

Milton resopló.

—Sabía que no tenía que haber tocado el papel.

—¿Estarás todavía en la base de datos del Instituto Nacional de Salud?

—Probablemente. Y el Servicio Secreto me tomó las huellas cuando le mandé aquella carta estúpida a Ronald Reagan. Es que estaba cabreado por sus recortes de presupuesto para la salud mental.

Stone se inclinó hacia él.

—Quería que nos reuniéramos esta noche en casa de Caleb para repasar la situación, pero no sé si será seguro.

—¿Entonces dónde nos reunimos?

En ese instante sonó el móvil de Stone. Era Reuben y estaba alterado.

—He tomado una cerveza con un viejo amigo. Luchamos juntos en Vietnam y entramos en la inteligencia militar a la vez. Me enteré de que acababa de jubilarse de la DIA, así que pensé en reunirme con él para ver si me contaba algo interesante. Pues resulta que me ha contado que el NIC tenía a todo el mundo cabreado por exigir que todos los archivos sobre terroristas le fueran entregados. Incluso han purgado los archivos de la CIA. Gray sabía que si controlaba el flujo de información podría controlar todo lo demás.

—¿O sea que el resto de los organismos tienen que recurrir al NIC para obtener esa información?

—Sí. Y así el NIC sabe en qué trabajan todos los demás.

—Pero por ley, el NIC ya supervisa todo eso, Reuben.

—Joder, ¿qué más da lo que diga la ley? ¿Te crees que la CIA va a ser totalmente sincera sobre lo que hace?

—No —reconoció Stone—. Decir la verdad sería contraproducente, igual que carecer de base histórica. Los espías siempre mienten.

—¿La reunión de esta noche sigue siendo en casa de Caleb? —preguntó Reuben.

—No sé si Caleb... —La voz de Stone se fue apagando—. ¿Caleb? —dijo lentamente.

—¿Oliver? —dijo Reuben—. ¿Sigues ahí?

—¿Oliver? ¿Estás bien? —preguntó Milton preocupado.

—Reuben, ¿dónde estás? —exclamó Stone.

—En la asquerosa choza que llamo mi castillo. ¿Por qué?

—¿Puedes recogerme en Union Station y llevarme al almacén dónde guardo

mis cosas?

—Claro, pero no me has respondido. ¿La reunión se hará en casa de Caleb?

—No. Creo que será mejor... —Stone miró alrededor—. Nos reuniremos aquí en Union Station.

—Union Station —repitió Reuben—. No es un lugar muy discreto que digamos...

—No he dicho que vayamos a mantener aquí nuestra reunión.

—No acabo de entenderte —rezongó Reuben.

—Te lo explicaré luego. Ven aquí lo antes posible. Te esperaré en la entrada principal. —Colgó y miró a Milton.

—¿Para qué quieres ir a tu almacén? —preguntó este.

—Necesito una cosa que hay ahí. Algo que quizá dé sentido a todo esto.

—Parece que no hay nadie en casa —declaró Tyler Reinke mientras observaba la fachada de la vivienda de Milton desde el coche. Echó una ojeada al informe sobre Milton Farb—. Amenazar con envenenar las gominolas del presidente Reagan digamos que restringe tus oportunidades laborales —añadió irónicamente—. Quizá por eso no fueron a la policía, por sus antecedentes.

—Lo que me interesa saber es qué hacía en la isla Roosevelt a esas horas de la noche.

—Voto por que esperemos un rato y luego entremos a investigar. Si se ha escondido en algún sitio, es probable que haya dejado algún indicio que nos indique su paradero.

—Entretanto creo que deberíamos hacer otra visita a Georgetown. Quizás alguien viera algo aquella noche que podría resultarnos útil —sugirió Peters.

—Y ya puestos, tampoco estará de más que echemos otro vistazo al bote —añadió Reinke.

El capitán Jack se recolocó el sombrero y recorrió con el dedo la rosa amarilla que llevaba en la solapa mientras inspeccionaba el interior de su nueva propiedad. El taller mecánico era grande y tenía tres amplias zonas de trabajo. Sin embargo, en esos momentos el local estaba vacío, salvo un único vehículo que centraba toda la atención de sus «mecánicos». Ahmed, el iraní, se secó la frente al salir del foso del suelo.

—¿Qué tal va? —preguntó el capitán Jack

—Vamos bien de tiempo. ¿Has hablado con la mujer?

—Esa pieza está preparada y en su sitio. Y no vuelvas a preguntar, Ahmed —añadió, mirándolo fríamente. El iraní asintió y volvió a bajar al foso. Enseguida el ruido de llaves de tuercas y destornilladores llenó el lugar y el capitán Jack salió a la luz del sol.

Ahmed aguardó unos minutos y entonces salió del foso. Se acercó rápidamente a la mesa de trabajo y extrajo un cuchillo de hoja larga de un trapo grasiento que había escondido bajo unas herramientas. Colocó el cuchillo bajo la alfombra trasera del vehículo.

Luego, el capitán Jack subió a su Audi y fue hasta el apartamento situado enfrente del hospital Mercy. Uno de los afganos le abrió la puerta.

—¿Las armas están aquí? —preguntó el capitán.

—Las he traído una por una en bolsas de papel del supermercado como me dijiste.

—Enséñamelas.

El hombre lo condujo hasta el televisor de pantalla panorámica situado en una esquina de la sala. Juntos lo apartaron y el afgano empleó un destornillador para levantar el parquet, con lo que el relleno y el suelo quedaron al descubierto. En esa zona el suelo estaba cortado y se había sustituido por contrachapado. Debajo de este, el capitán Jack vio los trozos cortos de cuerda sujetos a las vigas del suelo a intervalos de quince centímetros. Encima de las cuerdas había dos rifles de francotirador con miras telescópicas muy potentes.

—He oído hablar de los M-50, pero nunca los he utilizado —reconoció el capitán Jack.

—Tiene óptica digital, por lo que no hay una marca visible; aloja el cartucho de veintiún milímetros con unos sensores ambientales incorporados, junto con la detección multitérmica. —El afgano se arrodilló y señaló una parte del rifle—. También dispone de un sistema de retroalimentación neural que cancela el movimiento muscular.

—Nunca he necesitado tal cosa para hacer mi trabajo —dijo el capitán Jack con naturalidad.

—Y está recubierto con Camoflex avanzado, de forma que se funde con el entorno con sólo pulsar un botón. El cañón está refinado mediante nanotecnología y es capaz de colocar una bala con un margen de variación de 0,00001 minuto desde una distancia de mil metros. De sobras para este trabajo, pero qué más da. También tenemos un par de MP-5 con unos dos mil cartuchos.

Al comienzo de su carrera el capitán Jack había cometido el error inexcusable de introducir la presión barométrica después de realizar el ajuste correspondiente a la altitud, el número que suelen dar los meteorólogos. Sin embargo, los tiradores necesitan la presión barométrica real sin tener en cuenta el ajuste de altitud. Había sido un error grave porque el aire frío es más denso que el caliente y la velocidad del sonido también es inferior en el aire frío, lo cual es crítico cuando se carga munición supersónica. Aquel error había hecho que su bala hiriera en vez de matar, resultado inaceptable cuando uno intenta asesinar a un jefe de Estado.

—¿Dónde has escondido la munición? —preguntó.

El afgano se dirigió a la parte posterior del televisor y desatornilló el panel trasero. En el interior y bien apiladas había varias docenas de cargadores de MP-5 y cajas de balas de M-50.

—Como puedes apreciar, no vemos mucho la tele —dijo el afgano.

—¿Y los otros dos rifles y la artillería que usaréis? Son lo más importante.

—Están debajo de otras tablas del suelo. Están preparados. Hemos practicado más de cincuenta horas con ellos. No te preocupes, no fallaremos.

—Parece que el tiempo nos será favorable para el día elegido, pero por esta zona cambia con facilidad.

El afgano se encogió de hombros.

—A esta distancia tampoco es un tiro tan difícil. He alcanzado objetivos a distancias dos y tres veces mayores, de noche y mientras otras personas me disparaban.

El capitán Jack sabía que aquello no era una bravata, de hecho era uno de los motivos por los que había elegido al hombre.

—Pero nunca lo has hecho como esta vez —dijo—. El campo y la trayectoria de tiro son un poco distintos.

—Créeme, lo sé.

El capitán Jack fue al baño y observó su disfraz en el espejo. Se quitó el sombrero y contempló su abundante cabello vetado de gris y un bigote y una barba corta del mismo tono. Se quitó las gafas tintadas y sus ojos azules le contemplaron. Tenía una pequeña cicatriz en un lado de la nariz, larga y gruesa. En realidad la barba y el pelo eran falsos; de hecho era calvo e iba bien afeitado; tenía ojos castaños y ninguna cicatriz, aunque sí tenía la nariz larga, pero fina.

Volvió a ponerse el sombrero y las gafas. Había desaparecido muchas veces en su vida, a veces cuando trabajaba para otros, incluido el gobierno de EE. UU. En otras ocasiones había ido por libre y vendido su habilidad para disparar y su coraje al mejor postor. Pero como le había dicho a Hemingway, su próxima desaparición sería la última.

Salió en coche de la ciudad hacia el recinto ceremonial, apenas a diez minutos del centro, pero en diez minutos podían pasar muchas cosas.

El capitán Jack no se paró en el recinto sino que siguió conduciendo despacio, observando ciertos puntos de referencia que hacía tiempo que tenía grabados en la memoria. El recinto ceremonial estaba delimitado por un cercado blanco con baranda con sólo una vía de entrada para vehículos y numerosos puntos de acceso peatonales. Unas columnas de ladrillo de un metro ochenta de altura enmarcaban esa entrada y la caravana de vehículos tendría que cruzarla al entrar y al salir. Sería una situación difícil para *la Bestia*.

Estudió las hileras de árboles circundantes, intentando adivinar la ubicación de los tiradores de élite que se apostarían a lo largo de ese perímetro. ¿Cuántos habría? ¿Una docena? ¿Dos docenas? En la actualidad era difícil saberlo, ni siquiera teniendo el máximo de información privilegiada. Se enfundarían los uniformes de camuflaje, tan bien fundidos con el entorno que era más fácil pisarlos que verlos. Sí, era muy probable que sus hombres murieran en ese terreno sagrado. Por lo menos sería rápido e indoloro. La munición supersónica

de largo alcance, sobre todo dirigida a la cabeza, mataba antes de que el cerebro tuviera tiempo de reaccionar. Sin embargo, la muerte de los *fedayin* no sería tan indolora.

Se imaginó la entrada de la caravana de coches y al presidente saliendo de *la Bestia*. Saludaría, estrecharía manos, daría palmaditas en algunas espaldas y algunos abrazos y luego lo escoltarían hasta el podio blindado contra balas y bombas mientras sonaba *Hail to the Chief*.

El hecho de utilizar ese tema cuando un presidente de EE. UU. entraba en una sala fue idea de la esposa del presidente James Polk, porque le enfurecía que se ignorara totalmente a su marido diminuto y feo cuando hacía acto de presencia. Así pues, Sarah Polk ordenó que sonara ese tema siempre que su marido entrara en una sala. Desde entonces todos los presidentes habían respetado la imperiosa iniciativa de aquella primera dama.

No obstante, el origen de la canción en sí resultaba incluso más divertido, por lo menos en opinión del capitán Jack. Era una adaptación de la letra del poema épico de sir Walter Scott *La dama del lago*, que describía la muerte de un jefe escocés traicionado y asesinado por su archienemigo el rey Jaime V. Por irónico que resultara, la canción utilizada para anunciar la llegada del presidente de EE. UU. narra el asesinato de un jefe de Estado. En la última parte del Canto Quinto, el poema resumía, según el capitán Jack, una duda que todos los aspirantes a políticos deberían plantearse: « Oh, ¿quién desearía ser tu rey? ».

—Yo no —murmuró para sí—. Yo no.

El ex guardia nacional se acomodó en la silla y se miró la mano nueva mientras los dos hombres le observaban detenidamente.

—Ahora que hemos añadido la bolsa, practiquemos los movimientos —indicó el ingeniero.

El norteamericano movió la mano y la muñeca tal como le habían enseñado, pero no pasó nada.

—Hace falta práctica. Pronto serás un experto.

Al cabo de dos horas habían logrado progresos considerables. Hicieron una pausa y los hombres se sentaron a hablar.

—O sea que eras camionero —dijo el químico.

El ex soldado asintió y levantó el garfio y la mano ortopédica.

—No es una profesión que podría hacer con estas porque también tenía que ayudar a descargar la mercancía.

—¿Cuánto tiempo estuviste en Irak antes de que ocurriera?

—Dieciocho meses. Sólo me quedaban cuatro más, por lo menos es lo que creía. Luego recibimos órdenes de que ampliaban nuestra permanencia veintidós meses más. ¡Cuatro años! Antes de todo eso me había casado, tenía familia y

trabajaba en Detroit. Luego una mina de tierra en las afueras de Mosul se me llevó las dos manos y un trozo de pecho. Cuatro meses en el hospital Walter Reed y regreso a casa para enterarme de que mi mujer quiere el divorcio, que ya no tengo trabajo y que, básicamente, soy un sin techo. —Hizo una pausa y negó con la cabeza—. Estuve de servicio durante la primera guerra del Golfo y me tragué toda la mierda que Sadam nos lanzaba. Tras darme de baja en el ejército, entré en la Guardia Nacional para por lo menos tener algo de ingresos hasta que me recuperara. Estuve una temporada en la Guardia y luego dimítí y empecé a conducir camiones. Luego, después de todos estos años, el ejército llama a mi puerta y me dice que mi dimisión de la Guardia nunca se aceptó de forma « oficial ». Les digo educadamente que se vayan a tomar por saco. Pero me sacan de casa a patadas y a gritos. Después, al cabo de un año, bum, me quedo sin manos y sin vida. ¡Mi país me ha hecho todo esto!

—Ahora ha llegado el momento de que le correspondas —dijo el ingeniero.

—Sí, ha llegado —convino el ex guardia nacional mientras flexionaba la mano.

Adnan al Rimi caminó por los pasillos del hospital Mercy registrando todos los detalles del entorno. Al cabo de un minuto regresó a la entrada principal del hospital justo cuando traían a una anciana en silla de ruedas, con suero portátil en el brazo.

Adnan salió al exterior y respiró el aire cálido. A la izquierda de los escalones delanteros había una rampa para pacientes en camilla o silla de ruedas. Rimi bajó hasta la acera delante del edificio. Había catorce escalones. Se giró y los subió contando el tiempo que tardaba en hacerlo. Siete segundos a paso normal, quizá la mitad corriendo.

Entró otra vez en el hospital y deslizó la mano por el arma que llevaba en el costado. Era un viejo revólver calibre 38, un arma de mierda americana, en su opinión. No obstante, era la que le proporcionaba la empresa de seguridad para la que trabajaba. Tampoco importaba tanto pero, aun así, las armas tenían una importancia primordial para Adnan. Prácticamente las había necesitado toda la vida para sobrevivir.

Regresó al puesto de enfermería y se detuvo exactamente a cuatro baldosas del centro del mismo. Entonces se volvió y caminó de nuevo hacia la entrada principal. Un observador habría pensado que estaba haciendo una ronda. Contó los pasos mentalmente y saludó con un gesto a dos enfermeras que pasaron por su lado. Cerca de la entrada giró a la derecha, contó los pasos por el pasillo, giró, abrió la puerta que conducía a la salida, contó los peldaños de los dos tramos de escaleras y apareció en el pasillo del sótano del ala oeste del edificio. Ese pasillo desembocaba en otro que iba hacia el norte y luego acababa conduciendo a la

zona de salida posterior. Allí había un amplio camino asfaltado que ascendía hacia la carretera principal que discurría por detrás del hospital. Debido a la pendiente y la mala canalización, solía inundarse después incluso de una lluvia moderada, lo cual era otro motivo por el que todo el mundo entraba por delante.

Mientras estaba allí visualizó varias veces una maniobra concreta en su cabeza. Al acabar, se acercó a un par de puertas dobles, las abrió con llave y entró cerrándolas tras de sí. Se encontraba en la sala de suministros energéticos, que también albergaba el generador de emergencia. La empresa de seguridad le había explicado lo básico de esa sala por si se producía una emergencia. Había complementando esas explicaciones leyendo los manuales de todos los equipos de la sala. Sólo había uno que le interesaba realmente. Estaba situado en la pared enfrente del generador. Abrió la caja con otra llave del llavero y escudriñó los mandos del interior. Decidió que no le costaría demasiado amañarlo.

Cerró con llave la sala de suministros y regresó al hospital para continuar haciendo la ronda. Haría lo mismo todos los días, hasta que llegara el día señalado.

Al cabo de un rato acabó su turno y se quitó el uniforme, se puso su ropa en el vestuario y se marchó en bicicleta hasta su apartamento, a unos tres kilómetros de distancia. Se preparó la comida: pan de pita, dátiles, habas, aceitunas y un trozo de carne *halal* que cocinó en el hornillo de su diminuta cocina.

La familia de Adnan había criado ganado y cultivado dátiles en Arabia Saudí, lo cual no era nada desdeñable en un país con sólo un uno por ciento de tierra cultivable, pero habían sufrido muchas penurias. Tras la muerte del padre, los Rimi habían huido a Irak, donde cultivaron trigo y criaron cabras. Adnan, como hijo mayor, se convirtió en el patriarca de la familia. Empezó a hacer de carnicero siguiendo la ley islámica, o sea que era *halal*, y los ingresos adicionales que esa actividad le proporcionó fueron muy bien recibidos.

Adnan miraba por la ventana con una taza de té entre las manos mientras su mente se remontaba en el tiempo. Cabras, corderos, pollos y reses habían conocido su muerte en el extremo de su muy afilado cuchillo. Esos animales tenían que sacrificarse a partir del cuello mientras Adnan pronunciaba el nombre de Dios. Adnan nunca tocaba la médula espinal al realizar el sacrificio por dos motivos: era menos doloroso para el animal y permitía que siguiera habiendo convulsiones, lo cual aceleraba el desangrado, tal como exigía la ley islámica. De acuerdo con esta ley ningún animal podía ser testigo de la muerte de otro, y los animales tenían que estar bien alimentados y descansados. Era algo completamente distinto a las matanzas masivas propias del método de « aturdir y matar » de los matarifes estadounidenses. Sí, los norteamericanos eran insuperables en matar muchos seres y muy rápido, pensó.

Mientras sorbía el té, siguió reflexionando sobre su pasado. Luchó en la larga guerra Irán-Irak de una década de duración, en la que los musulmanes se

mataron entre sí a miles en los combates cuerpo a cuerpo más encarnizados de la historia. Al acabar el conflicto, la vida de Adnan volvió a la normalidad. Se casó, formó una familia e hizo todo lo posible por evitar que el megalómano de Sadam Husein o sus adláteres tuvieran motivos para hacerle daño a él o a su familia.

Entonces se produjo el 11-S, Afganistán fue invadido y los talibanes cayeron rápido. Personalmente, a Adnan nada de eso le suponía un problema. América había sido víctima de un ataque y había contraatacado. Adnan, como la mayoría de los iraquíes, no apoyaba a los talibanes. La vida continuó en Irak E incluso con el embargo internacional que sufría su país, Adnan conseguía ganar un sueldo decente. Hasta que EE. UU. declaró la guerra a Irak Al igual que sus compatriotas, Adnan esperaba con terror que empezaran a caer las bombas y los misiles. Envió a su familia a un lugar seguro pero él se quedó porque era su país adoptivo y estaba a punto de ser atacado por una potencia extranjera.

Cuando llegaron los aviones americanos, Adnan observó horrorizado cómo Bagdad se convertía en una bola de fuego. Los americanos lo llamaban daños colaterales, pero para Adnan eran hombres, mujeres y niños exterminados en sus casas. Y luego llegaron las tropas y los tanques. Adnan siempre había tenido muy claras las consecuencias. Los americanos eran demasiado poderosos. Tenían armas capaces de matar a cualquiera desde miles de kilómetros de distancia. Lo único que Adnan había tenido en su vida para luchar era una pistola, un cuchillo y las manos. Y se decía que EE. UU. tenía misiles capaces de ser lanzados desde América y aniquilar todo Oriente Medio en cuestión de minutos. Aquello aterrorizaba a Adnan. No había manera de vencer a semejante demonio.

De todos modos, después de la caída de Husein hubo esperanza. Pero esa esperanza enseguida se convirtió en desespero, a medida que la violencia y la muerte iban ganando terreno y la sociedad civil iba desapareciendo. Y cuando la presencia americana se convirtió realmente en una ocupación, Adnan consideró que su obligación estaba clara. Así que luchó contra ellos, y en esa lucha también mató a muchos de sus compatriotas, acto que le daba rabia pero que en cierto modo racionalizaba. Había matado a iraníes durante la guerra entre los dos países. Había matado a árabes y americanos en Irak Había sacrificado animales con su cuchillo. Adnan tenía la impresión de que se había pasado toda la vida quitando vidas ajenas.

Y en ese momento su vida era lo único que le quedaba. Su mujer e hijos habían muerto, así como sus padres, hermanos y hermanas. Sólo Adnan seguía en este mundo mientras su familia habitaba el paraíso.

Y estaba en EE. UU., en el corazón del enemigo. Sería su última aparición, el último acto de una existencia vivida atacando y siendo atacado. Adnan estaba cansado; había vivido ochenta años en la mitad de tiempo. Su cuerpo y su mente no soportaban más.

Se acabó el té pero siguió mirando por la ventana. Un grupo de niños corría por la zona de juegos del complejo residencial. Había niños negros, blancos y de piel oscura jugando juntos. A esa edad las diferencias de color y cultura resultaban indiferentes. Pero, por desgracia, Adnan sabía que eso cambiaba en la edad adulta. Siempre pasaba.

—¿Quería verme, señor? —preguntó Hemingway en cuanto entró en el despacho de Gray. Se rumoreaba que esa sala eran los únicos metros cuadrados del complejo del NIC donde no había vigilancia electrónica.

Gray, sentado tras su escritorio, le indicó que se acercara.

—Cierra la puerta, Tom.

Durante media hora los dos hombres trataron diversos acontecimientos geopolíticos que se avecinaban, el estado de varias crisis internacionales y la opinión de Hemingway sobre algunas operaciones de inteligencia en Oriente Medio y Extremo. Luego la conversación tomó otros derroteros.

—¿Qué ha ocurrido con los del Servicio Secreto que han estado hoy aquí? —preguntó Gray.

—He colaborado con ellos al máximo, señor, por lo menos lo que en el NIC se entiende por máxima colaboración. Espero haber hecho lo correcto al evitarle estar con ellos.

—Sin duda. ¿Quiénes eran los agentes que les acompañaron?

—Warren Peters y Tyler Reinke. Los dos son buenos. Se les asignó la representación de los intereses del NIC durante la investigación. Creo que estaban analizando alguna prueba encontrada en la escena del crimen para el Servicio Secreto.

—He hablado con el presidente sobre Ford y Simpson. No creo que vuelvan.

—¿Es verdad que Simpson es su ahijada?

—Sí. Jackie es la única hija de Roger Simpson. Fue un honor para mí ser el padrino de Jackie, aunque no sé si he dado la talla como tal.

—Parece que ha sabido arreglárselas muy bien sola.

—La quiero como a una hija. —Gray pareció un tanto incomodado por sus propias palabras y se aclaró la garganta—. Hemos abierto una investigación interna para aclarar la muerte de Johnson. El FBI participará.

Hemingway asintió.

—Será algo positivo. No creo que haya nada de que preocuparse, pero debemos disipar cualquier duda.

Gray lo miró de hito en hito.

—¿Y por qué crees que no debemos preocuparnos, Tom?

—¿Una casa y coches que estaban por encima de las posibilidades de Johnson? ¿Drogas encontradas en la casa? Parece claro. No es la primera vez que pasa.

—Es la primera vez que pasa aquí. ¿Conocías bien a Johnson?

—Igual que a cualquier otro supervisor de datos. Tengo que reconocer que era muy bueno en su trabajo.

—¿Cómo lo definirías?

Hemingway reflexionó un momento.

—Teniendo en cuenta el escaso contacto que mantuvimos, era un hombre cuya ambición sobrepasaba sus capacidades.

—Una percepción muy aguda sobre alguien a quien dices no haber conocido demasiado bien.

—Esa misma percepción podría aplicarse a la mitad de quienes trabajan aquí. A decir verdad, quieren ser como usted. Pero nunca lo serán y eso les molesta.

Gray se reclinó en el asiento.

—He examinado a conciencia el expediente de Johnson. No hay nada que indique que fuera a traicionarnos. ¿Estás de acuerdo?

Hemingway asintió.

—Pero podría decirse lo mismo de prácticamente todos los que han traicionado a este país. Tiene más que ver con la psicología que con las cuentas bancarias.

—Aquí hay otras personas que conocían mejor que yo a Johnson.

—He hablado con ellos —dijo Gray—. Y también con su prometida. Cree que el asunto de las drogas es una estupidez.

—Bueno, no es de extrañar que lo defienda.

—Tom, recuerdo que la centralización de todas las bases de datos de los servicios de inteligencia se concluyó hace cuatro años. ¿Es así?

—Sí, con la salvedad de que la integración de los archivos de la Administración de Seguridad del Transporte, dependiente de la Oficina de Antecedentes, Coordinación y Operaciones, se acabó hace poco. Fue por culpa de ciertos problemas con Seguridad Nacional, entre otros.

—¿Algún otro problema técnico en el sistema?

—No, y como seguramente recuerda, la parte de la AST era bastante sustancial. Incluía los programas Seguridad en Vuelos, Registro de Viajeros y el US VISIT entre otros. El programa US VISIT era especialmente delicado para nosotros porque contenía antecedentes detallados, huellas dactilares digitalizadas y fotos de viajeros extranjeros. Sin embargo, la Unión Americana de Libertades Civiles montó un escándalo y fue despotricando en todos los tribunales que quisieron oírles. Pero nos pertenecía y al fin lo tenemos. Antes, esos datos estaban repartidos entre una docena de departamentos sin integración viable, con

solapamientos increíbles y duplicaciones, lo cual invalidaba buena parte de la información.

—Bueno, ese fallo fue uno de los principales motivos que posibilitó el 11-S— dijo Gray.

—Por cierto, tengo entendido que el presidente le pidió que asistiera al acto conmemorativo mañana en Nueva York.

—La radio macuto de la oficina es mejor que cualquier red de espionaje. Sí, me lo pidió y sí, rechacé la oferta. Como siempre, prefiero celebrar una ceremonia privada en homenaje a quienes perdieron la vida ese día.

—También he oído decir que va a ir a Brennan, Pensilvania.

Gray asintió, abrió el cajón del escritorio y extrajo un libro.

—¿Qué tal llevas tus conocimientos de la Biblia, Tom?

Hemingway estaba acostumbrado a los cambios de tema bruscos de Gray.

—He leído la versión del rey Jacobo. Junto con el Corán, el Talmud y el Libro del Mormón.

—Bien. ¿Qué punto en común encuentras en todos ellos?

—La violencia. La gente dice que el Corán incita a la violencia. No tiene nada que envidiarle a la Biblia. Si no recuerdo mal, el Deuteronomio está especialmente puntuado de mensajes apocalípticos. Matarás a golpes por aquí y por allá.

—Por lo menos es coherente. No obstante, el Corán insta a sus seguidores a no quitarse la vida, lo cual no concuerda con la idea del terrorista suicida. De hecho, no promete el paraíso sino que advierte de la condena en el infierno por quitarse la propia vida.

—El Corán dice eso refiriéndose a una muerte que no tenga relación con la causa de Alá; no se aplica a quienes mueren por su causa. Y hay suficientes referencias a matanzas de infieles en el Corán y también en los escritos, leyes y costumbres locales posteriores al Corán como para justificar que suicidarse matando infieles está autorizado. Y con respecto a quienes mueren por la causa, dice que no mueren en realidad y que sus seres queridos no deben llorar por ellos. Esa es la diferencia entre el islam y el cristianismo.

—Correcto. Pero también hay otra gran similitud entre las dos religiones.

—¿Cuál es, señor?

Gray apartó la Biblia.

—La resurrección de los muertos.

La espaciosa casa que el capitán Jack había alquilado en las afueras de Brennan estaba situada lejos de la carretera principal, aislada de las casas vecinas. También disponía de una gran sala de cine a la que sacaba provecho en esos momentos.

Introdujo en el reproductor el DVD que Hemingway le había dado pero todavía no lo puso en marcha porque los hombres que habían venido se estaban sentando. Ninguno de ellos comía palomitas, ni les habían ofrecido refrescos. No era una velada de cine convencional.

El capitán Jack dedicó un minuto a examinar el público. Eran hombres buenos y capaces. La vida les había curtido a falta de momentos de felicidad o de cosas que otras personas daban por supuestas, como comida, agua limpia, una cama y una vida sin el temor constante a la persecución y la amenaza de una muerte violenta. Ahí estaban sus fabricantes de explosivos e ingenieros, sus tiradores, francotiradores, sus *fedayin*, sus mecánicos, sus infiltrados y sus chóferes. Sin embargo, Djamilá no estaba presente. Su misión era muy distinta. Además, el capitán Jack tampoco sabía cómo reaccionarían los varones si se enterasen de que una mujer era una pieza clave de la operación. Sólo unos pocos miembros de su equipo estaban al corriente del asunto y él sabía que era mejor así.

El aspecto de los hombres había cambiado. Pelo corto o más largo. Barbas afeitadas. Más delgados o gordos. Todos vestían prendas de estilo occidental. Algunos llevaban gafas y otros se habían teñido el pelo. Aunque ninguna de sus imágenes «reales» estaba en las bases de datos del NIC, la operación era demasiado trascendente como para relajarse en ningún detalle, por nimio que fuese. Por mucho que las fotos del NIC fueran diferentes, los agentes de inteligencia estadounidenses que los habían visto en persona hacía años quizá los reconocieran.

Se situó delante de la pantalla y se dirigió a ellos por el nombre como muestra de respeto y camaradería. Pidió informes de los progresos y cada hombre le proporcionó los datos de forma sucinta e inteligente.

El capitán Jack, Tom Hemingway y una tercera persona habían seleccionado a esos hombres entre un grupo proporcionado por ese tercero, un hombre de confianza para ambos. No habían escogido a los musulmanes más violentos y

fanáticos del grupo. Por irónico que pareciera, la compostura era la cualidad que más valoraban.

Los terroristas del 11-S procedían de orígenes diversos. Catorce de los quince piratas aéreos que acompañaron a los cuatro «pilotos» de los aviones eran de Arabia Saudí. Procedían de familias de clase media no especialmente activas en temas políticos ni religiosos. No obstante, esos jóvenes dejaron sus cómodos hogares y familias, se adiestraron con Al Qaeda, se empaparon de la práctica del radicalismo islámico y la *yihad* y ejecutaron sus órdenes con precisión militar, sin duda con la esperanza de recorrer el curioso camino que les llevaba al paraíso en un avión. Los terroristas del 11-S no habían tenido que tomar decisiones por cuenta propia, todo estaba planificado. La situación que se estaba desarrollando en Brennan era completamente distinta. Cada hombre tendría mucha información sobre lo que ocurriría.

Así pues, Hemingway y el capitán Jack habían buscado hombres mayores y cultos que hubieran llevado una vida normal. Estos hombres no se habían adiestrado con Al Qaeda. No habían entregado sus vidas a la *yihad* por motivos relacionados con esa mentalidad fanática. Y aunque varios de ellos habían tenido roces con la policía en Europa y América, y les habían hecho fotos y registrado sus huellas dactilares, motivo por el que necesitaban estar encubiertos ante el NIC, ninguno llegaba al nivel de que su foto apareciese en los periódicos. El más joven tenía treinta años, el mayor cincuenta y dos y la media de edad era de cuarenta y un años. Estos hombres, si bien tenían experiencia en matar, no estaban ansiosos por quitar la vida a nadie. Todos ellos habían perdido al menos a tres parientes cercanos en guerras y otros conflictos a lo largo de los años. De hecho, media docena había perdido a toda su familia en esos episodios de violencia. Se habían ofrecido voluntarios para esta misión por motivos distintos a los que normalmente se dan por supuestos en la mente del terrorista de Oriente Medio. En realidad, todos estos hombres se consideraban soldados, no terroristas. Daban el perfil del «guerrero santo», en el que tanto había insistido Hemingway.

—Recordad esto —indicó el capitán Jack a sus hombres—. Mientras estamos aquí sentados planeando esta operación, en alguna otra sala habrá muchas más personas planeando cómo detenernos. Son excelentes en su trabajo, así que nosotros debemos ser mejor que excelentes. Tenemos que ser perfectos. —Hizo una pausa y miró a los ojos a cada uno de ellos—. Un error en cualquier eslabón de la cadena y todo se irá al garete. ¿Entendido?

Todos asintieron en silencio.

El capitán Jack repasó de nuevo los detalles de la ceremonia. El ejército de agentes del Servicio Secreto y la policía local dispondrían de dossiers impresos con toda la labor de preparación para la visita del presidente. El capitán Jack y su equipo no podían permitirse ese lujo. La pérdida de una página tendría resultados catastróficos. Así pues, había que memorizar todos los detalles. Para que todo

quedara bien claro, el capitán Jack pasaba del árabe al inglés y viceversa, dependiendo de la sutileza de lo que intentaba comunicar.

—Antes de que el presidente pise Brennan, un grupo de avanzada del Servicio Secreto llegará aquí para empezar a planificar el evento junto con la caravana de vehículos más compleja y segura del mundo. Normalmente, la caravana está formada por veintisiete vehículos incluyendo los escoltas policiales, una furgoneta de comunicaciones, un vehículo de prensa, una furgoneta para los VIP, una ambulancia, un vehículo de los SWAT con un equipo completo en el interior, y dos *Bestias*. En una viajará el presidente y en la otra los agentes del Servicio Secreto. Habrán registrado a conciencia todas las carreteras que van desde el aeropuerto hasta el recinto de la ceremonia en Brennan y el día de la visita estarán cerradas.

» En el recinto ceremonial el presidente entrará por la derecha del escenario y saldrá por el mismo sitio. Mientras hable, estará tras un podio de cristal a prueba de balas y bombas llamado *Ganso Azul*. Los tiradores de élite estarán apostados a lo largo del perímetro de la línea arbolada. Cuando el presidente se mueva, estará rodeado en todo momento por un muro de agentes que no dejarán ni un centímetro al descubierto. El área que ocupa el hombre se denomina *zona de muerte* y el Servicio Secreto se toma ese concepto muy pero que muy en serio. Habrá mucha gente, por lo que los magnetómetros se colocarán en todos los puntos de entrada de peatones al recinto ceremonial. Tenemos exactamente los mismos magnetómetros que utilizará el Servicio Secreto y los hemos probado con los niveles de detección más elevados. —Hizo una pausa y añadió—: Tiradores, podéis pasar por estos puntos sin problema.

» Debéis tener en cuenta que el Servicio Secreto se fija en los comportamientos, es decir: personas que no encajan, que no participan en la ceremonia y que no se relacionan con otras personas del público. Como sois de Oriente Medio, os someterán a un escrutinio especial. Tienen una base de datos dedicada a asesinos que elabora perfiles teniendo en cuenta hasta el detalle más insignificante. Como sabéis, vuestras fotos ya no están en sus archivos, y vuestro aspecto ha cambiado mucho, por lo que el riesgo de identificación es muy bajo. Pero eso no es motivo para descuidarse. Por consiguiente, se os indicará la vestimenta y el comportamiento para la ceremonia, y cumpliréis todos los detalles, sin excepción. Cuando entréis en ese recinto, pareceréis médicos, abogados, profesores, comerciantes, tenderos, ciudadanos respetables en vuestro país de adopción. —El capitán Jack miró a cada uno de los hombres—. El vídeo que estoy a punto de enseñaros muestra de forma clara cuán en serio se toma su misión el Servicio Secreto.

Pulsó un botón del mando a distancia y la pantalla cobró vida. Hemingway había suministrado a su colega un vídeo público sobre el Servicio Secreto y sus técnicas de protección generales, secuencias excepcionales de intentos de

asesinato y, más excepcionales todavía, un vídeo sobre los entrenamientos de los agentes en el centro de Beltsville, Maryland. Allí era donde aprendían a hacer virguerías con el coche, a inmovilizar sospechosos, y también donde practicaban técnicas de protección una y otra vez hasta que los pensamientos débiles eran sustituidos por la memoria de los músculos ejercitados a fondo.

Los hombres observaron fascinados las secuencias sobre los intentos de asesinato de Gerald Ford y Ronald Reagan. El asesinato de John Kennedy no estaba incluido en el DVD, puesto que los presidentes ya no se desplazaban en coches abiertos. Y todos los errores que el Servicio Secreto y los políticos cometieron aquel día en Dallas se habían corregido hacía mucho tiempo.

—Ya veis —comentó el capitán Jack— que las acciones de los agentes son las mismas en cada caso. Se protege al presidente por completo y casi se le saca en vilo de la escena a la mayor velocidad posible. En el caso de Reagan, lo introdujeron en la limusina presidencial y desapareció en cuestión de segundos. El 11-S, cuando parecía que un avión iba directo a la Casa Blanca, el Servicio Secreto evacuó al vicepresidente de su despacho; se dice que no llegó a tocar el suelo hasta que estuvo en un lugar totalmente seguro. Velocidad. Tenedlo en cuenta. Lo tienen interiorizado y grabado en sus reflejos. Actúan según rutinas memorizadas sin perder un segundo en pensar. Nada puede invalidar ese instinto. Y el principal impulso que experimentan es salvar la vida del presidente. Sacrificarían cualquier cosa por eso, incluso su propia vida. Podemos contar con ello con toda certeza. Nos es imposible igualar su potencia armamentística, recursos humanos, adiestramiento o tecnología; pero podemos comprender su psicología y sacar el máximo provecho de ella. De hecho, aparte del elemento sorpresa, esa es la única ventaja que tenemos. Y será suficiente. Nos bastará si ese día no cometemos el menor error.

Repasó otra vez esa parte del vídeo y lo analizó fotograma a fotograma, mientras sus hombres lo iban memorizando todo. Hubo numerosas preguntas, lo cual los dos americanos consideraron una buena señal.

A continuación apareció en pantalla un diagrama del recinto ceremonial. El capitán Jack, provisto de un puntero láser, fue cuadrícula por cuadrícula señalando los elementos estratégicos generales, los puntos de entrada y de salida y las posiciones de *la Bestia* y otros vehículos importantes en la caravana.

—Tened en cuenta que la limusina presidencial siempre está estacionada en un sitio cuya salida está totalmente despejada. Eso es crucial para nuestros planes.

A continuación asignó números a cada uno de los hombres que estarían en el recinto ceremonial y señaló los números correspondientes en la pantalla, comprobando la posición de cada uno en su sitio. Acto seguido señaló la ambulancia.

—Este vehículo debe quedar inutilizado. Los que seáis encargados de ello

tenéis que aseguráros bien.

El fotograma siguiente mostraba a un hombre delgado de pelo cano con gafas.

—El presidente viaja con su médico personal, este hombre, el doctor Edward Bellamy. Estará en el podio con el presidente. Hay que eliminarlo el primero, sin falta.

El siguiente fotograma mostraba una simulación de la línea acordonada.

El capitán Jack resiguió la línea lentamente y con cuidado, como si fuera un cirujano practicando una incisión precisa en la carne.

—He aquí la peor pesadilla del Servicio Secreto. Si por ellos fuera, nunca lo permitirían, pero la savia de un político consiste en estrechar manos y besar bebés —explicó el capitán Jack—. Está aquí, en la línea acordonada, donde es más vulnerable. También es una espada de doble filo, porque precisamente es aquí donde los guardaespaldas están en alerta máxima.

En la siguiente imagen apareció el guardia nacional a quien los hombres del capitán Jack habían proporcionado una mano nueva. Iba con el uniforme completo. Era una foto un tanto antigua y por tanto aparecía con los dos ganchos en lugar de las manos.

—No dispondremos de comunicaciones electrónicas porque el servicio instalará un entramado de interferencias e interceptores. Por tanto, todo se hará al estilo antiguo, mediante ojos y oídos. —Señaló al hombre de la pantalla—. Esta persona os marcará las pautas. Llevará este mismo uniforme. Pero habrá otras personas uniformadas, así que no os confundáis. Cada uno de vosotros recibirá una copia de este DVD y un reproductor de DVD portátil. Tenéis que estudiarlo durante cuatro horas al día para memorizar todos sus elementos y los detalles que os estoy enseñando esta noche. Sin embargo, a este hombre tenéis que localizarlo rápido y no perderle nunca de vista. Los organizadores del evento han dispuesto que todos los soldados estadounidenses discapacitados ocupen la primera fila de la línea acordonada, una especie de homenaje. Es muy positivo que los representantes de la ciudad lo hayan decidido. Y sin duda nos ayuda en nuestro plan.

Miró al ingeniero y el químico que habían dado la nueva mano al ex guardia nacional.

—Se ha confirmado que el efecto deseado se producirá en menos de dos minutos. —Los hombres asintieron y el capitán Jack continuó—: Cuando eso ocurra, seguiremos la siguiente pauta inmediatamente. —Chasqueó los dedos—. Secuencia uno para tirador. Luego *fedayin* A y B. Luego secuencia dos para tirador, seguida de *fedayin* C y D. Acto seguido, secuencia tres para tirador. Luego el último *fedayin* y entonces secuencia cuatro para tirador. Como sabéis, cada secuencia tiene objetivos concretos. Si no se alcanza un objetivo durante su secuencia, la secuencia siguiente debe añadirlo a sus responsabilidades. Hay que

dar en todos los blancos, sin excepciones. Todos los agentes llevarán chalecos antibalas de última generación, al igual que buena parte de los policías, así que apuntad bien. ¿Está claro?

Se calló y volvió a escudriñarlos uno a uno, algo que pensaba hacer muchas veces esa noche. Asintieron uno tras otro. Repitió los pasos del ataque una y otra vez y luego hizo que cada hombre se los repitiera con exactitud, confirmando también en qué paso estaban.

—Debido al alcance limitado de nuestras armas, veréis en la cuadrícula de posiciones que cada tirador está situado sólo a dos filas de la línea acordonada, y en ciertos casos sólo a una. Llegareis al evento según el turno que se os asigne y suficientemente temprano como para alcanzar estos puntos.

El capitán Jack dejó de hablar y miró a sus hombres durante un largo minuto. En muchos sentidos, lo que estaba a punto de decir era el quid de la cuestión.

—Cada uno de vosotros debe ser consciente de que en cuanto disparéis es posible que un tirador de élite os mate. La proximidad de la muchedumbre os proporcionará cierta protección, pero probablemente insuficiente. Según nuestras informaciones, los tiradores utilizarán el rifle telescópico con mecanismo de cerrojo de la serie Remington 700 con cartuchos 308. Los tiradores de élite estadounidenses son capaces de disparar en un radio de veinticinco centímetros a un kilómetro de distancia.

Se oyó un murmullo de admiración por la habilidad de sus contrincantes. Era una reacción interesante, visto que prácticamente les estaba explicando su propia muerte. Llegado el momento, no podían vacilar entre la vida y la muerte. El capitán Jack sólo quería que actuaran maquinalmente, igual que el Servicio Secreto adiestraba a su gente. Y cada uno de ellos debía comprender que su vida era el precio que debían pagar por formar parte de esa jornada histórica para el islam.

—Como ya sabéis, las balas que os alcanzarán os llevarán directamente al paraíso. Os habréis ganado con creces esa recompensa —les dijo en árabe.

Luego miró a cada uno de los *fedayin*. Les había dado ese título como muestra de reconocimiento. La palabra árabe era *fedai*, que originariamente significaba «aventurero». Actualmente solía emplearse para referirse a los guerrilleros árabes u «hombres de sacrificio». Era probable que todos los hombres del capitán Jack perecieran y, por tanto, todos merecían esa distinción.

Tras la reunión informativa los condujo a una sala del sótano que el dueño anterior había insonorizado para utilizar como estudio de grabación. Era otro motivo por el que el capitán Jack había arrendado la casa, aunque las armas que iban a utilizar tampoco fueran demasiado ruidosas. Había dispuesto una zona de tiro y los hombres recibieron sus armas y munición. Durante las dos horas siguientes practicaron con sus objetivos, mientras el capitán Jack lanzaba distracciones inesperadas por el equipo de vídeo y sonido, porque cuando

empezaran los tiros de verdad todo se sumiría en un gran caos.

Aunque Adnan al Rimi no estaría en el recinto ceremonial, había asistido a esa reunión porque le gustaba estar al corriente de todo lo que guardara relación con una misión. Había luchado codo con codo junto al capitán Jack y este confiaba en Adnan igual que en los demás.

Adnan estaba situado detrás del iraní llamado Ahmed, que vivía en el apartamento con los dos afganos, enfrente del hospital Mercy, y que en el taller se encargaba de poner a punto el vehículo. Ahmed tampoco estaría en el recinto pero, al igual que Adnan, había insistido en asistir a la reunión de esa noche. Ahmed no dejaba de murmurar entre tiro y tiro. Dijo algo que llamó la atención de Adnan, que le habló en árabe.

—Mi idioma es el persa —respondió Ahmed—. Si quieres hablar conmigo, hazlo en persa, Adnan.

Adnan no respondió. No le gustaba que el joven le ordenara hablar en « su » idioma. Hacía tiempo que Adnan había llegado a la conclusión de que los iraníes eran una especie distinta de musulmanes. No dijo nada y se apartó unos pasos. Sin embargo, le echaba vistazos esporádicos y aguzaba el oído para discernir qué decía el airado iraní.

Media hora después de que se marchara el último hombre, el capitán Jack se dirigió en coche al centro de Pittsburgh. En el vestíbulo del hotel más caro de la ciudad le esperaba un hombre. Este parecía acusar el *jet-lag* tras su largo vuelo. Fueron en ascensor hasta una suite desde la que se dominaba el horizonte.

Aunque el hombre hablaba bastante bien inglés, inició la conversación en su coreano natal. El capitán Jack le respondió también en coreano.

Mientras charlaba con su colega norcoreano, pensó en una cita de un hombre por el que sentía gran admiración: « Conoce a tu enemigo y conócete a ti mismo; en cien batallas nunca correrás peligro ». El general chino Sun Tzu había escrito esas palabras en su libro *El arte de la guerra*. Aunque lo había escrito hacía siglos, el consejo conservaba su vigencia.

Stone y Milton tuvieron que mirar dos veces cuando la motocicleta se detuvo frente a ellos en Union Station. Reuben se quitó las gafas protectoras y se frotó los ojos enrojecidos.

—Reuben, ¿qué le ha pasado a la furgoneta? —preguntó Stone, sorprendido.

—Aunque cueste creerlo, encontré esta joyita en la chatarrería. Me he pasado todo el año arreglándola.

—¿Qué modelo es? —preguntó Stone.

—Una Indian Chief de 1928 con sidecar —se apresuró a responder Milton.

—¿Cómo coño lo sabías? —le preguntó Reuben mirándole de hito en hito.

—Lo lei hace seis años y medio en un ejemplar de *Antique Motorcycle Magazine* mientras esperaba en el dentista. Fui a que me prepararan la corona.

—¿Que te prepararan la corona? —preguntó Reuben.

—Sí, se aísla con una goma elástica y se elimina el esmalte con la fresa, con lo cual queda una dentina de unos dos milímetros de diámetro, pero sin dejar el nervio descubierto. La corona permanente es de porcelana. Está muy bien. ¿Veis? —Abrió la boca y les mostró la dentadura.

—Gracias por la agradable clase de odontología, doctor Farb —repuso Reuben.

—Bueno, no es que sea muy agradable —replicó Milton, sin captar el sarcasmo del comentario.

Reuben suspiró y luego recorrió con la mirada la moto de color rojo a rayas y el sidecar.

—Una máquina de mil caballos, con transmisión y magneto reconstruidos. El sidecar no es auténtico, es una réplica de fibra de vidrio, pero no se oxida y pesa mucho menos. Conseguí casi todas las piezas por Internet y a un amigo mío le sobraba un poco de cuero que me sirvió para tapizar el asiento. Se sube al sidecar por la izquierda, algo muy raro. Uno tan bien conservado costaría veinte de los grandes, y apenas he invertido la décima parte en arreglarlo. No es que quiera venderlo, pero nunca se sabe.

Le tendió a Stone un casco negro con gafas protectoras incorporadas.

—¿Dónde me monto exactamente? —preguntó Stone.

—En el sidecar, claro. ¿Para qué crees que sirve? No es un maldito florero.

Stone se puso el casco y se ajustó las gafas, luego subió al sidecar y se sentó. Era muy pequeño para un hombre alto como él.

—Venga, en marcha —dijo Reuben.

—¡Un momento! —exclamó Stone—. ¿Hay algo que deba saber?

—Sí, si la rueda del sidecar se sale y ya puedes empezar a rezar.

Reuben accionó el arranque y el motor rugió. Aceleró varias veces, se despidieron de Milton y se alejaron de Union Station.

Reuben giró al oeste en Constitution Avenue. Pasaron por delante del monumento a los caídos en Vietnam, y Reuben, veterano de guerra, saludó respetuosamente; luego rodearon el Lincoln Memorial y cruzaron el Memorial Bridge, que les llevó a Virginia. Desde allí se dirigieron al sur por la George Washington Parkway, que todo el mundo llamaba GW. Mientras avanzaban, las personas que viajaban en los demás vehículos les dedicaban miradas de curiosidad.

Stone descubrió que si giraba las piernas un poco casi podía estirarlas por completo. Se recostó y observó el río Potomac a la izquierda, donde una lancha motora acababa de adelantar a dos equipos que competían. El sol calentaba y la brisa refrescaba, y por unos instantes Stone se permitió olvidarse de los muchos peligros que acechaban al Camel Club.

Reuben indicó una señal viaria.

—¿Recuerdas que durante años en esa señal ponía «Lady Bird Johnson Memorial Park»? —gritó por encima del ruido del motor.

—Sí, hasta que alguien les dijo que no estaba muerta —explicó Stone—, y pusieron Lyndon Baynes Johnson, que sí está muerto.

—Me encanta la eficacia de nuestro gobierno —chilló Reuben—. Sólo tardó una década en arreglarlo. Me alegro de no pagar impuestos, de lo contrario estaría muy cabreado.

Los dos observaron un reactor que despegaba del aeropuerto nacional Reagan en dirección norte y luego giraba hacia el sur, la misma dirección que la de ellos. Al cabo de unos minutos llegaron a los límites de Old Town Alexandria, uno de los lugares más históricos del país. Contaba con dos casas en las que pasó su niñez Robert E. Lee, el general confederado, así como una iglesia católica cuyos bancos habían sido honrados por el trasero del mismísimo George Washington. La ciudad estaba repleta de casas antiguas restauradas, calles adoquinadas, tiendas maravillosas y restaurantes eclécticos, una vida social efervescente y una hermosa costa marítima. También era sede del Tribunal Federal de Quiebras.

—Maldito lugar. Ya he estado ahí dos veces —dijo Reuben al pasar por delante del tribunal.

—Caleb conoce a gente que te ayudará con el dinero, y estoy seguro de que Chastity también te ofrecería servicios rentables.

—Estoy seguro de que la encantadora Chastity satisfaría mis necesidades,

pero Milton se cabrearía conmigo —gritó Reuben mientras le guiñaba el ojo con picardía—. Y no necesito que me ayuden con el dinero que ya tengo, Oliver, sólo necesito que me ayuden a conseguir más.

Giró a la izquierda y recorrieron un callejón que iba en dirección al río hasta desembocar en Union Street. Reuben encontró aparcamiento y Stone bajó del sidecar con cierta dificultad.

—¿Qué coño te ha pasado en la cara? —preguntó Reuben, reparando en sus magulladuras.

—Me caí.

—¿Dónde?

—En el parque. Estaba jugando al ajedrez con TJ y luego me tomé un café con Adelpia. Tropecé con la raíz de un árbol cuando nos íbamos.

Reuben sujetó a su amigo por los hombros.

—¡Adelpia! Oliver, esa mujer está chiflada. Tienes suerte de que no te envenenara el café. Ya verás, un día te seguirá hasta tu casita y te cortará la garganta. —Hizo una pausa antes de añadir en voz baja—: O peor, intentará seducirte. —Reuben se estremeció al imaginarse a Adelpia de seductora.

Pasaron junto a *pub* de Union Street, cruzaron la calle y se dirigieron hacia una tienda situada cerca de la esquina. En el cartel encima de la puerta ponía: «Libri Quattuor Sententiarum».

—¿De dónde coño ha salido eso? —preguntó Reuben—. Ya sé que hace tiempo que no vengo por aquí, pero ¿antes no se llamaba Doug's Books?

—Ese nombre no atraía a la clientela selecta deseada, así que lo cambiaron.

—¿*Li-bri Quat-tuor Senten-tiarum*? ¡Eso sí que atrae! ¿Qué demonios significa?

—«Cuatro Libros de Sentencias» en latín. Era un manuscrito del siglo XII de Pedro Lombardo que se cortó y encuadernó en la edición de 1526 de las lecturas de las Epístolas de san Pablo, de santo Tomás de Aquino. Algunos eruditos consideran que la obra de Aquino es uno de los libros más raros del mundo. Una obra anterior que se encuadernó en ese libro podría ser más rara aún. De ahí que sea un nombre apropiado para una librería de libros raros.

—Estoy impresionado, Oliver. Ni siquiera sabía que supieses latín.

—Qué va. Me lo contó Caleb. De hecho, fue idea suya cambiar el nombre de la librería. Como sabes, le presenté al dueño. Me pareció una buena idea dado lo mucho que Caleb sabe sobre libros raros. Al principio sólo le dio algunos consejos, pero ahora le interesaría comprar la librería.

Entraron en la tienda mientras sonaba la campanilla que había en la puerta de roble macizo con forma de arco. Las paredes eran de piedra antigua y ladrillo visto, y el techo tenía vigas de madera carcomidas. Las paredes estaban decoradas con óleos de buen gusto y en las estanterías recargadas y las enormes vitrinas había tomos antiguos cuidadosamente etiquetados y ordenados.

En una sala aparte, una atractiva joven preparaba café para los clientes detrás de una pequeña barra. En un cartel se pedía a los clientes que no entraran con bebidas en la sección de libros raros.

Un hombre bajito y calvo apareció vestido con una chaqueta azul, pantalones de sport y un suéter de cuello alto blanco, con los brazos extendidos y una sonrisa en el rostro bronceado.

—Bienvenidos a Libri Quattuor Sententiarum —les dijo. Se detuvo y observó a Reuben y luego a Stone—. ¿Oliver?

Este le tendió la mano.

—Hola, Douglas. ¿Te acuerdas de Reuben Rhodes?

—¿Douglas? —farfulló Reuben—. ¿Qué fue de « Doug » ?

Douglas abrazó a Stone y estrechó la mano de Reuben.

—Oliver, estás muy cambiado. Se te ve bien, pero cambiado. Me gusta el nuevo estilo. Sí, me encanta. Muy chic. ¡*Bellissimo!*

—Gracias. Caleb dice que el negocio va bien.

—Caleb es una joya, un tesoro, un milagro —dijo Douglas.

—Y yo que creía que sólo era un fanático de las letras —repuso Reuben con una sonrisita.

—Nunca podré agradecerte lo bastante que me presentaras a Caleb — prosiguió el librero con entusiasmo—. El negocio va viento en popa. Empecé vendiendo cómics porno en el maletero del coche, y mírame ahora. Tengo un apartamento en Old Town, un velero de nueve metros, una casa de veraneo en Dewey Beach e incluso un plan de pensiones.

—Todo gracias al poder de la palabra escrita —declaró Stone—. Asombroso.

—¿Todavía vendes material porno? —inquirió Reuben.

—Douglas, necesito mirar mis cosas en el sitio que Caleb me preparó —dijo Stone con voz queda.

El librero tragó saliva, súbitamente nervioso.

—Oh, por supuesto, por supuesto. Adelante. Y si necesitas algo, pídelo. De hecho, hoy tenemos un capuchino y unos pastelitos de primera. Invita la casa, como siempre.

—Gracias.

Douglas abrazó a Stone de nuevo y se alejó para atender a una mujer que acababa de entrar ataviada con un abrigo de pieles a pesar del tiempo cálido.

Reuben observó los libros que le rodeaban.

—La mayoría de estos escritores seguramente murieron pobres, y él compra apartamentos, veleros y planes de pensiones con su sudor.

Stone no replicó. Abrió una pequeña puerta situada a un lado de la entrada de la tienda y descendió por una escalera estrecha que conducía al sótano. Recorrió un pasillo y transpuso una vieja puerta de madera en la que ponía « Sólo personal autorizado ». Cerró la puerta tras de sí y giró hacia el pasillo de la izquierda.

Entonces Stone sacó una vieja llave del bolsillo y abrió una puerta situada al final del pasillo. Entraron en una pequeña habitación revestida de viejos paneles de madera. Encendió la luz y se dirigió hacia una chimenea empotrada en una pared. Mientras Reuben observaba, Stone se arrodilló, metió la mano dentro de la chimenea y tiró de una pieza metálica. Se oyó un clic y se abrió un panel de la pared junto a la chimenea.

—Me encantan los escondrijos de los curas —dijo Reuben mientras tiraba del panel y lo abría por completo.

Detrás del panel había una habitación de unos cinco metros cuadrados y lo bastante elevada para que incluso Reuben estuviera de pie. Stone extrajo una linterna de bolsillo y entró. En tres paredes había estanterías repletas de diarios y cuadernos ordenados, varias cajas metálicas cerradas con llave y numerosas cajas de cartón precintadas con cinta adhesiva.

Mientras Stone observaba los diarios y cuadernos, a Reuben se le ocurrió algo.

—¿Por qué no guardas todo esto en la casita?

—Aquí está protegido con una alarma. En la casita sólo me protegen los muertos.

—¿Y cómo sabes que Douglas no baja aquí y fisgonea tus cosas?

—Le dije que había puesto trampas en la habitación —explicó mientras examinaba los diarios—, y que yo era el único que podía abrirla sin peligro de muerte.

—¿Y se lo tragó?

—Da igual. Nunca tendrá el valor de comprobarlo. Además, a instancias mías, Caleb le dio a entender que yo era un maniaco homicida antes de que, por un mero tecnicismo, me dieran el alta de un manicomio para criminales. Creo que por eso me abraza cada vez que me ve. Una de dos, o quiere estar de mi parte o comprueba si llevo armas. Ah, ya está.

Extrajo un viejo tomo con tapas de cuero y lo abrió. El libro estaba repleto de recortes de periódico cuidadosamente pegados. Los examinó mientras Reuben esperaba, impaciente. Finalmente, Stone cerró el libro y luego sacó otros dos de un estante. Detrás de los libros había un estuche de piel de medio metro. Lo guardó en la mochila junto con el libro de recortes.

Al salir, Reuben le pidió tres pastelitos a la joven atractiva vestida de negro.

—Me llamo Reuben —se presentó, de puntillas y hundiendo la barriga.

—Me alegro —replicó ella con indiferencia y se alejó.

—Creo que se ha quedado prendada de mí —dijo Reuben mientras se dirigían hacia la motocicleta.

—Sí, supongo que ha corrido a contárselo a sus amigas —replicó Stone.

Alex Ford tardó una hora en decidir qué se pondría para salir esa noche con Kate Adams. Fueron sesenta minutos humillantes porque se dio cuenta de lo mucho que había pasado desde su última cita verdadera. Escogió chaqueta azul, camisa de cuello blanca, pantalones caqui y mocasines. Se peinó, se afeitó la barba incipiente, se vistió y masticó un par de pastillas de menta para el aliento. Decidió que el tipo fornido y un tanto ajado que le miraba desde el espejo tendría que dar la talla.

A esa hora el tráfico era tan denso que no había desvíos ni rutas más cortas, por lo que Alex temía llegar tarde. Sin embargo, tuvo suerte al eludir un accidente en la interestatal 66 y encontrar la carretera medio vacía más adelante. Salió en Key Bridge, cruzó el Potomac, giró a la derecha en la calle M y al poco avanzaba tranquilamente por la calle Treinta y uno, en la elegante Georgetown. Recibía ese nombre en honor a un rey británico y algunos elementos de la zona conservaban cierta dignidad regia que algunos tildaban de patético esnobismo. Sin embargo, en la zona comercial de la calle M y la avenida Wisconsin el entorno era más moderno, con aceras amplias y abarrotadas de jovencitos informales, cotilleando por el móvil y mirándose entre sí. No obstante, en la zona alta de Georgetown a la que Alex se dirigía vivían familias muy ricas y conservadoras.

Alex comenzó a ponerse nervioso mientras pasaba de una mansión señorial a otra. Había protegido a gente muy importante, pero el Servicio Secreto se enorgullecía de ser una agencia de élite de extracción obrera. Alex encajaba en ese molde y prefería la barra de cualquier bar a un restaurante de lujo en París. Se dijo que ya no había vuelta atrás.

Iba por una carretera que desembocaba en la calle R, cerca de la majestuosa mansión Dumbarton Oaks. Alex viró a la izquierda y siguió por la R hasta la casa.

—No bromeaba sobre la categoría de la mansión —dijo Alex mientras contemplaba la colosal estructura de ladrillo y tejado de pizarra.

Aparcó en la entrada circular, salió y miró alrededor. El jardín estaba repleto de arbustos recortados a la misma altura y con la misma forma, y las flores de fines de verano regalaban toda su gloria simétrica y colorida. El musgo circundaba las losas de piedra que conducían a una puerta de madera en arco

que daba al patio trasero. Alex pensó que en palacios como aquel seguramente lo llamarían «jardín posterior».

Consultó la hora: había llegado diez minutos antes. Tal vez Kate no estuviese aún. Se disponía a dar una vuelta para matar el tiempo cuando escuchó una voz melodiosa que le llamaba.

—Yuju, ¿eres el del Servicio Secreto?

Se volvió y vio acercarse una mujer bajita y encorvada con una cesta de flores colgada del brazo. Llevaba un sombrero de ala ancha bajo el cual le asomaba el pelo cano, pantalones de lona beige, una camisa tejana por fuera y unas enormes gafas de sol que le cubrían casi toda la cara. Parecía consumida por el tiempo y Alex calculó que tendría unos ochenta y cinco años.

—¿Señora?

—Sí, eres alto y guapo. ¿Vas armado? Más te vale con Kate.

Alex miró alrededor y se preguntó si Kate le estaba gastando una broma y la anciana formaba parte de la misma. No vio a nadie.

—Soy Alex Ford —se presentó.

—¿Eres uno de los famosos Ford?

—Si lo soy, aún no me he enterado.

La mujer se quitó el guante, se lo guardó en el bolsillo de los pantalones y le tendió la mano. Alex se la estrechó, pero ella no se la soltó. Lo llevó hacia la casa.

—Kate todavía no está lista. Ven, tomemos algo y hablemos, Alex.

Alex dejó que lo condujera al interior porque no se le ocurría nada mejor. Despedía un intenso aroma a especias y laca de pelo.

Al entrar en la casa, finalmente le soltó la mano.

—Vaya modales los míos. Soy Lucille Whitney-Houseman.

—¿Una de los famosos Whitney-Houseman?

Ella se quitó las gafas y le dedicó una sonrisa coqueta.

—Mi padre, Ira Whitney, no fundó la industria de la carne envasada, sólo se hizo rico gracias a ella. Mi querido esposo Bernie, que en paz descanse —añadió mirando el techo y santiguándose—, bueno, su familia ganó mucho dinero con el *whisky*, y no todo de forma ilegal. Bernie fue fiscal antes de ser juez federal. Propició algunas reuniones familiares interesantes, te lo aseguro.

Le condujo hasta un salón enorme y le indicó que se sentara en un sofá apoyado contra la pared. Depositó las flores recién cortadas en un jarrón de cristal tallado y se volvió hacia él.

—Hablando de *whisky*, ¿te apetece una copa? —Se dirigió hacia un mueble-bar y lo abrió; estaba muy bien surtido.

—Bueno, señora... ¿usa los dos apellidos?

—Llámame Lucky. Todo el mundo me llama así porque siempre he sido muy afortunada.

—Tomaré una gaseosa, Lucky.

Se volvió y lo miró con ceño.

—Sé preparar muchos cócteles, jovencito, pero la gaseosa no es mi fuerte —le reprendió.

—Ya... pues entonces un ron con cola.

—Te prepararé un Jack Daniels con cola, y seré generosa con el *whisky*.

Le llevó la bebida y se sentó a su lado con una copa. La sostuvo en alto.

—Un Gibson. Me enamoré de él después de ver a Cary Grant pidiendo uno en *Con la muerte en los talones*. ¡Salud!

Entrechocaron las copas y Alex bebió un sorbo. Tosió. Parecía *whisky* solo. Observó el salón. Era del tamaño de su casa y con un mobiliario de primera.

—¿Hace mucho que conoces a Kate? —preguntó Alex.

—Unos siete años, aunque sólo ha vivido conmigo tres. Es maravillosa. Inteligente, guapa, preparada, pero, claro, todo eso ya lo sabes. Además, prepara los pezones más cremosos del mundo.

A Alex estuvo a punto de atragantársele la bebida.

—¿Perdón?

—No te pongas nervioso, cielo, es una bebida especial. Baileys y aguardiente con sirope. Al fin y al cabo, es camarera.

—Ah, claro.

—Entonces, ¿eres uno de los agentes que protege al presidente?

—De hecho, empiezo mañana —respondió Alex.

—He conocido a todos los presidentes desde Harry Truman —dijo Lucky con añoranza—. Voté a los republicanos durante treinta años y luego a los demócratas durante otros veinte, pero ahora ya soy mayor y sé que lo mejor es ser independiente. Me gustaba Ronnie Reagan, era un encanto; bailamos juntos una vez. Pero de todos los presidentes el que mejor me caía era Jimmy Carter. Era un hombre bueno y decente, todo un caballero, incluso si la lujuria podía más que él. Y eso no puede decirse de los demás.

—Supongo que tienes razón. Entonces ¿conoces al presidente Brennan?

—Nos hemos visto, pero seguro que no se acuerda de mí. Hace tiempo que no tengo poder en el mundo de la política, aunque en los buenos tiempos tuve bastante influencia. Georgetown era el lugar idóneo: conocí a Kate Graham, Evangeline Bruce, Pamela Harrington y Lorraine Copper. ¡Menudas cenas organizábamos! Hablábamos de la política nacional bebiendo y fumando, aunque las damas solían estar separadas de los caballeros, aunque no siempre. —Bajó la voz y le miró con las cejas arqueadas, tan finas que parecían dibujadas—. Dios mío, cuánto sexo hubo. Pero nada de orgías y eso, cielo. Eran políticos y funcionarios, y cuesta lo suyo madrugar y trabajar duro después de una orgía. Te desgasta, vaya que sí.

Alex se había ido quedando boquiabierto. Cambió de tema rápidamente.

—Entonces, ¿Kate vive en la cochera?

—Yo quería que se instalase aquí, hay ocho dormitorios, pero rehusó. Le gusta tener su propio espacio, como a todas las mujeres. Y entra y sale cuando quiere. —Se dio una palmadita en el muslo—. Así que esta es vuestra primera cita. Qué tierno. ¿Adónde iréis?

—No estoy seguro, Kate ha elegido el sitio.

Le tomó la mano de nuevo y lo miró de hito en hito.

—Te daré un consejo, cielo. Incluso a las mujeres modernas les gusta que el hombre tome la iniciativa de vez en cuando. La próxima vez elige tú, y sin vacilar. Las mujeres detestan a los indecisos.

—Vale, pero ¿cuándo sabré en qué otras situaciones querrá que tome las riendas?

—Oh, no lo sabrás. La cagarás como todos los hombres.

Alex se aclaró la garganta.

—¿Sale mucho?

—Bien, quieres más información sobre Kate, ¿no? Kate sólo trae a alguien cada varios meses. Nadie ha durado mucho, pero no te desanimes. Suele traer a algún abogado con pantalones caros o a un pez gordo del gobierno. Eres el primero que viene aquí con un arma —añadió en tono alentador—. Vas armado, ¿no?

—¿Sería aconsejable?

—Cielo, todas las mujeres refinadas se bajan las bragas con los hombres peligrosos. No podemos evitarlo.

Alex sonrió, abrió la chaqueta y le enseñó el arma.

La anciana entrelazó las manos y se mordió el labio.

—Oh, qué emocionante.

—Eh, Lucky, apártate de mi hombre.

Los dos se volvieron y vieron a una Kate Adams sonriente en la puerta que daba a la habitación contigua. Llevaba una falda plisada negra hasta medio muslo, una blusa blanca con el cuello abierto y sandalias. Alex cayó en la cuenta de que nunca antes le había visto las piernas; en el bar siempre llevaba pantalones. Abrazó a Lucky y la besó en la mejilla.

—He estado entreteniendo a tu pretendiente mientras te ponías guapa, querida —dijo Lucky—. Tampoco es que te cueste mucho. Oh, no es justo, Kate. Ni el mejor cirujano plástico del mundo me daría tus pómulos.

—Mentirosa. Los hombres siempre babeaban por Lucky Whitney, y todavía lo hacen.

La anciana sonrió a Alex.

—Debo admitir que este joven me ha enseñado su mejor arma, Kate. Supongo que todavía no has tenido ese placer —dijo fingiendo timidez.

Kate pareció sorprenderse.

—¿Su mejor arma? Pues no, todavía no la he visto.

Horrorizado, Alex se levantó tan rápido que derramó parte de la bebida en el sofá.

—¡La pistola! Le he enseñado la pistola.

—Exacto, así la ha llamado, su pistola —dijo Lucky sonriendo con picardía—.

Por cierto, ¿dónde cenaréis?

—En Nathan's —respondió Kate.

La anciana arqueó las cejas.

—¿En Nathan's? —Le hizo una señal de aprobación a Alex—. Allí sólo lleva a los que tienen verdaderas posibilidades.

—Reuben —gritó Stone desde el sidecar—, todavía tenemos tiempo. ¿Paramos en el cementerio de Arlington?

Reuben miró hacia el camposanto más sagrado del país y asintió.

Al cabo de unos minutos pasaron por la entrada y dejaron atrás el monumento en memoria de las mujeres del ejército. Se detuvieron unos instantes cerca de las tumbas de los Kennedy, la mayor atracción de Arlington, seguida de cerca por el cambio de guardia ante la del soldado desconocido.

Siguieron caminando y Reuben se detuvo para observar una franja de césped cerca de Arlington House. Había sido la casa de Robert E. Lee, pero el gobierno federal se la confiscó después de que Lee decidiera comandar el ejército confederado.

—¿No fue ahí dónde me encontraste pasado de vueltas?

Stone miró.

—Fue hace mucho, Reuben. Te recuperaste. Te enfrentaste a tus demonios.

—No lo habría conseguido sin ti, Oliver. —Observó las lápidas blancas—. Estaba cabreadísimo. Había perdido a la mitad de mi compañía en Vietnam por culpa del agente naranja, y el ejército ni siquiera quiso reconocerlo. Y pasó lo mismo con el síndrome del golfo Pérsico. Quería venir aquí para gritar y que alguien me escuchara.

—Tuviste suerte de desmayarte. El secretario de Defensa estaba aquí ese día; las cosas podrían haberse puesto feas.

Reuben miró a su amigo.

—Nunca te he preguntado qué hacías en el cementerio ese día.

—Lo mismo que todo el mundo, presentar mis respetos.

Stone se detuvo y contó en silencio las hileras de lápidas blancas hasta llegar a una situada cerca del centro. Se acercó y permaneció allí con los brazos cruzados mientras el sol se ocultaba tras el horizonte. Reuben consultó la hora, pero no quiso interrumpirlo.

Un grupo de hombres que pasaba por allí puso fin al recogimiento de Stone. Se dirigían hacia la nueva ampliación del cementerio, todavía inacabada, la zona dedicada al 11-S. Había un monumento en honor a los fallecidos en el Pentágono y una arboleda conmemorativa.

Stone se puso tenso al ver quién iba en el centro del grupo. Reuben también lo vio.

—Carter Gray —farfulló.

—Supongo que para ver a su mujer —dijo Stone en voz baja— antes de que mañana vengan las multitudes.

Gray se detuvo ante la tumba de su esposa Barbara, se acuclilló y depositó un ramo de flores en la tierra. El aniversario de la muerte de su esposa era al día siguiente, pero el cementerio estaría atestado y, tal como Stone había deducido, no le apetecía compartir su dolor con una muchedumbre.

Gray se incorporó y observó el sitio en que yacía el cuerpo de su esposa mientras los de seguridad se mantenían a una distancia respetuosa.

Barbara Gray se había retirado del ejército como general de brigada tras una trayectoria intachable en la que consiguió varios logros para las mujeres de las fuerzas armadas. Barbara también había luchado por que las mujeres piloto de la fuerza aérea durante la Segunda Guerra Mundial tuviesen derecho a ser enterradas en Arlington con todos los honores militares, algo que se les denegaba porque se les licenció sumariamente después de la guerra. En junio de 2002 una nueva regulación permitió que varias mujeres de diversos estamentos militares, incluyendo la fuerza aérea, fueran enterradas al menos con honores militares funerarios, en lugar de todos los honores militares. Por desgracia, Barbara Gray había fallecido antes de que eso ocurriera.

La mañana del 11 de septiembre de 2001 Barbara, entonces asesora, estaba trabajando en el Pentágono en un proyecto con dos oficiales del ejército cuando el avión de American Airlines que se estrelló contra el edificio destruyó por completo la sala en que se encontraban. Como colofón a la tragedia, la hija de Gray, Maggie, abogada del gobierno, acababa de llegar al Pentágono para ver a su madre. El cuerpo quedó prácticamente incinerado en la explosión inicial.

Mientras Gray contemplaba la tumba de su esposa, le acosaba la imagen de aquella fatídica mañana. Luego se sintió culpable por no haber estado en el edificio. Gray tenía previsto reunirse con su mujer e hija en el Pentágono antes de partir de viaje. Le había retenido el tráfico y se retrasó veinte minutos. Cuando llegó al Pentágono ya había ocurrido todo.

Apartó la mirada, echó un vistazo alrededor y vio a los dos hombres que le observaban desde lejos. No reconoció al tipo grande, pero el otro le resultó familiar. Luego les vio volverse y alejarse. Permaneció otros diez minutos junto a la tumba de su esposa y, presa de la curiosidad, se dirigió hacia donde habían estado ambos hombres. Esa zona de las tumbas le sonaba. Observó las lápidas hasta detenerse en una de ellas.

Acto seguido, echó a andar rápidamente por el camino, seguido de cerca por

los agentes de seguridad. Mientras se acercaba a la salida, de pronto se detuvo para respirar hondo con agitación, mientras los de seguridad le rodeaban y le preguntaban si se encontraba bien. No les respondió. Ni siquiera les había oído.

El nombre de la tumba que había causado aquel desconcierto no dejaba de darle vueltas en la cabeza. Gray sabía que debajo de la lápida no había ningún cadáver. Era una farsa, una maniobra de encubrimiento. Sin embargo, el nombre de la lápida no era inventado. Era un hombre de carne y hueso de quien se creía que había muerto defendiendo al país.

—John Carr —dijo Gray. Hacía décadas que no pronunciaba ese nombre.

John Carr. El mejor asesino que Carter Gray había visto jamás.

Nathan's todavía no estaba abarrotado y Alex y Kate se sentaron en un rincón, cerca del bar, y pidieron bebidas.

—Lucky es increíble —dijo Alex—. ¿Cómo la conociste?

—Antes de estar en el Departamento de Justicia, me dedicaba a asuntos civiles. Me ocupé de sus fondos de inversión y del patrimonio cuando su marido murió. Nos hicimos amigas y, con el tiempo, me pidió que fuera a vivir con ella. Al principio rehusé, pero insistió, y mientras tanto mi príncipe azul no llamaba a mi puerta. Pago el alquiler de la cochera —se apresuró a añadir—. Lucky es una persona muy interesante. Ha estado en todas partes y conoce a todo el mundo, pero también se siente sola. Le cuesta asumir la vejez. Está llena de vida y quiere hacer lo mismo que antes, pero ya no puede.

—Por lo que he visto se esfuerza bastante en ese sentido —replicó Alex—. Entonces ¿por qué comenzaste a trabajar para el gobierno?

—Por nada muy original. Me harté de la rutina de cobrar por horas. Y no se cambia el mundo con el derecho patrimonial.

—¿Y qué haces en Justicia para cambiar el mundo?

—Estoy haciendo algo novedoso. Después de Guantánamo, Abu Ghraib, la cárcel secreta Pozo de Sal y otros lugares, Justicia formó una comisión para velar por los derechos humanos de los presos políticamente importantes así como de los combatientes extranjeros, y para investigar cualquier crimen cometido contra estas personas.

—A juzgar por lo que he leído en los periódicos, habrás estado muy ocupada.

—Nuestro país tiene un excelente historial en lo que se refiere al trato a los prisioneros de guerra, pero cuanto más dure la guerra contra el terrorismo, mayor es la tentación de que los nuestros pierdan los estribos. Al fin y al cabo, son humanos y pueden acabar pensando que los detenidos no se merecen derecho alguno.

—Pero eso no les justifica para incumplir las leyes.

—No, claro que no, y ahí es donde entramos nosotros. He estado seis veces

en varias zonas de guerra durante los últimos dos años. Por desgracia, las cosas no mejoran.

—Parece que el contragolpe de Gray ha sido efectivo.

Kate se reclinó en el asiento y bebió un sorbo de vino tinto.

—Tengo sentimientos encontrados al respecto. Lo siento por él y la pérdida de sus seres queridos el 11-S. Creo que es el único motivo por el que volvió al gobierno, pero no estoy convencida de que haya sido una buena decisión.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alex.

—Sé que ha obtenido resultados extraordinarios. Me pregunto si emplea medios extraordinarios para ello. Por ejemplo, tuvimos verdaderos problemas con los traslados.

—He oído decir que hay mucha propaganda política.

—No es de extrañar, dado el procedimiento empleado. Los terroristas sospechosos son trasladados de Estados Unidos a otros países o viceversa sin autorización judicial alguna ni intervención de la Cruz Roja Internacional. Cuando trasladamos prisioneros a otros países, primero se exige al país receptor que los trasladados no sean torturados. El problema radica en que es imposible comprobar ese extremo. De hecho, parece evidente que las torturas suelen producirse. Además, puesto que la tortura es ilegal en nuestro país, hay quienes piensan que el NIC y la CIA participan activamente en el traslado de prisioneros a otros países para obtener información mediante tortura. También instigan a que el país receptor haga acusaciones falsas contra un sospechoso para encarcelarlo, interrogarlo y torturarlo. Precisamente todo lo contrario que Estados Unidos encarna y simboliza.

—Bueno, después de ver el lugar en persona creo que el NIC es capaz de cualquier cosa.

—Supongo que ver la muerte de ese hombre no te ha sentado bien, ¿no?

Alex titubeó y luego decidió contarle la verdad. Le explicó la incómoda entrevista con el director del Servicio Secreto y que le habían reasignado a tareas de protección.

—Lo siento mucho, Alex. —Le tocó la mano.

—Me lo busqué yo solito. Gray se mueve en las altas esferas, y que tu compañera te traicione no ayuda mucho. Supongo que me superó. —Sorbió su cóctel—. Tus martinis son mejores.

Kate entrechocó su copa con la de Alex.

—Sabía que me gustarías.

Él adoptó una expresión sombría.

—Tendría que haber seguido el plan original: con sólo tres años para cumplir los veinte de servicio, patrullar las calles y no llamar la atención.

—No te imagino patrullando las calles.

Alex se encogió de hombros.

—Mira, dejemos el tema. Háblame de ti. Para eso son las primeras citas.

Ella se reclinó en el asiento y jugueteó con un trozo de pan.

—Soy hija única. Mis padres viven en Colorado. Te contarán que somos descendientes de los Adams de Massachusetts, pero no termino de creérmelo. Soñaba con ser una gimnasta de primera línea. Y trabajé duro para lograrlo. Entonces un año crecí quince centímetros y adiós al sueño. Nada más acabar el instituto decidí ser crupier en Las Vegas. No me preguntes por qué, pero lo hice. Me matriculé en un curso, aprobé sin problemas y partí hacia la Ciudad del Pecado. Pero no duró mucho. Tenía un pequeño problema con los jugadores que eran borrachos empedernidos: se creían que podían sobarme el culo cuando les viniera en gana. Después de que un par se quedara sin dientes, el casino me sugirió que regresara a la costa Este. Trabajé de camarera para pagarme la universidad y seguí sirviendo bebidas mientras estudiaba Derecho. Al menos en ese trabajo no suelen propasarse. Como ya has deducido, toco el piano. Gané dinero tocándolo para costearme los estudios. No necesito seguir siendo camarera, pero me gusta, para qué negarlo. Para mí es una válvula de escape y en un bar se conoce a mucha gente interesante.

—Gimnasta, crupier, camarera y pianista defensora de la verdad y la justicia. Impresionante.

—A veces me parece más contradictorio que impresionante. ¿Qué me dices de tí?

—Nada del otro mundo. Crecí en Ohio. El menor de cuatro hermanos y el único niño. Mi padre era vendedor de recambios de coches durante el día, pero por la noche se convertía en Johnny Cash.

—¿En serio?

—Bueno, a eso aspiraba. Creo que tenía la mayor colección de objetos sobre Cash fuera de Nashville. Siempre iba de negro, tocaba una maltrecha guitarra acústica y tenía todo un vozarrón. Aprendí a tocar la guitarra para acompañarle. Fuimos de gira juntos y tocamos en los mejores antros de Ohio Valley. No éramos buenos, pero tampoco malos. Fue una experiencia muy divertida. Entonces las cuatro cajetillas diarias le pasaron factura. Un cáncer lo fulminó en seis meses. Mi madre vive en un complejo para jubilados. Mis hermanas están diseminadas por el país.

—Entonces, ¿qué te empujó a hacer de escudo humano?

Alex bebió otro sorbo y ensombreció un poco la expresión.

—A los doce años vi la filmación sobre el asesinato de Kennedy. Recuerdo que pensé que jamás debería volver a ocurrir algo semejante. Jamás olvidaré la imagen del agente Clint Hill saltando a la limusina y protegiendo a la primera dama. En aquel entonces mucha gente creía que ella formaba parte de la conspiración, o la criticaban porque pensaban que había intentado apartarse de toda aquella sangre, aunque fuera la de su marido. En realidad, trataba de

recuperar el fragmento de la cabeza de su esposo que había salido despedido.

Acabó la bebida antes de proseguir.

—Conocí a Clint Hill en un acto del Servicio Secreto. Ya era un tipo mayor. Todo el mundo quería estrecharle la mano. Le dije que era un honor conocerle. Era el único que había reaccionado. Protegió a la señora Kennedy y colocó su cuerpo entre ella y quienquiera que estuviera disparando. Le dije que si llegaba el momento confiaba en reaccionar tan bien como él. ¿Sabes qué me contestó?

Alex alzó la mirada y se encontró con la de Kate, que parecía contener la respiración.

—¿Qué te contestó?

—Me dijo: «Hijo, mejor que no seas como yo. Porque perdí al presidente». Se produjo un silencio que rompió Alex.

—Me cuesta creer que esté contándote esta historia deprimente. Yo no soy así.

—Con el día que has tenido me sorprende que hayas venido.

—Kate, la idea de salir contigo esta noche es lo único que me ha mantenido con vida hoy. —Se sorprendió de su propia sinceridad, bajó la vista y observó la aceituna que quedaba en el martini.

Ella le tocó la mano.

—Te avergonzaré un poco más: nunca me habían dicho nada tan bonito.

La conversación pasó a temas más intrascendentes y el tiempo transcurrió volando. Cuando se marchaban, Alex farfulló un impropio.

Por la puerta entraban el senador Roger Simpson y su esposa con su hija, Jackie.

Alex trató de escabullirse, pero Jackie lo vio.

—Hola, Alex —le dijo.

—Agente Simpson —replicó él con sequedad.

—Te presento a mis padres.

Roger Simpson y su mujer parecían gemelos: muy altos y rubios. Sobresalían por encima de su hija bajita y morena.

—Senador. Señora Simpson —saludó Alex.

Roger Simpson le clavó una mirada tan desagradable que Alex supo que Jackie le había contado la historia de forma tendenciosa.

—Os presento a Kate Adams.

—Encantado de conocerles —dijo esta.

—Cúidese, agente Simpson —añadió Alex—. Dudo que nos veamos de nuevo.

Y se marchó, seguido de Kate.

—Increíble, de todos los restaurantes de la maldita ciudad... —espetó una vez fuera.

En ese momento Jackie Simpson salía tras ellos.

—Alex, ¿podemos hablar un momento? —Miró a Kate—. ¿A solas?

—Estoy seguro de que no tenemos nada que decirnos —replicó él.

—Sólo será un momento. Por favor.

Alex miró a Kate, que se encogió de hombros y se dirigió hacia el escaparate de una tienda para observar la ropa expuesta.

Jackie se acercó a Alex.

—Sé que estás cabreado conmigo. Crees que te traicioné.

—No andas desencaminada.

—No fue así. Gray debió de llamar a mi padre en cuanto nos dejó, incluso antes de hablar con el presidente. Mi padre me echó una buena reprimenda, me dijo que no podía permitir que un inconformista arruinase mi carrera antes de que comenzase.

—¿Cómo averiguó el director lo de mi «viejo amigo»?

Simpson parecía abatida.

—Lo sé, fue una estupidez. Mi padre me lo sonsacó. —Suspiró—. Mi padre es una de las personas más competentes que conozco. Mi madre fue Miss Alabama, lo que la convierte en una santa allí. Así que ser una mera agente de policía no daba la talla familiar. Querían que me metiera en política o negocios. No cedí y dije que sería poli, pero insistieron en que aspirara a algo más importante. Para conformarlos entré en el Servicio Secreto. Papá tocó los resortes necesarios para que me asignaran a la oficina de Washington. Su sueño es que me convierta en la primera directora del servicio. Yo sólo quería ser una buena poli, pero a ellos no les bastaba.

—¿Y te vas a pasar la vida haciendo lo que tus padres quieren?

—No es tan fácil. Mi padre está acostumbrado a que la gente le obedezca. —Miró a Alex—. Pero ese es mi problema. Sólo quería decirte que siento mucho lo ocurrido. Espero tener la oportunidad de compensarte.

Se volvió y regresó al restaurante antes de que él replicara. Alex le resumió la conversación a Kate.

—Justo cuando has encasillado a alguien y tienes todos los motivos para odiarlo, te hace una jugarreta y complica las cosas. —Miró hacia el otro lado de la calle y el semblante se le iluminó—. Venga, dime que te apetece tomarte un helado.

Kate observó la heladería.

—De acuerdo, pero te advierto que soy de las que se toman dos bolas como mínimo y encima no comparten.

—Así me gusta.

Stone y Reuben encontraron a Caleb y Milton en la librería B. Dalton de Union Station. Caleb estaba enfrascado en una obra de Dickens y Milton estaba atrincherado en la zona de revistas de informática.

Los cuatro tomaron el metro hasta Smithsonian, desde donde subieron en las escaleras mecánicas hasta el Mall.

—Mantened los ojos bien abiertos —advirtió Stone.

Pasearon junto a los principales monumentos mientras los turistas fotografiaban y grababan las vistas. El Camel Club llegó al parque FDR, donde se encontraba el monumento en honor a Roosevelt, una adición reciente del Mall. Cubría una gran superficie y se componía de varias estatuas que describían símbolos significativos de la época de Roosevelt, el único presidente con cuatro mandatos. Stone condujo a sus amigos hasta una zona de césped apartada y protegida de los turistas por una cola de mendigos a las puertas de un comedor popular de la época de la Depresión inmortalizada en bronce.

Tras mirar alrededor unos instantes, Stone negó con la cabeza en señal de descontento y los llevó de nuevo al metro, del que se bajaron en Foggy Bottom. Salieron y echaron a andar. Stone se detuvo en el cruce de las calles Veintisiete y Q, cerca de la entrada del cementerio Mount Zion.

—Oh, no, Oliver —se quejó Reuben—, otro cementerio no.

—Los muertos no oyen —replicó Stone mientras abría las puertas.

Los condujo hasta la casita.

—He realizado algunas pesquisas clave para la investigación sobre el asesinato de Patrick Johnson —empezó—. Convoco en este momento una reunión del Camel Club. Propongo que hablemos sobre el reciente aluvión de terroristas que se han matado entre sí. ¿Secundáis la moción?

—La secundo —dijo Caleb, y miró a los demás.

—Los que estén a favor decid sí.

Ganó el sí y Stone abrió el libro de recortes que había traído de la librería de Douglas.

—Durante los últimos dieciocho meses ha habido numerosos casos en los que, supuestamente, varios terroristas se han matado entre sí. Me pareció interesante y comencé a guardar todos los artículos que encontraba al respecto. En el último

caso participó un tal Adnan al Rimi.

—Lo leí —dijo Milton—. Pero ¿por qué has dicho «supuestamente»?

—En todos los casos el rostro del muerto aparecía desfigurado por las balas o los explosivos. Se les identificaba por las huellas dactilares, el ADN o cualquier otra técnica.

—Pero eso es lo normal —intervino Reuben—. Cuando estaba en la DIA hacíamos lo mismo, aunque entonces no disponíamos de las pruebas del ADN.

—Gracias a Reuben sabemos que el NIC controla toda la información relativa al terrorismo —prosiguió Stone—. Las mismas bases de datos que Patrick Johnson ayudó a supervisar se emplearon para identificar a los terroristas muertos. —Hizo una pausa—. ¿Y si el señor Johnson hubiera modificado esas bases?

Se produjo un largo silencio.

—¿Sugieres que la manipuló? —preguntó Milton al cabo.

—Lo diré claramente —replicó Stone—. ¿Y si sustituyó las huellas de los hombres muertos por las huellas de los terroristas que las autoridades creían asesinados?

Caleb parecía horrorizarse.

—¿Sugieres que alguien como Adnan al Rimi no está muerto, pero que para los servicios de inteligencia...?

—Está muerto —concluyó Stone—. Su pasado ha desaparecido. Podría ir adonde quisiera y hacer lo que quisiera.

—Como un arma indetectable —comentó Reuben.

—Exacto.

—Un momento —dijo Reuben—. Existen medidas preventivas. Si mal no recuerdo, en la DIA no se pueden modificar los archivos salvo que se sigan ciertos pasos.

Stone miró a Caleb.

—Tienen un procedimiento similar en el departamento de libros raros de la Biblioteca del Congreso. Por motivos obvios, la persona que compra el libro no puede archivarlo en la base de datos y viceversa. Eso fue lo que me hizo pensar en esa posibilidad. Pero ¿y si tenían a los dos metidos en el bolsillo: al que buscaba la información y al que archivaba los datos en el sistema? ¿Y si uno de ellos ocupaba un cargo importante? ¿Un cargo muy importante?

—¿Sugieres que Gray está implicado? —farfulló Reuben—. Venga ya, digas lo que digas sobre Gray, no creo que pueda cuestionarse su lealtad al país.

—No digo que sea una respuesta fácil, Reuben —replicó Stone—, pero si no es Gray entonces tal vez sea alguien que se ha vendido.

—Eso es más probable.

—Si es cierto, ¿por qué asesinaron entonces a Johnson? —intervino Milton.

—Si los dos hombres que mataron a Johnson son del NIC —respondió Stone

—, creo que, dado su estilo de vida despilfarrador a pesar de ganar un sueldo modesto, pueden haber ocurrido dos cosas. Una, quienquiera que le pagase para modificar los archivos temía que la riqueza repentina de Johnson despertase sospechas, así que lo asesinaron y colocaron las drogas. Dos, tal vez Johnson exigió más dinero y entonces se lo cargaron.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Milton.

—Seguir con vida es mi prioridad —respondió Reuben—. Si Oliver está en lo cierto habrá mucha gente que querrá vernos muertos.

—La identidad y la casa de Milton ya se han visto comprometidas —dijo Stone—. En cuanto a quienes nos persiguen, propongo volverles las tornas.

—¿Cómo? —preguntó Caleb.

Stone cerró el libro.

—Tenemos la dirección de Tyler Reinke. Sugiero empezar por ahí.

—¿Quieres que vayamos directos al punto de mira de ese tipo? —exclamó Reuben.

—No, pero no hay motivo para que no le pongamos a él en nuestro punto de mira.

Helado en mano, Alex y Kate pasearon por el paseo marítimo de Georgetown, cerca del lugar donde George Mason había emplazado un trasbordador hacia cientos de años. Kate señaló tres rocas apenas visibles en el centro del río, al norte de Key Bridge y al otro lado de la Universidad de Georgetown.

—La isla de las Tres Hermanas —dijo—. Cuenta la leyenda que tres monjas se ahogaron en ese lugar después de que volcara su embarcación. Las rocas se pusieron para simbolizar las muertes y advertir a los demás.

—La corriente del Potomac es aparentemente tranquila —añadió Alex—, aunque tampoco es que la gente quiera meterse a nadar ahí hoy en día. Cuando llueve a cántaros algunas alcantarillas se desbordan.

—Cuando construyeron la interestatal 66 querían añadir un ramal con un puente que cruzara el río por ese lugar. Iban a llamarlo el puente de las Tres Hermanas, pero hubo tantos accidentes extraños durante la construcción que acabaron desistiendo. Algunos dijeron que la culpa era de los fantasmas de las monjas.

—¿Crees en esas historias?

—Han ocurrido cosas raras. Sin ir más lejos, los que ven conspiraciones por todas partes. Algunos están chiflados, pero otros han acertado.

—Conozco a un tipo que encaja en esa categoría. Se llama Oliver Stone. Es brillante, aunque quizá demasiado.

—¿Oliver Stone? ¿Bromeas o qué?

—No es su nombre verdadero, claro. Creo que es una ironía dirigida a

quienes lo consideran un charlatán. Uno de sus aspectos más curiosos es que no tiene pasado, al menos que yo sepa. —Alex sonrió—. Quizás ha estado huyendo todos estos años.

—Seguro que a Lucky le gustaría conocerle.

—¿Todavía se baja las bragas con los hombres peligrosos?

—¿Cómo? —preguntó Kate sorprendida.

Alex sonrió, le dio un buen lametón al helado y contempló la isla Roosevelt. Ella siguió su mirada.

—¿Te apetece hablar de ello? Las camareras sabemos escuchar.

Alex le indicó que se sentaran en un banco junto a la ribera del río.

—Vale, te diré qué me mosquea: el tipo nada hasta la isla y se pega un tiro. ¿Te parece normal?

—Bueno, en la primera cita con su prometida fueron a esa isla.

—Sí, pero ¿por qué nadó hasta la isla? ¿Por qué no fue en coche o a pie? Por encima del paseo hay una pasarela que acaba en el aparcamiento de la isla, al igual que el carril de bicicletas. Luego basta con saltar la valla, acceder al recinto, emborracharse y volarse los sesos sin tener que cruzar a nado el Potomac. Encontraron el coche un buen tramo río arriba, lo que significa que nadó bastante, con ropa y zapatos y una pistola en una bolsa de plástico. Y no estamos hablando de Mark Spitz ni de Michael Phelps.

—Pero sus huellas estaban en la pistola.

—Obligar a alguien a empuñar una pistola y apretar el gatillo no es fácil ni inteligente —admitió Alex—. No es sensato colocar la pistola en la mano de alguien que quieres matar, pero ¿y si lo emborracharon antes? —Se señaló los pies—. Y sus zapatos me preocupan.

—¿Y eso?

—Tenía tierra en las suelas, como si hubiera atravesado la maleza, pero no había restos a su alrededor. Lo normal es que parte de la arcilla rojiza se hubiera quedado en las losas de piedra que tenía alrededor. Y la ropa estaba demasiado limpia. Si hubiera paseado por la isla tendría brizmas y hojas adheridas, pero no tenía nada. Además, si hubiera nadado hasta la isla, tendría que haberse abierto paso entre las zarzas para llegar al sendero principal.

—No tiene mucho sentido —admitió Kate.

—¿Y la nota de suicidio? Apenas estaba húmeda y la tinta no se había corrido.

—Tal vez la llevara en la misma bolsa de plástico de la pistola.

—Entonces, ¿por qué no la dejó en la bolsa? ¿Por qué la sacó y se la guardó en un bolsillo empapado que podría hacer que la tinta se corriera y el mensaje se emborronase? Y si bien Johnson estaba mojado cuando lo encontraron, si de verdad hubiera nadado todo ese tramo, tendría que haber estado absolutamente empapado y en peor estado. El Potomac está bastante sucio en esta zona.

—Pero estaba mojado.

—Sí. Si quisieras aparentar que alguien ha nadado todo ese tramo, ¿qué harías?

Kate caviló al respecto.

—Sumergirlo en el agua.

—Exacto. Luego tenemos el móvil. Nadie sabía que traficaba. Su prometida estaba tan cabreada que amenazó con llevarme a juicio si siquiera sugería que podía ser verdad.

—Siempre lo he dicho, al Servicio Secreto no se le escapan los detalles.

—Venga ya, tampoco es que seamos mejores que el FBI a ese nivel. Seguramente también se dieron cuenta. Creo que hay mucha presión desde arriba para zanjar el asunto lo antes posible con discreción.

—Si alguien lo trajo a la isla y no vino en coche por temor a que le vieran, ¿cómo lo hizo?

Mientras hablaban, vieron una patrullera de la policía navegando lentamente.

—¡En barco! —exclamaron al unísono.

—No es tan fácil ocultarlo —dijo Alex.

Kate recorrió la costa con la mirada.

—Si tú te animas, y o también.

Arrojaron los restos de los helados a una papelera y se dirigieron hacia el río.

Tardaron una larga hora, pero al final Kate vio el extremo de una proa asomando por la zanja de drenaje.

—Buena vista —la felicitó Alex.

Kate se quitó las sandalias y Alex los zapatos y calcetines. Se arremangó los pantalones y bajaron a duras penas mientras un par de transeúntes les miraban con curiosidad. Alex observó el viejo bote de remos y se acercó a un punto del casco.

—Parece un orificio de bala.

—Y eso podría ser sangre —dijo Kate señalando una pequeña mancha cerca de la borda.

—Lo cual no tiene mucho sentido, salvo que mataran a Johnson en el bote y luego lo llevaran a la isla. Esa noche había mucha niebla, así que supongo que nadie les vería.

—¿Qué hacemos? —preguntó Kate.

Alex se incorporó y reflexionó un momento.

—Me gustaría saber si la sangre coincide con la de Johnson o si es de otra persona, pero si el director averigua que he vuelto a husmear en este caso me destinarán a Siberia. Es decir, si es que antes no me mata con sus propias manos.

—Puedo husmear yo —dijo Kate.

—No, no quiero que te metas. Se me ocurren algunas cosas muy espeluznantes. Será mejor que de momento nos olvidemos del asunto.

El capitán Jack observó el mensaje que acababa de recibir. Estaba cifrado, pero había memorizado el código y lo descifró enseguida. No eran buenas nuevas:

«Hoy me he reunido con Gray. Ha accedido a algunos archivos, pero no sé cuáles porque ha bloqueado el acceso. Me mencionó la resurrección de los muertos. He averiguado que ha realizado el mismo comentario a otros superiores. Está claro que ha tirado el anzuelo para ver quién pica. Por eso envío esta nota por mensajero. Sigue adelante con los planes. Me ocuparé de todo por aquí. A partir de ahora, nos comunicaremos por Charlie 1.»

Comunicarse en la actualidad era problemático porque resultaba casi imposible hacerlo en secreto si empleabas tecnología moderna. Había satélites espía por doquier y la actividad de faxes, ordenadores, móviles, teléfonos fijos y correos electrónicos estaba controlada. No era de extrañar que los terroristas hubieran recurrido a los mensajeros y a mensajes manuscritos. Irónicamente, la tecnología moderna les obligaba a volver a la Edad Media. Charlie 1 era muy sencillo: mensajes cifrados en papel y entregados por un mensajero de confianza, y el papel se destruía tras su lectura.

La avanzadilla del Servicio Secreto llegaría a Brennan en breve. Poco después, el presidente volaría hasta Pittsburgh en el *Air Force One*, y la caravana de vehículos más protegida de la historia se dirigiría hacia Brennan. Allí se encargarían con lo que algunos considerarían un ejército variopinto formado por hombres de cuarenta y tantos años y una joven. Sin embargo, el capitán Jack apostaba fuerte por los suyos. Sacó el encendedor y redujo el mensaje a cenizas.

Tras finalizar la última oración del día, Djamilá permaneció frente al espejo del baño observando sus rasgos. Tenía veinticuatro años, pero se veía mayor; los últimos años no la habían tratado bien. Nunca había tenido comida ni agua potable suficientes y había pasado muchas noches a la intemperie. Y las balas y bombas que caen a tu alrededor te hacen envejecer más que cualquier otra cosa. Al menos ahora no le faltaba comida. Le habían dicho que América era la tierra de la abundancia, y en efecto lo era. Los americanos tenían más de la cuenta y eso no era justo, porque también había personas sin hogar y niños hambrientos.

Ella no se lo creía. No era posible. Sólo era propaganda estadounidense para que se compadecieran de ellos. Djamila maldijo en árabe al pensar en eso. ¿Compadecerles?

Tenia veinticuatro años y estaba sola, muy lejos de su tierra natal. Su familia había sido asesinada. Se le hizo un nudo en la garganta y rompió en sollozos. Humedeció una toalla y se la llevó a la cara para enjugarse las lágrimas.

Una vez repuesta, recogió el bolso y las llaves de la furgoneta y salió del apartamento.

Le habían asegurado que siempre habría un hombre del capitán Jack vigilando la furgoneta. No podían permitirse el lujo de que alguien la robase. No habría tiempo para conseguir otra igual.

Pensó que el capitán Jack era un hombre extraño. No era normal que un estadounidense hablara árabe con soltura. Parecía conocer las costumbres y la historia del mundo islámico mejor que algunos musulmanes. Le habían ordenado que obedeciera cualquier orden que le diera el capitán. Al principio no le había parecido bien obedecer a un americano. Sin embargo, no podía negar que, después de conocerlo, el capitán desprendía un poderoso aura de autoridad.

Conducir la furgoneta al atardecer se había convertido en un ritual. Al igual que lo era relajarse después de un largo día cuidando a tres niños llenos de energía, y memorizar las carreteras y atajos necesarios para su cometido. Fue hasta el centro de Brennan y pasó junto al hospital Mercy. Adnan al Rimi no estaba de guardia, pero Djamila no lo habría reconocido si lo hubiera visto. Del mismo modo, no tenía motivo alguno para mirar hacia la derecha y observar el apartamento donde, en aquel momento, un par de rifles de francotirador M-50 apuntaban al hospital como parte de unas prácticas.

Pasó junto al taller mecánico. Por pura costumbre, condujo por el callejón en que había una serie de puertas elevadas y ventanas pintadas de negro. La ruta le llevaría por el extremo meridional del centro y luego se dirigiría hacia el oeste por la carretera principal que salía de Brennan. En treinta minutos habría concluido su parte. Rezaba a Dios para que su sabiduría y valentía la guiaran.

Prosiguió el camino y pasó junto al recinto ceremonial. Lo único que sabía era que el presidente del país hablaría allí ante una multitud. Aparte de eso, esa zona verde no le importaba lo más mínimo.

Su misión la había llevado a ser contratada por los Franklin. Su casa era bonita si te gustaba la arquitectura tradicional norteamericana, pero lo que más le agradaba a Djamila era el patio trasero, donde los niños corrían por el césped y trepaban a los árboles, con muchos sitios donde esconderse cuando jugaban. Djamila había crecido en un clima desértico y tenía que admitir que EE. UU. era un país hermoso. Al menos en apariencia.

La ruta de vuelta al apartamento la hizo pasar por la casa de los Franklin. Djamila contempló las ventanas de las buhardillas, donde los tres niños dormían

en dos habitaciones. Cada vez les tenía más cariño. Eran unos buenos chicos que, sin duda, de adultos odiarían el islam, todo en lo que ella creía. Si fueran suyos, les enseñaría las verdades, les mostraría la auténtica luz de su fe y su mundo. Descubrirían que entre ellos existían más similitudes que diferencias. Djamila detuvo la furgoneta mientras cavilaba al respecto. Durante mucho tiempo le habían inculcado que el islam y América no se reconciliarían. Y sí, debía de ser cierto. «Ellos destruyen mi país», pensó. Tenían el ejército más poderoso del mundo y se llevaban lo que querían, ya fuera petróleo o vidas humanas. Sin embargo, le resultaba difícil creer todo eso mientras contemplaba aquel barrio apacible. Muy difícil.

Alex recorrió con la mirada el interior de la casa de Kate y le gustó. No estaba muy ordenado y había cosas por todas partes, pero Alex no era un maniático del orden y dudaba que pudiera convivir con alguien que lo fuera. También había libros por doquier. Él no había leído mucho en el instituto y al ingresar en el Servicio Secreto había compensado esa carencia. Los largos vuelos eran un momento idóneo para leer. También saltaba a la vista que Kate no era una lectora intelectual ni pretenciosa. Aunque vio varios clásicos en las estanterías, también había bastantes novelas de mero entretenimiento.

En las paredes y mesas había fotografías familiares y Alex pudo observar el paso de una jovencita Kate Adams larguirucha y tímida a una mujer encantadora y segura de sí misma.

En un rincón de la sala que ocupaba casi toda la primera planta había un piano de media cola negro.

Cuando Kate bajó por las escaleras, se había cambiado; llevaba vaqueros, un suéter e iba descalza.

—Lo siento —dijo—, comienzo a pasarlo muy mal cuando llevo todo un día con vestido y zapatos.

—No dejes que los trajes de mil dólares y un aspecto impecable te engañen, yo también soy de los que van con vaqueros y camiseta por casa.

—¿Cerveza?

—Una dosis de alcohol siempre sienta bien después de un helado de menta y moca.

Kate sacó dos Coronas de la nevera, cortó unas rodajas de lima y se sentaron en el sofá, desde el que se veía el jardín trasero. Kate cruzó las piernas.

—¿Qué piensas hacer ahora?

Alex se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Oficialmente formo parte del equipo de protección de la Casa Blanca, y debería estar agradecido de que así sea. En realidad no hice nada malo durante la investigación, pero me negué a revelar el nombre de alguien, y

quien me lo preguntaba era el propio director. Todavía no me lo creo.

—¿Es ese viejo amigo, Oliver Stone?

Alex le lanzó una mirada que ya respondía la pregunta.

—¿Cómo coño lo has sabido?

—No eres la única persona con poderes deductivos.

—Eso parece. —Dio un trago a la cerveza y se reclinó en los cojines—. Creo que ahora mismo tengo las manos atadas. ¿Cómo mencionaré lo del bote sin revelar que he estado haciendo precisamente lo que el director me prohibió hacer? Si lo averigua estoy acabado. No puedo arriesgarme.

—Vaya dilema. —Kate le rozó el hombro al dejar la cerveza en la mesa de centro. Aquel simple roce fue como una chispa que recorrió todo el cuerpo de Alex.

Kate se sentó al piano y comenzó a interpretar una melodía que Alex reconoció, *Rapsodia sobre un tema de Paganini*. Estaba claro que Kate era una pianista de primera. Al cabo de unos minutos, Alex se sentó junto a ella y comenzó a tocar una melodía de acompañamiento.

—Eso es de Ray Charles —dijo Kate—. Creía que tocabas la guitarra.

—Mi viejo me dijo que si primero aprendes a tocar el piano luego lo demás es pan comido.

—¿No era Clint Eastwood un agente del Servicio Secreto que tocaba el piano en *En la línea de fuego*?

—Sí, y Rene Russo le acompañaba.

—Lo siento, no soy Rene Russo.

—Ni yo Clint Eastwood. Y, para que lo sepas, no tienes nada que envidiarle a Rene Russo.

—Mentiroso.

—No soy la clase de tipo que se quita la ropa en la primera cita, como Eastwood. Lo siento —añadió sonriendo.

—Qué pena —replicó Kate con una sonrisita.

—Pero esa regla no se aplica necesariamente a la segunda cita.

—Oh, ¿tan seguro estás de que habrá una segunda?

—Recuerda que llevo un arma. Tengo las de ganar, según Lucky.

Recorrió el teclado hasta que sus dedos tocaron los de Kate.

El beso que vino a continuación hizo que la chispa que Alex había sentido antes pareciera apenas un ligero cosquilleo.

Kate le besó de nuevo y luego se levantó.

—Sé que seguramente es injusto, pero creo que tu regla para la primera cita es buena —dijo antes de apartar la mirada—. Es mejor no entregarse la primera noche porque a lo mejor no hay segunda.

Alex le puso la mano en el hombro.

—Volveré la noche que quieras, Kate.

—¿Qué tal mañana? —repuso ella, y añadió—. Si es que puedo esperar tanto.

Alex arrancó el viejo Cherokee y se alejó, henchido de satisfacción. Fue calle abajo, giró en la Treinta y uno e inició el largo y serpenteante descenso hacia el centro de Georgetown. El primer indicio de que algo no iba bien fue cuando pisó el freno y no respondió. El segundo, cuando lo pisó de nuevo varias veces, en vano, y la velocidad aumentaba sin pausa en la larga pendiente. Había coches aparcados a ambos lados y la calle tenía tantas curvas que parecía una maldita serpiente.

Intentó dominar el volante y reducir a segunda para aminorar la velocidad, pero no sirvió de mucho. Entonces vio los faros de un coche que se acercaba.

—¡Mierda! —exclamó.

Dio un brusco volantazo a la derecha y el Cherokee se deslizó entre dos coches aparcados, hasta que un sólido árbol lo frenó en seco. El impacto disparó el *airbag*, que lo aturdió momentáneamente. Alex apartó la bolsa de aire, se quitó el cinturón de seguridad y se apeó tambaleándose. Tenía sangre en los labios y la cara le ardía.

Se sentó en el bordillo, donde trató de tranquilizarse y no vomitar, ya que el helado y la cerveza amenazaban con desbordarse.

Al cabo de un momento había alguien arrodillado junto a él. Alex se disponía a decir que estaba bien, pero se quedó paralizado: un objeto duro y frío le presionaba la nuca. El brazo le salió disparado de forma instintiva y propinó un violento golpe a la rodilla de su agresor.

El hombre gritó de dolor, pero mientras Alex intentaba ponerse en pie le golpearon en la cabeza. Luego oyó pasos que se alejaban y un coche derrapando a toda prisa. Al cabo de unos instantes, mientras llegaban otros coches y personas, comprendió por qué habían huido tan rápido.

—¿Te encuentras bien? —Oyó una y otra vez.

Todavía notaba la sensación helada del cañón del arma en la nuca. Entonces recordó algo: los frenos. Apartó a quienes lo rodeaban y, haciendo caso omiso del dolor de cabeza, cogió una linterna del Cherokee e iluminó la rueda izquierda delantera. Estaba cubierta de líquido de frenos. Alguien había manipulado el vehículo. Sin embargo, sólo podían habérselo hecho en casa de Kate. ¡Kate!

Rebuscó el móvil en el bolsillo. No estaba ahí. Abrió la puerta del maltrecho Cherokee y lo vio en el suelo, destrozado tras el impacto. Maldijo, furibundo. La gente que había acudido a ayudarle había comenzado a apartarse, recelosa de aquel comportamiento extraño.

Entonces uno de ellos la vio mientras Alex se daba la vuelta.

—¡Tiene una pistola! —gritó.

Acto seguido todos se dispersaron como conejos asustados.

—¡Necesito un teléfono! ¡Un teléfono! —chilló Alex, pero ya se habían marchado.

Se volvió y comenzó a subir corriendo por la calle. De la herida de la cabeza le goteaba sangre y sentía como si los brazos y las piernas no fueran suyos, pero siguió subiendo hasta que creyó que los pulmones le estallarían. Llegó a la calle R, giró a la izquierda y aumentó la velocidad, asistido por una milagrosa reserva de energía. Sacó el arma en cuanto divisó la casa.

Aminoró y se agazapó al llegar al jardín. Las luces de la planta baja estaban apagadas. Se dirigió hacia la puerta del jardín que daba al patio trasero y a la cochera. La puerta estaba cerrada, por lo que se encaramó a la valla y saltó. Cayó al césped del otro lado y se puso en cuclillas para reconocer el área y recobrar el aliento. Le palpitaba la cabeza y los oídos le zumbaban espantosamente. Se desplazó agazapado hacia la casa, ocultándose tras los arbustos. Había luz en la planta de arriba. Respiró hondo varias veces y trató de calmarse.

Avanzó lentamente al tiempo que escudriñaba el jardín por entre los arbustos. Justo entonces se encendió una luz en la planta baja. Vio a Kate por una ventana. Llevaba el pelo recogido en una coleta y seguía descalza, pero ahora sólo llevaba una camiseta larga. Avanzó de nuevo y desvió la mirada hacia la hilera de enormes cipreses que circundaba el jardín posterior. Si Alex tuviera que esconderse para disparar, escogería ese lugar.

Respiró hondo otra vez y pasó al modo de protección absoluta, es decir, escudriñaba una cuadrícula en la que Kate representaba el centro a proteger. Se rumoreaba que cuando los agentes del Servicio Secreto adoptaban esta actitud eran capaces de contar incluso los aleteos de un pajarillo. Por supuesto era absurdo, pero Alex quería impedir que le hicieran daño a Kate, necesitaba ver el arma antes de que disparara. Se había entrenado durante años para esa clase de situaciones. Y precisamente en esta no podía fallar.

Fue entonces cuando la vio, al otro lado del jardín y a la derecha, detrás de un grueso rododendro: allí estaba el destello casi invisible de la mira de un rifle. No titubeó. Apuntó y disparó. Era mucha distancia para una pistola, pero le daba igual acertar, sólo quería asustarlo.

Al punto vio el cañón completo del rifle, que dio una sacudida hacia arriba al abrir fuego. Una milésima de segundo después, Alex disparó seis veces más hacia el mismo punto. Entonces oyó los gritos de Kate. El rifle desapareció y oyó pasos que se alejaban. Había fallado, pero había conseguido su propósito.

Corrió hacia la casa y abrió la puerta de un tirón. Kate dejó de gritar al verlo. Él fue a su encuentro, le rodeó la cintura y la empujó hacia el suelo al tiempo que le protegía el cuerpo con el suyo.

—No te levantes, hay un francotirador ahí fuera —le susurró. Avanzó arrastrándose sobre el vientre y apagó la luz. Luego regresó arrastrándose hasta

donde estaba Kate.

—¿Estás bien? —le preguntó—. ¿Te han dado?

—No —susurró ella, y le palpó la cara—. Por Dios, ¿estás sangrando?

—No me han disparado. Alguien ha usado mi cabeza de yunque.

—¿Quién?

—Ni idea. —Respiró hondo y apoyó la espalda contra la cocina, con la mirada clavada en la puerta y sin soltar la pistola. Kate se arrastró, alargó la mano y cogió un rollo de papel de cocina de la encimera.

—No te levantes —le dijo él con dureza—. Es posible que el tipo siga ahí fuera.

—Estás sangrando —replicó ella. Alargó la mano de nuevo y humedeció algunas toallitas. Luego le limpió la cara y le examinó el chichón de la cabeza—. No puedo creerme que no hayas perdido el conocimiento.

—El miedo es un gran remedio para eso.

—No he oído tu coche.

—El Cherokee ha quedado fuera de servicio. Manipularon los frenos y bajé por la calle como si fuera en una montaña rusa.

—¿Cómo has vuelto?

—Corriendo.

Kate parecía sorprenderse.

—¿Has corrido todo ese tramo cuesta arriba?

—Supuse que el único sitio donde podían haber manipulado los frenos era tu casa. Tenía que volver y asegurarme de que estabas bien —dijo con voz entrecortada por la emoción.

Kate dejó de limpiarle la sangre al tiempo que la boca comenzaba a temblarle. Luego lo abrazó y acurrucó la cara en su cuello. Alex la rodeó con un brazo.

« Menuda primera cita », pensó.

El Camel Club había regresado a Foggy Bottom y tomado el metro hasta Union Station, donde habían cenado y repasado el plan en un local de la planta baja. Luego se dirigieron al aparcamiento de la estación para recoger los vehículos. Stone decidió ir en el sidecar con Reuben. Se volvió hacia Milton y Caleb, que estaban subiendo al Malibu.

—Bien, vosotros dos id a tu casa, Caleb. Allí estaréis a salvo, pero manteneos alerta.

—Un momento —replicó Caleb—. ¿Adónde iréis Reuben y tú?

Stone titubeó.

—Reuben me dejará en la casita del cementerio.

Caleb arrugó el ceño.

—Eso no te lo crees ni tú. Irás a Purcellville, donde vive ese hombre.

—Tyler Reinke —añadió Milton mirando a Stone de hito en hito.

—Irás allí —prosiguió Caleb—, y quieres ir solo porque temes que nos entrometamos.

—Caleb, Milton y tú no tenéis experiencia en estas cosas. Mientras que Reuben y...

—Me da igual. Nosotros también vamos.

—No puedo permitirlo —replicó Stone sin alterarse—. Si nos descubren, nos atraparán a los cuatro en lugar de sólo a dos.

—¡Pues no lo permitiré! —exclamó Caleb con dignidad—. Somos adultos, Oliver, y socios de pleno derecho del Camel Club. Y si nos prohíbes ir, te seguiremos tocando el claxon durante todo el trayecto, y te aseguro que mi claxon suena como un maldito cañón.

—Y yo he localizado la casa en el ordenador usando MapQuest —añadió Milton—. Es difícil de encontrar sin indicaciones precisas, que casualmente llevo en el bolsillo.

Stone los miró con ceño. Reuben se encogió de hombros y dijo:

—Uno para todos y todos para uno.

Stone asintió de mala gana.

—¿No deberíamos ir en mi coche? —preguntó Caleb.

—No —respondió Stone, mirando la motocicleta—. Le he cogido cariño a

este cacharro y es posible que nos sea útil esta noche.

Se dirigieron hacia el oeste, tomaron la carretera 7 en Virginia en dirección noroeste y pasaron muy cerca de la sede central del NIC al atravesar Leesburg. Un cartel en una de las intersecciones indicaba la dirección y la distancia hasta el centro de inteligencia. A Stone siempre le había sorprendido que hubiera carteles para la NSA, la CIA y otros lugares «secretos». Supuso que, al fin y al cabo, también recibían visitas. Sin embargo, aquello le restaba «secreto» a todo el asunto.

Reinke vivía en una auténtica zona rural. Serpentearon por varios caminos durante media hora tras dejar la carretera 7, hasta que Milton vio el cartel que buscaban. Le indicó a Caleb que aparcara a un lado. Reuben paró detrás del coche; los dos se apearon y subieron al coche.

—La casa está a trescientos metros de aquí. Realicé una búsqueda simultánea de otras direcciones en la zona. No hay, esta es la única casa —explicó Milton.

—Bien aislada —dijo Reuben mirando alrededor.

—Los asesinos suelen preferir la privacidad —ironizó Stone.

—Bien, ¿cuál es el plan? —preguntó Caleb.

—Quiero que Milton y tú os quedéis en el coche...

—¡Venga ya! —exclamó Caleb.

—Escúchame bien, Caleb, os quedaréis en el coche, pero primero conduciremos hasta la casa. Si hay alguien, nos largamos. Si no, Milton y tú volveréis aquí para vigilar. Es el único camino de entrada y salida, ¿no, Milton?

—Exacto.

—Nos comunicaremos por el móvil. Si llega alguien, avisadnos de inmediato y tomaremos las medidas necesarias.

—¿Qué haréis? —preguntó Caleb—. ¿Allanaréis la casa?

—Es posible que tenga alarma —aventuró Reuben.

—Me sorprendería que no fuera así.

—Entonces, ¿cómo entramos? —inquirió Reuben.

—Déjalo de mi cuenta.

La casa estaba a oscuras y al parecer vacía, porque no se veía ningún coche en las inmediaciones y la casa no tenía garaje. Mientras Milton y Caleb vigilaban desde un lugar oculto cerca de la entrada del camino, Reuben y Stone avanzaron en la Indian, la aparcaron en una arboleda detrás de la casa y luego siguieron a pie.

Desde la pared que había al otro lado de la puerta emanaba un resplandor verdoso.

—Tiene sistema de seguridad —farfulló Reuben—. ¿Y ahora qué?

Stone escudriñó por la mosquitera de la ventana.

—Seguramente tendrá detectores de movimiento, lo cual complica las cosas.

De repente, algo saltó hacia ellos desde el interior de la casa y rebotó contra

la ventana. Los dos hombres retrocedieron de un salto y Reuben se volvió para echar a correr, pero Stone le llamó.

—Tranquilo, Reuben —le dijo—. El señor Reinke tiene un gato.

Suspirando, Reuben regresó a la ventana y espió el interior de la casa. Un gato negro con el pecho blanco y unos enormes ojos verdes le devolvió la mirada. Aquello era la cocina. Al parecer, el gato se había abalanzado sobre ellos desde la encimera al percibir su presencia.

—Maldito gato. Seguro que es hembra —dijo Reuben con una mueca.

—¿Y eso?

—Pues porque las mujeres siempre han tratado de provocarme un infarto, por eso.

—Vale, su presencia nos facilita las cosas. —¿En qué sentido?

—Los sistemas de seguridad con detector de movimientos no se llevan muy bien con los gatos.

—Hay zonas en que el detector no está activado para que el gato pueda ir y venir —dijo Reuben, comprendiendo.

—Exacto.

Stone extrajo algo del bolsillo. Era el estuche de cuero negro que había recogido en la habitación secreta de aquella librería. Lo abrió. Contenía un completo y moderno kit para robos.

Reuben observó el material y luego a su amigo.

—Prefiero no enterarme —dijo.

Stone abrió la ventana de la cocina en menos de diez segundos.

—¿Cómo sabías que la ventana no estaba conectada al sistema de seguridad?

—En una casa tan vieja con paredes de yeso es difícil pasar los cables y montar todo el tinglado que requiere. Dudo que el señor Reinke pueda permitírselo. Y he comprobado que la ventana no estaba conectada mediante un sistema de seguridad inalámbrico antes de forzarla.

—Vale —dijo Reuben—. Ahora sí quiero enterarme.

¿Cómo coño sabes tanto sobre sistemas de seguridad inalámbricos y demás?

Stone le miró con expresión inocente.

—Las bibliotecas están abiertas al público, Reuben.

Entraron y el gato acudió a saludarles; se frotó contra sus piernas y esperó pacientemente a que lo acariciaran.

—Bien, antes de entrar en las habitaciones debemos encontrar el detector de movimientos. Luego mandaré al gato como avanzadilla y le seguiremos —dijo Stone—. Prepárate a arrastrarte sobre el vientre.

—¡Genial! Será como regresar a Vietnam —gruñó Reuben.

Media hora antes de que Stone y Reuben entraran en la casa de Tyler Reinke,

este y Warren Peters forzaron la puerta trasera de la casa de Milton y entraron. No había sido fácil porque Milton tenía seis cerrojos en cada puerta y las ventanas estaban cerradas a cal y canto, algo que al jefe de bomberos no le parecería bien.

Reinke cojeaba por el golpe que Alex Ford le había propinado en la rodilla. Y Peters tenía un agujero de bala en la manga del abrigo, donde uno de los disparos del agente secreto casi había dado en el blanco. Se habían topado con ellos al ir a Georgetown para volver a echar un vistazo al bote, y descubrieron que Ford y Adams se les habían adelantado.

Los dos estaban furiosos por no haberlos matado. Sin duda, Milton Farb tenía suerte de no estar en casa en ese momento.

Sacaron las linternas y comenzaron a buscar. La casa de Farb no era grande, pero estaba repleta de libros y material informático caro que utilizaba para su negocio de diseño de páginas web. También había algo con lo que no contaban: un sistema de vigilancia de infrarrojos inalámbrico que simulaba ser un montaje de iluminación en riel en el techo. Había uno en todas las habitaciones; estaba grabando sus movimientos y también había activado una alarma silenciosa que advertía a una empresa de seguridad contratada por Milton. El sistema se alimentaba en una toma de corriente normal y además estaba protegido con una batería. Milton había desestimado las alarmas sonoras porque en aquel barrio la policía tardaba en llegar y los ladrones siempre tenían tiempo de marcharse tranquilamente con su botín.

Mientras rebuscaban en la casa, se sorprendían ante cada nuevo hallazgo.

—Este tipo está chiflado —dijo Peters mientras registraban la cocina. Las latas de comida de la despensa estaban etiquetadas y colocadas siguiendo un orden preciso. Los utensilios colgaban de un estante de la pared e iban de mayor a menor. Las cacerolas y ollas estaban colocadas de igual modo en un estante que había sobre la cocina. Hasta las manoplas para el horno estaban alineadas con precisión, al igual que los platos del aparador. Aquello era un claro ejemplo del orden llevado a extremos casi enfermizos.

Subieron a la planta de arriba y en el dormitorio y el armario de Milton encontraron más de lo mismo.

Reinke salió del baño principal sacudiendo la cabeza.

—No te lo creerás. El tipo deja el papel higiénico apilado en una caja de mimbre junto al váter con instrucciones para tirarlo. Pero, vamos a ver, ¿qué se hace con el papel higiénico? Tirarlo al váter, ¿no?

—Sí, vale —dijo Peters mirando el armario del dormitorio—, ven aquí y dime quién cuelga los calcetines de las perchas.

Al cabo de unos instantes, los dos observaban los calcetines, la ropa interior doblada tres veces y las camisas que colgaban de perchas de madera colocadas en orden, con las camisas perfectamente abotonadas, puños incluidos. Estaban

ordenadas según las estaciones, pues Milton había puesto imágenes del invierno, verano, primavera y otoño.

No encontraron nada útil en el dormitorio y se dirigieron a otra habitación habilitada como despacho. Se acercaron al escritorio, donde todos los objetos estaban colocados formando ángulos rectos.

Por fin encontraron algo útil en aquella casa que era el paradigma del orden perfecto: una caja etiquetada con la palabra «Recibos», en un estante detrás del escritorio, y los recibos, como comprobaron de inmediato, estaban separados por meses y producto. Reinke sacó el comprobante de pago de una tarjeta de crédito con un nombre escrito.

—Chastity Hayes —dijo—. ¿Qué te apuestas a que es su novia?

—Si es que un tipo así tiene novia.

Probablemente pensando lo mismo, iluminaron las paredes del despacho de Milton. Las fotografías estaban dispuestas siguiendo un orden complejo que Peters reconoció.

—Una hélice doble. ADN. Este tipo está chalado.

Reinke iluminó una fotografía de pasada y volvió a enfocarla.

«Con cariño, Chastity», se leía en la parte de abajo, y mostraba a Chastity en traje de baño y mandando un beso al objetivo.

—¿Esa es su novia? —preguntó Reinke, sorprendido mientras observaba una fotografía de Milton junto a la de Chastity en bañador—. ¿Cómo es posible que un colgado como este salga con una tía tan buena?

—El instinto maternal —se apresuró a responder Peters—. A algunas mujeres les gusta hacer de madre.

Peters extrajo un chisme electrónico e introdujo el nombre de Chastity Hayes. Al cabo de un minuto aparecieron tres posibilidades. Tras limitar la búsqueda a la zona de Washington, Peters averiguó que Chastity era contable y propietaria de una casa en Chevy Chase, Maryland. Asimismo, figuraba su historial médico, económico, educativo y laboral. Mientras leía rápidamente la información que aparecía en la pequeña pantalla, Reinke señaló algo:

—La chica estuvo en un psiquiátrico una temporada. Te apuesto a que sufre un trastorno obsesivo-compulsivo, como Farb.

—Al menos sabemos dónde vive. Y si Farb no está aquí —dijo mientras miraba de nuevo la fotografía de la bella Chastity—, es posible que esté allí. Desde luego, yo en su lugar dormiría allí.

Un ruido procedente de la parte posterior de la casa les alertó. Eran pasos. Entonces oyeron un gemido y un ruido sordo.

Empuñaron las pistolas y se dirigieron hacia el lugar del que procedían los ruidos.

En el suelo de la cocina había un hombre inconsciente. Ambos dieron un respingo al ver que llevaba uniforme.

—Un guardia de seguridad —dijo Reinke—. Joder, hemos disparado alguna alarma.

—Sí, pero ¿quién demonios lo ha dejado sin sentido?

Miraron alrededor, nerviosos.

—Larguémonos de aquí.

Salieron por la puerta trasera y fueron hacia el coche, a una manzana de distancia.

—¿Liquidamos a la chica esta noche? —preguntó Peters cuando subieron.

—No, no la liquidáis —contestó una voz que les sobresaltó.

Se volvieron y vieron a Tom Hemingway en el asiento trasero. No parecía muy contento.

—Habéis tenido una noche de lo más infructuosa —dijo con frialdad.

—¿Nos has seguido hasta aquí? —Atinó a preguntar Peters.

—Después del informe de vuestra última metedura de pata, ¿qué esperabais?

—Lo del guardia de seguridad ha sido cosa tuya, ¿no? ¿Lo has matado? —inquirió Reinke.

Hemingway hizo caso omiso de la pregunta.

—Dejadme que os recalque de nuevo la importancia de nuestra misión. Tengo a un montón de gente moviendo el culo al norte de aquí y haciendo mucho más de lo que os he pedido a vosotros. Y, a diferencia de ellos, a vosotros os pagan muy bien. Sin embargo, no han cometido ningún error. —Les miró de hito en hito y los dos contuvieron la respiración—. Tal vez lo sucedido esta noche haya sido cuestión de mala suerte, pero a partir de ahora no toleraré más mala suerte.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Reinke, nervioso.

—Id a casa y descansad. Os hace falta. —Tendió una mano—. Dame el recibo con el nombre de la mujer.

—¿Cómo has...? —empezó Reinke.

Hemingway lo fulminó con la mirada y Reinke se calló y le entregó el recibo. Al cabo de unos segundos, Hemingway había desaparecido.

Los dos se reclinaron en los asientos y dejaron escapar largos suspiros.

—Ese tipo me acojona de verdad —comentó Peters.

Reinke asintió.

—Fue una leyenda en la CIA. Hasta los narcotraficantes colombianos le temían. Nadie le veía entrar ni salir. —Hizo una pausa—. Le he visto entrenándose en el gimnasio del NIC. Parece hecho de granito y es rápido como un felino. Y le he visto destrozarse dos sacos de treinta kilos con las manos. Ya no le dejan usar las piernas en los sacos pesados porque los destrozaba a la primera.

—¿Y ahora qué? —preguntó Peters.

—Ya le has oído. Descansemos. Esta noche nos hemos salvado por los pelos tres veces, no nos hace falta una cuarta. Puedes quedarte a dormir en mi casa.

Tras abandonar el cementerio de Arlington, Gray había ido a la sede central de la CIA en Langley. En el edificio había una sala en la que sólo podían entrar los directores de la Agencia, actuales o antiguos. El director en cuestión tenía acceso a los documentos y materiales que pertenecían a la época en que había ostentado el cargo. Se guardaban en sótanos donde había enormes cajas de seguridad. Dado los secretos que albergaba, era la sala mejor custodiada de Langley.

Gray colocó la mano en el lector biométrico frente a la puerta del sótano que tenía su nombre. La puerta se abrió y Gray entró al tiempo que sacaba las llaves. Sabía exactamente qué caja necesitaba: la número 10.

La abrió y extrajo el contenido, se sentó y separó el material sobre el escritorio.

El archivo que leyó detenidamente recibía el nombre oficial de «J. C.». Podía significar cualquier cosa, incluso Jesucristo. Sin embargo, no se referían al hijo de Dios, sino a las iniciales de un hombre de carne y hueso llamado John Carr.

Mientras Gray repasaba las hazañas de Carr en la CIA, no dejaba de menear la cabeza, asombrado por cuanto había hecho. ¡Y encima había sobrevivido! Aunque podía argüirse que el mundo era más peligroso ahora, en realidad la diferencia no era tan considerable.

La trayectoria de Carr había acabado tal como se decidió que acabara, con su entierro en el cementerio de Arlington con todos los honores militares, a pesar de que John Carr hacía muchos años que no trabajaba para el ejército y no había muerto con el uniforme puesto. Después de aquello, su pasado se había borrado de todos los archivos de EE. UU. Gray se había encargado en persona de que así fuera tras recibir órdenes directas de los cargos más importantes de la CIA.

Y aunque John Carr no estaba enterrado en esa tumba, se suponía que había muerto. El primer ataque contra él sólo mató a su esposa, pero se produjo un segundo intento en teoría satisfactorio, aunque no se encontró el cadáver; se suponía que había acabado como carnaza para los peces del fondo del océano. Quizá Gray estuviera sacando conclusiones precipitadas. El hombre que había visto era delgado y de aspecto frágil. ¿Sería el todopoderoso Carr? Los años pasan factura, pero Gray suponía que el paso del tiempo no haría mella en Carr. Sin

embargo, le había visto delante de la tumba con el nombre de John Carr. ¿Acaso se las había arreglado para desaparecer todo ese tiempo, técnica por la que Carr era famoso?

Se le aceleró el pulso al pensar que tal vez había estado muy cerca de un hombre al que su país había traicionado. Y no cualquier hombre, sino un hombre que, en su época, había sido la máquina de matar perfecta para el gobierno de EE. UU. Hasta que se convirtió en un problema, como solía ocurrir con hombres así.

Gray apartó la caja y salió de la sala de los secretos presa de una curiosa emoción.

Temía a un hombre muerto que, inexplicablemente, tal vez seguía entre los vivos.

Más tarde, ya en casa, Gray encendió las velas del dormitorio y contempló las fotografías de la repisa de la chimenea. En apenas unos minutos sería medianoche y 11 de septiembre. Se sentó en una silla junto a la cama y abrió la Biblia. Le habían bautizado como católico, había hecho la Primera Comunión a los siete años y la Confirmación a los trece, e incluso había sido monaguillo. Sin embargo, de adulto nunca había pisado una iglesia, salvo cuando había un acto político. En su trabajo la religión no parecía muy importante. No obstante, su mujer había sido católica devota y habían educado a su hija Maggie en los principios católicos.

Ahora que las dos ya no estaban, Gray había comenzado a leer la Biblia. No era para ganarse la salvación, sino como forma de retomar el estandarte de su familia caída, aunque reconocía que las palabras le ofrecían solaz. Leyó en voz alta algunos fragmentos de los Corintios, otro del Levítico y luego se atrevió con los Salmos. Ya pasaba bastante de la medianoche, así que se arrodilló frente a las fotografías y rezó las oraciones, aunque más bien parecía una conversación con sus seres queridos. Casi siempre flaqueaba y lloraba durante el ritual. Las lágrimas eran merecidas y, en cierto modo, sanadoras. Sin embargo, al reclinarsse en la silla con la Biblia en la mano, Gray volvió a pensar en un ataúd vacío. ¿John Carr estaba vivo o muerto?

Hemingway regresó a su apartamento con el recibo de Chastity Hayes bien guardado en el bolsillo. Como de costumbre, preparó un té y se lo tomó descalzo contemplando por la ventana el Capitolio. Durante las últimas veinticuatro horas habían pasado muchas cosas y casi ninguna le parecía positiva.

Los patéticos Reinke y Peters habían dejado escapar dos objetivos, y ahora Alex Ford y Kate Adams irían a sus respectivos organismos y exigirían que todo aquello se investigara a fondo. Para colmo, Gray había comenzado a hablar de la resurrección de los muertos. Para Hemingway se trataba de una clara referencia

a los terroristas supuestamente abatidos por sus colegas. Eso había propiciado el mensaje apresurado de Hemingway al capitán Jack.

Se apartó de la ventana y observó el cuadro de la pared; era un buen retrato de su padre, el honorable Franklin T. Hemingway, embajador en algunos de los países más complicados del mundo de la diplomacia. El último destino había sido demasiado violento incluso para él. La bala de un asesino en China acabó con un hombre que había dedicado la vida a conseguir la paz cuando parecía del todo imposible.

El hijo no había seguido los pasos del padre, básicamente porque Tom no poseía las cualidades necesarias para ser un estadista de primera. Y por entonces era un joven airado. Si bien la furia había mermado con los años, no había desaparecido por completo. ¿Por qué habría de hacerlo? En el funeral de su padre, personalidades de todo el mundo aseguraron que echarían de menos a aquel notable conciliador. Tom todavía sentía la pérdida de su progenitor con la misma intensidad que el primer día. Para él, el tiempo no aliviaba nada, sólo intensificaba el dolor que le había embargado desde que supo que aquel corazón valiente y maravilloso había dejado de latir.

El mobiliario de la casa de Tyler Reinke era austero. Reuben y Stone reptaron hasta las habitaciones con la esperanza de encontrar algo útil, pero no fue así. Pasaron junto a la puerta principal, donde había instalada otra alarma, y se deslizaron escaleras arriba siguiendo al gato.

Reuben se fijó en algo al llegar al dormitorio.

—Reinke es piloto de helicópteros —dijo, y cogió la única fotografía que había en la mesita de noche: Tyler Reinke a los mandos de un reluciente helicóptero negro.

—¿Tiene alguna insignia? —preguntó Stone mientras rebuscaba por el dormitorio.

—No. —Dejó la fotografía en su sitio y limpió las huellas dactilares con la colcha de la cama.

Stone encontró una caja pequeña en el armario.

—Documentos contables —le dijo a Reuben. Sacó una pila de hojas y comenzó a leerlas.

—¿Algo interesante?

Stone sostuvo una hoja en alto.

—Parece que esta cuenta tiene un nombre falso, aunque la dirección es la de esta casa. Pero mucho me temo que lo mío no son las finanzas.

—Déjame echar un vistazo. —Reuben repasó los informes de contabilidad y algunas notas manuscritas—. Parece que Reinke, si es que los registros son suyos, ha comprado una importante opción de venta al alza a crédito.

—¿Una opción de venta al alza a crédito? ¿Qué es eso?

—Significa que ha pedido dinero para comprar su posición vendedora y que tiene la opción de venderla a cierto nivel. Según las notas, se lo está jugando todo a que el índice bursátil caerá en picado. No es lo normal, pero en este caso puede ganar mucho dinero haciendo precisamente eso. Y la cantidad que arriesga es mucho mayor que un salario de funcionario gubernamental, de ahí que sea a crédito.

—No tenía ni idea que supieras tanto de economía.

—De vez en cuando hay que arriesgarse; no pienso trabajar en esa maldita zona de carga hasta que la palme, eso seguro.

—Pero ¿cómo sabe Reinke que está a la baja? Una cosa es que alguien te sople información de la Bolsa, pero ¿de todo el mercado? —Stone pensó en ello —. Claro, los mercados financieros casi siempre se hunden ante una catástrofe imprevista.

—¿Te refieres a un terremoto? —preguntó Reuben.

—También en el caso de catástrofes humanas. Recuerdo que el 11-S cerraron la Bolsa y calmaron a todo el mundo. La Bolsa se habría hundido si no hubieran intervenido. Cuando abrió después del 11-S todavía estaba a la baja. La gente sin escrúpulos e informada podría haberse hecho rica.

—O sea que tal vez Reinke sepa que se va a producir una catástrofe, ¿no?

—O está colaborando para que así sea —sentenció Stone.

En cuanto vieron al coche acercarse al lugar donde se ocultaban junto al camino, Milton sacó el móvil y llamó a Reuben. Más bien intentó llamar, porque no se oía nada.

Caleb lo miró mientras las luces se aproximaban.

—¡Llámales!

—No hay señal suficiente.

—¿Qué?

—No hay señal. Debe de ser una zona sin cobertura. No consigo establecer comunicación.

Caleb señaló el coche que se acercaba.

—Es muy probable que ahí venga un asesino.

—No puedo hacer nada.

—Vaya mierda de aparatos de alta tecnología —masculló Caleb—. Nunca funcionan cuando los necesitas de verdad.

El coche se dirigió hacia la casa.

—Es el coche de Reinke, lo reconozco —dijo Caleb.

—Sí, yo también —asintió Milton, asustado—. ¿Qué hacemos?

Caleb arrancó el coche.

—No permitiré que maten a Oliver y Reuben. ¡Agárrate!

Milton se sujetó mientras el Malibu salía disparado.

Llegaron al camino derrapando y Caleb enfiló la casa de Reinke. Mientras el Malibu avanzaba a toda velocidad, Caleb hizo sonar el claxon. No había bromeado. Sonaba muy fuerte, una mezcla entre chillido y silbato de tren.

Reinke miró el Malibu por el retrovisor.

—Estúpidos niños, roban coches y vienen a dar vueltas por aquí.

En la casa, Stone y Reuben corrieron hacia la ventana del dormitorio al oír el claxon; en ese momento los faros iluminaban la fachada.

—Oh, mierda, es Reinke —dijo Reuben.

—Y su amigo —añadió Stone mientras los dos hombres salían del coche. Luego vio al Malibu desapareciendo por el camino—. Les dije que nos llamaran, no que armaran un escándalo —dijo Stone, irritado.

Bajaron las escaleras a toda prisa y Stone sujetó a Reuben de la camisa un instante antes de que entrase en el arco infrarrojo del detector de movimiento en la puerta principal. Se arrastraron hacia un lado mientras alguien abría la puerta con llave. Llegaron a la cocina cuando la puerta estaba abierta del todo y comenzaban a sonar los pitidos de la alarma. Se levantaron del suelo mientras alguien introducía el código y los pitidos cesaban.

—Bien —susurró Stone—. Han apagado la alarma, ya podemos salir por la puerta trasera.

Oyeron pasos que se acercaban, pero lograron salir a toda prisa y cerrar la puerta con sigilo. Al doblar la esquina de la casa, se toparon con Warren Peters, que llevaba un cubo de basura al patio trasero.

—¿Qué coño...? —Atinó a decir antes de que el puño de Reuben le derribara.

Stone y Reuben corrieron hacia la motocicleta y arrancaron cuando Reinke, al oír el alboroto, salía de la casa. Vio a Reuben y Stone y echó a correr tras la moto, al tiempo que desenfundaba su arma. No le costaría hacer blanco, pero no contaba con que le saliese al paso un Malibu oxidado conducido por un chiflado especialista en libros raros, acompañado de un genio aterrorizado con un trastorno compulsivo-obsesivo que contaba sin cesar en el asiento del copiloto.

—¡Hostia puta! —exclamó Milton al ver a Reinke pasar volando por delante del parabrisas y caer al otro lado del coche sobre la hierba, tras lo cual siguió contando.

Peters ya se había incorporado tambaleándose. Sin embargo, Caleb, al parecer poseído por el espíritu de un joven temerario, puso la marcha atrás del Malibu y aceleró a fondo mientras las ruedas arrojaban grava como si fueran casquillos de una ametralladora.

Peters gritó al ver que el coche se le venía encima. Disparó una vez y se apartó. Se disponía a intentarlo de nuevo cuando la motocicleta pasó zumbando junto a él. Mientras Reuben conducía, Stone blandía el casco sentado en el sidecar. Golpeó a Peters en la cabeza y lo dejó fuera de combate.

Pararon diez largos minutos antes de que Peters y Reinke recobraran el conocimiento y, para entonces, el Camel Club ya había desaparecido.

La respuesta de las autoridades al incidente vivido por Alex y Kate no fue precisamente alentadora. Según la policía, el freno se había estropeado solo. Les aseguraron que era algo normal en un coche viejo como aquel. Y no había pruebas de que un francotirador hubiera estado en casa de Kate, salvo la palabra de Alex. Se encontraron dos de sus balas en la valla, pero eso era todo.

A la mañana siguiente Alex estaba sentado en el despacho de Jerry Sykes, escuchando la versión oficial de lo sucedido la noche anterior.

Sykes dejó de caminar y le miró.

—La gente que trató de ayudarte después del accidente dijo que te comportabas de manera extraña y que luego te marchaste corriendo. Alex, todas esas tonterías no son propias de ti. ¿Te ocurre algo que debas contarme?

—Nada, salvo que alguien quiere verme muerto —respondió él, impávido.

Sykes se dejó caer en la silla y tomó la taza de café.

—¿Por qué coño iban a querer verte muerto?

—Alguien me puso una pistola en la cabeza, Jerry. No me molesté en preguntarle por qué.

—Nadie vio a ese tipo, excepto tú. Te lo preguntaré de nuevo: ¿qué ocurrió anoche para que alguien quiera verte muerto?

Alex titubeó. Quería contarle lo del bote, pero si reconocía que había desobedecido otra orden del director estaría acabado.

—Llevo un montón de años en el servicio. ¿Por qué iba a inventarme todo esto de repente?

—Has puesto el dedo en la llaga. Llevas muchos años trabajando. El director te dio una oportunidad ayer; podría haberte puesto de patitas en la calle. Joder, seguramente yo lo habría hecho. No desprecies un regalo como ese, Alex, tal vez no haya más.

—Vale, pero ¿harás que alguien vigile la casa de Kate? Es imposible que me imaginara el reflejo de la mira del rifle.

Sykes se reclinó.

—Llamaré a la policía y les diré que patrullen la zona más a menudo, pero eso es todo. Y tómatelo como un regalo. —Sykes consultó la hora—. Tengo una reunión y tú tienes que cubrir un puesto.

—Exacto, en la Casa Blanca —asintió Alex cansinamente.

—De momento, fuera de la Casa Blanca. Tendrás que volver a ganarte el puesto en el interior.

El Camel Club celebró una reunión apresurada esa misma mañana en el apartamento de Caleb. El primer punto del orden del día era felicitar al estimado bibliotecario y conductor con agallas por su arrojo y valentía. Sin embargo, para ello tuvieron que esperar un poco porque Caleb todavía estaba en el baño vomitando tras haber tomado conciencia de que había estado a punto de morir.

—Me gustaría que constara en acta —dijo Stone cuando Caleb salió por fin del lavabo— que Caleb Shaw se ha ganado el más sincero agradecimiento de todo el Camel Club por el carácter extraordinario de su valor e ingenio.

Caleb, pálido pero sonriente, les estrechó la mano uno a uno.

—No sé qué me pasó, sólo sabía que tenía que hacer algo. La última vez que me asusté tanto fue cuando se me concedió el honor de entregar *De la democracia en América*, de Tocqueville, en su envoltorio original.

Reuben simuló estremecerse.

—¡Entregar un Tocqueville! Me da escalofríos de sólo pensarlo.

—Sin embargo, en adelante hemos de suponer que Reinke y su colega nos han fichado, por así decirlo —advirtió Stone.

—No lo creo. Quité las matrículas del coche mientras esperábamos —explicó Caleb mientras los otros le miraban sorprendidos—. Después de que Milton consiguiera su matrícula y la identificara tan rápido, temí que hicieran lo mismo con la mía —añadió.

En ese momento sonó el móvil de Milton.

—¿Sí? —dijo. Escuchó unos instantes, colgó y miró a los demás—. Alguien entró en mi casa y dejó inconsciente al guardia de seguridad que acudió después de que se disparara la alarma silenciosa.

—¿Se llevaron algo? —preguntó Stone.

—Parece que no. Sin embargo, tengo aparatos de vigilancia ocultos en los rieles de iluminación del techo. La empresa de seguridad no lo sabe.

—Será interesante ver quién entró —comentó Stone.

—Iré a comprobarlo. La grabadora de DVD está oculta detrás de la nevera.

—Nos arriesgaremos —dijo Stone—. Si fueron Reinke y su colega, ataríamos varios cabos sueltos.

Reuben rodeó los hombros de Caleb.

—Si esos dos aparecen de nuevo los dejaremos fuera de combate, ¿no, matador?

El primer día que retomó la protección presidencial, a Alex Ford se le hizo un poco raro. Todos parecían saber que regresar a ese trabajo era un demérito para un agente veterano. Sin embargo, se mostraron cordiales con él. Vigilar el exterior de la Casa Blanca tenía algo bueno: Alex patrullaría por Lafayette Park.

Stone no estaba allí, aunque sí Adelpia. Estaba paseando por el centro del parque, desde donde miraba hacia la tienda de Stone.

—Hola, Adelpia —saludó Alex—. Buscaba a Oliver.

Para su sorpresa, la mujer rompió a llorar. Alex nunca le había visto reaccionar de esa manera.

—Adelpia, ¿qué pasa?

Ella se cubrió el rostro con las manos y Alex se le acercó.

—Venga, ¿qué pasa? ¿Te encuentras bien? ¿Estás enferma?

Adelpia negó con la cabeza y respiró hondo.

—No pasar nada —dijo—. Estar bien.

Alex la acompañó hasta un banco.

—Salta a la vista que no estás bien. Si me cuentas qué pasa a lo mejor podría ayudarte.

Ella respiró hondo varias veces y luego miró de nuevo hacia la tienda de Stone.

—No mentir. Estar bien, agente Ford.

—Llámame Alex. Pero si estás bien... —Entonces siguió su mirada—. ¿Le ha ocurrido algo a Oliver? —se apresuró a preguntar.

—No lo sé.

—No lo entiendo. Entonces, ¿por qué lloras?

Adelpia lo miró de forma extraña, no era su típica expresión desconfiada y hosca, sino de desesperanza.

—Confiar en ti. Oliver decírmelo, decirme que el agente Fort ser buen hombre.

—Yo también le respeto. —Hizo una pausa y añadió—: La última vez que le vi tenía la cara amoratada. ¿Tiene que ver con todo esto?

Adelpia asintió y le explicó el encuentro en el parque.

—Clavarle este dedo —dijo levantando el dedo corazón— en el costado, y gigantón desplomarse como un muñeco. —Respiró hondo—. Y luego Oliver coger el cuchillo... —se estremeció—, cogerlo como experto. Creer que cortar el cuello, así. —Imitó el movimiento de una cuchillada e hizo una pausa. Miró a Alex con expresión triste y aliviada—. Pero no hacerlo. No cortar al hombre. Marcharse cuando llegar policía. Oliver no gustar policía.

—¿No has vuelto a verle?

Ella negó con la cabeza y Alex se reclinó en el banco mientras asimilaba la

información.

—Eh, Alex —lo llamó una voz. Era su supervisor—. ¿No quieres unirme a la fiesta? ¿Estás muy cansado? —le dijo de mala manera.

Alex se puso en pie de un brinco. Antes de marcharse, se volvió hacia Adelpia.

—Si ves a Oliver dile que quiero hablar con él.

Ella arrugó el entrecejo.

—Descuida, no le diré lo que me has contado. Te lo prometo. Necesito verle, eso es todo.

Adelpia asintió y se marchó.

En Brennan, los preparativos para la visita del presidente se habían acelerado y el capitán Jack estaba más que ocupado. El vehículo que se estaba acondicionando en el taller iba a buen ritmo y los conductores especializados en huidas ya estaban preparados. No había vuelto a visitar a los francotiradores. No quería arriesgarse a que le vieran yendo a aquel apartamento con demasiada frecuencia. Había estado con Rimi y su compañero cuando los dos no estaban de guardia en el hospital. Allí no había problemas.

Anoche había vuelto a reunirse con Djamila después de que ella acabara con sus rondas nocturnas por Brennan. Le seguía preocupando su carácter, pero ya no había tiempo para buscar una sustitua. Le hizo hincapié en lo muy importante que era su misión para el proyecto, en las muchas vidas que se sacrificarían y que el sacrificio sería en vano si ella fallaba.

Se reunirían otras dos veces antes del día clave, una vez esa misma noche, antes de que la avanzadilla del Servicio Secreto llegara por la mañana. Y, al igual que tras la última reunión del grupo, luego se reuniría con su homólogo norcoreano para repasar los detalles.

Sin embargo, Carter Gray estaba al acecho. En realidad, al capitán Jack le sorprendía que hubiera tardado tanto en sospechar. Habían recurrido a todos los contactos que tenían en el mundo musulmán para llevar a cabo esta operación. Pero para el capitán Jack el plan de Hemingway era una maniobra inútil, aunque este se negara a aceptarlo. Según el capitán Jack, el principal problema de Hemingway era que todavía creía que la gente era buena. El capitán Jack sabía que esa premisa era incorrecta porque la gente que de verdad importaba no se caracterizaba por su bondad. En todas las misiones que había realizado siempre tenía en cuenta las eventualidades, y esta vez no sería una excepción. Seguir su vieja máxima había vuelto a llevarle por el buen camino. Era una cuestión de dinero, ni más ni menos.

En el local alquilado de las afueras de la ciudad, el ingeniero y el químico repasaban el funcionamiento de la mano ortopédica con el ex guardia nacional.

El dispositivo funcionaba a la perfección. Le observaron realizar varias sujeciones, gestos y otros ejercicios con la mano nueva. La ejecución era impecable. Antes de marcharse, le dio las gracias a los dos.

Más tarde, los hombres recogieron una mochila y se dirigieron hacia la ciudad, donde hacían recados para media docena de negocios del centro. En todos los sitios dejaban un regalito. Esos regalitos contribuirían a que Brennan pasase a la historia, aunque no de la forma que a sus habitantes les habría gustado.

Ese mismo día, Alex averiguó que lo habían asignado a la avanzadilla para el acto de Brennan. Le molestó bastante porque significaba que no podría ver a Kate. Sin embargo, no estaba en situación de quejarse. Como mucho, podía contar con la pensión del servicio. Es más, Alex intuía que le enviarían a los lugares más remotos donde Brennan haría campaña para la reelección. Cuando acabara todo aquello sería un zombi.

Kate y Alex quedaron en un restaurante de Dupont Circle. Ella se había recuperado del mal momento pasado la noche anterior y estaba resuelta a averiguar la verdad. A Alex aquellas agallas le produjeron admiración y pavor a la vez.

—Sé cómo te sientes, Kate, pero no te precipites. Esos tipos van armados y está claro que no tienen reparos en apretar el gatillo.

—Razón de más para atraparlos —se obstinó ella—. Entonces, ¿cuándo te marchas?

—Al alba. Es un vuelo corto, pero hay que hacer muchas cosas. La avanzadilla se ocupa del trabajo duro para que no le ocurra nada al presidente, pero me fastidia no estar por aquí por si me necesitas.

Kate colocó la mano sobre la suya.

—Bueno, por si te consuela, creo que anoche estuviste genial.

Justo entonces llegó el joven camarero con la comida y oyó por encima lo que decía Kate. Sin duda malinterpretó el contenido y le guiñó un ojo a Alex.

—¿Alguna novedad? —preguntó Kate mientras comían.

—Sólo una. —Le contó la conversación con Adelpia sobre Stone.

—Dijiste que no sabías nada del pasado de Stone, pero a juzgar por lo que Adelpia vio, no cabe duda de que tiene un pasado, tal vez de lo más interesante.

Alex asintió y luego pensó un momento.

—¿Qué te parece si después de comer damos un paseo hasta la Dieciséis con Pennsylvania Avenue?

—Me han dicho que es un sitio bonito. ¿Crees que me dejarán entrar?

—Ahora mismo ni siquiera sé si me dejarán entrar a mí, pero me refería a la Dieciséis con Pennsylvania al otro lado de la calle.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos los dos llegaron a Lafayette Park.

—Parece que no está por aquí —dijo Alex mientras observaba la tienda de Stone. Se acercaron a ella, la abrieron y vieron que estaba vacía.

—¿Tienes otra dirección de Stone? —preguntó Kate.

—Pues sí.

Unos veinte minutos más tarde aparcó el coche delante del cementerio Mount Zion.

Había luz en la casita del cuidador.

—¿Vive aquí? —inquirió Kate—. ¿En el cementerio?

—¿Qué te esperabas? ¿Un ático de lujo cerca del MCI Center?

La verja del cementerio estaba cerrada, pero Alex ayudó a Kate a encaramarse al muro y luego él también saltó al otro lado.

Llamaron a la puerta y Stone no disimuló su sorpresa al verlos.

—¿Alex? —dijo, y miró con curiosidad a Kate.

—Hola, Oliver, te presento a Kate Adams, una amiga. Es abogada en el Departamento de Justicia y la mejor camarera del planeta.

—Encantado, señorita Adams —dijo Stone mientras le estrechaba la mano. Miró a Alex inquisitivamente.

—Se nos ocurrió pasar a saludarte —dijo este.

—Ya veo. Entrad, por favor.

Preparó café mientras ellos echaban un vistazo a la pequeña casa. Kate sacó un libro de un estante y lo hojeó.

—¿Los has leído todos, Oliver? —preguntó.

—Sí, aunque me temo que la mayoría sólo dos veces. Por desgracia, uno nunca tiene tiempo para leer tanto como desea.

Kate miró a Alex.

—Solzhenitsin. Caballería pesada.

—Creo que leí un ensayo sobre él en la universidad —dijo Alex.

Kate sostuvo el libro en alto.

—Sí, pero ¿en ruso?

Stone salió de la cocina con dos tazas de café.

—Me gusta la casa —dijo Kate—. Me imaginaba que así sería la de un profesor universitario.

—Sí, desordenada y llena de libros viejos. —Stone miró a Alex—. Estás en la avanzadilla que va a Brennan, ¿verdad?

Alex se quedó boquiabierto.

—¿Cómo coño lo sabes?

—Las misiones de protección en la Casa Blanca suelen ser muy aburridas y la gente se pasa el tiempo hablando del trabajo. Y las voces llegan muy lejos si uno se para a escuchar, cosa que, me temo, cada vez se hace menos.

Kate sonrió a Stone mientras se sentaban alrededor de la chimenea.

—Alex me ha dicho que eres extraordinario, Oliver, y he descubierto que puedo confiar en su opinión sobre la gente.

—Bueno, señorita Adams, le aseguro que Alex es muy especial.

—Llámame Kate, por favor.

—Sí, y si me vuelvo más especial —comentó Alex—, acabaré trabajando en una gasolinera. —Miró a su amigo—. Parece que tienes la cara mejor.

—No fue nada. Bastó un poco de hielo. He pasado por cosas peores.

—¿De verdad? ¿Te importaría hablar de ello?

—Me temo que te resultaría muy aburrido.

—Comprobémoslo —le retó Alex.

Oyeron una voz procedente de la calle. Se levantaron y se dirigieron hacia la puerta. Adelpia estaba al otro lado de la verja cerrada, llamando a Stone.

—¿Adelpia? —Stone salió y la dejó pasar.

Se recolocaron alrededor de la chimenea y Alex presentó a Adelpia.

Kate le tendió la mano, pero Adelpia se limitó a asentir. Resultaba obvio que no esperaba que Stone tuviera compañía.

—Así que sabes dónde vivo —le dijo Stone.

—Tú sabes dónde yo vivir, servir para los dos —replicó ella bruscamente.

Stone se reclinó en el asiento y se miró las manos.

—Oliver nos estaba contando que tiene la cara mejor —se apresuró a decir Alex, creyendo que con ello propiciaría algún comentario de Adelpia.

Sin embargo, no dijo nada y se produjo un silencio incómodo que Kate acabó rompiendo.

—Conocí a un abogado de la ACLU que trabajó en el caso de vuestra reubicación en Lafayette Park. Dijo que fue una batalla muy dura.

—Creo que el Servicio Secreto insistió en que no volviéramos aduciendo motivos de seguridad —convino Stone.

—Pero ganar los derechos de la gente —intervino Adelpia de repente—. Aquí la gente tener buenos derechos, por eso este país es gran país.

Stone asintió.

—Sí —prosiguió Adelpia—. Mi amigo Oliver tener pancarta. Decir « Querer verdad ».

—Como todos, ¿no? —Kate sonrió.

—Pero a veces la verdad deber venir de dentro de la persona —dijo Adelpia tocándose el pecho—. El que pedir la verdad, tener que ser sincero también, ¿no?

Resultaba obvio que a Stone le incomodaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—La verdad tiene muchas formas —replicó lentamente—, pero a veces hay quien no la ve aunque la tenga delante de las narices. —Se puso en pie—. Si me disculpáis, tengo que ir a un sitio.

—Es muy tarde —dijo Alex.

—Sí, lo es, y hoy no esperaba visitas.

El significado estaba más que claro. Todos se levantaron y se despidieron farfullando.

Alex y Kate llevaron a Adelpia de vuelta a su apartamento.

—Tener problemas, eso yo saber —dijo ella desde el asiento trasero.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó Alex.

—Él venir al parque hoy con su amigo, el gigante. Ir en motocicleta y sidecar. —Añadió esto último como si se tratara de un delito.

—¿Un gigante? Ah, te refieres a Reuben —aclaró Alex.

—Sí, Reuben. No caerme bien. Tener, ¿cómo se dice?, pantalones furtivos.

—Querrás decir expresión furtiva —corrigió Alex.

—No, ¡querer decir pantalones furtivos!

—Vale, Adelpia —dijo Kate—, te entendemos perfectamente.

Adelpia le dedicó una mirada de agradecimiento.

—Pero todavía no nos has contado por qué crees que Oliver tiene problemas —insistió Alex.

—Es por todo. No ser el mismo. Algo preocuparle mucho. Yo tratar de hablar con él, pero no querer. ¡No querer!

Alex la miró, perplejo por la intensidad de la respuesta, y de repente sus sospechas cobraron fuerza.

—Adelpia, ¿eso es todo lo que quieres contarnos?

Ella pareció asustarse y al punto adoptó una expresión de agravio.

—¿Querer decir que yo mentir?

—No, no quería decir eso.

—No mentirosa. Tratar de ser buena, eso es todo.

—No quería...

—No hablar más —le interrumpió—. ¡No decirte más mentiras!

Se detuvieron en un semáforo. Adelpia abrió la puerta del coche, salió y se marchó sin decir palabra.

—Adelpia —la llamó Alex.

—Será mejor que la dejes en paz por el momento —sugirió Kate—. Ya volverá.

—No tengo tiempo para eso. Me marcho mañana por la mañana.

—Y mañana empiezan mis vacaciones.

—¿Qué? ¿Y eso?

—Después de lo de anoche necesito un descanso, así que me cojo una semana. Tal vez vaya a verte a Brennan. He oído decir que allí pasan muchas cosas.

—Seguramente es una pradera para reses en la que nació un presidente, eso es todo.

—Y quizá tenga tiempo de investigar al señor Stone y sus amigos.

Alex la miró ceñudo.

—Kate, no me parece buena idea.

—O tal vez comience a buscar a quienes querían vernos muertos. Tú decides.

Alex levantó las manos en señal de rendición.

—Vale, vale. Ve por Oliver y compañía. Joder, vaya con el menor de los dos males.

—A la orden, mi capitán —repuso Kate y le hizo el saludo militar.

La avanzadilla aterrizó en Pittsburgh a las siete de la mañana, y el equivalente a un pequeño ejército emergió del avión y se dirigió directamente a Brennan. El presidente viajaba cientos de veces al año. Varios días antes de que llegase a un lugar concreto, el Servicio Secreto enviaba un regimiento de agentes que, en conjunto, emplearían miles de horas comprobando hasta el más mínimo detalle para asegurarse de que el viaje transcurriría sin incidentes en lo que a seguridad se refiere.

Puesto que el presidente había planificado varios viajes para la campaña e iría de estado en estado, había varias avanzadillas preparadas, lo cual había puesto a prueba los recursos. Normalmente una avanzadilla contaba con una semana para realizar el trabajo, pero dado el número de actos que el presidente había planificado para la campaña, el Servicio Secreto tuvo que establecer prioridades. Los actos que se consideraban de bajo riesgo tenían menos tiempo de preparación. Para los actos de alto riesgo disponían de una semana para los preparativos. El acto de Brennan se consideraba de bajo riesgo por varios factores. Por supuesto, eso significaba que Alex Ford y el resto de la avanzadilla tendrían que hacer el trabajo de una semana en apenas unos días.

El Servicio Secreto estableció su base de operaciones en el hotel más grande de Brennan, donde ocupó una planta entera. Le habían cambiado el nombre por el de *Sir James*, en honor al nombre de pila del presidente. Eso había provocado varias bromas por parte de los agentes de campo, al menos hasta que llegaron sus jefes. Convertieron una habitación en centro de comunicaciones, por lo que se retiró todo el mobiliario y se limpió a conciencia. Desde aquel momento hasta que el Servicio Secreto se marchara, no se permitiría el paso del servicio de habitaciones ni de las camareras.

Esa tarde se reunieron con la policía local. El agente al mando de la operación se situó delante de los policías locales y les instruyó.

—Recordad —les advirtió— que es posible que en otra habitación no muy lejana haya otro grupo de personas planeando hacer justo lo contrario de lo que nosotros queremos.

Alex había oído esa perorata muchas veces, pero al observar a los presentes le pareció increíble que la mayoría se tragara aquel rollo. De todos modos, Alex

nunca descartaba nada. Los agentes del Servicio Secreto eran paranoicos por desviación profesional. Aunque Brennan no parecía un lugar problemático, nadie se habría imaginado que dispararían contra Bobby Kennedy en la cocina de un hotel. James Garfield la palmó en una estación de tren; William McKinley, después de que le disparara un hombre que llevaba el revólver envuelto en una « venda » ; a Lincoln se lo cargaron en un teatro, y a JFK a plena luz del día en su limusina. « Pero no bajo mi vigilancia », se decía Alex una y otra vez.

Se repasaron las posibles rutas de la caravana de vehículos desde el aeropuerto hasta el recinto ceremonial y se tuvieron en cuenta los puntos problemáticos. Luego el grupo se dividió en unidades más pequeñas y Alex hizo las mismas preguntas de siempre: ¿había aumentado la venta de armas?, ¿habían desaparecido uniformes de policía?, ¿dónde estaban los hospitales más cercanos y los posibles pisos francos?

Después se dirigieron al enclave del acto. Alex recorrió el recinto y ayudó a localizar los escondrijos de los tiradores de élite. Observó la zona en busca de lo que el Servicio Secreto denominaba « el embudo del asesino ». Había que pensar como el asesino. ¿Dónde, cómo y cuándo atacaría?

La tribuna estaba acabada y los trabajadores daban los toques finales a la iluminación, el sonido y las dos pantallas gigantes de televisión que permitirían a la multitud ver al presidente de cerca, al menos en formato digital.

Para el ojo avezado de Alex, aquel lugar parecía razonablemente protegido. De todos modos, el presidente no estaría mucho tiempo allí; dos horas como máximo.

Mientras Alex conducía hacia Brennan observó la pequeña población. Según uno de los viejos proverbios del Servicio Secreto, el mejor momento para robar un banco era cuando el presidente estaba en la ciudad, porque todos los policías estarían vigilándole a él y no el dinero de la población. Alex tuvo la impresión de que el proverbio se haría realidad en Brennan. No había policías por ninguna parte.

Ya en el hotel, Alex decidió salir a correr un poco. Había estudiado en la universidad gracias a una beca para deportistas y, a pesar de la lesión del cuello, corría cada vez que podía. Era de las pocas cosas que evitaban que se sintiera una piltrafa física. Llegó a la calle principal y se dirigió hacia el este, pasó junto al hospital, giró a la izquierda y cogió un buen ritmo. Una furgoneta pasó junto a él. No tenía motivos para observarla y no lo hizo. Tampoco habría reconocido a la mujer. Djamila tampoco le miró mientras conducía con los tres niños en el asiento trasero.

Alex pasó junto a un taller de automóviles con las ventanas oscurecidas. Detrás de las mismas se trabajaba duro en un nuevo vehículo. Si Alex hubiera estado al tanto del complot, habría entrado y detenido a todos los presentes, pero no lo sabía, así que siguió haciendo *footing*. El centro de Brennan no le interesaba

porque el presidente no pasaría por allí. El acto se celebraría en el recinto ceremonial.

Después de ducharse en el hotel, Alex salió a trabajar un poco más esa noche. Le convenía esforzarse al máximo para volver a recuperar su crédito en el Servicio Secreto.

Mientras tanto, Kate también estaba ocupada. Ese día se había levantado muy temprano y había desayunado con Lucky. Le pidió un favor que la anciana no dudó en concederle.

Luego había ido a la cochera y se había sentado al escritorio para planear la investigación sobre Oliver Stone. Alex le había dicho que había introducido las huellas dactilares de Stone en todas las bases de datos y que no había conseguido nada. Para Kate eso significaba dos cosas: o Stone nunca había tenido un trabajo que requiriese la comprobación de huellas o habían borrado su identidad de las bases de datos, de modo que había dejado de existir. Anotó algunas líneas de investigación y luego planificó la estrategia que seguiría, como si se tratase de un caso jurídico. Satisfecha, se duchó con tranquilidad y salió.

Al cabo de un rato aparcó cerca del cementerio Mount Zion y esperó. Sólo eran las siete y media de la mañana, pero de pronto vio a Stone salir de la casita y dirigirse a la calle. Kate se agachó para que no la viera. Cuando ya casi le había perdido de vista ocurrió algo sorprendente: Adelpia salió de detrás de unos coches aparcados en la calle Q y comenzó a seguir a Stone. Kate caviló al respecto y luego puso el coche en marcha. Alcanzó a Adelpia enseguida y bajó la ventanilla.

Al principio Adelpia fingió no reconocerla, pero Kate insistió.

—Ah, sí, sí, ahora reconocerte —dijo Adelpia finalmente con timidez. Lanzó una mirada hacia Stone, que ya casi había desaparecido de vista.

—¿Vas a alguna parte? —le preguntó Kate.

—No ir a ninguna parte —replicó Adelpia—. Poder hacer lo que quiero.

—¿Te apetece una taza de café? Alex me dijo que te gusta el café.

—Poder comprar el café y o sola. Ganarme la vida. No necesitar caridad.

—Sólo intento ser amable. Los amigos son así, como cuando Oliver te ayudó en el parque después de que te atacara aquel hombre.

Adelpia la miró con recelo.

—¿Cómo saber eso?

—Adelpia, no eres la única que se preocupa por Oliver. Alex también se preocupa por él, y yo le ayudaré mientras esté fuera de la ciudad. Venga, vamos a tomarnos un café bien caliente.

—¿Por qué ayudar al agente Ford? —le preguntó con desconfianza.

—¿De mujer a mujer? Porque le tengo cariño, del mismo modo que sé que tú

le tienes cariño a Oliver.

Adelphia al final cedió y subió al coche para que Kate la invitara a un café en el Starbucks más cercano.

—Entonces, ¿a qué dedicarte? —preguntó Adelphia.

—Trabajo para el Departamento de Justicia.

—¿En eso trabajar? ¿Hacer justicia?

—Espero que sí. Al menos eso intento.

—En mi país no haber justicia durante años, no, durante décadas. Los sóviets decirnos qué hacer. Si poder respirar o no, ellos decirnos. Un infierno.

—Seguro que fue terrible.

—Luego venir a este país, conseguir trabajo, tener buena vida.

Kate vaciló, pero no pudo contenerse.

—¿Cómo acabaste en Lafayette Park?

Adelphia arrugó la nariz.

—Nadie preguntármelo antes —dijo con voz emocionada—. Sólo tú ahora. Todos estos años y sólo preguntármelo tú ahora.

—Sé que no me conoces bien, así que no contestes si no quieres.

—Alegrarme. Pero no querer hablar de eso. No querer.

Se acabaron los cafés.

—Tener razón —dijo Adelphia al final—. Oliver preocuparme mucho. Saber que tener problemas.

—¿Cómo lo sabes?

Adelphia introdujo una mano en la manga y sacó un pañuelo para secarse los ojos.

—Ver la tele la otra noche. Nunca ver la tele. Nunca leer periódicos. ¿Saber por qué? —Kate negó con la cabeza—. Porque ser mentiras. Estar llenos de mentiras.

—Pero acabas de decir que viste la televisión.

—Sí, las noticias, estar encendida y verlas.

—¿Qué viste?

Adelphia pareció arrepentirse, como si hubiera hablado más de la cuenta.

—No poder hablar. No ser justo. Tú ser abogada, trabajar para gobierno. No querer más problemas para Oliver.

—Adelphia, ¿crees que Oliver hizo algo indebido?

—¡No! No hacer nada malo, ser hombre bueno.

—Vale, entonces no tiene nada que temer del gobierno ni de mí.

La otra no replicó.

—Adelphia, si de verdad te preocupa Oliver, déjame ayudarte. No puedes seguirle a todas partes para asegurarte que está bien.

Finalmente, Adelphia suspiró y le dio una palmadita en la mano.

—Tener razón. Yo contártelo. —Se armó de valor y añadió—: En la tele ver

hombre muerto encontrado en la isla del río.

—¿En Roosevelt? —se apresuró a confirmar Kate.

—Sí, esa.

—Pero ¿qué tiene que ver con Oliver?

—Bueno... Yo querer tomar café con Oliver, pero él tener que marcharse a reunión.

—¿Qué clase de reunión?

—Ah, eso preguntarme. ¿Qué clase de reunión tan tarde? Pero él marcharse y yo enfadarme. ¿Reunión y nada de café? Yo fingir marcharme, pero verlo entrar en taxi. Coger taxi y yo también. Tener dinero, coger taxi también.

—Claro, claro —la animó Kate—. ¿Qué pasó después?

—Seguirle hasta Georgetown. Él bajar, yo también. Él caminar hasta el río, yo también. Luego ver a sus amigos. Ver qué hacer sus amigos.

—¿Qué hacían? —dijo Kate, tan fuerte que sobresaltó a Adelpia.

—Subir en bote viejo y remar hasta isla, eso hacer.

—¿Qué hiciste tú entonces?

—Coger taxi y volver a casa. No esperarles ni nadar hasta isla. Volver en taxi. Tomar café, y luego ver a agente Ford cuando venir a buscar a Oliver. —Se le humedecieron los ojos—. Y luego ver la tele y hombre muerto.

—¿Estás segura de que era la misma noche?

—Decirlo en la tele. Misma noche.

—Adelpia, dices que piensas que Oliver no hizo nada malo, pero les viste ir hasta la isla, donde apareció un hombre muerto.

—Decir que matarlo con pistola. Oliver no tener pistola.

—¿Y qué me dices de los otros, sus amigos?

Adelpia río.

—Conocerlos bien. Menos el grande, ser ratones asustados. Uno trabajar en biblioteca. Gustarle libros. Traerme algunos. El otro comprobar cosas.

—¿Comprueba cosas?

—Sí, contar, tararear, silbar y gruñir. No sé qué ser, pero Oliver decírmelo. Llamarlo OC o algo así.

—¿Trastorno obsesivo-compulsivo, TOC?

—Sí, eso.

—¿Sabes cómo se llaman los amigos?

—Oh, sí saberlo. El hombre de libros llamarse Caleb Shaw. A veces llevar ropa vieja. Oliver decir que ser un pasatiempo. Yo creer que hombre de libros estar loco.

—¿Y los otros?

—El que contar cosas llamarse Milton Farb. Ser muy listo. Contarme cosas del mundo que yo no saber.

—¿Y el grande?

—Sí, pantalones furtivos. Llamarse Reuben, Reuben Rhodes.

—¿Qué crees que pasó en la isla si ninguno de ellos mató al hombre?

—¿No saberlo? —dijo Adelpia. Bajó la voz y añadió—: Ellos ver a quién hacerlo. Ellos ver asesino.

Kate se reclinó en el asiento. Lo primero que pensó era que debía contárselo a Alex de inmediato, pero luego se preguntó si sería sensato. Sin duda, su primera reacción sería volver, lo cual le ocasionaría más problemas aún con el Servicio Secreto. Tampoco estaba segura de que Adelpia estuviera contando la verdad. De repente se le ocurrió algo.

—¿Te importaría acompañarme para ver una cosa?

—¿Adónde? —preguntó Adelpia con recelo.

—A Georgetown. Te prometo que no tardaremos mucho.

Adelpia aceptó de mala gana y fueron hasta el aparcamiento situado junto al paseo marítimo de Georgetown.

—¿Sabrías describir el bote en que les viste? —preguntó Kate.

—Ser largo, unos cuatro metros. Y viejo, medio podrido. Ellos sacarlo de una chatarra que haber allí —dijo señalando hacia el sur.

Kate la llevó hasta el muelle.

—Quiero que te quedas aquí. —Descendió por las rocas y llegó a la zanja de drenaje—. Si te asomas creo que lo verás. —Apartó la maleza hasta descubrir la proa del bote mientras Adelpia se asomaba—. ¿Es el bote en que les viste?

—Sí, ese ser bote.

« Oh, Dios mío » .

Stone esperó en el exterior del edificio de apartamentos observando a la gente bien vestida que salía y se marchaba, seguramente a trabajar, a juzgar por el número de maletines que vio. Entonces salió ella; Jackie Simpson sólo llevaba un pequeño bolso colgado del hombro. No miró a Stone al pasar junto a él, que esperó un lapso razonable y luego la siguió. Sus zancadas eran largas y las de ella cortas, por lo que tenía que aflojar el paso continuamente. En un par de ocasiones se planteó abordarla, pero le ocurrió algo que nunca antes le había sucedido: no se atrevió. Sin embargo, cuando ella se detuvo para comprar el periódico, se le cayó el cambio y Stone corrió a ayudarla y le puso las monedas en la palma. Se le aceleró el pulso, pero se limitó a sonreír cuando ella le dio las gracias y se marchó.

Cuando Jackie Simpson llegó a la oficina de Washington, Stone se detuvo y la observó entrar en el edificio.

Menuda, de tez aceitunada y con carácter. Ya había conocido a una mujer así.

Se volvió y se dirigió a la estación de metro. Tenía que acudir a una reunión muy importante. Al salir del metro en el lugar convenido vio que le esperaban los otros miembros del grupo.

Habían decidido que el modo más seguro para que Milton recuperara la grabación del allanamiento era que la empresa de seguridad le escoltara hasta su casa. Se preparó todo y Milton, seguido a una distancia prudencial por los demás en el Malibu de Caleb, se reunió con los dos guardias cerca de su casa y los tres entraron.

Al cabo de una media hora, Milton regresó al coche de Caleb.

—¿Lo has conseguido? —preguntó Stone.

Milton asintió y sacó el DVD de la mochila.

—Se activó, por lo que seguramente se ha grabado todo.

Lo introdujo en el portátil y, al cabo de unos instantes, estaban observando el oscuro interior de la casa de Milton.

—¡Ahi! —exclamó Stone y señaló a un hombre que surgía de un rincón.

—Es Reinke —dijo Caleb.

—Y ese es su cómplice —añadió Reuben—. Al que le diste con el casco,

Oliver.

Siguieron viendo cómo la pareja iba sigilosamente de una habitación a otra.

—Por Dios, Milton —dijo Reuben con sarcasmo—. Eres Mister Desorden en casa, ¿no?

—¿Qué está sacando de esa caja? —inquirió Caleb.

Milton volvió a poner esa parte.

—Parece la caja de recibos, pero no veo qué ha sacado.

—Mirad, ahí está el guardia de seguridad —dijo Stone.

Le observaron avanzar y, de repente, algo salió de la oscuridad, lo golpeó y derribó.

—¿Qué coño era eso? —inquirió Reuben.

—Un enmascarado —dijo Stone—. Al menos uno de ellos fue lo bastante sensato para entrar con la cara tapada.

—Pero no fue Reinke ni el otro tipo —señaló Milton.

—Lo cual significa que había un tercer hombre —dijo Stone lentamente—, pero este DVD nos dará el poder que... —El zumbido del móvil de Milton le interrumpió.

—Ah, hola, Chastity —respondió Milton. El semblante se le demudó—. ¿Qué? ¡Oh, Dios mío! ¿De qué estás hablando...?

Stone le arrebató el móvil.

—¡Chastity!

Sin embargo, al otro lado de la línea había una voz de hombre.

—Creo que, dadas las circunstancias, ahora mismo estamos en paz. No pasaremos a la acción siempre y cuando vosotros tampoco lo hagáis.

La llamada se cortó.

Stone observó a Milton, que tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Lo siento, Milton.

Kate se había pasado la mañana y tarde siguientes investigando a Milton Farb, Reuben Rhodes y Caleb Shaw. También había realizado búsquedas en Google y había encontrado material sobre Milton y su participación en *El sabor del riesgo*. Sin embargo, Oliver Stone seguía siendo un enigma. Kate estaba segura de algo: esos hombres habían visto quién había asesinado a Johnson. El orificio de bala y la sangre del bote parecían indicar que también ellos habían estado a punto de perder la vida.

Regresó al cementerio esa tarde y tuvo la suerte de encontrar a Stone trabajando en el jardín.

—Hola, Oliver. Soy Kate Adams. Nos conocimos la otra noche.

—Me acuerdo —replicó con sequedad.

—¿Estás bien? Pareces preocupado.

—Nada importante.

—Bueno, como ya sabes, Alex no está en la ciudad. Espero que no te parezca muy descarado por mi parte, pero me gustaría invitarte a cenar esta noche.

—¿A cenar? —Stone la miró como si le hablara arameo antiguo.

—En mi casa. Bueno, no exactamente en mi casa; vivo en una cochera. Es la casa de Lucille Whitney-Houseman, en Georgetown. ¿La conoces?

—No he tenido el placer —respondió boquiabierto.

—También querría invitar a Adelpia y tus otros amigos.

Stone arrojó unos hierbajos en una bolsa de basura.

—Muy amable por tu parte, pero me temo... —La miró con dureza—. ¿Qué otros amigos?

—Reuben Rhodes, Caleb Shaw y Milton Farb. He empezado a coleccionar libros raros y creo que sería fascinante hablar con Caleb. Soy una gran admiradora de *El sabor del riesgo*, aunque creo que nunca llegué a ver a Milton allí. ¿Y no te parece apasionante el trabajo de Reuben en la DIA? Y, claro, luego estás tú. —Hizo una pausa significativa—. Estoy convencida de que será una cena de lo más interesante. Antes eran muy habituales en Georgetown, o eso me ha dicho Lucky, es decir, la señora Whitney-Houseman —añadió, con la esperanza de abrumarlo de modo que aceptara la invitación, aunque sólo fuera por mera curiosidad.

Stone permaneció en silencio mientras parecía analizar cuanto Kate acababa de decir.

—Cuando uno se toma el tiempo de averiguar tanto sobre otra persona suele existir un motivo especial —dijo al cabo.

—No digo que no —replicó Kate.

—Sin embargo, no sé si hoy es un buen día. No hemos tenido buenas noticias últimamente.

—Lo siento. A Alex y a mí tampoco nos han sonreído las cosas. Intentaron matarnos. Curioso, ocurrió justo después de que encontráramos un viejo bote oculto en un desagüe pluvial de Georgetown que parecía tener un agujero de bala y sangre humana.

—Entiendo. —La serena reacción de Stone no hizo más que aumentar el aprecio que Kate sentía por él, junto con la curiosidad—. Bueno, entonces quizá deberíamos cenar juntos. Me pondré en contacto con mis amigos.

—A las siete sería una buena hora. ¿Necesitas la dirección?

—Sí. Seguro que la señora Whitney-Houseman reside en un barrio que la plebe no suele pisar.

Kate le anotó la dirección.

—Iré a invitar a Adelpia —dijo—. Podéis llevarla tus amigos y tú, ¿no?

—No me parece buena idea...

—Oh, pues a mí me parece magnífica —replicó ella.

—¿Y eso?

—Porque creo que ahora mismo necesitas al mayor número de amigos posible.

Caleb, Milton y Adelpia llegaron a la casa de Lucky en el Malibu; el tubo de escape humeaba y los amortiguadores rechinaban. Reuben y Stone aparcaron la motocicleta Indian detrás de ellos.

Kate les estaba esperando y abrió la puerta principal.

—Bonita moto —le dijo a Reuben, que llevaba una chaqueta de cuero raída, camisa, pantalones caqui arrugados y mocasines. Sin embargo, para la cena se había puesto un pañuelo azul alrededor del cuello a modo de fular.

Reuben le dio un buen repaso a la joven. Kate vestía pantalones negros y sandalias a juego con una blusa blanca y un collar de perlas. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño que dejaba el descubierto su cuello largo y esbelto.

—Algún día te llevaré a dar una vuelta —le dijo—. En ese sidecar ha pasado de todo, te lo aseguro.

Adelpia saludó con frialdad a la anfitriona al entrar en la casa. Milton la siguió. Llevaba una chaqueta verde inmaculada, corbata a rayas y pantalones impecables. Le tendió el ramillete de flores que le había traído.

—Eres Milton, ¿no? Muchas gracias, son muy bonitas. —Kate vio que los ojos de Milton se humedecían al oír esas palabras.

A continuación llegó Caleb, que había decidido no ponerse el traje de Abraham Lincoln después de que Stone le dijera que no era conveniente que la anfitriona lo considerase un completo chalado. Sin embargo, en un sutil gesto de rebeldía se había colgado el pesado reloj de cadena.

—Encantado de conocerte, Caleb —le dijo Kate—. Pasa, pasa.

Stone cerraba la retaguardia. Llevaba ropa nueva y el casco de la motocicleta en la mano.

—¿Te importaría resumirme el programa de la noche?

—Pero eso le quitaría gracia a la velada —replicó Kate.

—Para nosotros este asunto no tiene ninguna gracia.

—Cierto, pero creo que todo te parecerá muy instructivo.

Lucky los recibió con una jarra de sangría. Mientras iba y venía hablando y sirviendo la bebida, saltaba a la vista que estaba como pez en el agua. Transcurrió una hora de agradable sociabilidad antes de que se sirviera la cena.

Reuben y Caleb comieron con ganas. Stone, Milton y Adelpia apenas tocaron los platos. El café se sirvió en la biblioteca. Lucky les ofreció puros, pero sólo Reuben lo encendió.

—Me gusta ver fumar a un hombre —le dijo mientras se sentaba a su lado y le daba una palmadita en el hombro—. Tengo la impresión de que vas armado.

Mientras Reuben la miraba con perplejidad, la conversación, que Kate dirigía con astucia, pasó a temas de inteligencia.

—Un estómago delicado puede derrotar al mejor sistema de seguridad del mundo —afirmó Reuben.

—¿Y eso? —preguntó Kate.

—Lo que oyes. Supe antes que nadie el momento exacto en que comenzarían los bombardeos de Afganistán e Irak.

—¿Entonces estabas en la DIA?

—Qué va, me habían echado hacía tiempo. Lo supe porque era repartidor de Domino's. Los pedidos de pizza para el Pentágono siempre se anulaban antes de que comenzaran los bombardeos, así que lo sabía antes que Dan Rather, Tom Brokaw e incluso quizás el presidente.

Mientras Reuben hablaba, Caleb repasaba los libros de las estanterías guiado por Lucky.

A Caleb se le iluminaba el rostro con cada descubrimiento.

—Oh, una buena edición de *Moby Dick*. Y la primera edición inglesa con la portada original de *El sabueso de los Baskerville*. Magnífico. Y allí está *Apuntes sobre el estado de Virginia*, de Jefferson, ¿es la de 1785? Sí, exacto. Tenemos un ejemplar en nuestra colección. Lucky, deberías dejarme que te trajera fundas esterilizadas para estos libros, las cortan por ordenador con la medida exacta del libro.

Lucky alucinaba.

—Vaya, fundas esterilizadas a medida, qué apasionante. ¿Lo harías por mí, Caleb?

—Sería un honor.

Reuben se sirvió más café y lo aderezó con la petaca que sacó del bolsillo de la chaqueta.

—Sí, el colega Caleb es toda una dinamo en el departamento de la pasión.

—Lucky —dijo Kate—, ahora iremos a la cochera. Tengo que hablar de algunas cosas con mis amigos.

—De acuerdo, querida —repuso ella y le dio unas palmaditas en el brazo a Caleb—, pero primero tienen que prometerme que volverán.

Reuben alzó la copa.

—No podrías impedir que viniera ni con un destacamento de las Fuerzas Especiales.

Kate les condujo hasta la cochera, donde se acomodaron en el sofá y los dos sillones de orejas.

—Supongo que ya les has contado nuestra conversación y el descubrimiento del bote, ¿no? —le dijo Kate a Stone con naturalidad.

—Sí —respondió él, y miró a Adelpia—. Y por algún motivo crees que estuvimos en el bote y en la isla, ¿no?

—No lo creo, lo sé. Y ahora quiero saber qué visteis.

—No existen pruebas de que viéramos algo —replicó sin alterarse—. Aunque Adelpia te haya dicho que nos siguió hasta el río y nos vio dirigirnos hacia la isla, eso no significa que presenciáramos el asesinato.

—Pero creo que lo visteis todo, y estoy segura de que quienquiera que matara a Patrick Johnson os vio y tuvisteis que escapar por piernas. Eso explicaría el agujero de bala y la sangre en el bote. Lo que no termino de entender es por qué no acudisteis a la policía.

—Para ti es fácil decirlo —intervino Reuben—. A ti te creerían. Pero ¿y a nosotros? Somos un grupo de impresentables con pasados turbios.

—Entonces ¿reconocéis que presenciasteis el asesinato?

Caleb fue a responder, pero Stone le interrumpió.

—No reconocemos nada.

—Oliver, intento ayudaros. Y no olvides que alguien trató de matarnos a Alex y a mí después de que descubriéramos el bote. Reuben miró desconcertado a Stone.

—Oliver, no nos habías contado eso.

—Pero ¿qué hay de Chastity? —espetó Milton—. ¡La han secuestrado!

Todos le miraron mientras las lágrimas se le deslizaban por el rostro.

—Si han secuestrado a alguien —dijo Kate—, habría que notificarlo a la policía de inmediato.

—No es tan sencillo —dijo Caleb mirando a Stone, que tenía la vista clavada en el suelo—. No podemos acudir a la policía.

Kate miró a Stone.

—Oliver —le dijo—, si actuamos como un equipo es posible que podamos hacer algo al respecto.

—Joder, claro que podríamos —dijo Reuben—. Trabajas en el Departamento de Justicia y consigues todo de primera mano, mientras que nosotros tenemos que conformarnos con cosas de segunda o tercera mano.

—Ha llegado el momento de cooperar —intervino Caleb.

Stone seguía sin replicar.

Reuben apagó el puro.

—Bien, dado que nuestro líder está más callado de lo normal, por la presente convoco una reunión especial del Camel Club. Propongo que le contemos todo a Kate. ¿Alguien secunda la moción?

—La secundo —dijo Caleb.

—Que voten los que estén a favor —pidió Reuben mirando a Stone.

Ganó el sí.

—El Camel Club se ha pronunciado a favor —declaró Reuben.

—¿Qué es el Camel Club? —preguntó Kate.

—Permíteme que te lo explique —dijo Stone finalmente.

—¿Que has hecho qué? —exclamó Alex por el móvil. Estaba sentado en la habitación del hotel a la mañana siguiente, colocándose la correa del arma, cuando Kate llamó.

—¿Ves?, por eso he esperado hasta hoy por la mañana para llamarte —repuso Kate—, porque sabía que te enfadarías.

—¿Cómo esperas que reaccione, joder? ¿Quieres que diga: « Buen trabajo, Kate, y me alegro de que sigas con vida » ?

—Te dije que investigaría a Stone y sus amigos, y me dijiste que te parecía bien.

—Pero no sabía que fueron testigos presenciales del asesinato de Johnson, que fue lo primero que te dije que evitaras a toda costa.

—Yo tampoco lo sabía. Escúchame bien, tengo muchas cosas que contarte. —Le resumió todo lo que Stone le había explicado la noche anterior.

Cuando Kate acabó, Alex meneó la cabeza con incredulidad.

—Vale, a ver si lo he entendido bien. ¿Vieron el asesinato y no acudieron a la policía porque tenían que sospechasen de ellos?

—Creo que a Oliver no le gusta mucho la policía, tal vez por algo del pasado.

—Además, ¿siguieron la pista de uno de los asesinos, entraron en su casa y estuvieron a punto de que les mataran?

—Sí.

—Y mientras allanaban la casa del asesino, ¿los mismos tipos entraron en casa de Milton Farb y quedaron grabados en un DVD?

—Pero esos tipos han secuestrado a la novia de Milton y tampoco pueden acudir a la policía por ese motivo.

—¿Te dijeron los nombres de los asesinos?

—Creo que sólo saben uno.

—Pero los grabaron en el DVD. ¿Los reconociste?

—No he visto la grabación.

—¿Por qué no, joder?

—Quieren que la veas tú primero.

—Excelente, pero estoy a cuatro horas en coche y tapado de trabajo, y el presidente llegará mañana.

—No cambiarán de opinión por eso, Alex, ya lo he intentado. Sólo te la enseñarán a ti. Trabajo en el Departamento de Justicia y no me conocen. Les costó bastante sincerarse conmigo. Oliver confía en ti, no en mí.

Alex se frotó el pelo, sostuvo el móvil con la barbilla y terminó de colocarse la pistolera.

—Vale, ¿tienes un plan?

—Había pensado que podríamos ir a verte mañana.

—¡Mañana! Mañana llega el presidente y tiene preferencia sobre todo lo demás, Kate, y a lo sabes.

—Lo sé, pero quería que te reunieras con el Camel Club...

—¿El qué?

—Oh, lo siento. Así es cómo se llaman Oliver y sus amigos, Camel Club. Es una especie de organización que investiga conspiraciones desde hace años. ¿Sabes que fueron quienes destaparon aquel escándalo del secretario de Defensa hace varios años? Te acuerdas, ¿no? Aceptaba sobornos por otorgar contratos gubernamentales a ciertos vendedores. El Camel Club lo descubrió gracias a un ayudante del chef de la Casa Blanca. Es verdaderamente increíble, Alex.

Él se tumbó en la cama y cerró los ojos.

—¿Un ayudante del chef de la Casa Blanca espía al secretario de Defensa para un grupo llamado Camel Club? Es una broma, ¿no? Por favor, dime que se trata de una broma, Kate.

—Olvidalo, no es importante.

Alex se levantó de un brinco.

—¿Que no es importante? Pero si...

—Alex, ¿quieres hacer el favor de escucharme? Han hecho una labor de investigación increíble para este caso, te lo aseguro.

—Vale, venís aquí, ¿y luego qué?

—Asistimos a la ceremonia y después nos sentamos con calma, te enseñan la grabación y te dicen el nombre del hombre, con lo cual podremos seguir adelante.

—Es decir, ¿se lo cuento todo al Servicio Secreto?

—Exacto, con el nombre y la grabación tenemos una base sólida. Y tenemos que liberar a Chastity; Milton está destrozado.

—¿Quién coño es Chastity?

—Oh, lo siento, es la novia de Milton. La han secuestrado.

—El FBI se encarga de los secuestros, y cada segundo que pasa disminuyen las posibilidades de encontrarla viva.

—No son secuestradores normales. Se juegan mucho más que el secuestro. Llamen a Milton y le dejan hablar con ella unos segundos cada tres horas para que sepa que sigue con vida. Creo que no le harán daño a Chastity, al menos no por el momento. La situación ha llegado a un punto muerto.

—¿Y cómo encaja Patrick Johnson en todo esto?

—Bueno, no son muy precisos al respecto. Estoy segura de que ya te lo explicarán. Por lo poco que me han contado, creo que ya lo han averiguado.

Alex exhaló un largo suspiro. Le esperaba una dura jornada. Tenía que centrarse en su trabajo de agente del Servicio Secreto y, sin embargo, sabía que no dejaría de pensar en aquel maldito Camel Club.

—Alex, ¿sigues ahí?

—Sigo aquí —resopló.

—¿Qué te parece? ¿Vamos a verte?

Echó un vistazo al arma y se preguntó si no sería más fácil acabar con todo en ese preciso momento.

—¡Alex!

—Sí, vale, venid a verme.

—¿Podemos llevar a Adelpia? Está muy preocupada por Oliver.

Alex explotó.

—¡Oh, claro, Kate, traed a Adelpia! ¡Y traed también al maldito Club del Mono y al de la Jirafa! Y ya puestos, ¿por qué no te acercas a la Casa Blanca y recoges al presidente? Todo esto le encantará. Seguramente te traerá hasta aquí en el *Air Force One*. No olvides mencionarle mi nombre para que sepa exactamente a quién tiene que joder vivo cuando llegue aquí.

—Vale, voy a colgar —dijo Kate, inasequible al desaliento—. Nos vemos mañana.

Alex volvió a tumbarse en la cama y al cabo de un segundo alguien llamó a la puerta.

—Alex, en marcha, date prisa. —Era el agente al mando—. ¿Estás listo?

Alex se levantó y abrió la puerta. El jefe le miró de hito en hito.

—¿Estás bien?

—Nunca he estado mejor —respondió Alex.

Anocheía mientras Tom Hemingway caminaba por las calles de una ciudad situada a una hora de Francfort, Alemania. Pasó por el bonito barrio comercial, junto a una catedral gótica, giró en un callejón y entró en un bloque de apartamentos. Subió tres plantas en el ascensor, llamó a la cuarta puerta del pasillo y le dijeron que entrara.

No había luces encendidas y, sin embargo, Hemingway escudriñó enseguida un rincón de la habitación prácticamente a oscuras.

—Veo que el sexto sentido no te falla, Tom —dijo un hombre dando un paso adelante y sonriendo.

Era árabe; no vestía chilaba sino un traje de ejecutivo, aunque llevaba un turbante en la cabeza. Le indicó a Hemingway que se sentara en una silla junto a

una mesita. Él se sentó al otro lado. Hemingway percibió la presencia de otras personas, pero no dijo nada.

El árabe se reclinó en su asiento y apoyó las manos en los brazos de la silla.

—Tu padre era un hombre excelente y fuimos muy amigos durante casi treinta años. Nos conocía; se molestó en aprender nuestro idioma, religión y cultura. Por desgracia, eso y ya no lo hace nadie.

—Era especial —convino Hemingway—. Muy especial.

El árabe cogió un vaso de agua que había en la mesa y bebió un sorbo. Le ofreció uno a Hemingway, que rehusó. El árabe le entregó un papel.

—Tal como se acordó —le dijo.

Hemingway se guardó el documento en el bolsillo sin mirarlo.

—Estoy seguro de que te lo has pensado bien —afirmó Hemingway.

—Llevo toda la vida pensando en estas cosas.

—¿Te asegurarás de que nadie lo reivindicará?

El árabe asintió.

—Hecho. Doy por sentado que trabajar con mis hombres te ha resultado satisfactorio.

—El que hayan hecho todo lo que se les ha pedido sin cuestionar nada atestigua su lealtad hacia ti.

—Lo sucedido no ha sido únicamente por tu bien. Tu país ha seducido a Zawahiri y a otros como él. Han perdido los vínculos con el islam. —Hizo una pausa—. ¿Estás seguro de lo de mañana?

—Sí.

—Atacar a una superpotencia no se debe hacer a la ligera.

—Las superpotencias están formadas por personas.

El árabe negó con la cabeza.

—Somos muy diferentes; se trata de diferencias que tu país se niega a ver.

—Cuanto más diferentes, tal vez más parecidos.

—Perdona que te lo diga, pero eso son gilipolleces budistas. —Bebió otro trago de agua—. Estados Unidos gasta más en armas que todos los países del mundo juntos. Ningún país lo hace para protegerse, sino para atacar. Basta que tu presidente apriete un botón para que el mundo árabe desaparezca en una nube con forma de hongo.

—No tenemos motivo para hacer eso. Se ha progresado mucho en Oriente Medio. Las democracias sustituyen a las dictaduras.

—Sí, se sustituyen dictaduras que tu país fomentó y apoyó. Sin embargo, en la mayoría de los casos, las nuevas democracias odian mucho más a Estados Unidos que a los dictadores derrocados. A tu país le sorprendió que Gran Bretaña ocupara la región de Mesopotamia y creara artificialmente un país llamado Irak, y que la población la formasen chiíes, suníes, kurdos y docenas de etnias que se sabe no se llevan bien entre sí. ¿Creíais que llegaríais a Irak, salvaríais a los

iraquíes y habría una convivencia pacífica? —Sostuvo un dedo en alto—. No se puede democratizar un país a base de bombas. Hay que hacerlo desde la raíz, no desde la copa. Los musulmanes que van al colegio electoral a votar pasan junto a los cráteres de las bombas que acabaron con sus familias. ¿Crees que la posibilidad de tener una democracia a la americana les hará olvidar quién mató a sus esposos, mujeres e hijos?

—Mi país tiene que reconocer que existen muchas maneras de ser libre. Me temo que todavía creemos que el único modo de arreglar las cosas es el nuestro.

El árabe bebió más agua.

—Es una buena opinión, Tom, pero creo que tus líderes no la comparten. Dios todopoderoso podría derrotar a vuestro ejército con un leve movimiento de la mano, pero nosotros, pobres árabes mortales, no podemos vencerlos con todo el dinero y armas que tenemos. Y detrás del ejército estadounidense vemos empresas y oleoductos estadounidenses. Decís que vuestro objetivo es un mundo libre. Bueno, en África hay más dictadores que en Oriente Medio y el genocidio es mucho peor, pero no veo tanques americanos abriéndose paso por las tierras africanas. Pero, claro, en Oriente Medio hay petróleo. No creas que nosotros, pobres salvajes del desierto, no somos conscientes de que los objetivos de Estados Unidos no son precisamente altruistas, Tom. Ten al menos esa gentileza.

—La libertad es buena, amigo mío, y Estados Unidos es el país más libre del mundo.

—¿De veras? ¿Un país que tuvo esclavos durante doscientos cincuenta años y mantuvo al hombre negro esclavizado durante otro siglo? También he visto vuestro estilo de libertad en persona. Hace más de cincuenta años Irán tenía un primer ministro elegido democráticamente. Su pecado fue nacionalizar la industria petrolífera. Acto seguido, la CIA ayudó a derrocar al gobierno y restituir al títere del Sha. Su patética fascinación por el estilo de vida occidental condujo a la revolución iraní, y toda esperanza de una democracia real se esfumó. Estados Unidos ha hecho lo mismo en todo el mundo, desde Chile hasta Pakistán. La política del mundo occidental ha provocado la matanza de millones de personas en el planeta. —Hizo una pausa y observó a Hemingway—. ¿Y si el nuevo gobierno iraní no es del agrado de Estados Unidos?

—De todos modos, sé que crees en la libertad —dijo Hemingway en voz baja—. De joven os escuché a mi padre y a ti hablar de esas cosas.

—Es cierto que me he pasado la vida luchando por ciertas libertades que encajan con la palabra de Dios. Me parece beneficioso que las personas tengan voz y voto en sus vidas. No me parece correcto cómo tratan a las mujeres musulmanas en algunos países árabes, y me da rabia ver palacios suntuosos junto a chabolas de adobe. El mundo musulmán tiene muchos problemas y tenemos que ocuparnos de ellos. Pero ¿de verdad se trata de libertad cuando otra persona te dice lo que debes buscar? ¿Y por qué no funciona en ambos sentidos, Tom?

Estados Unidos representa menos del cinco por ciento de la población mundial, y sin embargo consume una cuarta parte de la energía. Los países pobres no reciben la energía que necesitan y sus habitantes sufren y mueren porque Estados Unidos acapara demasiado. ¿Deberían entonces esos países invadir Estados Unidos, el gran dictador energético, y obligarle a emplear menos petróleo y gas? ¿Le gustaría eso a Estados Unidos?

—Si piensas así, ¿por qué me ayudas entonces?

El hombre se encogió de hombros.

—Es muy sencillo. Por cada estadounidense asesinado, mueren cientos de árabes. Los terroristas suicidas árabes matan de paso a miles de árabes. Con cada bomba que hacemos estallar, nos debilitamos y le seguimos el juego a Estados Unidos. —Hizo una pausa y bebió más agua—. La prensa occidental está obsesionada con los terroristas suicidas que creen que irán al paraíso, pero Dios dice que salvar vidas también es bueno. Salvar una vida es lo mismo que salvar muchas. ¿Tenemos que asesinarlos los unos a los otros para ir al paraíso? ¿Por qué no pueden los musulmanes disfrutar de una vida pacífica en la Tierra, creer en Dios, servirle e ir al paraíso de ese modo? En el mundo occidental los jóvenes crecen en paz. ¿Acaso nuestros hijos no se merecen ese derecho?

—Por supuesto que sí —convino Hemingway.

—Sabes de sobra que tu país pide lo imposible. Antes de la crisis energética de 1973, a Estados Unidos no le interesaba Oriente Medio, salvo por el enfrentamiento entre árabes e israelíes. Después del 11-S atacasteis a los talibanes. No tengo nada contra eso, habría hecho lo mismo en vuestro lugar. Sin embargo, el objetivo que os habéis propuesto ahora, convertir Oriente Medio en una democracia de la noche a la mañana, es una auténtica locura. Nos pedís que hagamos en años lo que habéis tardado siglos en conseguir. —Hizo una pausa—. Y no es una mera cuestión del islam contra Occidente. Durante miles de años los países árabes desarrollaron costumbres y culturas inextricablemente vinculadas a un clima desértico con escasos recursos, rigiéndose casi siempre por leyes tribales y obedeciendo a caciques. Durante mucho tiempo todo eso no pareció importarles a Estados Unidos. Ahora sí le importa, por supuesto, y por tanto, según vosotros, debemos cambiar. De inmediato. Ya han muerto cien mil iraquíes y el país está sumido en el caos. No puedo aplaudir esa clase de progreso, Tom, de veras que no.

—Hago lo que puedo. Si no sale bien, ¿qué habremos perdido?

—Muchas vidas, eso habremos perdido, Tom —replicó el árabe con sequedad.

—¿Y no es eso lo que está ocurriendo ahora mismo?

—Tienes respuesta para todo, como tu padre. Le mataron en Pekín, ¿no? Hemingway asintió.

—Aunque seguro que no fueron los chinos. Son despiadados pero no

estúpidos.

El americano se encogió de hombros.

—Tengo mis sospechas. Oficialmente, nunca se resolvió.

—Lo de los chinos es interesante, Tom. Un día serán la mayor economía del mundo, en lugar de Estados Unidos. Tienen un ejército diez veces mayor que el vuestro, y cada día que pasa es más poderoso y está mejor preparado tecnológicamente. Cuentan con los medios necesarios para atacar Estados Unidos con armas nucleares. Matan y esclavizan a millones de los suyos y, sin embargo, los llamáis amigos. Mientras, Estados Unidos aplasta el mundo árabe con el pretexto de liberarnos. ¿Sabes qué decimos los árabes? Id y «liberad» a vuestros amigos los chinos, pero no lo hacéis. ¿Por qué? Porque los chinos no se defenderán con armas cortas, piedras y coches bomba como los musulmanes. Así que los dejáis tranquilos y los llamáis amigos.

—De hecho, mi padre no los consideraba precisamente amigos.

—Un hombre sabio. Ahora está en un mundo mejor.

—Soy ateo, así que no estoy seguro de a dónde ha ido.

El árabe lo miró con tristeza.

—Te insultas a ti mismo si no crees en Dios, Tom.

—Creo en mí mismo.

—Pero cuando tu ser físico deje de existir, ¿qué quedará de ti? —Hizo una pausa y se contestó—: Nada.

—Soy libre de tomar esa decisión —afirmó Hemingway.

El árabe se levantó de la silla.

—Adiós, Tom, y buena suerte. No volveremos a vernos.

Al cabo de unos minutos Tom caminaba por la acera, de vuelta al coche de alquiler. Observó el papel que le había entregado su amigo y tradujo mentalmente las palabras árabes. Aquel hombre había planeado todo con sumo esmero.

Hemingway saldría esa noche de Francfort en avión con destino a Nueva York, donde llegaría al cabo de ocho horas. Contempló el cielo despejado y se preguntó si habría tantos dioses como estrellas. Según algunas religiones era posible. La respuesta no le importaba. Ningún dios había atendido sus plegarias. Para Hemingway eso demostraba que no existía ningún ser supremo.

Varios miles de kilómetros al otro lado del Atlántico, el capitán Jack observó el mismo cielo y también caviló sobre lo que sucedería al día siguiente. Todo estaba preparado y sólo faltaba la llegada de James Brennan y su séquito. Como última medida de seguridad, habían destruido todos los ordenadores portátiles de los miembros de la operación. Ya no habría más chats sobre películas; los echaría de menos, de eso estaba seguro.

Esa tarde condujo hasta el aparcamiento del aeropuerto internacional de Pittsburgh. Aparcó y se dirigió a la terminal. El itinerario oficial era bastante sencillo: de Pittsburgh a Chicago O'Hare, de O'Hare a Honolulu y de Honolulu a Samoa Oriental, donde una avioneta le llevaría hasta su querida isla.

Ya había acabado su trabajo en Brennan, Pensilvania. No se quedaría para supervisar la misión, eso sería demasiado. Sin embargo, aunque había acabado su trabajo, en otros sentidos estaba apenas comenzando. Había llegado el momento de pasar al plan alternativo. La asociación con Hemingway había llegado a su fin, aunque este no lo sabía. «Fue divertido mientras duró, Tom». Ahora trabajaba para los norcoreanos.

El capitán Jack facturó, pero se quedó con la maleta para llevarla como equipaje de mano. Se dirigió al bar y tomó una copa. Al cabo de un rato fue al lavabo. Luego paseó por el aeropuerto y después se encaminó hacia la zona de seguridad. Sin embargo, en lugar de pasar por seguridad salió del aeropuerto, se dirigió hacia otro aparcamiento y recogió un coche que le esperaba allí. Condujo en dirección sur.

Djamila se sentó a la mesa de la cocina y escribió la fecha y hora de su muerte en el diario. Se preguntó cuán exactos serían esos datos. Si moría mañana, encontrarían el diario; tal vez lo publicarían en los periódicos, junto con su nombre completo, que anotó a continuación de la hora de su muerte. Luego, por algún motivo, lo borró. ¿Existía alguna posibilidad de que sobreviviera mañana?

Permaneció de pie junto a la ventana abierta y contempló el exterior; dejó que la brisa le refrescara el rostro y olió el aroma de césped recién cortado, una sensación relativamente nueva para ella. Era un lugar tranquilo. No había bombas ni disparos. Veía a personas caminando tranquilamente, hablando. Un anciano estaba sentado en los escalones de entrada de un edificio fumando un cigarrillo y bebiendo una cerveza. Oía las carcajadas de unos niños que jugaban en un parque cercano. Djamila era joven, tenía toda la vida por delante. Sin embargo, cerró la ventana lentamente y se ocultó de nuevo en las sombras del apartamento.

—No permitas que te falle —rogó en voz baja a Dios—. No permitas que te falle.

A apenas veinte minutos del apartamento de Djamila, Adnan al Rimi acababa de terminar la última plegaria del día. Al igual que la mujer, también había alargado los rezos.

Enrolló la esterilla y la guardó. Adnan sólo rezaba dos veces al día, al alba y al atardecer. Cumplía el Ramadán de mala gana, pues ya había pasado hambre

durante demasiados años. Había fumado y bebido alcohol alguna que otra vez. Nunca había peregrinado hasta la Meca porque no podía permitírselo. No obstante, se consideraba un musulmán fiel porque trabajaba duro, ayudaba a los necesitados, no engañaba y tampoco mentía. Pero había matado. Había matado en nombre de Dios para defender el islam, para proteger su estilo de vida. A veces parecía que toda su existencia se reducía a tres elementos: trabajar, rezar y luchar. Había trabajado duro para asegurarse que sus hijos no tuvieran que luchar ni suicidarse matando inocentes. Pero sus hijos estaban muertos. La violencia había acabado con ellos a pesar de sus esfuerzos por mantenerlos a salvo.

Ahora sólo le quedaba una misión.

Con los ojos cerrados, simuló recorrer el hospital dentro de su apartamento. Atravesó el pasillo, giró a la derecha, bajó catorce escalones y se desplazó a la derecha, abrió la puerta y bajó ocho escalones, llegó a un rellano, giró y bajó otros ocho escalones, cruzó el pasillo y llegó a la puerta principal. Luego repitió el proceso una y otra vez.

Después se quitó la camisa y se observó el cuerpo en el espejo del baño. Aunque todavía conservaba un buen físico, bajo la musculatura se adivinaba una fragilidad más propia de un anciano que de alguien en la flor de la vida. Las numerosas heridas externas que había sufrido en el pasado ya habían sanado; sin embargo, las cicatrices internas eran permanentes.

Se sentó en la cama y extrajo de la cartera diez fotos que ordenó frente a sí. Estaban arrugadas, eran recuerdos vagos de su familia. Las repasó tranquilamente y recordó momentos de amor y bienestar. Y horror. Como cuando los saudíes decapitaron a su padre por un mero delito menor. Normalmente se necesitaban dos golpes de espada para decapitar a alguien. Pero el cuello del padre de Adnan era muy grueso e hicieron falta tres golpes para cercenarlo, acto que le habían obligado a presenciar a los ocho años. Pocas personas habrían recordado esos momentos sin derramar lágrimas; sin embargo, los ojos de Adnan no se humedecieron, pero los dedos le temblaron cuando besó las fotografías desvaídas de sus hijos muertos.

Al cabo de unos minutos se puso el abrigo y salió del apartamento. Llegó rápidamente al centro de Brennan en bicicleta; la encadenó a un soporte y siguió a pie. Llegó al hospital y observó durante unos instantes el lugar en que trabajaba, al menos hasta mañana. Luego desvió la mirada hacia el bloque de apartamentos que había al otro lado de la calle, donde sabía que los dos afganos repasaban una y otra vez las armas porque eran personas obsesivas y metódicas, como todos los buenos francotiradores.

Continuó caminando, giró en una calle, luego en otra y finalmente se escurrió en un callejón. Llamó dos veces a la puerta. No escuchó nada. Luego llamó en persa. Se acercaron unos pasos y oyó la voz de Ahmed que le contestaba en

persa.

—¿Qué quieres, Adnan?

—Hablar.

—Estoy ocupado.

—Todo debería estar preparado, Ahmed. ¿Pasa algo?

La puerta se abrió y Ahmed lo miró con ceño.

—No pasa nada —le dijo, y se apartó para que Adnan entrara.

—Me pareció prudente repasarlo todo otra vez —dijo Adnan mientras se sentaba en el taburete, junto a la mesa de trabajo. Observó el vehículo que al día siguiente desempeñaría un papel clave—. Tiene buena pinta, Ahmed. Te ha quedado bien.

—Mañana lo comprobaremos.

Luego repasaron sus respectivas misiones durante veinte minutos.

—No estoy preocupado por nosotros —dijo Ahmed al cabo—. Me preocupa esa mujer. ¿Quién es? ¿Qué formación ha recibido?

—Eso no es cosa tuya. Si la eligieron, hará bien su trabajo.

—Las mujeres sólo sirven para tener hijos, cocinar y limpiar.

—Vives en el pasado, amigo mío —comentó Adnan.

—El pasado musulmán fue glorioso. Teníamos lo mejor de lo mejor.

—El mundo nos ha dejado atrás, Ahmed. Para que los musulmanes volvamos a ser importantes tenemos que ir al mismo ritmo; debemos mostrar al mundo de lo que somos capaces.

Ahmed escupió en el suelo.

—Esto es lo que pienso del mundo. Que nos dejen en paz.

—Mañana veremos quién tiene razón.

Ahmed negó con la cabeza lentamente.

—Confías demasiado en las cosas. Confías demasiado en el americano que nos dirige.

—Puede que sea americano, pero es valiente y sabe lo que hace. —Miró con dureza al iraní.

—Haré mi trabajo —dijo finalmente este.

—Por supuesto que lo harás —replicó Adnan mientras se ponía en pie—, porque estaré allí para asegurarme de que así sea.

—Crees que necesito a un iraquí cuidando de mí, ¿no?

—Mañana no seremos iraquíes ni iraníes ni afganos —respondió Adnan—. Mañana todos seremos musulmanes a las órdenes de Dios.

—No cuestiones mi fe —le amenazó Ahmed.

—No cuestiono nada. Sólo Dios tiene derecho a cuestionar las almas de los suyos. —Se dirigió hacia la puerta, pero se volvió—. Hasta mañana, Ahmed. Mañana nos veremos de nuevo.

—Nos veremos en el paraíso —replicó el iraní.

A la una en punto de la tarde el *Air Force One* aterrizó en el aeropuerto internacional de Pittsburgh. Se había desviado todo el tráfico aéreo de la zona, como sucedería de nuevo cuando el avión presidencial despegase más tarde. La larga hilera de coches estaba lista para partir. En una caravana de vehículos presidencial existía una norma básica que uno podía pasar por alto por cuenta y riesgo propios: cuando el trasero del presidente se posaba en el asiento de *la Bestia*, los vehículos se ponían en marcha. Cualquiera que no estuviera subido todavía a su vehículo se perdía la fiesta.

El Servicio Secreto hacía mucho rato que había cerrado la carretera para el desfile presidencial, y los conductores esperaban de mala gana mientras *la Bestia* y los otros veintiséis coches pasaban junto a ellos. En la limusina presidencial iban Brennan, su esposa, la jefa de Gabinete, el gobernador de Pensilvania y Carter Gray.

Cuando el desfile de vehículos se detuvo en el recinto ceremonial, ya había más de diez mil personas ondeando pancartas de apoyo al presidente. Al otro lado de la valla había furgonetas de los medios nacionales y presentadores y presentadoras perfectamente arreglados para la ocasión, junto a otros más jóvenes y modernos, aunque también perfectamente arreglados, de la televisión por cable. Retransmitirían el acto a todo el país y al mundo entero, aunque cada uno con su estilo personal; las voces más jóvenes seguramente serían más críticas con todo el ceremonial.

Alex Ford estaba cerca de la tribuna, pero se dirigió hacia una zona acordonada y luego hacia la hilera de vehículos que se detenían en el recinto vallado. Se puso tenso al ver a Kate, Adelpia y el Camel Club entre la multitud; estaban en la parte de atrás, pero se estaban abriendo paso hacia delante. Kate lo saludó para que supiera que le había visto. Alex no le devolvió el saludo, pero inclinó la cabeza levemente antes de regresar a su puesto para intentar detectar posibles fuentes de problemas. En una multitud tan numerosa y bulliciosa era prácticamente imposible. Sin embargo, se habían colocado magnetómetros en todos los puntos de acceso peatonales, lo cual había tranquilizado en parte al Servicio Secreto. Alex observó la línea imaginaria donde sabía que estaban los tiradores de élite, aunque no los veía. « Si llega el momento, no nos falléis »,

murmuró para sí.

Cuando el presidente apareció quedó totalmente rodeado por el grupo A de protección formando un muro de Kevlar y cuerpos a su alrededor. Alex conocía a esos agentes; era un equipo a toda prueba.

El presidente subió al estrado y estrechó la mano de personas importantes mientras su esposa, el gobernador, la jefa del Gabinete y Gray se sentaban detrás del podio. Brennan hizo otro tanto al cabo de unos instantes.

El acto comenzó a la hora señalada. El alcalde y varios dignatarios locales intervinieron y trataron de superarse a la hora de exaltar al presidente y la ciudad. Luego el gobernador divagó un poco más de lo previsto, lo cual provocó que la jefa del Gabinete frunciera el ceño y diera golpecitos con el tacón derecho. La siguiente parada del *Air Force One* era una función para recaudar fondos en Los Ángeles, mucho más importante, al menos para ella, que cambiar el nombre de aquella pequeña ciudad de Pensilvania en honor de su jefe.

Alex siguió escudriñando la multitud. Vio a varios militares en la primera fila, cerca de la línea acordonada. A juzgar por los uniformes, eran profesionales. A algunos les faltaban piernas y brazos, seguramente perdidos en misiones en Oriente Medio. Había un par de miembros de la Guardia Nacional, incluyendo uno con un garfio en lugar de la mano izquierda. Alex meneó la cabeza en señal de conmiseración por esos sacrificios. Después de su discurso, Brennan bajaría y saludaría a esos soldados. Siempre se le daban bien esos detalles.

Mientras Alex recorría con la mirada los miles de rostros se percató de que había bastantes de Oriente Medio. Vestían de modo similar a quienes les rodeaban. Llevaban pancartas y distintivos que rezaban «Reelegid a Brennan», y parecían tan felices, orgullosos y patriotas como el resto de la multitud. Sin embargo, Alex ignoraba que algunos de ellos no se sentían felices, ni orgullosos ni patriotas.

Los hombres del capitán Jack se habían colocado en pequeños grupos en medio de la muchedumbre, de modo que sus disparos cubriesen la mayor área posible delante del podio. Ya habían localizado al ex guardia nacional con el garfio. Después de eso había sido más fácil, ya que el hombre se había quedado en la línea acordonada esperando su turno para saludar al presidente.

De hecho, todos esperaban a James Brennan.

A la misma hora que el *Air Force One* se aproximaba a Pittsburgh, un helicóptero negro despegaba de un helipuerto del centro de Nueva York y se dirigía hacia el sur. Junto al piloto iba otro hombre con un traje de vuelo. Tom Hemingway viajaba en uno de los asientos traseros. En la mano llevaba un televisor portátil que observaba atentamente. El público en Brennan era multitudinario y el recinto ya estaba lleno. Eso era lo que más le preocupaba. La muchedumbre.

Consultó la hora y le dijo al piloto que se diera prisa. El helicóptero atravesó el paisaje urbano de Manhattan a toda velocidad.

Durante las últimas dos horas Djamila había estado de excursión con los niños. Mientras aparcaba en la entrada de los Franklin, recordó que el plan consistía en prepararles un almuerzo rápido y salir de inmediato. Al abrir la puerta, con el bebé sujeto en la cadera y los otros dos niños, Djamila se llevó tal susto que estuvo a punto de dejar caer al bebé.

Lori Franklin estaba hablando por teléfono en el vestíbulo, todavía vestida con el traje de tenis, aunque descalza. Sonrió a Djamila y le indicó con un gesto que colgaría enseguida.

—Señora, no la esperaba en casa —le dijo Djamila en cuanto ella colgó—. Dijo que iba al tenis y que luego comería allí.

Franklin se arrodilló y abrazó a sus hijos mientras corrían a su encuentro. Luego cogió al bebé.

—Lo sé, Djamila, pero he cambiado de idea. Estaba hablando con algunos amigos del club de tenis y me han dicho que irían a la ceremonia, así que he decidido ir yo también. —Se arrodilló de nuevo y le dijo a los dos niños—: Y vosotros también.

A Djamila se le cortó la respiración.

—¿Se los lleva?

Lori se incorporó y agitó el puño del bebé con su mano.

—¿Y tú, pequeñín? —le susurró—. ¿Quieres ver al presidente? —Miró a Djamila—. Será divertido. Además, el presidente no viene a la ciudad todos los días.

—¿Va a ir a la ceremonia? —preguntó Djamila con tono incrédulo.

—Bueno, le voté, aunque George cree que es un idiota. Que quede entre nosotras —añadió.

—Pero, señora, habrá mucha gente. Lo leí en los periódicos. ¿Cree que es buena idea llevar a los niños? Son muy pequeños y...

—Lo sé, ya lo había pensado, pero luego me pareció que sería una experiencia maravillosa para ellos, aunque no la recuerden. Cuando sean mayores podrán decir que estuvieron en la ceremonia. Ahora me dará una ducha rápida. Creo que tenemos tiempo de comer antes...

—¿Tenemos? —dijo Djamila—. ¿Quiere que yo vaya?

—Claro, necesito que me ayudes con los cochecitos y todo el numerito. Tenías razón con lo de la multitud, así que me vendrán bien un par de ojos y manos más para asegurarme de que los niños no se pierdan.

—Pero aquí tengo mucho trabajo —objetó Djamila, como si le importaran las tareas domésticas.

—No seas tonta. También será una experiencia inolvidable para ti, Djamilia. Verás de cerca qué es lo que hace especial a este país y con un poco de suerte conoceremos al presidente. Aunque diga que no le gusta Brennan, George se morirá de envidia.

Lori subió las escaleras para ducharse y cambiarse. Djamilia se sentó para calmarse. El niño mayor le tiró de la camisa y le pidió que fuera a jugar con ellos. Al principio Djamilia se resistió, pero acabó cediendo. Oyó que se abría la ducha en el baño de la suite; necesitaba tiempo para pensar.

Dejó al bebé en el parque y jugó un rato con los otros niños. Luego fue al baño y se remojó la cara con agua fría. Todavía oía la ducha arriba. Djamilia sabía que su patrona nunca se daba duchas rápidas.

Finalmente decidió que no había vuelta de hoja y fue a buscar el bolso.

«Se avecina una tormenta», se repitió, practicando antes de decirlo de verdad por el móvil. Bastaban esas cuatro palabras y el problema habría desaparecido, pero aún así le temblaba todo el cuerpo. Tal vez no fuera la decisión idónea para Lori Franklin, que, de todos los días posibles, había escogido ese para salir con sus hijos.

Se quedó paralizada al verlo. El bolso estaba vuelto del revés en el suelo. Lo había dejado en la silla y había olvidado colocarlo en un lugar más elevado. Se arrodilló y rebuscó entre los objetos caídos. ¡El móvil! ¿Dónde estaba el móvil?

Corrió hasta el cuarto de los juguetes y encontró al mayor de los niños, Timmy, el que se había acostumbrado a cogerle cosas del bolso hasta que no tuvo más remedio que dejarlo fuera de su alcance.

—¿Dónde está el teléfono, Timmy? —le dijo con la máxima calma posible —. ¿Has vuelto a coger mi teléfono?

El niño asintió y sonrió; aquello le divertía.

—Bien, niño malo, vamos a buscarlo. Lo necesito. Me enseñarás dónde está, ¿vale?

Sin embargo, Timmy no recordaba dónde lo había dejado exactamente. Lo buscaron por todas partes. A medida que pasaba el tiempo y no lo encontraban, Djamilia se sentía más desalentada. Y entonces sucedió: dejó de oír el agua de la ducha. Consultó la hora. Tendría que marcharse en breve o no cumpliría con el plan. Pensó a toda prisa y se le ocurrió una solución: usaría el teléfono inalámbrico de los Franklin para llamar al móvil y el sonido le indicaría dónde estaba. Marcó el número mientras caminaba por la casa. Sin embargo, no oyó nada. Timmy debía de haber apretado el botón silenciador del móvil. Se le ocurrió otra posibilidad: llamaría con el teléfono de los Franklin. Comenzó a marcar el número, pero se percató de que no funcionaría. El hombre que había al otro lado de la línea no contestaría. Le habían asegurado que sólo descolgaría si en el visor aparecía el nombre y el número de Djamilia. Corrió hasta la ventana y miró hacia fuera. ¿Le vería? ¿Podría hacerle señas? Pero no vio a nadie. A

nadie. Estaba sola.

Oyó pasos arriba. Corrió hacia la cocina y abrió un cajón. Sacó un cuchillo de carne, subió las escaleras sigilosamente y llamó con suavidad a la puerta de Lori Franklin.

—¿Sí?

—¿Señora?

—Puedes pasar.

Djamila abrió la puerta y la cerró con llave tras de sí. Luego vio a su patrona envuelta en una toalla y colocando prendas de ropa en la cama.

Levantó la vista para mirar a Djamila.

—Tendría que haber dejado más tiempo para elegir bien. ¿Los niños están listos?

—¿Señora?

—¿Sí?

—Señora, creo que es mejor que vaya sola. Los niños pueden quedarse conmigo.

—Tonterías, Djamila. Iremos todos. ¿Qué prefieres, el verde o el azul? —Sostuvo en alto ambos conjuntos.

—El azul.

—Yo también. Ahora los zapatos.

Lori entró en el vestidor y repasó los zapatos.

—Señora, creo que es mejor que vaya sola.

Lori salió del vestidor con una leve expresión de fastidio.

—Djamila, no puedo obligarte a que vayas, pero los niños irán. —Cruzó los brazos y la miró—. A ver, te molesta ver al presidente, es eso, ¿no?

—No, ese no...

—Sé que hay mucha tensión entre Estados Unidos y tu región, pero eso no significa que no puedas respetar a nuestro líder. Al fin y al cabo, has venido a nuestro país. Aquí tienes muchas oportunidades. Lo que más molesta es la gente que viene a este país, gana dinero y luego se queja y se lamenta de lo malos que somos. Si tanto nos odian, ¡que vuelvan al lugar del que vinieron!

—Señora, no odio su país, incluso teniendo en cuenta todo lo que le ha hecho a los míos, no lo odio. —Djamila supo de inmediato que había cometido un error.

—¿Qué le hemos hecho a Arabia Saudí? Mi país ha invertido mucho tiempo y dinero en Oriente Medio para liberarlo, ¿y cómo se nos recompensa? Con más dolor, sufrimiento y aumento de impuestos. —Lori respiró hondo para calmarse—. Mira, no me gusta discutir así, Djamila, de verdad que no. Creía que nos pasaríamos bien yendo al acto. Si cuando lleguemos hay demasiada gente y no estamos a gusto, nos vamos, ¿vale? Bien, ¿me harás el favor de ocuparte de que los niños estén listos? Bajaré dentro de veinte minutos. —Se volvió y entró de nuevo en el vestidor.

Djamila sacó el cuchillo del bolsillo y se armó de valor. Dio un paso y entonces se quedó paralizada: Lori había salido del vestidor y la miraba boquiabierta.

—¿Djamila? —dijo asustada al ver el cuchillo. La expresión de la niñera era inconfundible—. Oh, Dios mío. —Trató de cerrar las puertas del vestidor, pero Djamila fue más rápida: la retuvo del pelo y le presionó el cuchillo contra la garganta.

Lori Franklin comenzó a sollozar, histérica.

—¿Por qué haces esto? —chilló—. Le harás daño a los niños. ¡Te mataré si los tocas!

—No le haré daño a los niños, lo juro.

—Entonces ¿por qué lo haces?

—¡No irá a ver al presidente! —le espetó Djamila—. Tumbese en el suelo. Ahora mismo, o no verá crecer a sus hijos. —Presionó más la hoja.

Temblando, Lori se tumbó boca abajo.

—No te atrevas a tocar a los niños.

Djamila arrancó el cable telefónico de la pared y lo empleó para maniatar a su patrona, sujetándole manos y pies de modo que no pudiera moverse. Luego desgarró un trozo de sábana y la amordazó.

Mientras acababa de hacerlo, llamaron a la puerta del dormitorio y se oyó la voz de Timmy.

—¿Mamá? ¿Djamila?

Franklin intentó chillar, pero la mordaza se lo impedía.

—No pasa nada, Timmy —dijo Djamila con la máxima calma posible—. Voy enseguida. Vuelve con tus hermanos.

Esperó hasta oír que el niño se alejaba y luego miró a Lori. Extrajo un frasco del bolsillo, vertió parte del líquido en un trozo de sábana y lo presionó contra la nariz y la boca de su patrona. La americana trató de zafarse, tuvo arcadas y se desmayó.

Djamila arrastró a la mujer sedada hasta el vestidor y luego cerró la puerta.

Bajó, preparó a los niños y los llevó a la furgoneta. Ahora que ya todo estaba en marcha, Djamila no pensaba; sencillamente repetía los pasos que había practicado una y otra vez. Unos instantes después de haberse marchado, sonó el teléfono de los Franklin. Y sonó y sonó.

George Franklin colgó el teléfono de la oficina. Llamó al móvil de su mujer. Al comprobar que tampoco contestaba, probó el de Djamila. En uno de los cajones de la cocina, el móvil se iluminó pero no sonó. Timmy había apretado sin querer el silenciador al esconderlo allí.

George colgó de nuevo. No estaba preocupado, sólo molesto. No era la primera vez que intentaba contactar con su esposa sin suerte, aunque Djamila solía responder. Quería que su esposa le trajese algo que había olvidado en casa.

Si no conseguía que se lo trajera alguien, tendría que ir a buscarlo en persona. Se concentró de nuevo en los documentos de su mesa.

Brennan acabó el discurso y recibió la llave de la ciudad de manos del alcalde mientras la multitud le vitoreaba. Al cabo de unos minutos, saludando y sonriendo, el presidente descendió por los escalones, donde una muralla de agentes le rodeó de inmediato.

A unos veinte metros de distancia, Alex estaba junto a *la Bestia* y escudriñaba la multitud, la más numerosa jamás congregada allí.

Antes de que el presidente llegara a la línea acordonada, el agente apostado allí dijo al público:

—Muy bien, tal como explicamos antes, las manos bien extendidas para que las veamos.

Brennan se dirigió primero a los soldados: algunos discapacitados del ejército, un par de marines, una joven con uniforme de la fuerza aérea y varios miembros de la Guardia Nacional. Les estrechó las manos, les dio las gracias, sonrió y siguió caminando mientras le fotografiaban. Se arrodilló para estrecharle la mano a un soldado postrado en una silla de ruedas mientras los del Servicio Secreto le sujetaban de la chaqueta y recorrían rápidamente con la mirada a toda persona que pudiera tocar o disparar al presidente. Entonces el primer mandatario llegó a la altura del ex guardia nacional.

Brennan le tendió la mano y el hombre se la estrechó con la prótesis. El tacto de la mano artificial desconcertó a Brennan, que no había reparado en que no era una mano real. Notó que se le humedecía la mano y se la frotó contra la otra para secársela. Le agradeció al hombre su servicio al país y el guardia nacional lo saludó con el garfio que sustituía la otra mano. Al presidente también le sorprendió aquello, pero siguió saludando a sus admiradores y estrechando la mano de otro miembro de la Guardia Nacional, dos ancianos, una joven y, finalmente, una señora que le dio un beso.

Mientras tanto, la primera dama, acompañada del gobernador y la jefa del Gabinete, descendía lentamente los escalones de la tribuna y se detenía de tanto en tanto para saludar y cruzar unas palabras. Gray también se había levantado y observaba la multitud con aire distraído. Parecía que habría preferido estar en cualquier otro lugar. Entonces, de repente, vio a Oliver Stone entre la multitud, aunque este no se percató de ello.

Gray se dispuso a decir algo, pero no llegó a pronunciar palabra alguna.

El agente que estaba a la izquierda del presidente fue el primero en darse cuenta. Brennan no tenía buen aspecto. Tenía la frente perlada de sudor. Entonces se llevó las manos a la cabeza y luego se presionó el pecho con una mano.

—¿Señor? —dijo el agente.

—Estoy... —replicó Brennan, pero se calló porque la respiración se le entrecortaba. Parecía pasmado.

El agente habló por el micrófono de la muñeca, empleando el nombre en clave de Brennan.

—Garra de Cuervo se encuentra mal. Repito, Garra...

El agente no pudo seguir porque cayó al suelo fulminado. La primera oleada de disparos eliminó a otros seis agentes y cinco policías que rodeaban al presidente.

—¡Armas! —gritaron doce agentes a la vez y el Servicio Secreto pasó de inmediato al modo de emergencia.

Cundió el pánico entre la multitud; comenzaron a correr en todas direcciones para huir de la violencia que estallaba a su alrededor.

Los tiradores de élite abatieron a cuatro árabes segundos después de que hubieran disparado. Fueron disparos casi milagrosos si se tiene en cuenta el caos que se había desatado delante de sus miras telescópicas de precisión.

Tres *fedayin* corrieron con la multitud hacia la caravana de vehículos; los tres accionaron sendos encendedores y los acercaron a un pequeño paquete oculto que llevaban bajo el abrigo. Acto seguido, el trío estalló repentinamente. Uno de ellos se arrojó debajo de la ambulancia, que fue pasto de las llamas. La gente se alejó con desesperación ya que el fuego se acercaba al depósito de gasolina.

Una docena de agentes se abalanzó contra la multitud y formó un perímetro de seguridad alrededor del presidente, que se había desplomado y estaba muy pálido. La segunda oleada de disparos abatió a otros cinco agentes; los restantes sujetaron al presidente y lo arrastraron hacia *la Bestia* con tal presteza y sincronización que parecían unidos entre sí, como si fueran una especie de insecto mecánico articulable. Otros dos agentes cayeron durante la segunda secuencia de disparos. Se desplomaron junto al cuerpo postrado de Edward Bellamy, el médico del presidente, quien había sido víctima de la primera descarga.

Cuando llegaron a *la Bestia* con el presidente, sólo quedaban dos agentes en pie. Varios policías acudieron en su ayuda, pero la tercera oleada de disparos abatió a casi todos. El resto de la policía trataba de controlar a la multitud que trepaba por las vallas, huía corriendo por todas las salidas y chillaba de miedo mientras los hombres sujetaban a sus mujeres y los padres se llevaban a los niños lo más lejos posible de aquella pesadilla.

Otros tres árabes murieron de un tiro en la cabeza disparado por los tiradores

federales, que se acercaban al presidente, aunque la turba enloquecida les impedía avanzar rápidamente.

La segunda oleada de *fedayin* había comenzado el ataque y ya ardían más vehículos de la caravana.

Gray todavía estaba en la tribuna, paralizado. El estupor momentáneo que le supuso ver a Oliver Stone en la multitud había dado paso al horror de presenciar lo que estaba sucediendo. La mujer del presidente le estaba chillando, pero la marabunta humana engullía sus gritos. Tres agentes del Servicio Secreto rodeaban y protegían a la primera dama, Carter Gray y la jefa de Gabinete. El gobernador había tenido la mala suerte de bajar las escaleras, y la muchedumbre, tan peligrosa como los asesinos o el fuego, lo había arrastrado. Miles de personas, presas del pánico, presionaban la tribuna y sus soportes habían comenzado a crujir.

Durante el transcurso del discurso, Kate, Adelpia y el Camel Club habían avanzado hacia la tribuna, de modo que cuando Brennan concluyó su intervención, estaban apenas a dos filas de la línea acordonada. En aquel momento Reuben estaba junto a uno de los asesinos. Sin embargo, no se percató de nada hasta que oyó el disparo, porque estaba mirando las pantallas gigantes en que el presidente aparecía estrechando manos.

—¡Armas! —chilló Reuben instintivamente en cuanto advirtió lo que sucedía. Acto seguido, sujetó el brazo del asesino y le arrebató el arma. Segundos después, una bala supersónica destruyó la cabeza del asesino.

Reuben arrojó el arma, cogió a Adelpia y a Kate de la mano y las arrastró. El resto de componentes del Camel Club y ellos tres se abrieron paso a duras penas hacia la valla.

—Vamos —gritó Stone—. Un poco más.

Kate miró hacia atrás, tratando de encontrar a Alex y asegurarse de que estaba bien, pero entonces la empujaron y tuvo que volverse.

Alex había reaccionado por puro instinto tras la primera descarga de disparos. Pistola en mano, se abrió paso hasta el reducido grupo de agentes que arrastraba al presidente hacia *la Bestia*. Alex ocupó el lugar de un agente abatido. Llegaron al coche y lanzaron al presidente al interior. Dos agentes subieron tras él. El agente designado para conducir *la Bestia* se disponía a ponerse al volante cuando una bala le derribó sobre el césped.

Alex corrió hacia el lado del conductor, cogió las llaves del asiento delantero, arrancó el coche y pisó el acelerador al tiempo que hacía sonar el claxon. Por suerte, gran parte de la multitud había huido hacia el otro lado del recinto, donde había más salidas. De todos modos, todavía quedaban personas corriendo por doquier. Alex vio una pequeña abertura entre la muchedumbre y aceleró. Ya en

la salida, el potentísimo motor del coche respondió cuando Alex pisó a fondo el acelerador; la limusina llegó al aparcamiento y lo atravesó en dirección a la carretera. Alex zigzagueó entre la gente que corría hacia los coches. Chocó levemente contra una camioneta y siguió adelante.

En el recinto ceremonial el resto de los coches de la caravana arrancó y salió tras *la Bestia*. Instantes antes de que el primer vehículo, un coche patrulla, llegara a la salida, el último *fedai* se prendió fuego y se arrojó contra el parabrisas. Atascado en la estrecha salida del recinto, la bola de fuego impidió el paso al resto de vehículos. Normalmente, los otros coches habrían destrozado las vallas para seguir al coche presidencial, pero los cientos de personas que huían hacían inviable esa opción.

Al menos, *la Bestia* había logrado escapar. Al menos, el presidente estaba a salvo, pensó un agente herido antes de desmayarse.

Los dos agentes que iban en la parte trasera de la limusina examinaban a Brennan.

—Al hospital a toda velocidad. ¡Joder, creo que tiene un infarto! —gritó uno de ellos.

Brennan se retorció de dolor y se llevaba la mano al pecho y el brazo.

—¿Y el doctor Bellamy? —preguntó Alex.

—Le han disparado.

«Y la ambulancia ha saltado por los aires», pensó Alex. Miró por el retrovisor. No les seguía nadie. La caravana de vehículos había quedado reducida a un solo coche. Se centró en la carretera. El hospital Mercy estaba a diez minutos. Alex se propuso llegar en cinco. Rezó para que el presidente resistiera.

El helicóptero negro sobrevoló el paisaje de Pensilvania. Tom Hemingway le comunicó al piloto las coordenadas exactas para el aterrizaje mientras observaba lo que sucedía en la ceremonia presidencial por el televisor. Aunque todo salía según lo planeado, Hemingway sentía una enorme presión en el pecho a medida que los hechos transcurrían en tiempo real. A pesar de toda la planificación, de los cientos de veces que había visualizado esos hechos, la realidad era mucho más intensa y abrumadora. Al final apagó el televisor, no podía seguir viéndolo.

Djamila condujo a toda velocidad por el centro de Brennan, giró a la izquierda y luego a la derecha. Entró en el callejón mientras los niños se reían en el asiento trasero. Les miró fugazmente y luego frenó. Había estado a punto de pasar de largo.

Las puertas elevadas se abrieron y el hombre le indicó que entrara. Djamila condujo hasta el interior del taller y las puertas se cerraron de nuevo.

A media manzana del hospital Mercy, un camión con remolque salió de un callejón, trató de virar y, de repente, el motor se calentó. El conductor salió y abrió el capó. El camión bloqueaba la calle en ambos sentidos.

A varias manzanas, en la misma calle y en el otro sentido, *la Bestia* giró en el cruce sobre dos ruedas y luego Alex pisó a fondo el acelerador. Le habría venido bien un coche patrulla para abrirle camino, pero al parecer no quedaba ninguno. Sin embargo, Alex supuso que se estaban montando controles en todas las calles que entraban y salían de Brennan ya que, sin duda, un ejército de policías acordonaría la zona.

La limusina pasó zumbando por una esquina tras la cual se elevaba el antiguo depósito de agua de Brennan con la bandera de las barras y las estrellas. Apenas media hora antes, un par de hombres con los uniformes marrones de los trabajadores municipales habían delimitado ese tramo de la calle como zona de trabajo. Los conos y la cinta naranjas acordonaban las aceras y dirigían a los transeúntes hacia un desvío que pasaba por un callejón. Nadie sabía qué obras se

realizarían, pero los pocos que quedaban en la ciudad respetaron la señalización. En cuanto *la Bestia* dejó atrás esa zona, detonaron dos cargas explosivas colocadas en los soportes frontales del depósito de agua. El depósito se tambaleó y se derrumbó sobre la calle, vertiendo los casi cincuenta mil litros de agua almacenados en su interior. Ahora ese lado de la calle estaba bloqueado, al igual que el otro.

Al cabo de diez segundos, comenzó a salir humo de todos los negocios de la calle; la gente echó a correr y se activaron las alarmas de incendio. Aquello era el resultado de las bombas de humo que habían ocultado allí el químico y el ingeniero árabes. Las pocas almas que habían decidido no acudir a la ceremonia corrían por las calles, presas del pánico.

Alex derrapó y detuvo la limusina justo delante del hospital. Las puertas traseras se abrieron y los dos agentes salieron llevando al presidente. Apenas habían llegado al primer escalón que conducía al hospital cuando los abatieron. El presidente se desplomó sobre la acera y se quedó allí, junto a *la Bestia*.

—¡Hijos de puta! —gritó Alex por el micrófono mientras salía como podía por el asiento del pasajero—. ¡Francotiradores en el hospital! ¡Francotiradores en el hospital! ¡Nos han tendido una trampa! ¡Repito, nos han tendido una trampa! ¡Agentes abatidos! ¡Garra de Cuervo...! —Hizo una pausa—. Garra de Cuervo... —comenzó de nuevo, pero no sabía qué añadir.

Desesperadamente, trataba de ver de dónde procedían los fogonazos de las armas. Sabía que tenía que llevar al presidente al interior del hospital. Escrutó la calle y luego los edificios. Entonces los vio: en la sexta planta de un edificio de apartamentos al otro lado de la calle. Vio dos fogonazos; había un par de francotiradores.

Alex sacó el arma mientras las balas impactaban contra los neumáticos de la limusina. Sin embargo, estos eran macizos. Las balas impactaban por delante, por detrás y los lados. Una le dio al parabrisas, que no se inmutó. *La Bestia* podía resistir eso y muchísimo más, pero el presidente estaba tirado en la acera, al parecer medio muerto. « Proteger al hombre, al símbolo, al cargo » , pensó. Alex Ford era el único agente en pie que podía repetir el mantra del Servicio Secreto. Pero en cuanto comenzara a subir los escalones del hospital con el presidente, serían un blanco fácil para aquellos francotiradores; y Brennan todavía respiraba, el corazón le latía. Eso era lo único que le preocupaba a Alex. « No bajo mi vigilancia, señor. No bajo mi vigilancia » .

Sujetó al presidente por las axilas, se armó de valor y tiró. El blindaje de acero y policarbonato de *la Bestia* todavía protegía al presidente.

—Todo saldrá bien, señor —le dijo con la mayor calma posible.

—Me estoy... muriendo... —logró farfullar el presidente entre gemidos.

Aunque la limusina les protegía, Alex, por puro instinto, colocó su cuerpo entre Brennan y los francotiradores. Asomó la cabeza milímetro a milímetro por

encima de la trasera del vehículo. Se agazapó rápidamente cuando un disparo estuvo a punto de darle. Les respondió con varios disparos de la SIG, pero no quería desperdiciar munición; dada la distancia y la trayectoria, necesitaría un milagro para abatir a aquellos cabrones.

Al mirar hacia el hospital vio a un guardia de seguridad.

—¡Al suelo! —le gritó—. ¡Al suelo! ¡Francotiradores al otro lado de la calle!

El hombre se escabulló hacia el interior. Al cabo de dos segundos, salió corriendo y disparando hacia las plantas altas del edificio de apartamentos, rodó escalones abajo y aterrizó junto a Alex mientras las balas impactaban a su alrededor.

—¡Joder! —exclamó Alex—. ¿Tienes ganas de morir o qué?

—¿Es el presidente? —preguntó Adnan al Rimi entrecortadamente.

—Sí, y tenemos que meterlo en el hospital ya —dijo Alex—, porque el siguiente hospital está en Pittsburgh y él necesita asistencia ahora mismo.

—¿Eres el único de seguridad? —preguntó Adnan con tono incrédulo.

—Eso parece —replicó Alex.

—Hemos visto en la tele lo ocurrido.

Alex lo miró.

—¿Eres el único guardia aquí? —Adnan asintió—. ¿Qué arma llevas?

—Una treinta y ocho de mierda.

—Genial. —El presidente gimió y Alex se apresuró a preguntar al hombre—: ¿Cómo te llamas?

—Farid Shah —respondió Adnan.

—Bien, Farid, ahora serás mi ayudante.

Alex abrió la puerta trasera de *la Bestia*, pulsó un botón del panel situado en la parte posterior del asiento del pasajero y se abrió; detrás había un alijo de armas, incluyendo una escopeta, una ametralladora MP-5 y un rifle de francotirador. Se volvió hacia su recién nombrado ayudante.

—Farid, pareces un tipo fuerte.

—Lo soy.

—Bien. ¿Crees que puedes levantar al presidente y meterlo en el hospital?

Adnan asintió.

—Está hecho.

—Bien, contaré hasta tres y lo harás. Abriré fuego y dispararé ráfagas cada dos segundos, lo cual te dará diez segundos para subir los escalones. ¿Farid?

—¿Sí?

—Tendrás que hacer una cosa por mí.

—¿El qué?

—Me colocaré entre el presidente y tú y los francotiradores. Para acabar contigo, primero tendrán que matarme. —Alex hizo una pausa y tragó saliva—. Pero si me abaten, lo cual es casi seguro, tendrán que matarte a ti para cargarse

al presidente, así que tendrás que llevarlo delante de ti, de modo que siempre haya un cuerpo entre el presidente y esos cabrones. ¿Lo pillas? —Adnan no replicó—. ¿Lo pillas? —repitió Alex.

—Sí, vale.

—Buena suerte. —Alex esperó a que recogiera al presidente. Luego se volvió y dijo—: Vale, uno... dos... ¡tres!

Alex se levantó de un salto y abrió fuego contra las dos ventanas de las que salían los fogonazos.

Quería volverse para comprobar el progreso del guardia de seguridad, pero no era posible. Al vaciársele el cargador de la MP-5, sacó la pistola y también la vació. Mientras llovían disparos a su alrededor, se agachó, recargó y se volvió. Esperaba ver a los dos sanos y salvos en el hospital, pero no fue así. De hecho, el guardia de seguridad parecía tomarse su tiempo para subir los escalones, como si no necesitara...

—¡Mierda! —chilló Alex. Apuntó a la nuca de aquel hombre—. ¡Alto!

El hombre se dio la vuelta, con lo cual Brennan quedó entre él y Alex. Adnan retrocedió lentamente hacia el hospital mientras Alex, desesperado, buscaba realizar un disparo mortal que ni tan siquiera rozase al presidente. Por desgracia, no lo logró y los dos desaparecieron en el hospital.

—¡Tienen al presidente! —gritó Alex por el micrófono—. ¡Repito, han secuestrado a Garra de Cuervo en el hospital! ¡Tenemos que cerrar toda la ciudad, joder!

Alex se disponía a correr escalones arriba, convencido de que le abatirían, pero finalmente la suerte le sonrió: llegaron refuerzos policiales. Esperó un poco mientras los agentes se ocupaban de los francotiradores y luego subió corriendo y se arrojó contra las puertas de cristal, haciéndolas añicos.

Una fracción de segundo después oyó que estallaba una bomba en el interior del hospital.

Reuben ayudó a Kate y Adelpia a trepar la valla y luego se reunieron con los otros miembros del Camel Club. Mientras la muchedumbre pasaba gritando junto a ellos, se detuvieron unos instantes para darse un respiro.

—Dios mío —dijo Kate, pálida, mientras buscaba con la mirada a Alex Ford.

—Ser horrible —gimió Adelpia—, ser como Polonia y Unión Soviética.

Stone recorrió con la mirada el recinto ceremonial, salpicado de cadáveres. El césped se había teñido de rojo. Los tiradores federales tenían controlada la situación; aseguraban la zona e iban de cadáver en cadáver, cerciorándose de que los terroristas árabes estaban muertos y bien muertos. Sin embargo, incluso desde el otro lado de la valla, Stone veía que no quedaba ni un atisbo de vida en aquellos cuerpos acribillados y calcinados.

Todos los hombres del capitán Jack habían muerto; muchos de los *fedayin* habían resultado desfigurados e irreconocibles por las quemaduras.

Se oían sirenas a lo lejos. A los pocos segundos llegó un coche de bomberos, seguido de varios más. Comenzaron a remojar de inmediato los coches incendiados y se elevaron columnas de humo negro.

Stone continuó observando mientras se apartaban los restos del coche patrulla de modo que la caravana presidencial, o lo que quedaba de ella, pudiera salir de allí. Llevaron a la primera dama y a la jefa del Gabinete a la segunda *Bestia* y se alejaron del recinto a toda velocidad. El gobernador de Pensilvania, magullado y dolorido, se había recuperado y se lo habían llevado en una furgoneta.

Stone notó una mano en el hombro y se volvió; Reuben le miraba de hito en hito.

—Debemos largarnos de aquí enseguida —le dijo—. Los malditos policías podrían cargarse a los rezagados y preguntar después.

Stone parecía desconcertado.

—Reuben, cogiste una de las armas de los asesinos. ¿Notaste algo especial?

—Bueno, no quise sostenerla mucho rato para que no me volaran la cabeza, pero ahora que lo dices, noté algo raro. Más ligera de lo que hubiera pensado. ¿Por qué lo preguntas?

Stone no respondió. Observó de nuevo a los árabes muertos.

Segundos después de que Adnan hubiera entrado en el hospital, colocó a Brennan, que seguía gimiendo, en una camilla que había dejado junto a la puerta. El tiroteo del exterior había hecho que todo el mundo se apartara de la entrada principal. Adnan vio a un grupo de enfermeras, médicos y ayudantes que le miraban temerosos desde el otro extremo del pasillo.

—¿Qué está pasando? —le preguntó uno de los médicos mientras Adnan avanzaba.

Adnan no respondió, pero le hizo una seña al hombre que acababa de aparecer a su lado. Era el médico de planta más nuevo del hospital, el que había expresado su preocupación ante la presencia de guardias de seguridad en el hospital.

—¡Un herido! —gritó el médico—. Me ocuparé de él.

—No os acerquéis a la puerta principal —advirtió Adnan—. Están disparando.

El médico extrajo una jeringuilla del bolsillo, la destapó y se la inyectó al presidente en el brazo; Brennan perdió el conocimiento. Luego el médico lo cubrió con una manta, lo ató a la camilla y la empujó por un pasillo lateral. Entró en el ascensor y descendió al sótano. Adnan esperó hasta ese momento y entonces se volvió hacia el desconcertado personal del hospital.

—¡Eh! —le gritó otro médico—. ¿Quién era el hombre de la camilla?

Todos comenzaron a acercársele.

Adnan introdujo una mano en la chaqueta, sacó una mascarilla antigas, se la colocó y se dirigió hacia el personal. Entonces extrajo del bolsillo lo que parecía una granada y la sostuvo en alto.

—¡Cuidado! —chilló una enfermera, y todos echaron a correr por el pasillo.

—¡Llamad a la policía! —gritó otro médico mientras huía.

Instantes después, Adnan llegó a la cuarta baldosa situada frente al centro del puesto de enfermería y arrojó el cilindro contra la pared. Explotó y el pasillo se llenó de un humo denso que se propagó por los conductos de ventilación del hospital. Una fracción de segundo antes de que estallara la bomba de humo, Adnan oyó ruido de cristales rotos, pero no vio dónde ocurría. No sabía que era Alex Ford arrojándose contra las puertas, aunque era consciente de que tenía que apresurarse. Se volvió hacia la entrada del hospital y contó los pasos; avanzó entre el humo recordando lo que tanto había practicado. Cerca de la entrada notó un golpe en la pierna, pero siguió caminando.

Poco después, estalló el explosivo con temporizador que había colocado en el cuadro de mandos del sótano. El hospital quedó a oscuras.

Adnan giró, siguió por el pasillo, se detuvo junto a la puerta de salida, la abrió y salió. Recogió una larga barra metálica que había ocultado detrás de una tubería y la utilizó para atrancar la puerta por fuera, y entonces echó a correr.

Nada más estallar la bomba y llenar de humo los pasillos, Alex se arrojó al suelo y avanzó arrastrándose. Era como estar debajo del agua y el humo le producía náuseas. Entonces tropezó con algo que parecía una pierna. Intentó atraparla, pero se le escapó. Giró y avanzó en el otro sentido, siguiendo el sonido de los pasos. Eran constantes y acompasados. ¿Cómo coño era posible caminar con esa tranquilidad en medio de aquel caos? Entonces cayó en la cuenta: la persona llevaba una mascarilla. ¿Y el ritmo constante? La persona se guiaba contando los pasos. Alex había practicado esa misma técnica en la oscuridad en el complejo del Servicio Secreto en Beltsville.

Se arrastró lo más rápido posible. El sonido de los pasos se debilitó, por lo que redobló los esfuerzos, retorciendo el cuerpo como una serpiente tras una presa. Volvió a oír las pisadas. Llegó a otro pasillo, giró y avanzó por el mismo. Oyó abrirse una puerta y luego cerrarse. Se deslizó más rápido tanteando la pared. Cuando notó el metal, alargó la mano y asió el picaporte, pero la puerta no se abrió. Sacó la pistola y disparó contra la cerradura. Una de las balas impactó de tal modo que la barra metálica que Adnan había trabado se soltó y cayó al suelo. Abrió la puerta y salió. Allí no había tanto humo, pero la luz estaba cortada y no se veía nada.

Alex se levantó, encontró el pasamanos y descendió las escaleras a tientas. Se saltó un escalón y acabó hecho un ovillo al pie del primer tramo de escaleras. Amaratado y sangrando, se puso en pie y siguió bajando guiándose con el pasamanos. Cada vez más ansioso, comenzó a bajar los escalones de dos en dos antes de llegar al final y correr por el pasillo. Abrió de golpe la puerta de la salida justo en el momento en que Adnan subía a una ambulancia. Alex supuso que el presidente también estaría en esa ambulancia.

Ni siquiera gritó para darle el alto. Abrió fuego y le dio en el brazo. Adnan le devolvió el disparo y Alex tuvo que apartarse de un salto, pero perdió el equilibrio y rodó por un tramo de escaleras de cemento. Se levantó, disparó de nuevo y esta vez Ahmed, que había salido del lado del conductor de la ambulancia, le devolvió el disparo y le dio en las costillas. Era imposible que el arma de poco calibre de Ahmed penetrara en el Kevlar de última generación que todos los agentes llevaban en las misiones de protección. De todos modos, fue como si Muhamad Alí le hubiera propinado un buen puñetazo, y Alex se desplomó de dolor justo en el momento en que otro disparo de Adnan le rozaba el brazo izquierdo.

La ambulancia partió a toda velocidad con las sirenas encendidas y Alex la persiguió tambaleándose, pero las piernas apenas le respondían. El pecho le ardía, el brazo le sangraba y tenía los pulmones llenos de humo. Se acuclilló y disparó hasta vaciar el cargador, pero no logró detener el vehículo. Entonces

intentó utilizar el micro de muñeca, pero no funcionaba. Supuso que la bala que le había dado en el brazo había destrozado el cable del micrófono. Lo último que recordaría antes de desmayarse sería la visión de la ambulancia desapareciendo.

Al igual que el presidente.

Bajo su vigilancia.

George Franklin aparcó en la entrada de la casa. Había venido del otro extremo de Brennan, lejos del recinto ceremonial, y no había encendido la radio.

—¿Lori? —llamó—. ¿Djamila? —Dejó las llaves en la encimera de la cocina y recorrió la casa llamándolas. Abrió la puerta del garaje y se quedó perplejo al ver aparcados el descapotable de su mujer y el monovolumen Navigator.

¿Se habrían marchado todos en la furgoneta de Djamila?

—¿Lori? ¿Niños?

Fue escaleras arriba y comenzó a inquietarse. Al abrir la puerta del dormitorio, la inquietud dio paso al pánico al ver el teléfono en el suelo y la sábana destrozada.

—¿Lori, cariño?

Oyó un ruido procedente del vestidor. Abrió las puertas de golpe y vio a su mujer maniataada. Los ojos de Lori no enfocaban bien, pero parecía mirarle. George se apresuró a quitarle la mordaza.

—Por Dios, Lori, ¿qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto? —dijo frenéticamente.

Lori articuló la palabra, pero Franklin no la entendió.

—¿Quién?

—Djamila... tiene a los niños. —Acto seguido rompió a sollozar y su marido la abrazó.

La ambulancia entró rápidamente en el taller y las puertas se cerraron de inmediato. Adnan y Ahmed salieron de un salto, abrieron la puerta trasera y descargaron al presidente.

Djamila ya había abierto la parte posterior de la furgoneta y estaba junto a la puerta del pasajero, tratando de calmar a los niños. Estaban alterados pero, por suerte, eran demasiado pequeños como para liberarse de la sillita de seguridad.

Djamila fue hacia la parte trasera de la furgoneta y pulsó un botón oculto. El suelo se levantó dejando al descubierto un compartimiento. Estaba revestido de cobre y plomo y dividido en dos formas: una de un hombre en posición fetal y la otra de un pequeño objeto cilíndrico. La forma del hombre coincidía con las medidas del presidente James Brennan más un par de centímetros alrededor de margen.

Djamila observó al joven que se había apartado para permitir que el médico, Adnan y el otro hombre presente levantaran a Brennan de la camilla.

—¿Ahmed? —preguntó en tono incrédulo.

Él la miró.

—Ahmed, soy yo, Djamila. —Era Ahmed, el poeta iraní, el que le había escrito la fecha y hora exactas de su muerte, el joven que le había dado tantos consejos sabios y con el que esperaba compartir el paraíso.

Sin embargo, él la miró de una manera extraña que no recordaba haberle visto nunca, ni siquiera durante sus arrebatos oratorios. Ella se asustó.

—No te conozco —dijo él con amargura—. No me hables, mujer.

Djamila retrocedió un paso, con el corazón destrozado por aquella respuesta.

Mientras trasladaban a Brennan de la camilla a la furgoneta, Ahmed se acercó a la ambulancia. Djamila le vio introducir la mano en la parte posterior, pero no consiguió ver qué hacía.

Cuando Ahmed se acercó a los demás, Djamila intervino de nuevo.

—Ahmed, estuvimos juntos en los campamentos de Pakistán. Tienes que acordarte de mí.

Él ni siquiera se molestó en replicar.

Djamila gritó al verle con un cuchillo en la mano dirigido al cuello del presidente.

Adnan fue más rápido y derribó a Ahmed de un empujón.

—¡Idiota! —gritó Ahmed mientras se levantaba; Adnan le apuntaba con una pistola—. ¿No sabes quién es este? —Señaló a Brennan—. Es el presidente de Estados Unidos. El rey del mal. Ha destruido todo lo que teníamos.

—No le matarás —dijo Adnan.

—¡Hazme caso! —gritó Ahmed—. No volveremos a tener esta oportunidad. ¿Es que no te das cuenta? Los americanos seguirán matando. Nos matarán con sus tanques y aviones. Pero ahora podemos matar a su líder. Eso destruirá a América.

—¡No! —gritó Adnan.

—¿Por qué? —chilló Ahmed—. ¿Por el plan? —preguntó con sorna—. ¿Un plan urdido por un americano? ¿Es que no te das cuenta? Todo esto no es más que un complot para matarnos. Lo sabía. Siempre lo he sabido. Pero ahora nos vengaremos. —Sostuvo el cuchillo en alto—. Lo haremos ahora.

—No quiero matarte, Ahmed, pero lo haré.

—¡Mátame entonces!

Ahmed se abalanzó hacia delante y Adnan disparó.

Djamila gritó mientras Ahmed se desplomaba tras recibir el disparo en el centro del pecho. Adnan guardó el arma en la pistolera y apartó el cadáver de Ahmed. Djamila observó al poeta muerto con el rostro anegado en lágrimas.

Los otros siguieron trajinando con toda tranquilidad, como si hubiera muerto

una cucaracha en lugar de un hombre. Colocaron a Brennan en el compartimiento y una botella de oxígeno en el otro hueco. El médico le ajustó una mascarilla en la cara y activó el suministro de oxígeno.

Adnan cerró el compartimiento y se volvió hacia Djamilá, que seguía sollozando.

—Me conocía —dijo entre sollozos—. Era mi Ahmed.

Adnan la abofeteó a modo de respuesta. Ella se quedó tan perpleja que dejó de llorar de inmediato.

—Ahora sube a la furgoneta —le ordenó Adnan— y haz tu trabajo.

Sin mediar palabra, la mujer obedeció. La puerta del taller se abrió y la furgoneta salió a toda velocidad.

Adnan miró a los otros dos hombres y señaló con la cabeza el cadáver de Ahmed. Lo recogieron y lo lanzaron al foso mientras Adnan se vendaba el brazo herido, donde Alex le había disparado.

Adnan había sospechado que Ahmed intentaría algo. Lo había estado vigilando de cerca desde que habían cargado al presidente en la ambulancia.

Instantes después, los tres subían a la ambulancia; Adnan pasó a ser el paciente, el médico le atendía y el tercer hombre conducía. Ese era el plan original de huida, en el que también estaba Ahmed.

A pesar de esa tapadera, Adnan sabía que les habían visto en el hospital, y ahora estaba herido. Era posible que les detuvieran en algún control de carretera. En cualquier caso, servirían de señuelo. Poco después todo acabaría. Adnan miró al médico, un hombre de unos cincuenta años, y a juzgar por su expresión supo que pensaba lo mismo. Cerró los ojos y se sujetó el brazo herido. El dolor no era insoportable; había sufrido mucho más en el pasado. Sólo sería otra cicatriz en su colección personal. Sin embargo, presentía que sería la última. No pensaba pudrirse en una cárcel americana ni dejar que lo electrocutasen como a un animal.

Después de inspeccionar y evacuar el bloque de pisos, los policías habían arrojado varias granadas en el apartamento de la sexta planta. Sólo entonces, después del enfrentamiento más encarnizado jamás visto en Pensilvania desde Gettysburg, fue posible abatir a los dos francotiradores. Cuando los policías irrumpieron en el apartamento, encontraron los cadáveres de los dos hombres que habían disparado miles de balas con las M-50, que ardían al tacto de tanto uso.

El hospital se evacuó y encontraron a Alex Ford tendido en el asfalto, sangrando. Cuando lo reanimaron les contó lo ocurrido, y se ordenó la búsqueda de la ambulancia.

Djamila se topó con el primer control apenas cinco minutos después de salir de Brennan. Tenía tres coches por delante y la policía obligaba a salir del vehículo a los ocupantes.

Miró a los niños. El bebé se había dormido, pero los otros dos seguían llorando sin cesar, y a ella misma las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Ahmed le había dicho que no la conocía y que no le hablara. Y lo habían matado delante de sus ojos. Había intentado apuñalar al presidente. Se había rebelado contra el plan y lo había pagado con la muerte. Sin embargo, lo que más le dolía eran sus palabras: « No te conozco ». El odio lo había consumido y había destrozado el corazón del poeta. Para Djamila, esa era la única explicación plausible de lo sucedido.

Un golpecito en la ventanilla le devolvió a la realidad. Era la policía. Bajó la ventanilla y el policía oyó el llanto de los niños.

—Señora, ¿están bien los niños?

—Están asustados —respondió Djamila—. Yo también lo estoy. Hay sirenas y policía y gente corriendo y chillando. Vengo del centro y hay gente gritando por todas partes. Es una locura, el mundo ha enloquecido. Llevo a los niños a su casa. Soy la niñera —añadió, aunque era innecesario. Comenzó a sollozar, lo cual provocó que los niños lloraran con más ahínco. El bebé despertó y contribuyó con sus berridos al llanto general.

—Vale, vale —dijo el agente—. Nos daremos prisa.

Hizo una seña a sus hombres. Repasaron la furgoneta, incluso los bajos. Pasaron apenas a unos centímetros del lugar en que el presidente yacía inconsciente, pero la policía estaba deseosa de inspeccionar el siguiente coche. A juzgar por el mal olor que procedía del asiento trasero, los tres niños se habían hecho las necesidades encima.

Los agentes cerraron las puertas.

—Buena suerte —le dijo uno de ellos y le indicó que siguiera.

Al cabo de un minuto, tras varios intentos, George Franklin logró hablar con la policía e informó de lo sucedido, facilitando la descripción de Djamila, los niños y la furgoneta. Sin embargo, Djamila estaba de camino al punto de encuentro acordado antes de que el mensaje llegara a los controles policiales.

Diez minutos más tarde, el helicóptero negro sobrevoló el recinto ceremonial y aterrizó en el aparcamiento. Se abrió una de las puertas, Hemingway saltó y corrió al encuentro de Gray, que estaba hablando con varios agentes federales.

—Dios mío, señor, regresábamos de Nueva York cuando nos enteramos de todo. ¿Sigue con vida el presidente?

Gray se había recuperado por completo.

—Acabamos de saber que lo han secuestrado —respondió—. Tengo que

volver a Washington lo antes posible.

Al cabo de unos instantes, el helicóptero se elevó y se dirigió al sur.

Djamila condujo lentamente de regreso a la casa de los Franklin desde el punto de encuentro. El traslado del presidente desde la furgoneta hasta el medio de transporte definitivo se había realizado sin contratiempos en apenas un minuto. Encendió la radio para ahogar el alboroto de los niños en el asiento trasero y oír las noticias. Todas las emisoras anunciaban los insólitos acontecimientos, aunque no parecían tener mucho sentido. Había informes de muchos muertos, pero parecía que al país entero, que había estado viendo el acto por la televisión, le aliviaba que hubieran llevado al presidente al hospital a toda prisa. Pronto sabrían que la verdad era bien distinta.

Tan enfrascada iba Djamila en sus pensamientos que no se percató de que los coches patrulla comenzaban a acercársele por detrás. Finalmente, miró por el retrovisor y vio las luces de emergencia. Oyó que le daban una orden por el megáfono:

—¡Detenga la furgoneta y salga de inmediato!

Djamila no detuvo la furgoneta y no tenía intención alguna de salir de inmediato. Es más, aceleró un poco.

En el primer coche patrulla los agentes se miraron entre sí.

—Parece que todavía lleva a los niños.

El otro policía asintió.

—Podemos cerrarle el paso y convencerla de que salga.

—Sí, pero ¿y si no quiere salir? Llama a una unidad de francotiradores, rápido.

—Creo que no queda ninguna. Joder, no hemos tenido ni un asesino en cuatro años y ahora, en un día, atacan al presidente y una niñera pirada secuestra a los niños que cuida.

A medio kilómetro de distancia otro coche patrulla bloqueaba la carretera. Djamila lo vio, salió del asfalto y condujo por la hierba. Los coches patrulla se disponían a perseguirla, pero se detuvieron al ver que Djamila giraba, encaraba la furgoneta hacia la carretera y frenaba. Se quitó el cinturón de seguridad y pasó al asiento trasero.

—¿Qué coño pasa? —dijo un policía—. ¿Crees que le hará daño a los niños?

—¿Quién sabe? ¿Qué hay del francotirador?

—Se rieron cuando les pedí uno; diría que no es una buena señal.

—No podemos arriesgarnos a disparar con los niños dentro.

—¿Qué hacemos entonces?

—¡Mira! Se está abriendo la puerta lateral.

Vieron que un brazo depositaba al bebé en el suelo con su silla de seguridad. A continuación sucedió otro tanto con los dos niños.

—No lo entiendo —dijo el policía que iba en el asiento del pasajero.

—Si intenta atropellaros, dispara contra los neumáticos y yo le dispararé a la cabeza por el parabrisas —replicó el otro.

Los policías salieron del coche; uno llevaba una pistola y el otro un fusil.

Sin embargo, Djamila no pensaba hacer daño a los niños. Los miró uno á uno mientras se sentaba de nuevo al volante e incluso saludó al mayor.

—Adiós, Timmy —le dijo por la ventanilla—. Adiós, niño malo.

—Djamila —respondió el niño, sollozando mientras se despedía con la mano.

Aunque a Djamila no le caía bien Lori Franklin, se alegraba de no haberla matado. Los niños necesitaban a su madre. Sí, los niños siempre necesitaban a su madre.

Extrajo un papel del bolso y anotó algo. Lo dobló con esmero y lo sujetó con la mano. Puso la primera, avanzó y regresó a la carretera.

Otro coche patrulla se había sumado a la persecución. Djamila se dirigió hacia los dos policías que estaban junto al coche patrulla.

—Detenga el coche —le dijo uno de ellos por el megáfono.

Ella no se detuvo; aceleró.

—¡Detenga el vehículo o abriremos fuego! —Los dos policías la apuntaron con las armas. Uno de los coches patrulla la cercó por detrás y el otro fue a recoger rápidamente a los niños.

—Dispara a los neumáticos —ordenó uno de los policías mientras la furgoneta se les echaba encima.

Los dos dispararon y destrozaron los neumáticos delanteros. Djamila pisó a fondo el acelerador y la furgoneta traqueteó a toda velocidad sobre los neumáticos reventados.

—¡Deténgase! —gritó el policía por el megáfono.

Los que perseguían a Djamila dispararon contra los neumáticos traseros, pero la furgoneta siguió avanzando, dando bandazos en dirección a los dos policías.

—¡Está loca! —exclamó uno de ellos—. ¡Nos atropellará!

—¡Deténgase o le dispararemos!

Djamila ni siquiera le oía. Salmodiaba una y otra vez en árabe: « No hay otro dios excepto Alá ». Por unos instantes, mientras conducía a toda velocidad, pensó en un joven llamado Ahmed que, a pesar de haberle robado el corazón, no la conocía. Ahmed, el poeta, que ahora estaba muerto, seguramente en el paraíso. Pensó en el profeta Mahoma subiendo la *miraj*, o escalera, aquella fatídica noche

hasta llegar a la Mezquita Lejana, el «séptimo paraíso» sagrado. Era el paraíso prometido y sería hermoso. Mucho mejor que cualquier cosa en la Tierra.

No quitó el pie del acelerador y la furgoneta destrozada se abalanzó sobre los policías. La escopeta y la pistola rugieron a la vez. El parabrisas de la furgoneta estalló y el vehículo se desvió y chocó contra un árbol.

El claxon de la furgoneta comenzó a sonar. Los policías se acercaron corriendo y abrieron la puerta del conductor con cautela. La cabeza ensangrentada de Djamila descansaba sobre el volante con los ojos abiertos, aunque ya no veía nada. Mientras los policías retrocedían, un trozo de papel cayó al suelo revoloteando. Uno de ellos lo recogió.

—¿Qué dice? —preguntó el otro—. ¿Es una nota de suicidio?

La miró, se encogió de hombros y se la entregó a su compañero.

—No entiendo el chino.

De hecho, era árabe. Djamila había anotado algo.

La hora y fecha exactas de su muerte.

Gray no dijo nada en el viaje de vuelta en helicóptero a Washington. Hemingway no trató de imaginar qué estaría pensando, ya tenía bastante con lo suyo.

Aterrizaron en el NIC y Gray bajó del helicóptero.

—¿Quiere ir a casa, señor?—le preguntó Hemingway.

El otro le miró con expresión incrédula.

—El presidente ha desaparecido. Tengo mucho trabajo.

Entró en la sede del NIC y el helicóptero despegó de nuevo. Hemingway dio instrucciones al piloto por los auriculares. Tyler Reinke las confirmó y se dirigieron al oeste.

Hemingway miró el suelo del helicóptero. En el compartimiento de carga situado treinta centímetros debajo de él, el presidente James Brennan dormía plácidamente.

A las pocas horas, hasta en los lugares más remotos del planeta se conocían algunos detalles de lo sucedido en la pequeña ciudad de Brennan, Pensilvania.

El Servicio Secreto había aplicado de inmediato la continuidad del plan gubernamental protegiendo a todas las personas de la cadena de mando hasta el secretario de Estado. El vicepresidente Ben Hamilton había asumido el cargo de jefe del ejecutivo según lo establecido en la Vigésimoquinta Enmienda de la Constitución; era la primera vez que se aplicaba ante el secuestro de un presidente.

Y el presidente en funciones no era un hombre feliz.

Hamilton había destrozado verbalmente al director del Servicio Secreto. Luego había convocado a los jefes de todas las agencias de inteligencia en la Casa Blanca para reprenderlos por no haber anticipado una operación que, a todas luces, había necesitado mucha planificación y recursos humanos. Era bien sabido que el vicepresidente aspiraba a ser presidente. Resultaba obvio que, aparte del daño que el secuestro causaba al país, no le resultaba beneficioso asumir el mando supremo de ese modo.

Acto seguido, ordenó a Carter Gray que acudiera al Despacho Oval esa

noche.

A decir de todos, Gray se tomó la diatriba con calma. Cuando Hamilton acabó, Gray le preguntó con toda tranquilidad si podía marcharse para proseguir la búsqueda del presidente y traerlo de vuelta sano y salvo. La respuesta del nuevo mandatario, según las fuentes que la oyeron a través de las gruesas paredes, no era apta para publicarse en ningún periódico.

A petición de Kate, Adelpia y el Camel Club se reunieron de nuevo en la cochera al regresar de Brennan. Adelpia todavía parecía horrorizada. Kate le dio agua y un paño húmedo, pero se quedó mirándose las manos y meneando la cabeza.

—Alex está bien —dijo Kate—. Aunque no he podido verle, hemos hablado por teléfono unos minutos.

—Seguro que está dando parte de lo sucedido —replicó Reuben—. Estaba en pleno meollo. Tal vez vio algo que podría ayudar.

—¿Qué pudo ver que sirva de ayuda? —preguntó Stone.

—Tiroteos, gente muriendo y coches en llamas —enumeró Caleb.

—Y el secuestro del presidente —añadió Milton.

—Pero antes de eso ya le pasaba algo —dijo Caleb—. Lo vi en la pantalla gigante. Se estaba apretando el pecho.

—¿Un infarto? —sugirió Reuben.

—Es posible —dijo Stone.

—Bueno, los árabes estaban disparando —añadió Reuben—. Cogí una de sus armas antes de que se lo cargaran.

—Fue un ataque coordinado, de eso no hay duda —comentó Stone—. Incluso en medio de aquel caos me pareció obvio. Francotiradores y hombres que se inmolan vivos y luego más francotiradores. Secuencias de disparos con blancos predeterminados.

—Al menos la limusina presidencial logró escapar —observó Kate—, aunque acabaran secuestrando al presidente.

—Sí —dijo Stone—, pero seguramente los autores lo planificaron de modo que la limusina lograra escapar tras separarse del resto de la caravana. —Miró a Milton, que tecleaba a toda velocidad en su portátil—. ¿Alguna novedad?

—Se ha confirmado la desaparición del presidente; hubo un enfrentamiento encarnizado frente al hospital Mercy de Brennan.

—El hospital Mercy —repitió Stone pensativamente—. Si el presidente se encontraba mal, tenían que llevarlo allí, es el procedimiento normal.

—Pero quemaron la ambulancia —dijo Kate.

—También formaba parte del plan —replicó Stone.

Caleb les miró.

—¿Y ahora qué?

—Debemos hablar con Alex; tiene que ver la grabación —dijo Kate.

—Ahora estará más que ocupado —comentó Reuben.

—Iré a verle en cuanto regrese a casa —dijo Kate—. Sé que querrá ayudarnos.

Sin embargo, Stone no parecía tan convencido.

En la sede del Servicio Secreto, la sala de crisis bullía de actividad. Aunque oficialmente el FBI se ocupaba de la investigación, el servicio no pensaba mantenerse al margen.

Alex Ford, con el brazo vendado, las costillas magulladas y los pulmones pesados como si aún estuvieran llenos de hollín, había dado parte de lo sucedido por décima vez y, a su vez, le habían informado de los últimos acontecimientos.

—Tenemos al guardia de seguridad del hospital —dijo Wayne Martin, director del Servicio Secreto—. Los dos hombres de la ambulancia murieron durante un tiroteo, pero tenemos a ese cabrón.

—¿Y el presidente? —preguntó Alex.

—No sabemos nada —dijo Martin—. Creemos que lo trasladaron a otro vehículo. Es posible que participara una mujer llamada Djamila Saelem. Trabajaba de niñera para un matrimonio de Brennan, los Franklin. Maniató a la señora Franklin y se llevó a los niños. Luego liberó a los niños, pero murió al intentar atropellar a unos policías.

—¿Qué relación guarda con el presidente? —preguntó otro agente.

—Creemos que usó a los niños para pasar los controles. Una niñera con tres niños llorones no ocupa el primer lugar de la lista de sospechosos.

—Sigo sin entenderlo —comentó el mismo agente.

—Cuando los policías inspeccionaron la furgoneta que Djamila conducía encontraron un compartimiento secreto en la parte trasera. Estaba revestido de cobre y plomo y tenía la forma de un hombre de las dimensiones aproximadas del presidente, y espacio para una botella de oxígeno. La señora Franklin explicó que la niñera se alteró cuando le dijo que había cambiado de planes e iría a la ceremonia con los niños. Eso habría fastidiado el plan, así que tuvo que quitarla de en medio.

—¿Ha hablado? —preguntó Alex—. Me refiero al guardia de seguridad.

—El FBI ha asumido la investigación —dijo Martin con amargura—, pero introdujimos sus huellas en el sistema y no salió nada.

—Señor, ese tipo no es un principiante. No me creo que sea su primera operación —dijo Alex.

—Ya, pero supongo que es la primera vez que lo atrapan —conjeturó Martin. Entonces Alex formuló la pregunta que más temía:

—¿Cuántos muertos, señor?

Martin lo miró extrañado.

—Contando los del recinto ceremonial y lo sucedido en la ciudad, veintiún terroristas.

—Me refiero a los nuestros.

Martin miró a los hombres y mujeres que había en la sala.

—No es del dominio público y no lo será hasta que sepamos qué está pasando. —Hizo una pausa—. De momento no hemos tenido bajas.

Alex se levantó y lo miró.

—¿De qué está hablando? Había agentes cayendo por todas partes. Estaba allí. Los vi, joder. ¿Se trata de alguna jugarreta política de mierda? Si es así, da asco.

—Tranquilo, Alex —dijo Martin—. Sé que estás tomando medicinas fuertes para el dolor, pero será mejor que no me hables así.

Alex respiró hondo y se sentó de nuevo.

—Tuvimos bajas, señor.

—Dispararon a los nuestros, a más de veinticinco, aparte de a unos quince uniformados. Y al doctor Bellamy. —Hizo una pausa—. Pero les dispararon dardos sedantes. Todos se han recuperado. Por eso los francotiradores pudieron pasar las armas por los magnetómetros. Las armas y los dardos eran de materiales compuestos, sin metal. —Hizo una pausa y añadió—: Nada de esto debe salir de esta sala.

Los presentes se miraron entre sí.

—¿Armas sedantes? En el hospital no dispararon dardos sedantes. Eran balas de verdad.

—Los francotiradores dispararon dardos a los otros dos agentes que encontramos allí. Luego se enfrentaron a los refuerzos con munición real. Sin embargo, a pesar de estar a mayor altura y disponer de uno de los mejores rifles de francotirador del mercado, no hirieron a nadie con munición real. Los testigos dicen que los francotiradores dispararon alrededor de los nuestros. Lanzaron ráfagas de disparos frente al hospital para mantenernos alejados. Eso parece obvio ahora. Al parecer no efectuaron disparos mortales, aunque nuestros agentes aseguran que les sobraron oportunidades. No digo que lo entienda, pero esos son los hechos.

Alex se tocó el brazo herido.

—Conmigo usaron munición real.

—Felicidades, has sido el único. Supongo que no previeron que intentases estropearles los planes.

—Está claro que no los estropeé lo suficiente.

Martin lo miró de hito en hito.

—Hiciste cuanto habría hecho cualquier agente.

Alex no le agradeció el cumplido.

—El plan consistía en trasladar al presidente al hospital sin el contingente de

seguridad normal. Conocían bien nuestros métodos y procedimientos y los usaron en nuestra contra. Creemos que el hecho de que usasen munición letal es buena señal para el presidente. Podrían haberlo matado fácilmente.

—O sea que lo utilizarán para chantajearnos y no exigirán dinero —comentó otro agente.

—Es lo más probable —admitió Martin—. Vete a saber qué pedirán.

—Pero ¿por qué tomarse la molestia de no matarnos, señor? —preguntó Alex exasperado—. Esa es su pauta, basta con recordar el 11-S, el *USS Cole* y Grand Central. Y murieron durante el ataque. No tiene sentido.

—Cierto, no tiene sentido. Parece que pisamos un terreno nuevo. —Martin cogió un mando a distancia y lo apuntó hacia una enorme pantalla de plasma colgada de la pared—. Acaba de llegarnos esta grabación. Quiero que os sentéis y la observéis atentamente. Si alguien ve algo extraño, que lo diga alto y claro.

Se encendió el aparato y Alex contempló el desarrollo de los terribles acontecimientos de Brennan.

Lo vieron tres veces y, si bien algunos agentes realizaron comentarios, ninguno advirtió nada anormal. Resultaba obvio que los terroristas estaban organizados y eran muy disciplinados.

—Quitaron de en medio al doctor Bellamy y la ambulancia para que tuviéramos que llevar al presidente al hospital —dijo Martin—. Luego usaron un camión con remolque y derribaron el depósito de agua para impedir el paso de los refuerzos. Muy listos.

—Pero el presidente tenía mal aspecto —dijo Alex—. Recuerdo que se llevaba las manos al pecho. Cuando llegamos al hospital me dijo que se estaba muriendo. Le tomé el pulso y parecía correcto, pero no soy médico.

—El personal del hospital dijo que un médico le inyectó algo y perdió el conocimiento —añadió Martin.

—No podían confiar en que enfermase y le llevaran al Mercy —dijo Alex—. Tuvieron que hacerlo de alguna manera en la ceremonia.

—Vale, pero no sabemos cómo lo hicieron.

—Quizá le dieron con un dardo —conjeturó otro agente.

—Es posible. Los dardos son silenciosos, pero nadie vio armas hasta la primera descarga de disparos. Hemos repasado la grabación cientos de veces. El presidente no se estremece ni hace gestos que indiquen que le han dado. Incluso con un dardo se produce una reacción física en el momento del impacto.

En ese momento entró Jerry Sykes con un documento.

—Acaba de llegar, señor.

Martin lo leyó y miró a los reunidos.

—El Mercy ha informado de que cinco personas han acudido al hospital quejándose de problemas respiratorios y síntomas de ataque cardíaco. Nos han enviado un resumen de la descripción de esas personas y otros detalles. Ahora

mismo las están tratando, pero no parecen estar enfermas.

—Tal vez se trate de alguna clase de agente biológico liberado en el aire —sugirió Sykes.

—¿Y sólo ha afectado al presidente y a pocos más? Vaya agente biológico más ineficaz —repuso Martin.

Alex observaba la pantalla.

—¿Las cinco personas que acudieron al hospital eran un miembro de la Guardia Nacional, dos ancianos, una joven y una señora?

Martin lo comprobó en el documento.

—¿Cómo coño lo sabías?

Alex señaló la pantalla y dijo:

—Retroceda y ponga esa secuencia a cámara lenta.

Todos observaron a Brennan estrechando las manos en la línea acordonada.

—Vale, párelo ahí —pidió Alex.

Martin lo hizo.

—Observad la mano del tipo —dijo Alex señalando la prótesis del guardia nacional.

—No es de verdad, Alex —dijo Sykes—. Varios agentes se percataron de ello.

—Sí, yo también —dijo Alex—. Le estrecha la mano con la derecha, que es artificial. Luego veréis a Brennan estrechando otras cinco manos. Póngalo en marcha.

El guardia nacional saludó al presidente.

—Párelo ahí —dijo Alex—. Le saluda con la izquierda o con el garfio izquierdo. ¿Una mano y un garfio?

—A lo mejor está esperando que le hagan la otra —dijo Martin con impaciencia.

—Pero ¿por qué estrecha con la mano derecha y saluda con la izquierda?

—Soy zurdo —dijo Sykes—, pero la mayoría de la gente es diestra, así que casi siempre estrecho la mano con la derecha, pero a veces saludo con la izquierda. ¿Y qué?

—Vale, ¿alguien ha visto algo? —preguntó Martin.

Alex siguió observando la mano.

—¿Puede hacer un *zoom* sobre la mano del tipo?

Martin y Sykes arrugaron el entrecejo.

—Hacedme caso —dijo Alex—. Tampoco puede decirse que los demás hayáis visto algo.

Martin pulsó el botón del *zoom* hasta que la prótesis llenó la pantalla.

—Fijaos en eso —dijo Alex.

—¿En qué? —preguntó Martin.

—En la humedad que hay en la palma del tipo.

Sykes resopló.

—Es sudor. Era un día caluroso, Alex.

—Cierto. Era un día caluroso, pero las manos artificiales no sudan.

—¡Maldita sea! —exclamó Martin mirando la pantalla de hito en hito.

Poco después, mientras todos abandonaban la sala, Martin detuvo a Alex.

—No tienes que avergonzarte de nada —le dijo—. Es más, eres un jodido héroe.

—No se lo cree ni usted —replicó Alex—. Y yo menos.

Habían transcurrido veinticuatro horas y el país, presa del pánico, seguía esperando que le informaran sobre el presidente desaparecido. Habían encontrado la dirección del guardia nacional, pero cuando llegaron a la casa no había nadie. Se descubrió que los otros pacientes del hospital sufrían los efectos de un poderoso alucinógeno sintético que se absorbía a través de la piel. Las pruebas revelaron que provocaba síntomas propios de un infarto, parálisis parcial y sensación de muerte inminente. El hospital llamó a los científicos y técnicos de la CIA para que les ayudaran a identificar la sustancia. La CIA se apresuró a informar que nunca había empleado esa sustancia, pero que los enemigos de EE. UU. sí, los muy cabrones. Sin embargo, las buenas nuevas eran que la sustancia no era letal y sus efectos podían paliarse con medicamentos. Al parecer, la sustancia se había transmitido cuando el presidente estrechó las manos de las cinco personas en la línea acordonada.

Se había encontrado otro cadáver en un taller mecánico del centro de Brennan. Alex lo identificó: era el que había conducido la ambulancia frente al hospital. El taller pertenecía a un empresario estadounidense; sin embargo, fue imposible dar con él. El informe balístico reveló que la bala extraída del cadáver procedía de la misma pistola que había herido a Alex. La bala había rebotado en el brazo de este y se había incrustado en un pasamanos de madera. Si a eso se le sumaba la cercanía del taller respecto al hospital, todo parecía indicar que el traslado de la ambulancia a la furgoneta de Djamilia se había realizado en ese taller. Era obvio que luego habían trasladado al presidente a otro medio de transporte, y después habían abandonado la zona.

El presidente en funciones, Hamilton, se había dirigido en varias ocasiones a la población para asegurarles que el país no corría peligro y que quienquiera que hubiera cometido aquellos terribles actos recibiría su justo castigo. Exigió a los secuestradores que devolvieran al presidente enseguida y sano y salvo o que, de lo contrario, se los aniquilaría a ellos y a cualquier país que les ayudase.

Sin embargo, el secuestro había conmocionado a EE. UU. Los mercados financieros se habían desplomado; la gente temía salir de casa; el país estaba paralizado. El que unos extremistas musulmanes alentaran a los secuestradores a asesinar a Brennan, si es que todavía seguía con vida, y a mostrar el cadáver al

mundo no contribuyó precisamente a apaciguar los ánimos.

Las fuerzas del Mando Aéreo Estratégico (SAC) estaban en el nivel 2 de emergencia; era la segunda vez que el SAC alcanzaba ese nivel, la anterior había sido durante la crisis de los misiles de Cuba en 1962. Durante el 11-S sólo se había llegado al nivel 3. Los expertos militares advirtieron que, dependiendo de los sucesos futuros, era bien posible pasar al nivel 1. Entonces nadie sabía qué ocurriría.

Los servicios de inteligencia se esforzaban al máximo para identificar a los secuestradores. También se realizaron pesquisas diplomáticas por doquier. El Pentágono se moría por encontrar un blanco donde apuntar todo su armamento de alta tecnología.

En una conversación con un senador del Comité de las Fuerzas Armadas, un general de tres estrellas declaró: «Ya no les investigaremos más ni les pondremos más soldados a tiro. Ahora sólo usaremos misiles. Ya pueden irse despidiendo de este mundo». El senador no disintió.

La tensión entre el mundo islámico y EE. UU. alcanzó cotas nunca vistas. Aunque ninguna organización terrorista había reivindicado el secuestro, todos los terroristas muertos en Brennan eran árabes. Habían introducido sus huellas y otra información en el vasto y completo sistema del NIC y, por increíble que pareciera, no habían obtenido nada. Resultaba desconcertante que los servicios de inteligencia del país más poderoso del mundo no tuvieran nada de información sobre los autores, pero así estaban las cosas.

La mayoría de la gente no pensaba en esa anomalía, sólo quería al presidente de vuelta; y también querían saber cómo era posible que todo aquello hubiera ocurrido.

Al anoecer del día siguiente al secuestro, tras haberle telefoneado en repetidas ocasiones sin obtener respuesta, Kate Adams llamó a la puerta principal de la casa de Alex Ford en Manassas.

Kate oyó en el interior los rasgueos de una guitarra. De pronto se detuvieron y unos pasos se acercaron a la puerta.

—¿Sí?

—Alex, soy Kate.

Alex abrió la puerta. Estaba despeinado y sin afeitarse. Llevaba unos vaqueros desgastados, una camiseta sucia e iba descalzo. Tenía los ojos inyectados y el aliento le olía a alcohol. Sostenía una guitarra acústica negra en la mano derecha.

—No me has devuelto las llamadas. Estaba muy preocupada —le dijo.

—Lo siento, he estado ocupado —replicó Alex, lacónico.

Kate observó el instrumento.

—¿Cómo puedes tocar la guitarra con el brazo herido?

—¿A quién le hace falta un cabestrillo si tiene Jack Daniels?

—¿Puedo pasar?

Él se encogió de hombros, se apartó y cerró la puerta tras Kate.

—Me sorprende que la casa no esté rodeada de furgonetas de los medios de comunicación.

—No han publicado mi nombre. Sólo soy el agente del Servicio Secreto no identificado que la cagó y dejó que secuestraran al presidente.

La condujo hasta un pequeño salón y se sentaron. Apenas había mobiliario en la habitación. De hecho, a Kate le dio la impresión de que era como si alguien acabara de instalarse o estuviera a punto de marcharse. Lo único que llamaba la atención era un estante repleto de vasos para chupitos.

—Tengo vasos para chupitos de todos los lugares en que he estado en misiones de protección —dijo Alex, situándose a espaldas de la chica, que se volvió—. Después de tantos años no es exactamente un gran trofeo, ¿no?

Se produjo un silencio incómodo que él acabó rompiendo.

—¿Te apetece tomar algo?

—Nada tan fuerte como lo que estás bebiendo.

Alex se levantó y regresó al cabo de unos instantes con un vaso de Coca-Cola con hielo.

—Sin *whisky*, ¿no? —preguntó Kate.

—Se me ha acabado. Qué curioso, ayer tenía una botella entera.

—Entonces, ¿ese es el plan? ¿Quedarte aquí y emborracharte mientras cantas baladas de Johnny Cash?

—Al menos es un plan —respondió él con hastío.

—No muy bueno que digamos.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Me prometiste que te reunirías con Oliver y los otros.

—Ah, sí, el Club de la Cámara —dijo distraídamente.

—No, el Camel Club.

—Lo que sea —resopló, y comenzó a rasguear la guitarra.

Kate echó un vistazo y se fijó en una fotografía. La cogió. Aparecía un hombre alto y esbelto con el rostro curtido y el pelo alisado hacia atrás de forma exagerada. Le colgaba un cigarrillo de los labios y sostenía una guitarra.

Kate miró a Alex, que la observaba.

—¿Tu padre?

—El único e incomparable Freddy *Bólido* Ford —dijo.

—No se parece mucho a Johnny Cash.

—Lo sé. Se parece más a Hank Williams.

Kate dejó la fotografía y miró alrededor.

—No parece muy acogedor, ¿eh? —ironizó Alex—. La vida de agente secreto no casa muy bien con la vida hogareña.

Kate sonrió.

—No te preocupes, no te persigo por el dinero.

—Me alegro.

Kate se sentó de nuevo y sorbió la Coca-Cola.

—Tienes que ver a Oliver, Alex. Recuerda que han secuestrado a una mujer.

—Que llamen al FBI, aunque supongo que están ocupados con otro secuestro.

—Quieren verte.

Alex se señaló.

—Mírame bien, Kate. Si tu hermana hubiera desaparecido, ¿querrías que me ocupara del caso?

—Sí.

—Tonterías.

—Por favor, Alex, ¿irás a verles?

—No, no pienso ir.

—¿Por qué no?

—¡No tengo por qué dar explicaciones a nadie!

Kate dejó el vaso y se levantó.

—Siento que te pongas así.

Se volvió para marcharse, pero él le puso una mano en el hombro y la hizo volver.

—La cagué, Kate —dijo—. No hice mi trabajo.

—No fue por tu culpa. Casi te mataron.

—Me embaucaron como si fuera un principiante. ¿Un guardia de seguridad de aspecto árabe sale casualmente del hospital y se ofrece a ayudarme? Y yo dejo que el muy hijoputa se largue con el presidente.

—No dejaste que se largara. Descubriste su plan.

—Sí, sesenta segundos demasiado tarde y en mi trabajo, eso no sirve. —Se apoyó contra la pared—. ¿Recuerdas lo que me dijo Clint Hill, el tipo del Servicio Secreto que trabajaba para Kennedy?

—Que no querrías ser como él porque había perdido al presidente.

—Exacto —replicó Alex—. Y ahora sé exactamente a qué se refería.

Carter Gray apenas había dormido desde el secuestro de Brennan y, sin embargo, no hacía progresos en la investigación. Treinta y seis horas después del secuestro del presidente, estaba sentado a la mesa de interrogatorios del NIC. Al otro lado, encadenado a la silla y vigilado de cerca por dos guardias fornidos, había un hombre que respondía al nombre de Farid Shah, que coincidía con sus documentos oficiales. Gray sabía que era un montaje y había logrado que los del FBI le entregaran a Shah, básicamente porque Gray estaba al tanto de los trapos sucios del director del FBI.

—Farid Shah, de India —dijo Gray—, pero no es indio.

—Mi padre era indio y mi madre saudí. Me parezco a ella —dijo el hombre con tranquilidad. Llevaba el brazo herido vendado en un costado. No iban a permitirle que llevara un cabestrillo porque era una herramienta muy eficaz para suicidarse.

—¿Un hindú que se casa con una musulmana?

—Le sorprendería saber que es más común de lo que cree.

—¿Y cómo llegó de India a América?

—América, tierra de oportunidades —respondió de forma vaga.

—¿Ahora los musulmanes reclutan a los hindúes como terroristas?

—Soy musulmán practicante. Estoy seguro de que me ha visto practicar el *salat* en la celda, ¿no?

—Señor Shah, usted me resulta familiar.

—He descubierto que para la mayoría de los americanos nos parecemos mucho.

—No soy la mayoría de los americanos. ¿Cómo consiguió el trabajo de guardia de seguridad en el hospital?

El prisionero bajó la vista y no respondió.

—¿Quiénes son estas personas? —preguntó Gray mientras colocaba las fotografías en la mesa—. ¿Familiares? —No hubo respuesta—. Las encontraron en su apartamento, por lo que en teoría las conoce. En la parte posterior de cada foto hay datos escritos en árabe. Parecen fechas de nacimiento y muerte e información adicional. —Sostuvo en alto la fotografía de un adolescente—. Dice que tenía dieciséis años cuando murió durante la guerra de Irán-Irak. ¿Era su

hermano? ¿En qué bando estaba él? ¿En qué bando estaba usted?

Gray no esperó respuesta porque sabía que no la habría. Sostuvo otra fotografía, esta vez de una mujer.

—Dice que murió en la « primera invasión americana de Irak ». Supongo que se refiere a la guerra del Golfo, cuando Irak invadió Kuwait y EE. UU. acudió en ayuda de Kuwait. ¿Era su mujer? ¿Luchó para Sadam Husein? —De nuevo, no hubo respuesta.

Gray cogió la fotografía de una adolescente. Le dio la vuelta y leyó:

—« Muerta en la segunda invasión de Irak ». ¿Era su hija? —El prisionero seguía mirándose las manos—. Ha perdido a todos ellos, a su familia y amigos durante la guerra y la insurrección; musulmanes contra musulmanes y luego musulmanes contra americanos. ¿Se trata de eso? —Se acercó al prisionero—. ¿Es una cuestión de venganza?

Luego recogió las fotografías lentamente e hizo una seña a los guardias.

—Volveré en breve —le dijo al indio mientras se levantaba—. Y entonces me lo contará todo.

A la mañana siguiente, en respuesta a los rumores, se comunicó al país que durante el secuestro los terroristas habían utilizado armas sedantes. No había muerto ningún estadounidense, aunque muchas personas resultaron heridas durante la estampida de la multitud. Las muertes confirmadas de veintinueve árabes produjeron estupor en el resto del mundo. El titular del *New York Times* lo resumía así: « ¿Terroristas suicidas que sólo se matan a sí mismos? ». Un comentario en el *Washington Post* se preguntaba si se debía al hecho de que los magnetómetros habrían detectado las armas reales. Sin embargo, nadie se explicaba por qué los francotiradores del hospital también habían empleado munición sedante. El titular del *New York Post* lo resumía sin rodeos: « ¿Qué demonios está pasando? ».

La violencia se propagaba por las calles de EE. UU. y el resto del mundo. Era cuestión de tiempo antes de que ocurriera una tragedia.

Esa misma mañana, la Casa Blanca recibió más noticias sorprendentes. Las principales televisiones estadounidenses habían recibido un mensaje de la cadena árabe Al Yazira comunicando que estaban a punto de emitir una nota con las exigencias del rescate que acababan de recibir. Los representantes de Al Yazira afirmaban que en la nota había revelaciones sensacionales. Nadie, ni siquiera el presidente en funciones, recibiría por adelantado una copia de las exigencias del rescate. Al parecer, los secuestradores querían que el gobierno las supiera al mismo tiempo que el resto de la población.

La reacción del presidente en funciones Hamilton, de haber sido en directo en la televisión, habría necesitado unos cuantos pitidos y recibido una reprimenda oficial de los censores televisivos por blasfemar en directo. Pero ¿qué podía

hacer? Hamilton convocó al Gabinete, a los asesores y los militares más importantes para ver el comunicado.

—¿Cómo coño sabemos si esa gente tiene a Brennan? Podría ser una tomadura de pelo —advirtió el consejero de Seguridad Nacional.

—Exacto —convino el secretario de Defensa, Joe Decker. Era un respetado miembro del Gabinete que hacía bien su trabajo y se implicaba al máximo en los juegos políticos. Tenía fama de ser un hombre que no temía apretar el gatillo. Decker era un halcón de la administración Brennan y Hamilton confiaba en él para resolver la crisis.

Hamilton extrajo un papel del bolsillo.

—Las cadenas acaban de enviar esto a la Casa Blanca, junto con una carta de peticiones.

—¿Qué es, señor? —preguntó Decker.

—Dicen que son los códigos nucleares que llevaba el presidente Brennan. Tendremos que confirmar que sean los correctos. Obviamente, los códigos ya no son válidos.

Al cabo de unos minutos, tras una consulta rápida y una llamada telefónica, el secretario de Defensa miró a los demás, desalentado.

—Son los correctos.

Los hombres y mujeres de la sala bajaron la vista y evitaron el contacto visual. Todos estaban pensando lo mismo. Fuera lo que fuese lo que los secuestradores pidieran, sería algo que EE. UU. no podría permitir. Por desgracia, eso sellaría el destino del desafortunado James Brennan.

Un presentador de noticias entrecano apareció en la pantalla de plasma colgada en la pared.

—Juro por Dios —dijo Hamilton, verbalizando lo que temían todos los presentes— que si esos cabrones filman la decapitación de Brennan, en su país no quedará ni un edificio en pie.

El veterano presentador parecía alterado, pero comenzó a leer de inmediato. En primer lugar, EE. UU. y el resto del mundo debían reconocer que el islam era una gran religión y mostrarle el respeto que se merecía. Segundo, por cada dólar que EE. UU. daba a Israel o a Egipto, tendría que dar otro a Palestina para fomentar el desarrollo económico. Tercero, las tropas aliadas deberían retirarse por completo de Irak y Afganistán, aunque los cascos azules de la ONU podrían quedarse. Cuarto, debían eliminarse todas las bases militares aliadas de Afganistán. Quinto, todas las empresas privadas extranjeras dedicadas a la extracción de petróleo en Oriente Medio debían pasar a manos del país en que realizaban tales operaciones, incluyendo el oleoducto que atravesaba Afganistán. Sexto, cualquier empresa extranjera que se instalase en Oriente Medio debía ser propiedad casi exclusiva de árabes y debía reinvertir todos los beneficios en la región durante las dos décadas siguientes. Séptimo, EE. UU. y sus aliados debían

acordar que no invadirían ningún país salvo que les atacara el ejército de dicho país o que existieran pruebas fehacientes de que ese país respaldaba un atentado terrorista contra EE. UU. o sus aliados. Octavo, EE. UU. debía dejar de utilizar su ejército para remodelar el mundo a su antojo y debía respetar la multiculturalidad de Oriente Medio. Noveno, debía reconocerse expresamente que muchos problemas de Oriente Medio se debían a la política exterior errónea y a la explotación colonial de Occidente.

Mientras se leía la lista, el desaliento aumentaba en la Casa Blanca.

—Las mismas gilipollices de siempre —exclamó un general—. Ojalá fuesen más creativos.

—No podemos someternos al chantaje —dijo Hamilton. Miró alrededor buscando conformidad.

—Por supuesto que no —convino el representante de la Agencia de Seguridad Nacional.

—Claro que no —añadió el secretario Decker.

Todos empezaron a anotar las decisiones diplomáticas más adecuadas para el futuro inmediato. Entretanto, los generales y almirantes conferenciaron en un rincón para esbozar una respuesta militar.

La secretaria de Estado, Andrea Mayes, intervino.

—Un momento. Maldita sea, no demos por perdido a Jim Brennan. —Era una buena amiga del presidente.

El grupo del Pentágono la miró con incredulidad.

—¿De veras crees que nos lo devolverán así por las buenas? —espetó uno de ellos.

Se produjo un revuelo alrededor de la mesa hasta que lo acalló una voz poderosa. Todos se fijaron en Carter Gray, sentado al final de la mesa. Aunque su aura de invencibilidad había perdido fuerza, todavía se hacía respetar.

—Quizá —dijo señalando la pantalla— deberíamos escuchar el resto de las peticiones.

La sala enmudeció.

« Hay un apartado nuevo —comentó el presentador sosteniendo el papel. Se aclaró la garganta y leyó—: Los países civilizados que, de manera unilateral, imponen su voluntad con balas y bombas son terroristas y no tienen derecho a privar de ese privilegio a otros países. El que a hierro mata, a hierro muere. —El presentador hizo una pausa—. Ahora llegamos a la parte más extraña del comunicado, aunque, para serles franco, lo sucedido hasta ahora es la serie de acontecimientos más increíble que he visto durante los treinta y dos años que llevo presentando las noticias. —Hizo otra pausa, como si quisiera conferir a ese momento la gravedad que merecía» .

—Maldita sea —bramó el secretario Decker—. ¡Suéltalo ya, por Dios!

El presentador comenzó a leer de nuevo:

« Se satisfagan o no estas exigencias, dentro de una semana a partir de hoy el presidente James Brennan será liberado ileso en un lugar seguro, hecho que se comunicará de inmediato a las autoridades pertinentes para su recogida. Sin embargo, pedimos al mundo que se tomen en serio estas exigencias si verdaderamente deseamos *salaam*. —El presentador se apresuró a añadir—: Eso significa “paz” en árabe» .

Los presentes miraban el televisor tan desconcertados como sobrecogidos.

—¿Qué coño acaba de decir? —preguntó Hamilton.

—Ha dicho que se satisfagan o no las exigencias, liberarán ileso a James Brennan —respondió Gray.

—¡Y una mierda! —exclamó Decker—. ¿Creen que somos idiotas?

« No, no creo que piensen que sois idiotas» , pensó Gray.

—Esto es ridículo —añadió Decker indignado—. Lo que quiero saber es dónde reclutaron a quienes llevaron a cabo todo esto.

Gray lo miró con desdén.

—Hay más de mil millones de musulmanes en el mundo. Sabemos que cientos de miles están dispuestos a morir por la causa. Los musulmanes se caracterizan por su fervor religioso y hacen lo que se les pide sin cuestionarlo. ¿Crees que, dadas las circunstancias, sería difícil encontrar a dos docenas dispuestos a sacrificarse? Estamos en guerra contra ellos, Joe. Si ni siquiera conoces a tu enemigo, creo que el Departamento de Defensa no es el más adecuado para tus capacidades.

—¿A qué coño viene...? —Comenzó Decker, pero Gray lo interrumpió:

—Lo que debemos preguntarnos es quién urdió el plan. Dudo mucho que haya sido alguna de las organizaciones terroristas que conozco. Eso significa que hay alguien más. Alguien a quién debemos atrapar.

Después del sorprendente comunicado de los secuestradores, Gray regresó al trabajo con más determinación que nunca. En los archivos del NIC no había información sobre Farid Shah, por lo que ya había pensado dónde buscar a continuación. El FBI tenía el sistema automatizado de información sobre huellas dactilares de criminales, pero Gray sabía que no encontraría nada sobre Farid Shah. Nadie empleaba un nombre falso que tuviera un historial criminal. Como Gray había predicho, la búsqueda en la base de datos del FBI resultó infructuosa.

Fue en helicóptero hasta Brennan. Se había dispuesto un depósito de cadáveres provisional. Gray examinó todos los cadáveres. El del médico del hospital Mercy le resultó familiar, pero eso fue todo. Las fotografías que el NIC tenía en los archivos sobre terroristas eran de entre cinco y quince años atrás. La gente cambiaba mucho en ese período de tiempo. Gray repasó el recinto ceremonial, el taller mecánico, el hospital y el bloque de apartamentos donde los francotiradores habían mantenido a raya a la policía. Al jefe del NIC no se le ocurría nada, salvo maravillarse ante la elaborada planificación de los terroristas. ¿Quién había organizado todo aquello? ¿Quién?

En el viaje de vuelta en helicóptero observó las fotografías que había recogido en el apartamento de Shah. De repente se le ocurrió algo. El helicóptero se desvió hacia Langley.

Al llegar, Gray entregó las fotografías al director de la CIA y le pidió que realizase las investigaciones pertinentes de inmediato.

Esa misma noche, ya en el despacho, Gray recibió una llamada de Langley.

Habían traído a un informante árabe que creyó reconocer una fotografía. Se trataba de la joven. Era la hija de alguien con quien el informante había luchado en Irak, primero como parte de un movimiento clandestino contra Sadam Husein y luego contra la ocupación estadounidense. Cuando el informante vio la fotografía de la cara de Shah, lo reconoció de inmediato, aunque había cambiado mucho. Era el padre de la joven.

—¿Cómo se llamaba el padre?—preguntó Gray, impaciente.

—Adnan al Rimi—respondió el director de la CIA—, pero no puede ser. Está muerto.

Gray le dio las gracias y colgó. Accedió de inmediato a la base de datos,

consultó una fotografía de archivo de Rimi y la comparó con la que tenía del hombre que decía llamarse Farid Shah. Aunque existía cierto parecido, no era el mismo hombre, ni siquiera teniendo en cuenta los cambios de barba, pelo y peso.

Se reclinó en el asiento y dejó las fotografías en el escritorio. La base de datos del NIC se había manipulado y las huellas y las fotos se habían modificado. Habían pagado a Patrick Johnson para que lo hiciera y luego lo habían matado. Ahora tenía sentido, pero ¿qué podía hacer él? Había estado librando aquella guerra a partir de información errónea. Era mucho peor que un desastre, era el mayor revés profesional de toda su carrera.

Salió y se sentó en el banco situado junto a la fuente. Mientras escuchaba el sonido relajante del agua, alzó la vista y contempló el complejo del NIC, la agencia de inteligencia más importante del mundo. En aquel momento supo que no le servía de nada. Aquel trabajo lo había hecho alguien de la agencia. Las sospechas que tenía sobre los terroristas matándose entre sí y «resucitando» después se habían visto confirmadas. Pero ¿quién era el traidor? ¿Hasta dónde llegaba la traición? A pesar de la infinidad de recursos a su alcance, Carter Gray estaba completamente solo.

Tom Hemingway se sentó en el suelo de cemento en la postura del loto. Tenía los ojos cerrados y el pulso y la respiración tan lentos que, a primera vista, no parecía estar vivo. Cuando se levantó, recorrió el pasillo y entró en otra habitación. Abrió con llave una pesada puerta, la transpuso, abrió otra y entró.

En el pequeño espacio, tumbada en el catre con los brazos y las piernas encadenados a la pared, estaba Chastity Hayes. La respiración regular indicaba que dormía. Hemingway se dirigió a otra habitación, donde otro prisionero mucho más importante dormía plácidamente. Se quedó en el umbral de la puerta, observando al presidente Brennan y cavilando sobre lo sucedido.

Cuando todo el mundo esperaba violencia, Hemingway les había ofrecido sensatez. Cuando todo el mundo imaginaba que se repetiría el estereotipo del musulmán fanático, les había sorprendido con elegancia. Sin embargo, ya existían precedentes. Gandhi había cambiado un continente entero con la filosofía de la no violencia. Las sentadas y manifestaciones por la paz habían derrotado a los segregacionistas del Sur. Poner la otra mejilla era el «nuevo» sistema de Hemingway. No sabía si funcionaría, pero valía la pena intentarlo porque, de lo contrario, preveía la destrucción de los dos mundos que tanto apreciaba.

Hemingway había reflexionado largo y tendido sobre qué detalles de la misión revelaría a los árabes. ¿Obedecerían órdenes si sabían que sus enemigos no morirían? No obstante, había decidido que si les pedía que muriesen por aquella causa al menos deberían morir informados. Era lo correcto. Así que los hombres de Brennan, Pensilvania, se sacrificaron sabiendo que sus objetivos no

eran fulminados por sus balas. Hemingway había visto pocos actos de tamaña valentía. Consultó la hora. El mundo recibiría otro mensaje en breve referente al lugar en que se devolvería al presidente. Y sería tan desconcertante como el anterior.

Kate se reunió con el Camel Club en la casita de Stone y les informó de la visita fallida a Alex.

—Se culpa de lo ocurrido —explicó.

—Conociéndole, no me sorprende —replicó Stone—. Es un hombre orgulloso que se toma su trabajo muy en serio.

—El exceso de orgullo a veces es perjudicial —dijo Kate.

—Bueno, se nos acaba el tiempo —terció Milton. Tenía el ordenador encendido y señaló la pantalla—. Las cosas se están poniendo muy feas. —Los demás lo rodearon y observaron las noticias en la pantalla—. Aunque en el mensaje dicen que soltarán a Brennan, la violencia se está descontrolando. Las multitudes apalean y matan a los musulmanes en todo el mundo. Y los musulmanes se están vengando. En Kuwait tendieron una emboscada a cinco americanos y los decapitaron. Irak ha vuelto a desestabilizarse.

—Hasta los miembros islámicos más moderados —añadió Stone— piden a los secuestradores que EE. UU. lo pague caro.

—Un grupo terrorista ha pedido a los secuestradores que exija armas nucleares a cambio del presidente —dijo Caleb—. Por Dios, el mundo se ha vuelto loco. ¿Por qué la gente no se sienta, lee y se comporta con normalidad?

Reuben arqueó una ceja ante ese comentario ingenuo.

—El ejército está más que listo; una palabra y pasará a la acción.

—Eso podría provocar una guerra total contra el mundo islámico —dijo Caleb.

—Hay quienes la querrían —comentó Stone. « Por ejemplo, Carter Gray », pensó.

—Pero si liberan al presidente... —dijo Kate.

—Podría dar igual —replicó Stone—. Con el mundo tan dividido, basta un catalizador para iniciar la batalla final.

—Pero ¿y si averiguamos quién lo hizo? —preguntó Kate.

—¿Averiguamos? —exclamó Reuben—. No tenemos ni la más remota posibilidad de hacerlo.

—Te equivocas, Reuben —dijo Stone con gravedad. Todos le miraron—. Alex Ford vino a verme en una ocasión; tal vez haya llegado el momento de que el Camel Club le devuelva la visita.

Carter Gray recorrió el pasillo de una zona de celdas aisladas del NIC. Hizo una seña a los guardias y una celda se abrió.

—Señor Rimi—dijo Gray con tono triunfal—, ¿hablamos?

El prisionero fornido, tumbado en la cama bajo las mantas, no respondió. Gray le hizo una seña a los guardias.

Los dos hombres sujetaron a Rimi por los hombros e intentaron levantarlo.

—¡Oh, mierda! —exclamó un guardia.

Soltaron a Rimi, que cayó al suelo.

Gray se acercó y observó el cuerpo. De la boca le salían tiras sueltas de esparadrapo. Se lo había arrancado del brazo herido, había formado una bola, se la había introducido a presión en la boca y se había asfixiado debajo de las mantas. El cuerpo ya estaba frío.

Gray miró la cámara de vídeo del rincón.

—¡Un hombre se suicida asfixiándose con esparadrapo y no veis nada! — chilló—. ¡Idiotas!

Arrojó el archivo en la celda de Rimi. Las fotografías cayeron revoloteando sobre el cadáver.

Mientras se marchaba furioso, los ojos vítreos del cadáver parecían seguir las zancadas del zar de la inteligencia. Si los muertos pudieran sonreír, Adnan al Rimi seguramente lo habría hecho.

Media hora más tarde, el helicóptero de Gray aterrizó en la Casa Blanca. No le apetecía reunirse con el presidente en funciones. Decidió que zanjaría el tema lo antes posible. Gray y Hamilton nunca se habían llevado bien. Hamilton había sido un viejo compañero político de Brennan y se había mostrado indiferente ante la estrecha relación que mantenían Brennan y el jefe de inteligencia. A Hamilton todavía, le dolía que el presidente le hubiera pedido a Gray, y no a él, que acudiera al acto de Brennan. Sin embargo, aquel acto había cambiado por completo su relación profesional y Hamilton había salido ganando. Gray suponía que su nuevo jefe buscaría cualquier oportunidad para despedirle, pero no pensaba dársela.

Informó a Hamilton del suicidio del detenido, pero no le comunicó identidad verdadera. Gray pensaba llevarse el secreto a la tumba.

—Sin embargo, señor, creo que estamos progresando —añadió.

—¿Y esto, Gray? —espetó Hamilton sosteniendo en al un Periódico islámico —. Entiendes el árabe, ¿no?

—« Finalmente pagan por sus pecados» —tradujo Gray el titular.

Hamilton le mostró otro periódico.

—En este pone « Tal vez el islam pueda poner la otra mejilla », publicado en un diario italiano. Mientras el presidente está vete a saber dónde, la prensa internacional insinúa que puede ser culpa nuestra. —Sostuvo en alto un papel—. En los últimos veinte minutos me han comunicado que un taxista musulmán ha sido arrastrado a plena luz del día en Nueva York y que ha muerto apaleado. ¿Y sabes qué? Había servido seis años en el ejército. ¡Nuestro ejército! Y dos ejecutivos de Halliburton fueron secuestrados delante de su hotel en Riad; los encontraron destripados en un callejón con la leyenda « Muerte a América » escrito en los cadáveres. Es el último de una docena de incidentes similares ocurridos hoy. El Pentágono está esperando mi orden de atacar a alguien con bombas nucleares y los de inteligencia son todo menos inteligentes. No tenemos ni una pista sobre el paradero de Brennan. —Miró a Gray, deseoso de oír una respuesta poco convincente para echársela encima.

Desde el día del secuestro, Ben Hamilton parecía haber envejecido cuatro años de golpe. Todos los presidentes que Gray había conocido habían entrado con el pelo negro y habían salido con canas. Era el cargo más estresante del mundo y, sin embargo, el más codiciado.

—Independientemente de cómo haya sucedido y de lo que diga la prensa internacional —dijo Gray—, los hábitos nunca cambian. Cuando suceda lo inevitable entonces tendremos la oportunidad que necesitamos.

Hamilton golpeó la mesa con el puño.

—¡Quiero a Jim Brennan vivo! Me da igual el trabajo que hayas hecho para el país. Todo esto ocurrió bajo tu vigilancia y eres responsable de ello. Un grupo de malditos árabes ha humillado al país. A no ser que el presidente regrese sano y salvo, dejarás de ser el director de la inteligencia de este país. ¿Queda claro?

—Clarísimo —respondió Gray sin inmutarse. Sabía que era pura retórica. Era imposible que el presidente en funciones se permitiese el lujo de despedir al director de inteligencia durante una crisis como aquella—. Pero permítame recordarle que, dada nuestra política exterior, no podemos asumir ninguna de las exigencias de los secuestradores. No podemos esperar una semana a que lo liberen, aunque tampoco creo que vayan a liberarlo. El pueblo americano no lo tolerará. Mientras tanto, la violencia irá en aumento.

—Bueno, entonces supongo que tendrás que encontrarle por tu cuenta —le espetó Hamilton.

Gray lo observó. Sabía perfectamente qué estaba pensando su adversario; los políticos eran demasiado transparentes. Ben Hamilton había deseado ese cargo más que nada en el mundo. Había cumplido pacientemente con su deber, esperando a que Brennan acabara sus dos mandatos antes de que le llegara el turno de ponerse la Corona Americana. Ahora tenía el trono, pero ¿sabía hacer su trabajo? Desde el punto de vista de Gray, ni por asomo. Ben Hamilton no valía ni para vicepresidente.

La jefa del Gabinete irrumpió en la sala, seguida de un agente del Servicio Secreto.

—Señor —exclamó—, acabamos de recibir un comunicado de Al Yazira. Los secuestradores han revelado el lugar donde liberarán al presidente.

—¿Dónde? —preguntó Hamilton.

—En Medina.

—¡Medina! —exclamó Hamilton—. ¿Cómo coño han sacado a Brennan del país y lo han llevado hasta Arabia Saudí?

—En un avión privado desde un aeropuerto privado —respondió Gray—. No es tan complicado.

Hamilton enrojeció de ira.

—Nos gastamos miles de millones en seguridad aérea y fronteriza y logran escaparse con el presidente de EE. UU. hasta Oriente Medio. —Miró a Gray de hito en hito como si pensara despedirle en aquel preciso instante.

—Tiene sentido —se apresuró a decir Gray—. Después de la Meca, Medina es la ciudad más sagrada del mundo musulmán.

—Ponte en contacto con los saudíes —ordenó Hamilton a la jefa del Gabinete — y diles que EE. UU. se anexionará Medina hasta que recuperemos a Brennan. —Miró a Gray—. Quiero que todos los recursos militares y de inteligencia se concentren en esa zona.

—Ahora mismo pongo manos a la obra, señor —dijo Gray mientras se levantaba. Quería abandonar la sala lo antes posible.

El capitán Jack se reclinó en el asiento y sonrió, no sin motivo. Poseía la contraseña necesaria para poner en marcha el plan final. El cautivo había aguantado más torturas de las previstas, aunque los norcoreanos eran expertos en tales materias. Sin embargo, el hombre había acabado viniéndose abajo, como les sucedía a todos. El capitán Jack leyó las palabras árabes y sonrió de nuevo.

Realizó una llamada desde un teléfono ilocalizable. En árabe fluido y con una entonación excelente, dijo lo que necesitaba decir y luego utilizó la maravillosa contraseña. Eso autentificaba su comunicado a quienes estaban al otro lado de la línea, y se difundiría de inmediato por todo el mundo.

Colgó y quemó el trozo de papel con el mechero. Si Tom Hemingway creía haber conmocionado al mundo, que esperasen a oír lo que tenía que decir su viejo amigo.

El secretario de Defensa miró de hito en hito al presidente en funciones, sentado al otro lado del escritorio. Acababan de anunciarles el comunicado de Al Yazira, y estaban furiosos.

—Es nuestra única opción, señor —dijo Decker—. No tenemos las tropas que necesitaríamos desplegar allí y, con toda franqueza, aunque las tuviéramos, podría convertirse en otro Irak. Debemos evitarlo a toda costa. No podemos permitirnoslo.

Andrea Mayes, la secretaria de Estado, que permanecía en un rincón del Despacho Oval, intervino:

—Lo que el secretario Decker propone es una violación directa del Tratado de No Proliferación Nuclear, señor. No podemos hacerlo.

—Sí podemos —insistió Decker.

—¿Cómo? —preguntó Hamilton con gravedad.

—Estados Unidos ha dejado bien claro que cualquier ataque con armas de destrucción masiva, biológicas, químicas o nucleares, invalidaría los términos del tratado con respecto al país ofensor.

—¡Pero Siria no nos ha atacado! —exclamó Mayes.

—La organización Sharia ha reivindicado el secuestro del presidente Brennan.

Y Sharia tiene su sede en Siria, que además lo financia. Según nuestra política exterior, eso significa que Siria nos ha atacado mediante la organización Sharia; asimismo, emplearon agentes químicos para secuestrar al presidente. Y tenemos pruebas de que Siria ha iniciado recientemente un programa de armas de destrucción masiva. Aunque aún no han empleado esas armas contra nosotros, no tenemos por qué cruzarnos de brazos a esperar ese ataque. Y por último, el hecho de que hayan secuestrado al presidente y nos lo estén restregando por las narices justifica de sobra nuestra postura.

Mayes negó con la cabeza en señal de incredulidad.

—Siria no es una amenaza en lo que a las armas de destrucción masiva se refiere. Es un país dividido entre kurdos, árabes, suníes y minorías religiosas.

—No son nuestros amigos —espetó Decker.

—No quieren el caos y la violencia que se viven en Irak ¿Quién lo querría? Y no se tragan lo de nuestra cruzada democratizadora. Le damos dinero a Libia porque abandonó su programa nuclear, pero sigue siendo una dictadura. La población de Siria es muy consciente de los puntos flacos del gobierno y los grupos de la oposición se están haciendo fuertes. El gobierno sirio revocó la pena de muerte a los miembros de la Hermandad Musulmana. Hay otros indicios positivos que indican un aumento de libertad, sin necesidad de una invasión americana. El gobierno sirio cambiará las cosas, pero necesita tiempo. —Mayes hizo una pausa y miró al presidente—. Eso es lo que llevo diciéndole a James Brennan durante cuatro años. Estas cosas necesitan su tiempo. No podemos desarraigir una cultura milenaria de la noche a la mañana.

—Muchos grupos disidentes sirios son de izquierda y comunistas —intervino Decker—. No es aconsejable volver a pasar por eso.

Hamilton miró al director de la CIA, que estaba sentado delante de la chimenea.

—¿Compartes la opinión de Joe, Allan?

—No al ciento por ciento, pero casi.

—Y mejor no perder el tiempo acudiendo a la ONU o formando una coalición, señor —se apresuró a añadir Decker—. Tienen a nuestro presidente, así que debemos darnos prisa. Podemos y debemos hacerlo solos. —Los ojos le centelleaban—. Maldita sea, señor, con el debido respeto, somos la única superpotencia del mundo. Comencemos a actuar como tal.

—¿Y Jim? —preguntó Hamilton.

—Si sigue con vida, y todos rezamos por que así sea, esta será la única oportunidad que tendremos de que regrese vivo.

Hamilton caviló al respecto.

—De acuerdo, caballeros —dijo finalmente—. Llamad a las televisiones y que se preparen de inmediato para un comunicado. Informaré a la población de la decisión. —Se volvió hacia Decker—. Que Dios nos ampare si nos

equivocamos, Joe.

Alex abrió la puerta y se encontró con Kate y el Camel Club en pleno.

—¡Lo que me faltaba! —exclamó enfadado.

—Alex, por favor, tenemos que hablar contigo.

—Las cosas están mal, agente Ford, pero que muy mal —añadió Reuben.

—¿A qué te refieres?

—Ha habido novedades importantes —respondió Stone.

—¿Qué clase de novedades, Oliver?

—Una organización terrorista ha reivindicado el secuestro. Nos hemos enterado de camino hacia aquí —informó Kate.

—La organización Sharia. Tiene vínculos evidentes con Siria.

—¿Dónde tienes la tele? —inquirió Kate—. El presidente en funciones saldrá enseguida.

Entraron y Alex encendió el televisor. Al cabo de unos minutos apareció Ben Hamilton con semblante muy serio. Resumió la situación al país y luego añadió:

—El nuestro es un país generoso. Siempre hemos ayudado a quienes lo necesitaban. Acudimos en ayuda de nuestros amigos durante las dos guerras mundiales, guerras libradas para que el mundo siguiera siendo libre. Somos un país honorable y empleamos nuestro poder de forma prudente para propagar la libertad por el mundo, pero también nos defendemos y contraatacamos cuando nos atacan. Queridos compatriotas, nos han atacado. Y la organización que nos ha atacado ha dado un paso al frente. Se denomina Sharia y mantiene vínculos irrefutables con Siria, un país del que siempre se ha sabido que respalda a grupos terroristas que han atacado a América y sus aliados. —Hizo una pausa—. Todo el personal estadounidense en Siria ha sido evacuado en avión. Asimismo, se ha alertado al resto de estadounidenses que se encuentran en Siria para que abandonen el país de inmediato.

» Las exigencias de rescate de la organización Sharia confieren a Estados Unidos todo el derecho de defenderse y represaliar a cualquier país que haya participado en el ataque. Y no aceptaremos órdenes de los terroristas. —Otra pausa—. Así pues, queridos compatriotas americanos, he tomado esta decisión como vuestro presidente en funciones tras consultar con el secretario de Defensa y el Pentágono.

—Oh, mierda —exclamaron Alex y Kate al unísono, sabiendo lo que se avecinaba.

—Ahora plantearemos nuestras exigencias a los terroristas. —Hamilton irguió la espalda—. Si el presidente James H. Brennan no es liberado sano y salvo en el plazo de ocho horas a partir de este momento, he ordenado a los altos mandos militares que inicien de inmediato un ataque con misiles nucleares contra la

capital de Siria. La ciudad de Damasco sólo evitará este destino si devuelven al presidente sano y salvo antes del plazo establecido. Si el presidente Brennan se encuentra en Medina, basta entregarlo a la embajada americana en Arabia Saudí y el ataque se suspenderá. Si no fuera así, que Dios se apiade de los habitantes de Damasco. No habrá negociaciones ni aplazamientos. Miembros de la organización Sharia, dijisteis que nos devolveríais ileso a nuestro presidente. Hacedlo en el tiempo establecido o Damasco pagará por vuestro crimen atroz — Hizo otra pausa—. Que Dios os bendiga, compatriotas americanos, y que Dios bendiga a Estados Unidos.

Mientras la imagen del presidente desaparecía, todos permanecieron inmóviles en el salón de Alex, conteniendo la respiración. Sin duda, lo mismo ocurría en cientos de millones de hogares estadounidenses y mundiales.

Kate miró a Alex con expresión angustiada.

—Podría ser el principio del fin.

—Si lo es, que lo sea —dijo Stone con calma—, pero no servirá de nada que nos quedemos aquí sentados esperando a que nazca ese hongo nuclear encima de Damasco.

—¿Qué coño podemos hacer, Oliver? —estalló Alex.

—¡Encontrar al presidente!

—¿Cómo? —exclamó Alex—. ¡Está en Medina!

—No lo creo y espero que tú tampoco. —Miró a Milton—. Enséñale el DVD. Milton abrió el ordenador portátil.

—Es la grabación de cuando allanaron mi casa, agente Ford.

—¿Y eso qué importa, joder? Iniciaremos un ataque nuclear dentro de ocho horas. ¿Es que no lo comprendéis?

—Echa un vistazo a la grabación —le rogó Kate.

Alex alzó las manos al techo y luego se dejó caer en el suelo delante de la pantalla.

—Caramba —dijo al cabo de unos instantes—, esos son Tyler Reinke y Warren Peters. Son del NIC.

—Ya lo suponía —comentó Stone.

—¿Y eso?

—Porque son los asesinos de Patrick Johnson.

Alex se reclinó, perplejo.

—¿Por qué habrán matado a Johnson?

—Porque había modificado archivos del NIC para hacer pasar por muertas a personas que seguían vivas. Y creo que alguien le estaba pagando mucho dinero por ello, pero Johnson se volvió codicioso o descuidado o ambas cosas.

—A ver si lo entiendo. ¿Johnson modificaba archivos del NIC para hacer pasar por muertas a personas vivas?

—Creemos que fueron las personas utilizadas en Brennan —dijo Stone—. Los

periódicos afirmaron que ninguno de los árabes muertos figuraba en los archivos del NIC. Eso es inconcebible. Creo que esos hombres eran como armas humanas esterilizadas y las emplearon para secuestrar al presidente. Cuando registramos la casa de Reinke descubrimos que invirtió mucho dinero prestado confiando en que la Bolsa se desplomaría, y así ha sucedido.

—¿Me estás diciendo que todo esto era para ganar dinero en la Bolsa? —exclamó Alex.

—No, va mucho más allá de eso —replicó Stone.

—¿Se sabe quién está detrás? —le preguntó Alex.

—Alguien muy importante del NIC. Desde luego, más importante que Reinke y Peters.

—Déjame echar otro vistazo a la grabación —dijo Alex.

Volvió a observar a Reinke y Peters en la pantalla. Luego señaló la imagen del hombre enmascarado mientras derribaba al guardia de seguridad.

—Lo golpeó con fuerza —apuntó Alex—. Tuvo que comprobarle el pulso para asegurarse de que no se lo había cargado.

De repente, Reuben se llevó un dedo a los labios y señaló la ventana. La persiana estaba bajada, pero la ventana abierta. Todos los oyeron: pasos.

Alex miró a Stone y los dos se entendieron sin necesidad de palabras. Stone indicó a Reuben que fuera con el agente secreto. Mientras el grupo charlaba como si todos siguieran allí, Alex sacó su arma y, en silencio, abrió la puerta principal. Se dirigió hacia la izquierda y Reuben hacia la derecha; rodearían la casa hasta la zona posterior.

Al cabo de unos instantes se oyeron gritos y una pelea, y luego silencio. La puerta se abrió y Alex entró, seguido por Reuben arrastrando a alguien.

Jackie Simpson no parecía muy contenta.

—¿Qué coño haces aquí, Jackie? —le espetó Alex.

Ella lo miró ceñuda.

—Te he estado llamando pero no contestas. Así que he venido a verte y me parece haber topado con una conspiración. ¿Qué está pasando, Alex?

Stone no había apartado la mirada de Simpson.

—Estamos tratando de averiguar qué ocurre en el NIC.

—Lo sé, lo he escuchado, y que Reinke y Peters entraron en casa de alguien. —Simpson miró a Alex—. Si sabes algo sobre el secuestro del presidente, debes comunicárselo al servicio. Alex, podrías tener muchos problemas si no revelas esta clase de información.

—No me parece buena idea —intervino Stone.

Simpson lo miró con desdén.

—¿Y tú quién demonios eres?

Él le tendió la mano.

—Oliver Stone.

—¿Cómo dices? —repuso Simpson con incredulidad.

—Se llama Oliver Stone —confirmó Alex—. Y estos son sus amigos, Reuben, Milton y Caleb. Ya conoces a Kate Adams.

—Y tú eres Jackie Simpson, única hija del senador Roger Simpson, de Alabama, y ahijada de Carter Gray, secretario de Inteligencia.

—¿Y eso es un problema? —preguntó ella con frialdad.

—En absoluto, pero acudir a las autoridades en estos momentos sería un terrible error, agente Simpson.

—Escúchame bien, Oliver Stone o como diablos te llames, haré lo que me dé la gana. Soy poli y...

—Y muy inteligente —la interrumpió Stone—. Por tanto, estoy seguro de que ya has tenido en cuenta lo más obvio.

Simpson puso los ojos en blanco, pero Stone siguió mirándola hasta que ella replicó:

—¿Es decir?

—Si tenemos razón y los archivos del NIC se han modificado, el lamentable resultado ha sido que se permitió que un ejército de terroristas fuera a Brennan,

Pensilvania, y secuestrara al presidente. Eso no augura nada bueno para tu padrino, que dirige la agencia, ni para tu padre, que supervisa las operaciones como presidente del Comité de Inteligencia del Senado. Supongo que no querrás perjudicarles, pero si acudes a las autoridades ahora es muy posible que arruines sus carreras.

Todos estaban pendientes de ambos, que mantenían un prolongado duelo de miradas. Finalmente, Simpson apartó la vista y miró a Alex en busca de ayuda.

—Alex, ¿qué está pasando, joder? ¿Qué se supone que debo hacer?

—Estamos tratando de averiguarlo, Jackie. Hasta entonces no podemos contar nada a nadie.

Caleb consultó la hora.

—Nos quedan siete horas y cuarenta y un minutos para encontrar a Brennan y evitar un posible Apocalipsis.

—Entonces mejor crucemos los dedos de las manos y los pies —dijo Reuben.

—¡Joder! —exclamó Alex—. ¡Dedos! —Le arrebató el portátil a Milton y reprodujo la grabación de nuevo—. Ahí —dijo señalando—. Ahí mismo, ¿lo veis?

Todos parecían perplejos porque no señalaba ni a Reinke ni a Peters, sino al hombre enmascarado que había derribado al guardia de seguridad.

Stone lo miró sin entender.

—Sólo veo a un hombre con una máscara, Alex. ¿Qué hay que ver?

El agente congeló la imagen y señaló con el dedo.

—Esto.

Todos miraron entornando los ojos.

—¿El cuello del guardia? —preguntó Simpson.

—No, la mano derecha en el cuello. Se quitó el guante para comprobar el pulso del guardia.

Reuben se encogió de hombros.

—Sí, ¿y qué?

Alex parecía exasperado.

—Mirad la mano. No me digáis que no la reconocéis.

—¿Reconocer una mano? —preguntó Kate—. ¿Lo dices en serio?

—Como ya te he dicho, Kate, las manos son mi especialidad. Reconozco esa mano. Tiene unos nudillos inconfundibles y los dedos más gruesos que he visto en mi vida. —Pulsó una tecla e hizo un *zoom* sobre la mano—. Y en la parte superior izquierda de la uña del pulgar tiene una mancha negra triangular. Cuando la vi por primera vez me pareció una especie de tatuaje extraño.

—¿Cuándo la viste por primera vez? ¿A qué te refieres? ¿Cuándo la viste por primera vez?

—Aquella noche en el bar, cuando me presentaste a Tom Hemingway. Y volví a verla cuando nos reunimos en el NIC.

Kate lo miró boquiabierta y luego observó la pantalla.

—¿Estás diciendo que esa es la mano de Tom Hemingway?

—No tengo duda. Para mí las manos son tan válidas como las huellas dactilares, Kate.

—Me parece que tiene razón —dijo Simpson—. Creo que es la mano de Hemingway.

—Entonces ¿el tal Hemingway podría haber secuestrado al presidente? —conjeturó Stone—. ¿Por qué?

—¡Vete a saber! —exclamó Alex—, pero podríamos averiguar dónde le retienen. Tal vez Kate sepa la respuesta.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Me dijiste que Hemingway y tú trabajabais juntos en un proyecto.

—Sí.

—Si no me equivoco, era sobre un edificio antiguo.

—Exacto, cerca de Washington, en Virginia. Creo que solía usarlo la CIA, pero lleva mucho tiempo abandonado. El NIC quería utilizarlo como un complejo de interrogatorios para presos extranjeros, pero con todos los problemas en Guantánamo, Abu Ghraib y el Pozo de Sal, el Departamento de Justicia se ha negado en redondo. ¿Por qué lo mencionas?

—Porque creo que ahí es donde retienen al presidente Brennan. Explicame todo lo que recuerdes del edificio.

—No será necesario —dijo Stone.

Todos le miraron.

—¿Por qué no? —preguntó Alex.

—Porque conozco el edificio a la perfección.

—¿Quién es este tipo? —exclamó Simpson.

—Cállate, Jackie —le espetó Alex—. Oliver, ¿de verdad sabes cuál es?

—Sólo hay un viejo edificio de la CIA en esa zona de Virginia.

—Alex —protestó Simpson—, no te lo tragarás, ¿no?

El agente no le hizo caso.

—¿Sabrías llevarme hasta allí, Oliver?

—Sí, pero ¿seguro que quieres ir?

—Secuestraron al presidente mientras yo lo vigilaba, así que tengo que intentar rescatarlo sano y salvo.

—No será fácil. El edificio fue diseñado para que con pocos recursos interiores se pueda repeler una infinidad de recursos exteriores indefinidamente.

—¿Qué clase de edificio es ese? —preguntó Reuben.

—Era un complejo de formación de la CIA para... agentes especiales.

Alex consultó la hora.

—Si salimos ahora llegaremos dentro de unas dos horas.

—Un poco más —replicó Stone—. El complejo está bastante apartado.

—¿Por qué no avisamos al FBI? —sugirió Milton.

Stone negó con la cabeza.

—No sabemos hasta dónde llega la conspiración. Es posible que ese Hemingway tenga espías por todas partes que le mantienen informado.

—Ni siquiera sabemos con certeza si el presidente está allí —precisó Alex—. Es una corazonada. Pero, por Dios, la cuenta atrás de los misiles nucleares ya ha comenzado.

—Bueno, y o tengo una furgoneta —dijo Kate—. Podríamos ir todos.

Alex la miró.

—Olvidalo, tú no vienes.

—Entonces tú tampoco —replicó ella con brusquedad.

—No puedes ir, Kate —intervino Stone—, ni Caleb ni Milton. —Todos lo miraron y empezaron a quejarse, pero levantó la mano—. El nombre extraoficial del complejo era Montaña Asesina, y es un nombre apropiado. —Hizo una pausa—. Llevaré a Alex y Reuben, pero a nadie más.

—Puede que tres personas logren llegar allí inadvertidas —dijo Alex.

—Cuatro —corrigió Simpson. Todos la miraron—. Que sean cuatro personas. —Miró al agente con expresión desafiante—. Yo también soy del Servicio Secreto.

Al submarino nuclear *Tennessee* se le había asignado la nada envidiable tarea de lanzar el ataque con misiles contra Damasco. El submarino, de 170 metros de largo, casi 17.000 toneladas y de la clase Ohio, tenía su base en Kings Bay, Georgia, junto con el resto de la flota de submarinos nucleares del Atlántico. Los de la clase Ohio eran las armas más poderosas de la armada. Uno de esos submarinos, con su dotación completa de misiles de cabeza nuclear, bastaría para eliminar de la faz de la tierra a un país pequeño con una única andanada.

El *Tennessee* estaba estacionado en medio del Atlántico a varios cientos de metros de profundidad, aunque habría podido alcanzar Damasco con uno de sus misiles Trident II D-5 de última generación desde su puerto de origen en la costa Este. Cada D-5 costaba casi treinta millones de dólares, medía trece metros de largo, pesaba más de sesenta toneladas y tenía un alcance máximo de doce mil kilómetros con una carga explosiva reducida. Capaz de alcanzar veinte veces la velocidad del sonido, el D-5 era diez veces más rápido que el Concorde y ningún caza militar del mundo podía alcanzar esa velocidad.

Sólo se lanzaría un D-5 contra Damasco, aunque eso era un indicador engañoso del verdadero arsenal que se emplearía. La configuración de largo alcance del D-5 contenía seis lanzaderas independientes MK-5, y cada uno de ellos transportaba una cabeza termonuclear W-88 de 475 kilotones. Una sola cabeza nuclear W-88 superaba con creces el poder explosivo combinado de todas las bombas empleadas en todas las guerras de la historia, incluyendo las dos bombas atómicas arrojadas sobre Japón.

Si bien los 155 tripulantes del *Tennessee* llevaban cuatro semanas en alta mar, estaban al tanto de los acontecimientos. Los marineros eran conscientes de las órdenes recibidas y todos pensaban cumplirlas al pie de la letra, aunque la mayoría temía en secreto el desenlace de todo aquello. Observaban las pantallas de los ordenadores y repasaban una y otra vez los procedimientos de lanzamiento que, seguramente, desencadenarían una nueva guerra mundial. Para una tripulación cuya edad media rondaba los veintidós años la situación resultaba mareante.

Mientras tanto, durante la primera hora posterior al discurso televisado de Hamilton, el mundo árabe había respaldado a su nación hermana. Diplomáticos

de Arabia Saudí, Jordania, Kuwait y Pakistán trataban de convencer por todos los medios a Estados Unidos de que cambiara de idea. Mientras se evacuaba la ciudad de Damasco, los dirigentes militares y políticos de otros países musulmanes trataban de encontrar la mejor respuesta en caso de que un misil estadounidense cayese sobre Siria. Las organizaciones terroristas de Oriente Medio habían realizado un llamamiento a una *yihad* total si Damasco sufría un ataque. Los líderes de estos grupos comenzaron a urdir sus planes de venganza.

Si un misil de esos caía sobre Siria, la devastación sería mucho mayor que todo cuanto el mundo había experimentado hasta entonces. Damasco, con más de seis millones de habitantes, era una de las ciudades más pobladas del planeta. Sólo un pequeño porcentaje de la población lograría escapar a tiempo. El resto desaparecería en el estallido nuclear mientras el hongo radiactivo se elevaba antes de caer sobre la ciudad más antigua del mundo habitada de forma ininterrumpida.

Siria y la organización Sharia negaron de inmediato cualquier responsabilidad en el secuestro. Sin embargo, en Occidente nadie les creyó. Sharia había aumentado su actividad terrorista durante el último año. Y la persona que había llamado a Al Yazira había empleado la compleja contraseña que la cadena árabe había asignado a Sharia por motivos de seguridad y autenticación. La contraseña se cambiaba periódicamente y sólo la conocían los principales líderes de la organización terrorista. Un comunicado de Sharia que aseveraba que uno de sus líderes que conocía la contraseña actual llevaba dos semanas desaparecido cayó en oídos sordos.

La ONU había pedido a EE. UU. que renunciase a un ataque nuclear y los miembros del Consejo de Seguridad habían reiterado esa petición por las vías diplomáticas de emergencia. Sin embargo, ninguno de esos gobiernos confiaba en que EE. UU. cambiaría de idea.

Israel estaba en alerta máxima. Sus líderes sabían que el país sería uno de los primeros blancos del contraataque islámico. Además, Siria estaba lo bastante cerca de Israel como para que el primer ministro israelí se pusiese en contacto con el presidente en funciones Hamilton para que le aclarase el alcance de la lluvia radiactiva. Las reservas de agua de los Altos del Golán no estaban muy lejos de la zona que sería atacada. El gobierno de Beirut también se puso en contacto con Washington, puesto que Damasco estaba cerca de la frontera con el Líbano. La lacónica respuesta de Washington fue la misma en ambos casos: «Tomad las precauciones que consideréis necesarias».

La réplica de EE. UU. a todas las peticiones era la misma: estaba en manos de los secuestradores. Sólo tenían que devolver ileso a James Brennan, que era lo que habían dicho que harían de todos modos, y nada pasaría a los sirios. La única diferencia estribaba en que ahora EE. UU. había fijado un límite de tiempo para la liberación del presidente.

De vuelta en la Casa Blanca, el presidente en funciones estaba reunido en el Despacho Oval con el secretario de Defensa, los mandos militares, el Consejo de Seguridad Nacional, la secretaria de Estado y varios miembros del Gabinete. Carter Gray brillaba por su ausencia.

La trascendental decisión de atacar con armas nucleares había hecho mella en Hamilton; pálido y demacrado, parecía un enfermo terminal. Bebió un poco de agua para aliviar la acidez estomacal mientras los generales y almirantes conferenciaban en voz baja.

Decker abandonó uno de esos grupos y se acercó a Hamilton.

—Señor, comprendo la gravedad de su decisión, pero quiero asegurarle que tenemos capacidad de sobra para hacerlo.

—No me preocupa atacar la maldita ciudad, Joe, me preocupa qué pasará después.

—Siria lleva mucho tiempo ayudando a los terroristas. Damasco está repleta de antiguos pesos pesados baazistas esperando el momento oportuno para dar un golpe en Irak. Es de todos sabido que las mezquitas de Damasco son centros de reclutamiento de *muyahidin*. Y la milicia siria está repartida por todo el triángulo suní en Irak. Ha llegado el momento de que les paremos los pies. Es el mismo efecto dominó que el de extender la democracia en Oriente Medio, comenzando por Irak. Les damos un castigo ejemplar a los sirios y luego el resto reaccionará.

—Sí, pero ¿qué hay de la lluvia radiactiva? —preguntó Hamilton.

—La habrá, desde luego. Pero, dada la ubicación de Damasco, creemos que quedará contenida en cierto modo.

Hamilton se acabó el agua y arrojó la botella a la papelera.

—Lluvia radiactiva contenida en cierto modo. Me alegro de que te lo creas, Joe.

—Señor presidente, ha tomado la decisión acertada. No podíamos permitir que ocurriera esto sin represalias, eso sólo serviría para que se envalentonaran todavía más. Debemos detenerles. Desplegar más tropas significaría situarnos al límite de nuestros recursos militares, lo cual permitiría que Siria se enfrentara a nosotros a nivel de guerrillas, como ha ocurrido en Irak. Además, cuando sepan que no nos estamos marcando un farol liberarán al presidente. No tendremos que atacar.

—Espero que tengas razón. —Hamilton se levantó y miró por la ventana—. ¿Cuánto tiempo queda?

Decker miró al asesor militar.

—Seis horas, once minutos y treinta y seis segundos —le respondió el asesor observando su ordenador portátil.

—¿Alguna novedad de Sharia? —preguntó Hamilton.

—Sólo que no tienen al presidente —replicó Andrea Mayes. La secretaria de Estado se acercó al presidente—. ¿Y si están diciendo la verdad, señor? ¿Y si no

lo tienen? Quizás alguien trata de culpar a Siria con la esperanza de inducirnos a hacer lo que estamos haciendo.

—Le aseguro que aunque Al Yazira cambia con regularidad las contraseñas de autenticación —intervino Decker—, existe la posibilidad de que alguien más haya tenido acceso a las mismas. Sin embargo, la persona que facilitó la información conocía detalles del secuestro que sólo los autores del mismo sabrían. Cualquier organización terrorista que hubiera preparado este secuestro habría querido que el mundo lo supiera. Desde que iniciaron sus actividades, su estrategia nunca ha sido responsabilizar a otro grupo. La única diferencia estriba en que Sharia no esperaba que recurriéramos a las armas nucleares. Por eso se echan atrás y niegan toda responsabilidad. ¡Pero, repito, esos cabrones tienen al presidente!

Hamilton miró a Decker.

—Pero ¿y si no es así y arrasamos Damasco?

Hamilton sacudió la cabeza, se volvió y contempló la oscuridad de la hermosa noche de verano en Washington. En las calles de la ciudad miles de voces le gritaban en señal de protesta. Los cánticos de «No a las armas nucleares» lograban atravesar las gruesas paredes de la Casa Blanca; los ciudadanos dejaban bien clara cuál era su opinión. Sin embargo, Hamilton sabía que una vez formulada la amenaza nuclear no era posible retractarse. De lo contrario, el arsenal nuclear de un billón de dólares de EE. UU. perdería su valor.

En lugar de ir a la Casa Blanca y participar en lo que consideraba una inútil «espera mortal» porque seis millones de sirios estaban a un paso del exterminio, Gray se había quedado en la sede del NIC. Se detuvo en el cubículo de Patrick Johnson y miró la pantalla apagada del ordenador. «Problemas técnicos y cuelgues de ordenador», pensó. Y, *voilà!*, los terroristas vivos pasaban directamente a sus tumbas digitales. Se sentó en la silla de Johnson y observó alrededor. En el escritorio todavía estaba la fotografía de su prometida, Anne Jeffries. La cogió y la miró detenidamente. Era una mujer atractiva. Encontraría a otro hombre con quien pasar el resto de sus días. Por lo que había deducido, Johnson era un empleado excelente, pero tenía la personalidad de una babosa. Resultaba obvio que no había tramado todo aquello. Era increíble. Alguien que trabajaba en la mejor agencia de inteligencia de EE. UU. había orquestado el empleo de un grupo de musulmanes teóricamente muertos para secuestrar al presidente. Y ahora el mundo estaba al borde de una *yihad* global.

Gray había ordenado que analizaran a conciencia las bases de datos. No existían indicios electrónicos que indicasen quién había modificado los archivos. No era sorprendente, dada la pericia de Johnson y el hecho de que él mismo había contribuido a crear la base de datos y se había pasado todo el tiempo

resolviendo los problemas técnicos del sistema. Sabía muy bien cómo ocultar sus huellas. Sin embargo, ¿quién se lo había encargado y pagado muy bien, a juzgar por la casa y los coches caros? Gray reflexionó sobre otro asunto. ¿Dónde estaba el presidente? Tendría que estar relativamente cerca. A pesar de la conformidad dada a Hamilton, Gray no creía ni por asomo que Brennan estuviera en Arabia Saudí. Ningún musulmán aceptaría a un cristiano en Medina.

Recordó el día en que Jackie Simpson y el otro agente visitaron el NIC. Les acompañaban otros dos hombres. ¿Reynolds? No, Reinke. Alto y delgado. El otro era más bajito y relleno. Peters. Exacto. Hemingway le dijo que les habían asignado la investigación del caso Johnson. Gray descolgó el teléfono y preguntó por los dos agentes. La respuesta fue sorprendente: esa noche no se habían presentado. Realizó otra pesquisa. La sorpresa fue mayor aún y se preguntó por qué no había formulado esa pregunta con anterioridad.

Le comunicaron que Tom Hemingway había asignado a la pareja de agentes la investigación de la muerte de Patrick Johnson. Al menos, Gray sabía dónde estaba Hemingway: lo habían enviado a Oriente Medio en secreto poco después del secuestro para ver qué podía averiguar. Hemingway se había ofrecido voluntario para la misión. Y era imposible ponerse en contacto con él. Tenían que esperar a que él se pusiera en contacto con ellos. « Esperar a que él se ponga en contacto con nosotros » , pensó.

Colocó la mano en el lector biométrico del escritorio de Johnson, lo cual le permitió acceder a su ordenador. Tecléo una orden y el resultado fue instantáneo: Tom Hemingway había accedido al ordenador de Johnson. Cuando comprobó el registro de la fecha y hora de la consulta, llegó a la conclusión de que había sido cuando Hemingway se reunió con Simpson y Alex. Sin embargo, había algo que le desconcertaba. Se suponía que Hemingway no tenía acceso al ordenador de Johnson ni al de los otros supervisores de datos.

Se levantó lentamente de la silla. Era demasiado viejo para ese trabajo. Ya no estaba a la altura de las circunstancias. Había tenido la verdad delante de las narices todo aquel tiempo. La siguiente pregunta era obvia: ¿dónde? La respuesta fue casi inmediata.

Descolgó el teléfono de nuevo y ordenó que le prepararan el helicóptero. Luego llamó a sus agentes de campo más leales. Salió disparado del despacho de Johnson y corrió por los pasillos del NIC.

Su instinto le estaba dando la respuesta a gritos, y su instinto casi nunca le había fallado.

Iban en el Crown Vic de Alex en dirección suroeste por la carretera 29. Alex y Stone iban delante y Simpson y Reuben en el asiento trasero. Alex miró de soslayo a su compañero. Allí iba él, dirigiéndose hacia un posible enfrentamiento con un hombre que había planeado y organizado el secuestro del presidente de EE. UU. El «equipo de rescate» lo formaban una novata del Servicio Secreto y un tipo enorme a punto de cumplir sesenta años a quien Adelfia llamaba Pantalones Furtivos. También iba Oliver Stone, que trabajaba en un cementerio y les conducía a un lugar llamado Montaña Asesina. Para colmo, si fracasaban, el mundo sería historia. Alex suspiró. «Todos acabaremos muertos», pensó.

Al cabo de media hora tomaron la autopista 211 y al poco llegaron a la pequeña ciudad de Washington, en Virginia, capital del condado de Rappahannock. Desde allí, Stone les dio unas indicaciones enrevesadas y subieron a las montañas, dejando atrás cualquier indicio de civilización a medida que las carreteras pasaban a ser de grava y luego de tierra. Resultaba difícil creer que estaban apenas a dos horas de la capital del país y no muy lejos de la confluencia de las transitadas interestatales 81 y 66.

—¿Cómo es la Montaña Asesina? —preguntó Simpson desde el asiento trasero.

Stone la miró con ceño y luego volvió a mirar al frente.

—La siguiente a la derecha, Alex, y luego sal de la carretera.

—¡Carretera! —exclamó Alex—. ¿Qué carretera? Hace treinta kilómetros que no veo una carretera de verdad. Me he cargado los amortiguadores.

Estaban en medio de las montañas y lo único que emergía de la oscuridad era bosque.

Stone miró a Simpson.

—Como ya he dicho, la Montaña Asesina era un complejo de formación para agentes especiales de la CIA.

—Ya lo sé. Lo que quiero saber es por qué la llaman Montaña Asesina.

—Bueno, resumiendo diría que no les entrenaban para ser «buenos chicos» con la gente.

—O sea ¿que una agencia federal entrenaba a asesinos? —resopló Simpson—. ¿Estás diciendo eso?

Stone señaló un lugar.

—Aparca allí, Alex. Ahora tendremos que seguir a pie.

Alex lo hizo. Luego desenganchó la linterna imantada de la puerta del Crown Vic, se dirigió al maletero y comenzó a repartir el equipo: armas y dispositivos de visión nocturna.

Reuben y Stone cogieron las armas con pericia.

—Vietnam, tres períodos de servicio y luego la DIA —explicó Reuben al ver la mirada de curiosidad de Alex—. Sé manejar una pistola.

—Me alegro —replicó el agente. Miró a Stone, que comprobaba el arma—. ¿Todo bien, Oliver?

—Claro. —De hecho, le aterraba tener un arma en las manos después de tantos años.

—¿Todos lleváis móvil, por si tenemos que separarnos? —preguntó Alex.

—Es probable que no haya cobertura —comentó Reuben.

—Dentro del edificio la cobertura será nula —afirmó Stone—. Se construyó con un revestimiento de cobre y plomo.

—Excelente —dijo Alex—. Vamos, Oliver, enséñanos el camino.

Se dirigieron hacia el bosque.

—¿A alguien no le gustan las cuevas? —preguntó Stone deteniéndose en la entrada de una especie de gruta.

—No me gustaría perderme y morir en una de ellas —le respondió Alex.

—Eso no pasará, pero a veces son muy estrechas.

—¿Cuán estrechas? —preguntó Reuben inquieto—. No soy precisamente pequeño.

—No te preocupes, pasarás —lo tranquilizó Stone.

Alex observó el agujero oscuro como boca de lobo.

—¿Es la entrada del edificio?

—No es una de las entradas oficiales, ya que estarán vigiladas, ¿no? —respondió Stone—. Vamos, no os separéis de mí. —Alumbró con la linterna y entró.

Simpson fue la última en entrar. Miró hacia atrás, se estremeció y siguió a los demás.

Tardaron bastante en orientarse por los pasadizos curvos. En dos ocasiones tuvieron que apartar escombros que obstaculizaban el paso, y en algunos pasajes se vieron obligados a avanzar arrastrándose. Encima de ellos, el techo crujía y gemía, lo que les impulsaba a avanzar con rapidez.

Llegaron a un pozo que tenía asideros tallados en la roca. Stone subió el primero. Cuando llegó arriba, iluminó una pared de roca oscura. Sin embargo, al tocarla, la pared estaba hueca. La palpó con cuidado y luego empujó con suavidad y cedió. Alex trepó hasta arriba y le ayudó a abrir un paso.

Todos pasaron por la abertura.

La pared era de madera pero por fuera estaba pintada de modo que pareciera roca. La cara interna tenía un estante. Stone recolocó la pared en el lugar original.

—Creo que lo más sensato sería tener las armas preparadas —susurró Stone—. No sabemos cuán cerca estamos de toparnos con alguien.

Mientras avanzaban, observaban la enormidad del edificio. Era como si hubieran retrocedido cuarenta años en el tiempo. Había hasta ceniceros tallados en las paredes de acero inoxidable.

Al cabo de un rato oyeron ecos de ruidos y todos, salvo Stone, apuntaron en todas direcciones.

—Son murciélagos —explicó Stone—. También pasaba en los viejos tiempos.

Al pronunciar esas palabras, Stone tuvo la sensación de paralizarse. «Los viejos tiempos». Sonaba tan inofensivo como si regresara a su antigua y querida universidad para reunirse con sus viejos compañeros de clase. Aquel edificio había sido su hogar durante doce meses. Había dedicado siete días a la semana a aprender los métodos más precisos y complejos para matar. De joven, Oliver Stone había sobresalido en esa tarea. Como miembro de las Fuerzas Especiales, la transición a la CIA no había sido difícil. Había cambiado un arma por otra y sus enemigos eran civiles que ni siquiera se esperaban un ataque. De joven, sus éxitos sobre el terreno le habían convertido en una leyenda. De mayor, le resultaba horrible pensar en ello. No terminaba de creerse que dos hombres tan diferentes vivieran en el mismo cuerpo.

Mientras seguían avanzando, los recuerdos agobiaron a Stone. Cada visión, cada olor o sonido traía consigo un recuerdo de los horrores pasados. Los otros esperaban que les guiara, tal vez que les salvara. Sin embargo, no lo habían entrenado para salvar a nadie. Tenía la frente perlada de sudor. Había traído a tres personas a las que apreciaba. A la Montaña Asesina.

Reinke y Peters habían ido a la Montaña Asesina después de oír que Sharia había reivindicado el secuestro del presidente Brennan y el comunicado televisado del presidente en funciones Hamilton. Salieron del coche en un claro y corrieron hacia el bosque. Pasaron por una pequeña abertura entre los árboles y llegaron a otro claro. Había un grupo de rocas caídas y arbustos enormes. Rodearon esa barrera natural, Peters apartó una enredadera de *kuzu* y apareció una puerta. La Montaña Asesina se había construido en roca viva.

Peters desplazó una pequeña tapa metálica que había en la puerta y dejó al descubierto un botón y un altavoz.

—Somos Tyler y yo —dijo por el altavoz—. La situación se ha descontrolado. ¡Rápido!

Reinke dejó caer la tapa metálica y retrocedió. Mientras la enorme puerta se

abría, tres figuras saltaron desde detrás de unas rocas caídas. Tyler Reinke y Warren Peters cayeron fulminados. El capitán Jack salió de detrás de una roca y los miró. Asintió con la cabeza. Reinke y Peters ni siquiera habían tenido tiempo de avisar a los de dentro.

Aparecieron varios hombres más y el capitán Jack los condujo al interior del edificio.

El capitán Jack había traído a once asesinos norcoreanos famosos por su eficacia e implacabilidad. Había sido relativamente fácil conseguirles un visado haciéndoles pasar por surcoreanos que formaban parte de un programa de investigación tecnológica. A los asiáticos no se les sometía al mismo examen riguroso que a los oriundos de Oriente Medio.

Sin embargo, a pesar de la eficacia de sus hombres, el capitán Jack también era consciente del poderío de Tom Hemingway y, de manera sensata, decidió dividir al grupo y se quedó con dos hombres. El capitán Jack había visto de primera mano de lo que era capaz Hemingway en un combate. Ocho miembros de un escuadrón de la muerte yemení habían tenido la mala suerte de toparse con Hemingway mientras el capitán Jack observaba desde lejos. Había sido una matanza. Los ochos yemeníes, armados, curtidos y fuertes, habían muerto en menos de cinco minutos. Hemingway ni siquiera había sacado el arma. Los había matado con las manos y los pies, moviéndolos con inaudita velocidad, precisión y fuerza.

Hemingway ya debería haber advertido que pasaba algo y vendría por ellos. Dividir a los hombres permitiría al capitán Jack agotar a Hemingway, aventajarle y, finalmente, acabar con él. No habría un combate cuerpo a cuerpo. Lo coserían a balas.

Los viejos fluorescentes del techo parpadeaban. Un repentino fogonazo hizo que el capitán Jack y los norcoreanos se tapasen los ojos.

Lo primero que el capitán Jack vio al apartar la mano de la cara fue un pie que parecía salir de la pared. Oyó un ruido sordo y un gruñido y vio a uno de sus hombres desplomándose de bruces. Instantes después, el otro norcoreano era lanzado hacia atrás con tal fuerza que chocó con el capitán Jack y los dos cayeron formando una maraña de brazos y piernas. El capitán Jack puso en práctica sus propias técnicas: se revolvió en el suelo y descargó una ráfaga de disparos contra el atacante al tiempo que, con la mano libre, sacaba la otra pistola. Cuando vació el cargador de la primera, disparó con la segunda. Sin embargo, lo único que encontraron las balas fue la pared.

Se puso en pie al tiempo que recargaba las pistolas y recobraba el aliento. A pesar de su experiencia, la velocidad y ferocidad del ataque le había dejado

estupefacto. Sus dos hombres seguían en el suelo.

Volvió con el pie al norcoreano que había chocado con él. Tenía el cuello tan aplastado que las protuberancias de la columna vertebral le asomaban por la piel. El capitán Jack se tocó la garganta sabiendo que Hemingway podría haberle matado fácilmente. Miró al otro norcoreano. Tenía la nariz destrozada, con el cartilago desplazado hacia el cerebro. Parecía que una bala le hubiese impactado en pleno rostro.

—Santo cielo —farfulló—. ¿Tom? —dijo en voz alta—. ¿Tom? Ha sido impresionante; te has cargado a dos guerreros de primera en apenas unos segundos. —No hubo respuesta—. Tom, creo que sabes por qué estamos aquí. Entréganoslo y nos marcharemos. Y te equivocas si crees que puedes contar con Reinke y Peters. Están ahí fuera con el cuello rajado. Así que eres tú solo contra todos nosotros. No puedes matarnos a todos.

«Al menos espero que no puedas», pensó. Corrió en busca de sus otros hombres. Confiaba en que Hemingway no los hubiera encontrado. Ojalá hubiese traído muchos más norcoreanos.

En otra sala que daba al pasillo principal, Hemingway recogió un par de espadas en forma de media luna. Respiró hondo, se volvió y salió corriendo. Esa noche la Montaña Asesina haría honor a su nombre.

Cuando oyeron los gritos, Alex y los demás se ocultaron en una habitación que daba al vestíbulo principal.

—No era la voz de Hemingway —dijo Simpson.

—No, pero sea quien sea, sabe que Hemingway está aquí. Al parecer, Tom ha matado a dos de sus hombres —dijo Alex—. Si Hemingway está aquí, es probable que el presidente también esté.

Stone consultó su reloj.

—Apenas nos quedan cuatro horas para asegurarnos de que así sea. Será mejor que nos dividamos. Si nos tienden una emboscada al menos no nos atraparán a todos.

Stone se llevó a Alex a un lado.

—En el complejo hay varias salas de entrenamiento —le dijo.

—¿Salas de entrenamiento?

—Hay un campo de tiro, una habitación de trampas similar al Hogan's Alley del FBI, un laberinto y salas de la «verdad» y la «paciencia».

—¿Verdad y paciencia? ¿Qué es esto, un maldito monasterio?

Stone le explicó que las salas de entrenamiento estaban a ambos lados del pasillo principal; dos salas a un lado y tres al otro.

—Tienes que pasar por una habitación para llegar a la otra hasta encontrar unas escaleras que conducen a las celdas del nivel inferior. —Y añadió—: Una vez que entras en las salas de entrenamiento, hay que pasar por todas; no hay otra salida.

—Estoy empezando a creer que ninguno de nosotros saldrá de aquí —dijo Alex.

Stone señaló hacia atrás.

—Puesto que hemos entrado por la zona de almacenaje, que está más cerca de las salas de entrenamiento, es posible que estemos por delante del hombre que hemos oído, si es que ha entrado por la puerta principal.

Alex ajustó las gafas de visión nocturna, pero no servían de nada con la luz. Miró hacia atrás y no vio a nadie.

—Reuben y yo nos ocuparemos de las tres salas de la izquierda, la agente Simpson y tú ocupaos de las dos de la derecha. Las puertas sólo se abren en un sentido, de modo que cuando entras en la sala la puerta se cierra sola y ya no puedes salir.

—Estupendo —replicó Alex con sarcasmo.

—Bien. Debes saber algunas cosas sobre las salas en que entraréis ahora. Tienes que seguir al pie de la letra lo que te diga a continuación. ¿Entendido?

—Tú mandas, Oliver. Dímelo y está hecho.

Cuando Stone hubo terminado de explicárselo a Alex, condujo a Reuben por el pasillo hasta la primera puerta situada a la izquierda y los dos entraron en la sala.

—Es el campo de tiro —susurró Stone mientras ambos observaban el espacio apenas iluminado. La explicación era innecesaria: se veían los cubículos donde se colocaban los tiradores y, en el otro extremo, los blancos destrozados con siluetas humanas de papel colgadas de poleas móviles—. Ve a la derecha y nos encontraremos en el centro. Cuando hayamos registrado todo, la puerta que da a la siguiente sala está allí.

Se separaron y Stone avanzó con precaución por el lado izquierdo del campo de tiro. Apenas había avanzado diez pasos cuando la puerta se abrió.

Stone apagó la linterna y se agazapó, apuntó con la pistola y trató de no perder la calma. Habían pasado casi tres décadas desde la última vez que había hecho algo así. Creyó ver pasar a alguien a toda prisa, pero había poca luz y resultaba difícil distinguir quién era. Lo que menos deseaba era disparar a Reuben por error. Sin embargo, había más luz de la cuenta para las gafas de visión nocturna, que no funcionaban.

Los pasos se acercaron y Stone se arrastró sobre el vientre hasta la parte posterior del campo de tiro, junto a los blancos. A medida que transcurrían los segundos, Stone notaba una sensación extraña. Se estaban produciendo cambios en su cuerpo y su mente. Las extremidades se le tornaban ágiles y la mente se

concentraba en la supervivencia. Toda su existencia se limitaba a un reducido campo de tiro apenas iluminado y repleto de sombras, resquicios, ángulos difíciles para disparar y lugares en los que ocultarse. Avanzó un poco más hacia la izquierda y tocó algo. Miró hacia arriba y se le ocurrió una idea.

El desconocido se agazapó mientras se desplazaba hacia la derecha, con una pistola en una mano y un cuchillo en la otra. Le pareció oír algo, pero no estaba seguro. Con cautela, entró en uno de los cubículos del campo de tiro.

Transcurrieron varios segundos.

De repente, un grito asustó al norcoreano. Se volvió y vio algo que volaba hacia él. Disparó sin vacilar.

Entonces Stone disparó apenas dos centímetros por encima de los fogonazos del arma del norcoreano, que se desplomó. Lo que había volado hacia él era uno de los blancos de papel. Stone había puesto en marcha el mecanismo para distraerle y había gritado a la vez, tras lo cual el norcoreano había disparado delatando su posición.

Se produjo un largo silencio hasta que Stone oyó la voz de Reuben.

—Oliver, ¿estás bien?

Al cabo de unos instantes, ambos observaron el cadáver después de asegurarse de que la sala estaba vacía. Stone lo iluminó con la linterna. Había dos orificios de bala, uno a un centímetro del otro, en el centro del pecho del hombre. Stone examinó los rasgos, la ropa y las armas del muerto.

—Norcoreano —dedujo.

—¿Qué es lo que hacías exactamente en la CIA? —preguntó Reuben mientras miraba los orificios de bala.

—Oficialmente era un « desestabilizador ». Suena mucho menos peligroso de lo que era en realidad.

Una repentina ráfaga de metralleta perforó la puerta del campo de tiro. Reuben y Stone se arrojaron al suelo.

La puerta se abrió de golpe y entró un segundo hombre sin dejar de disparar.

Stone logró ponerle la zancadilla, haciendo que cayera y soltara la metralleta. Reuben se abalanzó sobre aquel norcoreano, mucho más pequeño que él.

—Lo tengo, Oliver —exclamó. Rodeó al hombre con los brazos y apretó—. Ya no eres tan duro sin el arma, ¿eh?

Entonces Reuben chilló de dolor cuando el oriental le clavó el talón en el empeine. Aflojó un poco la presión, que era la oportunidad que el otro necesitaba. Reuben recibió dos golpes en la barbilla y otros dos en el vientre; cayó de rodillas, escupiendo sangre. El norcoreano elevó el cuchillo dispuesto a asestar el golpe mortal. La mano descendió hacia la nuca de Reuben.

En ese preciso instante una bala le impactó en el centro del cerebro y sé desplomó al suelo.

Stone se colocó la pistola en el cinturón y corrió hacia su amigo.

—¿Reuben? —dijo con voz temblorosa—. ¡Reuben!

—Joder, Oliver —dijo este lentamente, con la boca dolorida. Se puso de pie; las piernas le temblaban.

Los dos se miraron.

—¿Qué coño estamos haciendo aquí, Oliver? —preguntó Reuben mientras se limpiaba la sangre—. Esto es demasiado para nosotros.

Stone se observó las manos temblorosas y notó dolor en la pierna con que había hecho tropezar al hombre. Había matado a dos hombres después de pasarse casi treinta años sin matar a nadie. Aunque había recuperado brevemente su vieja formación, aquello no era como montar en bicicleta. Más que una cuestión de preparación física y de fuerza, era una postura mental que aceptaba matar a otro ser humano con cualquier medio y por cualquier motivo. Stone había sido así, pero ya no lo era. Sin embargo, estaba en un edificio que con toda probabilidad sería la tumba de sus amigos si no seguía asumiendo su antigua personalidad depredadora.

Ayudó a levantarse a su amigo.

—Siento haberte traído aquí, Reuben. Lo siento mucho —le dijo con voz quebrada.

Reuben le colocó la mano en el hombro.

—Joder, Oliver, si hemos de morir prefiero hacerlo contigo. Pero tenemos que regresar. ¿Qué harían Caleb y Milton sin nosotros?

Alex y Jackie estaban en una sala grande y oscura que desprendía un olor nauseabundo. No habían oído los disparos del campo de tiro porque estaba insonorizada. Con las gafas de visión nocturna Alex vio una pasarela elevada y estrecha a la que se podía acceder mediante unas escaleras metálicas.

—Iré primero para asegurarme que tenemos vía libre —le susurró a Jackie—. Pero cúbreme de cerca —añadió.

—¿Por qué te gusta hacerte el héroe? —repuso ella.

—¿Quién dice que me estoy haciendo el héroe? Si tengo problemas más te vale que me echés un cable, aunque ello suponga que te peguen un tiro en tu bonito trasero. Escúchame bien: cuando vayas por la pasarela, mantente en el centro, ¿vale? No pises los laterales.

—¿Por qué, qué pasaría?

—No lo sé ni quiero saberlo. Oliver me dijo que nos quedáramos justo en el centro y eso haremos.

Alex subió las escaleras con cautela y luego recorrió la pasarela por el centro. Llegó al otro extremo y vio la puerta que daba a la otra sala.

—Vale, venga, no hay peligro —dijo en voz baja.

Ella siguió rápidamente sus pasos. Nada más alcanzarle, la puerta de entrada

de la sala se abrió y se cerró. Ambos se agacharon de inmediato.

Alex analizó la situación y luego señaló la puerta de salida que había detrás de ellos. Indicó que él se quedaría. Mientras Jackie comenzaba a desplazarse, Alex se agazapó en el borde de la pasarela apuntando con la pistola. Miró hacia atrás y asintió con la cabeza. Jackie abrió la puerta y pasó al otro lado. Sin embargo, hizo un poco de ruido, lo cual causó que el intruso se apresurase a subir las escaleras y se dispusiese a atravesar la pasarela. Alex dio un paso adelante, pero con tan mala suerte que pisó el lateral de la pasarela. Se oyó un clic y el suelo desapareció y las luces se apagaron. Cayó en picado y aterrizó en un lugar con agua putrefacta que le llegaba a la rodilla. Alguien más cayó en el depósito, al parecer el intruso. Estaba tan oscuro que Alex ni siquiera se veía a sí mismo y el lodo había engullido las gafas de visión nocturna. Rogó que su adversario no tuviera equipo de visión nocturna o ya podía darse por muerto.

Se oyó un disparo que rebotó en un lateral del depósito, cerca de la cabeza de Alex. Se agachó, devolvió el disparo y se apartó. Trató de no respirar la fetidez en que había caído. Le dolían las costillas y la herida del brazo, y la garganta le escocía. Aparte de eso, estaba perfectamente.

Alex tenía otro problema aparte de las heridas físicas.

Dado que el lodo le llegaba hasta la rodilla, era imposible moverse sin revelar la posición, así que no se movió. El problema era que el otro tampoco se movía. Era una batalla en que moriría el primero en moverse. Entonces Alex cayó en la cuenta: estaban en la sala de la «paciencia» que Stone había mencionado. Tras mantenerse inmóvil varios minutos, buscó otra estrategia. Alargó la mano lentamente hasta tocar los laterales del depósito. Acto seguido, sacó la linterna.

De repente, instintivamente apartó el torso y un cuchillo le pasó rozando, rebotó contra el depósito y cayó al agua. Sin embargo, aunque era lo que sin duda esperaba su oponente, Alex no disparó.

Levantó la linterna y la presionó con cuidado contra la pared metálica del depósito. El lado imantado se sujetó allí de inmediato. Alex se agachó de nuevo y, estirando el brazo al máximo, colocó el índice sobre el botón de encendido de la linterna. Preparó la pistola, oprimió el botón y apartó la mano a toda velocidad. La linterna se encendió y al punto dos disparos la hicieron añicos. Alex disparó en ese mismo instante y dejó escapar un suspiro de alivio al oír que el cuerpo caía al agua lodosa. Entonces alguien pasó arrastrándose por lo alto. ¿Cómo era posible? Ya no había suelo. Y acto seguido alguien más pasó corriendo.

Alex saltó cuan alto pudo y trató de asirse a algo para salir de allí. En dos ocasiones no lo consiguió y cayó de nuevo al agua. Pero a la tercera fue la vencida: se impulsó hacia arriba, avanzó dando sacudidas por el pasamanos hasta la puerta y salió.

Stone y Reuben observaban lo que parecía una réplica del célebre Hogan's Alley de Quantico, que el FBI utilizaba para entrenar a los agentes en situaciones de la vida real. El Servicio Secreto tenía un complejo similar en el centro de entrenamiento de Beltsville. En la sala había réplicas de edificios, una cabina telefónica, aceras y un cruce con semáforos. Era como si hubieran retrocedido en el tiempo.

En la calle había varios maniqués: dos hombres, tres mujeres y varios niños. La pintura de las caras se había desconchado, pero todavía parecían tener vida. Reuben se fijó en que todos tenían orificios de bala en la cabeza.

Stone lo condujo hacia la parte posterior de un edificio. Había escaleras de madera que llevaban hasta un rellano en cada ventana.

—Aquí es donde nos entrenábamos como francotiradores —explicó.

—¿A quién teníais que matar?

—Mejor que no lo sepas —respondió Stone y se llevó un dedo a los labios.

Se acercaban pasos. Stone señaló hacia arriba, hacia una ventana. Subieron en silencio y, con precaución, miraron por la ventana. Aparecieron tres norcoreanos. Avanzaban como una unidad bien entrenada; se cubrían los unos a los otros mientras inspeccionaban la zona.

Stone y Reuben empuñaron sus pistolas. El problema era que los norcoreanos llevaban metralletas. Si Stone y Reuben eliminaban cada uno a un norcoreano, quedaría uno de ellos y habrían revelado su posición. Incluso con dos pistolas no sería fácil vencer a una metralleta en manos expertas.

—¡Hostia puta! —exclamó Reuben.

Uno de los norcoreanos acababa de desplomarse con un cuchillo clavado en el cuello. Los otros dos abrieron fuego de inmediato hacia el lugar del que había salido el cuchillo. Se hizo el silencio y los dos norcoreanos corrieron a ponerse a cubierto detrás de un viejo coche. Estaban de espaldas a Stone y Reuben y les habría sido fácil acabar con ellos. Sin embargo, cuando Reuben lo miró inquisitivamente, Stone negó con la cabeza. Quería ver qué sucedía antes de comprometerse.

Uno de los norcoreanos extrajo algo, le quitó una anilla y lo arrojó hacia el punto de origen del cuchillo. Aunque la granada no cayó cerca de ellos, Stone

sujetó a Reuben contra el suelo del rellano en que se encontraban.

La explosión sacudió la pequeña sala. Cuando el ruido disminuyó y el humo se despejó un poco, Stone y Reuben vieron a los norcoreanos moviéndose a toda prisa. Stone habría esperado: todavía había demasiado humo para ver bien.

Instantes después, una figura vestida de negro surgió entre el humo. Se desplazaba con tal velocidad y agilidad que parecía ingravida. Un par de espadas en forma de media luna resplandecían a sus costados como si fueran alas.

Con un golpe certero de las espadas despojó a los norcoreanos de las metralletas. Intentaron coger las pistolas, pero las espadas les cortaron las pistoleras, que cayeron al suelo y el atacante las apartó de una patada. Todo ocurrió en una serie de movimientos asombrosamente veloces.

El hombre de negro se colocó entre los dos norcoreanos.

Se quitó la capucha y depositó las espadas en el suelo. Tom Hemingway observó a los dos hombres y luego les habló en coreano.

—¿Qué ha dicho?

—Básicamente que se rindan o morirán —respondió Stone, que contemplaba absorto aquella escena surrealista.

—¿Crees que lo harán? —susurró Reuben.

—No; son norcoreanos. Resisten el dolor y el sufrimiento más allá de lo imaginable. —Miró a Hemingway y pensó: «Y ahora mismo necesitarán hasta el último hálito de resistencia».

Los norcoreanos adoptaron posturas de Tae Kwon Do. Uno de ellos hizo un amago rápido con el pie al que Hemingway ni siquiera hizo caso. Volvió a dirigirse a ellos en coreano. Los dos negaron con la cabeza. El otro trató de propinarle una patada, pero Hemingway le cogió el pie con una mano y, con la fuerza del brazo, lo arrojó hacia atrás. Les habló de nuevo en coreano.

—Acaba de decir «siento tener que hacerlo» —tradujo Stone.

Antes de que volvieran a respirar, Hemingway atacó. El puño atravesó la débil defensa de uno de sus oponentes y le golpeó directamente en el pecho. Moviéndose tan rápido que costaba seguirle con la mirada, Hemingway se dio la vuelta y le propinó una patada mortal en el lado de la cabeza.

Incluso desde donde estaban ocultos, Stone y Reuben oyeron el chasquido del cuello del norcoreano.

El otro corrió por la calle hacia el coche, mientras Hemingway le pisaba los talones. El norcoreano se volvió y le lanzó un cuchillo que le acertó en el brazo, pero Hemingway no se detuvo. Con el talón del pie golpeó en la barbilla al oriental, que salió despedido contra el coche. Hemingway se paró, se miró la sangre del brazo y luego observó al norcoreano.

—No será un final artístico —dijo Reuben.

Y, en efecto, Hemingway lo mató con el primer golpe.

Stone nunca había visto a un ser humano golpear con tanta fuerza. Parecía

tener la potencia de un oso pardo.

Sin embargo, Hemingway no dejó que el norcoreano cayera al suelo. Lo sostuvo contra el coche y siguió golpeándole en la cabeza, el pecho y el abdomen, con tal fuerza y velocidad que cuando finalmente lo soltó y el norcoreano se desplomó contra el suelo, Stone y Reuben vieron que la puerta del coche se había abollado.

Hemingway retrocedió y respiró hondo mientras examinaba a los tres hombres muertos. Cuando se dirigía a recoger las espadas, Stone le apuntó a la cabeza con su pistola. De repente, Hemingway se puso tenso, se irguió y se volvió lentamente hacia donde se escondían Stone y Reuben.

Clavó la mirada en la ventana. Aunque era imposible que les viera, resultaba obvio que había percibido su presencia. Mientras permanecía allí, como si esperase la bala, Stone bajó el arma. Hemingway esperó varios segundos más y luego, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció.

Jackie Simpson corrió tan rápido como pudo, pero estaba desorientada. Finalmente se detuvo y miró alrededor. Estaba en un laberinto.

—¿Alex? —llamó.

—¡Jackie!

Corrió hacia la voz.

—Jackie, están aquí, en alguna parte. Ten cuidado.

Ella se detuvo en seco y se arrodilló para escuchar con atención. Sólo oyó su propia respiración. Luego pasos, pasos furtivos. Retrocedió por el pasillo para alejarse de los pasos. Sostenía la pistola en alto, lista para disparar.

—¿Jackie?

—Aquí —indicó ella.

Alex asomó la cabeza por una esquina y la vio. Corrió a su encuentro. Ella observó su aspecto repulsivo.

—Joder, ¿qué te ha pasado?

Alex se restregó la porquería.

—No preguntes. Pero jamás digas que no tengo paciencia. —Miró hacia atrás— Dos tipos entraron corriendo antes que yo. ¿Los has visto?

Ella negó con la cabeza.

—Entonces ¿cómo salimos de aquí?

—Bien sencillo, comprobando el suelo.

—¿Qué?

Alex no replicó. Avanzó por el pasillo y se detuvo donde se cruzaba con otro. Se arrodilló y observó el suelo.

—Joder, ¿qué es esto?

Jackie corrió hasta allí.

—Mira. —Alex señalaba un puntito en una grieta del suelo, apenas visible.

—Un punto rojo. ¿Qué indica?

—Hacia dónde girar.

—¿Cómo?

—Eso sólo lo preguntan los marineros de agua dulce.

—¿A qué te refieres?

—A que los marineros saben que rojo significa « babor », y babor significa « izquierda » .

Giró a la izquierda y avanzaron hasta llegar a otro cruce. Encontraron otro punto. Era verde.

—Verde significa « estribor », y estribor significa...

—Derecha —dijo Jackie.

Recorrieron el pasillo de la derecha y llegaron al final.

—¿Cómo sabías lo de los puntos? —inquirió la chica.

—Oliver me lo explicó.

—O sea que sí estuvo aquí.

Alex la miró de hito en hito.

—Nunca lo he dudado. —Miró la puerta al final del pasillo—. Oliver me dijo que sólo había dos salas a este lado, lo cual significa que al otro lado de esa puerta...

—Está el presidente.

—Y Hemingway —añadió Alex.

—Es un agente federal. Es posible que esté de nuestra parte.

—Jackie, escúchame bien: es un traidor y seguramente podría matarte con el meñique. Si tienes oportunidad de disparar, no vaciles.

—¡Alex!

—No me jodas, Jackie. Hazlo. Y ahora en marcha.

Mientras Alex y Jackie corrían por el laberinto, Stone y Reuben entraron en una sala donde había una jaula colgante, cadenas en la pared, camillas, bandejas con instrumentos quirúrgicos y lo que parecía una silla eléctrica.

Stone observó la silla y respiró hondo.

—Se llamaba la sala de la « verdad ». La usaban para torturarte, para hacerte hablar. La verdad es que al final torturaban a todos, incluso a mí. —Señaló la silla—. Emplearon demasiada electricidad con un tipo al que conocía y el corazón se le paró. Le dijeron a la familia que había desaparecido en una misión en el extranjero. Seguramente esté enterrado en la Montaña Asesina.

—Es posible que nosotros también acabemos enterrados aquí —dijo Reuben.

—Vayamos a la siguiente sala. Esta nunca me ha gustado.

Se encaminaban hacia la salida cuando la puerta de entrada se abrió de golpe.

—¡Corre! —gritó Stone mientras disparaba al norcoreano que irrumpió en la sala. El oriental le devolvió los disparos y Stone tuvo que protegerse detrás de la silla eléctrica.

Se produjeron disparos desde todas partes de la sala. Al cabo de unos instantes, mientras Stone recargaba tan rápido como podía, oyó a Reuben gritar:

—¡Me han dado! Oliver, ¡me han dado!

—Reuben —llamó Stone mientras dos balas le pasaban silbando junto a la cabeza.

Devolvió los disparos y se agachó. Oyó ruido a la izquierda, como si alguien hubiera volcado una bandeja de instrumentos, y luego oyó ruidos de objetos arrojados. Stone tomó una decisión rápida: apuntó a las luces del techo y las destrozó todas. Luego se colocó las gafas de visión nocturna y trató de adaptarse rápidamente al mundo verde diáfano que mostraban las gafas.

¿Dónde estaba Reuben? ¿Dónde? Finalmente le vio tumbado en el suelo, detrás de una camilla medio volcada, sujetándose el costado. No veía al norcoreano por ninguna parte. Siguió escudriñando la sala y se fijó en un rincón. El oriental había apilado camillas y otro material para formar una barricada; seguramente estaría detrás. Stone miró hacia el techo y supo qué debía hacer. Se tumbó boca arriba con las rodillas flexionadas. Colocó el arma entre las rodillas y luego las apretó de modo que la pistola permaneciera bien sujeta. Apuntó al blanco, exhaló todo el aire de los pulmones y relajó los músculos por completo. Era como si hubiese recuperado todo su adiestramiento para matar sin dificultad alguna, justo cuando lo necesitaba. «¿Debería dar las gracias a Dios o al Diablo?» , se preguntó.

Con la luz del día el disparo habría sido fácil, pero en un mundo verde, sabiendo que sólo se tenía una oportunidad, las cosas se complicaban.

Apretó el gatillo y partió en dos la cadena que sujetaba la jaula que colgaba encima de donde se ocultaba el norcoreano. Y entonces la jaula de una tonelada se vino abajo.

Siguió mirando con la pistola preparada. Lo que vio a continuación le provocó náuseas, aunque había sido su intención. La sangre comenzó a deslizarse por debajo de las camillas y a formar un charco.

Se levantó y se acercó al rincón. Con cuidado, miró por encima de la barricada improvisada. De debajo de la jaula caída sólo sobresalía una mano. El tipo ni siquiera había tenido tiempo de gritar. En el viejo mundo de Stone aquello se habría llamado un «asesinato perfecto» .

—¡Oliver! —llamó Reuben.

Stone se volvió y corrió al encuentro de su amigo, que estaba apoyado contra la pared, sujetándose el costado. Todavía tenía el cuchillo clavado y la sangre le empapaba la camisa.

—Mierda, el muy cabrón lanzó bien. Me recuperaré. He superado cosas

peores. —Sin embargo, Reuben había palidecido.

Stone corrió hasta un armario de pared y lo abrió. Había frascos de pomadas, esparadrapo y gasa. Las pomadas no servirían de nada, pero la gasa y las vendas estaban en los envoltorios originales. Estarían más esterilizadas que la camisa de Reuben. Cogió lo necesario y volvió junto a su amigo. Después de vendarle la herida, lo ayudó a cruzar la puerta que daba a la siguiente sala.

Nada más salir ambos de la sala, la puerta de entrada se abrió. El capitán Jack observó el interior con cautela. Inspeccionó la sala y encontró a su hombre aplastado bajo la jaula.

—Bueno, quizás hay a llegado el momento de retirarnos —dijo el capitán Jack—. Estoy seguro de que los norcoreanos lo entenderán. —Regresó a la puerta metálica, pero esta no se abrió—. Lo había olvidado —farfulló.

Permaneció allí, preguntándose qué hacer. Consultó la hora. Pronto daría igual.

Stone y Reuben llegaron al nivel inferior del complejo al mismo tiempo que Alex y Jackie.

—En total hay nueve chinos muertos —dijo Alex después de que se hubieran puesto al día.

—De hecho, son norcoreanos —lo corrigió Stone.

—¡Norcoreanos! ¿Y qué demonios hacen aquí? —preguntó Jackie.

—Ni idea —señaló con la pistola hacia el pasillo—, pero sé que por ahí están las celdas donde solía retenerse a los «presos» para interrogarles. Supongo que el presidente estará en una de ellas.

Alex consultó su reloj.

—Nos quedan tres horas —anunció—. Tenemos que dar con el presidente, largarnos de aquí, encontrar cobertura para el móvil y llamar al Servicio Secreto. Se pondrán en contacto con la Casa Blanca y detendrán el ataque.

—¿Crees que quedan más norcoreanos? —inquirió Simpson.

—Vi a dos tipos corriendo cuando estaba atrapado en el depósito, así que... —De repente gritó—: ¡Cuidado! ¡Granada!

Corrieron a ponerse a cubierto mientras el objeto rebotaba por las escaleras y caía cerca de ellos. Sin embargo no era una granada normal, sino de las que aturdirían con un sonido estridente y una luz cegadora. El equipo de rescate de rehenes del FBI tenía una fe absoluta en su eficacia, y esa vez también cumplió: cuando estalló todos se quedaron aturdidos.

Dos norcoreanos bajaron corriendo las escaleras. Llevaban tapones para los oídos, así que la explosión no les había afectado. Apuntaron a Alex y los demás. Stone trató de levantarse, pero estaba tan desorientado que le fue imposible. Jackie se había tapado los oídos con las manos y parecía a punto de desmayarse. Reuben estaba agazapado en un rincón, sujetándose el costado y respirando a duras penas.

—¡Molid! —gritó un norcoreano.

Puso el selector de disparo de su metralleta en automático y deslizó la mano hacia el gatillo. Vaciaría el cargador de treinta balas en apenas unos segundos.

Y lo habría hecho de haber estado vivo. La columna se le partió cuando un pie lo golpeó por detrás. Se desplomó lentamente sobre el suelo y, mientras lo

hacia, apretó el gatillo y su arma disparó varias balas que rebotaron en el suelo e impactaron en su cuerpo, aunque ya no las sentía.

El otro tipo intentó disparar a Hemingway, pero este quitó el cargador de la culata, se lo incrustó en la cabeza de un golpe seco y lo remató con un golpe vectorial que le reventó el hígado. El hombre cayó inerte con un ruido sordo.

Acto seguido, Hemingway desapareció.

A medida que remitían los efectos de la granada aturdira, Alex se puso en pie trabajosamente y ayudó a Jackie a levantarse. Stone hizo otro tanto con Reuben.

—¿Adónde ha ido Hemingway? —preguntó Stone.

El agente secreto señaló el pasillo.

—Por ahí, por la puerta. Le vi allí justo antes de desaparecer. No sé muy bien cómo porque tenía la impresión de que la cabeza me estallaría.

Observaron a los norcoreanos muertos.

—Ese tipo es una puta pesadilla —exclamó Alex.

—Acaba de salvarnos la vida —señaló Jackie Simpson.

—Seguramente porque quiere matarnos a todos —repuso Alex—, así que mi orden anterior sigue valiendo. Dispárale a matar.

Stone consultó la hora.

—Se nos acaba el tiempo.

Hemingway estaba solo al final del pasillo; las celdas donde se encontraban Chastity y el presidente estaban detrás de él. Los prisioneros estaban inconscientes por las sustancias amnésicas que les había administrado con la cena. Creía que preferirían no recordar nada de lo sucedido.

Se ocultó entre las sombras cuando se abrió la puerta al otro extremo del pasillo.

Alex cruzó el umbral con los demás.

—¡Hemingway, hemos venido por el presidente! —gritó.

Este no replicó.

—Tal vez no sepas lo que ha ocurrido, Tom —añadió Alex—. La organización terrorista Sharia ha reivindicado el secuestro. En estos momentos Estados Unidos tiene un misil nuclear apuntando a Damasco. Lo lanzará antes de tres horas si no se devuelve ileso al presidente. Reinke y Peters venían a decírtelo.

Hemingway respiró hondo, pero siguió sin replicar.

—Tom, entiéndelo —continuó Alex—: el mundo está a punto de estallar. Todos los ejércitos musulmanes y todas las organizaciones terroristas se están preparando para atacarnos. Estamos en el nivel máximo de alerta, Tom, el nivel máximo. Ya sabes lo que eso significa. Todo está a punto de volar por los aires. —Hizo una pausa antes de añadir gritando—: Joder, nos quedan tres horas antes de

que mueran seis millones de personas.

Finalmente, Hemingway emergió de las sombras.

—¿Por qué Sharia ha reivindicado el secuestro? —preguntó con recelo.

—No fueron ellos, así que yo lo hice por ellos —dijo el capitán Jack al tiempo que aparecía repentinamente y presionaba su arma contra la sien de Jackie Simpson. Le quitó su pistola y apuntó a los demás con ella—. Bien, dejad las armas en el suelo o tendréis una bonita vista de los sesos de esta señorita.

Los otros vacilaron unos instantes, pero luego, uno a uno, dejaron caer las armas.

—Mierda, es el tipo al que oímos antes —le susurró Reuben a Stone, pero este no le estaba escuchando sino que miraba de hito en hito al capitán Jack.

El recién llegado recorrió al grupo con la vista, se detuvo y miró de nuevo a Stone. Frunció el ceño, pero justo entonces Hemingway intervino de nuevo.

—Creía que teníamos un trato. —Parecía muy tenso.

—Lo teníamos, Tom —replicó el capitán Jack—, pero los norcoreanos me hicieron una oferta más tentadora. Ya te dije que sólo lo hacía por dinero. Fue una advertencia justa, colega, y no me culpes si no la pillaste.

—¿Por qué? —repuso Hemingway—. ¿Para iniciar una guerra entre musulmanes y americanos? ¿Qué es lo que gana Corea del Norte?

—Me da igual. Me pagaron lo que pedía.

—Vamos a lanzar una bomba nuclear sobre Damasco —les recordó Alex.

El capitán Jack lo miró con desdén.

—Trabajé para los sirios una temporada. Son tan sanguinarios como los demás. No puede decirse que no se lo merezcan.

—Seis millones de personas —dijo Alex—, incluyendo mujeres y niños.

El capitán Jack negó con la cabeza cansinamente.

—Me parece que no comprendes lo que estoy diciendo.

—Hay norcoreanos muertos por todas partes —dijo Hemingway—. ¿De verdad crees que el plan funcionará ahora?

—Ya tendré tiempo de limpiar eso, Tom. No muy lejos hay un viejo pozo; es un lugar perfecto para arrojar cadáveres.

—¿También el de Brennan?

—Tengo que acabar el trabajo.

—Entonces ¿piensas matarnos a todos? —intervino Stone.

—Me sueñas de algo —dijo el capitán Jack mirándole.

—No has respondido a mi pregunta.

—Sí, pienso mataros a todos. —Miró a Hemingway—. Me porté bien contigo, Tom. Mira lo que pasó en Brennan, todo salió a la perfección.

—No saldrá bien si el presidente también muere —dijo Hemingway—. Se supone que tiene que regresar sano y salvo. Eso es lo que prometí.

—Si lo que quieres es dinero, Estados Unidos tiene mucho más que Corea del

Norte —terció Jackie.

El capitán Jack negó con la cabeza.

—No soy tan codicioso, y dudo mucho que me pagaran. Estados Unidos es el principal país deudor del mundo.

El capitán Jack disparó a Hemingway y le rozó la pierna izquierda. Hemingway hizo una mueca y cayó de rodillas. A continuación le disparó en el brazo derecho.

—¡Basta, por favor! —gritó Jackie.

—Siento tener que acabar de esta manera, Tom, pero no me apetece nada que me destroces el cuello.

—Tal vez debas reconsiderar el plan —repuso Hemingway apretando los dientes.

—¿Y eso?

—Porque las puertas de la celda tienen una bomba trampa.

—Entonces apaga los dispositivos y abre las puertas.

Hemingway negó con la cabeza.

—Me los cargaré uno a uno hasta que lo hagas.

—Vas a matarlos de todas maneras, ¿qué más da? —replicó Hemingway.

—Veremos cuánto tiempo soportas los gritos. Tu único punto débil es que eres demasiado civilizado, Tom.

Stone logró llamar la atención de Hemingway y le indicó algo con la mirada. Hemingway asintió imperceptiblemente.

El capitán presionó la pistola contra la sien de la chica.

—Adiós, cariño, seas quien seas —dijo.

—Me llamo John Carr —dijo Stone con tranquilidad mientras daba un paso al frente—. Tienes razón, nos conocemos.

El capitán Jack se detuvo.

—John Carr —repitió asombrado, y miró a Stone de arriba abajo—. Por Dios, John, los años te han pasado factura.

—Fuiste un maldito traidor en el pasado y veo que no has cambiado.

—Me fui a mi manera, no creo que puedas decir lo mismo —replicó con desdén. Había centrado toda su atención en Stone, por lo que no se percató de que Hemingway se arrimaba lentamente a la pared.

Stone dio otro paso para distraerlo.

—¿Por qué no me matas? Siempre fuiste un segundón, así que resultará grato cargarse al número uno, ¿no?

—Sigues siendo un cabrón engreído.

—Me lo gané a pulso, no como tú. ¿En qué fallaste? Ah, sí, ya lo recuerdo, usaste una lectura barométrica equivocada y erraste el blanco. Tuvieron que enviarme al año siguiente para que lo hiciera bien. Admítelo, eras un chapucero.

El capitán Jack le apuntó a la frente.

—Esta vez no tendré que preocuparme por la presión barométrica.

En ese instante Hemingway saltó y alcanzó el interruptor de la luz, tras lo cual se quedaron a oscuras. El capitán Jack disparó. Se oyeron gritos, chillidos, un forcejeo y, finalmente, un grito estridente y el ruido sordo de un cuerpo al caer al suelo.

Las luces se encendieron. El capitán Jack estaba en el suelo, desarmado. Stone estaba a su lado, empuñando un cuchillo ensangrentado. Lo había cogido en la sala de la «verdad».

—¡Cabronazo! —gimió el capitán Jack mientras se sujetaba las pantorrillas, donde Stone le había clavado el cuchillo para inmovilizarlo—. ¿Por qué no me has matado? —le espetó.

—Porque no tengo motivos para ello.

—¡Escuchadme todos! —masculló el capitán Jack con gesto de dolor—. Diez millones de dólares para cada uno de vosotros si matáis a Brennan. —Todos le miraron—. ¡Sólo es un jodido cabrón! —gritó.

—Si no cierras el pico —bramó Alex—, te mataré con mis manos.

Hemingway logró incorporarse apoyándose en la pared.

—Tenéis que llevaros al presidente Brennan y dejarlo en un lugar específico para que todo acabe bien.

Alex le miró sin dar crédito a tanto desatino.

—Joder, no sé cuáles son tus motivos ni me importan. Has llevado al mundo al borde de la guerra. Lo que haremos será llevarnos al presidente al lugar que le corresponde. De camino haremos una llamada para evitar que seis millones de personas mueran por tu culpa. —Le apuntó con su arma—. O abres la puerta de la celda o te mato.

—No he traicionado a mi país, penséis lo que penséis. Lo he hecho por mi país. Lo he hecho por mi mundo.

—¡Abre la maldita puerta! —ordenó Alex—. ¡Ahora!

Hemingway sacó un juego de llaves y abrió una de las puertas.

—Creía que habías dicho que tenían una bomba trampa —gruñó el capitán Jack

—Mentí.

Stone y Alex sacaron al presidente inconsciente y lo sentaron apoyado contra la pared. Luego hicieron lo propio con Chastity y la colocaron junto al presidente.

Alex sacó el móvil.

—Joder, había olvidado que aquí no hay cobertura; tenemos que salir de aquí para llamar a Washington y...

—No creo que sea necesario —interrumpió una voz de hombre.

Se volvieron y vieron a Carter Gray y a seis hombres armados con metralletas.

—Gracias a Dios —dijo Jackie Simpson mientras se acercaba a su padrino. Sin embargo, Gray se dirigió a Hemingway.

—El presidente iba en el helicóptero en que me llevaste a casa, ¿verdad? —Gray no esperaba una respuesta y Hemingway no dijo nada—. Modificaste mis archivos, reuniste a un ejército de muertos vivientes y secuestraste al presidente. —Sacudió la cabeza.

—El presidente está bien, Carter —dijo Jackie—. Sólo está drogado.

—Muy bien. Ahora nosotros nos haremos cargo de la situación —dijo Gray, e indicó a dos de sus hombres que recogieran al presidente.

—¡Un momento! —gritó Hemingway—. ¡Tiene que volver tal como lo planeé! No podéis permitir que todas las muertes de Pensilvania sean en vano. Se sacrificaron por un mundo mejor.

Gray hizo una mueca.

—¡Estás chalado! —Se volvió hacia Stone—. Hola, John. No imaginas lo desconcertado que estoy de verte con vida. —Miró al capitán Jack, que continuaba sujetándose las piernas ensangrentadas—. Dos viejos amigos a los que creía muertos. La resurrección parece algo habitual en el siglo XXI.

—No estaba listo para morir según tus planes, Carter —le espetó Stone.

Jackie Simpson se interpuso entre los dos hombres.

—¿De qué demonios estáis hablando?

—Eh, se nos acaba el tiempo —intervino Alex—. Tenemos que notificar a la Casa Blanca que hemos recuperado al presidente. Detendrán el ataque.

Gray no le hizo caso.

—Jackie, vendrás conmigo.

—¿Qué? —replicó ella—. ¿No has oído a Alex? Tenemos que lograr que detengan el ataque.

—Cuando salgamos de aquí juntos, jamás mencionarás nada de lo que has visto u oído aquí. ¿Entendido?

Jackie miró a los demás.

—Estoy segura de que ninguno de nosotros revelaría información perjudicial para el país.

—Los demás no me preocupan, Jackie, sólo tú.

Stone la miró.

—Eres la única que saldrá con vida, agente Simpson. —Miró a Gray—. Y creo que eso incluye al presidente.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, y miró a su padrino para que la tranquilizara, pero la verdad que Stone acababa de pronunciar aparecía reflejada en sus rasgos. La chica señaló a Brennan, todavía inconsciente—. ¡Es el presidente de Estados Unidos!

—Lo sé —replicó Gray—. Y ahora mismo hay un hombre en el Despacho Oval con la misma capacidad para gobernar el país, lo cual, por desgracia, no es mucho.

Jackie miró a los hombres que acompañaban a Gray.

—Matará al presidente. ¡Tenéis que impedirlo!

—Estos hombres sólo me son leales a mí, de lo contrario no estarían aquí —declaró su padrino.

—Morirán seis millones de personas si no llamamos a la Casa Blanca, Carter —insistió Jackie en tono suplicante.

—Seis millones de sirios —precisó Gray—. ¿Sabes cuántas actividades terroristas respalda la muy buena de Siria? Y es el centro de intercambio de información de casi todos los terroristas suicidas que van a Irak. Hace años que deberíamos haber lanzado un ataque nuclear contra ese maldito país.

Jackie miró a su padrino, incrédula.

—Estás loco.

—Esto es más importante que cualquier hombre, cariño —replicó él con calma—. Es una guerra del bien contra el mal y tenemos que asegurarnos de que ambos bandos estén bien definidos. Y para lograrlo, debemos asumir sacrificios por el bien común. Ni siquiera el presidente es tan importante. —Hizo una pausa y añadió—: Estoy convencido de que a tu padre le habría parecido bien.

—¡Y una mierda! —bramó Jackie—. Sería el primero en encerrarte en un manicomio.

—Ponte a mi lado, Jackie —la apremió él—. Hazlo ya.

Ella no se movió.

—Ni hablar; también tendrás que matarme a mí.

—Por favor, no me obligues a hacerlo.

De repente, Alex gritó « ¡Arma! » y se arrojó contra Brennan, pero alguien se le adelantó.

Se oyó un disparo mientras todos parecían moverse a cámara lenta. Hubo gritos, pasos apresurados y ruido de algo metálico cayendo al suelo. Y luego un largo silencio.

Jackie Simpson primero se arrodilló y luego se desplomó de bruces sobre el frío cemento. La bala que habría acabado con Brennan le había atravesado el corazón. Gray gritó y se lanzó sobre el capitán Jack, que había sacado una pistola

oculta en el tobillo y disparado contra el presidente. Sin embargo, Jackie Simpson había impedido el magnicidio.

Alex le comprobó el pulso. Finalmente alzó la mirada y negó con la cabeza.

—¡Jackie! —gimió Gray—. ¡Oh, no!

—Beth... —susurró Stone, contemplándola aturrido.

Alex, el único que estaba lo bastante cerca para oírle, lo miró. «¿Beth?», se preguntó para sus adentros.

Gray encañonó al capitán Jack, pero la voz resonante de Stone lo detuvo.

—Si lo matas perderás el único vínculo con la trama norcoreana para acabar con el presidente.

El dedo de Gray siguió en el gatillo, pero no lo apretó.

Stone estaba temblando y los ojos se le habían llenado de lágrimas.

—Llevaremos al presidente a Medina —dijo—, al lugar que nos indique el señor Hemingway.

—¡Imposible! —gritó Gray.

—No te queda opción, Carter —replicó Stone—. No puedes permitir que mueran millones de inocentes sin razón alguna.

Gray lo fulminó con la mirada.

—¿Inocentes? ¡Esos malditos me arrebataron a mi familia! —exclamó—. Me arrebataron todo lo que me importaba.

—Y mi país hizo lo mismo conmigo —dijo Stone.

Ambos se miraron de hito en hito mientras los demás les observaban. Entonces Stone miró a la chica muerta.

—Al igual que tú, lo he perdido todo —dijo con voz quebrada.

Gray miró el cadáver de su ahijada y luego a Stone.

—No puedo llevar al presidente a Medina. No tenemos tiempo.

—Creo que la Medina a que se refería el señor Hemingway está bastante más cerca —replicó Stone.

Todos miraron a Hemingway.

—¿Tienes el helicóptero? —le preguntó este a Gray, quien asintió—. Entonces llegarás a mi Medina en menos de dos horas, dentro del plazo estipulado.

—Si acepto, puedo llamar desde el helicóptero y decirles que lo he encontrado en esa Medina de la que hablas —propuso Gray.

—Salvo que vayas al lugar, no podrás responder a todas las preguntas. La prensa y el país querrán saber hasta el último detalle —respondió Hemingway.

Stone miró a Gray.

—Podrás decir que has encontrado al presidente, Carter. Te convertirás en un héroe nacional.

—¿Y cómo lo hago exactamente? —replicó Gray.

—Eres un tipo listo, ya se te ocurrirá algo en el viaje en helicóptero —manifestó Stone.

—Él viene conmigo —dijo Gray con brusquedad, señalando al capitán Jack.

—Estoy seguro de que le sonsacará hasta el más mínimo detalle —aseveró Stone.

—Y Hemingway también viene —añadió Gray.

—¡En marcha! —exclamó Alex.

Mientras los demás salían, Stone se arrodilló junto a la chica muerta bajo la atenta mirada de Gray. Le acarició el pelo y luego le cogió la mano, todavía cálida. Volvió la mano y observó la cicatriz en forma de media luna. Conservaba la forma del corte que se había hecho años atrás. Stone había visto la cicatriz el día que recogió el cambio que a ella se le había caído en la calle. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Eran las lágrimas de su pesadilla, de perder a su hija en un sueño. Y ahora eran reales, infinitamente más dolorosas. La besó en la mejilla.

Miró a Gray, que seguía de pie a su lado.

—Asegúrate de que reciba un funeral digno —le dijo con firmeza.

Gray asintió y Stone se marchó sin mediar palabra.

Ya en el exterior, siguieron a los hombres de Gray hasta un claro cercano donde esperaba un helicóptero.

El piloto se asomó.

—¿Adónde vamos?

—¡A Medina! —gritó Hemingway.

—¿Perdón? —exclamó el piloto.

—Llevo la dirección en el bolsillo de la camisa —dijo Hemingway.

Uno de los guardias sacó el trozo de papel y lo leyó. Le lanzó una mirada a Hemingway. Stone leyó el papel por encima del hombro del guardia. Sí, había acertado.

Hemingway se acomodó en el asiento trasero del helicóptero. Al cabo de unos instantes, propinó un cabezazo al guardia más cercano y le destrozó la nariz y el pómulo derecho. A continuación le dio una patada al asiento delantero con tal fuerza que lo arrancó de cuajo, y el piloto salió despedido hacia delante. Apenas unos segundos después, Hemingway corría, a pesar de la pierna herida, hacia el bosque.

Alex salió en su persecución mientras las ramas, los arbustos y las enredaderas le rasguñaban y desgarraban la ropa. A Hemingway le habían disparado en la pierna y, aun así, Alex no lograba alcanzarlo. Oyó un agudo grito no muy lejos y apretó el paso. Salió a un claro y se detuvo derrapando al borde de un precipicio por el que habría caído en picado. No veía el fondo, pero le pareció oír el sonido de algo al caer al agua. Los guardias llegaron corriendo. Alex señaló el abismo y meneó la cabeza.

Tom Hemingway había desaparecido.

El presidente en funciones Ben Hamilton observaba la pantalla en el Despacho Oval mientras sus ayudantes se agolpaban a su alrededor. Las secuencias de la película tenían mucho grano y se veían entrecortadas, pues todos los servicios de noticias profesionales habían abandonado Siria, pero aun así era evidente que en Damasco el caos era total. Los coches colapsaban las carreteras y los sirios, desesperados y aterrorizados, abarrotaban las calles. Se decía que la gente corría por la pista del aeropuerto para intentar subir a alguno de los últimos aviones que despegaban. Hacía horas que el orden público brillaba por su ausencia. La gente tan sólo intentaba huir. Y a medida que transcurría el tiempo y la esperanza se desvanecía, la situación empeoraba.

Hamilton y su grupo observaban en la pantalla a padres corriendo por las calles, cargando con sus hijos y chillando despavoridos. Los soldados se abrían paso entre la muchedumbre aterrorizada ordenando por los megáfonos evacuación inmediata. No obstante, teniendo en cuenta que quedaba menos de una hora para el plazo fijado por EE. UU. ninguna de esas personas sobreviviría. En una parte del vídeo se veía a unos ciudadanos enfadados linchando a unos saqueadores. Hamilton miró hasta que vio a un grupo de niños siendo separados de sus familias y luego pisoteados por la estampida de la muchedumbre.

—Apaga el dichoso aparato —ordenó. La pantalla ennegreció al instante.

La mesa de Hamilton estaba repleta de peticiones oficiales de todo el mundo para que no apretara el gatillo. Millones de estadounidenses habían salido a las calles, algunos para apoyar la decisión de Hamilton, pero la mayoría para mostrar su repulsa. La centralita de la Casa Blanca estaba colapsada.

El secretario de Defensa se sentó al lado de su comandante en jefe. Hamilton lo miró con expresión angustiada.

Intuyendo quizá que su jefe flaqueaba, Decker habló.

—Señor, sé que esto es más presión de la que una persona debería soportar. Y sé lo que le pide el mundo. Pero si ahora retrocedemos, perderemos toda credibilidad ante esta gente y, si eso ocurre, será nuestra perdición.

—Lo entiendo, Joe —dijo Hamilton lentamente.

—Hay novedades, señor.

El presidente lo miró con expresión abatida.

—¿Qué?

—Ahora mismo, las condiciones atmosféricas sobre el Atlántico son muy inusuales. La armada informa que la comunicación vía satélite con el *Tennessee* podría perderse en unos minutos.

—Si ese es el caso no deberíamos lanzar el misil.

Decker negó con la cabeza.

—Estas condiciones no afectarán al lanzamiento. El D-5 posee una guía inercial. Después de la separación del propulsor del cohete final, maniobra hacia la ubicación óptima para desplegar las ojivas nucleares y se produce la caída libre sobre el objetivo. El problema es mantener el contacto con el submarino.

—¿Qué quieres decirme, Joe? —preguntó Hamilton.

—Sugiero que liquidemos el asunto antes de perder el contacto.

—¿Qué? ¿Lanzarlo ahora? —Hamilton consultó su reloj—. Todavía faltan cincuenta y dos minutos.

—¿Y qué diferencia hay, señor presidente? Si pensarán liberarlo, ya lo habrían hecho. En realidad, con esta espera sólo estamos concediendo tiempo al enemigo para contraatacarnos. Y si no lo hacemos ahora, quizá luego no podamos contactar con el *Tennessee*.

—¿No podemos utilizar otro ingenio nuclear?

—Ese submarino está en el lugar ideal con el misil ideal para alcanzar Damasco, y está listo para actuar. De todos modos, los otros submarinos que tenemos en el Atlántico se enfrentarán a los mismos problemas de comunicación.

—Bueno, pues entonces dile al *Tennessee* que dispare cuando termine el plazo, salvo que reciban una contraorden por nuestra parte.

—No funciona así con las armas nucleares, señor. Por muchos motivos, si les decimos que las lancen es probable que ya no tengamos tiempo de dar marcha atrás. Podríamos hacer despegar un avión, pero es probable que para cuando esté preparado ya se haya cumplido el plazo. Y si no lanzamos el misil dentro del tiempo estipulado, entonces habremos perdido toda credibilidad, señor.

—¿O sea que así van a ser las cosas a partir de ahora? Nosotros atacamos y ellos nos atacan. ¿Hasta que desaparezcamos todos?

—Con los debidos respetos, señor, los superamos con mucho en armamento. La victoria final será nuestra sin ninguna duda.

Hamilton alzó la vista y vio que todas las miradas de la sala estaban puestas en él. «Que Dios se apiade de mí», pensó.

—Primero ponte en contacto con los sirios. Dales una última oportunidad —ordenó. Apoyó la cabeza entre las manos mientras todos los presentes bajaban la mirada.

De repente Andrea Mayes habló.

—¡Un momento! Por favor. Señor, ¿por qué no iban a entregarlo si lo

tuvieran? ¿Por qué permitirían la muerte de millones de personas de su propio pueblo?

—Porque son terroristas —espetó Decker—. Piensan así. Y según sus creencias, todas esas víctimas irán directas al paraíso. Y no olvidemos que ellos nos atacaron primero. Se llevaron a nuestro presidente, que ahora mismo probablemente esté muerto. No tenemos elección. Tenemos que contraatacar y dejar bien claro la resolución de este país. Cualquier otra decisión les envalentonará y se sentirán libres para hostigarnos más y más. La mejor y única respuesta es el arma nuclear. Japón no se rindió hasta que les lanzamos dos. Así salvamos millones de vidas.

Pasó por alto que las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki también habían matado y mutilado a cientos de miles de civiles japoneses y dejado radiactividad en ambas ciudades durante décadas.

Hamilton apartó la mirada y la secretaria de Estado se derrumbó en su asiento.

Decker habló por un teléfono seguro y ordenó que se hiciera esa última petición a los sirios y la Sharia inmediatamente. Al cabo de unos minutos recibió la respuesta.

Hamilton lo miró.

—¿Y bien?

—La versión publicable es que Dios nos castigará por el mal que estamos a punto de hacer —repuso Decker—. Así pues, ¿me autoriza a que contacte con el Alto Mando, señor?

De repente Hamilton se mostró indeciso. Mayes aprovechó su vacilación.

—Señor presidente, por favor piense en lo que está a punto de hacer. Si aniquilamos Damasco nunca habrá paz. Nunca.

Decker se colocó delante de ella.

—Señor presidente, ahora mismo no tenemos paz. Y si no cumple lo prometido, América será el hazmerreír del mundo y perderá toda su influencia. Sé que usted no es la clase de líder que permitiría una catástrofe de esas dimensiones. —Hizo una pausa antes de añadir con firmeza—: Tenemos que hacerlo.

Hamilton se frotó los ojos, miró a Mayes y luego asintió en dirección a Decker.

—Haz la llamada.

Hamilton se acercó a una ventana mientras Decker descolgaba otro teléfono y daba la orden al Alto Mando, que la transmitió de inmediato al *Tennessee*. El potente misil Trident despegaría poco después, acelerando desde las profundidades marinas a tal velocidad y fuerza que una capa de gas protector lo circundaría. Al recorrer cientos de metros hasta la superficie, ni una sola gota de agua tocaría su piel metálica. A una velocidad de crucero de veinte mil

kilómetros por hora, el Trident alcanzaría Damasco menos de treinta minutos después de su lanzamiento con la fuerza de mil huracanes. No quedaría nada.

Al comienzo no se dio cuenta de que sonaba el teléfono. Luego, lentamente, Hamilton alzó la vista. Era *ese* teléfono. Corrió a contestar.

—¿Sí?

Tragó saliva y se llevó la mano al costado. La mayoría de los presentes pensó que sufriría alguna clase de ataque.

—¡Lo tienen! —gritó a la sala—. ¡Tienen a Brennan! —Se giró hacia Decker—. Suspende el lanzamiento. ¡Suspéndelo!

Decker habló rápidamente por el otro teléfono y ordenó que no enviaran la orden de lanzamiento al *Tennessee*. Sin embargo, el secretario de Defensa palideció de repente.

—¿Cómo? No puede ser.

Todo el mundo clavó su mirada en él.

Decker se quedó lívido.

—La tormenta del Atlántico está afectando las comunicaciones vía satélite. El *Tennessee* acusó y confirmó la orden del lanzamiento, pero ahora tenemos problemas para restablecer el contacto.

—¡Sabía que teníamos que esperar las ocho horas! ¡Idiota! —gritó Hamilton.

—Oh, Dios mío —exclamó Andrea May es con voz temblorosa.

Hamilton le arrebató el auricular a Decker y apartó al hombre con brusquedad.

—Soy el presidente en funciones Hamilton. Tenéis que establecer comunicación con el submarino y ordenarle que no lance el misil. Me da igual cómo lo hagáis, ¡pero hacedlo! —ordenó. Se agarró a la mesa *Resolute* para sostenerse en pie porque le fallaban las rodillas y tenía la frente perlada de sudor.

Un afligido Decker se apoyaba en la pared sujetándose el hombro por donde Hamilton le había empujado.

Hamilton volvió a gritar.

—¡Bombardead al dichoso submarino si hace falta! —chilló—. ¡Detenedlo a cualquier precio! ¡Es una orden directa!

Los segundos iban pasando y en el Despacho Oval no se oía ni el vuelo de una mosca. Todos los presentes contenían la respiración. Al final, Hamilton escuchó un momento por el auricular y parpadeó. Luego colgó y se arrodilló; parecía a punto de desmayarse.

Miró a sus subordinados.

—Han detenido el lanzamiento —acertó a decir antes de mirar a Decker—. A falta de un maldito segundo.

No hubo vítores en el Despacho Oval; todos se quedaron petrificados.

Sin embargo, en algún lugar de las profundidades del Atlántico, ciento cincuenta y cinco marineros estadounidenses lanzaron exclamaciones de alivio.

La aparición del presidente Brennan sano y salvo en un almacén abandonado en las afueras de Medina, un pueblo de Ohio, volvió a estremecer al mundo. Los más de catorce mil militares y agentes especiales estadounidenses desplegados en la Medina de Arabia Saudí se escabulleron lo más discretamente posible. En el bolsillo de la chaqueta del presidente se encontró una nota mecanografiada que ponía: « De los grandes sacrificios surgen las grandes oportunidades» .

Franklin Hemingway había escrito esas palabras hacía treinta años y a su hijo no se le ocurrió un mejor mensaje que dejar al líder del mundo libre.

Carter Gray fue aclamado como héroe nacional por intuir dónde liberarían a Brennan. Aunque dio una explicación un tanto vaga, Gray explicó que se trataba de una combinación de trabajo duro, informadores fiables y mucha suerte.

—Sin embargo, los secuestradores no mintieron —dijo—, porque el presidente estaba en Medina, sólo que a varios miles de kilómetros de distancia de la que nosotros pensábamos.

Gray había pasado una dolorosa noche con el senador Simpson y su esposa, consolándoles por la pérdida de su única hija. La versión oficial de lo sucedido, y la única que se había comunicado a los padres, era que a Jackie la habían asaltado unos delincuentes comunes en la interestatal 81 a altas horas de la noche, y en el forcejeo la habían matado. No había sospechosos y Gray sabía que nunca se practicaría ninguna detención. La otra novedad era la misteriosa desaparición de tres agentes del NIC. Gray también se encargaría de maquillar ese hecho.

En el plano positivo cabía destacar que el capitán Jack había hablado. Y mucho. Ahora Gray tenía mucha munición para utilizar contra Corea del Norte.

James Brennan regresó triunfante a la Casa Blanca entre los vítores de las multitudes que rodeaban la zona. Dirigió un discurso televisado a la nación, dando las gracias a Carter Gray por su labor ejemplar, sin tener ni idea de que este se había planteado seriamente matarlo y echarle la culpa a los sirios. Brennan también dio las gracias a su atribulado vicepresidente por el trabajo bien hecho. Por último, expresó su agradecimiento al pueblo americano por mantenerse inquebrantable y fiel a lo largo de la crisis.

Nunca sabrían que sólo por un escaso segundo se había evitado el inicio del Apocalipsis mundial. Su jefa de Gabinete estaba a su lado con una sonrisa radiante. Una vez terminada la crisis, volvió a dedicar toda su atención a las elecciones. Los últimos sondeos otorgaban a Brennan un histórico índice de popularidad del 86 por ciento. Salvo una catástrofe, ganaría los comicios sin problemas y dispondría de cuatro años más para forjar su legado.

Brennan recibió explicaciones detalladas de todo lo sucedido, pero nadie fue capaz de arrojar luz sobre quién lo había secuestrado. En esos momentos parecía claro que ni la organización terrorista Sharia ni Siria habían tenido relación alguna con los hechos. Sharia no tenía recursos en EE. UU. para ejecutar un plan de esa naturaleza. Habían encontrado el cadáver de uno de los líderes de los secuestradores y era obvio que había muerto torturado. Y nadie había explicado cómo era posible que tantos árabes cualificados se hubieran infiltrado en EE. UU. sin que los servicios de inteligencia tuvieran constancia de ello.

Damasco seguía sumida en el caos, aunque no era nada comparado con lo que habría ocurrido si el Trident la hubiera alcanzado de lleno. Los sirios y el resto de Oriente Medio seguían traumatizados por la amenaza de guerra, lo cual era comprensible, pero parecía que el hecho de haber estado tan cerca del abismo hacía que la gente mirara las cosas con una actitud más razonable y sensata. No obstante, quedaba por ver que ese talante fuera duradero.

El vicepresidente Hamilton se tomó unas vacaciones de sus obligaciones oficiales. Haber estado a un segundo de ser el primer presidente americano después de Harry Truman en ordenar el lanzamiento de un arma nuclear lo había afectado mucho. Sin embargo, se esperaba que se recuperara por completo.

Brennan se sorprendió al enterarse de que habían muerto casi todos los secuestradores y que estos, intencionadamente, no habían provocado ninguna baja entre los estadounidenses. Mientras reflexionaba sobre las asombrosas noticias, el presidente miró la grabación de su programa de debate político preferido, emitido durante su secuestro. Cada uno de los cuatro expertos del programa concluyó que lo que estaba pasando era alguna clase de estrategia.

«—¿Y si el presidente es devuelto ileso?» —preguntó el moderador.

Los expertos convinieron en que eso sería otra estrategia.

«—¿Con qué objetivo? —preguntó el moderador—. Han sacrificado a más de veinte personas. Podrían haber matado al presidente fácilmente en cualquier momento. Y si lo devuelven vivo, ¿qué habrán ganado?» .

«—Tenemos que comprender que esta gente no se detiene ante nada —declaró un experto—. Primero intentaron provocar el caos en nuestro propio territorio, pero no funcionó. Luego contraatacamos y estamos ganando la guerra contra el terrorismo. Así que está claro que han cambiado de táctica» .

«—¿Y ahora prueban la estrategia de no matarnos?» —preguntó el asombrado moderador.

«—Exacto» —respondió el experto.

Brennan había recibido una copia de las exigencias de los secuestradores y pasó largo tiempo analizándolas en sus dependencias privadas. También repasó horrorizado los detalles de cuán cerca había estado EE. UU. de lanzar un ataque nuclear contra una nación que era inocente de la supuesta fechoría. Mientras

Brennan alababa a su vicepresidente en público, le consternó enterarse de lo rápido que Hamilton se había dejado convencer para autorizar el uso del arma nuclear y lo poco que había faltado para que la lanzaran. Brennan se planteó seriamente buscar otro candidato para la vicepresidencia.

Habló con sus distintos expertos en asuntos musulmanes y dedicó muchas horas a estar con su mujer y su familia. Fue a la iglesia varias veces en una semana, tal vez buscando el consejo divino para los problemas seculares de la humanidad.

Ahora que el presidente estaba sano y salvo, la prensa internacional empezó a informar más claramente sobre las peticiones de los secuestradores. En las capitales de Europa, América del Sur y Asia, la gente se centraba más en la «sustancia» de las exigencias, dado que no había una montaña de cadáveres y de escombros adjuntos que las ensombrecieran.

Por último, Brennan convocó una reunión de su Gabinete, del Consejo de Seguridad Nacional y de sus asesores militares de más alto rango. Ahí sacó el tema de las exigencias de sus captores.

Su asesor de seguridad nacional protestó de inmediato.

—Señor —dijo—, es absurdo. No podemos satisfacer ninguna de ellas. Es más que ridículo.

Entonces habló el secretario de Defensa Decker.

—Señor presidente, considerar siquiera esas exigencias sería una muestra de debilidad por parte de este país.

La respuesta de Brennan fue seca.

—Estuvimos a punto de matar a seis millones de personas por lo que al cabo resultó un error nuestro de interpretación.

—Nosotros no empezamos todo esto. Y siempre se corren riesgos —replicó Decker.

Brennan lo miró fijamente hasta que le hizo apartar la vista.

—Somos la única superpotencia del mundo. Tenemos un arsenal nuclear capaz de destruir el mundo. Si los demás no saben contenerse, ¡nosotros estamos obligados a ello!

Por la forma en que el presidente miraba a Decker resultaba obvio que en su segundo mandato habría cambio de secretario de Defensa junto con un nuevo vicepresidente.

Brennan extrajo un papel del bolsillo. Era la nota que le habían dejado tras el secuestro. La leyó para sus adentros. «De los grandes sacrificios surgen las grandes oportunidades». Y como había mostrado la historia, y Brennan bien lo sabía, los grandes presidentes solían forjarse durante esos momentos.

Apartó la vista de Joe Decker y sus colegas del Pentágono y miró a Andrea Mayes, su secretaria de Estado.

—Creo que ha llegado el momento de ponerse a trabajar —dijo el primer

mandatario.

Jacqueline Elizabeth Simpson recibió sepultura durante un funeral privado en un cementerio del norte de Virginia. Asistieron sus desolados padres, los amigos más íntimos de la familia, dignatarios políticos, representantes del Servicio Secreto y su padrino, Carter Gray.

Oliver Stone se encontraba cerca, pero oculto tras una arboleda. Iba con corbata y un traje negro nuevo que sus amigos le habían comprado. Aunque el pastor pronunciaba palabras de sabiduría y consuelo religiosos, Stone no las oía. Tenía la vista fija en el ataúd que contenía el cuerpo de su hija Beth. No lloraba. Le costaba decidir qué debía sentir. Era su padre pero, en cierto modo, no lo era. Él la había tenido durante tres años; los Simpson el resto de su vida. Desde un punto de vista meramente cronológico, tenía pocos motivos para estar allí. No obstante, le resultaba imposible marcharse.

Cuando terminó la ceremonia y todos se hubieron marchado, Stone salió de su escondite y se acercó a la sepultura. Los sepultureros estaban a punto de bajar el ataúd a la fosa, pero Stone les pidió que esperaran.

—¿Es usted un familiar? —le preguntó uno.

—Sí —respondió—. Soy un pariente.

Stone se quedó arrodillado delante del ataúd durante veinte largos minutos, con una mano apoyada en su superficie suave y lustrosa. Al final se levantó con piernas temblorosas, se inclinó, besó el ataúd y dejó una sola flor encima. Era una margarita.

—Adiós, Beth —dijo con voz queda—. Te quiero.

Al día siguiente, el Camel Club al completo, Alex y Kate se reunieron en la casita de Stone. A Reuben le habían curado las heridas y, ya puestos, los médicos le habían quitado un par de molestas piedras en el riñón. Chastity se había recuperado del mal trago, y lo había superado por completo.

Alex trajo el recorte de periódico en que se hablaba de la muerte de Jackie Simpson.

—Era toda una heroína y se la recordará por ser víctima de un tiroteo en la carretera —dijo con amargura.

Stone estaba sentado detrás del escritorio.

—Te equivocas. No es lo único por lo que se la recordará —afirmó.

Alex cambió de tema.

—Me cabrea que Gray sea ahora una especie de héroe nacional cuando iba a asesinar al presidente. Deberíamos hacer algo.

—Pero si hablamos, entonces saldrá a la luz todo lo demás. No sé si el país está preparado para ello después de todo lo ocurrido.

—Gray no quedará impune. Yo me encargaré personalmente —declaró Stone con voz queda.

Todos lo miraron, pero su expresión no invitaba a hacer preguntas.

Reuben se puso en pie.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de oficializarlo. —Carraspeó—. Por la presente convoco una reunión extraordinaria del Camel Club. Debido a su labor ejemplar en bien de nuestro país y de su inestimable ayuda al club, propongo que admitamos a dos nuevos miembros: el agente Alex Ford y la señorita Kate Adams. ¿Secundáis la moción?

—La secundamos —dijeron Milton y Caleb al unísono.

—¡Los que estén a favor que digan sí!

Y todos dijeron sí.

—Bueno —dijo Alex—, quisiera saber una cosa. ¿Por qué «Camel Club»?

—Porque los camellos tienen mucho aguante. Nunca se dan por vencidos —respondió Stone.

—Eso es lo que dice Oliver, pero el verdadero motivo es otro —replicó Reuben—. En los años veinte hubo otro Camel Club. Y en cada reunión levantaban las copas y juraban oponerse a la ley seca hasta apurar la última gota de *whisky*. Ese es el tipo de club que a mí me gusta.

Al término de la reunión, Alex se quedó rezagado para hablar con Stone.

—O sea que en realidad Oliver Stone es John Carr —dijo.

—Era John Carr. Ese hombre ha muerto —respondió Stone, tajante.

—Oliver, le dijiste a Gray que tu país te había quitado a tu familia. ¿A qué te referías?

Stone se sentó a la mesa y se puso a arreglar unos papeles que había encima.

—Digamos que yo creía que había acabado con mis obligaciones para con mi país, pero al parecer mi país consideró que mi trabajo no era de los que se dejan así como así. —Hizo una pausa—. Lo que más lamento es que mi familia sufriera por mi culpa.

—¿Tu hija se llamaba Beth? ¿Y nació en Atlanta?

Stone lo miró fijamente.

—¿Cómo lo sabes?

Alex estaba pensando en el supuesto error que había en la base de datos del NIC respecto al lugar de nacimiento de Jackie Simpson, que ella misma le había

indicado a Hemingway. No obstante, la base de datos estaba bien. Había nacido en Atlanta, no en Birmingham, de donde eran los Simpson. Y entonces pensó en los dos Simpson, altos y rubios, y su hija menuda y morena. Alex tenía idea del aspecto físico que había tenido la esposa fallecida de Stone. Estaba claro que Jackie Simpson y Beth Carr eran la misma persona.

—Consta en su expediente oficial —respondió por fin.

Stone asintió.

Alex posó la mano en el hombro de su amigo.

—Lo siento, Oliver.

—No me compadezcas. He hecho muchas cosas en la vida por las que me odio. Podría excusarme diciendo que las hice sirviendo a mi país, pero no es una excusa muy convincente, ¿verdad?

Carter Gray había acabado su reunión con el presidente y se dirigía al helicóptero situado en el césped de la Casa Blanca. La reunión había ido bien, aunque Brennan hacía algunos comentarios curiosos, y en opinión de Gray inquietantes, sobre un cambio en la política americana con respecto a Oriente Medio. Sin embargo, dejó de pensar en eso cuando vio al hombre que le miraba desde el otro lado de la verja. Oliver Stone señaló a Reuben, que estaba sentado en su motocicleta Indian. Luego Stone señaló hacia el este. Gray entendió el mensaje.

Al cabo de unos minutos, Gray se encontraba en una limusina siguiendo la motocicleta. Tal como había imaginado, entró en el cementerio nacional de Arlington. Transcurridos unos minutos, mientras sus agentes de seguridad le seguían a una distancia prudencial, Gray se colocó frente a Stone delante de la tumba de John Carr.

—Puedo dedicarte diez minutos como máximo, John —dijo.

—Me llamo Oliver Stone.

—Vale. Como quieras.

—Y con cinco minutos será más que suficiente.

—Pues entonces ve al grano.

—¿Cómo es que mi hija acabó con los Simpson?

A Gray le molestó un poco la pregunta.

—Como sabes, Roger Simpson trabajaba en la CIA conmigo. Éramos muy buenos amigos. No podían tener hijos y me pareció una buena solución. Tú y tu mujer no teníais familia y yo no podía desentenderme de la niña, aunque había gente en la Agencia que pensaba que teníamos que haberla matado y ya está. No tenía ni idea de que estuvieras vivo, John.

—Me parece que no te preocupaste mucho por buscarme.

—No estuve implicado en lo que te sucedió. Yo no lo ordené ni aprobé. De

hecho, evité que mataran a tu hija.

—Pero no hiciste nada para detener el ataque contra mí y mi familia, ¿verdad?

—¿Esperabas marcharte como si nada?

—Nunca habría traicionado a mi país.

—Esa no es la cuestión.

—¡Precisamente esa es la cuestión!

Gray levantó una mano.

—Eso es agua pasada.

Stone señaló hacia la izquierda.

—Parte de tu historia yace aquí, donde está enterrada tu esposa. ¿Lo has olvidado?

—No te permito que hables de ella —espetó Gray—. Bueno, ¿quieres decirme algo más?

—Una cosa más. Quiero que dimitas de tu cargo.

Gray lo miró con expresión vacía.

—¿Cómo dices?

—Dimitirás de tu cargo como director de los servicios de inteligencia nacionales. Ya no eres apto para el mismo.

—Lo siento por ti —dijo Gray negando con la cabeza—. De verdad que sí. Serviste a tu país de forma muy competente y si necesitas algo para vivir más cómodamente durante la vejez, veré qué puedo hacer.

—Haré público todo lo que sé.

Gray lo miró con lástima.

—Ya ves la credibilidad que tienes, eres un hombre que ni siquiera existe. Y ese amigo tuyo, Reuben, he comprobado sus antecedentes. Es incluso más incorregible que tú. Y si crees que Alex Ford va a decir algo, piénsatelo dos veces. No arriesgará su carrera enfrentándose a mí, y es suficientemente listo para no arrastrar al país a una historia como esta. Así que vuelve a tu agujero, John, y quédate ahí para siempre.

—Lo único que necesito es que dimitas. —Gray sacudió la cabeza y se volvió para marcharse—. Antes de que te vayas, quizá te interese escuchar esto —añadió Stone.

Gray se giró y vio que sostenía una pequeña grabadora. La puso en marcha. Al cabo de un momento Gray se escuchaba a sí mismo hablando tranquilamente de matar al presidente en la Montaña Asesina.

Cuando Stone detuvo la reproducción, Gray explotó.

—¿Cómo coño has conseguido...?

Stone le enseñó un teléfono móvil.

—Un amigo me dio este teléfono, que también es grabadora. Y como soy un espía avezado, le he buscado una buena utilidad. —Le enseñó la cinta a Gray—.

Estaré encantado de enterarme de tu dimisión mañana por la mañana. —Empezó a alejarse y entonces se giró—: Los dos servimos a nuestro país de forma competente, Carter. Pero los métodos para hacerlo están ahora fuera de lugar. Y demos gracias a Dios por ello.

Gray se quedó allí de pie, con el rostro enrojecido y el pecho palpitante.

—¡No soy un fanático, maldita sea! ¡Soy un patriota!

—En realidad no eres ni lo uno ni lo otro, Carter.

—Entonces ¿qué soy? Dime —preguntó con tono provocador—. ¿Qué coño soy?

—Un hombre que se equivoca.

Al día siguiente, Kate y Alex se reunieron para almorzar. El tema del día en Washington era la repentina dimisión de Carter Gray.

—No es posible que Oliver haya influido en eso, ¿no? —preguntó Kate.

—Creo que Oliver es capaz de hacer mucho más de lo que tú y yo imaginamos —repuso Alex con voz queda.

Después de comer, pasearon cogidos de la mano y pasaron por delante de un edificio que les resultaba muy familiar.

—Me resulta imposible quitarme este sitio de la cabeza —dijo Alex, contemplando la Casa Blanca.

—Bueno, pues tendré que esforzarme más para conseguir que pienses en otras cosas. Al fin y al cabo, dentro de unos años serás un hombre libre, agente Ford.

Él la miró y sonrió.

—La verdad es que ya no me considero un hombre libre.

—¿Se supone que debo tomármelo como un cumplido?

Él la besó.

—¿Responde eso a tu pregunta?

Vieron un helicóptero del NIC despegar del jardín de la Casa Blanca.

—Probablemente sea Gray en su último viaje desde la Casa Blanca.

—¡Pues que le vaya bien! —dijo Kate.

—La persona que lo sustituya podría ser igual de despiadada.

—Esa idea sí que da miedo.

—No pasará nada —Alex señaló hacia Lafayette Park—, mientras él esté ahí.

Stone y Adelpia estaban sentados en un banco tomándose un café.

Adelpia charlaba animadamente, pero estaba claro que Stone tenía toda su atención puesta en el edificio de enfrente.

Los dos siguieron caminando calle abajo, dejando el país en las capacitadas manos de Oliver Stone y el Camel Club.

Agradecimientos

A Michelle, gracias por ser siempre mi fan número uno y mejor crítica. Todavía me sorprende que te leas todas las frases de todos los borradores.

A Aaron Priest, gracias por estar ahí desde el primer día. Nada de todo esto habría sido posible sin ti.

A Maureen Egen, Jamie Raab, Tina Andreadis, Emi Battaglia, Tom Maciag, Karen Torres, Martha Othis, Jason Pinter, Miriam Parker y el resto del personal de Warner Books que trabaja tan duro por mí. Tenéis mi agradecimiento y aprecio.

A Lucy Childs y Lisa Erbach Vance, por los miles de detalles de los que os ocupáis todos los días por mí.

A Frances Jalet-Miller, cuya habilidad como editora e increíble perspicacia se han puesto totalmente de manifiesto con este libro.

A Art Collin, por haber leído las primeras versiones.

A la doctora Monica Smiddy, por el asesoramiento médico detallado y reflexivo. Escribes con humildad y sueñas como un genio de la medicina forense.

Al doctor John Y. Cole de la Biblioteca del Congreso, por la increíble visita por los bastidores de la institución y el profundo conocimiento de sus magníficos edificios y colecciones.

A Mark Dimunation y Daniel DeSimone de la Biblioteca del Congreso, por responder pacientemente a todas mis preguntas y dejarme echar un vistazo a la sala de lectura de la sección de Libros Raros. Es un verdadero tesoro.

A la Oficina de Washington del Servicio Secreto, mi más profundo agradecimiento y respeto por todos vosotros y por vuestra buena voluntad para compartir vuestros conocimientos conmigo.

A Jennifer Steinberg, por encontrar siempre las respuestas a esas preguntas de última hora.

A Maria Rejt, por tus comentarios tan útiles.

A Bob Schule, por leer mis escritos y hacerme unos comentarios increíblemente acertados, instruirme sobre políticas energéticas y, por encima de todo, ser el mejor amigo al que uno puede aspirar.

A Neal Schiff, por estar siempre dispuesto a compartir tus conocimientos

sobre el FBI.

A Charles Veilleux, por el asesoramiento experto sobre armas de fuego y armamento.

A Tom DePont, por su ayuda en los temas financieros de la novela.

Al doctor Alli Guleria, apreciado amigo, por estar siempre disponible y enseñarme todo lo relacionado con la ortodoncia y la India.

A Lynette y Deborah, por pilotar las «Enterprises» en línea recta y de forma certera.



DAVID BALDACCI, nació el 5 de agosto de 1960 en Richmond, Virginia. Es uno de los novelistas estadounidenses más vendidos. Baldacci recibió una licenciatura en la Virginia Commonwealth University y una licenciatura en derecho en la Universidad de Virginia. Siendo estudiante, Baldacci escribió cuentos en sus tiempos libres, y más tarde ejerció como abogado durante nueve años, cerca de Washington D. C. Mientras vivió en Alexandria, Virginia, escribió cuentos y guiones de cine sin mucho éxito. Posteriormente, se decidió a escribir una novela, dedicando tres años a la escritura de *Poder absoluto*. Cuando se publicó en 1996, fue un *best-seller* internacional.

David Baldacci ejerce como embajador nacional de la Sociedad Nacional de Esclerosis Múltiple, y participa en numerosas organizaciones benéficas, así como ha formado su propia fundación para la alfabetización, Wish You Well Foundation. Fue criado en Virginia y vive allí (en Vienna) con su esposa, Michelle Baldacci (Mikki), y sus dos hijos. Su primo segundo, John Baldacci, fue gobernador demócrata de Maine desde 2003 hasta 2011.

En 1996, fue publicada su primera novela *Poder absoluto* y se convirtió inmediatamente en un éxito de ventas. Narra la historia de un presidente de ficción estadounidense y sus agentes del Servicio Secreto que están dispuestos a asesinar a diversas personas con el fin de ocultar la muerte accidental de una mujer con la que el presidente estaba teniendo una aventura. Fue llevada al cine en 1997, con las actuaciones de Clint Eastwood y Gene Hackman.

Baldacci ha llegado a publicar otras veinte novelas: *Control total*, *La ganadora*, *La pura verdad*, *Saving Faith*, *Buena suerte*, *El último hombre*, *The Christmas Train*, *Split Second*, *El juego de las horas*, *Camel Club*, *Los coleccionistas*, *Una fracción de segundo*, *Frio como el acero*, *Toda la verdad*, *Justicia divina*, *True Blue*, *Deliver Us From Evil*, *Hell's Corner*, su último thriller sobre King y Maxwell, *The Sixth Man*, y dos novelas para adolescentes de la serie *Freddy and the French Fries*. También ha publicado una novela corta para los holandeses titulada *Office Hours*, escrita para el Year 2000 «Month of the Thriller» de los Países Bajos. Baldacci también es autor de un cuento corto, *The Mighty Johns*, incluido en una antología de misterio del año 2002.

Las obras de Baldacci han aparecido en numerosas publicaciones, incluyendo *The Washington Post*, *Men's Health*, *Richmond Magazine* y *The Strand Magazine*. También es editor colaborador de la revista *Parade*. Es autor de siete guiones originales y sus obras han sido publicadas en revistas y periódicos de todo el mundo. Todos sus libros se han convertido en *best-sellers* nacionales e internacionales, traducidos a más de 45 idiomas y vendidos en más de 100 países. Más de 110 millones de ejemplares de libros de Baldacci se han distribuido en todo el mundo, haciendo de él uno de los escritores más vendidos de la historia. Quince de las novelas de Baldacci han sido número uno en las listas de *best-sellers*. También ha sido un éxito de ventas en más de 25 países.

Baldacci escribirá el sexto libro de la segunda serie de *The 39 Clues*, *Cahills vs Vespers*, que se publicará en marzo de 2013. Este será su tercer libro para niños después de la serie *Freddy and the French Fries*. Baldacci también ha aparecido en numerosos programas de televisión, incluyendo episodios transmitidos en *The History Channel*, *Discovery Channel* y «*ID Discovery*».